

REVOLUCION FRANCESA.

Biblioteca popular.

T. III. 433

REVOLUCION FRANCESA,

POR

M. A. TIERES.

NUEVA EDICION.

Donativo
IGNACIO DE CUYO y PARRA

TONO III.

MADRID 1843:



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

R.D. 18.921



LIBIS 349295

REVOLUCION FRANCESA.

CAPITULO I.

Proyectos de los jacobinos despues del 31 de mayo.—Renovacion de las comisiones y del ministerio.—Disposiciones de los departamentos despues del 31 de mayo. Los girondinos proscritos, van á sublevarlos contra la Convencion.—Decretos de la Convencion contra los departamentos sublevados.—Asambleas y ejércitos insurreccionales en Bretaña y en Normandia.—Acontecimientos militares en el Riu y en el Norte. Los coligados invaden las fronteras del Este; retirada de Custine. Sitio de Maguncia por los prusianos.—Desastres del ejército de los Alpes. Situacion del de los Pirineos.—Los vendeanos se apoderan de Fontenay y de Saumur.—Peligros inminentes de la república en el interior y en el estrangero.—Trabajos administrativos de la Convencion; constitucion de 1793.—Reveses de los confederados insurgentes en Eyreux.—Derrota de los vendeanos á la vista de Nantes.—Victoria contra los españoles en el Rosellon.—Marat es asesinado por Carlota Corday; honores fúnebres hechos á su memoria; juicio y ejecucion de Carlota Corday.

Decia el decreto espedido el 2 de junio contra los veinte y dos diputados del lado derecho, y contra los individuos de la comision de los *doce*, que fuesen detenidos en sus casas, y con centinelas de vista de los gendarmes. Algunos se sometieron volun-

tariamente á este decreto constituyéndose en estado de prision, para dar una prueba de obediencia á la ley, y para producir un juicio que demostrase su inocencia. Gensonné y Valazé podian facilmente sustraerse á la vigilancia de sus guardas, pero se negaron constantemente á proporcionarse su salvacion en la fuga. Quedaron prisioneros con sus cólegas, Guadét, Pelion, Vergniaud, Birroteau, Gardien, Boileau, Bertrand, Mollevaut y Gommairiel. Creyendo algunos otros que ninguna obediencia debian prestar á una ley arrancada por la fuerza, y no esperando justicia, sealejaron de París; se ocultaron en él, esperando poder salir; pues su proyecto era trasladarse á los departamentos y escitar un levantamiento contra la capital. Los que tomaron esta resolucion fueron Brissot, Gorsás, Salles, Louvôt, Cambon, Buzot, Lydon, Rabaut-Saint-Etienne, Lasource, Grangeneuve, Lesage, Vigée, Lariniere y Bergoing. Los ministros Lebrun y Claviere, depuestos inmediatamente despues del 2 de junio, se vieron envueltos en un auto de prision por el Ayuntamiento; pero Lebrun logró escaparse. La misma resolucion se tomó respecto á Roland, que desde el 21 de enero en que habia hecho dimision, pedia en vano que examinasen sus cuentas; pero tambien escapó de las pesquisas del Ayuntamiento, y fué á ocultarse á Ruan. Madama Roland, igualmente perseguida, solo pensó en favorecer la evasion de su marido; y entregando despues su hijo á un amigo seguro, se puso con noble indiferencia en manos de la junta de su seccion, y fué encerrada en un calabozo con otras muchas victimas del 31 de mayo. Grande era la alegría de los jacobinos, en cuyas juntas se felicitaban de la energía del pue-

blo, de su honrada conducta en los últimos dias y de haber superado cuantos obstáculos habia ideado el lado derecho contra la marcha de la revolucion. Convinieron al mismo tiempo, como solian hacerlo despues de todos los grandes acontecimientos, en el modo de pintar la última sublevacion.—El pueblo, dijo Robespierre, ha confundido con su conducta á todos sus calumniadores, pues ochenta mil hombres han estado sobre las armas durante una semana, y ni se ha llegado á una sola propiedad ni se ha vertido una gota de sangre, haciendo ver en esto si llevaba por objeto, como decian, aprovecharse del desorden para cometer muertes y saqueos. Su sublevacion ha sido espontánea, porque era efecto del convencimiento general, y la misma Montaña tímida y asombrada al ver este movimiento, ha probado que no habia tenido parte en su formacion; de modo que esta sublevacion ha sido *enteramente moral, y enteramente popular*.

Esto era dar un color favorable al levantamiento, y al propio tiempo dirigir una censura disimulada á la Montaña, que mostró alguna indecision en el 2 de junio, rechazar el cargo de conspiracion que se hacia á los alborotadores del lado izquierdo, y lisongear al partido popular, que con tanto acierto lo habia hecho todo por si mismo. Despues de esta interpretacion, recibida con aplausos por los jacobinos, y repetida luego por todo el partido victorioso, pasaron á pedir cuenta á Marat de una palabra que daba algun cuidado. Marat, que nunca tenia mas que un medio para concluir con los vaivences revolucionarios, la dictadura, viendo que aun se tergiversaba el 2 de junio, habia repetido en este dia como en todos los demas: *necesitamos*

un jefe, y precisado á explicar estas palabras, las justificó á su modo, quedando muy satisfechos los jacobinos, por haber probado con aquellos escrupulos su severidad en cuanto á los principios republicanos. Hicieronse tambien algunas observaciones sobre la apatía de Danton, que parecia haber cedido mucho desde la supresion de la comision de los doce, cuya energia sostenida hasta el 31 de mayo, no habia durado hasta el 2 de junio. Danton se hallaban ausente, y Camilo Desmoulins, su amigo, le defendió con calor, apresurándose á cortar esta cuestion por respeto á una persona tan interesante, y por evitar discusiones demasiado delicadas; pues aunque la sublevacion estaba ya concluida, no era aplaudida del mismo modo por todo el partido victorioso. Sabiase, en efecto, que la comision de salvacion pública, y muchos montañeses habian visto con horror este atentado popular, del cual, una vez efectuado debian aprovecharse sin ponerlo de nuevo á discusion; y así es que inmediatamente trataron de sacar pronto y útil partido de la victoria.

Para esto habia que adoptar varias medidas; renovar las juntas en que se hallaban todos los partidarios del lado derecho, apoderarse por medio de estas de la direccion de los negocios, mudar ministros, examinar la correspondencia, detener en el correo las comunicaciones peligrosas, no permitir se introdujesen en las provincias mas escritos que los que fuesen útiles (porque segun Robespierre, la libertad de imprenta debia ser absoluta, sin restriccion, pero no debia emplearse en contra de la libertad), organizar inmediatamente el ejército revolucionario, cuya crea-

cion se hallaba decretada, y cuya intervencion era precisa para llevar á cabo interiormente los decretos de la Convencion, y efectuar entre los ricos el empréstito forzoso de mil millones; tales fueron los medios propuestos y unánimemente adoptados por los jacobinos. Pero se juzgó mas necesaria aun que todas las demas, una medida que debia ser la última, la de redactar en ocho dias la Constitucion republicana, pues importaba mucho probar, que la oposicion de los girondinos era la que únicamente habia impedido dar cumplimiento á este gran cargo, tranquilizar á la Francia con leyes buenas, y presentarle un pacto de union que pudiese estrechar á todos sus hijos. Este fué el anhelo que manifestaron á un mismo tiempo los jacobinos, los franciscanos, las secciones y el Ayuntamiento.

Dócil la Convencion á este irresistible deseo y de tantos modos manifestado, renovó todas sus comisiones de seguridad general, de hacienda, de guerra, de legislacion, y solo se conservó la de salvacion pública, encargada de muchos asuntos, la cual no habia infundido bastantes sospechas para que se atreviese á exhonerar bruscamente á todos sus individuos. Deforgues reemplazó á Lebrun en el ministerio de Relaciones exteriores, y Destournelles á Claviere en el de Hacienda. No se hizo caso del proyecto de constitucion presentado por Condorcet, segun las máximas de los girondinos; y debiendo la comision de salvacion pública presentar otro en el término de ocho dias, se le agregaron otros cinco individuos para este trabajo, y finalmente, recibió orden de discurrir el medio de llevar á efecto el empréstito forzoso, y un proyecto para organizar el ejército revolucionario.

Desde el 31 de mayo tenían muy diferente aspecto las sesiones de la Convención. Eran sosegadas y se adoptaban sin discusión casi todos los decretos, pues el lado derecho y parte del centro ya no votaban, sino que parecían protestar con su silencio de todas las resoluciones tomadas desde el 2 de junio, y esperar noticias de los departamentos. Marat creyó justo suspenderse á sí mismo de hecho, hasta que fuesen sentenciados sus contrarios los girondinos, y mientras tanto, decía, que renunciaba á su cargo, y que se contentaba con aconsejar á la Convención en su periódico. Solo Doulcet y Fonfrede de Burdeos, rompieron el silencio de la Asamblea, el primero denunciado á la junta revolucionaria, que no había dejado de reunirse en el palacio del obispo, y que deteniendo las cartas en el correo, las abrían y las enviaban abiertas á su destino y selladas con estas palabras: *Revolucion del 31 de mayo*. La Convención pasó al orden del día, y Fonfrede individuo de la comisión de los doce, pero libre del decreto de prisión, porque se había opuesto á algunas de sus resoluciones, subió á la tribuna y pidió se llevase á efecto el decreto que mandaba presentar el informe de los presos en el término de tres días; reclamación que produjo algún desorden.—«Es necesario, dijo Fonfrede, probar cuanto antes la inocencia de nuestros colegas; yo me he quedado aquí únicamente para defenderla, y os declaro que viene una fuerza armada de Burdeos para vengar los atentados cometidos en sus personas.»—Al oír esto prorumpen en fuertes gritos; el orden del día rechazó la proposición de Fonfrede, y volvió á reinar un profundo silencio.—Estos son, dijeron los jacobinos,

los últimos gritos de los sapos de la laguna. Sin embargo no era vana la amenaza que hizo Fonfrede desde la tribuna; ni solo los bordeleses, sino casi todos los departamentos estaban dispuestos á tomar las armas contra la Convención. Su descontento era anterior al 2 de junio, habiendo principiado desde las primeras desavenencias entre montañeses y girondinos. Recuérdese que los Ayuntamientos y secciones estaban en pugna en toda la Francia, que los secuaces del sistema de la Montaña ocupaban los Ayuntamientos y los clubs; y que los republicanos moderados, propensos á conservar la justicia en medio de los trastornos revolucionarios, se habían retirado por el contrario á las secciones. El rompimiento se había verificado ya en varias ciudades, pues en Marsella habían privado las secciones de su cargo al Ayuntamiento, remitiendo á sus individuos á una junta central; y además habían establecido por sí un tribunal popular, que juzgase á los patriotas acusados de excesos revolucionarios. Los comisionados Bayle y Boisset anularon en vano esta junta y ese tribunal; desprecióse su autoridad, y las secciones se declararon en insurrección permanente contra la municipalidad. En Lyon había habido un sangriento combate, pues tratándose de saber si se llevaría á efecto una orden del Ayuntamiento, relativa á la creación de un ejército revolucionario, y de un impuesto de guerra contra los ricos, las secciones que se negaron á ella se declararon permanentes; y aunque el Ayuntamiento quiso disolverlas, ayudadas del directorio del departamento, opusieron una tenaz resistencia. Vivieron á las manos en 29 de mayo, á pesar de los dos comisionados de la Convención,

que se esforzaron inútilmente en evitar el combate, y las secciones victoriosas, despues de habertomado por asalto el arsenal y las casas consistoriales, destruyeron al Ayuntamiento, cerraron el club jacobino, en que Chalier escitaba las mayores tormentas, y se apoderaron del gobierno de Lyon. Hubo algunos centenares de muertos en este combate; los representantes Nioche y Gauthier estuvieron aterrados todo un dia, pero puestos luego en libertad, se reunieron con sus colegas Albite y Dubois-Grancé, que como ellos tenian una comision para el ejército de los Alpes.

Tal era la situacion de Lyon y del Mediodia á últimos de mayo. No era mas allagüeño el aspecto que presentaba Burdeos, ciudad que con las demas del Oeste, Bretaña y Normandia, aguardaba para obrar que se realizasen las amenazas tantas veces repetidas contra los diputados de las provincias. En tal estado supieron los departamentos los acontecimientos de fin de mayo. La jornada del 27, en que se suprimió por primera vez la comision de los doce, produjo ya notable alteracion, y se trató de desaprobar en todas partes cuanto en Paris se haria; pero el 31 de mayo y 2 de junio los ánimos apuraron su indignacion, porque la fama, que todo lo abulta, exageró los hechos, publicando que el Ayuntamiento habia degollado á treinta y dos diputados; que habian sido saqueadas las cajas públicas; que los foragidos de Paris se habian apoderado del mando, é iban á trasmitirlo al estrangero, ó á Marat, ó á Orleans. Reunieronse, pues para presentar peticiones y prepararse á tomar las armas contra la capital; y llegando al propio tiempo los diputados fugitivos á contar lo que habia su-

cedido, los movimientos que por todas partes amenazaban, adquirieron mas consistencia.

Ademas de los que se habian fugado al principio, se escaparon tambien muchos de las manos de los gendarmes, y otros salieron de la misma Asamblea para ir á fomentar la sublevacion. Gensonné, Valazé y Vergniaud se empeñaron en que-darse diciendo, que si era bueno que parte de ellos fuesen á estimular el celo de los departamentos, tambien convenia que los demas quedasen en rehenes entre sus enemigos, para probar en un proceso y con peligro de sus vidas la inocencia de todos. Buzot, que nunca quiso someterse al decreto del 2 de junio, se dirigió á su departamento del Eure para concitar un movimiento entre los normandos, y Gorsás hizo otro tanto con el mismo designio. Brisot se encaminó á Moulins; Meilhan, á quien no habian cogido, aunque habia dado asilo á sus colegas en las noches del 31 de mayo al 2 de junio, y Duchatél, á quien llamaban los montañeses el Duende del 21 de enero, porque salió de la cama para votar en favor de Luis XVI, abandonaron la Convencion para ir á conmover á la Bretaña. Biroteau se escapó de los gendarmes, y en union con Chasset fué á dirigir los lyoneses. Rebecqui, adelantándose á Barbaroux, que aun estaba preso, salió para las bocas del Ródano; y Rabaut-Saint-Etienne acudió á Nimes para que el Langüedoc concurriese á la general sublevacion contra los tiranos convencionales.

El departamento del Eure reuniéndose el 43 de junio, fué el primero que dió la señal de alarma diciendo, que no habiendo libertad en la Convencion, y siendo deber de todos los ciudadanos pro-

curársela, decretaba que se dirigiese contra París una fuerza de cuatro mil hombres, y que los comisionados enviados á los próximos departamentos les obligasen á imitar este ejemplo, y á concertar sus operaciones. El departamento del Calvados, residente en Caen, hizo prender á los dos diputados Rome y Prieur de la Côte-d'Or, enviados por la Convencion para acelerar la organizacion del ejército de las costas de Cherburgo, y se acordó que se reuniesen estraordinariamente en Caen, para hacer confederacion los departamentos de Normandia. Todos los de la Bretaña, que eran los de las costas del norte, Finisterre, Morvihan, Ille-et-Vilaine, Mayena y Loira inferior resolvieron lo mismo, y enviaron comisionados á Rennes para establecer allí la autoridad central de la Bretaña. Los departamentos del Valle de Loira, esceptuando los ocupados por los vendeanos, siguieron el ejemplo general, y propusieron mandar comisionados á Bourges, formar en este punto una Convencion, compuesta de los diputados de cada departamento, y dirigirse contra la usurpadora ú oprimida Convencion que se hallaba en París.

Todavía fué mayor la conmocion producida en Burdeos, donde todas las autoridades constituidas se reunieron en forma de una Asamblea llamada *junta popular de salvacion pública* y declararon que la Convencion no era ya libre y que habia que devolverla su libertad; resolvieron por consiguiente que al momento se armase competente fuerza, y que en el interin, se dirigiera una peticion á la Convencion nacional, para que esplicase y dijese la verdad sobre los acontecimientos de junio. En seguida enviaron comisionados á todos los departa-

mentos, incitándoles á una liga general. Tolosa, antigua ciudad parlamentaria, donde con el nombre de girondinos existian muchos partidarios del antiguo régimen, habia formado ya una fuerza departamental de mil hombres, y sus autoridades declararon en presencia de los comisionados que se habian enviado al ejército de los Pirineos, que ya no reconocian á la Convencion, dando libertad á muchos presos, encarcelando á otros tildados de montañeses, y anunciando claramente, que se hallaban dispuestas á confederarse con los departamentos del Mediodia. Los de Tarn, de Lot-y-Garonna, del Aveyron, del Cantal, del Puy-de-Dôme y del Herault, siguieron el ejemplo de Tolosa y Burdeos; Nimes se declaró contraria; Marsella formó una terrible peticion, puso en movimiento al tribunal popular, empezó á proceder contra los asesinos, y preparó una fuerza de seis mil hombres. En Grenoble se convocaron las secciones; y sus presidentes, unidos á las autoridades constituidas se apoderaron de todas las facultades, enviaron diputados á Lyon, y quisieron prender á Dubois-Grancé y á Gauthier, comisionados de la Convencion para el ejército de los Alpes. El mismo sistema adoptó el departamento del Ain; el del Jura, que habia ya levantado un cuerpo de caballeria, y una fuerza departamental de ochocientos hombres, protestó por su parte contra la autoridad de la Convencion. Finalmente, en Lyon, donde desde el combate del 29 de mayo mandaban como soberanas las secciones, recibieron y enviaron diputados que se convinieron con Marsella, Burdeos y Caen, y se formó sumaria inmediatamente á Châtier, presidente del club jacobino, y á otros muchos

montañeses; de modo que la autoridad de la Convencion solo se extendia á los departamentos del Norte y á los que componian el valle del Sena. Los departamentos rebeldes eran sesenta ó setenta, y Paris tenia que resistir con quince ó veinte á todos los demas, y sostener la guerra con la Europa.

Estaban divididos los ánimos en Paris. Los individuos de la comision de salvacion pública Cambon, Barrere, Breard, Treilhard y Mathieu, patriotas acreditados, aunque se opusieron al 2 de junio, hubieran querido echar mano de medios conciliatorios; pues segun ellos, debia probarse la libertad de la Convencion con providencias enérgicas para los alborotadores; y en vez de impacientarse á los departamentos con severos decretos, hermanarlos, mostrándoles el peligro de una guerra civil en presencia de los estrangeros. Barrere propuso á nombre de la junta de salvacion pública, un proyecto de decreto, concebido enteramente en este sentido, y segun él las juntas revolucionarias, que tan odiosas se habian hecho por sus innumerables prisiones, debian suprimirse en toda Francia, ó acomodarse al objeto de su institucion, que era únicamente vigilar á los estrangeros sospechosos; las Asambleas primarias debian reunirse en Paris, para nombrar otro comandante en vez de Henriot, puesto por los alborotadores; y finalmente, debian enviarse á los departamentos treinta diputados en rehenes, cuyas resoluciones parecian muy á propósito para tranquilizar aquellos. La supresion de las juntas revolucionarias ponía término á la inquisicion contra los sospechosos; la eleccion de un buen comandante alianzaba en Paris el orden, y los

treinta diputados, al mismo tiempo que sirviesen de rehenes podrian desempeñar el cargo de mediadores. Sin embargo, la Montaña no estaba inclinada del todo á negociaciones; pues disponiendo con orgullo de lo que llamaba autoridad nacional, se opuso á todos los medios pacíficos. Robespierre hizo que se difiriese el proyecto de la comision, y Danton, alzando todavía su voz en tan críticas circunstancias, recordó las famosas crisis de la revolucion, los peligros de setiembre cuando la invasion de la Champaña, y toma de Verdun, los de enero antes que se decidiese el suplicio del último rey, y finalmente los de abril, mucho mayores, cuando Dumouriez se dirigia contra Paris, y se sublevaba la Vendée. La revolucion, decia, se habia hecho superior á todos esos riesgos, y que habiendo triunfado de todas estas crisis, saldria tambien airosa de la última. «En el momento de una gran «produccion, añadía, es cuando los cuerpos políticos, semejantes á los cuerpos físicos, parecen «siempre amenazados de una destruccion cercana. «Pues bien, caiga el rayo, y á su lumbre se hará «la gran obra que ha de formar la dicha de veinte «y cuatro millones de hombres.» Danton queria que se obligase por un decreto comun á todos los departamentos, á retractarse veinte y cuatro horas despues de haberle recibido, so pena de quedar fuera de la ley; y su voz poderosa, que nunca habia resonado en los peligros, sin reanimar el valor de todos, produjo su acostumbrado efecto. La Convencion, aunque no adoptó escrupulosamente las medidas propuestas, espidió sin embargo los mas fuertes decretos. En primer lugar, declaró el 13 de junio, respecto al 31 de mayo y 2 de junio,

que el pueblo de Paris al sublevarse habia merecido bien de la patria; que los diputados arrestados en sus casas, de los cuales se habian fugado algunos, serian trasladados á una cárcel, para ser custodiados en ella como los demas presos; que se convocaria á todos los diputados, y que los ausentes que no estuviesen en comision ó con licencia, serian depuestos y reemplazados por sus suplentes; que las autoridades de departamentos ó Ayuntamientos no podrian ni ausentarse ni trasladarse de un punto á otro, ni guardar correspondencia entre sí; y que todos los comisionados que fuesen con el objeto de formar alianza de departamento en departamento, debian ser arrestados inmediatamente por los buenos ciudadanos y remitidos á Paris con escolta. Despues de estas providencias generales, la Convencion anuló lo resuelto por el departamento del Eure, formando proceso á los individuos del Calvados que habian prendido á dos de sus comisionados. Hizo lo mismo con Buzot promotor de la rebelion de los normandos, é hizo que saliesen los dos diputados Mathieu y Treilhard para los departamentos de la Gironda, de la Dordonia y de Lot-y-Garona que pedian esplicaciones antes de sublevarse. Llamó ademas á las autoridades de Tolosa, suprimió el tribunal y junta central de Marsella, desterró á Barbaroux, encarceló á los patriotas bajo la salvaguardia de la ley, y envió finalmente á Lyon á Roberto Lindet, para que tomando conocimiento de los hechos, informase del estado en que esta ciudad se hallase.

Estos decretos, espedidos sucesivamente en el trascurso de junio, trastornaron á muchos departamentos, poco acostumbrados á luchar contra la au-

toridad central; y medrosos é indecisos resolvieron ver qué ejemplo les daban los departamentos mas poderosos ó mas comprometidos en la contienda.

Las autoridades de Normandia escitadas por los diputados residentes en ella, y agregados á Buzot, tales como Barbaroux, Guadét, Louvet, Salles, Petion, Bergoing, Lesage, Cussy y Kervelegan continuaron en sus mismas intenciones, y fijaron en Caen la residencia de una junta central de los departamentos. El Eure, el Calvados y el Orne, enviaron comisionados; los departamentos de la Bretaña que se habian confederado al principio en Rennes, decidieron unirse á la junta central de Caen, y enviar á ella sus diputados. Efectivamente, el 30 de junio se constituyeron en Asamblea central de resistencia á la opresion los enviados de Morvihan, de Finisterre, costas del Norte, Mayena, Ille-et-Vilaine y Loira inferior, reunidos á los del Calvados, Eure y Orne; prometieron conservar la igualdad, unidad é indivisibilidad de la república; pero juraron odio á los anarquistas, y se comprometieron á no usar de sus poderes con mas objeto que el de respetar á las personas y propiedades y á la soberania del pueblo. Despues de haberse constituido de este modo, decidieron que cada departamento aprontase una suma, con el objeto de organizar una fuerza armada, suficiente para dirigirse á Paris, y restablecer en toda su pureza la representacion nacional. Feliz Wimpffex, general del ejército que debia formarse en la longitud de las costas de Cherburgo, fué nombrado comandante del ejército departamental; cargo que aceptó, y de cuyo carácter se revistió inmediatamente.

Llamado á Paris por el ministro de la guerra, respondió que solo habia un medio de obtener la paz, revocando todos los decretos expedidos desde el 31 de mayo; que logrado esto, se unirían los departamentos con la capital; pero que de lo contrario, no podia ir á Paris sino al frente de sesenta mil normandos y bretones.

Al mismo tiempo que llamaba el ministro á Wimpffen, mandaba al regimiento de dragones de la Mancha, establecido en Normandía, que inmediatamente saliese con direccion á Versalles. Con tal noticia, los confederados, reunidos en Evreux, se pusieron todos en aptitud de batalla, se unió á ellos la guardia nacional, y se cerró á los dragones el camino de Versalles; y estos que rehusaban el combate, prometieron no partir, uniéndose en la apariencia con los confederados. Los oficiales escribieron en secreto á Paris, que no podían obedecer sin dar principio á la guerra civil, y entonces se les permitió que esperasen.

La Asamblea de Caen resolvió que los batallones que habian llegado ya, se dirijiesen desde este punto á Evreux, cuartel general de todas las fuerzas; y se remitieron al mismo punto viveres, armas, municiones y dinero, que sacaron de las arcas públicas. Enviaron tambien oficiales adictos á la causa de la confederacion, y á muchos realistas ocultos que se hallaban en todas las revueltas, y se disfrazaban con la máscara de republicanos para hacer frente á la revolucion. Hallábase entre estos el llamado Puisaye, el cual mostraba tanto interés en favor de los girondinos, que Wimpffen, realista tambien encubierto, le nombró general de brigada y le fió el mando de la vanguardia, reunida ya en

Evreux. Esta vanguardia tendria unos cinco á seis mil hombres, y diariamente se aumentaba con nuevas altas. Acudian por todas partes los valientes bretones, y anunciaban que les seguirian en mayor número otros batallones, pues la necesidad de guardarlas costas del Océano de las escuadras inglesas, y de destinar batallones contra la Vendée, que llegaba ya hasta el Loira, y parecia dispuesta á atravesarle, era lo que les impedia dirijirse á todos en masa. Aunque los labradores bretones eran afectos al clero, los de las ciudades eran republicanos verdaderos; y á pesar de ir contra Paris, no por eso estaban en ánimo de abandonar la obstinada guerra contra la Vendée.

Esta era la situacion de las cosas en Breña y Normandía á principios de julio. En los departamentos próximos al Loira, se habia disminuido el entusiasmo, porque los comisionados de la Convencion, residentes en los pueblos para dirijir los nuevos alistamientos contra la Vendée, habian obligado á los administradores á esperar los acontecimientos antes de comprometerse mas; y por entonces no se pensaba ya en enviar diputados á Bourges, procediendo con la mayor reserva.

La sublevacion de Burdeos era constante y enérgica. Pusieron centinelas de vista, á los diputados Treillard y Mathieu desde su llegada, y se pensó en conservarlos como rehenes; sin embargo, antes de llegar á este extremo, les hicieron comparecer ante la comision popular, donde los notables que les miraban como enfiados *maratistas*, les recibieron muy mal. Preguntáronles sobre las ocurrencias de Paris, y despues de haberlos oido, declaró la comision que segun su misma declara-

cion, no habia sido libre la Convencion en el 2 de junio, ni despues de esta época; que ellos no eran mas que enviados de una Asamblea sin carácter legal, y que por consiguiente saliesen al punto del departamento. En efecto, fueron conducidos á la frontera, y poco despues se decretaron en Burdeos las mismas providencias que se habian tomado en Caen; se prepararon viveres y armas; se dispuso de los caudales publicos, y se envió á Langon una vanguardia, interin llegaba la fuerza principal que debia salir dentro de breves dias. Esto era lo que sucedia todavia en fines de junio y principios del mes siguiente.

Los diputados Mathieu y Treillard, que hallaron menos resistencia y pudieron hacerse mas partido en los departamentos de la Dordoña, Vienne, y Lot-y-Garona, lograron calmar los ánimos, é impidieron con su caracter politico las resoluciones hostiles, ganando tiempo en favor de la Convencion; pero en los departamentos mas altos, en las montañas del Alto Loira y sus vertientes, en el Herault, el Gard y en toda la orilla del Ródano, fué general el levantamiento. El Gard y el Herault pusieron en marcha sus batallones, y les remitieron al Puente del Espíritu-Santo para que ocupasen el paso del Ródano, y se uniesen con los marseleses que debian subir por este rio. En efecto, negándose estos á obedecer los decretos de la Convencion, conservaron su tribunal, no dieron libertad á los patriotas encarcelados, y aun comenzaron las ejecuciones. Formaron un ejército de seis mil hombres, que desde Aix se dirigió á Aviñon, y que uniéndose con los del Languedoc en el Puente del Espíritu-Santo, debia ir sublevando al paso las

márgenes del Ródano, del Isere y del Droma, coligándose finalmente con los lyoneses y montañeses del Ain y del Jura. En Grenoble, las autoridades confederadas disputaban con Duvois-Grancé, y le amenazaban con prisiones; y no atreviéndose á levantar gente, habian enviado diputados que se entendiesen con Lyon; de modo que Dubois-Grancé se hallaba con el ejército desorganizado de los Alpes, en medio de una ciudad casi amotinada, que diariamente le decia que para nada necesitaba el Mediodia al Norte, y teniendo ademas que guardar la Savoya, donde se habian disipado las ilusiones en otro tiempo inspiradas por la libertad y deminacion francesa, donde se lamentaban de los levantamientos de hombres y asignados, y donde nada se entendia de aquella revolucion tan tumultuosa y distinta de lo que al principio se habia creído. Tenia las fronteras de Suiza á los costados, donde los emigrados se hallaban en bastante agitacion; Berna queria enviar otra vez guarnicion á Ginebra; y á su espalda se hallaba Lyon interceptando su correspondencia con la junta de salvacion pública.

Recibieron en Lyon á Roberto Lindet, pero en su misma presencia se prestó el juramento de la confederacion: **UNIDAD É INDIVISIBILIDAD DE LA REPÚBLICA; ODIÓ Á LOS ANARQUISTAS Y REPRESENTACION NACIONAL COMPLETA.** Lejos de enviar á Paris á los patriotas presos, se habian continuado los procedimientos entablados contra ellos, formando-se con el título de *comisión popular y republicana de salvacion pública de Ródano-y-Loira*, una nueva autoridad, compuesta de los diputados de los Ayuntamientos ó individuos de los cuerpos constituidos.

Esta junta acababa de decretar la organizacion de una fuerza departamental, que se uniese con sus hermanos del Jura, del Isere, de las Bocas del Ródano, de la Gironda y del Calvados, fuerza que estaba ya dispuesta; y ademas se habia resuelto la imposicion de un subsidio, porque allí como en todos los demas departamentos, se aguardaba una señal no mas, para empezar. En el Jura apenas se supo que los dos diputados Bassal y Garnier de Troyes, enviados para restablecer la obediencia á la Convencion, habian reunido en Dole mil y quinientos hombres de tropas de línea, cuando tomaron las armas mas de catorce mil montañeses, y resolvieron cercarlos.

Si se examina el estado de la Francia en los primeros dias de julio de 1793, se verá que se hallaba á cierta distancia de Paris una columna originaria de Bretaña y Normandía, que habia avanzado hasta Evreux; que otra se adelantaba desde Burdeos y podia arrollar en su marcha á todos los departamentos del valle del Loira indecisos todavía; y que seis mil marseleses situados en Aviñon, esperando á los del Langüdoc en el Puente del Espíritu-Santo, ocupado ya por ochocientos nimeses, estaban próximos á reunirse en Lyon con todos los confederados de Grenoble, el Ain y el Jura, para caer sobre Paris atravesando la Borgoña. Mientras esperaban esta reunion general, los confederados tomaban cuante dinero hallaban en las cajas, interceptaban los viveres y municiones enviados al ejército, y ponian en circulacion, segun el informe de Cambon á la junta de salvacion pública, los asignados recogidos por la venta de los bienes nacionales. Una circunstancia notable, que

caracteriza bien á los partidos, es que ambas facciones se hacian los mismos cargos y se atribuian un fin idéntico. El partido de Paris y la Montaña, imputaba á los confederados que querian la ruina de la república, dividiéndola y negociando con los ingleses para conseguir un rey que seria el duque de Orleans, Luis XVII, ó el duque de York; y el partido de los departamentos y de los confederados, acusaba por su parte á la Montaña de que con la contrarevolucion queria establecer la anarquia; añadiendo que Marat, Robespierre y Danton estaban vendidos á la Inglaterra ó á Orleans: y de esta manera, por ambos lados se pretendia salvar la república, y oponerse al restablecimiento de la monarquia.—¡Deplorable y frecuente ceguedad de los partidos!

Pero todo esto no era mas que una pequeña parte de los peligros en que estaba envuelta nuestra desdichada patria. El enemigo interior era temible, porque el de fuera se habia hecho mas poderoso que nunca; pues mientras los ejércitos franceses se dirigian desde las provincias hacia el centro, los extranjeros rodeaban de nuevo la Francia, amenazándola con una invasion casi inevitable. Desde la batalla de Neerwinden y la desercion de Dumouriez, una série terrible de contratiempos nos habia privado de nuestras conquistas y fronteras del Norte. Recuérdese que Dampierre, nombrado general en jefe, habia juntado el ejército bajo las murallas de Bouchain infundiéndole valor logrando unirle. Por una feliz casualidad para la revolucion, constantes los aliados en el metódico plan que al principio de la campaña habian adoptado, no querian atacar punto alguno, ni debian

entrar en Francia hasta que el rey de Prusia, después de rendida Maguncia, pudiera internarse en nuestras provincias; y es esto tanto mas cierto, cuanto que si entre los generales de la liga hubiera habido genio y union, se hubiera perdido la causa revolucionaria, pues hubieran debido marchar inmediatamente después de la batalla de Neerwinden y no dejar un momento de descanso á nuestro batido ejército, que á mas de diseminado estaba vendido, y ya que no cayese prisionero por refugiarse en las plazas fuertes, á lo ménos hubieran quedado nuestros campos abiertos al enemigo victorioso. Pero los aliados celebraron un congreso en Amberes para arreglar las operaciones sucesivas de la guerra. El duque de York, el príncipe de Coburgo, el de Orange y varios generales acordaron entre sí lo que convenia hacer, y resolvieron apoderarse de Condé y Valenciennes, para dar á la casa de Austria nuevas plazas fuertes en los Países-Bajos, y de Dunkerque para asegurar á Inglaterra este puerto tan deseado en el continente. Acordado este plan, se principiaron las operaciones hallándose ya en línea los ingleses y holandeses; el duque de York mandaba veinte mil austriacos y hannoverianos; el príncipe de Orange quince mil holandeses, y el de Coburgo llevaba cuarenta y cinco mil austriacos y ocho mil hesseses. El de Hohenlohe ocupaba con treinta mil austriacos á Namur y al Luxemburgo, uniendo el ejército coligado de los Países-Bajos con el prusiano encargado del sitio de Maguncia. De manera que el Norte se veía amenazado por ochenta ó noventa mil hombres.

Ya los coligados se hallaban bloqueando á Con-

dé, y el mayor anhelo del gobierno francés era levantar este sitio. Dampierre, valiente, pero sin confianza en sus soldados, no se atrevia á embestir á tan formidable ejército; sin embargo, estrechado por los comisionados de la Convencion, condujo nuestro ejército al campo de Famars, junto á Valenciennes, y en 4.º de mayo atacó en muchas columnas á los austriacos, atrincherados en los bosques de Vicogne, y Saint-Amant. Las combinaciones militares eran aun muy tímidas, porque el formar una masa, coger el lado débil al enemigo, y acometerle osadamente, era una táctica desconocida de los dos partidos. Dampierre se arrojó con denuedo, pero en cortas masas, contra un enemigo tambien diseminado, que hubiera sido facil destracer en un punto; y en castigo de su error fué rechazado después de un sangriento combate. El 9 de mayo volvió á la carga, menos dividido que la vez primera, pero los enemigos avisados tambien, habian procurado reconcentrarse, y mientras hacia heroicos esfuerzos para tomar un reducto, que debia facilitar la union de dos de sus columnas, quedó herido de muerte por una bala de cañon. El general Lamarche, encargándose del mando interino, ordenó la retirada, y condujo al ejército al campamento de Famars.

Este campamento colocado bajo los muros de Valenciennes, y unido á esta plaza, impedia que se la sitiase, pero los aliados resolvieron atacarle el 23 de mayo. Esparcieron sus tropas segun su acostumbrado método, dispersaron inútilmente parte de ellas por una porcion de puntos, que la prudencia austriaca queria conservar, y no atacaron el campamento con todo el poder que hubieran

podido ostentar. Un dia entero los tuvo detenidos la artilleria, honor del ejército francés, y no pudieron pasar el Ronelle, que defendia el frente del campamento, hasta la tarde. Lamarche levantó el campo por la noche en buen orden, y se situó en el de César, unido á la plaza de Bouchain, como el de Famars á Valenciennes. Aqui se nos debia haber perseguido y dispersado, pero el egoismo y el método, deluvieron á los aliados junto á Valenciennes, colocándose en observacion parte del ejército entre Valenciennes y Bouchain, dando frente al campamento de César. Otra division emprendió el sitio de Valenciennes, y lo restante continuó bloqueando á Condé, que por falta de viveres esperaban cayese en su poder en breves dias. Se empezó regularmente el sitio de Valenciennes, viniendo ciento y ochenta piezas de Viena, y otras ciento de Holanda, y hallándose ya preparados noventa y tres morteros. De este modo se estrechaba en junio y julio á Condé, se incendiaba á Valenciennes, y nuestros generales con un ejército desecho y derrotado, ocupaban el campamento de César. Una vez rendidas Condé y Valenciennes, debia temerse cualquier acontecimiento funesto, porque el peligro era inminente.

El ejército del Mosela que mantenía la comunicacion del que se hallaba en el Norte con el del Rin, habia pasado á las órdenes de Ligneville, cuando fué nombrado Beurnonville, ministro de la Guerra. Hallábase á la vista del príncipe Hohenlohe y no tenía nada que temer, porque este príncipe no podia acometer empresas arriesgadas, ocupando á un mismo tiempo á Namur, á Luxemburgo y Tréveris con treinta mil hombres lo mas, teniendo al

frente las plazas de Metz y Thionville. Aun se habian debilitado mas con los siete ú ocho mil hombres que se habian sacado de su ejército para unirlos con el prusiano; y desde entonces era mas probable é interesante que nunca, el unir el ejército activo del Mosela con el del Alto Rin, para intentar operaciones de importancia.

Se habia terminado la campaña anterior del Rin en Maguncia, en donde Custiaue tuvo que encerrarse, despues de mil ridiculas demostraciones alrededor de Francfort, reuniendo en aquel punto una artilleria considerable, sacada de nuestras plazas fuertes, y particularmente de Strasburgo. En aquel punto formaba mil proyectos, queriendo unas veces tomar la ofensiva, otras defender á Maguncia, y otras, abandonar esta plaza. Resolvió por fin conservarla, y aun contribuyó á que dictase esta resolucion el consejo ejecutivo. El rey de Prusia se vió obligado entonces á sitiaria, y la resistencia que en este punto encontraba, era lo que impedia á los aliados adelantarse hácia el Norte.

El rey de Prusia pasó el Rin por Bacharach, un poco mas abajo de Maguncia; Wurmser con quince mil austriacos y algunos miles de hombres de Condé, le atravesó algo mas arriba, y el cuerpo de hessenses de Schoenfeld quedó en la orilla derecha delante del arrabal de Cassel. El ejército prusiano no era tan numeroso como debia serlo, segun el empeño que tomó Federico Guillermo; porque habiendo enviado un ejército considerable á Polonia, solo le quedaban cincuenta y cinco mil hombres, contando entre ellos los varios refuerzos de hessenses, sajones y bávaros; de modo que contando siete ú ocho mil hombres austriacos de Wurmser,

con los cinco ó seis mil emigrados de Condé, y con los cincuenta y cinco mil hombres del rey de Prusia, se puede calcular que el ejército que amenazaba la frontera del Este, constaría próximamente de ochenta mil soldados. Nuestras plazas fuertes del Rin tenían cerca de treinta y ocho mil hombres de guarnicion; el ejército activo constaba de cuarenta y cinco mil: el de Mosela de treinta mil, y si se hubiesen reunido estos dos últimos bajo un mismo mando y con un punto de apoyo como Maguncia, se hubiera podido ir en busca del mismo rey de Prusia, y reducirle al otro lado del Rin.

A lo menos hubieran debido estar en perfecta inteligencia los dos generales del Mosela y del Rin, y ciertamente hubieran podido disputar y aun impedir el paso del rio, pero lejos de hacer esto, dejaron que en el mes de marzo atravesase el rey de Prusia impunemente el Rin, sin oponérsele mas obstáculos que algunas vanguardias que rechazó sin ningun trabajo. Custine se hallaba entretanto en Worms, no habiendo tenido cuidado de defender las orillas del Rin ni la espalda de los Vosgos, que formando los alrededores de Maguncia, hubieran podido contener la marcha de los prusianos. Acudió, pero se alarmó de repente con las pérdidas sufridas por sus vanguardias, creyendo que tenía sobre sí ciento cincuenta mil hombres; y dignándose principalmente que Wurmser, que debía desembocar por el Palatinado, y mas arriba de Maguncia, estaba á su retaguardia, se iba á separarse de la Alsacia, pidió socorro á Ligneville, que temblando tambien por sí, no se atrevió á privarse de un regimiento, y entonces emprendiendo la fuga, se retiró aceleradamente á Landau, luego á Wisem-

burgo, y hasta pensó en refugiarse bajo el mismo cañon de Strasburgo. Esta inconcebible retirada franqueó el paso por todas partes á los prusianos, que cayendo sobre Maguncia ocuparon ambas márgenes del rio.

En la plaza habia encerrados veinte mil hombres, que si eran muchos para su defensa, tambien lo eran para el acopio de víveres, que no podian bastar á guarnicion tan considerable. La incertidumbre de nuestros planes militares no habia dejado tomar precaucion ninguna para el abasto de esta plaza, que felizmente guardaba á dos representantes del pueblo, Rewel y el heroico Merlin de Thionville, á los generales Kleber, Aubert-Dubayet, al ingeniero Mounier, y finalmente á una guarnicion que tenia todas las virtudes guerreras, valor, sobriedad y constancia. El sitio fiado al general Kalkreuth con un cuerpo prusiano, comenzó en abril, y el rey de Prusia y Wurmser estaban en observacion al plé de los Vosgos, dando frente á Custine. La guarnicion hacia frecuentes salidas, y estendia mucho su linea de defensa; y el gobierno francés, conociendo el error que habia cometido separando á los dos ejércitos del Mosela y del Rin, los reunió bajo el mando de Custine, de suerte que este general disponia de sesenta á setenta mil hombres. Pero no por eso, ni por estar tan esparcidos los prusianos y los austriacos, ni por tener delante á Maguncia ocupada por veinte mil franceses que imploraban su socorro, le ocurrió la idea de caer sobre el cuerpo de observacion, dispersarle y unirse á la valiente guarnicion que le prestaba su apoyo. A mediados de mayo, conociendo el peligro de su inaccion, hizo una tentativa mal combinada y peo-

ejecutada, que se convirtió en una completa derrota. Entonces, según su costumbre, se quejó de sus subalternos, y le trasladaron al ejército del Norte para organizar y alentar á las tropas atrinchadas en el campamento de César. Así, la liga que sitiaba á Valenciennes, y á Maguncia podia, tomadas estas dos plazas, avanzar hácia nuestro centro, y efectuar la invasion sin resistencia.

Una cadena de tortuosidades amenazaba desde el Rin hasta los Alpes y Pirineos, las retaguardias de nuestros ejércitos, impidiendo sus comunicaciones; pues los Vosgos, el Jura, la Auvernia y el Lozere, forman desde el Rin á los Pirineos una reunion casi continua de montañas de diferente extension y altura. Las montañas son sitios de conservacion para las instituciones, los hábitos y las costumbres, y en todas las que acabamos de citar, la poblacion conservaba un resto de afecto á su antigua existencia, y sin ser tan fanática como la Vendée, estaba sin embargo muy dispuesta á sublevarse. Los Vosgos, en parte alemanes, servian á las tramas de los nobles y los clérigos, mostrando intenciones tanto mas amenazadoras, cuanto mas indeciso estaba el ejército del Rin. Todo el Jura se habia sublevado por la Gironda; y si bien mostraba en su rebelion mas carácter de libertad, no dejaba de ser peligroso, porque al rededor de Lons-le-Saulnier, se reunian de quince á veinte mil montañeses, y se daban la mano con los rebeldes del Ain y del Ródano. Hemos visto en qué estado se hallaba Lyon. Las montañas del Lozere que separan del Ródano el Alto Loira, estaban inundadas de rebeldes ni mas ni menos que la Vendée, mandados por

un ex-constituyente llamado Charrier, que ascendian ya á treinta mil hombres, y que por medio del Loira podian unirse á la Vendée. Despues venian los sublevados federalistas del Mediodia; de modo que las retaguardias de los ejércitos del Rin, de los Alpes y Pirineos, estaban amenazadas por grandes rebeliones, distintas en objeto y en principios; pero todas formidables.

Tambien estaban armados al pié de los Alpes los piemonteses, que querian recuperar la Savoya y el condado de Niza, sin haber otro obstáculo que las nieves para dar principio á las hostilidades en las faldas de San Bernardo, donde cada cual conservaba sus posiciones en los tres valles de Salenche, Tarentesa y Mauriena. No sucedia lo mismo en los Alpes maritimos y en el ejército llamado de Italia, porque las hostilidades se habian principiado muy temprano, empezando en el mes de mayo á disputarse el interesante punto de Saorgio, del cual dependia la pacífica posesion de Niza. En efecto, ocupado una vez este punto, los franceses eran dueños del collado de Tenda, y tenian la llave de la inmensa cordillera; y por esto los piemonteses habian mostrado tanto empeño en defenderla como nosotros en atacarla; teniendo, tanto en Savoya como por la parte de Niza, cuarenta mil hombres reforzados por ocho mil austriacos auxiliares. Sus tropas, repartidas en varios cuerpos de igual fuerza desde el collado de Tenda hasta el gran San Bernardo, habian seguido como todas las de la liga, el sistema de cordones, y guardaban todos los valles. El ejército francés de Italia se hallaba en el estado mas deplorable, pues constando á lo mas de quince mil hombres, desprovisto de todo

y conducido sin pericia, podia hacer muy pocos esfuerzos; y aunque el general Biron que le mandó algunos dias le aumentó con cinco mil hombres, no pudo proveerle de todo lo necesario. Si en el Mediodia se hubiera concebido uno de aquellos grandes pensamientos que nos hubieran perdido en el Norte, nuestra ruina no hubiera sido menos segura por esta parte. Los piemonteses favorecidos por los hielos que paralizaban toda accion por los grandes Alpes, podian trasportar todas sus fuerzas á los Alpes del Mediodia, y penetrando por Niza con un ejército de treinta mil hombres, deshacer el nuestro de Italia, arrojarle contra los departamentos sublevados, dispersarle enteramente, favorecer la rebelion de ambas márgenes del Ródano, adelantarse tal vez hasta Grenoble y Lyon, acometer allí por la espalda á nuestro ejército ocupado en los valles de la Savoya, é invadir de este modo toda una parte de la Francia; pero ni ellos tenían ya un Amadeo, ni los austriacos un Eugenio, ni un Malborough los ingleses. Hallábanse pues reducidos á la defensa de Saorgio.

Brunet, que reemplazó á Anselme, hizo en Saorgio los mismos esfuerzos que Dampierre en la parte de Condé, y despues de muchos combates inútiles y sangrientos, se dió por fin el último el 12 de junio, que tuvo por resultado una completa derrota. Aun entonces, si hubiese empleado el enemigo un poco de audacia aprovechándose de su triunfo, hubiera podido dispersarnos, hacernos desocupar á Niza, y volver á pasar el Var. Kellermann habia acudido desde su cuartel general de los Alpes, reuniendo el ejército en el campamento de Donjon, estableciendo puntos de defensa, mientras llegaban

nuevas fuerzas, y ordenando se guardase una inaccion absoluta. Una circunstancia hacia mas peligrosa aun la situacion de este ejército, cual era la aparicion del almirante inglés Hood, en el Mediterraneo, que habia salido de Gibraltar con treinta y siete navios, y la del general Langara, que habia salido con fuerzas casi iguales de los puertos de España. La linea del Var podia ser ocupada por las tropas que habian desembarcado, y envolver por su retaguardia á los franceses. Ademas, la presencia de las escuadras impedia las provisiones por mar, favorecia la sublevacion del Mediodia, y animaba á la Córcega para entregarse á los ingleses. Nuestras escuadras reponian en Tolon los daños que habian sufrido en la desgraciada expedicion de Cerdeña, y apenas se atrevian á proteger á los buques mercantes de cabotaje que conducian granos de Italia. El Mediterraneo ya no era nuestro, y el comercio de Levante pasaba de Marsella á los griegos y á los ingleses. De este modo, el ejército de Italia se hallaba al frente con los piemonteses, triunfantes en muchos encuentros, y á la espalda con la sublevacion del Mediodia y con dos escuadras.

En los Pirineos se habia declarado la guerra con la España desde el 7 de marzo á consecuencia de la muerte de Luis XVI, y asi no estaba mas que principiada, si bien habian sido muy largos los preparativos por ambas partes, tanto por la mala administracion de España, como por tener la Francia tantos enemigos á que atender. Serván, general de los Pirineos, habia empleado muchos meses en organizar su ejército y en acusar á Pache con la misma acrimonia que lo hacia Dumouriez; en el

mismo estado se hallaban los asuntos con Bouchotte; y cuando se abrió la campaña, el general todavía se quejaba del ministro diciendo que le hacia carecer de todo. Ambos paises se comunican por dos puntos, Perpiñan y Bayona; y el conducir vigorosamente un cuerpo de invasion contra Bayona y Burdeos, uniéndose así con la Vendée, era una tentativa muy atrevida para aquellos tiempos; pero el enemigo nos suponía en esta parte mayores medios de resistencia, y teniendo que pasar las Landas, el Garona y el Dordoña, hubieran bastado tales dificultades para apartarle de este plan, aunque le hubiese concebido. La corte de Madrid prefirió un ataque por el lado de Perpiñan, porque en este punto tenia una base mas sólida, en plazas fuertes; porque contaba con los realistas del Mediodía segun las promesas de los emigrados; y últimamente porque no habia olvidado sus antiguas pretensiones al Rosellon. Para la custodia de Aragon se dejaron cuatro ó cinco mil hombres, y unos quince ó diez y ocho mil, la mitad de tropas regulares, y la otra mitad de milicias, debian operar á las órdenes del general Caro en los Pirineos occidentales, y finalmente, se encargó al general Ricardos que atacase formalmente el Rosellon con veinte y cuatro mil hombres.

De la cadena de los Pirineos se desprenden dos valles principales: el de Tech y el de la Tet, y dirigiéndose hacia Perpiñan forman nuestras dos primeras lineas de defensa. Perpiñan está colocado en el segundo, es decir, en el de Tet, y Ricardos informado de nuestros débiles recursos, quiso principiar la campaña con un pensamiento atrevido, y flanqueando los fuertes de Bellaguardia y los Ba-

ños situados en la primera linea, se adelantó bizarramente con la idea de apoderarse de todos nuestros destacamentos esparcidos por los valles, tomándoles la delantera, cuya tentativa le salió como deseaba. El 15 de abril emprendió el movimiento, batió á los destacamentos enviados con el general Villot para que le contuyesen, é infundió un terror pánico por toda la frontera. Con solos diez mil hombres que hubiera adelantado, hubiera podido hacerse dueño de Perpiñan, pero le faltaba atrevimiento y como por otra parte no se habia preparado del todo, dejó tiempo de reponerse al ejército francés.

Dividióse el mando de este porque parecia muy estenso, tocando á Serván los Pirineos occidentales y al general Dellers, á quien hemos visto empleado en la expedicion de Holanda, los Pirineos orientales. Este reunió el ejército delante de Perpiñan, en una posicion llamada el *Mas d'Eu*; y el 19 de mayo, Ricardos, que logró reunir diez y ocho mil hombres, atacó el campamento francés. El combate fué sangriento, y el valiente general Dagobert, conservando en su avanzada edad el ardor juvenil y uniendo á su denuedo la mayor pericia, pudo sostenerse en el campo de batalla. Dellers llegó con mil y ochocientos hombres de refuerzo, y ayudó á conservar la posicion; y al espirar el día, cuando el combate parecia que debia ser favorable, se vé de repente á nuestros soldados fatigados de tan larga resistencia, abandonar el terreno al acercarse la noche, y refugiarse desordenados á Perpiñan. La guarnicion asustada, cierra las puertas y hace fuego á nuestras tropas creyendo ser españoles, y entonces era la ocasion de haber caído atrevida-

mente sobre esta plaza, y apoderarse de ella porque no hubiera resistido; pero Ricardos que habia cubierto á Bellaguardia y á los Baños, creyó que no debia pasar adelante, y se volvió á poner sitio á estos dos pequeños fuertes. Apoderóse de ellos á últimos de junio, y se dirigió de nuevo contra nuestro ejército; reunido poco mas ó menos en las mismas posiciones que antes; de modo que en julio podria privarnos del Rosellon una accion desventajosa.

Nuestras calamidades irán aumentando al paso que nos acerquemos á otro teatro de la guerra mas sangriento y terrible, que todos cuantos hemos recorrido, pues la Vendée iba á producir entre fuego y sangre una formidable columna mas allá del Loira. Dejamos entusiasmados á los vendeanos con inesperados triunfos, dueños de la ciudad de Thouars, que habian tomado á Quetneau, y empezando concebir grandes proyectos. En vez de marchar á Doué y á Saumur, se habian dirigido al Sur del teatro de la guerra, queriendo despejar el pais por la parte de Fontenay y de Niort, dirigiéndose á Fontenay en 16 de mayo. Lescure y Larochejaquelein encargados de esta expedicion, rechazados al principio por el general Sandos, se replegaron á corta distancia, pero aprovechándose luego de la ciega confianza que el general republicano habia adquirido con este primer triunfo, se presentaron de nuevo en número de quince á veinte mil hombres, se apoderaron de Fontenay, á pesar de los esfuerzos que hizo en esta jornada el joven Marceau, y obligaron á Chalhós y á Sandos á retirarse á Niort en el mayor desorden. Halláronse allí con armas y municiones en gran cantidad, y se enrique-

cieron con nuevos auxilios, que unidos á los que habian sacado de Thouars, les permitian continuar la guerra con la esperanza de nuevos triunfos. Lescure dirigió una proclama á los habitantes, y les amenazó con los mayores castigos si prestaban auxilios á los republicanos; despues de lo cual se separaron segun su costumbre los vendeanos, para volver á los trabajos de la recoleccion, fijándose la otra reunion para el 4.º de junio en los alrededores de Doué.

En la baja Vendée, donde mandaba solo Charette, sin unir aun sus movimientos con los de los demas gefes, el éxito habia sido mas incierto. Canclaux, comandante en Nantes, se habia mantenido, aunque con trabajo, en Machecoul; el general Boulard, que mandaba en los Sables, gracias á sus buenas disposiciones, y á la disciplina de su ejército, habia ocupado en dos meses la baja Vendée, teniendo puestos muy avanzados hasta en las cercanias de Palluau; no obstante, el 17 de mayo se vió obligado á retirarse á la Motte-Acharl, muy cerca de los Sables, hallándose en el mayor apuro, porque sus dos mejores batallones, compuestos de ciudadanos de Burdeos, querian retirarse, fuese por volver al cuidado de sus asuntos, que los tenian abandonados, fuese porque estaban descontentos con el 31 de mayo.

Asi en la alta como en la baja Vendée, se habia gozado de algun reposo con las ocupaciones campestres, y por espacio de algunos dias fué algo menos activa la guerra, que se difirió hasta principios de junio.

El general Berruyer, que al principio mandaba en todo el teatro de la guerra, habia sido reempla-

zado y distribuido su mando entre varios generales. Saumur, Niort y los Sables compusieron el ejército llamado de las costas de la Rochela, que se confió á Biron; á Canclaux, general de Nantes, el ejército llamado de las costas de Brest, compuesto de Angers. Nantes y el Loira inferior; y finalmente le dieron las costas de Cherburgo á Wimpffen, que despues, como hemos visto, fué general de los rebeldes del Calvados.

Biron, trasladado de la frontera del Rin á la de Italia, y desde esta á la Vendée, entró con repugnancia en este teatro de devastacion debiendo estrellarse en él por su aversion á los furiosos de la guerra civil. Llegó á Niort el 27 de mayo, y halló al ejército en un espantoso desórden, pues estaba compuesto de levases generales, hechas por fuerza ó seduccion en los pueblos vecinos, y enviados de tropel á la Vendée sin instruccion, disciplina ni provisiones. Formado de paisanos y vecinos laboriosos de los pueblos, que habian dejado con disgusto sus ocupaciones, estaban en ánimo de disolverse á la primera oportunidad, y mejor hubiera sido despedirlos á casi todos, porque hacian falta en los campos y en los pueblos, que no tenerlos amontonados inútilmente en el pais rebelde, apurando sus recursos con tanto número, introduciendo el desórden y el terror pánico, y arrastrando por lo comun en su fuga á los batallones organizados, que hallándose solos hubieran resistido mucho mejor. Todos estos cuerpos llegaban con su gefe nombrado en el distrito, que se decia general, hablaba de su ejército, no queria obedecer, y se oponia á cuanto mandaban los gefes superiores. Por la parte de Orleans formaban batallones conocidos en

esta guerra con el nombre de *batallones de Orleans*, compuestos de oficinistas, de manebos de tiendas, de criados y de todos los jóvenes recogidos en las secciones de Paris, y mandados con Santerre; á todos los cuales se les entrometia en las tropas sacadas del ejército del Norte, del cual se habian elegido cincuenta hombres por batallon. Pero era preciso acomodar estos elementos heterogéneos, y proporcionarse armas y vestuarios, cuando todo faltaba, hasta las mismas pagas, que como eran desiguales entre la tropa de linea y los voluntarios ocasionaban frecuentes alborotos.

Para organizar estas masas, la Convencion enviaba multitud de comisionados, habiéndolos en Tours, en Saumur, Niort, la Rochela y Nantes; mas contradiciéndose mutuamente, contradecian á los generales. El consejo ejecutivo tenia así mismo agentes, y el ministro Bouchotte habia inundado el pais con gente de su confianza, elegida entre los jacobinos y franciscanos. Estos se oponian á los representantes, creyendo probar su celo cuando abrumaban el pais con requisiciones, y acusaban de déspotas y traidores á los generales que querian contener la insubordinacion de la tropa, ó evitar inútiles perjuicios; de cuyo conflicto de autoridades, resultaba un caos de acusaciones y una mezcla de mandos que no podia tolerarse. Biron no lograba hacerse obedecer, nise atrevia á marchar con su ejército, temeroso de que se le desertase al primer movimiento, ó se apoderase de todo cuanto encontrase al paso. Tales la pintura exacta de las fuerzas que tenia la república por este tiempo en la Vendée.

Biron pasó á Tours para acordar con los representantes un plan eventual, que consistia en llevar

luego que se hubiese organizado un poco esta confusa muchedumbre, cuatro columnas de diez mil hombres cada una, desde la circunferencia al centro. Los puntos de partida eran los puentes de Cè, Saumur, Chinon y Niort; y en el interin fué á recorrer la baja Vendée, donde suponía que el riesgo era mayor que en ninguna otra parte. Biron temía con razón que se entablasen relaciones entre los vendeanos y los ingleses, pudiendo agravar el mal y hacer interminable la guerra, las municiones y tropas que desembarcasen en el Marais. Habíase destinado una escuadrilla de diez velas, y se sabía que los emigrados bretones tenían orden de pasar á las islas de Gersey y Guernesey. Todo, pues, justificaba los temores de Biron, y su revista en la baja Vendée.

Entretanto los vendeanos reunidos en 1.º de junio, habían establecido cierta regularidad entre sí, pues nombraron un consejo que gobernase el país ocupado por sus tropas; y el presidente del consejo era un aventurero que se llamaba obispo de Agra, y legado del papa, que bendecía las banderas, celebraba misas solemnes, excitaba el entusiasmo de los vendeanos, y hacia de este modo que redundase en favor de ellos su impostura. Aun no habían elegido generalísimo, sino que cada gefe mandaba á los paisanos de su distrito, habiéndose convenido en que se entenderían mutuamente en todas las operaciones. Estos gefes habían dado una proclama en nombre de Luis XVII y del conde de Provenza, regente del reino, durante la menor edad del príncipe, llamándose *comandantes de los ejércitos reales y católicos*. Proyectaron al principio ocupar la línea del Loira, y adelantarse

á Doué y Saumur; empresa atrevida, pero fácil en el estado que tenían las cosas. El día 7 entraron en Doué, y el 9 llegaron á la vista de Saumur; pero luego que se supo su marcha, recibió orden el general Salomon, que estaba en Thouars con tres mil hombres de buena tropa, para picarles la retaguardia. Salomon obedeció, y hallándolos con tanta fuerza, que no hubiera podido acometerles sin quedar desecho, se volvió á Thouars, y desde aquí á Niort. Las tropas de Saumur habían tomado posiciones en la inmediación de la ciudad, en el camino de Fontevrault, en las trincheras de Nantilly, y en las alturas de Bournan. Llegan los vendeanos, atacan la columna de Berthier, son rechazados por una artillería muy certera, pero volviendo con refuerzo, hacen retirarse á Berthier herido. Todavía se resisten los gendarmes á pié, dos batallones de Orleans y los coraceros; mas estos pierden á su coronel, y en el mismo momento comienza la derrota, y son todos rechazados á la plaza, donde entran también tras ellos los vendeanos. Quedaba aun fuera el general Coustard que mandaba los batallones situados en las alturas de Bournan, y al verse separado de las tropas republicanas que habían entrado en Saumur, forma el atrevido proyecto de penetrar también en esta plaza, y acometer por la espalda á los vendeanos. Para esto era preciso atravesar un puente en que acababan de colocar una batería los vencedores, y manda el valiente Coustard á un cuerpo de coraceros que se apoderasen de ella.—¿A dónde nos enviais dicen estos?—A la muerte, responde Coustard; la salvación de la república lo exige.—Arrojáanse los coraceros; pero al mismo tiempo se dispersan los

batallones de Orleans y abandonan al general y á los coraceros que alcan la bateria. La cobardía de unos hace inútil el heroismo de otros, y Coustonard, no pudiendo introducirse en Saumur, se retira á Angers.

El día 8 de junio fué ocupado Saumur, y el siguiente se rindió el castillo; los vendeanos dueños ya entonces de la corriente de Loira, podian dirigirse á Nantes ó á la Fleche, al Mans y á Paris, pues el terror les abria paso, y todo debía ceder á su presencia. Al mismo tiempo se hallaba Biron en la baja Vendée, donde creia que guardando las costas evitaba los mayores y verdaderos peligros.

Todos nos amenazaban á un tiempo, pues los aliados que sitiaban á Valenciennes, Condé y Maguncia, estaban en vísperas de tomar estas plazas, baluartes de nuestras fronteras. Los Vosgos inquietos y la Jura sublevado, daban paso franco á la invasion por la parte del Rín. El ejército de Italia, rechazado por los piamonteses, tenia á sus espaldas los rebeldes del Mediodia y las escuadras inglesas. Los españoles delante de Perpiñan amenazaban apoderarse de él en un ataque, á la vista del campamento francés, y hacerse dueños del Rosellon. Los sublevados de Lozère estaban próximos á ponerse en contacto con los vendeanos á lo largo del Loira, que era el proyecto del autor de la sublevacion. Los vendeanos dueños de Saumur y la corriente del Loira, con solo descarlo podian ejecutar los planes mas atrevidos en el interior; y finalmente, saliendo los confederados de Caen, Burdeos, y Marsella, estaban dispuestos á sublevar al paso á la Francia.

Nuestra situacion en el mes de julio de 1793, era tanto mas desesperada, cuanto que en todos los puntos podia la Francia recibir un golpe mortal. La liga del Norte, despreciando las plazas fuertes, solo tenia que dirigirse á Paris, donde arrojando la Convencion hácia el Loira, le ponía en manos de los vendeanos. Los austriacos y piamonteses podian efectuar una invasion por los Alpes marítimos, derrotar á nuestro ejército y correr triunfantes por todo el Mediodia. Los españoles podian avanzar por la parte de Bayona y unirse con la Vendée, ó si se inclinaban mas al Rosellon, marchar atrevidamente hácia el Lozère, poco distante de la frontera, é incendiar el Mediodia. Los ingleses últimamente, en vez de cruzar el Mediterráneo, tenian el recurso de desembarcar tropas en la Vendée, y conducir las desde Saumur á Paris.

Pero ni los enemigos domésticos ni los exteriores de la Convencion tenian lo que asegura la victoria en las guerras de revolucion. Los aliados obraban sin concierto, y bajo el pretexto de una guerra santa, ocultaban las miras mas personales. Los austriacos querian á Valenciennes; el rey de Prusia á Maguncia; los ingleses á Duinkerque, los piamonteses intentaban recobrar á Chambery y á Niza; los españoles, aunque llevaban menos intereses que los demas, tenian sin embargo alguna esperanza respecto al Rosellon; y por fin, los ingleses pensaban mas bien en ocupar con sus escuadras el Mediterráneo, ganando en él algun puerto, que en favorecer con útiles socorros á la Vendée. Ademas de este egoismo general, que impedia á los aliados estender sus miras mas allá de lo que les

sugería su inmediata utilidad, todos eran sistemáticos y tímidos en la guerra, defendiendo con la antigua rutina militar las antiguas rutinas políticas, en cuyo favor se habían armado; y respecto á los vendeanos, sublevados como hombres sencillos contra el genio de la revolución, peleaban como tiradores valientes, pero escasos de facultades. Los confederados esparcidos por la superficie de la Francia, como tenían que comunicarse á largas distancias para combinar sus operaciones, y se proclamaban tímidamente contra la autoridad central, sin mas estímulo que la frialdad de sus pasiones, tenían que obrar con lentitud é incertidumbre. Por otra parte, se acusaban en secreto de que comprometían á su patria, distrayéndola criminalmente, y empezaban á conocer que cuando toda Europa alzaba su espada contra nosotros, era culpable el que se ponía á discurrir si había de ser revolucionario como Pétion y Vergniaud, ó como Robespierre y Danton; deduciendo por fin, que en semejantes circunstancias solo había un buen medio de serlo, es decir, el mas enérgico. En efecto, ya diferentes facciones que se levantaban á su alrededor les iban advirtiendo su falta; pues no eran solo los constituyentes, sino los agentes de la antigua corte, los secuaces del antiguo clero, y en una palabra, todos los amantes del poder absoluto, los que se levantaban á un mismo tiempo; siendo evidente para ellos que todo el que se oponía á la revolución, favorecía á los enemigos de la libertad y del patriotismo.

Tales eran las causas que hacían á los aliados tan ineptos y tímidos, tan débiles á los vendeanos, á los confederados tan indecisos, y que debían pro-

meter el triunfo de la Convención contra las divisiones domésticas y contra la Europa entera. Los montañeses, únicamente llevados de una pasión fuerte y de un pensamiento único, la salvación de la patria, sintiendo la exaltación de ánimo que inspira los medios mas nuevos y atrevidos, no juzgándolos nunca, ni arriesgados, ni costosos, con tal que sean saludables, debían desbaratar con una defensa imprevista y sublime á unos enemigos torpes, vulgares y desavenidos, y sofocar unas facciones que querían el antiguo régimen, y la revolución en todos sus grados, pero sin tener ni armonía, ni determinado objeto.

En medio de las críticas circunstancias en que la Convención se hallaba, no tuvo un solo instante de sobresalto; mientras las plazas fuertes ó los campamentos atrincherados detenían por un momento á los enemigos en las diferentes fronteras; la junta de salvación pública trabajaba día y noche en organizar los ejércitos, en completarlos con el alistamiento de trescientos mil hombres, en enviar instrucciones á los generales, y en remitir fondos y municiones, capitulando con todas las administraciones locales que en provecho de los confederados querían retener las provisiones destinadas á los ejércitos, y logrando hacerles desistir con la poderosa consideración de la salvación pública.

Mientras que la junta empleaba estos medios, con respecto al enemigo exterior, la Convención no obraba con menos eficacia respecto á los interiores. El mejor recurso contra un enemigo que duda de su derecho y fuerzas, es no dudar de las propias, y así se condujo la Convención. Ya hemos visto los enérgicos decretos que dió al primer aso-

mo de revolucion; mas como no hubiesen querido ceder muchas ciudades, ni remotamente se ocurrió la idea de transijir con ellas; puesto que sus actos llevaban todo el sello de la rebelion. Los lyoneses se habian negado á obedecer y á enviar á Paris á los patriotas presos; y ella ordenó á sus comisionados en el ejército de los Alpes, que usasen de la fuerza, sin temer las dificultades ni los peligros que corrían estos comisionados en Grenoble, con los piemonteses á la vista y con los sublevados del Isere y del Ródano á la espalda. Mandóles ademas que hiciesen entrar á Marsella en su deber, y solo concedió tres dias á todas las administraciones para retractarse de sus acuerdos equivocados, enviando finalmente á Vernon algunos gendarmes y unos cuantos miles de ciudadanos de Paris para que sometiesen inmediatamente á los rebeldes de Calvados, que eran los mas inmediatos á la capital.

No se echó en olvido tampoco el gran recurso de la constitucion para cuya obra bastaron ocho dias, pues era mas bien un medio de fusion, que un verdadero plan legislativo. Su redactor habia sido Hérault-Séchelles, y segun este proyecto, todo francés de edad de 21 años era ciudadano y podia ejercer sus derechos políticos sin ninguna condicion de fortuna ó propiedad. Los ciudadanos reunidos nombraban un diputado por cada cincuenta mil almas. Los diputados que componian una sola Asamblea, no podian permanecer en ella mas de un año. Daban decretos por todo lo que tenia relacion con las necesidades urgentes del Estado, decretos que eran ejecutivos sin tardanza. Dictaban leyes para todo lo que tenia relacion con el interés

general y menos urgente, y estas leyes no se sancionaban hasta que espirado un término dado, no reclamasen contra ellas las asambleas primarias. Estas se formaban de derecho y sin convocacion, para renovar los diputados el primer dia de mayo, y podian pedir Convenciones para modificar el acta constitucional. El poder ejecutivo se hallaba en veinte y cuatro individuos nombrados por los electores que era la única eleccion inmediata. Las asambleas primarias nombraban los electores, estos los candidatos, y el cuerpo legislativo reducia por eliminacion los candidatos á veinte y cuatro. Estos veinte y cuatro individuos del consejo elegian los generales, los ministros, los agentes de todas clases, tomándolos fuera de su seno, debiendo dirigirlos, vigilarlos, y ser continuamente responsables de ellos. El consejo ejecutivo se renovaba por mitad todos los años; y finalmente, esta constitucion tan breve, tan democrática, en que el gobierno quedaba reducido á una mera comision temporal, respetaba sin embargo un resto del antiguo régimen, los ayuntamientos, cuyas atribuciones y facultades no variaban. La energia de que habian dado pruebas, fué la causa de que la conservasen en aquella tabla rasa en que no quedaba el menor vestigio de lo pasado. Esta constitucion se adoptó casi sin discusion en ocho dias, como que se habia presentado el proyecto el dia 10 de junio, y ya se habia decretado el 24, y en el momento de haberse votado su totalidad, resonaron salvas en Paris, y por todas partes se oyeron gritos de regocijo. Imprimiéronse muchos miles de ejemplares para remitirlos á toda la Francia, y solo algunos de los alborotadores que habian preparado

el 31 de mayo, la hicieron una leve oposicion.

Traeremos á la memoria al joven Varlet que peroraba en las plazas y sitios públicos; al lyonés Leclerc, joven tambien y tan terrible en sus discursos á los jacobinos, que el mismo Marat se alarmaba de oírle; y á aquel Santiago Roux tan cruel con el desdichado Luis XVI, que queria devolverle su testamento; hombres todos que se habian distinguido en la última insurreccion, y tenían gran influjo en la junta del palacio episcopal y en los franciscanos. Hallaron el gran defecto de que la constitucion nada decia contra los logreros y estendieron una peticion, que fueron haciendo firmar por las calles, dirigiéndose en seguida á amotinár á los franciscanos á quienes decian que la constitucion estaba incompleta, porque ninguna disposicion contenia contra los mayores enemigos del pueblo. En vano quiso Legendre oponerse á este movimiento; y adoptada que fué por la sociedad la peticion, la presentó ella misma á la Convencion. Indignése sobremanera toda la Montaña al oírle: Robespierre y Collot-d'Herbois, llenos de ira hicieron se desechase la peticion, y pasaron á los jacobinos para manifestarles el peligro de tan pèrldo entusiasmo, que llevaba el fin, decian, de estraviar al pueblo, no pudiendo ser mas que la produccion de unos hombres pagados por los enemigos de la república. «Esa constitucion, decia Robespierre, es la mas popular que jamás ha existido y es obra de una Asamblea contrarevolucionaria en otro tiempo, pero libre hoy de los hombres que contrariaban su marcha y entorpecian sus operaciones. Purificada en la actualidad esta Asamblea, ha producido la obra mas bella y mas

«popular que han tenido jamás los hombres; y ha-
«bra alguno cubierto con el disfraz de patriotismo,
«jactándose de amar al pueblo mas que nosotros,
«que amotiné á los ciudadanos de todas clases y
«quiera probar que no les conviene una constitu-
«cion, vínculo de toda la Francia? Desconfiad de
«semejantes tramas, desconfiad de esos ex-clérí-
«gos, coligados con los austriacos! Reconoced la
«nueva máscara con que van á disfrazarse los aris-
«tócratas! Yo veo en el porvenir un nuevo crimen,
«que no está lejos acaso de producir su efecto, pe-
«ro nosotros le descubriremos y confundiremos á
«los enemigos del pueblo, cualquiera que sea la
«forma en que se nos presenten.» Collot d'Herbois
habló con la misma vehemencia que Robespierre,
y sostuvo que los enemigos de la república querian
poder decir á los departamentos «Ya veis que Pa-
«ris aprueba el language de Santiago Roux!» Am-
bos oradores fueron unánimemente aplaudidos.
Los jacobinos que se preciaban de unir la politica
á la pasion revolucionaria y la prudencia á la ener-
gia, enviaron una diputacion á los franciscanos,
cuyo orador era Collot-d'Herbois. Recibieronle
ellos con la consideracion que merecia uno de los
mas famosos individuos de los jacobinos y la Mon-
taña, manifestando un profundo respeto á la so-
ciedad que los enviaba. Retiróse la peticion y que-
daron escludidos Santiago Roux y Leclerc; Varlet ob-
tuvo perdon por su edad, y dieron satisfacciones á
Legendre, por las insolentes palabras con que en
la anterior sesion le habian tratado. Desagraviada
asi la constitucion, se remitió á toda la Francia pa-
ra que recibiese la sancion de todas las Asambleas
primarias.

De este modo presentaba la Convencion á los departamentos con una mano la constitucion y con otra el decreto, en que solo se les concedia tres dias para decidirse. La constitucion sinceraba a la Montaña de todo proyecto de usurpacion, dando un pretexto para unirse con una autoridad justificada y el decreto de los tres dias no daba lugar á incertidumbres, obligando á preferir el partido de la obediencia.

Cedieron en efecto muchos departamentos, y aunque insistieron otros en su primer propósito, dirigianse correspondencias y diputaciones, como esperándose unos a otros para obrar. Las distancias no permitian una comunicacion muy breve, ni una union completa; ademas de que la falta de genio revolucionario, impedia hallar los recursos indispensables para triunfar; porque por muy dispuesta que la multitud se halle, jamás está pronta á hacer sacrificios sino la deciden á ellos otros hombres de mas alma. Para amotinar á los vecinos moradores de las ciudades, obligarlos á marchar, á contribuir y á apresurarse, eran indispensables medios muy violentos; pero los girondinos que vituperaban tales medios, propios en los moetañeses, no podian valerse de ellos; los comerciantes bordeleses creian haber hecho un milagro, cuando habian hablado con alguna viveza en las secciones, aunque no habian salido de sus murallas; los marseleses, algo mas acalorados, habian enviado seis mil hombres á Aviñon, pero no se habian alistado ellos en este pequeño ejército, sino que habian puesto en su lugar soldados pagados; los lyoneses esperaban la reunion de los provenzales, y los del Languedoc; los normandos se habian entibiado al

parecer, y únicamente los bretones permanecian constantes, habiendo llenado por sí mismos los cuadros de sus batallones.

Reinaba mucha turbacion en Caen, centro principal de la sublevacion, y las columnas que habian salido de este punto, eran las que primero debian encontrar á las tropas de la Convencion; choques que debia ser muy interesante. Los diputados proscritos que se hallaban al lado de Wimpffen se quejaban de su lentitud, y creian ver en él un realista; por lo cual, viéndose éste estrechado por todas partes, mandó por fin á Puisaye el 13 de julio que condujese su vanguardia á Vernon, anunciando que él mismo se dirigiria allí con todas sus fuerzas. En efecto, el 13 salió Puisaye hacia Pacy, y se encontró con los reclutas de Paris, acompañados de algunos escuadrones de gendarmes. Por ambas partes se dispararon algunos tiros en los bosques, y al siguiente dia 14, los confederados ocuparon á Paris, consiguiendo una pequeña ventaja, pero al inmediato se presentó con cañones la tropa de la Convencion, y á la primera descarga, esparciéndose el terror por las filas de los confederados, se dispersaron y huyeron desordenadamente á Evreux. Menos tímidos los bretones se retiraron mas ordenadamente, pero fueron envueltos en el movimiento retrógrado de los otros. Llenóse de consternacion todo el Calvados al saber esta noticia, y todas las administraciones empezaron á arrepentirse de su imprudente conducta. Apenas llegaron á Caen los detalles de esta derrota cuando Wimpffen reunió á los diputados, y les propuso fortificarse en esta ciudad, haciendo en ella una tenaz resistencia. Explicándose algo mas, les dijo que

no hallaba otro medio de sostener esta lucha que el de acomodarse con un aliado poderoso, y que si querian alguno, él se los proporcionaria dándoles á entender que trataba del gabinete inglés; añadió que creia imposible la república, y que el restablecimiento de la monarquía no era á sus ojos ninguna desdicha; pero los girondinos rechazaron abiertamente semejantes ofertas, manifestando la mas enérgica indignacion. Empezaron entonces á conocer algunos la imprudencia de sus proyectos, y el riesgo de levantar un estandarte, cuando todas las facciones se reunieron para destruir la república; sin embargo, no perdieron del todo la esperanza, y trataron de retirarse á Burdeos, donde juzgaban algunos que podrian producir un movimiento puramente republicano y mas feliz que el del Calvados y la Bretaña. Marcharon, pues, con los batallones bretones que se volvian á sus casas, y proyectaron ir á embarcarse á Brest, á cuyo efecto se disfrazaron de soldados, y se mezclaron en las filas del batallon de Finisterre, porque desde el descalabro de Vernon necesitaban ocultarse, no fuesen arrestados por las administraciones que quisieran someterse y dar pruebas visibles de celo á la Convencion. Así recorrieron parte de la Normandía y Bretaña en medio de continuos peligros y terribles sufrimientos, yendo á ocultarse en las inmediaciones de Brest, para trasladarse despues á Burdeos. Componian aquella tropa los ilustres fugitivos Barbaroux, Petion, Salles, Louvêt, Meilhan, Guadet, Kervelegan, Gorsas, Girey-Dupré, colaborador de Brissot, Marchena, jóven español que habia venido á buscar la libertad en Francia, y Riouffe, jóven tambien y unido á los girondinos

por puro entusiasmo. Todos ellos se veian perseguidos como traidores á la patria cuando á la verdad se hallaban dispuestos á sacrificarla sus vidas, si bien debemos confesar al mismo tiempo, que la comprometian con sus descabelladas disposiciones.

Todas las administraciones de la Bretaña, de los departamentos del Oeste y valle superior del Loira se apresuraban á ceder para evitar que las pusiesen fuera de la ley, y la constitucion, que iba llegando á todas partes, servia de pretexto para la sumision general. La Convencion, decian, no trataba de eternizarse ni apoderarse del mando, cuando daba una constitucion; constitucion que debia concluir bien pronto con la existencia de las facciones, al paso que parecia comprender el gobierno mas sencillo que jamás se habia visto. Entretanto, los Ayuntamientos montañeses y los clubs jacobinos redoblaban su energia; y los honrados secuaces de la Gironda cedian ante una revolucion que no tenian fuerza para combatir, ni hubieran podido defender. Tolosa procuró inmediatamente justificarse y aunque los hordeseles mas decididos no se sometieron formalmente, retiraron su vanguardia, y dejaron de anunciar su marcha á Paris. Otros sucesos importantes vinieron á terminar los peligros de la Convencion en el Oeste y Mediodia, cuales fueron la defensa de Nantes y la dispersion de los rebeldes del Lozere. Hemos visto en Saumur á los vendeanos dueños de la corriente del Loira, pudiendo, si se hubieran aprovechado de su posicion, hacer una tentativa contra Paris que acaso les hubiera salido bien, porque la Fleche y el Mans se hallaban sin medios de resistencia. El único que estendia sus miras mas allá de la Ven-

dée, era el jóven Bonchamps, que hubiera querido hacer una incursion en Bretaña, para ganar un puerto en el Océano, y dirigirse á continuacion hácia Paris; pero sus compañeros de armas carecian de génio para comprenderle. La verdadera capital contra la que debía marcharse era, segun ellos, Nantes, y ni su imaginacion ni sus deseos ambicionaban mas; sin embargo, habia muchas razones para hacerlo, porque Nantes abria la comunicacion con el mar, aseguraba el dominio de todo el pais, y despues de la toma de esta ciudad, nada se oponia á los vendeanos para intentar proyectos mas atrevidos: por otra parte, no sacaban de su casa á los soldados, consideracion muy importante con unos paisanos que no querian perder jamás de vista sus campanarios. Charette, dueño de la baja Vendée, despues de haber hecho un falso amago sobre los Sables, se habia apoderado de Machecoul, y se hallaba á las puertas de Nantes. No se habia convenido jamás con los gefes de la alta Vendée; pero ofrecia entrar por esta vez en negociaciones con ellos, prometiendo atacar á Nantes por la orilla izquierda, mientras el grande ejército la acometia por la derecha, pareciendo muy difícil que no sucumbiese á tal reunion de medios.

Evacuaron pues á Saumur los vendeanos, bajaron hácia Angers, y se prepararon á dirigirse desde este punto á Nantes, costeanlo la orilla derecha del Loira, y aunque su ejército era ya muy reducido, porque muchos paisanos no habian querido comprometerse en tan larga expedicion, con todo ascendia aun á cerca de treinta mil hombres. Nombraron un generalísimo, y eligieron al carretero Cathelineau para alhagar y tener mas propi-

cios á los campesinos. Lescure, que estaba herido, debió quedarse en lo interior del pais para procurar nuevos reclutas, hacer frente á las tropas de Niort é impedir que se interrumpiese el sitio de Nantes.

Entretanto la comision de representantes residente en Tours, pedia socorros incesantemente, y obligaba á Biron, que recorria las costas, á marchar aceleradamente al alcance de los vendeanos. No contenta con llamarle, proyectaba operaciones en su ausencia, y enviaba á Nantes cuantas tropas se habian podido reunir en Saumur. Biron respondió inmediatamente á las exigencias de la comision, diciendo que aprobaba el movimiento ejecutado sin su orden, pero que se veia obligado á guardar los Sables y la Rochela, ciudades que juzgaba de mayor importancia que Nantes; que los mejores batallones del ejército, como los de la gironda, iban á dejarle, y era preciso reemplazarlos; que le era imposible mover su ejército sin que se le desertase y entregase al pillaje, segun lo indisciplinado que estaba, y que todo lo mas de que podria desprenderse era de unos tres mil hombres organizados, siendo una necesidad marchar contra Saumur é internarse en el pais con tan pequeñas fuerzas. Escribió Biron al mismo tiempo á la junta de salvacion pública, presentando su dimision, ya que los representantes querian apropiarse de ese modo el mando, y la junta le respondió que tenia razon, por que los representantes podian aconsejar ó proponer ciertas operaciones, pero no mandarlas, y que él solo debia tomar las providencias que juzgase oportunas para conservar á Nantes, la Rochela y Niort. Apesar de todo, Biron no dejó de hacer esfuerzos para formar un pequeño ejército mas lige-

ro, con el cual pudiese dirigirse á socorrer á la ciudad sitiada. Durante este intervalo, dejaron los vendeanos á Angers el 27, y se pusieron el 28 á la vista de Nantes, la cual no escuchó su amenazadora intimacion, y ellos se dispusieron al ataque. Debía darse este en ambas orillas el día 29 á las dos de la mañana, y Canclaux no contaba para guardar un espacio inmenso cortado por muchos cauales del Loira, mas que cinco mil hombres de tropas organizadas y otros tantos guardias nacionales. Tomó las disposiciones que juzgó mas oportunas, y comunicó el mayor aliento á la guarnicion. El día 29 rompió Charette el ataque á la hora convenida por la parte de los puentes; pero Cathelineau que operaba en la orilla derecha y tenia á su cargo lo mas difícil de la empresa, quedó detenido en el punto de Niort, donde hicieron la mas heroica resistencia algunos centenares de hombres. El ataque retardado por esta parte se hizo mas difícil; sin embargo, los vendeanos se diseminaron por detrás de los cercados y huertos, y estrecharon á la ciudad desde mas cerca. Canclaux, general en gefe, y Beysser comandante de la plaza, sostuvieron las tropas republicanas. Cathelineau redobló por su parte los esfuerzos, y ya estaba muy internado en un arrabal cuando quedó mortalmente herido de un balazo. Sus soldados se retiraron consternados, conduciéndole en sus hombros, y desde aquel momento alzó el ataque, dispersándose los vendeanos despues de diez horas de combate y salvándose la plaza.

Todos en aquella jornada hicieron su deber. La guardia nacional habia rivalizado con las tropas de linea, y el mismo corregidor recibió una heri-

da. Al día siguiente entraron los vendeanos en unas barcas, y se dirigieron al interior del país, desde cuyo momento perdieron la ocasion de grandes empresas, no debiendo aspirar ya á ninguna accion importante, y pudiendo confiar todo lo mas en ocupar su país propio. Al mismo tiempo, apresurándose Biron á socorrer á Nantes, llegaba á Angers con las tropas que habia podido reunir, y Westermann se dirigia á la Vendée con su legion germánica.

Apenas se vió libre Nantes, cuando sus autoridades sumamente afectas á los girondinos, quisieron unirse con los insurgentes del Calvados. Dió en efecto una providencia hostil contra la Convencion, pero Canclaux se opuso con tal fuerza, que consiguió reducirlos al órden.

Por esta parte se habian superado los mayores peligros. En el Lozere ocurría un acontecimiento no menos importante; la sumision de treinta mil insurgentes que hubieran podido corresponderse con los vendeanos ó con los españoles por el Rosellon. Por una circunstancia no menos dichosa, el diputado Fabre, enviado al ejército de los Pirineos orientales, se hallaba allí en el momento de la sublevacion, y desplegó una energia que despues pagó con la muerte en aquel departamento. Se apoderó de las autoridades, puso á toda la poblacion sobre las armas, convocó toda la gendarmeria y tropas organizadas que habia en los alrededores, sublevó el Cantal, el Alto Loira y el Puy-de-Dome, y los rebeldes arrollados en el primer movimiento y perseguidos por todas partes, se dispersaron y huyeron por los bosques, quedando su gefe, el ex-constituyente Charrier, en poder de los vencedores. Por los papeles que se le cogieron

se supo que su proyecto era unirse á la gran conspiracion seis meses antes descubierta en Bretaña, cuyo gefe, La Rouarie, habia muerto sin poder realizar sus planes. Quedaban, pues, tranquilas las montañas del centro y Mediodia, protegidas las espaldas del ejército de los Pirineos, y el valle del Ródano no tenia ya á uno de sus lados montañas sublevadas.

La sumision del Mediodia acabó de completarse con una victoria inesperada contra los españoles en el Rosellon. Despues de su primera marcha á los valles de Tech y de la Tet, les vimos retroceder para apoderarse de Bellaguarda y los Baños, y volver luego á la vista del campamento francés. Despues de una prolija observacion le acometieron en 17 de julio: los franceses apenas tenian doce mil reclutas, los españoles contaban al contrario con quince ó diez y seis mil hombres perfectamente aguerridos. Ricardos con ánimo de envolvernos habia dividido mucho su gente. Nuestros jóvenes voluntarios, sostenidos por el general Barbantane y el valiente Dagobert, se mantenian firmes en sus trincheras, hasta que despues de indecibles esfuerzos, pareció que los españoles iban á emprender la retirada. Dagobert que aguardaba este momento, se arrojó sobre ellos, pero de repente se desordenó uno de sus batallones, y felizmente al verlo volaron en su socorro Deslier y Barbantane, y se precipitaron todos con tal ímpetu, que el enemigo quedó derrotado. Este combate del 17 de julio, reanimó á nuestros soldados, y segun la espresion de un historiador, produjo en los Pirineos el efecto que el año anterior habia producido Valmy en la Campaña.

Dubois-Grancé, colocado entre la Savoya descontenta, la Suiza vacilante, y Grenoble y Lyon sublevadas, se conducia por la parte de los Alpes con tanto vigor como fortuna. Mientras las autoridades de las secciones prestaban en su presencia el juramento federalista, hacia prestar el opuesto al club y á su ejército, aguardando el primer momento favorable para obrar. En efecto, habiéndose apoderado de la correspondencia de las autoridades, halló en ella la prueba de que trataban de coligarse con Lyon, y entonces las denunció al pueblo de Grenoble como culpables de que intentaban disolver la república con una guerra civil, y aprovechándose de un momento de entusiasmo las hizo destituir y devolver toda la autoridad al antiguo Ayuntamiento. Tranquilo desde aquel momento por Grenoble, se dedicó á reorganizar el ejército de los Alpes para conservar la Savoya, y poner en práctica los decretos de la Convencion contra Lyon y Marsella. Varió todos los estados mayores, restableció el orden en sus batallones, incorporó á los reclutas del levantamiento de trescientos mil hombres; y aunque los departamentos del Lozere y alto Loira emplearon sus contingentes en sofocar la sublevacion de sus montañas, procuró suplirlos con mozos quintados. Despues de estas primeras atenciones, mandó salir al general Carteaux con algunos batallones de infanteria, y con la legion formada en Savoya bajo el nombre de los Allobroges, con direccion á Valence, para que ocupando la corriente del Ródano se impidiese la union de los de Marsella con los lyoneses. Carteaux saliendo á principios de julio, pasó rápidamente á Valence, y de aqui al puente del Espiritu-Santo,

donde cayó sobre los nimeses, dispersando á unos, incorporando á otros con su ejército y haciéndose dueño de ambas orillas del Ródano; despues de lo cual se dirigió inmediatamente á Aviñon, donde poco tiempo antesse habiansituado los marseleses.

Mientras ocurría esto en Grenoble, Lyon fingiendo siempre la mayor fidelidad á la república, y prometiendo conservar su *unidad é indivisibilidad*, negaba sin embargo su obediencia al decreto de la Convencion, que llamaba al tribunal revolucionario de Paris los procesos que se habian formado contra algunos patriotas. Su comision y estado mayor, estaban llenos de realistas ocultos, pues Rambaud, presidente de la primera, y Precy, comandante de la fuerza departamental, eran amigos secretos de la causa de la emigracion. Seducidos por fatales sugeriones, los desgraciados lyoneses, iban á comprometerse con la Convencion, que obedecida y triunfante, haria luego caer sobre los últimos rebeldes todo el castigo dispuesto contra la confederacion vencida. Entre tanto se armaban en Saint-Etienne, y recogian desertores de toda especie, pero con el fin siempre de no mostrarse abiertamente rebeldes, dejaban pasar los convoyes destinados á las fronteras, y ponian en libertad á los diputados Noël-Pointe, Santevra y Lesterpt-Beauvais, arrestados por los Ayuntamientos inmediatos.

El Jura estaba algo mas tranquilo; los representantes Bassal y Garnier á quienes hemos visto en él con mil y quinientos hombres rodeados por quince mil, habian alejado sus fuerzas tan desproporcionadas, y trataron de capitular como lo lograron, prometiendoles las autoridades sublevadas terminar estas discusiones aceptando la constitucion.

Cerca de dos meses habian pasado desde el 2 de junio y Valenciennes y Maguncia seguian amenazadas; pero la Normandia, la Bretaña y casi todos los departamentos del Oeste se habian reducido á la obediencia. Nantes acababa de verse libre de los vendeanos, los bordeleses no se atrevian á salir de sus murallas, el Lozere se hallaba sometido, los Pirineos seguros por entonces, Grenoble tranquilo, Marsella dividida de Lyon por el triunfo de Carteaux, y Lyon que se negaba á obedecer los decretos, no se atrevia con todo á declarar la guerra; de modo que la autoridad de la Convencion se hallaba restablecida casi interiormente. Por una parte la lentitud de los confederados, su falta de armonia y sus incompletos medios, y por otra la energia de la Convencion, la unidad de su poder, su posicion central, su costumbre de mandar, y su política, diestra y rigurosa sucesivamente, habian hecho que triunfase la Montaña del postrer esfuerzo de los girondinos. Celebremos este resultado, porque cuando la Francia se veia atacada por todas partes, el mas digno de mandar era el mas fuerte. Los confederados vencidos se condenaban con sus propias palabras, pues decian que los hombres de bien nunca supieron ser audaces.

Pero mientras estos sucumbian por todas partes ocurrió un suceso que iba á escitar mas furor aun contra ellos.

Vivia por entonces en el Calvados una jóven de veinte y cinco años, que á su grande hermosura acompañaba un caracter firme é independiente. Llamábase Carlota Corday de Armands. Sus costumbres eran puras, pero su imaginacion inquieta y fogosa. Habia dejado la casa de su padre, para vivir

con mas libertad en la de una amiga suya de Caen. En otro tiempo habia reclamado su padre, por medio de algunos escritos, los privilegios de su provincia, cuando la Francia estaba reducida aun a reclamar los de las ciudades y provincias. Entusiasmada la jóven Corday por la causa de la revolucion, como otras muchas mugeres de su tiempo, se embelesaba como madama Roland con la idea de una república sometida á leyes, y fecunda en virtudes. Pareciale que los girondinos intentaban realizar sus sueños; solo los montañeses creia que los dificultaban, y al recibirla noticia del 34 de mayo resolvió vengar á sus queridos oradores. Empezaba la guerra del Calvados, y juzgó ella, que si con la sublevacion de los departamentos coincidía la muerte del corifeo de los anarquistas, se afianzaria el triunfo de los primeros; y así resolvió hacer un costoso sacrificio, consagrando á su patria una vida que carecia de los deberes y encantos de esposa, de madre, y de todos los demas vinculos sociales. Engañó á su padre, escribiéndole, que siendo cada vez mas terribles los disturbios de la Francia, iba á Inglaterra en busca de seguridad y de sosiego, y al escribir esto, se encaminaba hácia Paris. Antes de su marcha, deseó ver en Caen á los diputados, objetos de su pasion y de su entusiasmo, y á fin de conseguirlo se valió de un ardid, pidiendo á Barbaroux una carta de recomendacion para el ministro del interior, de quien decia que tenia que reclamar varios papeles pertenecientes á una antigua canonesa amiga suya. Barbaroux le dió una para el diputado Duperrét, amigo de Garat, y sus compañeros, que cuando la vieron y la oyeron expresar su odio contra los montañeses, y su entusias-

mo hacia una república concertada y pura, quedaron admirados de su belleza y sorprendidos de sus sentimientos; aunque ignorando todos sus designios.

Apenas llegó á Paris Carlota Corday pensó en la eleccion de su victima. Danton y Robespierre eran demasiado célebres en la Montaña para merecer su atrevimiento, pero Marat era quien mas terrible habia parecido en las provincias, mirándole como el primer anarquista, intentó, pues, asesinar á Marat en medio de la Montaña y de sus amigos, mas no podia conseguirlo, porque este se hallaba en un estado que le impedia asistir á la Convencion. Fácil será recordar que voluntariamente se habia privado de concurrir por quince dias, pero viendo que el proceso de los girondinos no podia concluirse aun, puso fin á esta farsa ridicula y volvió á ocupar su puesto. Una de aquellas enfermedades febriles, que en las revoluciones terminan con las vidas horrascosas que no concluyen en el cadalso, le obligó al punto á retirarse y á no salir de su casa; pero nada podia calmar aun allí su devoradora actividad; pues parte del dia lo pasaba en el baño, rodeado de plumas y papeles, escribiendo sin cesar, redactando su periódico, escribiendo cartas á la Convencion, y quejándose de que apenas se hacia caso de ellas. En la última que escribio decia, que si no la leian, haria que aunque enfermo, le llevarsen á la tribuna y la leeria él mismo. Denunciaba en esta carta á los dos generales Custine y Biron diciendo que «Custine trasportado desde el Rin al Norte hacia lo mismo que Dumouriez; maldecia de los *anarquistas*, arreglaba á su antojo sus estados mayores, armaba á ciertos batallones, desarmaba á otros y los situaba con arreglo á sus planes, que

eran sin duda los de un conspirador.» (Recuérdese que Custine se aprovechaba del sitio de Valencienas para reorganizar en el campamento de César el ejército del Norte.) «En cuanto á Biron era un antiguo sirviente de palacio; aparentaba temer mucho á los ingleses con objeto de permanecer en la baja Vendée y dejar al enemigo poseer tranquilamente la superior; esperando sin duda un desembarco para pasarse á ellos y entregarles nuestro ejército. La guerra de la Vendée debiera haberse ya concluido, pues un hombre reflexivo habiendo visto batirse una vez á los vendeanos, no podia menos de haber hallado medios para destruirlos. En cuanto á él, que entendia tambien del arte militar, habia concebido una maniobra infalible, y que á no ser por el mal estado de su salud se hubiera dirigido á las orillas del Loira para poner su plan en ejecucion. Que Custine y Biron eran los dos Dumouriez de la época, y que despues de prenderlos era preciso adoptar una providencia, que respondiese finalmente á todas las calumnias y comprometiese sin remedio á todos los diputados en la revolucion, cuya providencia era ajusticiar á los Borbones que estaban presos, y poner en venta las cabezas de los Borbones fugitivos; y que así no se acusaria mas á los unos porque destinaban á Orleans el trono, impidiendo á los otros que hiciesen las paces con la familia de los Capetos.»

Por aquí se ve que él no perdía jamás su orgullo, su furor ni su afán por adelantarse á los recelos del pueblo. En efecto, Custine y Biron iban á convertirse ambos en blancos de las iras de todo el mundo, siendo Marat el que, enfermo y moribundo, tenia aun el honor de la iniciativa.

Carlota Corday para lograr su objeto tuvo que ir á buscarlo á su casa. Primero entregó la carta que tenia para Duperrét, hizo su diligencia con el ministro del interior, y se preparó á consumar su proyecto. Preguntó á un cochera de alquiler por la habitacion de Marat, se fué á ella, y no dejándola entrar, le escribió un papel en que le decia, que acatando de llegar del Calvados, tenia importantes secretos que descubrirle, lo cual era suficiente para conseguir verle. Presentóse en efecto el 13 de julio á las ocho de la noche, y el ama de Marat, que era una muger de veinte y siete años, con quien él vivia conyugalmente, la puso algunas dificultades; pero Marat, que estaba en el baño, oyendo á Carlota Corday, la hizo entrar. Quedóse sola con él, y le contó lo que habia visto en Caen; despues se puso á escucharle y á considerarle detenidamente antes de descargar el golpe. Preguntóla Marat con solitud los nombres de los diputados residentes en Caen; nombrólos ella, y tomando él un lápiz, se puso á escribirlos, diciendo: bien; pues todos irán á la guillotina.—A la guillotina!... replicó indignada la jóven Corday, y sacando del pecho un cuchillo se lo clavó en el costado izquierdo, y se lo introdujo hasta el corazon.—*Fuor!* gritó él, *ven querida amiga!*—El ama corrió al oír este grito; haciendo lo mismo uno que estaba doblando periódicos, y ambos hallaron á Marat nadando en su sangre, y á la jóven Corday inmóvil, tranquila y sosegada. El dependiente la derribó de un silletaazo, el ama empezó á pisotearla y al ruido fué acudiendo gente, de modo que en un instante se alborotó todo el barrio. Levantóse luego la jóven Corday, y arrojó con dignidad los ultrages y la saña de los

que la rodeaban. Apenas lo supieron los individuos de la seccion, se dirigieron allí, y admirados de tanta hermosura y valor, y de la serenidad con que Carlota confesó el hecho, se opusieron á que la maltratasen, y la condujeron á una prision, donde siguió confesándolo todo con la misma tranquilidad.

Este asesinato, lo mismo que el de Lepelletier, causó una sensacion extraordinaria. Inmediatamente dijeron que los girondinos eran los que habian armado á Carlota Corday; lo mismo que habian dicho del anterior, y se repetirá en semejantes ocasiones. Cuando una opinion esta oprimida se distingue casi siempre con una puñalada; y solo un alma muy exasperada concibe y ejecuta el acto; atribúyese esto no obstante á todos los partiales de la misma opinion, creyéndose de este modo autorizados para ejercer con ellos nuevas venganzas, sacrificandolos como á mártires. Era difícil hallar crimenes en los diputados presos; mas la sublevacion de los departamentos, fué el primer pretesto para inmolarlos, declarandolos cómplices de los diputados fugitivos, y la muerte de Marat sirvió de complemento á sus supuestos crimenes, y de prueba á las razones que querian alegar para llevarlos al cadalso.

La Montaña, los jacobinos, y especialmente los franciscanos, que se gloriaban de haber poseido los primeros á Marat, de haber permanecido mas íntimamente unidos con él, y de no haberle jamás desatendido, mostraron un profundo sentimiento. Acordaron enterrarle en su jardin, bajo los mismos árboles en que leia por la tarde su diario al pueblo. La Convencion resolvió asistir en cuerpo á su fu-

neral, y en los jacobinos se propuso decretarle honores extraordinarios, queriendo concederle el Panteon, á pesar de que la ley no permitia se basase allí á nadie hasta veinte años despues de su muerte. Se solicitó que toda la sociedad fuese en cuerpo á su entierro, que la misma sociedad comprase la imprenta del Amigo del Pueblo para que no cayese en manos indignas, y que se continuase su periódico por otros que fuesen capaces, sino de igualarse á él, al menos de imitar su energia, y suplir su vigilancia. Robespierre, que procuraba hacer cada vez mas imponentes á los jacobinos, oponiéndose á todas sus exigencias, y que queria por otra parte llamar hácia si toda la atencion fijada enteramente en el mártir, tomó entonces la palabra, y dijo: «Si hablo hoy, es porque tengo derecho para ello. Se trata de puñales, que tambien á mí me esperan, porque los he merecido, siendo solo un efecto de casualidad el que Marat haya caído antes que yo. Tengo, pues, derecho á mezclarme en esta discusion, haciéndolo para admirarme de que agasteis ahora vuestra energia en inútiles declamaciones, y no penseis mas que en vana pompas. El medio de vengar á Marat es el de perseguir á muerte á sus enemigos, porque la venganza que quiere satisfacerse con vanos honores fúnebres, pasa muy pronto, y no se acuerda ya de obrar con mayor utilidad y eficacia. Renunciad, pues, á discusiones inútiles, y vengad á Marat de una manera mas digna de él.» Con estas palabras se terminaron todas las discusiones, y no volvieron á acordarse de las proposiciones hechas. Sin embargo, los jacobinos, la Convencion y los franciscanos, con todas las sociedades populares, y las secciones,

se dispusieron á hacerle funerales magníficos. Su cuerpo estuvo espuesto por muchos dias, dejándole descubierto, y de modo que se viese la herida que habia recibido. Las sociedades populares, y las secciones se acercaban en procesion á derramar flores sobre su féretro, pronunciando un discurso cada presidente. La primera fué la de la república: «Ha muerto, exclamó el presidente, ha muerto el «amigo del pueblo!... Y ha muerto asesinado!... «No pronunciemos su panegirico á la vista de sus «yertos despojos. El mejor elogio es su propia con- «ducta, sus escritos, su sangrienta herida, y su muer- «te!... Ciudadanos, esparcid flores sobre el pálido ca- «dáver de Marat! Marat fué nuestro amigo, fué el «amigo del pueblo, vivió por el pueblo, y por el pueblo «ha muerto.» A estas palabras dan vueltas algunas jóvenes alrededor del ataúd, y echan flores sobre el cuerpo de Marat. El orador continúa; «Pero basta «de lamentos; escuchad á la grande alma de Ma- «rat, que se levanta, y os dice: republicanos, en- «jugad vuestras lágrimas.... Los republicanos no «deben verter mas que una, y en seguida pensar «en la patria. No es á mí á quien han querido ase- «sinar, sino á la república; y no soy yo á quien ha- «beis de vengar; es á la república, al pueblo á vos- «otros.»

Todas las sociedades y secciones fueron llegan- do unas tras otras junto al féretro de Marat; y si la historia recuerda semejantes escenas, es para que reflexionen los hombres sobre el efecto de las preo- cupaciones del momento, y para obligarlos á que se examinen bien á sí mismos cuando lloran la pér- dida de los poderosos ó maldicen á los vencidos,

Entretanto, se instruía el proceso de la jóven

Corday con la brevedad de las formas revoluciona- rias. Se habian implicado en su causa dos diputa- dos; el uno Duperrét, con quien habia tenido rela- ciones y la habia dirigido al ministro del interior, y el otro Fauchet; antiguo obispo, sospechoso ya por su intimidad con el lado derecho, y á quien una muger loca ó mal intencionada, pretendia sin fun- damento haberle visto con la acusada en las tri- bunas.

Carlota Corday conserva la misma serenidad al presentarse en el tribunal. Se lee su acusacion, y despues se procede á oír á los testigos;—Corday interrumpe al primero, no dejándole que empiece su declaracion: Yo soy, dice, quien ha matado á Ma- rat.—¿Quién os ha inducido á cometer este ase- sinato? le pregunta el presidente.—Sus crímenes.—¿Y qué entendeis por sus crímenes?—Los males que ha causado durante la revolucion.—¿Quiénes son los que os ha inducido á semejante accion?—Yo sola, responde con audacia Carlota. Lo tenia resuel- to hace mucho tiempo, y jamás me hubiera acon- sejado de nadie para hacerlo. He querido dar la paz á mi patria.—¿Y creéis que habeis matado á todos los Marats?—No!... contesta con tristeza la jóven, no!... en seguida deja concluir á los testigos, y des- pues de cada declaracion, repite ella: «Es verdad, tiene razon el declarante.» Solo se defiende de una cosa, y es de su supuesta complicidad con los gi- rondinos: no desmiente mas que á un testigo, á la muger que implica en la causa á Duperrét y á Fau- chet; en seguida se sienta y oye lo demas del pro- ceso con una serenidad inalterable. «Ya lo veis, dice por toda defensa su abogado Chauveau-La- garde; la acusada todo lo confiesa con la mayor

tranquilidad. Esta calma y esta abnegacion, sublimes bajo cierto aspecto, no pueden explicarse sino por el mas ardiente fanatismo politico; y vosotros debeis juzgar qué peso pueda tener esta consideracion moral en la balanza de la justicia.

Carlota Corday queda condenada á pena de muerte, y lejos de turbarse su bello semblante, vuelve á la prision sonriéndose; escribe á su padre pidiéndole perdon por haber dispuesto de su vida; y á Barbaroux, á quien cuenta su viage y su accion en una carta admirable, llena de gracia, de talento y de sublimidad, diciéndole que sus amigos no deben sentir su muerte, porque una imaginacion viva y un corazon sensible, prometen una vida tormentosa á los que están dotados de semejantes prendas. Añade que se ha vengado bien de Pétion, el cual dudó por algun tiempo en Caen de sus sentimientos politicos, y finalmente, le ruega diga á Wimpffen que le ha ayudado á ganar mas de una batalla. La carta termina con estas espresiones: «¡Qué pueblo tan triste para formar una república! pero á lo menos es preciso establecer la paz, que el gobierno se establecerá como pueda.

Carlota Corday sufrió el dia 15 su sentencia con la serenidad que conservó siempre; respondiendo con la actitud mas modesta y noble á los ultrajes del populacho vil. No la insultaron todos sin embargo, pues muchos se compadecian de una muger tan joven, tan hermosa, tan desinteresada en su accion, y la acompañaban al cadalso con piedad y admiracion.

Marat fué trasladado con el mayor aparato al jardin de los franciscanos. «Esta pompa, decia la narracion del Ayuntamiento, era sencilla y pa-

atriótica: reunido el pueblo bajo las banderas de las secciones, marchaba á paso sosegado, y un desorden en cierto modo imponente, un respetuoso silencio, y una general tristeza, ofrecian el espectáculo mas interesante. La marcha ha durado desde las seis de la tarde hasta las doce de la noche, asistiendo á ella los ciudadanos de todas las secciones, los individuos de la Convencion, los del Ayuntamiento y departamento, y los electores y sociedades populares. Al llegar al jardin de los franciscanos, se ha depositado el cuerpo de Marat, abajo los árboles, cuyas hojas levemente conmovidas reflejaban y multiplicaban una luz escasa y suave. El pueblo silencioso rodeaba el ataúd, y el presidente de la Convencion, ha pronunciado inmediatamente un elocuente discurso, anunciando que no estaba lejos el tiempo en que Marat quedaria vengado; pero que no se debia con pasos acelerados é imprudentes, atraerse las reconvenções de los enemigos de la patria. Ha añadido que la libertad no podia perecer, y que la muerte de Marat serviria para consolidarla. Despues de varios discursos que se han aplaudido con entusiasmo, ha quedado depositado en la ahuesa el cuerpo de Marat, los ojos han derramado lágrimas, y cada cual se ha retirado con el alma traspasada de dolor.»

El corazon de Marat que se disputaron muchas sociedades, quedó al fin en los franciscanos, y su busto reproducido por todas partes con el de Lepelletier y el de Bruto, figuró en todas las reuniones y lugares públicos. Registráronse todos sus papeles, y solo se le halló un asignado de cinco francos, pobreza que dió nuevo motivo á la admiracion.

Su ama, á quien segun las espresiones de Chaudet, tomó él por esposa *un dia de buen tiempo á la faz del sol*, recibió el título de viuda suya y una pension por cuenta del Estado.

Tal fué el fin de este hombre, el mas raro de esta época tan fecunda en caractéres. Lanzado en la carrera de las ciencias, quiso trastornar todos los sistemas, y arrojado entre los disturbios políticos, concibió desde luego un horrible pensamiento; un pensamiento que las revoluciones realizan todos los dias á proporcion que sus peligros crecen pero que no confiesan nunca, la destruccion de todos sus enemigos. Marat, viendo que á pesar de que la revolucion condenaba sus opiniones, no por eso dejaba de seguir las, y que los hombres á quienes denunciaba quedaban desacreditados, y sacrificados cuando él lo presagiaba, se consideró el mayor político de los tiempos modernos, se embriagó con un orgullo y audacia extraordinaria, y fué siempre tremendo para sus enemigos, y estravagante cuando menos para sus amigos mismos. Finó por un accidente tan particular como su vida, y sucumbió cuando los gefes de la república, unidos para formar un gobierno feroz y sombrío, no podian avenirse con un colega frenético, pertinaz y atrevido, que con su impetu natural hubiera desconcertado todos sus planes. No pudiendo ser en efecto un corifeo activo y poderoso, fué el apóstol de la revolucion, y cuando ya no era menester apostolado, sino prudencia y energía, el puñal de una joven irritada acertó á convertirle en mártir, dando un santo al pueblo, que cansado de sus antiguas imágenes, necesitaba erigirse otras nuevas.

CAPITULO II.

Distribucion de los partidos despues del 31 de mayo, asi en la Convencion como en la junta de salvacion pública y en el Ayuntamiento. — Discusiones en la Montaña. Descrédito de Danton — Política de Robespierre. — Acontecimientos de la Vendée. — Derrotas de Wastermann en Chatillon y del general Labarolliere en Vihiers. — Sitio y toma de Maguncia por los prusianos y austriacos — Toma de Valenciennes. — Riesgos de la república en agosto de 1793. — Estado de la hacienda. Descrédito de los asignados. Establecimiento del *Maximum*. Miseria pública. Agiotage.

Los únicos que quedaban ya de aquel famoso triunvirato eran Robespierre y Danton, y para adquirir una idea de su influjo, es preciso ver como se habian dividido los poderes, y qué rumbo habian tomado los ánimos desde la supresion del lado derecho.

Aunque desde el mismo dia de su instalacion la Convencion se habia apoderado realmente de todos los poderes, no quiso conservarlos ostensiblemente en sus manos, por no infundir sospechas de despotismo; y así dejó que existiese fuera de su seno una sombra de poder ejecutivo, conservando los ministros. Descontenta de su administracion, cuya energia no era proporcionada á las circunstancias, creó inmediatamente despues de la deserccion de Dumouriez, una junta de salvacion pública, que

empezó á desempeñar sus funciones en 10 de abril, y tuvo una suprema inspeccion sobre el gobierno. Podia suspender la ejecucion de las providencias adoptadas por los ministros, añadirlas cuando las juzgase insuficientes, ó anularlas si las creia perjudiciales; redactaba las instrucciones de los representantes enviados en comision, y era la única que podia tener correspondencia con ellos; de modo, que superior á los ministros y representantes, que eran mucho menos que cualquiera otro funcionario, tenia en sus manos las riendas de todo el gobierno. Aunque según su título no era esta autoridad mas que una mera inspeccion, realmente venia á ser la accion misma, porque un jefe de Estado, jamás ejecuta nada por sí, y se limita á mandar hacerlo todo á su vista, elegir sus agentes, y dirigir las operaciones. Por su derecho de inspeccion, esta junta podia hacer todo esto, y lo hizo; arregló las operaciones militares, ordenó los abastos y las precauciones de seguridad, nombró los generales y agentes de toda especie, y los ministros temblando, se creian felices al verse libres de toda responsabilidad, reduciendo su papel al de unos meros empleados. Los individuos que componian la junta de salvacion pública, eran Barrere, Delmas, Breard, Cambon, Roberto, Lindet, Danton, Guyton-Morveau, Mathieu y Ramel, conocidos todos por hombres aptos y laboriosos, que si bien eran tildados por su tendencia á la moderacion, no se sospechaba de ellos hasta el punto de creerlos, como á los girondinos, cómplices del extranjero. Reunieron en poco tiempo en sus manos todos los negocios del Estado; y á pesar de que su nombramiento no era mas que para un mes, no se

quiso interrumpirlos en sus trabajos, y fueron durando muchos meses, del 10 de abril al 10 de mayo, del 10 de mayo al 10 de junio, y de este al 10 de julio. A las órdenes de esta junta, se hallaba la de seguridad general, que tenia á su cargo la alta policia, cosa tan importante en tiempos de sospechas; pero hasta en sus funciones dependia de la junta de salvacion pública, que encargada en general de cuanto interesaba á la salvacion del Estado, era la mas competente para averiguar las conjuraciones contra la república.

De este modo la Convencion tenia por sus decretos la voluntad suprema; por sus representantes y junta, la ejecucion; de modo, que aunque negándose á reunir los poderes en sus manos, se habia dejado llevar de las circunstancias, por la necesidad de hacer ejecutar á su vista, y por sus individuos mismos, lo que creia que harian mal otros agentes estranos.

Sin embargo, aunque en su seno se comprendia toda especie de autoridad, no participaba de las operaciones del gobierno, sino para dar su aprobacion y no discutirlas; pues la constitucion que establecia la democracia pura, resolvia las grandes cuestiones de organizacion social; la de saber si para salvarse debiera apelarse á los medios revolucionarios, abandonándose al imperio de las pasiones, estaba resuelta por el 31 de mayo. Así se hallaban cimentadas la constitucion del Estado, y la moral política, no quedando por examinar mas que medidas administrativas, de hacienda y guerra. Y como los asuntos de esta naturaleza rara vez pueden discutirse por una numerosa Asamblea, y se confian al arbitrio de los hombres que hacen de

ellos particular estudio, la Convencion se remitia espontáneamente en esta parte á las comisiones que habia encargado de los negocios, no teniendo que sospechar de su integridad, luces y celo. Veíase, pues, reducida á guardar silencio, y la última revolucion al privarla del aliento de discutir, la privó tambien de la ocasion de hacerlo: ya no era mas que un consejo de Estado, en donde las juntas y los presidentes de ciertos trabajos, iban á presentar informes siempre aplaudidos, ó á proponer decretos adoptados siempre; y las sesiones que se habian convertido en silenciosas, apáticas y muy breves, no se prolongaban ya como antes, noches y dias enteros.

Inferior á la Convencion que tenia á su cargo los asuntos generales del gobierno, el Ayuntamiento atendia al régimen municipal, en el que hacia una verdadera revolucion, porque no tratando ya despues del 31 de mayo, de conspirar y servirse de la fuerza local de París contra la Convencion, estaba encargado de la policia, de los abastos, de los mercados, del culto, de los espectáculos y hasta de las mugeres públicas; dando para todos estos objetos de régimen interior y particular, providencias que se adoptaban despues por modelos en toda la Francia. El redactor de toda esta legislatura municipal, era el procurador general Chaumet por medio de bandos que siempre eran escuchados y aplaudidos por el pueblo. Indagando siempre nuevas cosas que arreglar, y entrometiéndose continuamente en la libertad privada, este legislador de las plazas y mercados, era cada dia mas molesto y temible, pues Pache, siempre indiferente, dejaba hacerlo todo á su vista, aprobaba las reso-

luciones propuestas y abandonaba á Chaumet los honores de la tribuna municipal.

Dejando la Convencion obrar libremente á la comision, y estando esclusivamente dedicado á sus atribuciones el Ayuntamiento, la discusion sobre los puntos de gobierno habia quedado para los jacobinos, que eran los únicos que con su acostumbrada audacia examinaban las operaciones del gobierno y la conducta de cada uno de sus agentes. Mucho tiempo hacia, como hemos visto, que habian adquirido suma importancia por su número, por la ilustracion y elevada clase de la mayor parte de sus individuos, por la inmensa reunion de sociedades afiliadas, y finalmente por su antigüedad y larga influencia en la revolucion; pero desde el 31 de mayo habiendo hecho callar al lado derecho de la Asamblea y predominar el sistema de una energía sin límites, habian adquirido un inmenso poder de opinion, y heredado la palabra de que la Convencion habia en cierto modo abdicado. Perseguian á las comisiones con una continua vigilancia, y examinaban su conducta como la de los representantes, ministros y generales, con aquel furor de personalidad que les era propio; y así ejercian una censura inexorable sobre todos los agentes, muchas veces injusta, pero siempre útil por el terror que inspiraba y la fidelidad que imponia á todos. Las demas sociedades populares tenian tambien su libertad é influjo, pero se sometian sin embargo á la autoridad de los jacobinos. Los franciscanos por ejemplo, mas turbulentos y prontos en obrar, reconocian no obstante la superioridad de sus compañeros, y se dejaban llevar de sus consejos cuando precipitaban el momento

de una proposicion por demasiada impaciencia revolucionaria; y prueba de esta diferencia, era la peticion de Santiago Roux contra la constitucion, retirada por los franciscanos, segun el dictamen de los jacobinos.

Tal era despues del 31 de mayo la division de los poderes e influencias: se veia al mismo tiempo á una comision gubernativa; un Ayuntamiento ocupado de ordenanzas municipales, y unos jacobinos que ejercian sobre el gobierno una continua y rigurosa censura.

No se habian pasado dos meses, sin que se pronunciase severamente la opinion contra la administracion actual; y asi es que no podia contentarse con el 31 de mayo y sus exigencias pasaban mucho mas adelante, pidiendo sin cesar mayor energia, mas prontitud y mejores resultados. En la reforma general de comisiones, reclamada en 2 de junio, se habia eximido á la de salvacion pública que constaba de hombres laboriosos, estraños á todos los partidos, y encargados de trabajos que era muy aventurado interrumpir; pero bien recordaban lo indecisa que se habia manifestado en el 31 de mayo y 2 de junio, que habia querido transigir con los departamentos y enviarlos rehenes; y asi no se tardó en creeria insuficiente en tales circunstancias. Creada en el momento mas apurado, se la atribuian pérdidas que eran efecto de nuestra situacion y no culpa suya: centro de todas las operaciones; estaba abrumada de negocios, y se la echaba en cara que sepultaba los espicientes poniendo todo su esmero en minuciosidades, y estando en una palabra decrepita y llena de ineptitud. Creada sin embargo, cuando la de-

sercion de Dumouriez, cuando todos los ejércitos se hallaban desorganizados, cuando se sublevaba la Vendée, y la España principiaba su guerra, habia reorganizado el ejército del Norte y el Rin, formado el de los Pirineos y la Vendée, que no existian, y abasteciendo ciento veinte y seis plazas ó fuertes; de manera, que aunque faltaba mucho que hacer todavia para poner nuestras fuerzas en la situacion debida, era mucho haber hecho tanto en tan poco tiempo, embargada con los obstáculos de la sublevacion de los departamentos. Pero siempre la desconfianza pública exigia mas de lo que podia hacerse, y en esto era lo que queria suma energia y proporcionada al peligro. Para aumentar la fuerza de la junta, y acrecentar su poder revolucionario añadieron entre sus individuos á Saint-Just, Juan-Bon-Saint-André y á Couthon; sin embargo, aun no estaban satisfechos, y decian que los últimos nombrados eran sin duda excelentes, pero que su influjo quedaba neutralizado por los otros.

No se juzgaba con menos severidad la conducta de los ministros. El del interior, Garât, muy bien visto al principio, por su neutralidad contra girondinos y jacobinos, era reputado como moderado despues del 2 de junio; y habiéndosele encargado que preparase un escrito para instruir á los departamentos de las últimos sucesos, habia hecho una larga disertacion, en que esplicaba y compensaba todos los errores con una imparcialidad muy filosófica sin duda, pero impropia en aquellas circunstancias. Robespierre, á quien enseñó este esmerado escrito, le desaprobó; y habiendo llegado á noticia de los jacobinos, reconvinie-

ron á Garat de que nada habia hecho para neutralizar el veneno confeccionado por Roland. Lo mismo sucedia con el ministro de marina d'Albarade á quien se culpaba de que en los estados mayores de la escuadra dejaba á todos los antiguos aristócratas. Verdad es que habia conservado á muchos, como luego lo probaron los sucesos de Toulon, pero las purificaciones eran mas difíciles en la armada que en el ejército, porque los conocimientos peculiares que requiere la marina, no permitian que se sustituyesen los antiguos oficiales con otros nuevos, haciendo en seis meses de un paisano un soldado, y de un oficial un general. Solo el ministro de la guerra, Bouchotte, se habia conservado en gracia, porque, á ejemplo de Pache su antecesor, habia entregado sus oficinas á los jacobinos y franciscanos, disipando su desconfianza con ponerlos en sus ministerios. Casi todos los generales, y especialmente los nobles, eran acriminados; pero dos en particular habian llegado á ser el blanco de los descontentos; Custine en el Norte y Biron en el Oeste. Marat, segun hemos visto, los habia denunciado pocos dias antes de su muerte, y desde entonces se preguntaban por qué permanecia Custine en el campo de César sin levantar el bloqueo de Valenciennes, y por qué Biron, sin hacer nada en la baja Vendée, habia dejado tomar á Saumur y sitiado á Nantes.

La misma desconfianza reinaba interiormente, pues hervia la calumnia en todas las cabezas, y recaia en los mejores patriotas; pues como no habia lado derecho á quien se le pudiese atribuir todo y como ya no existia un Roland, un Brissot ó un Guadét, que cargaran á cada recelo con la sospe-

cha de traicion, las inculpaciones recaian en los republicanos mas decididos. El furor de sospechas y acusaciones que reinaba era increíble, porque la vida revolucionaria mas larga y acreditada no estaba segura de que el mejor dia ú hora se viese perseguida como la de los mayores enemigos de la república. No podian los ánimos desimpresionarse tan pronto de aquel Danton, cuya audacia y elocuencia les habian sostenido en todas las circunstancias apuradas; pero Danton abrigaba en la revolucion la pasion mas violenta para conseguir sus fines, sin odio alguno contra los individuos; lo cual no era bastante, puesto que el alma de una revolucion se compone de anhelo por el fin, y de odio contra cuantos sirven de obstáculo; y Danton no tenia mas que uno de estos dos sentimientos. En punto á providencias revolucionarias para humillar á los ricos, poner en accion á los apáticos, y desentrañar los recursos de la nacion, nada habia perdonado, ideando los medios mas audaces y violentos; pero tolerante y humano para los individuos, no consideraba como enemigos á todos, sino que veia en ellos hombres de distinto carácter ó principios, á quienes convenia ganar ó recibir con el grado en que se hallasen de energia. Así es que no habia creído á Dumouriez un pérfido, sino un descontento despreciado, ni habia creído á los girondinos cómplices de Pitt, sino hombres de bien que no servian para el caso, y á quienes hubiera querido perder de vista sin sacrificarlos. Se decia que se habia ofendido de la consigna que dió Henriot el 2 de junio. Daba la mano á generales nobles, comia con ascetistas, conversaba familiarmente con los hombres de todos los partidos, cor-

ria en pos de los placeres, y habia ganado mucho en la revolucion; todo lo cual se sabia, esparciéndose los rumores mas equívocos sobre su temple y honradez. Un dia en que se hablaba de que Danton ya no se presentaba en los jacobinos, sacaron á plaza su indolencia y sus continuas distracciones, para afirmar que la revolucion no habia sido para él una carrera muy dura. Otro dia decia un jacobino en la tribuna: «Danton se ha separado de «mi para ir á dar la mano á un general.» Algunas veces se quejaban de los sugelos que habia recomendado á los ministros, y no atreviéndose nunca á atacarle á él, lo hacian á sus amigos. El carnicero Legendre, su compañero en la diputacion de Paris, su teniente en las calles y arrabales, é imitador de su elocuencia brusca y salvaje, era tratado un dia de moderado por Hebert y los demas alhorotadores de los franciscanos. — «Yo moderado!, contestaba Legendre en los jacobinos, cuando á veces me culpo á mi mismo de exaltado; cuando escriben de Burdeos que he hollado á «Guadet, y cuando ponen en todos los periódicos «que he cogido á Lanjuinais por el pescuezo y le «he arrastrado por el suelo.» Tambien se trataba de moderado á otro amigo de Danton, patriota muy conocido y acrisolado, á Camilo Desmoulins, al escritor mas sencillo, mas cómico y mas elocuente, de la revolucion. Camilo conocia mucho al general Dillon, que colocado por Dumouriez en las Islettes de la Argona, habia manifestado en aquella posicion tanta firmeza y denuedo. Camilo se habia convencido por si mismo, de que Dillon no era mas que un valiente sin opinion politica, pero dotado de un gran instinto para la guerra y de un

gran deseo de servir á la república. De repente, por efecto de la increíble desconfianza que reinaba, se dice que Dillon va á ponerse al frente de una conspiracion para colocar á Luis XVII en el trono; y la junta de salvacion pública le manda prender inmediatamente; pero Camilo, que estaba convencido de que semejante rumor era una patraña, quiere defender á Dillon ante la Convencion. Empiezan á gritar por todas partes — Vos coméis con los aristócratas. — Billaud-Varennes interrumpiéndole dice: — No dejemos que se deshonre Camilo! — Me quitan la palabra, replica entonces Camilo, pues bien, venga un tintero! — y escribe en seguida un folleto titulado: *Carta á Dillon*, llena de chistes y talento, en que habla contra todas las opiniones y personas. Dice á la junta de salvacion pública: «Vosotros habeis usurpado todos los poderes; habeis cargado con todos los negocios, y no terminais ninguno. Tres sois los encargados de la guerra; el uno está fuera, el otro enfermo, y el tercero no entiende una palabra; y dejais al frente de nuestros ejércitos á los Custine, Biron, Menou y Berthier, todos aristócratas, ó Lafayetteístas, ó nulos.» A Cambon le dice: «yo no entiendo una palabra de su sistema de hacienda, pero su papel se parece mucho al de Law, segun lo que corre de mano en mano.» A Billaud-Varennes: «Tienes ojeriza á Arturo Dillon, porque cuando estabas de comisionado en su ejército te metió entre el fuego.» A Saint-Just: «Tú te das mucho tono, y levantas tu cabeza como un *Santisimo Sacramento*.» Y á Breard, á Delmas, á Barrere y á otros; «Habeis intentado hacer dimision el 2 de junio, porque no podias mirar con tranquilidad es-

ta revolucion segun lo horrible que os parecia.» Añade que Dillon no es ni republicano, ni federalista, ni aristócrata, sino un soldado que solo quiere servir, que vale en patriotismo tanto como la junta de salvacion pública, y como todos los estados mayores puestos á la cabeza de los ejércitos; que á lo menos es un militar distinguido, siendo una dicha poder conservar algunos de estos, porque es preciso convencerse de que todos los sargentos no pueden ser generales. «Desde que un oficial desconocido, añade, desde que Dumouriez venció á su pesar en Jemmapes, y tomó posesion de toda la Bélgica y de Breda, como un boletero con su lápiz, los triunfos de la república nos han embriagado, como embriagaron á Luis XIV los de su reinado. El elegia á sus generales en su antecámara, y nosotros creemos poder elegir los nuestros en las calles; hemos llegado á decir que tenemos tres millones de generales.»

Por este language y estos repetidos ataques, se vé la confusion que reinaba en la Montaña; situacion en que por lo comun se encuentra todo partido que acabado vencer, y que está próximo á dividirse, pero que no tiene claramente marcadas sus facciones. No se habia formado todavia nuevo partido en el vencedor, pues la acusacion del moderado ó exaltado, circulaba por todas las cabezas sin fijarse positivamente en ninguna, y en medio de tal desorden de opiniones, solo una reputacion se mantenía aun incorrupta, la de Robespierre. Este no habia ciertamente tenido jamás indulgencia con las personas, ni amado á ningun proscrito, ni rozádose con ningun general, hacendista, ni diputado. No se le podia vituperar de haberse entrega-

do á los placeres durante la revolucion, por que vivia arrinconado en casa de un ebanista, teniendo, segun se dice, con una de sus hijas un trato que se ignoraba enteramente. Severo, reservado é integro, era un hombre puro, y por tal pasaba. Solo podia echársele en cara el orgullo, especie de vicio que sin ser tan torpe como la corrupcion, ocasiona grandes males en los disturbios civiles, y llega á hacerse horrible en los hombres austeros y en los devotos, religiosos ó politicos; por que siendo su única pasion, la satisfacen sin distraccion ni miramiento.

Robespierre era el único que podia refrenar ciertos impetus de impaciencia revolucionaria, sin que se imputase su moderacion á miras de placer ó de interés. Su resistencia, cuando él la hacia, se atribuía siempre á causas razonables; y como él conocia esta posicion, empezó por primera vez á observar un sistema. Hasta entonces entregado esclusivamente á su odio, solo habia pensado en volver la revolucion contra los girondinos; pero hablando á la sazón en la inconstancia de los ánimos un peligro para los patriotas, juzgó que debia conservar el respeto á la Convencion, y á la junta de salvacion pública, porque en ellas residia toda la autoridad, no pudiendo pasar á otras manos sin que resultase un espantoso caos. Por otra parte, él pertenecía á la Convencion; y no podia menos de pertenecer dentro de poco á la junta de salvacion pública, y así defendiéndolas, sostenia al mismo tiempo una autoridad indispensable, de que iba él á formar parte. Como desde luego se habian formado todas las opiniones en los jacobinos, creyó oportuno ganar aun mas sus voluntades, unirlos á

la Convencion, y á las comisiones, sin que esto fuese un inconveniente para sublevarlos despues cuando lo creyese necesario. Siempre puntual para con ellos, los áhagaba con su presencía, tomando pocas veces la palabra en la Convencion, donde como hemos dicho ya, no se hablaba casi nunca; y al contrario se le veía siempre en la tribuna de aquella corporación, no pasando por alto nunca ninguna proposición importante, sin discutirla, modificarla ó desecharla. En esto su conducta era mas acertada que la de Danton, pues nada desfavorece tanto á los hombres, ni tanto confirma los rumores equívocos como la ausencia, y Danton descuidado como génio ardiente y apasionado, asistía poco á los jacobinos. Cuando volvía á ellos se veía precisado á justificarse, á asegurar que siempre sería buen patriota, y á decir que «si á veces usaba de ciertos miramientos para atraerse los ánimos apocados, aunque excelentes, podían estar seguros de que no por eso disminuía su carácter enérgico; que siempre vigilaba con el mismo afán «en bien de la república, y que esta quedaria victoriosa.» ¡Disculpas frívolas y desacertadas! Cuando uno se esplica, cuando se justifica, se somete á aquellos á quienes se dirige. Robespierre por el contrario, siempre presente, y dispuesto siempre á desvanecer toda sospecha, jamás tuvo necesidad de justificarse, sino que por el contrario tomaba el tono de acusador, reñía á sus fieles jacobinos, y se halla precisamente en aquel punto en que espresándose sin la pasión que uno inspira, el rigor que se manifiesta sirve solo para aumentarla. Hemos visto como trató á Santiago Roux que habia presentado una petición contra el acta cons-

titucional, y lo mismo hacia en cuantas circunstancias se trataba de la Convencion. Esta Asamblea decia, estaba purificada, y solo merecia respeto, de modo que el que la acusase era un mal ciudadano. Que la junta de salvación pública no habia hecho indudablemente todo lo que debia hacer, (por que Robespierre aunque defendiese á uno, no dejaba de censurarle entre los elogios); pero esta junta se habia colocado en acertado camino, y el atacarla era destruir el centro necesario de todas las autoridades, debilitar la energía de gobierno y comprometer á la república. Cuando querian molestar á la junta ó á la Convencion con peticiones muy continuas, se oponía diciendo que se desgastaba el influjo de los jacobinos, haciendo perder tiempo á los depositarios del poder. Un día querian que las sesiones de la junta fuesen públicas, pero se irritó contra esta proposición, y dijo que habia enemigos encubiertos que con la máscara de patriotismo hacían las proposiciones mas incendiarías, sosteniendo al mismo tiempo que los estrangeros pagaban en Francia dos clases de conspiradores, los exaltados que todo querían trastornarlo y los moderados que intentaban paralizarlo todo con su blandura.

La junta de salvación pública se habia prorogado tres veces, y el 10 de julio debia prorogarse por la cuarta ó renovarse, con cuyo fin hubo el día 8 gran sesión en los jacobinos. Todos decían, que debían cambiarse los individuos de la junta, y que no convenia prorogarlos de nuevo, como se habia hecho tres meses seguidos.—«Sin duda, dice Bourdon, la junta tiene muy buenas intenciones; no trato yo de culparla, pero una de las des-

gracias ajenas á la especie humana, es no tener energía sino por un espacio muy limitado. Los actuales individuos de la junta han pasado ya de este tiempo; han caducado, y así debemos cambiarlos. Necesitamos hoy hombres revolucionarios, hombres á quienes podamos confiar la suerte de la república, y que nos respondan con las vidas, de su conservación.

A Bourdon sucede el acalorado Chabot. «Debe, dice, renovarse la junta sin sufrir nuevas prórogas; y no bastaría añadir algunos individuos mas conocidos por buenos patriotas, pues tenemos una prueba reciente en Conthon, Saint-Just y Juan-Bon-Saint-André agregados, y que han sido anulados por tres colegios. Tampoco conviene que se renueve la junta por escrutinio secreto, porque la nueva no sería mejor que la antigua, que nada absolutamente vale. Yo he oído á Mathieu, prosiguió Chabot, pronunciar los discursos mas inciviles á la sociedad de las mugeres revolucionarias. Ramel ha escrito á Tolosa que solo los propietarios podrian salvar la causa pública, y que era preciso guardarse de poner las armas en manos de los descomisados. Cambon es un loco que vé los objetos muy abultados y se asusta antes de llegar á cien pasos de ellos. Guyton-Morveau es un hombre de bien, un cuáquero que está siempre temblando. Delmas, que tenía la parte de nombramientos, ha hecho las peores elecciones, llenando el ejército de contrarrevolucionarios. Finalmente, esta comision era amiga de Lebrun, y ahora enemiga de Bouchotte.»

Robespierre se apresura á responder á Chabot. «En cada frase, en cada palabra, dice, del discurs-

so de Chabot, encuentro el mas puro patriotismo: pero veo tambien un patriotismo exaltado que se desespera porque no sale todo á medida de su anhelo, que se irrita deque la junta de salvacion pública no haya llegado á una perfeccion imposible en sus operaciones, lo cual no hallará Chabot en parte alguna.

«Creo como él, que esta junta no consta de hombres igualmente ilustrados ó igualmente virtuosos, ¿pero qué cuerpo se hallará formado de esta manera? ¿evitará por ventura, que los hombres estén sujetos á errores? ¿No ha visto á la Convencion despues que espelió de su seno á los traidores que la deshonoraban, recobrar nueva energia y una grandeza que le era desconocida hasta aquel dia, y un carácter mas augusto en su representacion? ¿No basta este ejemplo para probar que no siempre es preciso destruir; y que á veces es mas prudente dedicarse á reformar?»

«Si, sin duda, hay en la junta de salvacion pública hombres capaces de reformar la máquina social, y dar á sus medios nuevo impulso, y no hay que hacer mas que animarlos. ¿Quién olvidará los servicios que ha prestado esta junta á la causa pública, las innumerables conspiraciones que ha descubierto, las felices noticias que la debemos y las sábias y profundas ideas que nos ha manifestado?»

«La Asamblea no ha creado una junta de salvacion pública para darle la ley, ni para dictarla sus decretos; esta junta la ha sido útil para separar en las resoluciones propuestas, lo que era bueno, de lo que al través de una apariéncia seductora, podia producir las mas terribles consecuencias; ha dado el primer impulso á nuevas resoluciones

esenciales, á que tal vez debe su salvacion la patria, le ha ahorrado de los inconvenientes de una penosa tarea, muchas veces infructuosa, presentándole los resultados casualmente descubiertos de un trabajo que apenas conocia ella, y con el que estaba familiarizada.

«Esto basta para probar que la junta de la salvacion pública no ha sido tan inútil como se ha querido dar á entender. Ha cometido errores, es verdad, y no soy yo quien quiere disculparla, porque ¿cómo he de ser indulgente cuando creo que no se ha hecho por la patria bastante si ha quedado algo que hacer? Si, ha cometido errores, de que la culpo con vosotros; pero seria antipolítico en este momento escitar la desaprobacion del pueblo, contra una junta que necesita hallarse honrada con su plena confianza, que tiene á su cargo intereses graves, y de quien espera la patria poderosos auxilios; y aunque carezca de la aprobacion de las ciudadanas republicanas revolucionarias, no por eso la creo menos digna de sus importantes cargos.»

Oidas estas reflexiones de Robespierre, se concluyó esta discusion, y dos dias despues se renovó y redujo la junta á nueve individuos, como eran al principio; siendo los nuevamente nombrados Barrere, Juan-Bon-Saint-André, Gasparin, Couthon, Heraul-Sechelles, Saint-Just, Thuriot, Roberto-Lindet, y Prieur del Marne. Habíase despues to á todos los individuos tildados de débiles, excepto á Barrere, á quien su estremada facilidad para redactar informes y atemperarse á las circunstancias, le valió el perdon de lo pasado. Robespierre no pertenecia aun á ella, pero se espera-

ba que pasando algunos dias, y habiendo algo mas peligro en las fronteras, y de terror en la Convencion, obtendria el nombramiento.

Todavía tuvo Robespierre otras muchas ocasiones de emplear su nueva politica. La marina empezaba á inundir inquietudes, y no cesaban de quejarse del ministro d'Albarade, de su antecesor Monge, y del estado tan deplorable de nuestras escuadras, que despues del regreso de Cerdeña, permanecian sin repararse en los astilleros de Tolon, y que estaban mandadas por antiguos oficiales, casi todos aristócratas. Tambien se quejaban de algunos individuos últimamente agregados al ministerio de Marina, culpando fuertemente entre otros, á un tal Peyron, destinado á la reorganizacion de la escuadra de Tolon, el cual decian que no habia hecho lo que debiera y le hacian responsable al ministro, mientras este cargaba la responsabilidad á un gran patriota, que le habia recomendado á Peyron. Designaban con afectacion á este célebre personaje, sin atreverse á nombrarle.—¿Cómo se llama? gritaron muchas voces. Lo diré, responde el delator; este célebre patriota es Danton!—A estas palabras dejan oírse murmullos, y Robespierre dice: «Pido que cese la farsa y empiece la sesion... Acusan á d'Albarade; yo solo le conozco por la voz pública que dice ser un ministro patriota; pero ¿qué se le hecha en cara? ¿un error? ¿y qué hombre no es capaz de cometerle? ¿que ha hecho una eleccion, y esta no ha correspondido á las esperanzas públicas! Bouchotte, y Pache, tambien han hecho elecciones desacertadas, y sin embargo, son dos republicanos verdaderos, y dos amigos sinceros á la patria. Basta que un hombre ten-

ga un cargo público para que se le calumnie. ¿Cuándo hemos de dejar de dar crédito á los cuentos ridiculos ó viles, con que por todas partes nos persiguen?»

«He oido que con esa delacion general contra el ministro, se ha mezclado otra particular contra Danton. ¿Es á este á quien se quiere hacer sospechoso? Si en vez de desanimar á los patriotas buscándoles tan cuidadosamente crímenes, cuando apenas han cometido una ligera falta, se tratase de darles medios para facilitar sus operaciones, y hacer sus tareas menos pesadas y duras, seria mas conveniente, y la patria sacaria mas ventajas. Han denunciado á Bouchotte y á Pache porque estaba escrito que serian denunciados los mejores patriotas. Tiempo es ya de terminar estas escenas ridiculas y tristes; yo quisiera que la sociedad de los jacobinos se atuviese á una série de materias en que se ocupase con fruto, y que se redujese el gran número de las que en su seno se ventilan, la mayor parte inútiles y perjudiciales.»

Viendo Robespierre el riesgo de un nuevo desenfreno de los partidos, que hubiera imposibilitado todo gobierno, se esforzaba así en hermanar á los jacobinos con la Convencion, las comisiones y los antiguos patriotas. De esta laudable y útil política sacaba él el mayor provecho, pues preparando el poder de las comisiones, preparaba el suyo propio; defendiendo á los patriotas de una misma época y temple que él, hacia su propia defensa, é impedía que la opinion sacrificase nuevas victimas á su lado; colocaba debajo de él á aquellos en cuyo favor abogaba, y finalmente, se hacia por su misma severidad adorado de los jacobinos, adquiriendo un

sublime concepto de prudencia. Robespierre no llevaba mas ambicion en esto, que los demas corifeos revolucionarios que habian querido contener la revolucion en el mismo punto en que ellos se detenian; y esta política que les habia desacreditado á todos, no debia desacreditar á él, porque la revolucion rayaba en el término de sus riesgos y atrocidades.

Los diputados presos fueron puestos en acusacion inmediatamente despues de la muerte de Marat, preparándose su sentencia. Decian ya que era preciso hacer rodar las cabezas de los Borbones que aun vivian, no obstante ser la de dos mugeres, una esposa y otra hermana del último rey, y la del duque de Orleans tan fiel á la revolucion y á la sazón encarcelado en Marsella en premio de sus servicios.

Se habia dispuesto una fiesta para la aceptacion de la constitucion y todas las Asambleas primarias debian enviar diputados que fuesen á manifestar sus opiniones, reuniéndose en el campo de la confederacion para una funcion solemne. El dia prefijado no era ya el 14 de julio, sino el 40 de agosto, porque la toma de las Tullerias habia producido la república, mientras la de la Bastilla, dejando intacta la monarquia, solo habia abolido el feudalismo. De este modo los republicanos se distinguian de los realistas, en que los unos celebraban el 10 de agosto, y los otros el 14 de julio.

El federalismo agonizaba, y la aceptacion de la constitucion era general. Burdeos guardaba siempre la mayor reserva, no dando ninguna prueba decidida de sumision ni hostilidad, sino aceptando la constitucion. Lyon continuaba sus causas sacadas

en el tribunal revolucionario; pero rebelde en este solo punto, se sometia á todos los demas, conformándose tambien con la constitucion. Marsella era la única que negaba su adhesion, mas su pequeño ejército separado ya del de Langüedoc, acababa de ser arrojado de Aviñon en los últimos dias de julio, y habia vuelto á pasar el Durance; de modo que la confederacion estaba vencida, y la constitucion triunfaba. Sin embargo, en las fronteras se agravaba el riesgo, y era mas inminente en la Vendée, en el Rin y en el Norte, porque los vendeanos habian reparado con nuevas victorias su derrota á la vista de Nantes, y Maguncia y Valencienues estaban mas estrechadas que nunca por el enemigo.

Hemos interrumpido nuestra narracion de los acontecimientos militares en el momento en que los vendeanos, arrojados de Nantes, volvieron á entrar en su pais, y hemos visto á Biron llegar á Angers, despues de salvar á Nantes, y de convenir en un plan con el general Caneaux. En este tiempo, Westermann se habia trasladado á Niert con la legion germánica, y habia conseguido de Biron el permiso de internarse en el pais. Westermann era aquel mismo alsaciano que se habia distinguido en el 40 de agosto, decidiendo el éxito de aquella jornada; que habia servido despues brillantemente á las órdenes de Dumouriez, trabando amistad con él y con Danton; y últimamente habia sido delatado por Marat, á quien se asegura habia dado de palos por ciertas injurias. Era de aquellos patriotas, cuyos grandes servicios se reconocieron, pero á quienes empezaban á echar en cara los placeres á que se habian entregado durante la revolucion, y de quienes ya se cansaban, porque exigian mucha disciplina en

los ejércitos, conocimientos en los oficiales, y no querian escluir á todo general noble, ni calificar de traidor á todo general vencido. Westermann habia formado una legion denominada *germánica*, de cuatro á cinco mil hombres entre infanteria, caballeria y artilleria. A la cabeza de este pequeño ejército, del que se habia apoderado, y en donde mantenía una severa disciplina, habia desplegado la mayor audacia, ejecutando hazañas muy brillantes. Trasladado á la Vendée con su legion, la habia reorganizado de nuevo, echando de ella á los cobardes que habian ido á denunciarle. Despreciaba altamente á aquellos batallones informes que saqueaban y talaban el pais, manifestando los mismos sentimientos que Biron, con quien se le incluía en el número de los aristócratas militares. Como hemos visto, el ministro de la Guerra Bouchotte, habia enviado á la Vendée sus agentes jacobinos y franciscanos, los cuales rivalizaban allí con los representantes y generales, autorizando el saqueo y las vejaciones bajo el título de contribuciones de guerra, y la indisciplina so pretexto de defender al soldado contra el despotismo de los oficiales. El primer oficial del ministerio de la Guerra en tiempo de Bouchotte, era Vincent, joven franciscano, frenético y de espíritu mas peligroso y turbulento de aquella época; habíase grazeado de tal modo la voluntad de Bouchotte, que hacia todos los nombramientos, y perseguía á los generales con un rigor estremado. Ronsin, aquel ordenador enviado á Dumouriez cuando se anularon sus contratas, era amigo de Vincent y de Bouchotte, y jefe de sus agentes en la Vendée, con el dictado de teniente del ministro. A sus órdenes se hallaban Momoro, impresor, Gram-

mont, cómico, y otros muchos que obraban en igual sentido y con la misma violencia. Westermann, poco acorde ya con ellos, acabó de separarlos con un acto de energía. Un tal Rossignol, antiguo oficial de platero, que se había hecho distinguir el 20 de junio y el 10 de agosto, y mandaba uno de los batallones formados en Orleans, era del número de aquellos nuevos oficiales favorecidos por el ministerio franciscano. Estando un día bebiendo con algunos soldados de Westermann, decía que los soldados no debían ser esclavos de los oficiales; que Biron era un ex noble, un traidor, y que era menester cchar de las casas á los paisanos para alojar en ellas las tropas. Westermann lo mandó arrestar y le entregó á los tribunales militares. Rousin lo reclamó al momento y envió á Paris una delacion contra Westermann.

Este, sin alterarse por el acontecimiento, se puso en marcha con su legion para penetrar hasta el interior de la Vendée. Dirigiéndose por el lado opuesto al Loira, es decir, al Mediodía del teatro de la guerra, se apoderó primero de Parthenay, y en seguida entró en Amailhou, incendiándole para usar de represalias con M. de Lescure, quien al entrar en Parthenay, había tratado con mucho rigor á los habitantes acusados de revolucionarios. Westermann hizo prender á todos los habitantes de Amailhou, enviándolos á los de Parthenay en clase de indemnizacion: Quemó en seguida el castillo de Clisson, que pertenecía á Lescure, y por todas partes infundió terror por su marcha rápida, y por las noticias exageradas de sus ejecuciones militares. Westermann no era cruel, pero comenzó aquellas desastrosas represalias que arruinaron á

los paises neutrales, acusados por ambos partidos de haber patrocinado á su contrario. Todos habían huido hasta Chatillon, donde se habían reunido las familias de los guerrilleros vendeanos, y los restos de sus ejércitos. El 3 de julio, no temiendo Westermann arrojarle hasta el centro del pais rebelde, entró en Chatillon, lanzando de allí al consejo superior, y al estado mayor, que se hallaban como en su propia capital. El eco de esta atrevida hazaña resonó por todas partes; pero la posición de Westermann era arriesgada. Los gefes vendeanos, se habían replegado, tocando á rebato reunieron un ejército considerable, y se disponian á sorprender á Westermann por el lado que menos esperaba. Había colocado en un molino fuera de Chatillon una avanzada que dominaba todas las cercanías. Los vendeanos adelantándose con mucho silencio, segun su táctica ordenada, rodearon el punto y le embistieron por todas partes. Westermann, avisado ya un poco tarde, se apresuró á sostenerlos, pero los destacamentos que envió fueron rechazados, y empezó á difundirse el desaliento por todo el ejército republicano, que en desórden abandonó á Chatillon, y el mismo Westermann, despues de haber hechos prodigios de valor, se vió obligado á ponerse en salvo á toda priesa, dejando en el campo un gran número de muertos y prisioneros. Este descalabro produjo tanto desaliento, como presuncion y esperanza habia causado la temeridad y el éxito de la expedicion.

Mientras esto pasaba en Chatillon, Biron acababa de arreglar un plan con Canclaux que consistia en bajar ambos hasta Nantes, barrer la orilla izquierda del Loira, dar la vuelta en seguida hácia

Machecoul, reunirse con Boulard que saldria de los Sables, y despues de haber desviado del mar á los vendeanos, dirigirse por este medio hacia la alta Vendée para sojetar á todo el pais. Los representantes no aprobaron este plan, porque decian que para penetrar en el pais, era necesario partir desde el mismo punto que ocupaban, y marchar de consiguiente á los puentes de C6 con las tropas reunidas en Angers, y hacerse apoyar de frente por una columna que saldria de Niort. Biron, viéndose contrariado, hizo su dimision; y al saberse en aquel momento la derrota de Chatillon, se echó á este general la culpa de aquel descalabro porque habia dejado sitiarse á Nantes, y no habia apoyado á Westermann. Por delacion de Ronsin y de sus agentes le enviaron á la barra: Westermann fué sumariado, y Rossignol puesto al momento en libertad.— Tal era la suerte de los generales en la Vendée, en medio de los agentes jacobinos.

El general Labarolliere tomó el mando de las tropas que Biron dejó en Angers, y se dispuso segun los deseos de los representantes, á avanzar en el pais por los puentes de C6. Despues de haber dejado mil y cuatrocientos hombres en Saumur, y mil quinientos en los dichos puentes de C6, se dirigió á Brissac, donde colocó un destacamento para asegurar sus comunicaciones. Este ejército indisciplinado cometió las mas crueles devastaciones en un pais que estaba por la república. El 15 de julio fué atacado en el campo de Flino por veinte mil vendeanos: la vanguardia, compuesta de tropas regulares, resistió con teson, y ya el cuerpo de batalla iba á ceder, cuando los vendeanos, siempre dispuestos á la fuga, se retiraron en desorden. Los

nuevos batallones manifestaron entonces un poco mas de ardor, y para alentarlos se les tributaron los elogios que solo merecia la vanguardia. El 17 avanzaron hacia Vihiers, rechazando de nuevo otro ataque recibido y sostenido con la misma energia por la vanguardia, y con la misma perplejidad por el cuerpo del ejército. En el mismo dia llegaron á Vihiers; en donde muchos generales, persuadidos de que los batallones de Orleans estaban muy mal organizados para sostener la campaña, y que con ejército semejante no podian permanecer en medio del pais, eran de opinion de retirarse. Labroliere decidió que convenia permanecer en Vihiers, y defenderse si se les atacaba. El 18 á la una del dia se presentaron los vendeanos; la vanguardia republicana se condujo con el mismo valor; pero el resto del ejército vaciló á la vista del enemigo, y se replegó á pesar de los esfuerzos de los generales. Los batallones de Paris, que preferian gritar traicion á batirse, se retiraron en desorden; el desconcierto se hizo general, y Santerre, que se habia arrojado á la pelea con el mayor ímpetu, estuvo á pique de caer prisionero; lo mismo sucedió al representante Bourbotte, y el ejército emprendió tan pronta retirada que en pocas horas llegó á Saumur. La division de Niort, que iba á ponerse en movimiento, se detuvo: y el 20 quedó resuelto que esperaria la reorganizacion de la columna de Saumur. Como era menester que alguno respondiese de la derrota, Ronsin y sus agentes delataron al gefe de estado mayor Berthier, y al general Menon, que pasaban ambos por aristócratas, á causa de recomendar la disciplina, y al instante se les condujo á Paris, como habia sucedido con Biron y Westermann.

Tal habia sido hasta entonces el estado de esta guerra. Los vendeanos se sublevaron en abril y mayo, y al momento tomaron à Thouars, Loudun, Doué y Saumur, gracias a la mala calidad de las tropas compuestas de reclutas. Atreviéndose en junio à bajar hasta Nantes, habian sido rechazados por Caneclaux, y de los Sables por Boulard; generales ambos que habian sabido introducir orden y disciplina en sus soldados. Westermann, que obraba con audacia y tenia algunos batallones regulares, habia penetrado hasta Chatillon à primeros de junio; pero vendido por los habitantes, y sorprendido por sublevados, habia padecido una derrota; últimamente, la columna de Tours, que quiso internarse en el pais, con los batallones de Orleans, habia experimentado la suerte ordinaria de los ejércitos desorganizados; de consiguiente, à fines de julio, los vendeanos dominaban en toda la estension de su territorio. En cuanto al valiente y desgraciado Biron, acusado de no hallarse en Nantes cuando visitaba la baja Vendée, de no estar cerca de Westermann cuando combinaba un plan con Caneclaux, contrariado, interrumpido en todas sus operaciones, acababan de separarle del ejército, sin haber tenido tiempo de operar, y solo habia estado en él para verse continuamente acusado. Caneclaux permanecia en Nantes; pero el valiente Boulard, ya no mandaba en los Sables, y los dos batallones de la Gironda acababan de retirarse. Tal era el cuadro de la Vendée, en julio: derrota de todas las columnas en el alto pais; delaciones de los agentes ministeriales contra los generales reputados aristócratas; y quejas de los generales contra los desorganiza-

dores, enviados por el ministerio y los jacobinos. Al Este y al Norte, los sitios de Maguncia y de

Valenciennes hacian progresos alarmantes. Maguncia, situada en la orilla izquierda del Rin por el lado de Francia, y en frente de la desembocadura del Mein, forma un grande arco de círculo, cuya cuerda puede ser el Rin. Un arrabal considerable, el de Cassel, situado en la otra orilla, comunica con la plaza por medio de un puente de barcas. La isla de Petersau, colocada mas abajo de Maguncia, se estiene en el rio, y tiene una punta bastante adelantada para batir el puente de barcas, y tomar por la espalda las defensas de la plaza. Por la parte del rio no esta protegida sino por una muralla de lodrillo; pero por la de tierra, está muy bien fortificada. Empezando desde la orilla hasta la altura de la punta de Petersau, se halla defendida por un muro y un foso por el cual corre el arroyo de Zalbach, que desagua en el Rin. A la estremidad de este foso está el fuerte de Hauptstein que nos la proteccion de sus fuegos con la de las aguas. Desde este punto continúa el muro y va à unirse con el curso superior del Rin; pero el foso se interrumpe, y le reemplaza un doble muro paralelo al primero. De consiguiente, por el dicho lado, dos líneas de muralla exigen un doble sitio, cuya fuerza aumenta la ciudadela, pegada al muro duplicado.

Tal era Maguncia en 1793, y antes que se hubiesen perfeccionado sus fortificaciones. La guarnicion ascendia à veinte mil hombres, porque el general Schaal, que debia retirarse con una division, tuvo que volverse a la plaza sin haber podido reunirse con el ejército de Custine. Los viveres

no eran proporcionados á aquella guarnicion; pues en la incertidumbre de saber si se conservaria ó no á Maguncia, se habian apresurado poco á abastecerla. Por último, Custine habia dado orden al efecto; los judios se presentaron haciendo proposiciones, pero tan sagaces que querian se les pagasen todos los convoyes interceptados por el enemigo. Rewbell y Merlin desecharon tales contratas, temiendo que los mismos judios hiciesen apresar los convoyes. A pesar de esto no escaseaban los granos, pero era de prever que si se destruian los molinos colocados en el rio, la molienda seria imposible. Habia poca carne, y los forrages particularmente no bastaban para los tres mil caballos de la guarnicion. La artilleria constaba de ciento treinta piezas de bronce, y de sesenta de hierro que se habian encontrado en la plaza, y que eran muy malas; los franceses habian traído ochenta en buen estado. Habia piezas de muralla en gran número, pero la pólvora no era suficiente. El sabio y heroico Meunier, que habia ejecutado los trabajos de Cherburgo, tuvo el encargo de defender á Cassél y puntos de la orilla derecha; Doyré dirigia los trabajos en el interior de la plaza; Aubert-Dubayét y Kleber, mandaban las tropas, y los representantes Merlin y Rewbell animaban á la guarnicion con su presencia. Esta se hallaba acampada en el intervalo de las dos murallas, y ocupaba á lo lejos puntos muy avanzados. Animabala el mejor espíritu, tenian gran confianza en la plaza, en sus gefes, en sus fuerzas, y sabia ademas que estaba encargada de defender un punto importantísimo para la salvacion de la Francia.

El general Schwefeld, acampado en la orilla

derecha cercaba á Cassél con diez mil heseses. Los austriacos y los prusianos reunidos, formaban el grande ataque de Maguncia; los austriacos ocupaban la derecha de los sitiadores; en frente del doble recinto formaban los prusianos el centro de Mariemburgo, y donde se hallaba el cuartel general del rey de Prusia. La izquierda, compuesta tambien de prusianos, acampaba delante del Hauptstein, y del foso inundado con las aguas del riachuelo de Zalbach. Cincuenta mil hombres con corta diferencia componian este ejército de sitio, dirigido por el anciano Kalkreuth. Brunswick mandaba el cuerpo de observacion por el lado de los Vosgos, en donde se entendia con Wurmser para proteger esta grande operacion; y careciendo de artilleria de sitio, negociaron con los estados de Holanda, que dieron parte de la que tenian en sus arsenales, para ayudar al triunfo de sus mas temibles vecinos.

El cerco principió en abril, y esperando los sitiadores los convoyes de artilleria, la guarnicion tomó la ofensiva haciendo salidas denodadas. El 11 de abril y algunos dias despues del cerco, nuestros generales resolvieron intentar una sorpresa contra los diez mil heseses, que se habian estendido demasiado por la orilla derecha; y en consecuencia, salieron de Cassél en tres columnas el 11 por la noche. Meunier avanzó hácia Hochein; las otras dos columnas bajaron por la orilla derecha hácia Biberik; pero un tiro escapado en la columna del general Schaál esparció la confusion; pues las tropas, todavia visioñas, no tenian aquel aplomo que muy luego adquirieron bajo sus generales. Hubo necesidad de retirarse, y Kleber con su columna, protegió la operacion del modo mas imponente.

Aquella salida valió á los sitiados cuarenta baeyes que salaron inmediatamente.

El 16, los generales enemigos intentaron tomar el punto de Weissenau, que colocado cerca del Rin, y á la derecha de su ataque, les incomodaba mucho. Los franceses, á pesar del incendio del lugar, se atrincheraron en un cementerio; el representante Merlin se encerró con cilos, y con prodigios de valor conservaron el punto.

El 26 enviaron los prusianos un parlamento falso, que se decía despachado por el general del ejército del Rin, para intimar la rendicion á la plaza; mas los generales, representantes y soldados, ya afectos á la plaza y convencidos de que hacian un gran servicio á la patria, deteniendo el ejército del Rin en la frontera, rechazaron toda proposicion. El 3 de mayo quiso el rey de Prusia tomar á Kosteim, situado en la orilla derecha y en frente de Cassél, que defendia Meunier; pero ni en aquel ataque ni en el que se repitió el 8 del mismo mes con la mayor tenacidad, consiguieron otra cosa los sitiadores que perder una multitud de gente. Meunier, por su parte, atacó á las islas colocadas en la desembocadura del Mein; las tomó, volviolas á perder, y en ambas ocasiones desplegó la mayor audacia.

El 30 de mayo, resolvie on los franceses hacer una salida general sobre Mariemburgo, en donde estaba el rey Federico-Guillermo. Favorecidos por la noche, atravesaron seis mil hombres la linea enemiga, se apoderaron de las trincheras y llegaron hasta el cuartel general. Sin embargo, la alarma que causaron, hizo que todo el ejército enemigo se alzase, y volvieron á la plaza despues de ha-

ber perdido á muchos valientes. Al otro dia, irritado el rey de Prusia, mandó que se emprendiese un fuego continuo sobre la plaza, y Meunier que en dicho dia proyectaba otra nueva tentativa sobre una de las islas del Mein, quedó herido en la rodilla, y espiró no á causa de su herida, sino de la irritacion que le produjo el verse obligado á abandonar los trabajos del sitio. Toda la guarnicion asistió á sus funerales. El rey de Prusia hizo suspender el fuego, mientras se estaban haciendo los últimos honores á este héroe, y le mandó saludar con una salva de artilleria. El cuerpo fué depositado en la punta del baluarte de Cassél, cuya construccion habia dirigido.

Ya habian llegado los grandes convoyes de Holanda, y era tiempo de empezar los trabajos del sitio. Un oficial prusiano aconsejaba que se tomase la isla de Petersau, cuya punta se extendia entre Cassél y Maguncia, que se estableciesen baterias, se destruyese el puente de barcas y los molinos, y se diese el asalto á Cassél, luego que estuviese aislado y privado de los socorros de la plaza. Proponia despues el dirigirse hácia el foso por donde corría el Zalbach, arrojarse en él bajo la proteccion de las baterias de Petersau, enfilando este foso, é intentando un asalto sobre este frente formado de un solo recinto. Arrojado y peligroso era el proyecto, porque habia que desembarcar en Petersau; echarse despues en un foso en medio del agua, y bajo el fuego del Hauptstein; pero tambien los resultados debian ser muy eficaces. No obstante se prefirió abrir la trinchera por la parte del doble recinto, y en frente de la ciudadela, aunque tuviese que hacerse un sitio doble.

El 16 de junio tiróse la línea paralela á ochocientos pasos del primer recinto, pero como los sitiados desordenaron los trabajos, fué preciso retirarse. El 18 se trazó otra paralela mucho mas lejos, es decir, á mil y quinientos pasos, y esta distancia provocó los sarcasmos de los que habian propuesto el atrevimiento de ataque por la isla de Petersau. Acercáronse sin embargo del 24 al 25, hasta ochocientos pasos, y se construyeron baterías, cuyos trabajos vinieron á inutilizar otra vez los sitiados, y clavaron los cañones, pero por último se les rechazó y molestó con fuegos continuos. En los dias 28 y 29 se dirigieron contra la plaza doscientas piezas que la cubrían de proyectiles de toda especie. Algunas baterías flotantes colocadas sobre el Rin, incendiaban el interior de la ciudad por la parte mas abierta, causándole un daño considerable.

Sin embargo, todavía no estaba abierta la última paralela, ni tomado el primer reducto, la guarnición llena de ardor aun no pensaba en rendirse. Para libertarse de las baterías flotantes, varios valientes franceses se arrojaron á nado en el rio, y fueron á cortar los cables de las lanchas enemigas. Uno de ellos trajo una, tripulada con ochenta soldados que fueron hechos prisioneros.

Pero la escasez habia llegado á su colmo. Se habian incendiado los molinos, y para moler los granos habia sido necesario valerse de tahonas, en que no querian trabajar los jornaleros, porque advertido el enemigo, no dejaba de echar muchas granadas al sitio en que se hallaban. Además, apenas habia trigo; hacia mucho tiempo que no habia mas carne que la de caballo, los soldados comian ratas,

é iban á las orillas del Rin á buscar los caballos muertos que flotaban en las aguas. Este alimento produjo funestas consecuencias en muchos de ellos y fué necesario prohibirlo é impedir que lo buscasen, colocando guardias en las márgenes del Rin. Un gato valia seis francos; y la carne de caballo muerto cuarenta y cinco sueldos la libra. Los oficiales no se daban mejor trato que los soldados; y Aubert-Dubayet, invitando á comer á su estado mayor, les sirvió como un gran regalo, un gato rodeado de doce ratones. Pero la mayor desgracia para esta desdichada guarnición, era la privación absoluta de noticias. Las comunicaciones estaban tambien interceptadas, y habia tres meses, se ignoraba absolutamente todo lo que sucedia en Francia. Habia intentado dar á conocer su escasez, ya por medio de una señora que iba á viajar á Suiza, ya por un cura que tomó el camino de los Países Bajos, y ya en fin por un espía que debia atravesar el campo enemigo; pero ninguno de estos avisos habia llegado. Esperando que tal vez intentarían enviarle noticias del alto Rin, por medio de botellas, arrojadas en el rio, tendian redes de pescar, levantábanlas diariamente pero nunca encontraban nada. Los prusianos que empleaban toda clase de ardides, habian hecho imprimir en Francfort, *Monitores* falsos, noticiando que Dumouriez habia echado abajo la Convención, y que Luis XVII reinaba con una regencia. Los prusianos colocados en las avanzadas, daban estos *Monitores* á los soldados de la guarnición: y esta lectura causaba las mayores inquietudes, añadiendo á los sufrimientos que padecian, el dolor de defender tal vez una causa perdida. No obstante, todos esperaban diciendo; elejér-

cito del Rin va á llegar bien pronto, algunas veces decian: ya llega. Una noche se oyó un cañoneo muy continuado bastante lejos de la plaza; despertáronse todos llenos de alegría, corrieron á las armas y se disponian á marchar hacia el cañon francés, y á poner al enemigo entre dos fuegos. ¡Vana esperanza! El ruido cesó, sin que apareciese el ejército libertador. En fin, la escasez habia llegado á ser tan insoportable que dos mil habitantes pidieron se les dejase salir. Aubet-Dubayet se lo permitió, pero no fueron recibidos por los sitiadores; se quedaron entre dos fuegos, y perecieron la mayor parte bajo las murallas de la ciudad. Por la mañana varios soldados trajeron en sus capotes algunos niños heridos.

En todo este tiempo, el ejército del Rin y del Mosela no se adelantaba. Custine lo habia mandado hasta el mes de junio, y todavia desalentado con su retirada, estuvo titubeando en los meses de abril y mayo, diciendo, que no tenia bastantes fuerzas, que necesitaba mas caballeria para sostener en las llanuras del Palatinado, los esfuerzos de la enemiga; que no tenia forrages para sus caballos; que era necesario esperar á que los centenos estuviesen mas crecidos para segarlos, y que entonces marcharia al socorro de Maguncia. Beauharnais, sucesor de Custine, titubeando como él, perdió la ocasion de salvar la plaza. Sabido es, que la linea de los Vosgos costea el Rin, y va á terminar no lejos de Maguncia. Ocupando las dos vertientes de la cadena y sus pasos principales, se consigue una ventaja inmensa, porque puede marcharse por una

* Véase el proceso de Custine.

ú otra parte, y anonadar al enemigo con todas las fuerzas reunidas; y esta era la posicion de los franceses. El ejército del Rin ocupaba el costado oriental, y el del Mosela el occidental; Brunswik y Wurmsér, estaban estendidos al fin de la cadena en un cordon muy dilatado; de modo, que ambos ejércitos disponiendo de los pasos podian reunirse en una de las dos vertientes, derrotar á Brunswik ó á Wurmsér, coger á los sitiadores por la espalda, y salvar a Maguncia. Beauharnais, valiente pero poco emprendedor, hizo movimientos inciertos, y no socorrió la guarnicion.

Los representantes y generales encerrados en Maguncia, juzgando que no convenia llevarlas cosas hasta el último apuro; que si esperaban ocho dias mas, podrian carecer de todo, y verse obligados á entregar la guarnicion prisionera; que al contrario, si capitulaban, conseguirian la libre salida con los honores de la guerra, conservando á veinte mil hombres, que eran ya los soldados mas valientes del mundo, á las órdenes de Kleber y Dubayet, resolvieron que convenia entregar la plaza. Indudablemente si hubiesen aguardado algunos dias mas, Beauharnais podia salvarla; pero despues de haber esperado tanto tiempo, tenian razon para no pensar en su socorro, y si para entregarse. El rey de Prusia no fué muy severo en las condiciones; pues la única que puso, fué que la guarnicion no serviria en un año contra los coligados, y la dejó salir con armas y bagajes. Pero quedaban todavia bastantes enemigos en el interior para utilizar á aquellos soldados admirables, llamados despues los *Maguncianos*; los cuales estaban en tal extremo decididos, que no querian obe-

decer á sus generales cuando se trató de salir de la plaza:—ejemplo singular del espíritu de cuerpo que se forma en un punto, y del cariño que se toma á un sitio defendido por tantos meses! Cedió al fin la guarnicion; y mientras desfilaba, el rey de Prusia lleno de admiracion por su valor, llamaba por sus nombres á los oficiales que se habian distinguido en el sitio, y los cumplimentaba con una cortesía caballeresca. La evacuacion de la plaza se verificó el 23 de julio.

Ya hemos visto á los austriacos bloqueando la plaza de Condé, y poniendo sitio regular á Valenciennes; operaciones que, conducidas simultáneamente con las del Rin, tocaban ya á su término; el príncipe de Coburgo, á la cabeza del cuerpo de observacion, hacia frente al campamento de César, y el duque de York mandaba el cuerpo del sitio. El ataque intentado al principio contra la ciudadela, se dirigió despues entre el arrabal de Marly y la puerta de Mons, cuyo frente presentaba mayor estension, pero estaba menos defendido, y se prefirió por mas accesible. Propúsose batir los trabajos durante el día, é incendiar la ciudad por la noche, á fin de aumentar la desolacion de los habitantes, y obligarlos á rendirse. El 14 de junio intimaron la rendicion á la plaza, á cuyo acto el general Ferrand y los representantes Cochón y Briest respondieron con la mayor dignidad. Estos habian reunido una guarnicion de siete mil hombres, é inspirado muy buenas disposiciones á los habitantes, de los que organizaron parte en compañías de artilleros, que hicieron muy útiles servicios.

En las noches del 14 y 19 de junio se abrieron sucesivamente dos paralelas, armándolas con for-

midables baterías, que causaron grandes daños en la plaza. Los habitantes y la guarnicion respondieron al denuedo del ataque, y muchas veces destruyeron los trabajos de los sitiadores. El 23 de junio fué terrible sobre todo, pues el enemigo incendió la plaza hasta medio día, sin que esta respondiese por su parte; pero á dicha hora las murallas hicieron un fuego espantoso sobre las trincheras en las que sembró el terror y la muerte que habian reinado en la ciudad. Delineóse el 28 una tercera paralela, y el valor de los habitantes comenzó á entibiarse. Ya una parte de esta ciudad opulenta se habia abrasado; los niños, ancianos y mugeres habian sido encerrados en los subterráneos, y la rendicion de Condé, que acababa de ser tomada por hambre, aumentaba el desaliento de los sitiados. Varios emisarios secretos eran enviados para seducirlos, hasta el punto que muchos principiaron á amotinarse y á pedir la capitulacion. El Ayuntamiento era del mismo parecer que los habitantes, y se entendia secretamente con ellos. Los representantes y el general Ferrand respondieron con la mayor energia á peticiones que se les hicieron, y con el auxilio de la guarnicion, cuyo valor habia llegado al mas alto grado, disiparon las reuniones.

El 23 de julio prepararon sus minas los sitiadores, y dispusieron el asalto del camino cubierto. Felizmente para ellos, tres globos de compresion estallaron en el momento en que las minas de la guarnicion iban á obrar, y á destruir sus trabajos. Entonces se arrojaron en tres columnas, pasaron las empalizadas, y penetraron en el camino cubierto. Asustada la guarnicion, se retiraba ya abando-

nando sus baterías; pero el general Ferrand la hizo volver á las murallas, y la artillería, que habia hecho prodigios durante el sitio, causó todavía los mayores estragos á los sitiadores, y los contuvo casi á las puertas de la plaza. Al otro día 26, el duque de York intimó la rendición al general Ferrand, declarando que espirado aquel día, no escucharía proposición alguna, y que la guarnición y los habitantes serían pasados á cuchillo. Con esta amenaza se aumentaron las reuniones de tal modo que llegaron á ser terribles, presentándose al Ayuntamiento un gran gentío, en que se hallaban muchos hombres armados con pistolas y puñales. Doce individuos tomaron la palabra en nombre de todos, é hicieron formalmente la proposición de rendir la plaza. Celebrábase consejo de guerra en medio del motín y ningún miembro podía salir de él, hasta que hubiesen resuelto la rendición; pues dos brechas, unos habitantes mal dispuestos, y un sitiador esforzado, no permitían ya mas larga resistencia. La plaza se rindió el 28 de julio; la guarnición salió con los honores de la guerra, tuvo que entregar las armas, pero pudo volverse á Francia con la única condición de no servir en un año contra los coligados. Eran otros siete mil soldados valientes que podían hacer grandes servicios contra los enemigos del interior. Valenciennoes habia sufrido cuarenta y un días de bombardeo, y habia recibido ochenta y cuatro mil balas de cañon, veinte mil granadas, y cuarenta y ocho mil bombas. El general y la guarnición, habian cumplido con su deber, y la artillería se habia cubierto de gloria.

En este momento, la guerra del federalismo se hallaba reducida á sus dos verdaderas calamidades

que fueron por una parte la insurrección de Lyon, y la de Marsella y Tolon por otra.

Lyon consentia en reconocer la Convencion pero rehusaba obedecer á dos decretos que eran el de enviar á Paris las causas empezadas contra los patriotas, y el que deponía las autoridades, y mandaba formar otro Ayuntamiento provisional. Los aristócratas ocultos en Lyon, atemorizaban á la ciudad con el restablecimiento del antiguo Ayuntamiento montañés, y por temor de inciertos peligros la arrastraban á los verdaderos de una revolución declarada. El 13 de julio condenaron á muerte los lyoneses á los dos patriotas Chalier y Riard, y desde este día se les declaró en estado de rebelion. Viendo los dos girondinos Casset y Biroteau aparecer el realismo, se retiraron. No obstante, habiendo reemplazado al presidente de la comisión popular que protegía á los emigrados, las determinaciones fueron desde entonces un poco menos hostiles. Reconocían la Constitución y ofrecían someterse; pero siempre con la condición de no ejecutar los dos decretos principales. En este intervalo, los caudillos fundian cañones, acopiaban municiones, y parecia que las dificultades no debían terminarse sino por la fuerza de las armas.

Mucho menos temible era Marsella, pues sus batallones arrollados mas allá del Duranco por Carreaux, no podían resistir mucho tiempo; pero habia comunicado á la ciudad de Tolon, hasta entonces tan republicana, su espíritu de rebelion. Este puerto, uno de los primeros del mundo, y del Mediterráneo, daba envidia á los ingleses que cruzaban en sus aguas. Varios emisarios de Inglaterra intrigaban sordamente en él, y preparaban una

traicion infame. Las secciones se habian reunido el 13 de julio, y procediendo como todas las del Mediodia, habian depuesto al Ayuntamiento, y cerrado el club jacobino. Transmitida la autoridad á manos de los federalistas, estaba á punto de pasar sucesivamente de fraccion en fraccion á los emigrados y á los ingleses; y el ejército de Niza en su estado de debilidad no podia evitar tamaña desgracia. Todo era de temer, y aquella gran tempestad, amontonada sobre el horizonte del Mediodia, se habia fijado en dos puntos, Lyon y Tolon.

En el espacio de dos meses se habia ido esplicando la situacion politica, y era mas grave y determinado el peligro que antes parecia menos general y aterrador. En el Oeste estaba la plaga devoradora de la Vendée; en Marsella, una sedicion obstinada; en Tolon una traicion oculta; en Lyon una resistencia abierta y un sitio; en el Rin y en el Norte, la pérdida de dos baluartes que por tanto tiempo habian contenido á la coalicion, é impedido que marchase el enemigo sobre la capital. No hay duda que en setiembre de 1792, cuando los prusianos se acercaban á Paris y habian tomado á Longwy y á Verdun; que en abril de 1793, despues de la retirada de Bélgica, de la derrota de Neerwinden, de la desercion de Dumouriez y de la primera sublevacion de la Vendée; y que en 31 de mayo de 1793, despues de la insurreccion general de los departamentos, de la invasion del Rosellon por los españoles, y de la pérdida del campo de Famars; no hay duda, decimos, que en otras épocas los peligros habian sido criticos, pero quiza no fueron tan verdaderos como en esta cuarta y última crisis de la revolucion. La Francia era menos

ignorante y menos nueva en la guerra que en setiembre de 1792. La atemorizaban menos las traiciones que en abril de 1793; no la apuraban tanto las insurrecciones como en 31 de mayo y 12 de junio; y si estaba mas aguerrida y mejor obedecida, se hallaba invadida á la vez por todos los puntos, al Norte, en el Rin, en los Alpes y en los Pirineos.

Con todo no conoceria bastante los males que afligian entonces á la república, el que se limitase á considerar los cinco ó seis campos de batalla en que corria la sangre humana; pues el interior del pais ofrecia un espectáculo verdaderamente deplorable. Los granos eran siempre caros y escasos, de tal manera que se veian en las puertas de los tahoneros pendencias continuas para alcazar un poco de pan; y vanamente se disputaba con los vendedores ó mercaderes para hacerlos recibir los asignados en cambio de los objetos de primera necesidad. El padecimiento habia llegado á su colmo: quejábase el pueblo de los logreros que ocultaban los géneros, de los agiotistas que los escarecian, y que por medio de su tráfico desacreditaban á los asignados. El gobierno tan disgustado como el pueblo, no tenia para subsistir mas que los asignados que se habian de dar en cantidad tres ó cuatro veces mas considerable para pagar los mismos servicios, no atreviéndose á emitir otros por temor de no desconceptuarlos mas; de modo que ya no se sabia como mantener al pueblo y al gobierno.

Con todo, la produccion general no habia disminuido; y aunque la noche del 4 de agosto no hubiese producido todavia sus grandes efectos, no carecia la Francia de trigo, ni de materias prima-

rias y elaboradas; pero su distribucion igual y tranquila se habia imposibilitado con los efectos del papel moneda. Como la revolucion al abolir la monarquia habia querido pagar todas sus deudas, y no por destruir la venalidad de los empleos se habia dispensado de reintegrar su valor á los que los habian comprado, contaba para todo esto y para defender el nuevo órden de cosas contra la Europa conjurada, con los bienes nacionales confiscados al clero y á la nobleza. Para poner en circulacion el valor de estos bienes, habia inventado los asignados que los representaban, y que por medio de compras debian volver al erario y quemarse despues; pero como se dudaba del triunfo de la revolucion y de la validez de las ventas, no se compraban los bienes; y los asignados subsistian en circulacion como una letra de cambio no aceptada, y se envilecian con la desconfianza y la escasa cantidad.

Solo el metálico permanecia siempre como la medida real de los valores, y nada perjudica tanto á una moneda de difícil circulacion, como la rivalidad de otra cierta y corriente. La una se guarda y no se dá, la otra se ofrece en abundancia y la desacreditan; y esta fué la suerte de los asignados respecto del metálico. La revolucion, condenada á valerse de medios violentos, ya no podia detenerse. Habia puesto en circulacion *forzada* el valor anticipado de los bienes nacionales, y debia tratar de sostenerla por medios forzosos. El 11 de abril, á pesar de los girondinos que luchaban generosa pero imprudentemente contra la fatalidad de aquella situacion revolucionaria, castigó la Convencion con seis años de presidio á cualquiera que vendie-

se metálico, esto es, que cambiase cierta cantidad en dinero, oro ó plata, por una cantidad nominal y mayor de asignados; é impuso igual castigo á cualquiera que pusiese precios diferentes á las mercancías, segun se hiciera el pago en metálico ó en asignados. Pero estos medios no impedian los inconvenientes, ni dejaban que se pronunciasen con mas rapidez. En junio, un franco de metal valia tres francos de asignados; y en agosto, dos meses despues, un franco de plata valia seis francos de asignados; la proporcion, que al pronto era de uno á tres, habia ascendido de uno á seis.

En semejante situacion, se negaban los mercaderes á dar sus géneros al mismo precio que en otro tiempo, porque la moneda que se les ofrecia, ya no tenia mas que la quinta ó sexta parte de su valor; de consiguiente los guardaban, rehusándolos á los compradores. No cabe duda en que esta disminucion de valor hubiera sido para los asignados un inconveniente absolutamente nulo, si todos, no recibéndolos sino por lo que realmente valian, los hubiesen tomado y expendido en los propios términos. En este caso, siempre hubieran podido hacer las funciones de signo en los cambios, sirviendo en la circulacion como cualquier otra moneda; pero los capitalistas que vivian de sus rentas, los acreedores del Estado que recibian ó una renta anual, ó el reembolso de un empleo, se veian obligados á aceptar el papel segun su valor nominal. Todos los deudores se daban prisa á pagar, y obligados los acreedores á tomar un valor ficticio, solo recibian la cuarta, quinta ó sexta parte de su capital; los jornaleros, en fin, que tenian que aceptar el trabajo que se les proporciona, no acertaban

á juntarse para aumentar los jornales en doble ó triple, segun los asignados disminuian en la misma proporcion, y no recibian mas que una parte de lo que les era necesario, para obtener en cambio los objetos de sus necesidades. El capitalista medio arruinado, estaba descontento y silencioso, pero furioso el pueblo llamaba logreros á los que no querian venderle al precio ordinario, y pedia que á los tales logreros se les enviase á la guillotina.

Tan incómoda situacion era un resultado forzoso de la creacion de los asignados, asi como los asignados mismos fueron creados por la necesidad de pagar las deudas antiguas, los antiguos empleos y una guerra ruinosa; y por las mismas causas el *maximum* debía bien pronto resultar de los asignados. Poco importaba, en efecto, que se hubiese puesto en circulacion esta moneda forzada, si el mercader, fijando precios mas altos, conseguia libertarse de la precision de recibirla; habia, pues, que poner á los géneros un precio forzado como el de la moneda. Luego que la ley dijo: el papel vale seis francos, debió decir tambien: tal mercancía no vale mas que seis francos; porque de otro modo el mercader se libraba del cambio; poniéndola á doce.

A pesar de las excelentes razones que habian dado los girondinos, tomadas de la economía ordinaria de las cosas, fué necesario establecer la tasacion de los granos. El mayor padecimiento para el pueblo es la falta de pan. Los granos no faltaban, pero los arrendadores que no querian esponerse al alboroto de los mercados, ni entregar el trigo á la tasa de los asignados, se ocultaban con sus géneros. El poco grano que se presentaba, lo

arrebataban atropelladamente los Ayuntamientos, y los individuos que querian proveerse para un caso de necesidad. La escasez se hacia sentir mas en Paris que en ninguna otra ciudad de Francia, porque era mas difícil abastecerla, mas concurridos sus mercados, y mas grande el temor de los arrendadores. En los dias 3 y 4 de mayo, no habia podido menos la Convencion de dar un decreto, en cuya virtud todos los arrendadores y traficantes en granos estaban obligados á declarar la cantidad de trigo que tenian, á hacer trillar el que todavia estaba en mies, á llevarlo á los mercados esclusivamente, y á venderlo á un precio razonable, fijado por cada Ayuntamiento, tomando por guia los precios anteriores del primero de enero al primero de mayo. Nadie podia comprar para subvenir á sus necesidades por mas tiempo que un mes, y los que habian vendido ó comprado á un precio superior á la tasacion, ó mentido en sus declaraciones, eran castigados con la confiscacion de sus bienes y con una multa de trescientos á mil francos. Para averiguar la verdad, se habian dispuesto visitas domiciliarias, y ademas debian enviarse al ministro del interior por todos los Ayuntamientos, el estado de todas las declaraciones, á fin de hacer una estadística general de los abastos de Francia. El Ayuntamiento de Paris, que siempre añadia bandos de policia á los decretos de la Convencion, habia arreglado tambien la distribucion del pan en las tahonas, y nadie podia presentarse en ellas sin cédulas de seguridad, que espendian las juntas revolucionarias, y en las que se hallaba marcada la cantidad de pan que se podia pedir, y que era proporcionada al número de personas de que se

componia la familia. Se habia llegado hasta el punto de establecer el modo en que se habian de poner en fila (*faire queue*) ó pedir la vez á las puertas de las panaderías; á cuyo efecto, se ataba una cuerda á la puerta, y cada uno la tenia cogida con la mano para no perder su puesto, y evitar la confusion. Pero muchas veces, algunas mugeres mal intencionadas cortaban la cuerda, originándose de ello tan espantoso alboroto, que era forzoso llamar á la fuerza armada para restablecer el orden. Ya se deja ver á cuantas desazones se halla condenado un gobierno, y cuantas medidas vejatorias tiene que emplear luego que se ve obligado á presenciárselo y á arreglarlo todo. Pero en la situacion que describimos, cada cosa estaba enlazada con otra. El establecimiento forzoso de los asignados habia obligado á forzar los cambios, los precios, y hasta la cantidad, la hora y el sistema de las compras; el último hecho resultaba del primero, y este habia sido inevitable como la misma revolucion.

Entretanto, la carestía de los abastos que habia producido el *maximum* ó la tasa, se extendia á todos los renglones de primera necesidad. Carnes, legumbres, frutas, especias, combustibles, bebidas, telas, cueros para calzados, todo habia aumentado á medida que los asignados habian disminuido, y el pueblo se obstinaba cada dia mas, en tener por logreros á todos los mercaderes que se negaban á recibir una moneda sin valor. Ya dijimos que en febrero habia rebado el pueblo las tiendas de los especieros por consejo de Marat, y en julio saqueó completamente unas barcas cargadas de jabon que por el Sena llegaban á Paris. Indignado el Ayunta-

miento habia espedido las órdenes mas severas y Pache imprimió este aviso tan sencillo como lacónico:

EL CORREGIDOR PACHE Á SUS CONCIUDADANOS.

«Paris contiene setecientos mil habitantes: el suelo de Paris nada produce para su alimento, sus vestidos y sus recreos; es, pues, preciso que lo reciba todo de los departamentos ó del extranjero.

«Cuando llegan comestibles y otros géneros á Paris, si los habitantes los roban, cesarán de traerlos.

«Por consiguiente, Paris no ya tendrá nada para el alimento, vestido y recreo de sus numerosos habitantes, y es muy probable que setecientos mil hombres desprovistos de todo, se devorarán entre sí.»

Desde entonces el pueblo dejó de entregarse al robo, pero continuaba pidiendo terribles medidas contra los mercaderes, y se vió al cura Santiago Roux amotinando á los franciscanos para que se insertase en la Constitucion un artículo relativo á los logreros. Desencadenábanse tambien demasiadamente contra los agiotistas, que segun se aseguraba, hacian subir el precio de los efectos, especulando en asignados, oro, plata, y papel extranjero. La fantasia popular se creaba monstruosidades, y por do quiera veia enemigos encarnizados, cuando no habia mas que codiciosos jugadores, que se aprovechaban del mal, pero que no lo causaban, ni ciertamente podian producirlo. El envilecimiento de los asignados provenia de una multitud de causas: de su escesiva cantidad, de la incertidumbre

de su validez, que debía desaparecer si sucumbia la revolucion, de su comparacion con el metálico que no perdía su realidad, y con los géneros, que conservando su valor, reusaban trocarse por una moneda que tenía el que representaba. En este estado de cosas no querían los capitalistas guardar sus fondos en forma de asignados, porque estos perdían diariamente, y por lo mismo cuidaban de procurarse dinero, pero seis años de mal estar, asustaban á vendedores y compradores de metálico. Entonces pensaron en comprar géneros; pero ofrecían un plazo transitorio; porque no podían guardarse largo tiempo, y un plazo peligroso porque el furor contra los logreros habia llegado á su colmo; originándose de esto, que todos procuraban poner sus caudales en países estrangeros. Cuantos poseían asignados se daban prisa á hacerse con letras de cambio sobre Londres, Amsterdam, Hamburgo, Génova y todas las plazas de Europa; dando para obtener estos valores estrangeros otros enormes nacionales, envileciendo y abandonando de este modo los asignados. Algunas de estas letras de cambio se efectuaron y cobraron fuera de Francia por los enemigos. Estas letras se pagaban con muebles magníficos, despojos del lujo anterior, que consistía en ebanistería, relojería, espejos, broncees dorados, porcelanas, cuadros, ediciones preciosas, que pronto se convertían en guineas ó en ducados, pero solo se realizaban en pequeña parte, deseadas por los capitalistas amedrentados, que no querían emigrar, sino dar una garantía sólida á su fortuna; y así es, que casi todas se quedaban en la plaza, pasándose las los mas medrosos unos á otros. De consiguiente, estas letras formaban un total parti-

cular de capitales, que era una garantía para el extranjero, y rivalizaba con nuestros asignados. No faltan motivos para creer que Pitt habia estimulado á los banqueros ingleses á firmar gran cantidad de este papel, y hasta que les habia abierto un crédito considerable para aumentar su mole, y contribuir de este modo al continuo descrédito de los asignados.

Dábanse tambien mucha prisa para lograr acciones de las compras de hacendistas, que al parecer estaban fuera de los tiros de la revolucion y de la contrarevolucion, y que ofrecían además intereses ventajosos. Las de la compañía de descuento gozaban de gran favor; pero las que se buscaban con mas codicia eran las de la compañía de las Indias, particularmente, porque en cierto modo tenían una hipoteca que no podia embargarse, consistiendo en buques y almacenes esparcidos por todo el globo. En vano se las habia sujetado á un considerable derecho de traspaso: los administradores se eludían de la ley, aboliendo las acciones, y reemplazándolas con una mera inscripcion en los registros de la compañía, que se hacia sin formalidad. De este modo defraudaban al Estado de una renta importante, puesto que cada día se efectuaban muchos millares de traspasos, é inutilizaban las precauciones tomadas para impedir el agiotaje. Vanamente tambien, para disminuir el atractivo de estas acciones, se habia recargado su producto con un derecho de cinco por ciento; pues los dividendos se distribuían á los asentistas, como reembolso de una parte del capital, y con esta estratagemá trampeaban tambien la ley los administradores. Así es, que estas acciones de seiscientos fran-

cos, llegaron á mil, y mil doscientos, y hasta dos mil francos; y eran otros tantos valores que se oponian á la moneda revolucionaria, y que servian para desacreditarla.

Todavía se oponian á los asignados no solamente todas estas clases de fondos, sino tambien cierta parte de la deuda pública, y aun otros asignados particulares. Habia en efecto un caudal de empréstitos hechos, bajo todas formas: los habia del tiempo de Luis XIII, y entre los abiertos por Luis XIV, los habia de diferentes creaciones. Preferianse generalmente los antecesores á la monarquía constitucional á los que se hicieron con motivo de las necesidades de la revolucion; y todos estos se contraponian á los asignados, hipotecados en los bienes del clero y de los emigrados. Finalmente, entre los mismos asignados se hacian algunas diferencias. De unos cinco mil millones emitidos desde la creacion, mil millones habian vuelto á entrar por las compras de bienes nacionales; unos cuatro mil millones con corta diferencia permanecian en circulacion, y de estos podian contarse quinientos millones creados en tiempo de Luis XVI con el busto real; los cuales, decian, en caso de contrarevolucion serian mejor tratados y admitidos á lo menos por parte de su valor; ganando de este modo el diez ó el quince por ciento mas que los otros. Los asignados republicanos, único recurso del gobierno, y moneda única del pueblo, estaban desacreditados completamente, y no podian sostener la competencia con el metálico, los géneros, los papeles estraños, las acciones de las compras de hacendistas, los diversos créditos contra el Estado, y aun contra los mismos asignados reales

El reintegro de los empleos, el pago de los grandes suministros hechos al Estado para las necesidades de la guerra, y la prontitud de muchos deudores en satisfacer sus deudas, habian amontonado grandes fondos en algunas manos. La guerra y la zozobra de una revolucion terrible habian interrumpido muchas operaciones comerciales, causado grandes liquidaciones, y aumentando tambien la suma de los capitales estancados, que buscaban fianzas. Estos capitales, acumulados de este modo se entregaban á un agiotaje completo en la bolsa de Paris, cambiándose sucesivamente en oro, plata, géneros, letras de cambio, acciones de compañía, antiguos contratos contra el Estado, etc. Allí como de costumbre, intervenian esos jugadores aventureros, que se esponen á toda especie de azar, especulan sobre los accidentes del comercio, sobre el abastecimiento de los ejércitos, y sobre la buena fé de los gobiernos, etc. Puestos en observacion en la bolsa, se aprovechaban de todas las subidas en la baja constante de los asignados. Esta baja principiaba en la bolsa primeramente contra la accion al metálico y á todos los valores movibles, y luego se verificaba respecto de las mercancías que se encarecian en los almacenes y mercados. Sin embargo, los géneros no subian tan rápidamente como el metálico, porque los mercados están lejos de la bolsa, y porque ademas no pueden los mercaderes mancomunarse tan rápidamente como los agiotistas reunidos en una sala. La diferencia determinada en la bolsa no se establecia fuera de ella sino despues de un tiempo mas ó menos largo; el asignado de cinco francos, que ya no valia mas que dos en la bolsa, valia aun tres en

los mercados, y los agiotistas lograban de este modo el intervalo necesario para especular. Teniendo sus capitales prontos, tomaban metálico antes de la alza; luego que subia con respecto á los asignados, lo cambiaban con estos, de los que tenían mayor cantidad; y como el género no habia tenido tiempo de volver á subir, con esta mayor cantidad de asignados se procuraban mayor cantidad de géneros, y los revendian cuando volvía á establecerse la proporcion. Su táctica consistia en embargar el metálico y el género, interin que uno y otro subian respecto del asignado; y su lucro no era otro que el del aumento de todas las cantidades respecto del asignado; siendo muy natural que se hiciesen odiosos por un beneficio fundado siempre sobre una pública calamidad. Su juego se estendia á la variacion de todas las especies de valores como el papel extranjero, las acciones de las compañías etc., aprovechándose de todos los accidentes que podian causar diferencias, como una derrota, una mocion, ó una noticia falsa. Formaban una clase bastante considerable, puese contaban banqueros extranjeros, hacendistas, usureros, antiguos clérigos ó nobles, revolucionarios enriquecidos, y algunos diputados que, en honor de la Convencion, no eran mas que cinco ó seis, y que tenían la pérfida ventaja de contribuir á la variacion de fondos con propuestas hechas de intento. Vivian entre los placeres, con cómicas, ex-monjas, ó condesas, que del papel de queridas pasaban algunas veces á desempeñar el de agentas de negocios. Los dos principales diputados metidos en estas intrigas eran Julián de Tolosa, y Delaunay de Angers, que vivian, el prime-

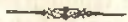
ro con la condesa de Beaufor, y el segundo con la cómica Descoings. Se asegura tambien que Chabot, disoluto como buen ex-capuchino, dedicado algunas veces á cuestiones de hacienda, se entregaba al agiotaje con los dos hermanos llamados Frey, arrojados de Moravia por sus opiniones revolucionarias, y que habian venido á Paris para hacer el comercio de banquero. Fabre d' Eglantine especulaba tambien con ellos; y aun hubo quien acusaba á Danton, de que tomaba parte, pero sin presentar ninguna prueba.

La intriga mas vergonzosa fué la que ligó á haron de Batz, banquero y hacendista afamado, con Julián de Tolosa y Delaunay de Angers, los diputados mas decididos á hacer fortuna. Habian formado el proyecto de dilatar las malversaciones de la compañía de las Indias, hacer bajar sus acciones, comprarlas al instante, y hacerlas subir despues por medio de propuestas mas suaves, realizando de este modo las ganancias de la subida. D' Espagnac, aquel abate sutil, que fué proveedor de Dumouriez en Bélgica, que logró despues la empresa general de acarreos, y cuyas contratas defendia Julián en la Convencion, habia de facilitar por agradecimiento los fondos del agiotaje. Julián se proponia incluir tambien en la intriga á Fabre, á Chabot y á otros, que podian ser muy útiles como miembros que eran de diversas juntas.

La mayor parte de estos hombres estaban enlazados fuertemente con la revolucion, y no querian desacreditarla, pero á todo trance descaban afianzarse goces y fortaleza. No se conocian todas sus secretas tramas; pero como especulaban sobre el descrédito de los asignados, se les achacaba el mal

de que se aprovechaban; y como tenian consigo á muchos banqueros extranjeros, se les creia agentes de Pitt y de la coalicion, é instrumentos del misterioso influjo tan temido, del ministerio inglés. En una palabra, estaban indignados contra los agiotistas y logreros, y se pedian contra unos y otros los mismos suplicios.

Así es, que mientras el Norte, el Rin, el Mediodía y la Vendée estaban invadidos por nuestros enemigos, nuestros recursos de hacienda consistian en una moneda no aceptada, cuyo resguardo era incierto como la misma revolucion, y que á cada acontecimiento disminuia de valor con proporcion al peligro. Tal era aquella situacion singular: á medida que el riesgo aumentaba, y que los medios hubieran debido ser mayores, disminuian por el contrario; los recursos se alejaban del gobierno y los víveres del pueblo; de modo que era forzoso al mismo tiempo crear soldados, armas, moneda para el Estado y para el pueblo, y ademas de esto, asegurarse la victoria.



CAPITULO III.

Llegada y recibimiento que tuvieron en Paris los comisionados de las Asambleas primarias.—Retirada del ejército del Norte y del Campamento de César.—Fiestas del aniversario de 10 de agosto, é inauguracion de la constitucion de 1793.—Medidas extraordinarias de salvacion pública.—Decreto por el que se manda el alistamiento en masa.—Medios empleados para asegurar su ejecucion.—Institucion del Gran Libro; nueva organizacion de la deuda pública.—Empréstito forzoso.—Detalles sobre las operaciones de hacienda en aquella época.—Nuevos decretos sobre el *maximum*.—Decretos contra la Vendée, los extranjeros y los Borbones.

Acababan de llegar á Paris los comisionados que enviaban las Asambleas primarias para celebrar el aniversario del 10 de agosto, y aceptar la constitucion en nombre de toda la Francia, y aprovechándose de esta ocasion, se quiso escitar un movimiento de entusiasmo, reconciliar las provincias con la capital, y provocar resoluciones heroicas. Preparóseles un brillante recibimiento, llamando á muchos mercaderes de los alrededores, y reuniendo considerables abastos, á fin de que la escasez no viniese á perturbar estas fiestas, y los comisionados gozasen al mismo tiempo del espectáculo de la paz, de la abundancia y del orden; y llegaron á tal punto los miramientos, que hasta se mandó á todas las administraciones de carruages

públicos se les cediesen asientos, aunque ya los hubiesen pedido otros viajeros. La administracion del Departamento, que con la del Ayuntamiento, rivalizaba en austeridad de lenguaje y proclamas, dirigió un mensaje á sus *hermanos* de las Asambleas primarias diciéndoles: «Hombres encubiertos con la máscara del patriotismo os hablarán aquí con entusiasmo de libertad, de igualdad, de república una é indivisible, mientras que en el fondo de su corazón, no aspiran ni se afanan sino por el establecimiento de la dignidad real, y por la destrucción de su patria. Estos son los ricos: y los ricos en todo tiempo han odiado á las virtudes y estragado las costumbres. Aquí encontraréis también mugeres perversas, demasiado seductoras por sus atractivos, que se entenderán con ellos para arrastraros al vicio.... Temed, temed sobre todo á eso que fué palacio real, pues que en su jardín hallaréis á esas pérfidas sirenas. Ese famoso jardín, cuna de la revolución, asilo no ha mucho de los amigos de la libertad y de la igualdad, ya no es en el día, á pesar de nuestra activa vigilancia, sino la sentina de la sociedad, la guarida de los malvados y el antro de todos los conspiradores. Huid de ese lugar emponzoñado; anteponed al peligroso espectáculo del lujo y de la crápula, los cuadros útiles de la virtud laboriosa; visitad los arrabales, entrad en los talleres, en donde hombres activos, sencillos y virtuosos como vosotros, prontos también como vosotros á defender la patria, os esperan largo tiempo para estrechar los lazos de la fraternidad. Acercáos sobre todo á nuestras sociedades populares. Unámonos, reanimémonos para los nuevos peligros de

«la patria; y juremos por última vez, muerte y destrucción á todos los tiranos!»

El primer cuidado fué llevarlos á los jacobinos que los recibieron con el mayor agasajo, y les ofrecieron su salón para reunirse. Los comisionados aceptaron este ofrecimiento, y se convino que se liberarian en el seno mismo de la sociedad, y se confundirian con ella durante su permanencia. De este modo habia en París cuatrocientos jacobinos mas. La sociedad, que tenia entonces sesion cada dos dias, quiso reunirse diariamente para deliberar con los comisionados de los departamentos sobre las medidas de salvacion pública. Decíase que entre estos comisionados, algunos se inclinaban á la indulgencia, y traian el encargo de pedir una amnistia general el día de la aceptación de la Constitución. En efecto, algunas personas habian ideado este medio para salvar á los girondinos presos, y á los demas arrestados por causas políticas. Pero los jacobinos no querian composicion alguna, y estaban por la energia y la venganza, de tal manera que *Hassemfratz*, dijo se habia calumniado á los comisionados de las Asambleas primarias, esparciendo la noticia de que deseaban proponer una amnistia: lo cual no eran capaces de hacer; y que por el contrario, para pedir las medidas urgentes de salvacion pública y el castigo de todos los traidores, se unirían á los jacobinos. Los comisionados se dieron por advertidos; y si algunos, por cierto en corto número, pensaban en una amnistia, ninguno se atrevió á hacer la proposicion.

El 7 de agosto por la mañana se les condujo al Ayuntamiento, y de este al palacio episcopal, donde se hallaba el club de los electores, y donde se

habia preparado el 31 de mayo. Allí debia verificarse la reconciliacion de los departamentos con Paris, puesto que de allí habia salido el ataque contra la representacion nacional. El corregidor Pache, el procurador Chaumette, y todo el Ayuntamiento á su cabeza, introdujeron á los comisionados en el palacio episcopal. Dirijiéronse arengas por una y otra parte; los parisienses declararon que nunca habian querido desconocer ni usurpar los derechos de los departamentos; y los comisionados reconocieron á su vez que era una calumnia lo que se habia dicho de Paris; entonces se abrazan unos á otros, y se entregan al mas vivo entusiasmo. De repente les ocurre la idea de ir á la Convencion para darle parte de aquella reconciliacion, como lo verifican, y son introducidos al momento. Interrúmpese la discusion; uno de los comisionados toma la palabra y dice: «Ciudadanos representantes, venimos á participaros la escena afectuosa que acaba de ocurrir en los salones de los electores, á donde hemos ido á dar el ósculo de paz á nuestros hermanos de Paris. Muy pronto, así lo esperamos, las cabezas de los calumniadores de esta ciudad republicana caerán bajo el acero de la ley. Todos somos montañeses. ¡Viva la Montaña!» Otro pide que los representantes den á los comisionados el beso fraternal; y al instante los miembros de la Asamblea dejan sus asientos, y se arrojan á los brazos de los comisionados de los departamentos. Despues de algunos instantes de esta escena de enternecimiento y entusiasmo, desfilan los comisionados por el salón gritando: ¡Viva la Montaña! ¡Viva la república! y entonando una cancion que decia:

La Montaña nos salvó
Despidiendo á Gensonné,
La Montaña nos salvó
Despidiendo á Gensonné.

¡Váyanse al diablo Buzot,
Los Vergniaud y los Brissot!
Bailemos la cara mañola, etc.

Desde allí se dirijen á los jacobinos, donde redactan en nombre de todos los enviados de las Asambleas primarias, un mensaje para declarar á los departamentos que se ha calumniado á Paris. «Hermanos y amigos, escriben, calmad vuestras inquietudes; un solo movimiento nos anima aquí, todas nuestras almas se hallan unidas, y la libertad triunfante ya no tiene en torno de sí, sino jacobinos, amigos y hermanos. El Pantano ya no existe; aquí no formamos mas que una enorme y terrible Montaña, que va á lanzar sus fuegos sobre todos los realistas y partidarios de la tiranía. «Perezcan los libelistas infames que han calumniado á Paris!... Aquí velamos todos dia y noche, y trabajamos de concierto con nuestros hermanos de la capital en la salvacion comun: no entraremos en nuestros hogares sino para anunciaros que la Francia es libre, y que la patria está salvada.» Esta carta, leida y aplaudida con entusiasmo; se envia á la Convencion para que se inserte al instante en el boletin de la sesion. El entusiasmo es general; un tropel de oradores se arrojan á la tribuna del club, y las cabezas principian á estraviarse. Robespierre al ver aquel estruendo pide al momento la palabra, y todos se la

ceden sin vacilar. Jacobinos, comision, todos aplauden al célebre orador, que muchos aun no habian visto ni oido.

Felicita á los departamentos que acaban de salvar á la Francia y dice: « Ya la salvaron una vez en 1789 armándose espontáneamente: otra vinieron á Paris para ejecutar el 10 de agosto; y ahora reuniéndose en la capital para dar el espectáculo de la union y reconciliación general, la han salvado la tercera. En este momento, acontecimientos siniestros han afligido á la república, poniendo en peligro su existencia; pero nada deben temer los republicanos, y si desconfiar de una emoción que pudiera arrastrarles á cometer desórdenes. Quisieran producir en el momento una escasez artificial, y abortar un motin; quisieran llevar el pueblo al arsenal, para dispersar las municiones o pegarlas fuego, como acaba de suceder en muchas ciudades; y por último no se renuncia al intento de dar un asalto á las cárceles, para calumniar á Paris, y romper la union que acaba de jurarse. Desconfiad de tales arterias, añade, permaneced tranquilos pero firmes; contemplad sin temor las desgracias de la patria, y trabajemos todos por salvarla.»

Calmanse al escuchar estas palabras, y se separan despues de haber saludado al sábio orador con repetidos aplausos.

Ningun desorden alteró á Paris en los dias siguientes: pero nada se omitió para conmover las imaginaciones, disponiéndolas á un generoso entusiasmo. No se ocultaba ningun peligro, ni se dejaban de poner en conocimiento del pueblo todas las noticias siniestras; publicábanse sucesivamente

te las derrotas de la Vendée, las novedades siempre alarmantes de Tolon, el movimiento retrogrado del ejército del Rio, que se replegaba ante los vencedores de Maguncia; y últimamente el peligro estremado del ejército del Norte, que estaba retirado en el campamento de César, y que los imperiales, los ingleses, los holandeses dueños de Conde y de Valenciennes, y con fuerzas duplicadas, podian engorrear con golpe de mano. Entró el campamento de César y Paris, habia cuando mas unas cuarenta leguas, y ni un regimiento siquiera, ni un obstáculo que pudiese detener al enemigo. Perdida el ejército del Norte, todo estaba perdido, y se recibian con ansiedad los mas pequeños rumores que llegaban de esta frontera.

Mucho fundados eran los temores, pues en aquel momento el campamento de César se hallaba en el mayor peligro. En la tarde del 7 de agosto se habian presentado delante de él los coligados, y por todas partes le amenazaban. Entre Cambray y Bouchain, se estiende una línea de alturas, á cuyo pie corre el Escalda, y esto es lo que se llama el campamento de César, apoyado en dos plazas y un rio. El 7 por la tarde el duque de York, encargado de envolver á los franceses, desemboca á la vista de Cambray que formaba la izquierda del campamento, intima la rendición á la plaza, y su comandante responde cerrando las puertas, é incendiando los arrabales. La misma tarde, Coburgo, con una masa de cuarenta mil hombres, llega en dos columnas á orillas del Escalda y vibaquera á la presencia de nuestro campo. Un calor sofocante paraliza las fuerzas de hombres y caballos, y muchos soldados espiran bajo los rayos abrasa-

dores del sol. Kilmaine, nombrado para reemplazar á Custine, y que no habia querido aceptar el mando sino interinamente, no cree poder mantenerse en tan peligrosa posicion. Amenazado por su derecha de ser envuelto por el duque de York, y con solos treinta y cinco mil hombres desalentados que poder oponer á los setenta mil victoriosos, cree mas prudente intentar la retirada y ganar tiempo buscando otra posicion. La linea del Scarpa, colocada detras de la del Escalda, le parece bastante á propósito, pues entre Arras y Douay las alturas que costean el Scarpa, forman un campamento semejante al de César, y como este, está apoyado en dos plazas y un rio, y así Kilmaine dispone su retirada para el siguiente dia 8 por la mañana.

Su cuerpo de ejército tenia que atravesar á Censé, pequeño riachuelo que pasa por detrás del terreno que ocupaba, y él en persona con una fuerte retaguardia marchar hacia la derecha, por donde el duque de York se disponia á desembocar. Efecto, al amanecer del dia siguiente, la artilleria de grueso calibre, los bagages y la infanteria se pusieron en movimiento; atravesaron el Censé, é inutilizaron todos los pasos; una hora despues, Kilmaine, con algunas baterias de artilleria ligera, y una gruesa division de caballeria, se dirigió hacia la derecha para proteger la retirada contra los ingleses. No podia llegar mas á propósito, pues dos batallones que habian equivocado el camino, se hallaban comprometidos en la pequeña aldea de Marquion, haciendo tenaz resistencia; y á pesar de sus esfuerzos iban á ser envueltos. Kilmaine, llegando al momento, coloca

su artilleria ligera sobre el flanco de los enemigos, arroja sobre ellos su caballeria, y los obliga á cejar. Incorporanse entonces los batallones con el resto del ejército, al mismo tiempo que los ingleses é imperiales, desembocando por la derecha y al frente del campo de César, lo hallan enteramente evacuado. Por último, á la caída de la tarde se hallan reunidos los franceses en el campo de Gavarelle, apoyados sobre Arras y Douay, y con el Scarpa por delante.

Así quedó abandonado el campo de César como lo habia sido el de Famars, como lo fueron Cambray y Bouchain y como lo habian sido antes Valenciennes y Condé. La linea del Scarpa, situada detras de la del Escalda, no está, como es sabido, entre Paris y el Escalda, sino entre el Escalda y la mar; y de consiguiente Kilmaine, en vez de marchar hacia atras, acaba de hacer un movimiento de flanco, por donde se halla descubierta parte de la frontera. Los coligados pueden ocupar todo el departamento del Norte; con una jornada mas que hagan, pueden ir á atacar el campo de Gavarelle, cogiendo en él al enemigo que se les ha escapado, ó bien marchar á Paris, ó realizar el antiguo proyecto sobre Dunkerque. En el interin envian partidas hasta Perona y San Quintin; Paris se alarma, y corre la voz de que se ha perdido el campamento de César, cual sucedió á Famars, y que se entrega á Cambray como se entregó á Valenciennes. Por todas partes se desatan contra Kilmaine, olvidando el importantísimo servicio que acaba de hacer con su hermosa retirada.

Entre estos rumores siniestros se preparó la fiesta solemne de 10 de agosto destinada á electri-

zar los ánimos. Preséntase el día 9 á la Convencion el informe sobre la lista de los votos, resultando que los cuarenta y cuatro mil Ayuntamientos han aceptado la constitucion, sin que faltasen mas votos que los de Marsella, Córcega y la Vendée. Un solo Ayuntamiento, el de Saint-Tonnaut, departamento de las Costas-del-Norte, se ha atrevido á pedir el restablecimiento de los Borbones en el trono. El día 10 principia la fiesta al amanecer, dirigida por el célebre pintor David. A las cuatro de la mañana se reúne la comitiva en la plaza de la Bastilla: la Convencion, los enviados de las Asambleas primarias, entre los cuales se han escogido los ochenta y seis de mas edad para representar á los ochenta y seis departamentos, las sociedades populares, y todas las secciones armadas, se colocan al rededor de una gran fuente, llamada de la *Regeneracion* y formada de una grande estatua de la naturaleza, que de sus pechos vierte el agua en un ancho pilon. Luego que el sol ha dorado la cúpula de los grandes edificios, se le saluda cantando varias estrofas con la música de la *Marsellesa*. El presidente de la Convencion toma una copa, vierte en el suelo el agua de la regeneracion, bebe luego, y pasa la copa á los decanos de los departamentos que van bebiendo cada uno. Despues de esta ceremonia, dirijese la comitiva á los baluartes, precedida de las sociedades populares, con una bandera en que está pintado el ojo de la vigilancia; en seguida viene toda la Convencion, llevando cada uno de sus individuos un ramillete de espigas de trigo, y ocho de ellos, colocados en el centro, llevan encima de un arca el acta constitucional y los derechos del hombre. Al rededor de

la Convencion, forman los decanos de los departamentos una cadena, marchando enlazados por un cordon tricolor, y llevando en la mano un ramo de oliva, signo de la reconciliacion de las provincias con Paris, y una pica destinada á formar parte del baz nacional, compuesto de los ochenta y seis departamentos. Detras de esta parte de la comitiva, vienen grupos de pueblo con las herramientas de varios oficios. En medio de ellos se adelanta un arado que lleva á un anciano con su esposa octojenaria, arrastrado por sus hijos, y despues de este arado, sigue un carro de guerra, sobre el cual descansa la urna cineraria de los soldados muertos por la patria. Ultimamente, cierran la marcha varios carretones cargados de cetros, coronas, escudos de armas, y tapices bordados de flores de lis. La comitiva recorre los baluartes, y se encamina hácia la plaza de la Revolucion. Al pasar por el baluarte Poissonniere, el presidente de la Convencion dá un ramo de laurel á las heroínas de los días 3 y 6 de octubre, que están sentadas sobre sus cañones. En la plaza de la Revolucion se detiene de nuevo, y prende fuego á todas las insignias de la dignidad real y de la nobleza, que conducian los carros entonces. En seguida desgarran un velo tendido sobre una estatua, que presentándose á la vista de todos, muestra los atributos de la libertad. Las salvas de artilleria señalan el instante de su inauguracion; y en el mismo punto suéltanse millares de pájaros con ligeras banderolas, y parece que al remontarse por los aires proclaman que es libre la tierra. Dirijense en seguida al Campo de Marte por la plaza de los Invalidos, y desfilan delante de una figura colosal que representa al pueblo francés,

ahogando el federalismo en el fondo de un pantano. Llegan en fin al Campo de la Confederacion, y allí se divide la comitiva en dos columnas que se colocan al rededor del altar de la patria, en cuya eminencia se sientan el presidente de la Convencion y los ochenta y seis decanos, ocupando las gradas los miembros de la Convencion y el conjunto de los enviados de las Asambleas primarias. Cada grupo de pueblo se acerca á deponer alternativamente al rededor del altar los productos de su oficio, telas, frutos, y objetos de toda especie. El presidente de la Convencion recoge en seguida las actas en que han apuntado sus votos las Asambleas primarias, las coloca en el altar de la patria, y en el mismo instante resuena una descarga general de artillería, cuyo estampido acompaña un pueblo inmenso con sus tumultuosas aclamaciones jurando con el mismo entusiasmo que en 14 de julio de 1790 y 1792, defender la constitucion: juro no juramento, á la verdad, si se considera la letra de la constitucion, pero muy heroico y bien conservado si se atiende al territorio y á la revolucion misma! En efecto, las constituciones pasaron, como el humo, pero el pais y la revolucion se defendieron con una constancia heroica.

Concluida esta ceremonia, los ochenta y seis decanos entregan sus picas al presidente; esto forma de ellas un haz, y lo confía con el acta constitucional, á los diputados de las Asambleas primarias, recomendándoles que reúnan sus fuerzas en torno del arca de la nueva alianza. Sepáranse en seguida, parte de la comitiva acompaña la urna cineraria de los franciscanos muertos por la patria á un templo destinado á recibirla; los demas van á

deponer el arca de la constitucion en un lugar, donde ha de permanecer en depósito hasta el siguiente dia, que ha de conducirse al salon de la Convencion. Una gran representacion, figurando el asedio y bombardeo de Lila, y la heroica resistencia de sus habitantes ocupa el resto del dia, con el objeto de preparar al pueblo á las escenas guerreras.

A esto se redujo la tercera confederacion de la Francia republicana, en donde no se veian como en 1790, todas las clases de un gran pueblo, ricos y pobres, nobles y plebeyos, confundidos un instante en el mismo entusiasmo, cansados de aborrecerse y perdonándose por algunas horas sus diferencias de rango, y opinion; se veia, si, á un pueblo inmenso que ya no hablaba de perdon, sino de peligros, de sacrificios de resoluciones desesperadas, y gozando con embriaguez de aquellas pompas gigantescas, esperando correr al dia siguiente á los campos de batalla. Una circunstancia realzaba el carácter de esta escena, y encubria lo que espíritus dañosos ó enemistados pudieran encontrar en ella de ridiculo, cual es el peligro y la arrogancia con que se arrostraba. En el primer 44 de julio de 1790, la revolucion aun era inocente y benéfica; pero podia no ser formal, y terminar como una farsa ridicula por medio de las bayonetas estrangeras; en agosto de 1793, era trágica ya, pero grande, señalada con victorias y derrotas, y grave cual correspondia á una resolucion irrevocable y heroica.

Llegado era ya el momento de tomar grandes medidas. Por todas partes fermentaban las ideas mas extraordinarias: proponíase escluir á todos los

ables de los empleos, decretar la prision general de los sospechosos, contra los cuales aun no existia ninguna ley bastante espresa, hacer levantar la poblacion en masa, apoderarse de todos los abastos, transportándolos á los almacenes de la república, para que ella misma los distribuyese á cada individuo; y últimamente, se buscaba, sin acertarse con él, un medio que facilitase al momento suficientes fondos. Exigiase sobre todo que la Convencion continuase en sus funciones sin ceder sus poderes á la nueva legislatura, que debia sucederla, y que se cubriese con un velo la constitucion como la estatua de la ley, hasta la derrota general de los enemigos de la república.

Todas estas ideas se fueron proponiendo sucesivamente en los jacobinos. No tratando ya Robespierre de moderar el arranque de la opinion, sino al contrario, de enardecerla, insistió particularmente en la necesidad de mantener la Convencion nacional en sus funciones, dando en esto un sabio consejo. Disolver en aquel momento una Asamblea que se habia apoderado del gobierno entero, en cuyo recinto habian terminado todas las dificultades, y reemplazarla por una Asamblea nueva, inesperta, y que se veia entregada otra vez á las facciones, era un proyecto desastroso. Los diputados de las provincias, rodeando á Robespierre, exclamaron, que habian jurado permanecer reunidos hasta que la Convencion hubiese tomado medidas de salvacion pública; y declararon que la obligarian á continuar en sus funciones. En seguida habló Audoin, yerno de Pache, y propuso se pidiese el levantamiento en masa, y la prision de todos los sospechosos. Al punto los comisionados

de las Asambleas primarias redactan una peticion, y al siguiente dia 12 van á presentarla á la Convencion, pidiendo que esta se encargue de salvar á la patria, que no se conceda amnistia alguna, que se prendan á los sospechosos, enviándolos al frente del enemigo, y que todo el pueblo levantado en masa, marche tras ellos. Adóptanse parte de estas proposiciones, decretando como principio la prision contra los sospechosos; pero el proyecto de un levantamiento en masa, que parecia hartoviolento, se envia á la junta de salvacion pública para que lo examine. Poco satisfechos los jacobinos, insisten todavia y continúan repitiendo en su club, que lo que se necesita no es un movimiento parcial, sino universal y completo.

Algunos dias despues, presenta la junta su informe, y propone un decreto demasiado vago con proclamas bastante frias.

«La junta, esclama Danton, no lo ha dicho todo: no ha dicho que si la Francia es vencida y despedazada, los ricos serán las primeras victimas de la rapacidad de los tiranos; no ha dicho que los patriotas vencidos destrozarán é incendiarán esta república, mas bien que verla pasar á manos de sus insolentes vencedores! Ved aquí lo que es necesario que entiendan esos ricos egoistas.» «¿Qué esperais, añade Danton, vosotros, los quenada que creis hacer para la salvacion de la república? ¿Veis ya cual ha de ser vuestra suerte si sucumbe la libertad? Una regencia dirigida por un imbécil, un rey niño, cuya minoridad seria dilatada; en fin, la desmembracion de nuestras provincias y un espantoso destrozo! Si, los ricos os avasallarian, os estrecharian mil y mil veces, obligándoos á

«sacrificios mayores que los que tengais que hacer para salvár á vuestro pais y terminar la libertad!... La Convencion, añade Danton, tiene en su mano los rayos populares; use de ellos, y arrójelos á la cabeza de todos los tiranos. La Convencion tiene á los comisionados de las Asambleas primarias, á sus propios individuos; envíe á unos y otros á ejecutar el armamento general.»

De nuevo vuelven á la junta los proyectos de ley, y al dia siguiente envian otra vez los jacobinos á la Convencion los comisionados de las Asambleas primarias, quienes se acercan á pedir otra vez, no un alistamiento parcial, sino un levantamiento en masa, porque dicen que las medidas á medias son mortales, porque es mas fácil entusiasmar á la nacion entera que á una parte de sus ciudadanos! «Si pedis, añaden, cien mil soldados, no se hallarán; pero millones de hombres responderán á un llamamiento general. Que no haya ninguna dispensa para todo ciudadano que esté en aptitud de tomar las armas, cualesquiera que sean las funciones que ejerza; que solo la agricultura conserve los brazos indispensables á fin de sacar de la tierra las producciones para la vida: que se detenga momentáneamente el curso del comercio, que cese todo negocio, y que el grande, el único y el asunto general de los franceses sea la salvacion de la república.»

La Convencion no puede resistir ya á una intimidacion tan terminante. Participando ella misma del entusiasmo de los peticionarios, manda á su comision que se retire para redactar al instante el proyecto del alzamiento general. Vuelve la comision algunos minutos despues, y presenta el si-

guiente proyecto, que se adopta en medio de una aclamacion universal:

Artículo 1.º El pueblo francés declara por el órgano de sus representantes, que va á levantarse todo entero en defensa de su libertad, de su constitucion, y para librar, en fin, su territorio de manos de sus enemigos.

2.º La junta de salvacion pública presentará mañana el modo de organizar este gran movimiento nacional.

Por otros artículos se habian nombrado diez y ocho representantes, con el encargo de estenderse por toda la Francia, dirijiendo á los enviados de las Asambleas primarias en sus requisiciones de hombres, caballos, municiones y comestibles. Dado una vez este grande impulso, todo lo demas se facilitaba. Una vez declarado que la Francia entera, hombres y objetos, pertenecian al gobierno, podia este reputar cuanto creyese útil e indispensable, segun el peligro, sus luces y su creciente energía. No hay duda que convenia levantar la poblacion en masa, interrumpiendo la produccion y hasta el trabajo necesario para la subsistencia; pero convenia que el gobierno pudiese exigirlo todo, salvo no disponer sino de lo suficiente para las necesidades del momento.

El mes de agosto fué la época de los grandes decretos que pusieron en movimiento á toda la Francia, y á todos sus recursos en actividad, terminando en ventaja de la revolucion su postrera y mas terrible crisis.

Habia á un mismo tiempo que poner la poblacion en pié, proveerla de armas, y con una nueva providencia de hacienda subvenir á los inmensos

gastos de tamaños movimientos; era preciso poner en relacion el papel moneda con el precio de los comestibles, y de los otros géneros; distribuir los ejércitos y generales del modo mas conveniente a cada teatro de guerra, y aplacar en fin, la cólera revolucionaria con grandes y terribles ejecuciones. Vamos á ver lo que hizo el gobierno para acudir á un tiempo á necesidades tan urgentes y á pasiones tan exageradas, con las cuales debia avenirse, como inseparables de la energia que salva á un pueblo en peligro.

Exigir de cada localidad un contingente determinado de hombres, no convenia á las circunstancias, pues hubiera sido dudar del entusiasmo de los franceses en este momento, y era necesario suponerlo para inspirarlo. Este modo germánico de imponer á cada provincia una contribucion de hombres como de dinero, estaba por otra parte en contradiccion con el principio del levantamiento en masa. Tampoco convenia un sorteo general, porque no llamándose á todos, cada uno pensaria entonces en exceptuarse, y se quejaria de la suerte que le hubiera obligado á servir. Es cierto que el levantamiento en globo esponia á la Francia á un desórden en general, y promovia las burlas de los moderados y contrarrevolucionarios. La junta de salvacion pública ideó el medio mas conveniente á la circunstancia, cual fué el de poner á toda la poblacion en estado de dividirla por generaciones, y disponer de ellas por edades, segun y como lo reclamasen las necesidades. «Desde este momento», decia el decreto *, hasta que se hayan arrojado á

* 23 de agosto.

«los enemigos del territorio de la república, todos los franceses se hallarán en requisicion permanente para el servicio de las armas. Los jóvenes irán al combate; los hombres casados forjarán las armas, y acarrearán los viveres; las mugeres harán lienzos, vestidos, y servirán en los depositos; los niños harán hilas; los ancianos se harán trasportar á las plazas públicas para escitar el entusiasmo y el valor de los guerreros, y predicar el odio á los reyes y el amor á la república.»

Todos los jóvenes solteros ó viudos sin hijos desde la edad de diez y ocho años hasta la de veinte y cinco, estaban comprendidos en el primer alistamiento, llamado la *primera requisicion*. Debian reunirse al momento, no en las capitales de departamentos, sino en las cabezas de distrito; porque, desde el federalismo, se temian mucho aquellas grandes reuniones por departamentos, que les infundian el conocimiento de sus fuerzas, y la idea de la rebelion. Además, habia otro motivo para obrar así, cual era la dificultad de abastecer crecidas masas. Los batallones reunidos en las cabezas de distrito, debian principiar al instante el ejercicio, y estar dispuestos á partir á la primera orden. Advertiase tambien á la generacion de veinte y cinco años á treinta, que estuviere preparada, y entretanto estaba encargada del servicio del interior. Ultimamente, todos los demas desde treinta hasta sesenta estaban disponibles, segun la voluntad de los representantes, enviados para verificar este alistamiento sucesivo; y á pesar de estas disposiciones, el levantamiento en masa ó instantaneo de toda la poblacion, estaba mandado de derecho en ciertos puntos mas amenaza-

dos, como la Vendée, Lyon, Tolon, el Rin, &c.

Los medios empleados para armar estos levantamientos, alejarlos y mantenerlos, eran análogos á las circunstancias. Todos los caballos y bestias de carga, sin los cuales podian pasar la agricultura y las fábricas, eran requeridos y puestos á la disposicion de los ordenadores de los ejércitos. Las armas de calibre habian de entregarse á la generacion que marchaba, y las escopetas y picas estaban reservadas al servicio del interior. En los departamentos en que podian establecerse fábricas de armas, las plazas, los paseos públicos, y los grandes edificios, comprendidos en los bienes nacionales, debian servir para construir obradores. El principal establecimiento se hallaba en Paris; las fraguas se ponian en los jardines de Luxemburgo, y las máquinas para oradar los cañones á orillas del Sena. Todos los armeros y relojeros que en aquel momento tenian poco trabajo, y podian emplearse en cierta parte de la fabricacion de armas, quedaban embargados; y para esta sola operacion se habian puesto á la disposicion del ministro de la guerra, treinta millones; determinando que todos estos medios extraordinarios se emplearian hasta que se consiguiese la construccion de mil fusiles cada dia. Colocábase en Paris este grande establecimiento, porque toda negligencia era imposible á los ojos del gobierno y de los jacobinos, y todos los prodigios de rapidez y de energía, estaban asegurados. En efecto, esta fábrica no tardó en llenar su objeto.

Faltando el salitre, se pensó en extraerlo del suelo de las bodegas, y por lo mismo se mandaron reconocer todas para ver si la tierra en que esta-

ban ahondadas, contenia algunas partes; y que cada particular debiese sufrir la visita y el reconocimiento de las bodegas para hacer legia con la tierra, cuando contuviese dicho salitre. Las casas convertidas en bienes nacionales se destinaron para cuarteles y almacenes.

A fin de proporcionar los abastos á aquellas grandes moles armadas, se tomaron varias disposiciones que no eran menos extraordinarias que las anteriores.—Hubieran querido los jacobinos que la república, haciendo concluir el estado general de los abastos, los comprase todos, é hiciése en seguida la distribucion, ya dándoles á los soldados armados para ella, ya vendiéndolos á los demas ciudadanos á un precio moderado. Esta propension de quererlo hacer todo, de suplir á la misma naturaleza, cuando no marcha á medida de nuestros deseos, no se siguió tan ciegamente como hubieran deseado los jacobinos. Sin embargo, se ordenó que los estados de los abastos ya pedidos á las municipalidades, se terminasen y enviasen prontamente al ministerio de lo interior, para formar la estadística general de las necesidades y de los recursos; que la trilla de los granos se concluyese donde no lo estaba, y que los mismos Ayuntamientos los hiciesen trillar si los particulares se negaban á hacerlo; que los arrendadores ó propietarios de granos pagasen en especie sus contribuciones atrasadas, y las dos terceras partes de las de 1793; y en fin, que los arrendatarios y administradores de los bienes nacionales, presentasen las rentas tambien en especie.

La ejecucion de estas medidas extraordinarias no podia menos de ser extraordinaria tambien. Po-

deres limitados, confiados á las autoridades locales que á cada paso experimentasen tropiezos, y que por otra parte, no todas hubieran tenido la misma energía é igual efecto, no convenian ni á la naturaleza de las medidas decretadas, ni á su urgencia; por lo cual el medio único de que podia hacer uso, era la dictadura de los comisionados de la Convencion. Ya se habian empleado para el primer levantamiento de los trescientos mil hombres, decretado en el mes de marzo, y habian desempeñado su encargo pronta y cumplidamente. Enviados á los ejércitos, vigilaban á los generales y á sus operaciones, muchas veces contrariaban á militares consumados, pero por todas partes reanimaban el celo, y comunicaban valor y voluntad. Encerrados en plazas fuertes, habian sostenido sitios heroicos en Valenciennes y en Maguncia; y esparcidos en el interior habian contribuido poderosamente á sofocar el federalismo. Por lo tanto, empleóseles en esta operacion, recibiendo poderes ilimitados para ejecutar aquella requisicion de hombres y demas objetos. Teniendo á sus órdenes á los comisionados de las Asambleas primarias, podian emplearlos segun su voluntad, confiándoles una parte de sus poderes; y de este modo tenian á mano unos hombres decididos, muy enterados de las circunstancias de cada Ayuntamiento, y sin otra autoridad que la que les diesen ellos mismos, segun la necesidad de aquel servicio extraordinario.

Habia ya varios representantes en la Vendée, Lyon y Grenoble, para destruir los restos del federalismo, y ademas de estos se nombraron diez y ocho con el encargo de estenderse por toda la Francia, y ponerse de concierto con los que tenian

ya la comision de hacer marchar á los jóvenes de la requisicion primera, armarlos, equiparlos, abastecerlos y enviarlos á los puntos convenientes, segun los avisos y pedidos de los generales. Ademas de esto, debian concluir la entera sumision de las administraciones federalistas.

A estas medidas militares habia que agregar otras de hacienda, para cubrir los gastos de la guerra; y bajo este aspecto ya esta conocido el estado de Francia. Una deuda en desorden, compuesta de deudas de toda especie, de todas fechas, opuestas á las deudas contraidas en tiempo de la república; asignados sin crédito alguno, á los cuales se oponia el metálico, el papel extranjero y las acciones de las compras de hacendistas, y que ya no servian al gobierno para pagar los servicios públicos, ni al pueblo para comprar las mercancías que necesitaba,—tal era entonces nuestra situacion. ¿Qué hacer en semejantes coyunturas? tomar prestado ó emitir asignados? Tomar prestado era imposible en el desorden en que se encontraba la deuda, y la poca confianza que inspiraban los empeños de la república. Fácil era emitir asignados, y para esto bastaba la imprenta nacional; pero para cubrir los menores gastos habia que emitir enormes cantidades de papel, es decir, cinco ó seis veces mas que su valor nominal, y de este modo se aumentaba sin remedio la gran calamidad de su descrédito, y se iba á parar á un nuevo encarecimiento en las mercancías. Vamos á ver lo que el genio inspiró á los hombres, que estaban encargados de la salvacion de la Francia.

La medida primera y mas individual era ordenar la deuda pública, é impedir que se subdi-

vidiese en contrato de todas formas y épocas, y que por sus diferencias de origen y naturaleza, originase un agiotage peligroso y contrarevolucionario. El reconocimiento de títulos antiguos, su revision y clasificacion, exigian una ciencia particular, é introducian una espantosa complicacion en la contabilidad. Solo en Paris podian hacerse pagar estas rentas, y muchas veces la division del crédito en muchas porciones, obligaba á los poseedores á presentarse á veinte pagadores distintos. Habia la deuda constituida, la deuda exigible á plazo fijo, la deuda que provenia de la liquidacion; y de este modo estaba el erario espuesto todos los dias á vencimientos, y obligado á procurarse capitales para reembolsar las sumas vencidas. «Es preciso uniformar y republicanizar la deuda,» dijo Cambon, y propuso convertir todos los contratos de los acreedores del Estado en una inscripcion sobre un gran libro, que se llamaria *Gran libro de la deuda pública*. Esta inscripcion y el extracto que se libraria á los acreedores, serian en adelante los únicos títulos; y para tranquilizarlos respecto á la seguridad y conservacion de este libro, se debia depositar un duplicado en los archivos de la tesoreria, que ademas, no se hallarian menos espuestos al fuego y demas accidentes que los registros de los notarios. De consiguiente, los acreedores tenian que presentar sus títulos en un término dado, para inscribirlos y quemarlos despues. Los notarios tenian orden de traer todos los títulos de que fuesen depositarios, y se les castigaba con diez años de presidio si antes de entregarlos guardaban algunos, ó espedian copias de ellos. Si el acreedor dejaba transcurrir seis meses sin hacerse inscribir, perdía los intereses;

si dejaba pasar un año, perdía el capital. «De este modo, decia Cambon, la deuda contraida por el «despotismo, no podrá distinguirse de la que des-
«pues ha contraido la revolucion; y desafío al señor
«despotismo, si resucita, á que no reconozca su antigua deuda cuando se haya confundido con la
«nueva. Hecha esta operacion, vereis al capitalista
«que desea un rey, porque un rey es un deudor, y
«teme perder su crédito, si su deudor no se restablece, desear la república, que llegará á ser su
«deudora, porque perdiéndola temeria perder su
«capital.»

No era esta la única ventaja de dicha institucion; tenia otras no menos grandes, y con ella principiaba el sistema del crédito público. El capital de cada deuda, se convertia en una renta perpetua de cinco por ciento; de modo que el acreedor de una cantidad de mil francos, se hallaba inscrito en el Gran Libro por una renta de cincuenta francos. De esta manera, las anteriores deudas, entre las cuales se hallaban algunas de intereses usurarios, otras que padecian descuentos injustos, ó se hallaban gravadas con ciertos impuestos, estaban reducidas á un interés uniforme y equitativo. Trocando su deuda el Estado en una renta perpétua, no estaba ya espuesto á vencimientos ni á tener que reintegrar el capital, con tal que se pagasen los intereses; hallando ademas un medio facil y ventajoso de des-
«empeñarse, cual era el de comprar la renta en la plaza, cuando llegase á bajar mas que su valor, de tal manera, que aun cuando una renta de cincuenta libras de réditos, y de mil francos de capital, no valiese mas que novecientas ú ochocientas libras, el Estado ganaria, decia Cambon, una décima ó una

quinta parte del capital comprándola en la plaza. Este rescate no estaba aun organizado por medio de una amortizacion fija, pero se iba ya columbrando el medio, y la ciencia del crédito público principiaba á formarse.

De este modo la inscripcion sobre el Gran Libro, simplificaba la forma de los titulos, ligaba la existencia de la deuda a la de la república, y trocaba los créditos, en una renta perpétua, cuyo capital no era reintegrable, y cuyo interés era el mismo para todas las inscripciones. Esta idea era sencilla, y tomada en parte de los ingleses; pero se requería mucho denuedo, y teson en la práctica para aplicarla a Francia, y habia un gran mérito en la idea de hacerlo en el momento. Puede hallarse sin duda alguna cosa forzada en una operacion que cambiaba tan bruscamente la naturaleza de los titulos y créditos, los reducía á un mismo interés, y daba por nulos los créditos que no se presentasen á esta conversion; pero para un Estado, la justicia es el mejor orden posible, y aquella grande y enérgica uniformacion de la deuda, convenia á una revolucion atrevida y completa, que tenia por objeto someterlo todo al derecho comun.

El proyecto de Cambon unia á este atrevimiento un respeto escrupuloso para las obligaciones contraídas con los extranjeros, á quienes se habia prometido pagarlas en épocas fijas. Era su mente, que no teniendo curso los asignados fuera de Francia, los acreedores extranjeros serian pagados en metálico á plazos determinados. Además, habiendo contraído los Ayuntamientos deudas particulares, molestando á sus acreedores á quienes no pagaban, el Estado se encargaba de ellas, y no se

apoderaba de sus propiedades, sino por el valor de las cantidades á que aquellas ascendiesen. Adoptóse del todo este proyecto*, y se ejecutó tan bien como se habia concebido; y el capital de la deuda uniformada, quedó convertido en un caudal de rentas de doscientos millones al año. Para reemplazar los antiguos impuestos de diferente especie, de que se hallaba recargada, creyóse conveniente imponerle una contribucion de una quinta parte, la cual reducía el pago de los intereses á ciento sesenta millones. De esta manera todo se simplificaba y esclarecía; se destruía un grande manantial de agiotage, y renacia la confianza; porque no podia acontecer una bancarota parcial en tal ó cual especie de crédito, y no era imposible una quiebra general por toda la deuda.

Desde este momento era mas fácil recurrir á un empréstito: y vamos á ver de qué manera se valieron de esta medida para sostener los asignados.

El valor de que disponia la revolucion para hacer frente á sus gastos extraordinarios, consistia únicamente en los bienes nacionales; y este valor representado por los asignados fluctuaba en la circulacion. Era preciso favorecer las ventas para recoger los asignados, y darles valor escaseándolos, pero el medio mejor, aunque no el mas fácil de avocar las ventas, eran las victorias. Para suplir á ellas se idearon muchos arbitrios; por ejemplo, habiase permitido á los compradores realizar sus pagos en muchos años: pero esta medida inventada para favorecer á los colonos, haciéndolos propietarios, era mas propia para estimular las ventas, que

* 24 de agosto.

para hacer ingresar los asignados. Con el fin de disminuir con mas seguridad, su cantidad circulante, se habia acordado hacer el reintegro de los empleos, parte en asignados, y parte en *vales de liquidacion*. Si el reintegro ascendia á menos de tres mil francos, debia saldarse en asignados; los demas debian serlo en *vales de liquidacion* que no pasaban como moneda, ni podian dividirse en cantidades menores de diez mil libras, ni traspasarse de otro modo, que como los demas efectos al portador, y que eran recibidos en pago de bienes nacionales. De este modo se disminuian los convertidos en moneda forzada; pues todo lo que se trasformaba en *vales de liquidacion*, consistia en cantidades poco divididas, dificilmente transmisibles, que los ricos conservaban en su poder, separadas de la circulacion y del agiotage.

Para contribuir aun mas á la venta de los bienes nacionales, declarose, al crear el Gran Libro, que las inscripciones de rentas se recibirian por mitad en el pago de estos bienes: y esta facilidad debia producir nuevas ventas y nuevas salidas de asignados.

Pero todos estos medios no bastaban, y la cantidad de papel moneda, era aun mucho mas considerable. La Asamblea constituyente, la legislativa y la Convencion habian decretado sucesivamente la creacion de cinco mil y cien millones de asignados: cuatrocientos ochenta y cuatro millones quedaban sin emitir en las arcas, y de consigniente no se habian puesto en circulacion sino cuatro mil seiscientos diez y seis millones, habiendose recogido parte de ellos por las ventas; y como los compradores podian tomar plazos para los pagos, se debian

aun bajo este concepto, de doce á quince millones. En todo se habian recogido ochocientos cuarenta millones de asignados, que se fueron quemando; y restaban pues, en circulacion por el mes de agosto de 1793, tres mil setecientos setenta y seis millones.

El primer cuidado fué privar del valor de moneda á los asignados con busto real, que se conservaban con preferencia, y hacian mucho daño á los asignados republicanos por la mayor confianza que inspiraban. Aunque reducidos á tal estado, no dejaron de tener un valor, se transformaron en efectos al portador, y pudieron recibirse en pago de contribuciones ó de bienes nacionales hasta el 1.º de enero siguiente; despues de cuya epoca quedaban sin valor alguno. Estos asignados llegaban á quinientos cincuenta y ocho millones. Con esta medida iban á desaparecer de la circulacion antes de cuatro meses; y como se sabia que todos estaban en manos de especuladores contrarrevolucionarios, se daba una prueba de justicia no anulándolos, sino obligándolos solamente á entrar en el tesoro.

Ya se tendrá presente que en el mes de mayo, cuando se declaró como principio que habria ejércitos llamados revolucionarios, se decretó al mismo tiempo que se estableceria un empréstito forzado de mil millones sobre las gentes bien acomodadas, para subvenir á los gastos de una guerra, de la que como aristócratas, eran reputados autores, y á la cual no querian consagrar ni sus personas ni sus fortunas. Este empréstito, repartido como vamos á ver, se destinó segun el proyecto de Cambon á quitar de la circulacion mil millones de asignados; y para dejar la eleccion á los ciudada-

nos de mejor voluntad, asegurándoles algunas ventajas, se abrió al mismo tiempo un empréstito voluntario. Los que se presentaban á llenarlo, recibían una inscripcion de renta de cinco por ciento ya decretado, y de este modo obtenían el interés de sus foados, pudiendo con esta inscripcion eximirse del empréstito forzoso, á lo menos por la cantidad entregada en el voluntario. Los ricos de mala voluntad, que esperaban la ejecucion del empréstito forzado, recibían un título sin ningun interés; y que, como la inscripcion de renta, no era mas que un título republicano con cinco por ciento de menos. Ultimamente, como segun la nueva ley, podían servir las inscripciones por mitad en el pago de bienes nacionales, los prestamistas voluntarios que recibían una inscripcion de renta, tenían la facilidad de reintegrarse inmediatamente en bienes nacionales; cuando por el contrario, los certificados del empréstito forzoso no se debían tomar en pago de las posesiones adquiridas, sino dos años despues de la paz; pues segun el proyecto, era conveniente interesar á los ricos en el pronto término de la guerra y pacificacion de Europa.

El empréstito forzado ó voluntario haría ingresar mil millones de asignados, que debían quemarse; y ademas, por medio de las contribuciones atrasadas iban á recogerse setecientos millones, de los cuales quinientos cincuenta y ocho millones en asignados reales estaban ya privados del valor de moneda, y recibidos únicamente por el pago de contribuciones; por lo qual estaban seguros que en dos ó tres meses se quitarían de la circulacion, primero los mil millones del empréstito, y despues

los setecientos millones de contribuciones. La cantidad fluctuante de tres mil setecientos setenta y seis millones se hallaba reducida á dos mil setenta y seis millones; y suponiendo, como era probable, que la facultad de cambiar las instituciones de la deuda en bienes nacionales, produciría nuevas adquisiciones, se podrían recoger por este medio de quinientos á seiscientos millones. De consiguiente la masa total se hallaría reducida, tal vez por este medio, á mil y quinientos ó mil y seiscientos millones. Luego por de pronto, reduciendo la suma fluctuante á menos de la mitad, se devolvía su valor á los asignados, y los cuatrocientos ochenta y cuatro millones existentes en caja podían ponerse en circulacion. Los setecientos millones procedentes de los impuestos, y de los cuales quinientos cincuenta y ocho debían recibir el busto republicano antes de volver á circular, recobraban también su valor, y podían emplearse al año siguiente. Habíase conseguido por el momento restablecer el crédito de los asignados, y esto era lo mas esencial. Si se conseguían triunfos, la victoria los realzaría del todo, y podrían emitirse otros, realizando los bienes nacionales restantes, que eran considerables; y aumentaban diariamente con la emigracion.

La ejecucion del empréstito forzado era por su naturaleza, pronta y necesariamente arbitraria. ¿Cómo graduar los bienes sin equivocacion y sin injusticia, aun en épocas de calma, sin tomar el tiempo necesario, y sin consultar todas las probabilidades? Pues lo que no es posible aun en las circunstancias mas favorables, debía serlo mucho menos en un tiempo de violencia y de precipitacion. Pero cuando había

que trastornar tantas existencias, y cortar tantas cabezas, ¿qué significaba una equivocacion en las riquezas, ó algunas inexactitudes de reparticion. Instituyóse, pues, para el empréstito forzado y para las requisiciones una especie de dictadura, confiándola á los Ayuntamientos. Todo individuo estaba obligado á declarar el estado de sus rentas: en cada Ayuntamiento, el consejo general nombraba revisores, que decidian, segun sus conocimientos, de las localidades, si las declaraciones eran verisímiles; y si la suponian falsas, tenian derecho para duplicarlas. En las rentas de cada familia se tomaban mil francos por individuo, marido, muger é hijos; y todo lo demas era considerado como superfluo, y por lo mismo sujeto á la contribucion. De mil francos á diez mil de renta contribuyente, la cuota era una décima parte; mil francos de superfluo pagaban cien francos, dos mil, pagaban doscientos, y así sucesivamente. Toda renta superflua que pasase de diez mil francos, debia pagar una cantidad igual á su valor. De esta manera, toda familia que ademas de los mil francos concedidos por individuo, y de los diez mil francos de superfluo, sujetos á pagar la décima parte de contribucion, gozase todavia de una renta superior, debia entregar en empréstito todo el escedente; de modo que una familia compuesta de cinco individuos con cincuenta mil libras de renta, tenia cinco mil francos reputados necesarios, y diez mil francos sujetos á la décima parte de contribucion, y reducidos á nueve, que en todo componian catorce; debiendo entrar en este año los treinta y seis mil francos restantes al empréstito forzado ó voluntario. Tomar un año del superfluo á todas las clases

opulentas, no era ciertamente un rigor excesivo, cuando tantos individuos iban á espirar en los campos de batalla; y esta cantidad, que por otra parte hubiera podido tomarse sin condicion, como impuesto indispensable de guerra, se convertia en un titulo republicano, y se podia emplear en rentas contra el Estado, ó en porciones de bienes nacionales.*

Esta grande operacion, consistia, pues, en sacar de la circulacion mil millones de asignados tomándolos de los ricos; en quitar á estos mil millones en calidad de moneda y de valor circulante, haciendo de ellos una simple delegacion sobre los bienes nacionales, que los ricos podian ó no cambiar en una porcion correspondiente de estos bienes. De este modo se les obligaba á ser compradores, ó á lo menos á entregar la misma cantidad de asignados que hubieran dado si lo fuesen. En una palabra, era el emplazamiento forzado de mil millones de asignados.

A estas providencias, destinadas á sostener el papel moneda, se añadieron otras. Despues de haber destruido la rivalidad de los antiguos contratos sobre el Estado, y la de los asignados con busto real, habia que desterrar tambien la de las acciones de compañías de hacendistas. Decretóse la abolicion de la compañía de seguridad de la vida, de la caja de ahorros, y de todas aquellas cuyos fondos consistian en acciones al portador, en efectos negociables, y en inscripciones en un libro, y transmisibles á voluntad. Acordóse que su liquidacion se verificaria en un plazo muy corto, y que solo

* El decreto sobre el empréstito forzado es del 3 de setiembre.

el gobierno podria en adelante crear establecimientos de esta clase. Mandóse presentar un pronto informe sobre la compañía de las Indias, que por su importancia exijia un exámen particular. No se podia impedir la existencia de las letras de cambio sobre el extranjero, pero se declararon traidores á la patria los franceses que pusiesen sus fondos en bancos ó casas de comercio de paises que estuviesen en guerra con la república; y por último, se tomaron medidas severas contra el metálico y el comercio que de él se hacia. Ya se habia castigado con seis años de prision, al que vendiese ó comprase metálico, es decir, que lo recibiese ó diese por una cantidad diferente en asignados; se impuso igualmente una multa á todo vendedor ó comprador de géneros, que estableciese un precio diferente, segun que el pago se verificase en dinero ó en asignados; y como hechos de esta naturaleza eran muy difíciles de comprobar, se vengaron aumentando la pena. A todo individuo convicto de no haber querido admitir asignados en un pago, de haberlos dado ó recibido con alguna pérdida, se le condenó á una multa de tres mil libras, y seis meses de arresto por la primera vez, y en caso de reincidencia á una multa doble, y veinte años de presidio. En fin, como la moneda de vellon era indispensable en los mercados y no podia suplirse facilmente, se mandó que las campanas se destinasen á la fabricacion de décimos, medios décimos, etc., que valian dos sueldos, un sueldo, etc.

Pero por mas arbitrios que se emplearon para dar valor á los asignados y destruir las rivalidades que les eran tan perjudiciales, no podia esperarse ponerlos al nivel del precio de las mercancías,

y de consiguiente era menester rebajar estas. Creia el pueblo por otra parte; que los mercaderes tenian una intencion dañada; creia en la existencia de los logreros; y cualquiera que fuese la opinion de los legisladores, no podian moderar en este concepto á un pueblo, cuyo descenfreno permitia en todo lo demas; y por lo mismo hubo que hacer con todas las mercancías lo que se habia hecho con el trigo, espidiendo un decreto que imponia pena de la vida á los logreros incluidos en el número de los que cometian crímenes capitales. Era considerado como logrero, *el que quitaba de la circulacion los géneros de primera necesidad* sin ponerlos en venta publicamente. Los géneros declarados de primera necesidad eran el pan, el vino, la carne, los granos, la harina, las legumbres, las frutas, el carbon, la leña, la manteca, el sebo, el cáñamo, el lino, la sal, el cuero, las bebidas, las cecinas, los paños, la lana y todas las telas, excepto las de seda; debiendo ser los medios de ejecucion para semejante decreto, necesariamente inquisitoriales y vejatorios. Cada mercader tenia que hacer una declaracion de cuanto habia en su almacén; y esta se habia de comprobar por medio de visitas domiciliarias, castigandose con pena de muerte todo fraude ó complicidad. Varios comisionados nombrados por los Ayuntamientos tenian el encargo de exigir la presentacion de las facturas, para que con arreglo á ellas se pudiese fijar un precio en armonia con las facultades del pueblo, dejando un provecho módico al mercader. Pero si, añadia el decreto, el alto precio del género, segun la factura, imposibilitaba este escaso provecho al mercader, no se dejaria por esto de efectuar la venta

al precio mas cómodo para el comprador; y así en este decreto, como en el que disponia la declaracion de los trigos, y su valor máximo, se dejaba á los Ayuntamientos el cuidado de fijar los precios, segun el estado de las cosas en cada paraje; pero bien pronto iba á haber necesidad de generalizar aun estas medidas, y de hacerlas mas violentas, estendiéndolas á mayor número de objetos.

Las operaciones militares, administrativas y de hacienda de esta época, estaban tan hábilmente concebidas, como lo permitia la situacion, y eran tan vigorosas como el peligro lo exigia. Toda la poblacion, dividida en generaciones, estaba á la disposicion de los representantes, y podia ser llamada para la guerra, para la fabricacion de armas, ó para curar los heridos. Todas las deudas antiguas, convertidas en una sola deuda republicana, estaban espuestas á la misma suerte, y á no tener mas valor que los asignados. Destruianse las rivalidades multiplicadas de los antiguos contratos, de los asignados reales, y de las acciones de las compañías; impedíase que los capitales se empleasen en estos valores privilegiados, reuniéndolos todos;—y no compareciendo los asignados, se tomaban mil millones de ellos, de los ricos que pasaban del estado de moneda á una mera sustitucion sobre los bienes nacionales. En fin, para establecer una proporcion forzada entre las monedas y los géneros de primera necesidad, se dejaba á los Ayuntamientos el cuidado de recolectar todos los abastos y géneros, haciéndolos vender á un precio conveniente en cada punto. Jamás gobierno alguno tomó á un tiempo disposiciones mas vastas, ni mas atrevidamente concebidas; y para culpar de vio-

lencia á sus autores, hay que olvidar el peligro de una invasion general, y la necesidad de vivir de los bienes nacionales sin compradores. Todo el sistema de los medios forzados provenia únicamente de estas dos causas. *Hoy dia, una generacion ingrata y superficial, critica estas operaciones, encuentra violentas á las unas, y á las otras contrarias á los buenos principios de economía, y junta el mal de la ingratitud á la ignorancia del tiempo y de la situacion. Indáguense los hechos, y sean justos con unos hombres, que tantos esfuerzos emplearon, y se espusieron á tantos peligros para salvarnos.*

Despues de estas medidas generales de hacienda y de administracion, se tomaron otras mas apropiadas especialmente á cada teatro de la guerra; y por último, se decretaron los medios extraordinarios, largo tiempo resueltos acerca de la Vendée. El carácter de esta guerra estaba perfectamente conocido: las fuerzas de la rebelion no consistian en tropas organizadas que pudiesen destruirse por medio de victorias, sino en una poblacion que, al parecer tranquila y ocupada con sus trabajos agrícolas, se alzaba de repente á una señal convenida, abrumaba con su mole, sorprendia con sus ataques imprevistos á las tropas republicanas, y en caso de derrota, se ocultaba en sus bosques, en sus campos, y volvía á sus trabajos, sin que pudiese distinguirse el que habia sido soldado, del que no habia dejado un instante de ser labrador. Una lucha porfiada de mas de seis meses, sublevaciones que algunas veces habian sido de cien mil hombres, actos de la mayor temeridad, una nombradía formidable, y la opinion ya sentada de que el mayor peligro de la revolucion estaba en esta

guerra civil devoradora, habian de llamar forzosamente sobre la Vendée toda la atencion del gobierno, y provocar contra ella las medidas mas enérgicas é iracundas. Decíase largo tiempo, que el único medio de sujetar á aquel pais era, no combatirlo, sino destruirlo, puesto que sus ejércitos no estaban en ninguna parte, y por todas se encontraban. Estos deseos fueron cumplidos por medio de un decreto formidable *, en que la Vendée, los últimos Borbones y los estrangeros estaban condenados á un tiempo al esterminio. Consecuente á este decreto, se mando al ministro de la guerra enviase á los departamentos sublevados, materias combustibles para incendiar los bosques, los sotos y los retanares. «Los bosques, decia el decreto, se talarán, se destruirán las guaridas de los rebeldes, las cosechas se cogerán, y estaran a cargo de compañías de jornaleros, se agarraran los ganados, y todo se llevara fuera del pais. Los ancianos, las mugeres y los niños se sacaran de allí, y se proveerá á su subsistencia con los miramientos debidos á la humanidad.» Mandábase ademas á los generales y á los representantes comisionados, hiciesen alrededor de la Vendée los acopios necesarios para mantener grandes masas, y despues provocar en los departamentos circunvecinos, no un levantamiento parcial como en los otros puntos de Francia, sino uno repentino y general, echando de esta manera una poblacion entera sobre otra. La eleccion de los sujetos correspondió á la naturaleza de estas medidas. Ya hemos visto á Biron, Berthier, Menou y Westermannu compro-

* 1.º de agosto.

metidos y depuestos por haber sostenido el sistema de la disciplina, y á Rossignol, infractor de ella, sacado de la prision por los agentes del ministerio. Completo fué el triunfo del sistema jacobino: Rossignol, de mero comandante de batallon, fué nombrado de repente general en jefe del ejército de las costas de la Rochela. Ronsin, jefe de aquellos agentes del ministerio, que llevaban á la Vendée todas las pasiones de los jacobinos, y sostenian que no se necesitaban generales experimentados, sino francamente republicanos; no una guerra regular, sino esterminadora; que todo hombre recien alistado era soldado, y que todo soldado podia ser general; Ronsin, cabeza de estos agentes, fué promovido en cuatro dias á capitán, comandante de escuadron, y general de brigada, y se juntó á Rossignol con todos los poderes del mismo ministerio, para presidir á la ejecucion de este nuevo sistema de guerra. Al mismo tiempo se mandó que la guarnicion de Maguncia se trasladase en posta del Rin á la Vendée. La desconfianza era tan grande, que los generales de esta valiente guarnicion habian sido arrestados por haber capitulado; pero por fortuna, el valiente Merlin, siempre escuchado con la consideracion debida á un caracter heroico, dió pruebas de su adhesion y osadia. Restituyéronse Kleber y Aubert-Dubayet á sus soldados, que á viva fuerza querian ponerlos en libertad, y se trasladaron a la Vendée, donde con su habilidad debian reparar los desastres causados por los agentes del ministerio. Una verdad hay que es necesario siempre repetir: nunca la pasion es cuerda ni ilustrada, pero la pasion sola puede salvar á los pueblos en los peligros estre-

mados. El nombramiento de Rossignol era una extraña osadía: pero anunciaba una resolución bien tomada; no permitía ya las medidas á medias en la funesta guerra de la Vendée, y obligaba á declararse á todas las administraciones locales, que aun estaban vacilantes. Aquellos jacobinos fogosos, esparcidos en los ejércitos, los trastornaban con mucha frecuencia; pero les comunicaban aquella energía de resolución, sin la cual no hubiera habido ni armamento, ni pertrechos, ni medios de ninguna especie. Eran injustos y aun inicuos con los generales, y no consentían que ninguno retrocediese ni titubeara. Bien pronto veremos como su loco ardor, combinado con la prudencia de hombres mas tranquilos, produjeron los resultados mas grandes y mas felices. Kilmaine, autor de la bella retirada que habia salvado al ejército del Norte, fué reemplazado al momento por Houchard, antes general del ejército del Mosela, y que gozaba de gran reputación de valor y celo. Sobrevinieron tambien algunas mudanzas en la junta de salvación publica, pues encontrándose enfermos Thuriot y Gasparin, hicieron su dimisión. Uno de ellos fué reemplazado por Robespierre, que penetró por fin en el gobierno, reconociendo y sufriendo la Convención, que hasta entonces no le habia nombrado de ninguna junta, su inmenso poderio. El otro tuvo por sucesor al célebre Carnót, el cual, enviado ya al ejército del Norte, habia dado pruebas de un militar sábio é inteligente.

A estas disposiciones administrativas y militares, se añadieron otras de venganza, segun la costumbre de acompañar á los aptos de energía, otras de crueldad. Ya se ha visto que á petición de los

enviados de las Asambleas primarias, se habia expedido una ley contra los sospechosos, pero el proyecto no estaba todavia presentado, y continuamente lo andaban pidiendo, porque no era bastante, decian, el decreto de 27 de marzo, que ponía á los aristócratas fuera de una ley. Este decreto exigia un juicio, y se deseaba uno que permitiese prender sin sentenciarlos, y solamente con el objeto de asegurarse de sus personas, á los ciudadanos sospechosos por sus opiniones. Entretanto que se espedia este decreto, se decidió que los bienes de todos los que se ponian fuera de la ley, pertenecieran á la república; y despues se exigieron disposiciones mas severas para los extranjeros. Ya estaban puestos bajo la vigilancia de las juntas que se habian titulado revolucionarias, pero aun se deseaba mas. La idea de una conspiración estrangera, cuyo motor suponian á Pitt, ocupabamos que nunca el ánimo de todos. Una cartera encontrada en las murallas de una de nuestras ciudades fronterizas, contenia cartas en inglés, y que agentes de esta nacion en Francia, se dirigian entre sí. Tratábase en estas cartas de cantidades considerables, enviadas á los agentes secretos que habia en nuestros campamentos, plazas fuertes y ciudades principales. Unos estaban encargados de relacionarse con los generales para seducirlos, tomar apuntes exactos sobre el estado de nuestras fuerzas, de nuestras plazas, y de nuestros abastos; otros habian de introducirse en los arsenales, en los almacenes, con mechas fosfóricas para incendiarlos. «Haced que suba, decian tambien estas cartas, el cambio hasta doscientas libras, por una libra esterlina. Conviene desacreditar cuanto sea

«posible los asignados, rehusando todos los que no lleven busto real. Haced que suba el precio de todos los géneros, y dad órdenes á vuestros mercaderes que estancquen todos los efectos de primera necesidad. Si podeis, persuadid á Cott... que compre el sebo y las velas á cualquier precio que sea, y haced que pague el público hasta cinco francos la libra. Milord está muy satisfecho del modo de obrar de B. t. z. Esperamos que los asesinatos se harán con prudencia. Los sacerdotes disfrazados, y las mugeres son los mas propios para esta operacion.»

Estas cartas prueban únicamente que la Inglaterra tenia algunos espías militares en nuestros ejércitos, algunos agentes en nuestras plazas comerciales para agravar los inconvenientes de la escasez, y que acaso algunos tomaban dinero so pretexto de cometer oportunos asesinatos. Pero todos estos medios eran muy poco terribles, y ciertamente exagerados por la vanagloria ordinaria de los agentes empleados en este género de amañes. Verdad es que habia habido algunos incendios en Douay, Valenciennes, en la fabrica de velas de Lorient, en Bayona y en los parques de artilleria, cerca de Chemillé y Saumur; y es posible que aquellos agentes fuesen autores de estos incendios; pero ciertamente no habian dirigido ni el puñal del guardia de corps Paris contra Lepelletier, ni el de Carlota Corday contra Marat; y si agiotaban algunos con el papel extranjero y los asignados, si compraban algunos géneros mediante los créditos abiertos en Londres por Pitt; tambien es cierto que tenian muy poca influencia en nuestra situacion comercial y administrativa, que provenia de

causas mucho mas generales y mayores que intrigas tan viles y rateras. Sin embargo, estas cartas, que coincidian con algunos incendios, dos asesinatos, y el agiotage del papel extranjero, escitaron una indignacion general. La Convencion por un decreto, declaró el gobierno inglés á todos los pueblos, y declaró á Pitt enemigo del género humano; mandando al mismo tiempo que todos los extranjeros domiciliados en Francia desde el 14 de julio de 1789, quedasen arrestados inmediatamente (decreto del 1.º de agosto).

Por último, decretóse la pronta terminacion del proceso de Custine, poniendo en juicio á Biron y á Lamarche. Estrechóse nuevamente el auto de acusacion de los girondinos, y se dió orden al tribunal revolucionario para que sustanciase su causa lo mas pronto posible. En fin, la ira cayó despues sobre los restos de los Borbones, y sobre la familia desventurada que lloraba en la torre del Temple la muerte del último rey. Decretóse que todos los Borbones que quedaban en Francia serian deportados, excepto los que se hallaban bajo la cuchilla de las leyes *, que el duque de Orleans, que habia sido trasladado á Marsella en el mes de mayo, y que no habian querido sentenciar los federalistas, se tracia otra vez á Paris para comparecer ante el tribunal revolucionario. Su muerte debia servir de respuesta á los que acusaban á la Montaña de querer hacerlo rey. La desgraciada Maria-Antonia, á pesar de su sexo, quedó como su esposo destinada al cadalso. Pasaba como la iniciadora de todas las tramas de la antigua corte,

* 1.º de agosto.

era considerada mucho mas culpable que Luis XVI, y ademas, tenia la desgracia de ser hija del Austria, que en este momento era la mas formidable de todas las potencias enemigas. Segun la costumbre que tenian de insultar osadamente al enemigo mas peligroso, quisieron derribar la cabeza de Maria-Antonia en el momento mismo en que los ejércitos imperiales avanzaban en nuestro territorio; y por consiguiente la trasladaron á la cárcel real para ser sentenciada por el tribunal revolucionario, como un reo cualquiera. A madama Isabel, destinada á la deportacion, se la detuvo para que depusiese contra su hermana. Los dos niños debian educarse, y custodiarse por la república resolviendo despues de la paz lo que convendria hacer con ellos. Hasta entonces el gasto del Temple se habia hecho con cierta suntuosidad que recordaba el rango de la familia prisionera: pero se decretó no se le diese mas que lo necesario; y últimamente, para consumir todos estos actos de venganza revolucionaria, se decretó la destruccion de los sepulcros reales de San Dionisio.

Tales fueron las medidas que provocaron los inminentes peligros del mes de agosto de 1793, para la defensa y venganza de la revolucion.



CAPÍTULO IV.

Movimiento de los ejércitos en agosto y setiembre de 1793.—Sitio de Lyon por el ejército de la Convencion.—Traicion de Tolon que se entregó á los ingleses.—Derrota de cuarenta mil hombres en Luzon.—Plan general de campaña contra la Vendée.—Disensiones de los generales republicanos en este teatro de guerra.—Operaciones militares en el Norte.—Cerro de Dunkerque por el duque de York.—Victoria de Hondtschoote.—Gozo extraordinario que causa en Francia.—Nuevos reveses. Derrotas de Menin, Pirmasens, Perpiñan y Torfou en la Vendée.—Retirada de Canelaux sobre Nantes.—Cargos contra la comision de salvacion pública.—Establecimiento del gobierno revolucionario.—Decreto que organiza un ejército revolucionario de seis mil hombres.—Ley contra los sospechosos.—Concentracion del poder dictatorial en la comision de salvacion pública.—Proceso de Custine; su sentencia y suplicio.—Decreto de acusacion contra los girondinos; prision de sesenta y tres miembros de la Convencion.

Despues de la retirada de los franceses del campamento de César al de Gavarelle, hubieran debido los aliados perseguir á un ejército desmoralizado, que habia sufrido tantas desgracias desde que se abrió la campaña. En efecto, desde el mes de marzo, batido en Aix-la-Chapelle y en Neerwinden, habia perdido la Flandes holandesa, la Bélgica, los campamentos de Famars y de César, y las plazas de Condé y de Valenciennes. Uno de sus generales se habia pasado al enemigo, y otro

habia sido muerto; así es, que desde la batalla de Jemmapes no habia hecho mas que retiradas de mucho mérito sin duda, pero que infundian poco valor. Aun sin ocurrirles el proyecto de una marcha atrevida y directa sobre París, podian los coligados haber destruido aquel cuadro de ejército, y entonces estaban espeditos para tomar cuantas plazas conviniese á su egoísmo. Mas no bien se hubo verificado la toma de Valenciennes, cuando los ingleses en virtud de pactos establecidos en Amberes, exigieron el asedio de Dunkerque. Entonces, mientras que el príncipe de Coburgo, permaneciendo en las inmediaciones de Herin, desde el Scarpa y el Escalda, creia entretener á los franceses, y aun pensaba en tomar al Quésnoy, el duque de York, marchando con el ejército inglés y hannoveriano por Orchies, Manin, Dixmude y Furnes, vino á colocarse delante de Dunkerque, entre el Langmoor y el mar, y de consiguiente estos dos sitios nos daban algunas treguas. Houchard, enviado á Gavarelle, reunia apresuradamente todas las fuerzas disponibles allí, para volar al socorro de Dunkerque. Las razones que hacian considerar esta plaza como el punto mas importante de todo el teatro de la guerra eran: privar á los ingleses de un puerto en el continente, derrotar sucesivamente á nuestros mayores enemigos, quitandoles toda ventaja en esta guerra, y prestar nuevas armas á la oposicion inglesa contra Pitt. «Allí está la salvacion de la república,» escribia á Houchard la junta de salvacion pública; y conociendo acertadamente Carnot que las tropas reunidas entre la frontera del Norte y del Rin, esto es, en el Mosela, eran inútiles allí, hizo decidir que se sacaria de

ellas un refuerzo para enviarle á Flandes. Pasáronse en estos preparativos veinte ó veinte y cinco dias cuya tardanza era muy natural por parte de los franceses, que tenian que reunir sus tropas desparramadas á grandes distancias, pero inconcebible respecto á los ingleses, que no tenian mas que cuatro ó cinco marchas que hacer para hallarse delante de los muros de Dunkerque.

Dejamos á nuestros dos ejércitos del Mosela y del Rin haciendo lo posible, aunque ya demasiado tarde, por adelantarse hácia Maguncia, sin poder impedir la toma de esta plaza. Despues se habian replegado sobre Saarbruck, Hornbach y Wissemburgo; y es preciso dar una idea del teatro de la guerra para comprender estos movimientos diversos. La frontera francesa esta muy singularmente cortada al Norte y al Este. El Escalda, el Mosa, el Mosela, la cordillera de los Vosgos y el Rin corren hácia el Norte, formando líneas casi paralelas. Al llegar á la estremidad de los Vosgos, tuerce el Rin súbitamente, cesa de correr paralelamente á estas líneas, y las termina rodeando la falda de los Vosgos, y recibiendo en su curso al Mosela y al Mosa. Los coligados en la frontera del Norte habian avanzado hasta ponerse en el Escalda y el Mosa; pero no habian hecho progresos entre el Mosa y el Mosela, porque el destacamento que habian dejado entre Luxemburgo y Tréveris no habia podido intentar cosa de provecho; pero podian conseguir mucho mas entre el Mosela, los Vosgos y el Rin. Ya vimos que se habian colocado sobre los Vosgos, parte en la vertiente oriental, y parte en la occidental; siendo demasiado sencillo, como antes dijimos, el plan que debian seguir. Considerando co-

mo un rio la cresta de los Vosgos, cuyos pasos habian de ocuparse, podrian trasladarse todas sus masas á una orilla, caer sobre el enemigo por una parte, y luego destruirlo por la otra. Ni los franceses, ni los coligados tuvieron esta ocurrencia; y desde la toma de Maguncia, los prusianos, colocados en el costado occidental, daban frente al ejército del Rin. Nosotros estábamos retirados en las famosas lineas de Wissemburgo. El ejército del Mosela, en número de veinte mil hombres, estaba situado en Saarbrück sobre el Sarra: el cuerpo de los Vosgos, en número de doce mil, se hallaba en Hornbach y Ketríck y se enlazaba en las montañas con el extremo izquierdo del ejército del Rin, que con veinte mil hombres de fuerza, guardaba el Lauter desde Wissemburgo á Lauterburgo. Las lineas de Wissemburgo son las siguientes: el Sarra, corre de los Vosgos al Mosela, el Lauter de los Vosgos al Rin; y ambos forman una sola linea que corta casi perpendicularmente el Mosela, los Vosgos y el Rin; pudiendo hacerse dueño de ellos ocupando á Saarbrück, Hornbach, Ketríck, Wissemburgo y Lauterburgo, como ya lo habíamos hecho. Casi no teníamos en esta frontera mas de sesenta mil hombres, porque habia sido necesario socorrer á Houchard. Dos meses habian empleado los prusianos en acercarse á nosotros, dirigiéndose al fin á Pirmasens. Reforzados con cuarenta mil hombres que venían del sitio de Maguncia, y unidos con los austriacos, hubieran podido concluirnos en una de las dos vertientes; pero el Austria y la Prusia estaban desunidas con motivo del reparto de la Polonia; y Federico-Guillermo, que aun se hallaba en el campamento de los Vosgos, no secundaba

el impaciente ardor de Wurmser. Este, lleno de ardimiento, á pesar de sus años, hacia diariamente nuevas tentativas sobre las lineas de Wissemburgo; pero sus ataques parciales no habian tenido otro resultado que la muerte inútil de muchos hombres. A esto se reducía el estado de los negocios en el Rin, durante los primeros dias del mes de setiembre.

En el Mediodia, se hallaban ya mas desarrollados los sucesos. La larga incertidumbre de los lyoneses se habia terminado en fin por una declarada resistencia, que hacia inevitable el sitio de aquella poblacion. Ya hemos visto que ofrecian someterse y reconocer la constitucion, pero sin esplicarse sobre los decretos que les mandaban enviar á Paris, á los patriotas arrestados, y disolver la nueva autoridad seccionaria. Muy pronto infringieron estos decretos de la manera mas escandalosa, enviando al cadalso á Chalier y á Riad, haciendo diariamente preparativos de guerra, apoderándose del dinero de las arcas, y deteniendo los convoyes enviados á los ejércitos. Muchos partidarios de la emigracion se habian introducido entre ellos, y les asustaban con el restablecimiento de la municipalidad montañesa, lisonjeándolos con la llegada de los marseleses, que segun decian, iban á subir por el Ródano; y de los piamonteses, que desembocarían de los Alpes con sesenta mil hombres. Aunque los lyoneses, francamente federalistas, aborrecian á los estrangeros y emigrados, la Montaña y el antiguo Ayuntamiento les causaban tal espanto, que estaban prontos á esponerse al peligro y á la infamia de la alianza estrangera, antes que á las venganzas de la Convencion.

Reúnense en Lyon el río Saona, que corre entre el Jura y la costa de Oro, y el Ródano, que viene desde el Valois entre el Jura y los Alpes; de manera que aquella hermosa ciudad se halla en la confluencia de estos dos ríos. Subiendo el Saona por el lado de Macon, el país era enteramente republicano, y los diputados Laporte y Reverchon con algunos miles de jóvenes quitados, cortaban la comunicacion con el Jura. Dubois-Crancé, con la reserva del ejército de Savoya, venia por la parte de los Alpes, y guardaba la corriente superior del Ródano; pero los lyoneses eran enteramente dueños del curso inferior del río y de su orilla derecha, hasta las montañas de la Auvernia, dominando en todo el Forez, donde hacian frecuentes incursiones, y á proveerse de armas á Saint-Etienne. Un ingeniero hábil habia levantado alrededor de la ciudad excelentes fortificaciones; y un extranjero les habia fundido cañones de grueso calibre. La poblacion estaba dividida en dos porciones: los jóvenes seguian al comandante Precy en sus correrías; los hombres casados, y padres de familia custodiaban la ciudad y sus trincheras. En fin el 8 de agosto, Dubois-Crancé, que habia apaciguado la insurreccion federalista de Grenoble, se dispuso á marchar sobre Lyon, conforme al decreto que le mandaba reducir á la obediencia á aquella ciudad rebelde. El ejército de los Alpes se componia cuando mas de veinte y cinco mil hombres, y pronto iban á echársele encima los piemonteses, pues aprovechándose del mes de agosto, se preparaban en fin para desembocar por la gran cordillera. Este ejército, como hemos visto, acababa de debilitarse enviando dos destacamentos, uno á reforzar

el ejército de Italia, y el otro á sujetar á los marseleses. El Puy-de-Dome, que debia enviar sus reclutas, se habia quedado con ellos para acudir á apagar la sublevacion del Loze, de que ya se ha hablado. Houchard habia detenido la legion del Rin, destinada á los Alpes, y el ministerio prometia sin cesar un refuerzo de mil caballos, que no llegaban. A pesar de esto, Dubois-Crancé destacó cinco mil hombres de tropas regladas, añadiéndoles siete ú ocho mil quintos, y vino con estas fuerzas á colocarse entre el Saona y el Ródano; de modo, que ocupando su corriente superior pudiese quitar á los lyoneses los abastos que les llegaban por agua, conservando sus comunicaciones con el ejército de los Alpes, y cortando las de los sitiados con la Suiza y la Savoya. Por medio de estas disposiciones, dejaba siempre el Forez á los lyoneses, y sobre todo las alturas importantes de Fourvières; pero su situacion así lo requería; y lo esencial era ocupar ambos ríos, y cortar toda comunicacion entre Lyon, Suiza y el Piemonte. Dubois-Crancé esperaba para completar el bloqueo, las nuevas fuerzas que le habian prometido, y el material de sitio que tenia precision de sacar de nuestras plazas de los Alpes, cuyo trasporte exigía el servicio de cinco mil caballos.

El día 8 de agosto intimó la rendicion á la ciudad, imponiéndola por condiciones el desarme general de todos los ciudadanos; que se retirase cada uno á su casa; se entregase el arsenal, y se formara un Ayuntamiento provisional. Pero en este momento, los emigrados ocultos en la comision y en el estado mayor continuaban engañando á los lyoneses, asustándolos con la vuelta del Ayunta-

miento montañés, y diciéndoles que sesenta mil piamonteses se dirigian á la ciudad. Un encuentro que tuvieron dos avanzadas, y que se terminó en ventaja de los lyoneses, los exaltó sobre manera, y decidió su resistencia y sus desgracias. Dubois-Crancé principió el fuego por el lado de la Croix-Rousse entre dos rios, en donde habia tomado posicion, y desde el primer día hizo su artilleria grandes estragos. Asi es que una de nuestras mas importantes ciudades fabriles estaba reducida á los horrores del bombardeo, y nosotros mismos lo estábamos ejecutando en presencia de los piamonteses que iban á bajar de los Alpes.

Al mismo tiempo estaba marchando Carteaux sobre Marsella, y habia pasado el Durance en el mes de agosto. Los marseleses se habian retirado de Aix á su capital, resueltos á defender las gargantas de Septemes, por donde pasa el camino de Aix á Marsella. El general Doppél las atacó el 24 con la vanguardia de Carteaux; la refriega fué muy reñida, pero una seccion, que siempre habia estado en oposicion con las demas, se pasó á los republicanos, y decidió la accion á favor de estos. Fueron tomadas las gargantas, y el 23 entró Carteaux en Marsella con su pequeño ejército.

Este suceso decidió tambien otro, que fué el mas funesto que hasta entonces habia afligido á la república. La ciudad de Tolon, que siempre se habia mostrado animada del mas violento republicanismo, tanto que habia conservado el mismo Ayuntamiento, habia mudado de opinion bajo la nueva autoridad de las secciones, y bien pronto iba á mudar de dominio. Los jacobinos unidos con el Ayuntamiento, estaban muy incomodados contra

los oficiales aristócratas de la marina, quejábanse continuamente de la lentitud con que se hacian las reparaciones á la escuadra, de su inmovilidad en el puerto, y pedian á grandes voces el castigo de los oficiales, á quienes atribuian el fatal resultado de la expedicion de Cerdeña. Los republicanos moderados respondian alli como en todas partes, que solo los oficiales antiguos eran capaces de mandar las escuadras, que los bageles no podian carenarse mas pronto, que seria muy imprudente echarlos a la mar contra las escuadras española é inglesa reunidas; y finalmente, que los oficiales cuyo castigo se pedia, no eran traidores sino guerreros desgraciados. Triunfaron los moderados en las secciones, y al instante una multitud de agentes secretos, intrigando por cuenta de los emigrados y de los ingleses, se introdujeron en Tolon, y llevaron á los habitantes mas lejos de lo que ellos pensaban ir. Estos agentes se comunicaban con el almirante Hood, y se habian asegurado de que las escuadras aliadas se hallarian en las aguas inmediatas, y prontas á obrar á la señal primera. Desde luego, á imitacion de los lyoneses, hicieron sentenciar y condenar á muerte al presidente del club jacobino, llamado Scvestre. En seguida restablecieron el culto de los sacerdotes refractarios, haciendo desenterrar y llevar en triunfo los huesos de algunos que habian perecido en los disturbios por la causa realista. La junta de salvacion pública habia mandado á la escuadra que detuviese los buques destinados á Marsella, á fin de destruir esta ciudad, pero no permitieron la ejecucion de esta orden, y lo alegaron como un mérito á las secciones de Marsella. Comenzaron á hablar luego de los peligros á que estaban

espuestos resistiendo á la Convencion, de la necesidad de procurarse un auxilio contra sus furores; y de la posibilidad de lograr el de los ingleses, proclamando á Luis XVII. Segun parece, el principal instrumento de la conspiracion era el ordenador de marina, el cual ocultaba el dinero de las cajas, mandaba por los caudales por mar hasta los departamentos del Herault, escribia á Génova para detener los abastos, y hacer de este modo mas critica la situacion de Tolon. Habianse mudado los estados mayores: se habia sacado de la cárcel á un oficial de marina comprometido en la expedicion de Cerdeña, para darle el mando de la plaza; se habia puesto al frente de la guardia nacional á un antiguo guardia de corps, y confiado los fuertes á emigrados que habian vuelto á entrar; y por último, se habian asegurado del almirante Trogoff, extranjero, á quien la Francia habia colmado de favores. Entablóse una negociacion con el almirante Hood, bajo pretexto de un cange de prisioneros, y en el momento en que Carteaux acababa de entrar en Marsella, en que el terror habia llegado á su colmo en Tolon, y en que ocho ó diez mil provenzales, los mas contrarrevolucionarios de la comarca, iban á refugiarse allí, se atrevieron á hacer á las secciones la vergonzosa proposicion de recibir á los ingleses, que tomarian la plaza en depósito en nombre de Luis XVII. Indignada la marina, envió una diputacion á las secciones, para oponerse á la infamia que se fraguaba. Pero los contrarrevolucionarios toloneses y marseleses, mas audaces que nunca, rechazaron las reclamaciones de la marina, é hicieron aceptar la proposicion el 29 de agosto. Al instante hicieron señal á los ingleses, y el almiran-

te Trogoff, poniéndose á la cabeza de los que descendaban entregar el puerto; llamó á la escuadra izando la bandera blanca. El valiente contra-almirante Saint-Julien declarando traidor á Trogoff enarboló a su bordo el pabellon de mando, y quiso reunir á la marina fiel. Pero entonces eran ya los traidores dueños de los fuertes, amenazaron abrasar á Saint-Julien con sus buques, y tuvo que huir con algunos oficiales y marineros; los demas se encontraron comprometidos en el lance sin saber lo que iba a ser de ellos. El almirante Hood, que habia estado largo tiempo dudoso, se presentó al fin, y so pretexto de aceptar en depósito el puerto de Tolon, por cuenta de Luis XVII, tomó posesion de él para incendiarlo y destruirlo.

Durante este tiempo, no se habia hecho movimiento alguno en los Pirineos; y en el Oeste se preparaban á ejecutar las providencias dictadas por la Convencion.

Dejamos á las columnas de la alta Vendée reorganizándose en Angers, en Saumur y en Niort, mientras que los insurgentes, dueños de los puentes de Cé, inspiraban tanto recelo, que fué necesario declarar á Saumur en estado de sitio. Solo la columna de Luzon y de los Sabes era capaz de tomar la ofensiva; mandábala el llamado Tuneq; uno de los generales tenidos por aristócratas militares, y cuya destitucion pedia Ronsin al ministerio. A su intermediacion se hallaban los dos representantes Bourdon del Oise, y Goullipeau de Fontenay, animados de las mismas disposiciones, y opuestos á Ronsin y á Rossignol. Goupilleau, sobre todo, con motivo de ser natural del pais, estaba inclinado por sus relaciones de familia y de amistad á tener miramientos

con los habitantes, y á evitarles los rigores que les preparaban Ronsin y los suyos.

Como esta columna de Luzon inquietaba bastante á los de la Vendée, resolvieron dirigir contra ella sus fuerzas, siempre victoriosas. Quisieron además socorrer á la division de M. Rolin, el cual colocado delante de Luzon, y aislado entre los dos grandes ejércitos de la alta y baja Vendée, obraba con sus solos recursos, y tenía necesidad de apoyo. En los primeros dias del mes de agosto reunieron efectivamente algunas fuerzas alrededor de Luzon, y desalojándolas completamente el general Tuncq, resolvieron entonces emplear un esfuerzo mas decidido. Elbée, Lescure, Larochejacquelein y Charette se reunieron con cuarenta mil hombres, y el 14 de agosto se presentaron de nuevo en las cercanías de Luzon. Tuncq tenia apenas seis mil. Fiándose Lescure en la superioridad del número, dió el funesto consejo de atacar en la llanura al ejército republicano. Lescure y Charette tomaron el mando de la izquierda, Elbée el del centro, y Larochejacquelein el de la derecha. Lescure y Charette operaron con valentia en la derecha; pero en el centro, teniendo los soldados que luchar en el llano con tropas disciplinadas, titubearon; y Larochejacquelein, extraviándose en el camino, no llegó á tiempo á la izquierda. Entonces el general Tuncq, jugando convenientemente su artillería ligera sobre el centro descompuesto, lo desordenó; y en pocos instantes huyeron todos los vendeanos en número de cuarenta mil. Ningun acontecimiento habia sido tan desesperado para estos últimos, pues perdieron toda su artillería y volvieron á su país llenos de la mayor consternacion. En este momento

llegaba la destitucion del general Tuncq, pedida por Ronsin, pero Bourdon y Goupilleau, indignados, le sostuvieron en el mando, escribieron á la Convencion para que revocase la decision ministerial, y produjeron nuevas quejas contra el partido desorganizador de Saumur, que decian, todo lo trastornaba, y queria reemplazar á todos los generales instruidos con ignorantes demagogos. En este instante, Rossignol, que estaba inspeccionando las distintas columnas de su mando, llegó á Luzon, y su entrevista con Tuncq, Goupilleau y Bourdon, se redujo á mútuas reconvencciones. A pesar de dos victorias, se manifestó descontento de que se hubieran dado batallas contra su voluntad; porque era de parecer, y seguramente con razon, de que convenia evitar todo lance antes de la organizacion general de los diferentes ejércitos. Se separaron, y noticiosos Bourdon y Goupilleau, poco tiempo después de este avistamiento, de algunas tropelías cometidas por Rossignol en el país, tuvieron la osadía de dar un decreto para deponerlo. Al momento, los representantes que estaban en Saumur, Merlin, Bourbotte, Choudieu y Rewbell, anularon el decreto de Goupilleau y Bourdon, reponiendo á Rossignol en sus funciones. Pasó el asunto á la Convencion, y la cual habiendo confirmado de nuevo á Rossignol mandó retirarse á Bourdon y á Goupilleau, y suspendió á Tuncq.

Tal era la situacion de las cosas cuando llegó á la Vendée la guarnicion de Maguncia. Se dudaba del plan que seria mas conveniente seguir, y en que parte se emplearia aquella bizarra guarnicion, esto es, si se destinaria al ejército de la Rochela y á las órdenes de Rossignol, ó al de Brest, que man-

daba Caneaux. Cada cual la quería para sí, porque nadie dudaba que el triunfo era seguro donde quiera que se presentase. Todos estaban acordes en acometer al país con ataques simultáneos, que dirigidos desde todos los puntos de la circunferencia, viniesen á concluir en el centro; pero como la columna que tuviese á los maguncianos debía tomar una ofensiva mas resuelta, rechazando á los vendeanos sobre las otras columnas, tratabase de saber sobre qué punto era mas conveniente arrollar al enemigo. Rossignol y los suyos sostenían que el mejor partido posible era que los maguncianos marchasen por Saumur, para empujar á los vendeanos hácia el mar y el bajo Loira, donde se les destruiría enteramente; que las columnas de Angers y de Saumur, demasiado endebles, necesitaban para obrar el apoyo de los maguncianos, que, reducidas á sí mismas, se verían en la imposibilidad de avanzar para dar la mano á las otras columnas de Niort y Luzon; que ni aun podrían atajar á los vendeanos rechazados, ni estorbarles que se esparciesen en el interior del país; y que en fin, haciendo avanzar á los maguncianos por Saumur, no se perdería tiempo, al paso que por Nantes tenían que dar un rodeo considerable, perdiendo de diez á quince dias. Caneaux al contrario, temía dejar abierta la mar á los vendeanos, porque acababa de descubrirse en las aguas del Oeste una escuadra inglesa, y debía inferirse que los ingleses trataban de hacer un desembarco en el Marais. Este era entonces el concepto general, y aunque equivocado, ocupaba el ánimo de todos. Entretanto había poco que los ingleses acababan de enviar un emisario á la Vendée, el cual había llegado disfrazado, pidiendo el nom-

bre de los gefes, sus intenciones y objeto determinado, pues hasta este punto se ignoraban en Europa los acontecimientos interiores de Francia. Respondieron los de la Vendée pidiendo dinero y municiones, y ofreciendo llevar cincuenta mil hombres al punto en que quisiesen hacer un desembarco. Véase, pues, cuán lejano estaba todavía un proyecto de este género por mas que en todas partes le creyese muy próximo á realizarse. Era necesario, pues, decía Caneaux, que los maguncianos operaran por Nantes, cortar el mar á los vendeanos, y rechazarlos de este modo hacia el alto país. Si se internasen, añadía Caneaux, quedarían bien pronto destruidos, y en cuanto al tiempo que se perdía, no era circunstancia de mucha consideración, porque el ejército de Saumur no estaba en estado de operar antes de diez ó doce dias ni aun con el auxilio de los maguncianos. Otra razon había algo mas fuerte aunque nadie la alegaba, y era que como el ejército de Maguncia estaba ya acostumbrado á la guerra, prefería servir con soldados veteranos y estar mas bien á las órdenes de Caneaux, general experimentado, que á las de Rossignol, militar ignorante, fuera de que el ejército de Brest se había distinguido por varios hechos gloriosos, mientras que el de Saumur era conocido únicamente por sus derrotas. Los representantes afeetos al partido de la disciplina eran del mismo parecer, y tenían comprometer al ejército de Maguncia, incorporándole con los soldados jacobinos é indisciplinados de Saumur.

El adversario mas enconado contra el partido de Rossin, que era Philipeaux, marchó á Paris, y obtuvo un decreto de la junta de salvacion pública

en favor del plan de Canclaux; pero Ronsin hizo revocar este decreto, y entonces se convino en que un consejo de guerra, celebrado en Saumur, decidiera la manera en que habian de emplearse aquellas fuerzas. Túvose este el 2 de setiembre, y se compuso de muchos generales y representantes que fueron de diversos pareceres. Rossignol, que era de buena fé en sus opiniones, ofreció á Canclaux que le entregaria el mando si queria dejar obrar á los maguncianos por Saumur. Prevalció no obstante el dictamen de Canclaux; los maguncianos se destinaron al ejército de Brest, y el ataque principal habia de dirigirse de la baja Vendée á la alta. Firmóse el plan de campaña, y se convino en marchar en un día fijo desde Saumur, Nantes, los Sables y Niort.

Muy disgustado estaba el partido de Saumur, porque aunque Rossignol tenia eficacia y buena fé, carecia de instruccion y buena salud, lo cual le hacia incapaz de servir de una manera útil en el ejército. Sin embargo, de la decision adoptada se hallaba menos resentido que sus mismos partidarios, como Ronsin, Momoro y demas agentes ministeriales. Estos escribieron al momento á Paris, quejándose del funesto partido que acababa de adoptarse, de las calumnias esparcidas contra los generales descamisados, de las desconfianzas que se habian infundido al ejército de Maguncia, manifestando de este modo que no debia esperar por su parte gran eficacia para secundar el plan convenido en Saumur. Ronsin aun llevó su desafección hasta interrumpir la distribución de viveres al ejército de Maguncia, con el pretexto de que, pasando este cuerpo del ejército de la Rochela al de

Brest, tocaba á los administradores de éste el abastecerlo. Los maguncianos marcharon al momento á Nantes, y Canclaux dispuso todo lo necesario para que se ejecutase el plan convenido en los primeros dias de setiembre.

Esta habia sido la marcha general de los negocios en los diversos teatros de la guerra, durante los meses de agosto y setiembre. Sigamos ahora las grandes operaciones que sucedieron á estos preparativos.

El duque de York habia llegado á Dunkerque con veinte y un mil ingleses y hannoverianos y doce mil austriacos. El mariscal Freytag estaba en Ost-Capelle con diez y seis mil hombres; el principe de Orange en Menin con quince mil holandeses; y ambos cuerpos estaban colocados allí como ejército de observacion. El resto de los coligados, dispersos al rededor del Quesnoy y hasta el Mosela, ascendia á unos cien mil hombres. Por consiguiente, ciento sesenta, ó ciento setenta mil hombres estaban repartidos en aquella linea inmensa, ocupados en formar sitios, y en guardar todos los pasos. Carnot, que empezaba á dirigir las operaciones de los franceses, habia conocido ya que no se trataba de pelear en todos los puntos, sino de emplear á tiempo una fuerte masa en uno decisivo, y por lo tanto propuso la traslacion de treinta y cinco mil hombres del Mosela, y del Rin al Norte; adoptóse su consejo, pero no pudieron llegar á Flandes mas que doce mil. Sin embargo, con este refuerzo y los diversos campamentos colocados en Gavarelle, en Lila y en Cassel, hubieran podido reunir los franceses un total de sesenta mil hombres, y en el estado de dispersion en que se halla-

ba el enemigo, dar grandes golpes; no siendo necesario otra cosa para convencerse de esto, sino tender la vista sobre el teatro de la guerra. Siguiendo la costa de Flandes para entrar en Francia, se encuentra primero á Furnes y luego á Dunkerque, estas dos ciudades que baña el Océano por un lado, y por el otro las dilatadas lagunas del Grande-Moer, no se comunican entre sí, sino por una estrecha lengua de tierra, sobre la cual se había colocado el duque de York para sitiar á Dunkerque, viniendo por Furnes, que es la primera que se encuentra entre el Grande-Moer y el Océano. El cuerpo de observacion de Freytag no se había establecido en Furnes, de manera que pudiese custodiar la retaguardia del ejército sitiador, y al contrario estaba demasiado lejos de esta posicion, delante de las lagunas y de Dunkerque, de modo que pudiera interceptar los socorros que viniesen del interior de la Francia. Los holandeses del príncipe de Orange, apostados en Menin, a tres jornadas de este punto, llegaban á ser del todo inútiles. Una mole de sesenta mil hombres, marchando rápidamente entre los holandeses y Freytag, podía dirigirse á Furnes, detras del duque de York, y maniobrando de este modo entre los tres cuerpos enemigos; arrollar sucesivamente á Freytag, al duque de York y al príncipe de Orange; pero para esto se necesitaba un solo ejército, y rapidos movimientos. Entonces, pues, no se pensaba sino en atacar de frente, oponiendo á cada destacamento otro igual. Sin embargo, la junta de salvacion pública había concebido con corta diferencia el plan de que hablamos, mandando se formase un solo cuerpo y marchase sobre Furnes. Houchard com-

prendió por un instante este pensamiento, pero no se detuvo en él, é intentó simplemente marchar contra Freytag, y haciéndole replegar sobre la espalda del duque de York, hacer mas difícil la posicion de los sitiadores.

Mientras que Houchard aceleraba sus preparativos, hacia Dunkerque una vigorosa resistencia. Apovado el general Sobuam, por el jóven general Hoche, que se portó en este sitio heroicamente, había rechazado ya muchos ataques. El sitiador no podía abrir fácilmente la trinchera en un terreno arenoso, donde se encontraba el agua á menos de tres pies de profundidad. La escuadrilla que debía hajar por el Támesis para bombardear la plaza, no llegaba, y al contrario, una escuadrilla francesa, que había salido de Dunkerque y estaba anclada en la orilla, fogueaba á los sitiadores encerrados en la estrecha lengua de tierra, careciendo de agua potable, y espuestos á toda clase de peligros. El caso consistia en no perder tiempo y dar golpes decisivos. Estábamos ya á últimos de agosto, y segun el uso de la táctica antigua, principió Houchard por hacer un reconocimiento sobre Menin, que produjo un combate sangriento é inútil; y después de haber dado esta alarma preliminar, se adelantó por diferentes caminos hacia la línea del Yser, riachuelo que lo separaba del cuerpo de observacion de Freytag. En lugar de venir á colocarse entre el cuerpo de observacion y el del sitio, enargó á Hedouville marchase sobre Ronsbrughe, para tratar de impedir únicamente la retirada de Freytag sobre Furnes, y él mismo fué á atacar de frente á Freytag, marchando con todo su ejército por Houtkercke, Herseele y Bambeke. Freytag había

dispuesto su ejército en una línea muy dilatada sin tener consigo mas que una pequeña parte, cuando recibió el primer choque de Houchard. Resistió en Herscele, pero despues de un combate bastante reñido, tuvo que volver á pasar el Ysér, retroceder hácia Bambeke, y sucesivamente de Bambeke á Rexpoede y Killem. Replegándose de esta manera hasta la otra parte del Ysér, dejaba comprometidas sus alas en vanguardia. La division Walmoden se encontró lejos de él á su derecha, y su propia retirada estaba amenazada hácia Rousbrugge por Hedouville.

Quiso entonces Freytag marchar aquel mismo dia adelante, y recobrar á Rexpoede, á fin de reunir á sí la division de Walmoden, y en efecto llega á Rexpoede en el momento en que entran los franceses, y trábase una reñida refriega, en que Freytag cae herido y prisionero. Sin embargo, siendo ya muy tarde, y temiendo Houchard un ataque nocturno, se retira fuera de la poblacion, no dejando en ella mas que tres batallones. Walmoden que se replegaba con su division comprometida, llega en este instante, y se decide á atacar vivamente á Rexpoede, á fin de abrirse paso. Entonces se empeña un combate sangriento en medio de la noche; franquéase el paso, rescatan á Freytag, y se retira el enemigo en masa al lugar de Hondshoote. Este pueblo, situado junto al Grande-Moer, y en el camino de Furnes, era un paso por el que se tenia que atravesar al retirarse de Furnes. Houchard habia renunciado á la idea principal de maniobrar hácia este último punto, entre el cuerpo de sitio y el de observacion; y por lo tanto no le quedaba mas recurso que atacar siempre de

frente al mariscal Freytag, y arrojarle sobre el lugar de Hondshoote. El dia 7 se pasó en observar las posiciones del enemigo, defendidas por una gruesa artilleria, y el 8 se resolvió el ataque decisivo, poniéndose desde por la mañana en movimiento el ejército francés, para atacar de frente toda la línea. El ala derecha, á las órdenes de Hedouville, se extendia entre Killem y Beveren; el centro, mandado por Jourdan, marchó directamente de Killem á Hondshoote; la izquierda atacó entre el Killem y el canal de Fournes. Se comprometió la accion entre los sotos que cubrian el centro, hacia los cuales se dirigió la mayor parte de las fuerzas de ambos lados, habiendo atacado repetidas veces los franceses, hasta que al fin se hicieron dueños de las posiciones. Mientras triunfaban en el centro se tomaron tambien los atrincheramientos de la derecha, lo cual obligó al enemigo á tomar el partido de retirarse sobre Furnes por los caminos de Houthem y de Hoghestade.

Mientras estas cosas sucedian en Hondshoote, la guarnicion de Dunkerque, á las órdenes de Houché, hacia una salida vigorosa, poniendo á los sitiadores en el mayor peligro. Al dia siguiente del combate, tuvieron estos un consejo de guerra, y viendose amenazados por retaguardia sin llegar los armamentos maritimos que habian de servir para el bombardeo de la plaza, resolvieron levantar el sitio y retirarse á Furnes, adonde acababa de llegar Freytag; y todos en efecto, se reunieron allí el 9 de setiembre por la tarde.

A esto se redujeron aquellas tres jornadas, que tuvieron por objeto y resultado replegar al ejército de observacion sobre la retaguardia del cuerpo de

sitio, siguiendo una marcha directa. El último combate dió su nombre á esta operacion, y la batalla de Hondschoote se consideró como la salvacion de Dunkerque. Esta operacion, en efecto, rompía la larga cadena de nuestros reveses en el Norte, causaba un descalabro personal á los ingleses, disipaba sus mejores esperanzas, salvaba á la república de la desgracia que le hubiera sido mas sensible, y prestaba mayor aliento á la Francia.

Grande fué la alegría que produjo en Paris la victoria de Hondschoote, inspirando mas ardimiento á la juventud, y dando esperanzas de que podia llegar á ser muy feliz la energia que se habia manifestado. Poco importan, en efecto, los reveses, con tal que vengan entre ellos algunos triunfos, y devuelvan al vencido la esperanza y el valor. La alternativa hace aumentar la energia y exaltar el entusiasmo de la resistencia.

Mientras el duque de York se dirigia á Dunkerque, resolvió Coburgo el ataque del Quesnoy, cuya plaza carecia de todos los medios necesarios de defensa. La junta de salvacion pública, que no desatendia esta parte de la frontera como las demas, habia dispuesto inmediatamente saliesen columnas de Landrecies, y Cambray Maubeuge; pero estas, desgraciadamente no pudieron obrar al mismo tiempo, pues una de ellas tuvo que encerrarse en Landrecies, y la otra, arrollada en la llanura de Avesnes, tuvo que formar el cuadro, que rompió el enemigo despues de una resistencia la mas honorífica. Por último el Quesnoy se vió obligado á capitular el 11 de setiembre; y aunque esta pérdida fuese de poca entidad, comparada con la salvacion de Dunkerque, no dejó de oscurecer un

poco la alegría causada por este último suceso.

Despues de haber obligado Houchard al duque de York a reconcentrarse en Furnes con Freytag, nada útil le restaba que alcanzar en aquel punto, sino batirse con fuerzas iguales contra soldados mas aguerridos, sin que ninguna de aquellas circunstancias favorables ó urgentes, le obligase á aventurar una batalla dudosa. En tal situacion, lo mejor que podia hacer, era caer sobre los holandeses, diseminados en muchos destacamentos alrededor de Menin, Halluin, Roncq, Werwike é Ypres. Procediendo pues, con la mayor prudencia mandó al campamento de Lila que hiciese una salida sobre Menin, mientras que él obraria por Ypres; y en efecto, por espacio de dos dias se disputaron los puestos avanzados de Werwike, de Roncq y de Halluin, empleando ambas partes una mediana inteligencia. El principe de Orange, aunque estrechado por todas partes, y habiendo perdido sus puntos avanzados, resistia porliadamente, porque supo la rendicion del Quesnoy, y la aproximacion de Beaulieu, que le traia socorros. En fin, el 13 de setiembre tuvo que evacuar á Menin, despues de haber perdido en estas diferentes jornadas de dos á tres mil hombres, y cuarenta piezas de artilleria. Aunque nuestro ejército no hubiese sacado de su posicion toda la ventaja posible, y que faltando á las instrucciones de la junta de salvacion pública, hubiese obrado por masas demasiado divididas, sin embargo, ocupaba á Menin, de donde salió el 15, marchando hácia Courtray. En Bisseghem se encontró con Beaulieu, y la accion se empeñó al principio con ventaja nuestra; pero de repente la aparicion de un cuerpo de caballeria en

las alas, causó una alarma infundada, pues no había peligro verdadero, y todo el ejército retrocedió huyendo hasta Menin. No paró aquí esta inconcebible derrota; comunicóse el terror á todos los campamentos, á todos los puntos, y el ejército en masa fué á refugiarse bajo el cañon de Lila. Este pánico terror, cuyo ejemplo no era nuevo, y provenia de la juventud é inesperienza de nuestras tropas, y acaso de algun dicho péfido *sálvese el que pueda*, nos hizo perder las mayores ventajas, y retroceder hasta Lila. La noticia de este acontecimiento produjo en París una funesta impresion, hizo perder á Houchard el fruto de su victoria, provocó contra él un furor violento, tocándole alguna parte á la misma junta de salvacion pública, y una nueva série de descabros vino al instante á despeñarnos otra vez á la peligrosa situacion de que por un momento acabábamos de salir con la victoria de Hondschoote.

Los prusianos y los austriacos, colocados en las dos vertientes de los Vosgos, delante de nuestros ejércitos del Mosela y del Rin, comenzaron á hacer algunas serias tentativas. El anciano Wurmser, mas fogoso que los prusianos, y conociendo la ventaja de los pasos de los Vosgos, quiso ocupar el punto importante de Bodenthal, hácia el alto Lauter; y en efecto, aventuró un cuerpo de cuatro mil hombres que, atravesando por entre espantosas montañas, consiguió apoderarse de Bodenthal. Por su parte, los representantes en el ejército del Rin, cediendo al impulso general, que en toda la república producía un aumento de actividad, resolvieron una salida general de las líneas de Wissemburg para el 12 de setiembre. Los tres generales

Desaix, Dubois y Michaud, arrojados al mismo tiempo contra los austriacos, hicieron esfuerzos inútiles, y tuvieron que replegarse á las líneas. Las tentativas dirigidas principalmente contra el cuerpo austriaco que había llegado á Bodenthal, fueron del todo infructuosas, y sin embargo se dispuso un nuevo ataque para el 14. Mientras que el general Ferrette marchaba sobre Bodenthal, el ejército del Mosela, maniobrando sobre la otra vertiente, debía atacar á Pirmasens, que corresponde á Bodenthal, y en donde se hallaba Brunswick apostado con una parte del ejército prusiano. El ataque del general Ferrette salió perfectamente; nuestros soldados asaltaron las posiciones de los austriacos con una heroica temeridad, se apoderaron de ellas, y recobraron el importante desfiladero de Bodenthal. Pero no sucedió lo mismo en la vertiente opuesta, porque Brunswick conocía la importancia de Pirmasens, que cerraba los desfiladeros, poseía fuerzas considerables, y se hallaba en posiciones excelentes. Mientras que el ejército del Mosela hacía frente sobre el Sarre al resto del ejército prusiano, se destacaron doce mil hombres de Hornbach sobre Pirmasens. La única esperanza de los franceses era apoderarse de este último punto por medio de una sorpresa, pero descubiertos y fogueados por la artillería, luego que se acercaron, no les quedó otro partido que retirarse. Esto es lo que quería el general, pero se opusieron á ello los representantes, mandando atacar en tres columnas por tres barrancos que van á salir al cerro en que está situado Pirmasens. Ya nuestros soldados, gracias á su valentia, habían avanzado mucho; la columna de la derecha estaba pronta á salvar el barranco, y

á darla vuelta á Pirmasens, cuando un fuego continuo y dirigido sobre sus flancos, vino á envolverla inesperadamente. Nuestros soldados resisten al principio; pero aumentase el fuego, y son rechazados por lo largo del barranco en que estaban. Retroceden igualmente las otras columnas, y todos huyen hácia los valles en el mayor desorden, viéndose obligado el ejército á replegarse al punto de donde habia salido. Afortunadamente, los prusianos no pensaron en perseguirle, y ni siquiera ocuparon su campamento de Hornbach, que habian abandonado para dirigirse á Pirmasens. En este encuentro perdimos veinte y dos cañones, y cuatro mil hombres muertos, heridos ó prisioneros, pudiendo tener este descalabro una fatal trascendencia, pues los coligados, alentados con el triunfo, intentaban emplear todas sus fuerzas, preparándose á marchar sobre el Sarre y el Lauter, á fin de arrebatarlos las líneas de Wissemburgo.

Continuaba lentamente el sitio de Lion, y en el cual reuniéndose los piemonteses que por los Altos Alpes desembocaron en los valles de Savoya, obligaron á Dubois-Crancé y á Kellerman á dividir sus fuerzas; Kellerman habia ido á Savoya, y Dubois-Crancé, permaneciendo delante de Lion con medios insuficientes, empleaba inútilmente el hierro y el fuego sobre aquella desgraciada ciudad que resuelta á sufrirlo todo, no podia ser reducida por los desastres del bloqueo, sino solamente por un ataque á viva fuerza.

Choque sangriento era tambien el que acabáramos de padecer en los Pirineos. Desde los últimos acontecimientos habian permanecido nuestras tropas en los alrededores de Perpiñan; y los es-

pañoles se hallaban en su campamento de Mas-d'Eu, numerosos, aguerridos y mandados por un hábil general, que duplicaba su ardor y sus esperanzas. Ya hemos descrito el teatro de la guerra; esto es, que los dos valles casi paralelos del Tech y del Tet salen de la gran cadena, y terminan en el mar, hallándose situado Perpiñan en el segundo. Ricardos habia atravesado la primera línea del Tech, puesto que se hallaba en Mas-d'Eu, y habia resuelto pasar el Tet mucho mas arriba de Perpiñan para dar la vuelta á esta plaza, y obligar á nuestro ejército á abandonarla. Con este objeto pensó primero apoderarse de Villafranca, cuya pequeña fortaleza, colocada en la corriente superior del Tet, debia asegurar su ala izquierda contra el valiente Dagobert, quien con tres mil hombres conseguia triunfos en la Cerdania. De consiguiénte, á primeros de agosto destacó al general Crespo con algunos batallones, el cual no hizo mas que presentarse delante de Villafranca, cuyo comandante le abrió cobardemente las puertas y dejando una corta guarnicion en ella, fué á unirse á Ricardos. Entretanto recorría Dagobert toda la Cerdania, replegó á los españoles hasta el Seo de Urgel y aun trató de echarlos hasta Campredon. Sin embargo, la debilidad del destacamento de Dagobert, y la fortaleza de Villafranca, tranquilizaron á Ricardos respecto á los triunfos de los franceses en su ala izquierda; y por lo tanto insistió en la ofensiva. El 31 de agosto amenazó á nuestro campamento de Perpiñan, y pasó el Tet, mas allá de Soler, arrojando á nuestra ala derecha, que fué á replegarse á Salces, pocas leguas mas acá de Perpiñan, y muy cerca del mar. En esta posicion, en-

cerrados parte de los franceses en Perpiñan, y los demas arrinconados hácia Salces con el mar á la espalda, se hallaban en una situacion de las mas peligrosas. Dagobert ciertamente conseguia nuevas ventajas en la Cerdania, pero eran muy poco importantes para alarmar á Ricardos. Los representantes Fabre y Cassaigne, retirados con el ejército en Salces, resolvieron llamar á Dagobert en reemplazo de Barbantane, á fin de atraer la fortuna á nuestras banderas, y entretanto proyectaron un movimiento combinado entre Salces y Perpiñan, para salir de tan peligrosa situacion, mandando que una columna avanzase sobre esta última plaza, y atacase á los españoles por la espalda, mientras que ellos dejando sus posiciones, los atacaban de frente. En efecto, el 15 de setiembre salió de Perpiñan el general Davoust con seis ó siete mil hombres, mientras que Perignon se dirigia desde Salces contra los españoles. A la señal convenida, se arrojan entrambos costados en el campo enemigo, este, estrechado por todas partes, se ve obligado á huir detrás de Tet, abandonando veinte y seis piezas de artilleria, y va otra vez á situarse en el campamento de Mas-d'Eu, de donde habia salido para ejecutar aquella atrevida pero infausta tentativa.

En aquellas circunstancias llegó Dagobert, y este guerrero de edad de setenta y cinco años, reuniendo la fogosidad de un joven á la consumada prudencia de un viejo general, se dió prisa á señalar su llegada con una tentativa sobre el campamento de Mas-d'Eu. Dividió su ataque en tres columnas: saliendo la primera de nuestra derecha, y marchando por Thuir sobre Santa-Colomba, de-

bia circunvalar á los españoles; la segunda, maniobrando en el centro, estaba encargada de atacarlos de frente, y arrollarlos; en fin, la tercera, operando hácia la izquierda, debia situarse en un bosque y cortarles la retirada. Esta última, mandada por Davoust, apenas atacó, cuando huyó desordenadamente, y entonces los españoles pudieron dirigir todas sus fuerzas sobre las otras dos columnas del centro y de la derecha. Pensando Ricardos que en la derecha estaba todo el peligro, dirigió á ella sus mayores fuerzas y consiguió rechazar á los franceses. Solo en el centro, Dagobert, que todo lo animaba con su presencia, tomó las trincheras que estaban delante de él, y ya iba á decidir la victoria, cuando Ricardos, volviendo con sus tropas victoriosas á la derecha, y á la izquierda, atacó á su enemigo con todas sus fuerzas reunidas. Sin embargo, todavía resistia el valiente Dagobert cuando un batallon rinde las armas gritando: *Viva el rey!* Indignado Dagobert, dirige dos piezas contra los traidores, y mientras los confunde, reune en torno suyo un pequeño número de valientes que habian permanecido fieles, y se retira con algunos centenares de hombres, sin que el enemigo, intimidado por su fiero continente, se atreva á perseguirlo.

Ciertamente no merecia aquel bravo general sino elogios y laureles por su firmeza en medio de tales reveses, y si su columna de la izquierda hubiera hecho su deber, y no se hubieran desbandado sus batallones del centro, indudablemente sus disposiciones habrian sido coronadas con un completo triunfo. Mas á pesar de esto, la tenaz desconfianza de los representantes le atribuyó aquel

desastre, y ofendido el general por tanta injusticia se volvió a tomar el mando subalterno de la Cerdania, hallándose nuestro ejército segunda vez rechazado sobre Perpignan, y espuesto a perder la importante línea del Tet.

El plan de campaña del 2 de setiembre se había puesto ya en ejecución en la Vendée, y la division de Maguncia, como hemos visto, debía obrar por Nantes. La junta de salvacion pública que recibia noticias alarmantes sobre los proyectos de los ingleses en el Oeste, aprobó en un todo la idea de dirigir las fuerzas principales hacia las costas; lo cual disgustó mucho a Rossignol y á su partido, que escribieron al ministerio de una manera que manifestaba por parte de ellos poca cooperacion á los planes convenidos. La division de Maguncia marchó sobre Nantes, en donde fué recibida con grandes demostraciones de alegría, y en medio de públicos regocijos. Habian preparado un banquete y antes de ir á él lo preludiaron con una viva escaramuza contra los enemigos diseminados en las orillas del Loira. Si la columna de Nantes se hallaba gozosa por estar reunida á la célebre division de Maguncia, ésta no lo estaba menos en servir á las órdenes del valiente Canclaux, quien con su division, se señalaba ya en la defensa de Nantes y en una multitud de acciones honoríficas. Segun el plan concertado, varias columnas partiendo de todos los puntos del teatro de la guerra, debian reunirse en el centro y esterminar al enemigo. Canclaux, general del ejército de Brest, saliendo de Nantes, debía bajar por la orilla izquierda del Loira, costear el lago de Grand-Lieu, limpiar de enemigos la Vendée inferior, subir luego hacia

Machineoul, y hallarse en Leger el 14 ó el 13; y su llegada á este último punto era la señal de marcha para las columnas del ejército de la Rochela, encargadas de arrollar el pais por el Sud y el Este. Recordemos que el ejército de la Rochela á las órdenes de Rossignol, general en jefe, se componia de muchas divisiones: la de los Sables mandada por Mieszkowsky, la de Luzon por Belfroy, la de Niort por Chalbós, la de Saumur por Santerre, y la de Angers por Duboux. Desde el instante en que Canclaux llegase á Leger, la columna de los Sables tenia orden de ponerse en movimiento para hallarse el 13 en San Fulgencio, el 14 en los Herbiers, y el 16 reunida con la de Canclaux en Mortagne. Las columnas de Luzon y de Niort, dándose la mano, debian avanzar hacia Bressuire y Argenton, llegando a este punto el 14; en fin, las columnas de Saumur y de Angers, saliendo del Loira debian llegar tambien el 14 á los alrededores de Vihiers y Chemillé. De consiguiente segun este plan debia recorrerse todo el pais desde el 14 al 16, y los rebeldes debian quedar encerrados por las columnas republicanas entre Montagne, Bressuire, Argenton, Vihiers y Chemillé, en cuyo caso su destruccion era inevitable.

Ya hemos visto que los vendeanos rechazados por dos veces de Luzon con una perdida considerable, deseaban desquitarse, y con este objeto reunieron bastantes fuerzas antes que los republicanos hubiesen ejecutado sus proyectos; y en tanto que Charette sitiaba el campo de Naudieres por la parte de Nantes, atacaron á la division de Luzon que se habia adelantado hasta Chantonay. Estas dos tentativas se verificaron el 3 de setiembre;

malogróse la de Charett sobre Naudieres, pero el ataque de Chantonay, imprevisto y bien dirigido, puso á los republicanos en el mayor desorden. El jóven y bizarro Marceau, hizo prodigios para evitar un desastre; pero su division, despues de haber perdido sus bagajes y su artilleria, se retiró desconcertada á Luzon. Este contratiempo podia inutilizar el plan acordado, porque la desorganizacion de una de las columnas, dejaba un vacio entre la division de los Sables y la de Niort; pero los representantes hicieron los esfuerzos mas activos para reorganizarla, y se enviaron pliegos á Rossignol, noticiándole este acontecimiento.

En aquel momento hallábanse todos los vendeanos reunidos en los Herbiers, al rededor del generalísimo d'Elbée; pero tan divididos estaban ellos como sus contrarios, porque el Corazon humano es en todas partes el mismo y la naturaleza no reserva el desinterés y las virtudes para un partido, dejando esclusivamente al otro el orgullo, los vicios y el egoismo. Los gefes vendeanos se enclabaa unos con otros como los republicanos, y los generales tenian en muy poco al consejo superior que afectaba una especie de soberania. Poseyendo la fuerza verdadera, no estaban dispuestos en manera alguna á ceder el mando á un poder, que solo á ellos mismos debia su aérea existencia. Por otra parte, no tenian mucho afecto al generalísimo d'Elbée, y suponian que Bonchamps hubiese sido mejor para mandarlos á todos, en tanto que Charette por su parte queria ser dueño absoluto de la baja Vendée; por consiguiente, no estaban muy dispuestos á entenderse y á concertar un plan en oposicion al de los republicanos, de que habian

tenido noticia por medio de un parte interceptado. Bonchamps fué el único que propuso un proyecto arrojado y que revelaba sus grandes alcances. Pensaba que no seria posible resistir por mucho tiempo á las fuerzas reunidas en la Vendée, que era muy urgente salir de los bosques y barrancos en que estaban sepultados eternamente sin darse á conocer á los aliados, ni recibir noticia de ellos, y de consiguiente, propuso que en vez de espónerse á ser destruidos, valia mas salir en columna cerrada de la Vendée, y pasar á Bretaña en donde se les deseaba, y de donde la república no esperaba verse atacada. Aconsejó que la marcha se verificase directamente á las costas del Océano, y que apoderándose de un puerto, se abriese comunicacion con los ingleses, se recibiese en él á un principe emigrado, y se marchase desde allí á Paris haciendo una guerra ofensiva y terminante. Este parecer que se supone de Bonchamps no fué seguido de los vendeanos, cuyas miras eran siempre tan ilimitadas, y que tanta repugnancia tenian á abandonar su suelo. Sus gefes no trataron mas que de repartirse el pais en cuatro porciones, para reinar en ellas individualmente. Tocó á Charette la baja Vendée, á Bonchamps las orillas del Loira por la parte de Angers, á Larochejacquelein el resto del alto Anjou, y á Lescure toda la parte insurreccionada de Poitou. D'Elbée conservó su vano titulo de generalísimo, y el Consejo superior su autoridad imaginaria.

El dia 9 se puso Canelaux en movimiento, dejando en el campamento de Naudieres una fuerte reserva á las órdenes de Grouchy y de Ilaxo, para proteger á Nantes, y dirigió hácia Leger la co-

lumna de Maguncia. En este tiempo, el ejército antiguo de Brest, á las órdenes de Beysser, dando la vuelta á la baja Vendée por Pornic, Bourneuf y Machecoul debia reunirse en Leger con la columna de Maguncia.

Todos estos movimientos, dirigidos por Canclaux, se ejecutaron sin obstáculos. La columna de Maguncia, cuya vanguardia estaba á las órdenes de Kleber, y el cuerpo de batalla á las órdenes de Aubert-Dubayet, arrolló á todos los enemigos que se le presentaron. Kleber en la vanguardia, tan leal como heroico, hacia acampar sus tropas en despoblado para impedir las devastaciones y decia: «Al pasar por delante del hermoso lago de «Grand-Lieu encontramos paisajes encantadores, «y puntos de vista tan agradables como multipli- «cados. Por un estenso prado vagaban al acaso «numerosos rebaños abandonados á sí mismos y no «pude menos de lamentar la suerte de los desdicha- «dos habitantes, que extraviados y fanatizados por «sus sacerdotes, desecharan los beneficios de un «nuevo orden de cosas, para correr á una destruc- «cion infalible.» Kleber hizo continuos esfuerzos para proteger el pais contra los soldados, y lo consiguió muchas veces. Uni6se al estado mayor una comision civil para hacer ejecutar el decreto del 1.º de agosto, que mandaba asolar el territorio, llevándose á otra parte toda la poblacion. Prohibiase á los soldados el pegar fuego, pues los medios de destruccion no habian de emplearse sino cuando lo ordenaran los generales y la comision civil.

La columna de Maguncia se reunió el 14 en Leger con la de Brest, mandada por Beysser. En este tiempo, la columna de los Sables, á las órde-

nes de Mieszkowsky, habia llegado á San Fulgencio, segun el plan convenido, y daba ya la mano al ejército de Canclaux. La de Luzon, retardada un momento por su derrota en Chantonay, se habia quedado atras; pero por la eficacia de los representantes que le habian dado un nuevo general, Beffroy, marchó adelante. La de Niort se encontraba en la Chataigneraie; y por lo tanto, aunque el movimiento general se hubiese retardado un dia ó dos en todos los puntos, y Canclaux no hubiese llegado á Leger hasta el 14, en vez del 12, siendo el atraso igual en todas las columnas, no se destruia la union, y el plan general de campaña podia continuarse. Pero en este intermedio llegó á Saumur la noticia de la derrota que habia sufrido la division de Luzon; Rossignol, Ronsin y todo el estado mayor se sobresaltaron y temiendo no aconteciase lo mismo á las otras dos columnas de Niort y de los Sables, cuya fuerza les parecia escasa, resolvieron hacerlas volver al momento á sus primeros acantonamientos. Esta orden era demasiado imprudente, aunque no se dió de mala fé y con intencion de descubrir á Canclaux, esponiendo sus alas, pero como tenian poca confianza en su plan estaban dispuestos al menor obstáculo á conceptuarlo imposible, y á abandonarlo. Esto es indudablemente lo que determinó el estado mayor de Saumur á mandar el movimiento retrógrado de las columnas de Niort, de Luzon y de los Sables.

Canclaux en su marcha, habia hecho nuevos progresos: habia atacado á Montaigu por tres puntos: Kleber, por el camino de Nantes, Aubert-Dubayet por el de Roche-Serriere, y Beysser por el de San Fulgencio, se habian arrojado juntos, con-

siguiendo al momento desalojar al enemigo. El 47 tomó Canclaux á Clisson, y no viendo operar todavía á Rossignol, resolvió detenerse, limitándose á reconocimientos, mientras recibia nuevas noticias.

Establecióse pues, Canclaux en las cercanias de Clisson, dejó á Beysser en Montaigu, y mandó á Kleber con la vanguardia á Torfou, estando allí el 48. La contraorden espedita de Saumur llegó á la division de Niort, comunicandola á las otras dos divisiones de Luzon y de los Sables; las cuales se retiraron al instante causando con su movimiento la mayor estraña á los vendeanos, y dejando á Canclaux en el mayor compromiso. Los vendeanos tenian cerca de cien mil hombres sobre las armas, y muchos de ellos se hallaban por la parte de Vihiers y Chemillé delante de las columnas de Saumur y de Angers; y aun en número mas considerable cerca de Clisson y de Montaigu, sobre Canclaux. Las columnas de Angers y Saumur, viéndolos tan numerosos, decian que el ejército de Maguncia era quien los arrojaba sobre ellas, quejandose de un plan que les esponia á recibir un enemigo tan formidable. Sin embargo, no era así, pues los vendeanos tenian por todas partes fuerzas muy superiores para resistir á los republicanos. En este mismo dia, lejos de arrojarlos sobre las columnas de Rossignol, marcharon sobre Canclaux; y d'Elbéc y Lescure dejaban la alta Vendée para unirse al ejército de Maguncia.

Por una rara complicacion de acontecimientos al saber Rossignol las victorias de Canclaux, que habia penetrado hasta el centro de la Vendée, de contraorden á sus columnas, y las manda marchar

adelante. Las de Saumur y de Angers, colocadas á su inmediacion, operan las primeras, una sobre Doué, y la otra en los puentes de Cè, con iguales ventajas por una y otra parte. El 18 la de Saumur, mandada por Santerre quiere avanzar desde Vihiers á un lugarcito llamado Corón. Artilleria, caballeria, infanteria todo, por efecto de malas disposiciones, se halla acumulado confusamente en las calles del pueblecillo, que estaba dominado por algunas alturas. Santerre quiere enmendar este yerro, haciendo retroceder á las tropas, para ponerlas en batalla sobre una altura, pero Ronsin, que en ausencia de Rossignol se abrogaba una autoridad superior, reconviene á Santerre, y se opone á la retirada. En este momento caen los vendeanos sobre los republicanos, y comunícase á toda la division un desconcierto horroroso. Hallábanse allí muchos hombres recogidos por la leya el dia que se tocó á rebato y estos fueron los primeros á desbandarse huyendo precipitadamente desde Corón á Vihiers, á Doué y á Saumur. Al dia siguiente 19, los vendeanos marchan contra la division de Angers, mandada por Duhoux; y tan afortunados como la vispera, rechazan á los republicanos mas allá de Erigné, y se apoderan nuevamente de los puentes de Cè.

Por parte de Canclaux se batien todos con la misma actividad; y el mismo dia, veinte mil vendeanos, colocados en las inmediaciones de Torfou, cargan sobre la vanguardia de Kleber, compuesta cuando mas, de dos mil hombres. Colócase Kleber en medio de sus soldados, y los sostiene contra aquella muchedumbre de asaltadores. El terreno en que se bate es un camino dominado por altu-

ras, y á pesar de la posicion desventajosa, se retiró con orden y firmeza. Sin embargo, una pieza de artillería desmontada, causa alguna confusion en sus batallones. y aquellos valientes retroceden por la primera vez. A vista de esto, y para detener al enemigo coloca Kleber un oficial con algunos soldados cerca de un puente, y les dice: «*Amigos míos, es indispensable que os sacrifiqueis por la defensa general*» y ejecutan esta orden con un admirable heroismo; pero en este instante llega el cuerpo de batalla, restablécese el combate, y quedan rechazados bien lejos los vendeanos, y castigados de su ventaja pasajera.

Todos estos sucesos habian ocurrido el 19; la orden de marchar adelante, que habia tenido tan malos resultados en las divisiones de Saumur y de Angers, no habia llegado todavía, por causa de las distancias, á las columnas de Luzon y de Niort. Beysser estaba siempre en Montaigu, formando la derecha de Canclaux, y se hallaba en descubierto. Queriendo Canclaux remediar su posicion, le dio orden de abandonar á Montaigu, y de acercarse al cuerpo de batalla; y mandó á Kleber que avanzase hasta Beysser, para proteger su movimiento. Pero Beysser, demasiado negligente, habia dejado á su columna mal resguardada en Montaigu, donde la sorprendieron Lescure y Charette, y la hubieran acribillado sin la valentia de los dos batallones, que con su teson, detuvieron la rapidez del ataque y de la retirada. Perdiéronse la artillería y los bagajes, y los restos de esta columna se dirigieron á Nantes, donde fueron recibidos por la valiente reserva que protegía la plaza. Entonces Canclaux resolvió retroceder por no aislarse en lo inte-

rior del país, espuesto á todos los golpes de los vendeanos, y en efecto, se retiró á Nantes con sus valientes maguncianos, que no fueron ofendidos, gracias á su aptitud imponente. Y á que Charette no quiso incorporarse con d'Elbée y Bonchamps para perseguir á los republicanos.

Es evidente la causa que impidió el triunfo de esta nueva expedicion en la Vendée, y no fué otra que el descontento con que el estado mayor de Saumur habia mirado el plan de reunir la columna de Maguncia á Canclaux. Sirvió de pretexto el revés del 3 de setiembre para desalentarse y renunciar á este plan; y por lo mismo se dió contraórden al momento á las columnas de los Sables, de Luzon, y de la Rochela. Canclaux, que se habia adelantado con ventaja, se encontró descubierto, y la última derrota de Torfou empeoró su posicion. A pesar de esto, luego que el ejército de Saumur supo sus progresos, marchó de Saumur y de Angers á Vihiers y Chemillé; y si no se hubiese dispersado tan prontamente, es probable que las retiradas de las alas no hubieran impedido el éxito definitivo de la empresa. De modo que la demasiada prontitud en renunciar al plan propuesto, la mala organizacion de los nuevos alistamientos, y la fuerza de los vendeanos, que eran mas de cien mil sobre las armas, fueron las causas de estos nuevos reveses. Pero no hubo traicion por parte del estado mayor de Saumur, ni vicio en el plan de Canclaux. El efecto de estas desgracias era funesto, porque la nueva resistencia de la Vendée despertaba todas las esperanzas de los contrarrevolucionarios, y agradaba notablemente los peligros de la república. En fin, si los ejércitos de Brest y

de Maguncia no se habían alterado en nada, no sucedía lo mismo con el de la Rochela que estaba otra vez desorganizado, y todos los del alistamiento en masa, volvían á sus hogares con el mayor desaliento.

Al momento los dos partidos del ejército se principiaron á acusar. Philippeaux, siempre mas impetuoso, escribió á la junta de salvación pública una carta llena de indignación, y en la que atribuía á traición la contraórden dada á las columnas del ejército de la Rochela. Choudieu y Richard, comisarios en Saumur, escribieron tambien respuestas igualmente injuriosas, y Ronsin fue al instante á delatar al ministerio, y á la junta de salvación pública, los vicios del plan de campaña. Dijo que Canclaux, empleando masas demasiado considerables en la baja Vendée, había arrojado á la alta Vendée toda la poblacion sublevada, ocasionando la derrota de Saumur y de Angers. Finalmente, pagando calumnia con calumnia, respondió Ronsin al cargo de traición con el de aristocracia, y denunció á un mismo tiempo á los dos ejércitos de Brest y de Maguncia, como llenos de hombres sospechosos y mal intencionados.—De este modo se envenenaba sobre manera la querrela del partido jacobino, contra el que queria la disciplina y la guerra regular.

Casi al mismo tiempo se supieron en Paris la inconcebible derrota de Menin, la inútil y sangrienta tentativa sobre Pirmasens, las derrotas en los Pirineos orientales, y el resultado sensible de la nueva expedicion en la Vendée, todo lo cual causó la mas funesta impresion. Estas noticias se esparcieron sucesivamente del 18 al 23 de setiembre, y

según costumbre, el temor escitó la violencia. Ya se ha visto que los alborotadores mas ardientes se reunían en los franciscanos, en donde había menos reserva que en los jacobinos, y que reinaban en el ministerio de la guerra con el débil Bouchotte. Vincent era su jefe en Paris, como Ronsin en la Vendée, y se aprovechaban de esta ocasion para renovar sus quejas acostumbradas. Colocados en un rango inferior á la Convencion, hubieran querido alejar la incomoda autoridad que encontraban en los ejércitos, en la persona de los representantes, y en Paris en la junta de salvación pública. Los representantes en comision, no les dejaban ejecutar las medidas revolucionarias con toda la violencia que ellos deseaban y la junta de salvación pública arreglando soberanamente todas las operaciones, según las miras mas elevadas é imparciales, destruía á cada instante sus planes, y era de todos los obstáculos el que mas les molestaba. Así, les ocurría muy á menudo formar otro nuevo poder ejecutivo, según el método adoptado por la Constitución.

No dejaba de ofrecer grandes peligros el poner en vigor á la Constitución según deseaban los aristocratas con mala intencion, pues exigía nuevas elecciones, reemplazaba la Convencion por otra Asamblea, necesariamente sin esperiencia, desconocida al pais, y en cuyo recinto se abrigarian todas las facciones. Los revolucionarios entusiastas, conociendo este peligro, no querían la renovación de la representación nacional sino que reclamaban la ejecución de la Constitución en todo lo que convenia á sus miras. Colocados casi todos en las oficinas, querían únicamente la formacion

del ministerio constitucional que debía ser independiente del poder legislativo, y por consiguiente de la junta de salvacion pública. Vincent tuvo la osadía de hacer redactar una peticion en los franciscanos, para pedir la organizacion del ministerio constitucional, y el regreso de los diputados en comision. La agitacion fué de las mayores. Legendre, amigo de Danton, y arrinconado ya entre aquellos cuya energia parecia entibiarse, se opuso á ella vanamente, y la peticion se adoptó, menos en el artículo que pedía el regreso de los representantes en comision. Era tan evidente la utilidad de estos representantes, y tan personal la cláusula contra los miembros de la Convencion, que no se atrevieron á insistir en ella. Grande fué el tumulto que dicha peticion causó en París, comprometiéndose seriamente á la nueva autoridad de la junta de salvacion pública.

Ademas de estos violentos adversarios, tenia otros la junta entre los nuevos moderados, á quienes se acusaba de reproducir el sistema de los girondinos, y de contrariar la energia revolucionaria. Pronunciados fuertemente contra los franciscanos, los jacobinos y los desorganizadores de los ejércitos, no cesaban de quejarse á la junta, y aun la convenian porque no se declaraba denodadamente contra los anarquistas.

Por lo tanto, tenia la junta contra sí, á los dos partidos que comenzaban á formarse; los cuales, segun costumbre, se aprovecharon, para acusarla de los acontecimientos infaustos, y ambos acordes para condenar sus operaciones, las criticaron cada uno á su modo.

Conocida era ya la derrota del 15 en Menin, y

empezaban á saberse confusamente los últimos reveses de la Vendée, habiéndose con incertidumbre de una derrota en Coron, en Torsou y en Montaigu. Thuriot, que habia rehusado ser miembro de la junta de salvacion pública, y á quien acusaban de ser uno de los nuevos moderados, se declaró al principio de la sesion contra los intrigantes y desorganizadores, que con motivo de los abastos, acababan de hacer nuevas proposiciones en extremo violentas y dijo: «Nuestras juntas y el consejo ejecutivo, están oprimidos y cercados por una multitud de intrigantes que sólo aparentan patriotismo por su interés productivo. Si, ha llegado el tiempo en que conviene arrojar á esos hombres de incendio y de rapiña; que creen que se ha hecho la revolucion para ellos, cuando el hombre «probo y virtuoso la sostiene solo para la dicha «del género humano.» Las proposiciones combatidas por Thuriot quedaron desechadas: Briez uno de los comisionados enviados á Valenciennes, leyó entonces una memoria critica sobre las operaciones militares, sosteniendo que nunca se habia hecho mas que una guerra lenta y poco conveniente al genio frances; que siempre habian peleado en detalle y en guerrillas, y que en este sistema hay que buscar la causa de los descalabros sufridos. En seguida, sin atacar abiertamente á la junta de salvacion pública, insinuó que esta no habia comunicado todas las noticias á la Convencion, y que por ejemplo, habia habido cerca de Douay un cuerpo de seis mil austriacos que hubieran podido caer prisioneros, pero que no lo fueron. Al oír esto, la Convencion nombró al mismo Briez miembro de la junta de salvacion pública. En este mo-

mento, llegan las últimas noticias de la Vendée, contenidas en una carta de Montaigu, cuyos primeros alarmantes, causan un trastorno general. Uno de los miembros que estaban presentes, se levanta y dice: «En vez de intimidarnos, juremos todos salvar la república.» A estas palabras toda la Asamblea se levanta y jura otra vez salvar a la república cualesquiera que sean los peligros que la amenacen. Los miembros de la junta de salvación pública, que aun no habían llegado, entran en este momento: Barrere, el relator ordinario, toma la palabra y dice: «Toda sospecha contra la junta de salvación pública, seria una victoria alcanzada por Pitt. No demos á nuestros enemigos la gran ventaja de desacreditar nosotros mismos al poder encargado de salvarnos.» Barrere da inmediatamente á conocer las medidas que ha tomado la junta. «Muchos dias hace, continúa diciendo, «sospechaba la junta que se habían cometido faltas graves en Dunkerque, donde hubiera podido es-terminarse hasta el último de los ingleses, y también en Menin, donde no se había hecho esfuerzo alguno para contener los extraños efectos del terror panico. La junta ha depuesto á Houchard, y también al general de division Hedouville, que no hizo su deber en Menin, y se examinará al momento la conducta de ambos generales. En seguida la junta va á purificar á todos los estados mayores y á las administraciones de los ejércitos, y pondrá á las escuadras bajo un pie que les permita hacer frente á los enemigos. Acaba de alistarse diez y ocho mil hombres, y de disponer un nuevo sistema de ataque en masa. En fin, quiere atacar á Roma en la misma Roma, y para esto de-

«se embarcarán cien mil hombres en Inglaterra, é irán á Londres á destruir el sistema de Pitt. De consiguiente, se ha acusado sin razon á la junta de salvación pública, pues no ha dejado un instante de merecer la confianza que hasta ahora le ha dispensado la Convencion.»

Tomó entonces Robespierre la palabra, y dijo: «Tiempo hace que se han empeñado en infamar á la Convencion y á la junta depositaria de su poder. Briez, que hubiera debido morir en Valenciennes, salió cobardemente de allí para venir á Paris, á fin de servir á Pitt y á los aliados, des-conceptuando al gobierno. No basta que la Convencion siga dándonos muestras de confianza; es preciso que lo proclame solemnemente, y que anule su decision respecto á habernos agregado á Briez.» Acógióse esta petición con aplausos, decidiendo que Briez no se uniera á la junta de salvación pública, y declarando por aclamación que la junta conservaba toda la confianza de la Convencion nacional.

Los moderados que estaban presentes conocieron que aquello era anunciarles una nueva derrota; pero los contrarios mas temibles de la junta, esto es, los revolucionarios mas fogosos, se hallaban en los jacobinos y franciscanos; teniendo que defenderse particularmente de estos últimos. Robespierre se presentó en los jacobinos, y empleó con ellos su ascendiente; patentizó la conducta de la junta, justificándola de los dobles ataques de moderados y exaltados, é hizo conocer el peligro de las peticiones para la formación de un ministerio constitucional. «Necesario es, dijo, que un gobierno cualquiera suceda al que hemos destruido:

«el sistema de organizar en este momento el ministerio constitucional, no es otra cosa que destruir á la misma Convencion , y descomponer el poder á la vista de las potencias enemigas. Unicamente Pitt puede ser el autor de semejante idea. «Sus agentes la han propagado, han seducido á los patriotas de buena fé, y el pueblo crédulo y sufrido, propenso siempre á quejarse del gobierno, á que no puede remediar todos sus males, se ha hecho el eco fiel de sus calumnias y proposiciones. «Vosotros, jacobinos, que sois demasiado sinceros para ser cohechados, harto ilustrados para ser seducidos, vosotros defenderéis á la Montaña que se ve atacada, sostendréis á la junta de salvacion pública, á la que quieren calumniar para perderos, y con vosotros triunfara de todas las maquinaciones de los enemigos del pueblo.»

Aplaudiose á Robespierre y en su nombre á toda la junta sin que se volviese á hablar de la peticion de los franciscanos, quedando por consecuencia reducido á la nada , el virulento ataque de Vincent.

Entre tanto, era muy urgente tomar un partido respecto de la nueva constitucion, puesto que ofrecia un gran peligro ceder el lugar á nuevos revolucionarios, equivocados, desconocidos, y acaso desavenidos por que saldrian de todas las facciones inferiores opuestas á la Convencion. Convenia pues, declarar á todos los partidos que iban á sostener el poder, y que antes de abandonar la república á si misma, y á la accion de las leyes que se le habia dado, se la gobernaria revolucionariamente hasta que se hubiese salvado. Numerosas peticiones se habian dirigido ya á la Convencion para que per-

maneciese en su puesto. El 40 de octubre, tomando Saint-Just la palabra en nombre de la junta de salvacion pública, propuso nuevas providencias. Hizo de la Francia el cuadro mas triste, recargándole con los colores mas sombríos de su imaginacion melancólica; y con el auxilio de su gran talento y de hechos verdaderos, produjo una especie de terror en los ánimos. Presentó entonces é hizo adoptar un decreto que contenia las disposiciones siguientes: Por el primer artículo se declaraba el gobierno de la Francia, *revolucionario* hasta la paz; lo cual significaba que se suspendia la constitucion espontáneamente, que se institua una dictadura extraordinaria hasta la terminacion de todos los peligros. Esta dictadura se conferia á la Convencion y á la junta de salvacion pública. «El consejo ejecutivo, decia el decreto, los ministros, los generales, y los cuerpos constituidos, están bajo la vigilancia de la junta de salvacion pública, quedara cuenta cada ocho dias á la Convencion.» Ya hemos explicado como se trocaba la vigilancia en autoridad suprema, por que los ministros, los generales y los empleados, precisados á sujetar sus operaciones á la junta, concluyeron por no atreverse ya á obrar por su propio movimiento, y á esperar todas las órdenes de la junta misma. Decíase en seguida, «Las leyes revolucionarias deben ejecutarse con rapidéz, por que habiendo sido la inercia del gobierno, la causa principal de los reveses, deben fijarse de un modo exacto los términos en que hayan de ejecutarse dichas leyes, bien entendido que su infraccion será castigada como un atentado á la libertad.» A estas medidas gubernativas siguieron otras sobre abas-

tos, por que decia Saint-Just que el pan era el derecho del pueblo. Definitivamente acabado el cuadro general de subsistencias, debia enviarse á todas las autoridades, á fin de calcular aproximadamente lo que necesitaban los departamentos; mas en cuanto á lo superfluo que hubiese en cada uno de ellos, debia quedar sujeto á las requisiciones, ya para los ejércitos, ya para las provincias que careciesen de lo necesario. Estas requisiciones estaban ordenadas por una comision de abastos, y Paris debia considerarse como una plaza de guerra pertrechada completamente para un año, desde el primero de marzo siguiente. Ultimamente se decretaba la formacion de un tribunal para examinar la conducta y riqueza de todos los que habian manejado los fondos públicos.

Para esta grande é importante declaracion, el gobierno, compuesto de la junta de salvacion pública, de la de seguridad general y del tribunal extraordinario, se hallaba completo y sostenido mientras durase el peligro, lo cual equivalia á declarar la revolucion en estado de sitio, aplicándole las leyes estraordinarias de semejante estado, todo el tiempo que durase. Añadiéronse á este gobierno estraordinario diversas instituciones, reclamadas mucho tiempo antes y que ya eran inevitables. Pedíase un ejército revolucionario, esto es, una fuerza encargada especialmente de hacer ejecutar en el interior las órdenes del gobierno. Esta estaba decretada anteriormente, y por un nuevo decreto (3 de setiembre) quedó por último organizada. Compúsose este ejército de seis mil hombres y mil doscientos artilleros. Su objeto era movilizarse y trasladarse de Paris á las ciudades donde fuese nece-

saria su presencia, y permanecer en ellas de guarnicion á costa de los habitantes mas ricos. Los franciscanos querian un ejército de estos en cada departamento; pero hubo muchos que se opusieron, diciendo que seria volver al federalismo, el dar á cada departamento una fuerza individual. Los mismos franciscanos pidieron tambien que á cada destacamento del ejército revolucionario se agregase una guillotina con ruedas; tales son las ideas de un pueblo que se le deja entregado á si mismo. La Convencion rechazó todos estos pedidos, y se atuvo á su decreto. Bouchotte, encargado de componer este ejército, lo reclutó de todos los vagos de Paris, prontos siempre á ser los satélites del poder dominante. Llenó el estado mayor de jacobinos, y particularmente de franciscanos, sacó á Ronsin y á Rossignol de la Vendée para ponerles á la cabeza de este ejército revolucionario. Sometió la lista del estado mayor á los jacobinos y cada oficial tuvo que pasar por la prueba del escrutinio, sin que ninguno quedase confirmado por el ministerio, que no fuese aprobado antes por la sociedad.

A la institucion del ejército revolucionario, se añadió tambien la ley sobre sospechosos, tantas veces pedida, y ya resuelta en el fondo el mismo día de el alistamiento en masa. Aunque organizado el tribunal estraordinario de tal manera, que podia castigar por meras probabilidades, no tranquilizaba bastante á las imaginaciones revolucionarias. Deseaban poder encerrar á todos aquellos que no pudiesen enviar al suplicio, y pedian disposiciones que permitiesen asegurarse de sus personas. El decreto que, ponía á los aristócratas fuera de la ley, era demasiado vago, y ademas exijia un

juicio, mientras que lo que se intentaba era llevar inmediatamente á la cárcel á cualquier individuo, que por la simple denuncia de las juntas revolucionarias fuese declarado sospechoso. Efectivamente, se decretó hasta la paz el arresto provisional de los individuos sospechosos, cuyo decreto expedido el 17 de setiembre, es conocido con el nombre de *Ley de los sospechosos*. Eran considerados como tales: 1.º los que, ya por su conducta, ya por sus relaciones, ó ya con sus palabras ó escritos se hubiesen manifestado partidarios de la tiranía ó del federalismo, y enemigos de la libertad; 2.º los que no pudiesen justificar de la manera prescrita por la ley de 20 de marzo último, sus medios de subsistencia, y el cumplimiento de sus deberes cívicos; 3.º aquellos á quienes se hubiesen negado certificaciones de civismo; 4.º los empleados públicos suspensos ó destituidos de sus funciones por la Convencion nacional y por sus comisionados; 5.º los ex-nobles, maridos, mugeres, padres, madres, hijos ó hijas, hermanos ó hermanas y agentes de emigrados, que no hubiesen manifestado constantemente su afecto á la revolucion; y 6.º los emigrados en el intervalo del 1.º de julio de 1789, hasta la publicacion de la ley del 9 de abril de 1792, aunque hubiesen vuelto á Francia en los plazos señalados.

Los presos debian estar encerrados en casas nacionales, y custodiados á espensas de ellos mismos, concediéndoles la facultad de trasladar á estas casas los muebles de que tuviesen necesidad. Las juntas encargadas de pronunciar el arresto, no podrian hacerlo sino por mayoria de votos, enviando á la junta de seguridad general la lista de los

sospechosos, y los motivos de cada arresto. Siendo sus funciones desde este instante muy difíciles y casi continuas, se consideraron para sus miembros como una especie de profesion que se debia estipendar; y desde entonces recibieron un sueldo por via de indemnizacion.

A peticion del Ayuntamiento de Paris se añadió á estas disposiciones otra que hacia mas terrible la ley de los sospechosos, y fué la revocacion del decreto que prohibia las visitas domiciliarias durante la noche. Desde aquel instante todo ciudadano amenazado, temió verse perseguido á todas horas, y ya no tuvo un momento de reposo. Aunque antes estuviesen encerrados durante el dia en escondites ingeniosos y oscuros que la necesidad les habia hecho buscar, podian al menos respirar el aire libre toda la noche; mas ahora ya no les era posible, y los arrestos multiplicados de dia y de noche llenaron muy pronto las carceles de Francia.

Las juntas de seccion se celebraban diariamente; pero las gentes del pueblo no tenian tiempo de ir, y faltando aquellas, no habia quien sostuviese las mociones revolucionarias. Por proposicion expresa de los jacobinos y del Ayuntamiento, se decidió que estas juntas se celebrarian solamente dos veces á la semana; y que cada ciudadano que asistiese á ellas, recibiria cuarenta sueldos por seccion (ocho reales). Este era el medio mas seguro de contar con el pueblo, no reuniéndolo á menudo y pagándole su asistencia. Irritáronse los revolucionarios ardientes de que se les pusiese limites á su celo, reduciendo á dos por semana las sesiones de las secciones; y de consiguiente hicieron una fuer-

tepeticion, quejándose de que se atacaban los derechos de soberanía, impidiéndole se reuniese cuantas veces quisiera. El autor de esta nueva solicitud fué el jóven Warlét, pero se desechó y no se hizo mas caso de ella, que de otras muchas inspiradas por la fermentacion revolucionaria.

Por estos medios quedaba completa la máquina gubernativa en sus dos ramos mas esenciales, que eran la guerra y la policia. Una junta dirigia en la Convencion las operaciones militares, elegia los generales y agentes de toda especie, y podia, segun el decreto de la requisicion permanente, disponer al mismo tiempo de los hombres y de las cosas; haciendo todo esto, ó por sí misma, ó por los representantes enviados en comision. A las ordenes de esta junta, la llamada de seguridad general tenia la direccion de la alta policia, y se servia para su vigilancia, de las juntas revolucionarias planteadas en todos los Ayuntamientos. Encerrabase á todo individuo por poco sospechoso que fuese, no solo de hostilidad sino de indiferencia al sistema establecido; y otros mas gravemente comprometidos eran castigados por el tribunal extraordinario, pero en corto número todavia, por que hasta entonces este tribunal habia pronunciado pocas condenas. Un ejército especial, verdadera columna móvil ó gendarmeria de este régimen, habia ejecutar las ordenes del gobierno, y en fin, el pueblo, pagado para ir á las secciones, estaba siempre dispuesto á sostenerle. De consiguiente, la guerra y la policia dependian de la junta de salvacion pública. Soberana absoluta, dueña de todas las riquezas, con facultad de enviar á los ciudadanos á los campos de batalla, al cadalso, ó á los calabozos

se hallaba revestida para la defensa de la revolucion de una dictadura omnipotente y terrible. Es verdad que cada ocho dias tenia que dar cuenta de sus trabajos á la Convencion; pero esta cuenta se aprobaba siempre, por que la opinion critica solo se ejercia en los jacobinos, de que era señora, desde que Robespierre formaba parte de ella. La única oposicion que tenia aquel poder era la de los moderados que se habian quedado atras, y la de los nuevos exaltados que la escedian en ideas, pero poco temibles unos y otros.

Ya hemos visto que Robespierre y Carnot habian entrado en la junta de salvacion pública en reemplazo de Gasparin y Thuriot, ambos enfermos. Robespierre habia llevado á ella su poderoso influjo, y Carnot su ciencia militar. La Convencion quiso agregar con Robespierre á Danton, su colega y rival en nombradía; pero este, abrumado de trabajos, poco á propósito para detalles administrativos, y exasperado ademans por las calumnias de los partidos, no queria pertenecer á ninguna junta. Habia hecho ya demasiado por la revolucion; habia sostenido los animos en todos los dias de peligro, habia dado la primera idea del tribunal y ejército revolucionario, de la requisicion permanente, del impuesto sobre los ricos, y de los cuarenta sueldos asignados por sesion á los miembros de las secciones; y por último, era el autor de todas las medidas, que aunque crueles en la ejecucion, prestaban sin embargo á la revolucion la energia que la salvó. Ya en aquella época principiaba á no ser tan necesario Danton, porque desde la invasion primera de los prusianos todos estaban acostumbrados al peligro. Repugnábale las venganzas que se

preparaban contra los girondinos; acababa de casarse con una jóven de quien estaba enamorado, y á quien segun dicho de sus enemigos, habia dotado con el oro de la Bélgica, y segun sus amigos, con el reembolso de su oficio de abogado en el consejo; adolecia como Mirabeau y como Marat de una enfermedad inflamatoria; y en fin, tenia necesidad de descansar, por cuyo motivo pidió licencia para ir á Arcis-sur-Aube, su patria, á gozar del campo de que era muy apasionado. Le habian aconsejado este retiro momentáneo como un medio de terminar las calumnias; por otra parte la victoria de la revolucion ya podia completarse sin él; bastaban dos meses de guerra y de energia, y se proponia volver despues de la victoria para hacer resonar su voz poderosa en favor de los vencidos, y de un orden mejor de cosas ¡Vana ilusion de la pereza y del desaliento! Abandonar por dos meses, por uno solo, una revolucion tan rápida, era llegar á ser en ella extraño é impotente.

Rehusó Danton entrar en la junta de salvacion pública, y obtuvo la licencia que pedia. Agregáronse á la junta Billaud-Varennés, y Collot-d'Herbois, y llevaron el uno su carácter frio é implacable, y el otro su arrebató y su influencia sobre los turbulentos franciscanos. Reformóse la junta de seguridad general, los diez y ocho vocales quedaron reducidos á los nueve conocidos por los mas severos.

Mientras el gobierno se organizaba de esta manera tan fuerte, se manifestaba tambien su aumento de energia en todas las resoluciones. Las grandes medidas tomadas en el mes de agosto, aun no habian producido sus resultados. La Vendée, aun-

que atacada segun un plan regular, habia resistido; y el descalabro de Menin casi habia hecho perder las ventajas de la victoria de Hondtschoote;—Necesitábanse esfuerzos nuevos. El entusiasmo revolucionario inspiró la idea, de que la voluntad, en la guerra como en todas partes, tenia un influjo decisivo, y por la primera vez se dió orden á un ejército para que venciese en un tiempo determinado.

Todos los peligros de la república se miraban reconcentrados en la Vendée. «Destrúyase la Vendée, dijo Barrere, y Valencienne y Condé no entrarán en poder del austriaco. Destrúyase la Vendée, y el inglés no pensará en Dunkerque. Destrúyase la Vendée, y el Rin quedará libre de prusianos. Destrúyase la Vendée, y pronto la España se verá acosada y conquistada por los meridionales, unidos á los soldados victoriosos de Morlagne y de Challet. Destrúyase la Vendée y parte de ese ejército del interior reforzará ese valiente ejército del Norte, vendido tantas veces, y tantas desorganizado. Destrúyase la Vendée, y Lyon ya no resistirá, Tolon se levantará contra españoles é ingleses, y el espíritu de Marsella se encumbrará á la altura de la revolucion republicana. «Ultimamente todos los golpes que deis en la Vendée resonarán en las ciudades rebeldes, en los departamentos federalistas, en las fronteras invadidas!... La Vendée es todavia la Vendée!... Allí es donde hay que obrar con arrojo desde este momento hasta el 20 de octubre, antes del invierno, antes que los caminos estén intransitables, y antes que los bandidos hallen la impunidad en el clima y en la estacion.

«La junta ha visto con su rápida y vasta inteligencia todos los vicios de la Vendée en estas palabras:

«Demasiados representantes.

«Demasiada desavenencia moral.

«Demasiadas desavenencias militares.

«Demasiada indisciplina en los triunfos.

«Demasiados partes falsos en la relacion de los acontecimientos.

«Demasiada avaricia en una parte de los gefes y administradores.»

A consecuencia de esta oposicion, redujo la Convencion el número de los representantes en comision, reunió los dos ejércitos de Brest y de la Rochela en uno solo, llamado del Oeste, y dió el mando, no á Rossignol ni á Canclaux, sino á Lechelle, general de brigada en la division de Luzon. En fin, determinó el día en que debía estar acabada la guerra de la Vendée, y era el 20 de octubre, acompañando á este decreto de 1.º del mismo mes, la siguiente proclama:

LA CONVENCION NACIONAL AL EJÉRCITO DEL OESTE.

«Soldados de la libertad: necesario es que los bandidos de la Vendée queden esterminados antes que se acabe el mes de octubre! Así lo exige la salvacion de la patria, lo manda la impaciencia del pueblo francés, y su valor debe cumplirlo. La gratitud nacional espera para entonces á todos aquellos, cuyo valor y patriotismo hayan consolidado para siempre la libertad y la república.»

Tomáronse medidas no menos prontas y enérgicas respecto al ejército del Norte, para reparar el

descalabro de Menin, y disponer triunfos nuevos. Prendióse á Houchard, que ya estaba depuesto, y se nombró por general en jefe del ejército del Norte y del de las Ardenas al general Jourdan, que había mandado el centro en Hondschoote. Tovo orden de reunir en Guisa fuerzas considerables, para dar un avance sobre el enemigo, pues todos estaban acordes sobre la inutilidad de los ataques parciales. Sin juzgar el plan ni las operaciones de Houchard alrededor de Dunkerque, decian que no se había peleado en masa, y preferian este género de combate, mas adecuado á la impetuosidad del carácter francés. Carnot había ido á Guisa, para unirse con Jourdan, á fin de poner en ejecucion un nuevo sistema de guerra, completamente revolucionario. Acababan de añadirse tres nuevos comisionados á Dubois-Crancé para ejecutar alistamientos generales, y precipitarlos sobre Lyon, mandándole renunciase al sistema de los ataques metódicos, y que asaltase á la ciudad rebelde. De este modo se redoblaban por todas partes los esfuerzos para terminar victoriosamente la campaña.

Pero los rigores marchaban siempre á la par con la energía. El proceso de Custine, harto dilatado, según los jacobinos, se había ya empezado, y se continuaba con toda violencia y la barbarie de las nuevas formas judiciales. Aún no había subido al cadalso ningun general en jefe, y descaban con impaciencia cortar una cabeza de alta clase, postrando á los gefes de los ejércitos ante la autoridad popular; querian sobre todo, que algun general espriase la desercion de Dumouriez, y escogieron á Custine, considerado por sus opiniones y sentimientos como otro Dumouriez. Para arrestarle,

se aprovecharon del momento en que , encargado del mando del ejército del Norte , habia llegado momentaneamente á París , para concertar sus operaciones con el ministerio. Púsosele en la cárcel , y muy luego pidieron y lograron el decreto de su traslación al tribunal revolucionario.

Recordemos la campaña de Custine sobre el Rin. Encargado de una division del ejército , habia hallado á Spira y á Worms mal custodiadas , porque los aliados , con la priesa de marchar sobre la Champaña , todo lo habian descuidado por sus alas y retaguardia. Los patriotas alemanes venian de todas partes á ofrecerle sus poblaciones; por lo cual avanzó , tomó á Spira y á Worms , dejó á Manhein que estaba en el camino , en consideracion á la neutralidad del elector palatino , y tambien por temor de no poder entrar en ella con facilidad; ultimamente llegó á Maguncia , se apoderó de ella , regocijó á la Francia con sus conquistas inesperadas , y se hizo conferir un mando independiente de Biron. En este momento acababa Dumouriez de rechazar á los prusianos arrojándolos hacia el Rin , y Kellermann estaba hacia Tréveris. Entonces Custine debia bajar por el Rin hasta Coblenza , reunirse con Kellermann y hacerse dueño de la orilla derecha del rio. Todas las razones estaban en favor de este plan. Los habitantes de Coblenza llamaban á Custine , los de Saint-Goard y de Rhinfelds lo llamaban tambien ; y no se sabe hasta dónde pudiera haber ido , siguiendo el curso del Rin. Tal vez hubiera podido bajar hasta la Holanda. Pero llamábanle , tambien otros patriotas desde el interior de la Alemania , pues se habian figurado al verle avanzar tan arrojadamente , que tenia cien mil hombres. Pene-

trar en el territorio aleman mas allá del Rin , alhagó mucho mas á la imaginacion y vanidad de Custine. Corrió á Francfort á imponer contribuciones , y á cometer otras vejaciones impoliticas. Estrecháronle allí nuevamente un tropel de locos patriotas que le instaban fuese hasta Cassel , en medio del Hesse electoral , á apoderarse del tesoro del elector. Los avisos mas sabios del gobierno francés le indicaban volviese al Rin y marchase sobre Coblenza : pero nada escuchaba pensando solo en una revolucion en Alemania.

No obstante , Custine conocia el peligro de su posicion. Viendo que si el elector rompía la neutralidad , quedaria comprometido á la espalda por Manhein , hubiera querido tomar esta plaza que le ofrecian , pero no se determinó. Espuesto á ser atacado en Francfort , donde no podia permanecer , no queria abandonar esta ciudad , volviendo á la línea del Rin para no perder sus pretendidas conquistas ni empeñarse en las operaciones de los otros gefes , bajando hacia Coblenza. En esta situacion , le sorprendieron los prusianos : perdió á Francfort , fué arrojado á Maguncia , dudando si conservaria ó no esta plaza; puso en ella alguna artillería tomada en Strashurgo; se descuidó en abastecerla; en medio de sus incertidumbres volvieron á sorprenderle los prusianos; se alejó de Maguncia , atemorizado , y creyéndose perseguido por ciento cincuenta mil hombres , se retiró á la alta Alsacia , casi á tiro de cañon de Strashurgo. Colocado en el alto Rin con un ejército bastante considerable , hubiera podido marchar sobre Maguncia , y poner á los sitiadores entre dos fuegos , pero nunca se atrevió ; y avergonzado en fin de su inaccion , dió un ataque des-

graciado el 15 de mayo; fué batido, y se reunió á su pesar con el ejército del Norte, donde acabó de perderse por sus opiniones moderadas, y por su parecer á la verdad muy cuerdo, cual era el de reorganizar el ejército en el campamento de César, en vez de hacerlo pelear inútilmente para socorrer á Valenciennoes.

Tal fué la carrera de Custine, en la cual habia muchos desaciertos; pero ninguna traicion. Principióse su causa, y se llamaron para declarar, á los representantes enviados en comision, á agentes del poder ejecutivo, enemigos irreconciliables de los generales, á oficiales descontentos, á individuos de los clubs de Strasburgo, de Maguncia y de Cambray; y en fin, al terrible Vincent, tirano de las oficinas de la guerra en tiempo de Bouchotte. Era una multitud de acusadores que acumulaban cargos injustos y contradictorios, reconvencciones del todo estrañas á una verdadera critica militar, pero fundadas en desgracias accidentales de que no era culpable el general, ni podian imputársele. Custine respondia con cierta vehemencia militar á todas estas acusaciones, pero quedaba confundido. Los jacobinos de Strasburgo le decian que no habia querido tomar las gargantas del Porentruy, cuando Luckner le dió la orden, y él probó inútilmente que era imposible. Un aleman le censuraba no haber tomado á Manheim cuando él se la ofrecia; pero Custine se disculpaba alegando la neutralidad del elector y las dificultades del proyecto. Los habitantes de Coblenza, de Rhinfelds, de Darmstadt, de Hanau, los de todas las ciudades que habian querido entregarse á él, y no habia consentido en ocuparlas, todos le acusaban á porfia.

En cuanto á no haber querido marchar á Coblenza, se defendia mal, y calumniaba á Kellermann, que, segun decia, habia rehusado secundarle; y en cuanto á negarse á tomar las otras plazas, decia con razon que todas las imaginaciones alemanas le llamaban, y que para satisfacerlas hubiera sido necesario ocupar cien leguas de país. Por una contradiccion singular, mientras que se le acusaba de no haber querido tomar á tal ciudad, ó imponer á otra una contribucion, se le acriminaba por haber tomado á Francfort, por haber saqueado á los habitantes, por no haber dictado las disposiciones necesarias para resistir en él á los prusianos, y por haber espuesto la guarnicion francesa á ser asesinada. El valiente Merlin de Thionville, uno de los que deponian contra él, le justificaba en este punto con tanta lealtad como razon. Aunque hubiese dejado veinte mil hombres en Francfort, no hubiera podido mantenerse en él, decia Merlin; hubiera tenido que retirarse á Maguncia, y su única falta era no haberlo hecho mas pronto. Pero en Maguncia, añadian otros muchos testigos, no habia hecho ninguno de los preparativos necesarios; no habia reunido víveres ni municiones; no habia puesto en ella sino la artilleria que habia tomado de Strasburgo, para entregarla á los prusianos con veinte mil hombres de guarnicion y dos diputados. Custine probaba que habia dado órdenes para los acopios; que la artilleria apenas era suficiente, y que no la habia reunido inútilmente para entregarla al enemigo. Merlin apoyaba todas las aserciones de Custine, pero lo que no le perdonaba, era su retirada pusilanime, y su inaccion en el alto Rin, mientras la guarnicion de Maguncia estaba

haciendo prodigios;—á esto enmudecía Custine. Reconveníale también por haber quemado los almacenes de Spira al retirarse; reconvencion absurda, porque teniendo que retirarse, mas valia quemar los almacenes que dejarlos al enemigo. Acusábanle de haber hecho fusilar en Spira á algunos voluntarios por causas de robos; á lo que respondia, que la Convencion habia aprobado su conducta. Echábanle en cara el haber dejado libres á los prusianos, esponiendo voluntariamente á su ejército á ser batido el 15 de mayo; haber acudido tarde á su mando del Norte; haber tratado de sacar la artillería de Lila para llevarla al campamento de César; haber impedido que se socorriese á Valenciennes; no haber puesto obstáculo en fin, al desembarco de los ingleses; acusaciones todas á cual mas absurdas.—«Ultimamente le decian: os habeis compadecido de Luis XVI; habeis estado triste el 31 de mayo, quisisteis mandar á la horca al doctor Hoffman, presidente de los jacobinos de Maguncia; habeis impedido la circulacion del periódico *el Padre Duchesne*, y del *de la Montaña* en vuestro ejército; habeis dicho que Marat y Robespierre eran unos perturbadores; os habeis rodeado de oficiales aristócratas, y nunca tuvisteis á vuestra mesa verdaderos y buenos republicanos.» Estas reconvencciones eran mortales, y se convertian en cargos verdaderos, por los cuales se le perseguia.

Duró el proceso mucho tiempo porque eran tan vagas las acusaciones que el tribunal no sabia que resolver. La hija de Custine y muchas personas que se interesaban por él, habian dado algunos pasos para salvarle, porque entonces, aunque el te-

mor fuese ya muy grande, aun se atrevian á manifestar algun interés á las victimas. Al momento delataron en los jacobinos al mismo tribunal revolucionario. «Me es muy doloroso, dijo Hebert en los jacobinos, tener que denunciar á una autoridad que era la esperanza de los patriotas, que al principio mereció su confianza, y que pronto se «va á convertir en su azote. El tribunal revolucionario está á punto de absolver á un malvado, en cuyo favor, me consta que las hermosas de Paris «empeñan á todo el mundo. La hija de Custine, «comediante tan habil en esta ciudad, como lo era «su padre a la cabeza de los ejércitos, visita á todo el mundo, y todo lo promete para obtener su «gracia.» Robespierre por su parte denunció el espíritu de subterfugios que se habia apoderado del tribunal, y sostuvo que únicamente por haber querido desguarnecer á Lila merecía Custine la muerte.

Vincent, uno de los testigos, trajo del ministerio los pliegos y órdenes que se achacaban á Custine, y que verdaderamente no constituian delitos. Fouquier-Tinville hizo de ellas un paralelo entre Dumouriez y Custine, que perdió al desgraciado general. Dumouriez, dijo, habia avanzado rápidamente á Belgica, para abandonarla luego con menos prontitud, entregando al enemigo soldados, almacenes y representantes. Del mismo modo, Custine habia entrado velozmente en Alemania, habia abandonado en Francfort y en Maguncia á nuestros soldados, y con esta última ciudad habia querido entregar á veinte mil hombres, dos representantes y á toda nuestra artillería, sacada de Strasburgo con dañado intento. Como Dumouriez, maldecia á la Convencion y á los jacobinos, fusilaba á los va-

lientes voluntarios, so pretesto de mantener la disciplina. Al oír este paralelo dejó el tribunal de titubear, y vanamente justificó Custine por espacio de dos horas sus operaciones militares. Tronçon-Ducoudray defendió su conducta administrativa y civil, aunque en vano. El tribunal declaró reo al general, con gran satisfacción de los jacobinos y franciscanos que llenaban el salón, dando señales estrepitosas de su alegría. Sin embargo, no habían condenado á Custine por unanimidad. Sobre las tres cuestiones, había habido sucesivamente contra él, diez, nueve y ocho votos, de once que eran los individuos; y habiéndole preguntado el presidente si tenía algo mas que añadir, miró en torno suyo, y no viendo ya á sus defensores, respondió: «Ya no tengo defensores, muero tranquilo é inocente.»

Al otro día por la mañana se le condujo al cadalso, y á su vista se sorprendió aquel valiente guerrero. Sin embargo, arrodillóse al pie de la escalera, hizo una corta oración, se tranquilizó, y recibió la muerte con entereza. Así acabó aquel desdichado general, que no carecía de ingenio ni carácter, pero que reunía la inconsecuencia á la vanidad, y que cometió tres faltas capitales. La primera fué salir de su verdadera línea de operaciones, trasladándose á Francfort; la segunda, no querer volver á entrar en esta plaza cuando se lo mandaban, y la tercera permanecer en la mas tímida inacción durante el sitio de Magnucia. Con todo, ninguna de estas faltas merecía la muerte; pero sufrió el suplicio á que no habían podido condenar á Dumouriez, y que como este, no había merecido por sus grandes y culpables proyectos.

Su muerte fué un ejemplo terrible para todos los generales, y la señal para ellos de una ciega obediencia á las órdenes del gobierno revolucionario.

Después de aquel acto de rigor no debían detenerse mas las ejecuciones; y así es que se renovó la orden de activar la causa de Maria-Antoñeta. Presentóse á la Convencion el auto de acusacion contra los girondinos, tantas veces demandado y nunca estendido. Saint-Just era su autor, y las peticiones de los jacobinos obligaron á la Convencion á que lo adoptase. Dirijase no solo contra los veinte y dos y los individuos de la comision de los doce, sino tambien contra setenta y tres miembros del lado derecho que guardaban un silencio absoluto después de la victoria de la Montaña, y que habían redactado una protesta contra los acontecimientos del 31 de mayo y del 2 de junio. Algunos montañeses frenéticos querían la acusacion, es decir, la muerte, contra los veinte y dos, los doce y los setenta y tres, pero Robespierre se opuso á ella, y propuso un término medio, cual fué enviar al tribunal revolucionario, á los veinte y dos y á los doce, poniendo presos á los setenta y tres. Hízose todo lo que quiso, las puertas del salón quedaron al momento tomadas, prendiéronse á los setenta y tres, y se dió orden á Jouquier-Tinville para que se apoderase de los desgraciados girondinos. — De este modo la Convencion, cada vez mas dócil ó mas coharde se dejó arrancar la orden de conducir al suplicio á una parte de sus colegas. Verdad es que ya no podía diferirlo, porque los jacobinos habían hecho cinco peticiones á cual mas imperiosas, para obtener aquellos últimos decretos de acusacion.

CAPITULO V.

Continuación del sitio de Lyon.—Toma de esta ciudad. Decreto terrible contra los lyoneses insurreccionados.—Progresos del arte de la guerra; influjo de Carnót.—Victoria de Watignies. Lavántase el bloqueo de Maubeuge.—Vuelven á principiar las operaciones en la Vendée. Victoria de Chollet. Fuga y dispersion de los vendeanos del otro lado del Loira. Muerte de la mayor parte de sus principales gefes.—Descalabro en el Rin. Pérdida de las líneas de Wissemburgo.

Cada revés que ocurría despertaba la energía revolucionaria, y esta proporcionaba los triunfos, como había sucedido siempre en toda esta memorable campaña. Desde la derrota de Neerwinden hasta el mes de agosto, una serie de continuos desastres habían exigido por último, desesperados esfuerzos. La destrucción del federalismo, la defensa de Nantes, la victoria de Hondtschoote, y el levantamiento del bloqueo de Dunkerque, habían sido resultado de estos esfuerzos. Los nuevos reveses de Menin, de Pirmasens, de los Pirineos y de Torfou y Coron en la Vendée, acababan de excitar un aumento de energía, que debía producir ventajas decisivas en todos los teatros de la guerra.

De todas las operaciones, aquella cuyo término se esperaba con mayor impaciencia era la del sitio de Lyon. Hemos dejado á Dubois-Grancé acampado delante de esta ciudad, con cinco mil hom-

bres de tropas organizadas, y de siete á ocho mil quintos; hallándose amenazado de tener muy pronto a sus espaldas á los sardos, á quienes no podía detener el escaso ejército de los grandes Alpes. Como ya hemos dicho, se había colocado al Norte entre el Saona y el Ródano, delante de los reducidos de la Croix-Rousse, y no sobre las alturas de Santa Fé y de Fourviers, situadas al Oeste, y por las cuales se hubiera debido dirigir el verdadero ataque. La causa de esta preferencia estaba fundada en varias razones. Importaba antes de todo permanecer en comunicacion con la frontera de los Alpes, donde se hallaba el grueso del ejército republicano, y desde donde los piemonteses podían acudir al socorro de los sublevados de Lyon. Teníase otra ventaja en esta posicion, y era ocupar la corriente superior de dos ríos, interceptando los viveres que bajasen por el Saona y el Ródano. Verdad es que el Oeste quedaba descubierto de esta manera á los lyoneses, y que podían hacer correrías incansantes hacia Saint-Etienne y Montbrison; pero todos los días se anunciaba la llegada de los contingentes del Puy-de-Dôme, y una vez reunidas estas nuevas remesas de quintos, podía Dubois-Grancé acabar el bloqueo por la parte del Oeste, y elegir entonces el verdadero punto de ataque. Entretanto, se contentaba con estrechar de cerca al enemigo, cañonear la Croix-Rousse por el Norte, y empezar sus líneas en el Este, delante del puente de la Guillotiere. El transporte de municiones era lento y difícil, pues debían venir de Grenoble, del fuerte Barreaux, de Briançon y de Embrun, y tenían que recorrer hasta sesenta léguas de montaña. Estos acarreos extraordinarios solo

podian verificarse por medio de requisicion forzada, poniendo en movimiento quinientos caballos; pues tenian que llevarse delante de Lyon catorce mil bombas, treinta y cuatro mil balas de cañon, trescientas mil libras de pólvora, ochocientos mil cartuchos y ciento treinta cañones.

Desde los primeros dias del sitio se anunciaba la marcha de los piamonteses, que bajaban por el pequeño San Bernardo y Monte-Cenis. Kellermann marchó al instante, en vista de las instancias eficaces del departamento del Isere, y dejó al general Dumuy para reemplazarle en Lyon; pero solo en la apariencia, porque Dubois-Grancé, representante y hábil ingeniero, dirigia por sí todas las operaciones del sitio, y para apresurar el alistamiento de los quintos del Puy-de-Dome, destacó al general Nicolás con un pequeño cuerpo de caballeria; pero éste fué envuelto en el Forez, y entregado á los lyoneses. Entonces Dubois-Grancé envió mil hombres de buenas tropas con el representante Javognes, cuya comision fué mas feliz, pues contruvo á los aristócratas de Monthrison y de Saint-Etienne, é hizo alistar como unos siete á ocho mil campesinos, que condujo al sitio de Lyon. Dubois-Grancé los colocó en el puente de Oullins, situado al Noroeste de Lyon, de modo que interceptasen las comunicaciones de la plaza con el Forez. Mandó llamar al diputado Revorchon, que habia reunido en Macon algunos miles de quintos, y los colocó en lo alto del Saona, y enteramente al Norte. De este modo, el bloqueo principiaba á ser un poco mas rigoroso; pero las operaciones eran lentas, é imposibles los ataques á viva fuerza. Las fortificaciones de la Croix-Rousse, entre el Roda-

no y el Saona, delante de cuyos rios se hallaba el cuerpo principal, no podian tomarse por asalto. Por la parte del Este, y en la orilla izquierda del Rodano, estaba el puente de Morand, defendido por un reduto en forma de herradura, y construido con mucha inteligencia. Al Oeste, las marchadas alturas de Santa Fé y Fourviers no podian tomarse sino con un ejército arrojado, y por entonces no habia que pensar en otra cosa sino en interceptar los viveres, estrechar á la ciudad é incendiarla. Desde principios de agosto hasta mediados de setiembre, no habia podido Dubois-Grancé hacer otra cosa, y en Paris se quejaban de su lentitud, sin querer hacerse cargo de los motivos. Sin embargo, habia causado grandes quebrantos á aquella desdichada ciudad. El incendio habia devorado la magnífica plaza de Bellecour, el arsenal, el barrio de Saint-Clair, el puerto del Temple, y sobre todo, habia estropeado el bello edificio del hospital, que tan magestuosamente se levanta á la orilla del Rodano; los lyoneses empero no resistian con menos teson. Habia corrido la voz entre ellos de que iban á llegar cincuenta mil piamonteses y los emigrados no les escaseaban las promesas; pero sin ir á reunirse con ellos, y aquellos bizarros comerciantes, sinceramente republicanos, se veian por su falsa posicion reducidos á desear el auxilio funesto y vergonzoso de los emigrados y estrañeros. Mas de una vez manifestaron sus sentimientos de un modo inequivoco: pues habiendo querido Precy enarbolar la bandera blanca, se convenció muy pronto de la imposibilidad de hacerlo. Habiéndose creado un papel moneda con el título de obsidional para las necesidades del sitio,

y notando que en sus labores habia flores de lis, fué indispensable romperlo y fabricar otro; prueba de que los lyoneses eran republicanos; pero el temor de las venganzas de la Convencion, y las mentidas promesas de Marsella, de Burdeos, de Caen, y sobre todo de los emigrados, los habia arrastrado á un abismo de errores y desgracias.

Mientras se alimentaban con la esperanza de ver llegar á cincuenta mil sardos, la Convencion habia mandado á los representantes Couthon, Maignét y Chateaufeuf-Randon, que pasasen á la Auvernia y á los departamentos continuantes, para determinar un alistamiento en masa, y que Kellermann corriese por los valles de los Alpes al encuentro de los piamonteses.

Escolente era la ocasion que se presentaba á estos últimos para hacer una grandiosa y atrevida tentativa, que hubiera podido tener brillantes resultados; esta consistia en reunir sus principales fuerzas en el pequeño San Bernardo, y arrojarle sobre Lyon con cincuenta mil hombres. Sabido es que los tres valles de Salenche, de Tarantesa y de Mauriana que se unen formando espiral, nacen del pequeño San Bernardo, y van ensanchándose sobre Ginebra, Chambery, Lyon y Grenoble, no habiendo en todos ellos mas que pequeños destacamentos franceses, diseminados. Bajar rápidamente por uno de ellos, y venir á colocarse en su desembocadura, era un medio seguro, según los principios del arte para coger prisioneros á todos los destacamentos internados en aquellas montañas. Poco temible era la adhesion de los savoyanos á los franceses, puesto que con los asignados y las quintas no habian conocido mas que los gastos y los rigores de la libertad.

El duque de Montferrat, encargado de la expedicion, notomó consigo mas que unos veinte á veinte y cinco mil hombres; mandó un cuerpo por su derecha al valle de Salenche, bajó con su cuerpo principal á la Tarantesa, y dejó al general Gordon recorrer á la Mauriana con el ala izquierda. Su lentitud fué tal, que empezado el movimiento el 14 de agosto duró hasta setiembre, en tanto que los franceses muy inferiores en número, opusieron una enérgica resistencia, é hicieron durar la retirada diez y ocho dias. Llegado á Moustier, el duque de Montferrat trató de unirse á Gordon, en la cordillera del Gran-Lobo, que separa los valles de la Tarantesa y Mauriana, sin pensar de ningun modo en marchar rápidamente á Conflans, punto de reunion de los valles. Esta lentitud y sus veinte y cinco mil hombres, prueban bastante el deseo que tenia de ir á Lyon.

Durante aquel tiempo, Kellermann que habia llegado de Grenoble, reunia los guardias nacionales de Isere y de los departamentos vecinos, reanimando á los savoyanos que principiaban á temer las venganzas del gobierno piamontes, y habia conseguido reunir cerca de doce mil hombres. Entonces mandó reforzar el cuerpo del valle de Salenche, y marchó el 10 de setiembre á Conflans á la salida de los dos valles de la Tarantesa y Mauriana. En este tiempo llegaba al duque de Montferrat la órden de marchar adelante; pero Kellermann se adelantó á los piamonteses, se atrevió á atacarlos en la posicion de Espierre que habian tomado en la cordillera del Gran-Lobo, para comunicarse con los dos valles; y no pudiendo tomar esta posicion de frente, resolvióla cercase un des-

tacamento, que aunque formado de soldados medio desnudos, hicieron sin embargo prodigios de valor, y á fuerza de brazos subió los cañones á alturas casi inaccesibles. De repente empezó á tronar la artillería francesa sobre las cabezas de los piamonteses, que llenos de terror, se retiraron al instante al valle de Mauriana junto á San Miguel, y el duque de Montferrat volvió otra vez al centro del de Tarantesa. Kellermann, molestando á este por sus costados, le obligó en breve á subir hasta San Mauricio y San Jernán, y por fin el 4 de octubre le lanzó mas allá de los Alpes. De esta manera la campaña corta y dichosa que hubieran podido hacer los piamonteses, desembocando con dobles fuerzas, y bajando por un solo valle contra Chambery y Lyon, se malogró en esta ocasion por las mismas razones que siempre hicieron inútiles todas las tentativas de los aliados, y que salvaron la Francia.

Mientras los sardos iban rechazados mas allá de los Alpes, los tres diputados enviados al Puy-de-Dome para formar un alistamiento general, sublevar los campos, predicando una especie de cruzada, y persuadiendo á todos que Lyon, lejos de defender la causa pública, era el punto de reunion de las facciones, de la emigracion y del extranjero. El paralítico Couthon, dotado de una actividad que no podian vencer sus achaques, suscitó un levantamiento general, mandó salir primero á Maignel y Chateauneuf con una columna de doce mil hombres, quedándose detras para conducir otra de veinte y cinco mil y hacer las provisiones de viveres necesarios. Dubois-Crancé puso la tropa nueva por el lado del Oeste hácia Santa Fé, y completó así

el bloqueo; recibió al mismo tiempo un destacamento de la guarnicion de Valenciennes, que segun los tratados, no podia, como el de Maguncia, servir mas que en el interior, y colocó destacamentos de tropas organizadas delante de los quintos, de modo que formasen columnas numerosas. Su ejército se compundria entonces de unos veinte y cinco mil quintos, y ocho ó diez mil soldados agerrridos.

En la noche del 24 mandó tomar el reduto del punto de Oullins que guiaba á la falda de las alturas de Santa Fé. Al dia siguiente el general Doppet, savoyano que se habia distinguido á las ordenes de Carteaux en la guerra contra los marseleses, llegó para sustituir á Kellermann, depuesto poco hacia por su poco celo, dejándole solo los dias precisos de mando, para darle tiempo de que acabase su expedicion contra los piamonteses. En seguida seconvino el generri Doppet con Dubois-Crancé para el asalto de las alturas de Santa Fé, y se hicieron todos los preparativos para la noche del 28 al 29 de setiembre. Por la parte de la Croix-Rousse hácia el Norte, se dirigieron ataques simultáneos al Este en frente del puente Morand, y al Sud por el puente de la Mulatiere que esta por debajo de la ciudad en la confluencia del Saona y el Ródano. El ataque formal debió empezarse por el puente de Oullins en Santa Fé y no comenzó hasta el 29 á las cinco de la mañana, una hora ó dos despues que los otros tres. Doppet animando á sus soldados se arroja con ellos al primer reduto y les lleva al segundo con la mayor prontitud, por lo cual quedan tomados la grande y pequeña Santa Fé, y al mismo tiempo la columna encar-

gada de tomar el puente de la Mulatiere logra apoderarse de él y penetra por el istmo, en cuyo extremo se reúnen los dos rios. Iba ya á introducirse en Lyon cuando Precy acude con su caballería, consigue rechazarla y salva la plaza mientras el jefe de la artillería Vaubois, que habia dirigido contra el puente Morand un ataque de los mas impetuosos, penetró en el reduto de la herradura, pero se vio obligado á abandonarle.

Uno solo de todos estos ataques habia salido enteramente bien, el principal de Santa Fé. Solo faltaba ahora pasar desde estas alturas á las de Fourvieres, que estaban fortificadas mas en regla, y eran mucho mas difíciles de tomar. La opinion de Dubois-Crancé, que obraba sistemáticamente y como sabio militar, era la de no esponerse al riesgo de otro asalto, fundandose en las razones siguientes. Sabia que los lyoneses, reducidos á comer harina de guisantes, solo tenian viveres para algunos dias, é iban á verse obligados á ceder. Habia visto su valor en la defensa de la Mulatiere y del puente Morand, y temia que no saliese bien el ataque contra las alturas de Fourvieres, y se desorganizase el ejército, precisando á levantar el sitio. «Lo que puede hacerse, decia, que mas convenga á unos sitiados valientes y desesperados es presentarles ocasion de salvarse en un combate. Dejémosles, pues, que perezcan de hambre por espacio de algunos dias.»

Llegó en este momento, 2 de octubre, Couthon con una nueva quinta de veinte y cinco mil labradores de Auvernia. «Acabo de llegar, escribia, con mis rocas de la Auvernia y voy á precipitarlas en el arrabal de Vaise.» Halló á Dubois-Crancé en

medio de un ejército de que era jefe absoluto, á quien habia impuesto las reglas de subordinacion militar, y á cuya vista llevaba con mas frecuencia su uniforme de general, que el de representante del pueblo. Couthon se irritó al ver que un representante sustitua á la igualdad aquella gerarquía militar, y no quiso en manera alguna oír hablar de una guerra regularizada, diciendo: «Yo no entiendo nada de táctica; llego aquí con el pueblo, y «su santa cólera triunfara de todo. Es preciso inundar Lyon con nuestras masas, y apoderarse de él á viva fuerza. Por otra parte he prometido á mis labradores que les licenciaré el lunes, y es necesario que vayan á hacer su vendimia.» Era aquel día martes, y Dubois-Crancé, hombre de cierta ilustracion, y acostumbrado á tropas organizadas, miró con desprecio á aquellos paisanos reunidos en pelotones y mal armados, y propuso elegir entre ellos los mas jóvenes, é incorporarlos en los batallones ya organizados, despidiendo á los demas. No quiso escuchar Couthon ninguno de estos prudentes consejos, é inmediatamente hizo que se decidiese el ataque de Lyon á viva fuerza sobre todos los puntos, con los sesenta mil hombres de que podia disponer, pues á este número habia llegado con la nueva quinta la fuerza del ejército y escribió al mismo tiempo á la junta de salvacion pública para que destituyese á Dubois-Crancé. El ataque se decidió en consejo de guerra el 8 de octubre.

Llegó entretanto la deposicion de Dubois-Crancé y de su colega Gauthier. Los lyoneses miraban con horror á Dubois-Crancé que hacia dos meses se encarnizaba contra su ciudad, diciendo que no querian rendirse á semejante hombre. Couthon les

hizo la última intimacion el día 7, escribiéndoles, que la Convencion le habia encargado á él con los representantes Maignet y Laporte, la continuacion del sitio, y se suspendió el fuego hasta las cuatro de la tarde, reproduciéndose entouces con la mayor violencia. Ya iban á prepararse al asalto, cuando se presentó una diputacion á capitular en nombre de los lyoneses, y el objeto parecia que era dar tiempo á Precy y á dos mil habitantes de los mas comprometidos, para salvarse en columna cerrada. Aprovecháronse en efecto de este intervalo, y salieron por el arrabal de Vaise para retirarse á Suiza.

Apenas empezaron las conferencias, cuando entró una columna republicana hasta el arrabal de San Justo, y por consiguiente ya no era tiempo de proponer condiciones, ademas de que tampoco lo consentia la Convencion. El ejército entró el 9 con los representantes á la cabeza; los habitantes se habian ocultado, pero salieron de tropel todos los montañeses perseguidos á recibir al ejército victorioso, y le dispusieron una especie de triunfo popular. El general Doppet, hizo observar á sus tropas la mas severa disciplina, y dejó á los representantes el cuidado de descargar contra esta infeliz ciudad la venganza revolucionaria.

Durante este tiempo, marchaba Precy hácia la Suiza con sus dos mil fugitivos; pero previendo Dubois-Crancé que seria este su único recurso, hacia mucho tiempo que habia mandado ocupar todos los pasos; y así, los infelices lyoneses se vieron perseguidos, dispersos y muertos por los labradores. Precy, únicamente con otros ochenta, lograron llegar al territorio helvético.

Apenas entró Couthon, repuso al antiguo Ayuntamiento montañés, encargándole que buscasse y designase los rebeldes, y encargó á una comision popular que los juzgase militarmente. Escribió despues á Paris que habia en Lyon tres clases de habitantes: primera, los ricos culpables: segunda, los ricos egoístas; tercera, los jornaleros ignorantes que no pertenecian á ninguna causa, y eran tan incapaces para lo bueno, como para lo malo. Que era preciso guillotinar á los primeros y destruir sus casas, hacer á los segundos contribuir con toda su fortuna, y á los últimos espatriarlos y reemplazarlos con una colonia republicana.

Produjo en Paris la toma de Lyon una alegría extraordinaria, que recompensó las malas noticias recibidas á fines de setiembre. Sin embargo, a pesar del triunfo se quejaron de la lentitud de Dubois-Crancé, se le atribuyó la fuga de los lyoneses por el arrabal de Vaise, en que por otra parte no se salvaron mas que ochenta; Couthon especialmente le acusó de haberse pronunciado general absoluto en su ejército, presentándose mas con su uniforme de general que con el de representante: de haber hecho alarde de sus conocimientos en la táctica; y últimamente, de haber querido hacer que prevaleciese el sistema de los sitios regulares al de los ataques en masa. Inmediatamente entablaron los jacobinos sumaria contra Dubois-Crancé, cuya actividad y vigor habian hecho, sin embargo, tantos servicios en Grenoble, en el Sud y delante de Lyon. Al mismo tiempo preparó la junta de salvacion publica terribles decretos, para hacer mas favorable y respetada la autoridad de la Convencion.

Hè aquí el decreto presentado por Barrere y que se espidió inmediatamente:

«Art. 1.º La Convencion nacional nombrará á propuesta de la junta de salvacion pública, una comision de cinco representantes del pueblo, que se trasladará inmediatamente á Lyon, para hacer prender y juzgar militarmente á todos los contrarrevolucionarios que hubiesen tomado las armas en aquella ciudad.

«2.º Todos los lyoneses quedarán desarmados, y las armas se entregarán á los que puedan hacer constar no haberse mezclado en la rebelion, y á los defensores de la patria.

«3.º La ciudad de Lyon será destruida.

«4.º Unicamente se conservaran en ella los hospicios, las fabricas, los talleres de artes, los hospitales, los monumentos públicos y los de la instruccion.

«5.º Dejará de llamarse esta ciudad Lyon, y se llamara *ciudad independiente*.

«6.º Sobre las ruinas de Lyon se alzará un monumento en el cual se gravarán estas palabras: *Lyon hizo la guerra á la libertad, Lyon ya no existe!*»

Anuncióse inmediatamente la noticia de la toma de Lyon á los dos ejércitos del Norte y la Vendée, donde debían darse los golpes decisivos, invitándoles por medio de una proclama á seguir el ejemplo del ejército de Lyon. Decíase al ejército del Norte: «El estandarte de la libertad ondea sobre las murallas de Lyon y las está purificando. «Este es un presagio de la victoria; la victoria

* Decreto del día 18 del primer mes del año II de la república

«pertenece al valor. pertenece á vosotros; matao á y confundid á los satélites de los tiranos!... La patria os contempla, la Convencion apoya vuestros generosos esfuerzos; en breve dejarán de existir los tiranos, y la república os será deudora de su libertad y de su alegría!» A los soldados de la Vendée se les decía: «Y vosotros tambien, valientes soldados, conseguireis una victoria; hace mucho tiempo que la Vendée insulta á la república, marchad, pues, destrozad y concluid! Todos nuestros enemigos deben sucumbir á un tiempo, y todos los ejércitos van á vencer. ¿Seriais vosotros los últimos que recogiesen laureles, y que mereciesen la gloria de haber exterminado á los rebeldes y salvado la patria.»

La junta, como se vió, nada olvidaba para sacar el mayor partido de la toma de Lyon; suceso que á la verdad era de la mayor importancia, pues libertaba el Este de la Francia de los últimos restos de insurreccion, privando á los emigrados que intrigaban en Suiza de toda esperanza, y á los piemonteses, que en lo sucesivo no podían contar con distraccion alguna. Ademas sujetaba al Jura, aseguraba la retaguardia del ejército del Rin, permitia llevar auxilios de hombres y efectos, que eran indispensables, delante de Tolon y de los Pirineos; y por fin, intimidaba á todas las ciudades que habian tenido intenciones de sublevarse, afianzando su sumision definitiva.

En el Norte era donde mas severidad queria desplegar la Convencion, imponiendo á los soldados y generales la obligacion de mostrar mayor denuedo. Mientras Custine perdía su cabeza en un cadalso, se enviaba á Flouchard al tribunal revoluc-

cionario por no haber hecho en Dunkerque todo lo que pudo. Los últimos cargos presentados en la junta de setiembre último, le habian obligado á renovar todos los estados mayores, y acaba de reorganizarlos enteramente, elevando á los mayores grados á meros oficiales. Houchard, coronel al principio de la campaña, general en jefe antes de que esta concluyese, y acusado á la sazón ante el tribunal revolucionario; Roche, simple oficial en el sitio de Dunkerque y promovido ahora al mando del ejército del Mosela; Jourdan, comandante de batallon, luego general del centro en la jornada de Hondtschoote, y finalmente, nombrado general en jefe del ejército del Norte, eran palpables ejemplos de las vicisitudes de la fortuna en estos ejércitos revolucionarios. Estas repentinas promociones, impedían que los soldados, oficiales y generales tuviesen tiempo de conocerse y mirarse con confianza; pero daba una terrible idea de aquel poder que así disponia de todas las vidas, no solo en el caso de una traicion probada, sino por una sospecha, por una falta de celo, por una victoria á medias; de que resultaba un sacrificio absoluto por parte de los ejércitos, y unas esperanzas sin limites para los genios atrevidos que osasen aspirar al peligroso puesto de los generales.

A esta época deben atribuirse los primeros progresos del arte de la guerra. Los principios de este arte habian sido conocidos indudablemente y practicados en todos tiempos por los capitanes, que á su atrevida imaginacion, reunian la osadia de carácter. Muy poco hacia aun que Federico acababa de dar un ejemplo de las mas acertadas combinaciones estratégicas; pero cuando desaparecen los

hombres de genio para ceder el puesto á los vulgares, el arte de la guerra vuelve á sumirse en la timidez y en la rutina. Siempre se combate por la defensa ó ataque de una linea, y al fin llega á adquirirse la habilidad de calcular las ventajas de terreno, acomodando á él cada arma; sin embargo, con todos estos medios, se disputa años enteros la posesion de una provincia, que un osado caudillo podria ganar con una sola maniobra; sacrificando mas sangre la prudencia y mediania que la temeridad del genio, porque aquella consume hombres sin resultado. Así lo habian hecho los sabios tácticos de la liga; á cada batallon oponian otro; guardaban todos los caminos amenazados por el enemigo; y cuando con un solo paso atrevido hubieran podido destruir la revolucion, no se esponian á darle por no quedar descubiertos. El arte de la guerra debia refundirse. Formar una masa compacta, infundirle confianza y denuedo, conducirla aceleradamente al otro lado de un rio ó de una cordillera de montañas, y sorprender á su enemigo que no le esperaba, dividiendo sus fuerzas, cortándole sus recursos y apoderándose de su capital, era un arte difícil y grande que exigia genio, y que solo podia desarrollarse con la fermentacion revolucionaria.

La revolucion, agitando todos los ánimos, preparó la época de las grandes combinaciones militares. Al principio, puso para defensa de su causa inmensas masas de hombres, mucho mas considerables que las que se reunieron jamás para apoyar la causa de los reyes. Despues encendió el deseo de extraordinarios triunfos, desaprobó los combates pausados y metódicos, y sugirió la idea de re-

pentinas y numerosas irrupciones contra un mismo punto. Por todas partes decian: debemos batirnos en masa; y este era el grito de los soldados en todas las fronteras, y de los jacobinos en los clubs. Couthon al llegar á Lyon, respondió á todos los raciocinios de Dubois-Crancé con decir que debía darse el asalto en masa, y finalmente Barrère habia presentado un informe sabio y profundo, en que probaba que la causa de nuestras pérdidas eran los combates parciales. De consiguiente, formando grandes masas, infundiéndolas audacia, despreciándolas de toda rutina é imprimiéndolas el genio y valor de las innovaciones, preparó la revolucion: la restauracion de la brillante guerra. Este cambio no podia hacerse sin desorden, porque los labradores y los jornaleros, á quienes se trasladaba de pronto á los campos de batalla, el primer dia no ponian de su parte mas que la ignorancia, la indisciplina y el terror pánico, que son los efectos naturales de una mala organizacion. Los representantes, que á veces iban á los campos á atizar las pasiones revolucionarias, exigian por lo comun imposibles, y cometian iniquidades con respecto á los generales mas bizarros. Dumouriez, Custine, Houchard, Brunet, Caenlaux y Jourdan, sucumbieron ó cedieron á la fuerza de este torrente; pero al cabo de un mes aquellos jornaleros se transformaban en oradores jacobinos, en soldados dóciles y valientes; aquellos representantes comunicaban una osadía y extraordinario poder á los ejércitos; y á fuerza de exigencias y mudanzas, acababan por encontrar aquellos audaces genios que las circunstancias exigian.

Un hombre se presentó por fin á regularizar

este gran movimiento, y fué Carnot, oficial de ingenieros en otro tiempo, despues individuo de la Convencion y de la junta de salvacion pública y que participando hasta cierto punto de su inviolabilidad, pudo introducir impunemente el orden en las operaciones mas desarregladas, y sobre todas darlas una combinacion que ninguno de los anteriores ministros hubiera podido conseguir. Una de las principales causas de nuestros anteriores reveses era la confusion que acompaña siempre á una agitacion estremada. Hallandose establecida la junta con una fuerza irresistible, y revestido Carnot de todo el poder de aquella, se obedeció el pensamiento del hombre sabio, que meditando en todo el plan, prescribia movimientos perfectamente ligados entre sí y dirigidos á un mismo objeto. Los generales no podian ya, como en otro tiempo lo habian hecho Custine y Dumouriez, obrar cada uno por sí solo, atrayendo á sí toda la guerra y los medios de efectuarla. Los representantes tampoco podian ya dictar ni contrariar operacion ninguna, ni alterar las órdenes superiores; de modo, que era preciso obedecer á la suprema voluntad de la junta, y arreglarse al plan uniforme que habia prescrito. Colorado de esta manera en el centro y dominando sobre todas las fronteras, la imaginacion de Carnot debió esplayarse en su elevacion, y concibió vastos proyectos en que se aunaban la prudencia y la osadía. Prueba de esto es la instruccion remitida á Houchard, pues aunque sus planes tuviesen sin duda á veces el inconveniente de estar formados sobre una mesa, y que cuando llegaban sus órdenes no eran ya aplicables al lugar ni á las circunstancias; sin embargo, suplian con su universa-

lidad el inconveniente de los detalles, y nos aseguraron al siguiente año triunfos generales.

Carnot habia acudido á la frontera del Norte para ver á Jourdan, pues habia resuelto atacar osadamente al enemigo por formidable que pareciese. Carnot pidió un plan al general para juzgar de sus ideas y conciliarlas con las de la junta, es decir con las suyas. Los aliados volviendo de Dunkerque hácia el centro de la línea, se habian reunido entre el Escalda y el Mosa, formando allí una terrible mole que podia adquirir ventajas decisivas. Hemos bosquejado ya el teatro de la guerra. El espacio comprendido entre el Mosa y el mar, le dividia en varias líneas, cuales son el Lys, el Scarpa, el Escalda y el Sambre. Los aliados al tomar á Condé y á Valenciennes, se habian hecho dueños de dos puntos importantes en el Escalda. El Quesnoy de que acababan de apoderarse, les daba un apoyo entre el Escalda y el Sambre; pero en este último no tenian ninguno; y así pensaron en Maubeuge, que por su situación sobre el Sambre les hubiera hecho dueños del espacio comprendido entre este rio y el Mosa. Al empezarse la próxima campaña, Valenciennes y Maubeuge les hubieran proporcionado de este modo una excelente base de operaciones, que no hubiera hecho enteramente inútil su campaña de 1793; su último proyecto fué la ocupacion de Maubeuge.

Por parte de los franceses, en quienes ya comenzaba á desarrollarse el espíritu de combinacion, se imaginó operar por Lila y Maubeuge contra las dos alas del enemigo, y privándole así de sus dos flancos, se creyó que tendria que sucumbir su centro. Verdad es que esto era esponerse á sufrir todo

su ímpetu en una ú otra de sus dos alas, dejándole la ventaja toda de su masa; pero habia ciertamente menos rutina en este pensamiento que en los precedentes, y sobre todo, lo mas urgente era socorrer á Maubeuge. Jourdan, dejando unos cincuenta mil hombres en los campos de Gavarelle, Lila y Cassel, para formar su ala izquierda, reunia en Guisa cuanta gente le era posible. Habia juntado un ejército de cerca de cuarenta y cinco mil hombres, organizados ya, y hacia regimientar á toda prisa, á los nuevos reclutas de la quinta permanente; pero reinaba tal desórden entre los mismos reclutas, que fué preciso dejar destacamentos de tropas de línea que los guardasen. Jourdan, pues, fijó en Guisa el punto de reunion de todos ellos, y se adelantó con cinco columnas al socorro de Maubeuge.

El enemigo habia acometido ya á esta plaza, que como las de Valenciennes y Lila estaba sostenida por un campamento atrincherado en la orilla derecha del Sambre, por el mismo lado por donde los franceses se adelantaban. Dos divisiones, las de los generales Desjardins y Mayer, guardaban la corriente del Sambre, una por la parte superior, y y otra por bajo de Maubeuge. Lejos de adelantarse el enemigo en dos columnas cerradas, rechazando Desjardins á Maubeuge, y obligando á Mayer á replegarse sobre Charleroi, donde hubiera sido perdido, pasó el Sambre en pequeños trozos, y dejó á las divisiones de Desjardins y Mayer formarse en el campamento atrincherado de Maubeuge. Gran fortuna era el haber separado á Jourdan de Desjardins, impidiéndole de este modo que aumentase el ejército activo de los franceses; pero dejando

que se uniese Mayer al segundo, se les habia dejado formar en Maubeuge un cuerpo de veinte mil hombres, que podia dejar de obrar como guarnicion, especialmente al acercarse el ejército grande de Jourdan. Con todo, la dificultad de mantener tantas fuerzas reunidas, era uno de los mayores inconvenientes para Maubeuge, que podia hasta cierto punto disculpar á los generales enemigos, por la falta de haber permitido su incorporacion.

El principe de Coburgo, colocó á los holandeses en número de doce mil en la orilla izquierda del Sambre, y mandó incendiar los almacenes de Maubeuge para aumentar el hambre. Puso al general Colloredo en la orilla derecha, y le encargó que envistiese el campamento atrincherado. Clerfayt delante de Colloredo, formó el cuerpo de observacion, oponiéndose á la marcha de Jourdan; los aliados contaban con unos sesenta y cinco mil hombres.

Con un poco de audacia y genio hubiera podido el principe de Coburgo dejar quince ó veinte mil hombres en observacion delante de Maubeuge, y marchar con cuarenta y cinco ó cincuenta mil contra Jourdan, á quien infaliblemente hubiera derrotado; porque ademas de la ventaja de la ofensiva, y de la igualdad del número, sus tropas debian arrollar á las nuestras todavia muy mal organizadas. Pero en vez de adoptar este plan, dejó cerca de treinta y cinco mil hombres alrededor de la plaza, y quedó en observacion con unos treinta mil en las posiciones de Dourlers y Watignies. En tal estado de cosas, no era difícil que el general Jourdan cayese sobre un punto de la linea ocupada por el cuerpo de observacion, marchase contra Colloredo que cercaba el campamento atrincherado, le pu-

siese entre dos fuegos, y despues de haberle desbaratado, se reuniese á todo el ejército de Maubeuge, formando con él, un total de sesenta mil hombres, y batiendo á todos los aliados puestos en la ribera de la derecha del Sambre. Para conseguir esto, bastaba un solo ataque á Watignies, que era el punto mas débil; pero dirigiéndose solo hacia este lado, se dejaba abierto el camino de Avesnes que iba á parar á Guisa, donde se hallaba nuestra base, y el sitio de reunion de todos los depósitos. El general francés prefirió un plan mas prudente, aunque no tan fecundo, haciendo que el cuerpo de observacion atacase por cuatro puntos, de modo que quedase resguardado siempre el camino de Avesnes y de Guisa. Por su izquierda destacó á la division de Fromentin hacia Saint-Waast, con orden de marchar entre el Sambre y la derecha del enemigo. El general Balland debió colocarse en el centro y en frente de Dourlers con algunas baterias para contener á Clerfayt con un repetido fuego de artilleria. El general Duquesnoy se adelantó hacia la derecha, contra Watignies, que formaba la izquierda del enemigo un poco detrás de la posicion central. Este punto estaba ocupado por un pequeño cuerpo, y la division mandada por el general Beauregard, colocada aun mas alla de la derecha, debió apoyar á Duquesnoy en su ataque contra Watignies. En estos diversos movimientos poco combinados, no se dirigian á los puntos decisivos, y se efectuaron el 15 de octubre por la mañana. El general Fromentin se apoderó de Saint-Watignies, pero no habiendo tenido la precaucion de costear el bosque para ponerse á cubierto de la caballeria, fué atacado y cayó en la rambla de

Sait-Remy. En el centro, donde creían que Fromentin se había apoderado de Saint-Waast y donde se sabía que la derecha había logrado acercarse á Watignies, quisieron pasar adelante y en vez de bombardear á Dourlers se trató de tomarlo según opinion al parecer de Carnot, que decidió el ataque á pesar del general Jourdan. Nuestra infantería se arrojó al barranco que la separaba de Dourlers, le atravesó sufriendo un fuego horroroso, y llegó á una llanura donde tenía á su frente formidables baterías, y en el flanco una numerosa caballería que amagaba investirle. Al mismo tiempo, un nuevo cuerpo de los que acababan de contribuir á derrotar á Fromentin, amenazaba atacarle también por su izquierda. El general Jourdan se espuso al mayor peligro por sostenerla, pero se retiró, arrojándose desordenadamente al barranco, y felizmente recobró sus posiciones sin que la persiguieran. Habíamos perdido cerca de mil hombres en esta tentativa, y nuestra izquierda al mando de Fromentin, se había quedado sin artillería. Solo el general Duquesnoy salió con felicidad, consiguiendo acercarse á Watignies.

Después de esta tentativa, conocían mejor su posición los franceses. Vieron que Dourlers estaba demasiado defendido para dirigir contra él el principal ataque; que Watignies, guardado apenas por el general Tercy, y colocado detrás de Dourlers, era fácil de tomar, y que ocupado una vez este pueblo por el grueso de nuestras fuerzas, se ganaría necesariamente la posición de Dourlers. Jourdan destacó por lo mismo seis ó siete mil hombres hacia su derecha, con el fin de reforzar al general Duquesnoy, y dió orden á Beauregard, que se ha-

llabamuy distante con su cuarta columna, para que marchase de Eule á Ohrechies, de modo que hiciese un esfuerzo central sobre Watignies, en unión con el general Duquesnoy; pero insistió en seguir su demostración sobre el centro y en hacer marchar á Fromentin hacia la izquierda para abrazar todo el frente del enemigo.

El ataque comenzó al día siguiente 16. Nuestra infantería, partiendo de los tres lugares de Dinant, de Michaux y Choisy, llegó á Watignies. Los granaderos austriacos que unían este punto con Dourlers, fueron arrojados á los bosques; se contuvo el ímpetu de la caballería enemiga con la artillería ligera, dispuesta al efecto, y se ocupó á Watignies. Menos feliz el general Beauregard fué sorprendido por una brigada que destacaron contra él los austriacos, y sus tropas, creyendo mayor la fuerza del enemigo, se dispersó y abandonó parte del terreno. En Dourlers y Saint-Waast se habían contenido mutuamente; pero Watignies estaba en nuestro poder, que era lo interesante. Jourdan, para asegurar su posición, reforzó su derecha con cinco ó seis mil hombres. Coburgo, demasiado pronto en ceder al peligro, se retiró, á pesar del triunfo obtenido contra Beauregard, y de la llegada del duque de York, que venía á marchas forzadas del otro lado del Sambre. Es probable que el temor de que se uniesen los franceses con veinte mil hombres del campamento atrincherado, no le dejó continuar ocupando la orilla derecha del Sambre; pero lo cierto es que si el ejército de Mauberge al oír el cañon de Watignies hubiese atacado al pequeño cuerpo que formaba el cerco, y procurado dirigirse contra Jourdan, los aliados hubieran po-

do quedar derrotados. Así lo pedían á gritos los soldados; pero el general Ferrand se opuso, y el general Chancel, á quien equivocadamente se creyó culpable de esta falta, fué enviado al tribunal revolucionario. El feliz ataque de Watignies decidió el levantamiento del sitio de Maubeuge, así como el de Houdtschoote habia decidido el del sitio de Dunkerque; llamóse la victoria de Watignies, y produjo en los ánimos una fuerte impresion.

Hallábanse los aliados de esta manera concentrados entre Escalda y el Sambre. La junta de salvacion pública quiso sacar partido de la victoria de Watignies, del desaliento que habia infundido en el enemigo, de la energía que habia dado á nuestro ejército y resolvió hacer el último esfuerzo, con el que se lograra lanzar del territorio á los aliados antes del invierno, y dejarlos con el sentimiento de haber perdido enteramente la campaña. El parecer de Jourdan y de Carnot era contrario al de la junta, pues juzgaron que las lluvias, ya muy abundantes, el mal estado de los caminos y el cansancio de las tropas, eran razones suficientes para retirarse á cuarteles de invierno, aconsejando que se emplease esta estacion en disciplinar y organizar el ejército; pero la junta insistió en que quedase libre el territorio, diciendo, que en estacion semejante, pocos resultados podia tener una derrota. Segun el pensamiento nuevamente concebido de operar contra las alas, la junta mandó marchar de un lado por Maubeuge y Charleroi, y de otro por Cysaing, Maulde y Tornay, envolviendo de este modo al enemigo en el territorio que habia invadido. Firmóse el decreto en 22 de octubre, y en su consecuencia, espidiéronse las oportunas órdenes.

El ejército de las Ardenas debió unirse á Jourdan, y las guarniciones de las plazas fuertes, salir de ellas, reemplazándolas con las nuevas quintas.

Acababa de reproducirse con nuevo ardor la guerra de la Vendée. Ya hemos visto que Canclaux se habia replegado á Nantes y vuéltose á Angers y á Saumur las columnas de la alta Vendée. Antes de que se tuviese noticia de los nuevos decretos que confundian en uno á los dos ejércitos de la Rochella y de Brest, confiando el mando al general Lechelle, preparó Canclaux otro movimiento ofensivo. La guarnicion de Maguncia habia quedado reducida á nueve ó diez mil hombres, tanto por la guerra como por las enfermedades, y la division de Brest derrotada bajo el mando de Beysser, se hallaba casi desorganizada. Mas no por eso dejó de intentar Canclaux una marcha en extremo atrevida hacia el centro de la Vendée, obligando al mismo tiempo á Rossignol á que le apoyase con su ejército. Este, reunió inmediatamente un consejo de guerra en Saumur el 2 de octubre, en que decidieron que se reuniesen el día 7 en Bressuire las columnas de Saumur, Thouars y la Chatagneraie, y marchasen desde aquel punto á Chatillon para acompañar á Canclaux en el ataque. Prescribióse al mismo tiempo á las dos columnas de Luzon y los Sables que guardasen la defensiva á causa de sus últimos reveses y de los peligros que por la parte de la baja Vendée les amenazaban.

Durante este tiempo, Canclaux habia llegado el 1.º de octubre hacia Montaigu, enviando descubiertas hasta San Fulgencio, para lograr unirse por la derecha con la columna de Luzon, en caso de que llegase este á tomar de nuevo la ofensiva. Anima-

do por el buen éxito de su marcha, mandó el 26 á la vanguardia, siempre á las órdenes de Kleber, dirigirse á Tiffauges. Cuatro mil maguncianos encontraron al ejército de Elbée y de Bonchamps en Santo Sioforiano, y le derrotaron despues de un sangriento combate, lanzándole á larga distancia. En aquella misma tarde llegó el decreto de destitucion de Canclaux, Aubert-Duvayet y Grouchy, recibéndolo con el mayor desagrado la columna de Maguncia, é indignándose altamente Philippeaux, Guillaud, Merlin y Rewbel, que veian al ejército privado de un excelente general, cuando se hallaba en el mayor peligro en medio de la Vendée. Acreditada providencia era sin duda reunir en uno solo el mando del Oeste, mas era preciso elegir otra persona que pudiese soportar tan grave peso. Lechelle, dice Kleber en sus memorias, era ignorante y pusilánime, y ni una vez sola se halló entre las batallas: siendo un mero oficial en el ejército de la Rochela, subió repentinamente como Rossignol, por su concepto de patriotismo, pero no sabian que careciendo del natural talento y denuedo de este, era tan mal soldado, como pésimo general. Kleber se hizo cargo del mando mientras él llegaba, quedándose en las mismas posiciones entre Montaigu y Tiffauges.

Lechelle llegó por fin el dia 8 de octubre, celebrándose un consejo de guerra en su presencia. Acababa de saberse la marcha de las columnas de Saumur, Thouars, y la Chataigneraie hácia Bressuire, y se acordó entonces que se continuaria marchando hácia Chollet, donde se unirian con las tres columnas reunidas en Bressuire, mandando al mismo tiempo al resto de la division de Luzon, que

se adelantase hácia el punto general de reunion. Lechelle no entendi6 una palabra de los razonamientos de los generales y lo aprobó todo, diciendo: *es preciso marchar magestuosamente y en masa.* Kleber dobló su mapa con desprecio, y Merlin dijo, que habian elegido al hombre mas ignorante para mandar el ejército mas comprometido. Desde entonces los representantes encargaron á Kleber que dirigiese él solo las operaciones, contentándose por formalidad, con dar cuenta á Lechelle, el cual se aprovechó de esta ocasion para estar lejos del campo de batalla. Apartado del peligro, aborrecia á los valientes que se batian por él, pero á lo menos les dejaba batirse cuando y como les acomodaba.

Viendo entonces Charette los riesgos que amenazaban á los gefes de la alta Vendée, se separó de ellos, dando por pretexto falsos motivos de descontento, dirigiéndose á la costa, con el proyecto de apoderarse de la isla de Noirmutiers, como lo logró en efecto el dia 12 por una sorpresa y por la traicion del comandante; de modo que con esto se hallaba seguro de salvar su division y de entrar en tratos con los ingleses, pero dejaba espuesto el partido de la alta Vendée á una ruina casi inevitable. El interés de la causa comun podia haberle inspirado otra resolucion, atacando á la columna de Maguncia por la espalda, pues tal vez hubiera logrado destruirla. Los gefes del ejército principal, escribieron repetidas cartas con este objeto, pero jamás merecieron respuesta alguna.

Por todas partes se hallaban comprometidos los gefes de la alta Vendée. Las columnas republicanas que debian reunirse en Bressuire, se hallaban allí

en la época prefijada, y se habian encaminado el día 9 desde Bressuire á Chatillon, encontrándose en el camino con el ejército de Lescure, que pusieron en completa derrota. Westermann, á quien se habia devuelto el mando, iba siempre en la vanguardia al frente de algunos centenares de hombres, y entró en Chatillon el 9 por la tarde. Al siguiente día 10 llegó todo el ejército, y durante este movimiento, Lescure, y Larochejacquelein habian llamado en su socorro al grueso del ejército, que no distaba mucho de ellos, porque ahogados al centro del país, combatian unos y otros á corta distancia. Todos los generales reunidos resolvieron trasladarse á Chatillon, y emprendieron su marcha el día 11. Westermann avanzaba ya desde Chatillon á Montagne con quinientos hombres de vanguardia, no creyendo al principio que tuviera que habérselas con todo un ejército, por lo cual no solicitó grandes auxilios de su general. Pero cercado de repente, se vió obligado á retroceder con la mayor precipitacion entrando en Chatillon con su tropa; y fué tal el desórden que en la ciudad se introdujo, que el ejército republicano la abandonó al instante; pero Westerman, reuniéndose á Chabos, general en gefe, y con algunos valientes alrededor suyo, contruvo la fuga y volvió á situarse muy inmediato á Chatillon. Al entrar la noche dijo á algunos soldados suyos que habian huido: «Hoy habeis perdido el honor, y es preciso recobrarlo. Y poniéndose á la cabeza de cien ginetes, mandó montar á la grupa á otros tantos granaderos, y mientras los vendeanos estaban por la noche en Chatillon unos dormidos y embriagados otros, tuvo el atrevimiento de entrar allí y arrojarlos en medio

de todo un ejército. El desórden fué extraordinario y espantosa la carnicería, pues los vendeanos sin conocerse peleaban entre sí, en medio de una confusion horrorosa, sin que se librasen de la muerte, mugeres, niños ni ancianos. Westermann salió al rayar el alba con los treinta ó cuarenta soldados que le quedaban, y fué á reunirse con el grueso del ejército á una legua de la ciudad. Fué tal el horroroso espectáculo que se mostró á los vendeanos el día 12, que salieron precipitadamente de Chatillon, anegado de sangre y devorado por las llamas, y marcharon hácia el lado de Cholet, por donde debian dirigirse los maguncianos. Chabos, despues de haber restablecido el órden en su division, volvió á Chatillon al día siguiente 14, preparandose á avanzar de nuevo para unirse al ejército de Nantes.

Todos los gefes vendeanos, d' Elbee, Bonchamps, Lescure y Larochejacquelein, se hallaban reunidos con sus fuerzas en los alrededores de Cholet. Los maguncianos que habian emprendido su marcha el día 14, estaban ya cerca; la columna de Chatillon, tambien se hallaba á corta distancia, y la division de Luzon que debia venir á colocarse entre las columnas de Maguncia y Chatillon, se acercaba del mismo modo. Aproximabase pues el momento de la reunion general. El 15 marchaba en dos columnas el ejército de Maguncia hácia Mortagne, que acababa de evacuarse, formando Kleber la izquierda con el cuerpo de batalla, y Beaupuy la derecha. Al mismo tiempo llegaba cerca de Mortagne la columna de Luzon, esperando hallarse con un batallon de guias, que Lechelle habia debido colocar en el camino; pero este general inútil

para todo, ni siquiera se habia tomado este cuidado accesorio. La columna fué, pues, sorprendida por Lescure, y cercada por todas partes, pero llegó felizmente Beaupuy que estaba próximo por su posicion hácia Mortagne, y logró libertarla rechazando además á los vendeanos. El desgraciado Lescure recibió entonces un balazo por encima de una cecija y cayó en los brazos de sus soldados que le cogieron y emprendieron la fuga, con lo cual se reunió la columna de Luzon á la de Beaupuy, cuyo mando acababa de tomar el jóven Marceau. Por la izquierda y al mismo tiempo, sostenia Kleber un combate hácia San Cristóbal, rechazando al enemigo. El 15 por la tarde vivaqueaban todas las tropas republicanas en los campos delante de Chollet, á donde se habian retirado los vendeanos. La division de Luzon constaba de tres mil hombres, que unidos á la columna de Maguncia, hacian un total de doce á trece mil hombres.

Al dia siguiente 16 por la mañana, evacuaron los vendeanos á Chollet despues de algunos cañonazos, y se retiraron á Beaupreau. Kleber entró inmediatamente, y prohibiendo el saqueo bajo pena de la vida, hizo que se observase el mayor orden. Lo mismo ejecutó en Mortagne la columna de Luzon, y así, los historiadores que han dicho que Chollet y Mortagne fueron incendiados, han cometido un error, ó afirmado una mentira.

Tomó Kleber al instante todas sus disposiciones porque Lechelle se habia quedado dos leguas detras. Por delante de Chollet, pasa el rio Moine, y mas allá se encuentra un terreno montuoso y desigual, que forma en sus alturas un semicírculo. A la izquierda se halla el bosque de Chollet, y en

el centro de esta misma poblacion y á la derecha, un elevado castillo. Kleber colocó delante del bosque á Beaupuy con la vanguardia; atacó con la reserva de los maguncianos, detras de la vanguardia y de modo que pudiese sostenerla; situó la columna de Luzon mandada por Marceau en el centro, y á Vimeux con el resto de los maguncianos á la derecha, y sobre las alturas. En la noche del 16 al 17 llegó la columna de Chatillon con unos nueve ó diez mil hombres, ascendiendo las fuerzas republicanas á veinte mil próximamente. Celebróse un consejo el 17 por la mañana, y Kleber, que no se hallaba contento con su posicion delante de Chollet, porque solo tenia una retirada por el puente del rio Moine que conduce á la ciudad, queria marchar adelante para cercar á Beaupreau y cortar el Loira á los vendeanos. Los representantes se opusieron á su designio, porque la columna que habia venido de Chatillon, necesitaba un dia de descanso.

Durante este tiempo; tuvieron junta en Beaupreau los gefes vendeanos en medio de una confusion horrible. Los labradores llevaban consigo sus mugeres, hijos y ganados, formando una emigracion de mas de cien mil individuos. Larrochejacquelein y d' Elbée, hubieran querido permanecer en la orilla izquierda hasta el último momento; pero Talmont y d' Autichamp, que tenian gran influjo en Bretaña, deseaban con vivas ansias trasladarse á la orilla derecha. Bonchamps, que preveia una grande empresa en una escursion hácia las costas del Norte, y que segun se decia tenia un proyecto con la Inglaterra, opinaba pasar el Loira. Sin embargo, no estaba distante de hacer un último esfuerzo, y aun de dar una batalla de-

cisiva delante de Chollet; pero antes de empeñarse en ella envió á Varedes un destacamento de cuatro mil hombres, para tomar un paso en el Loira en caso de derrota.

Resuelta ya la batalla, se adelantaron los vendedeanos en número de cuarenta mil hombres sobre Chollet el 15 de octubre á la una del día. No esperaban ser atacados los generales republicanos, y por lo tanto acababan de mandar un día de descanso. Los vendedeanos iban divididos en tres columnas: la una se dirigía hácia la izquierda, donde estaban Beaupuy y Haxo, la otra hácia el centro mandada por Marceau, y la tercera á la derecha, confiada á Viméux. Los vendedeanos marchaban en línea y en fila como tropas regulares, y todos los gefes heridos que podian sostenerse á caballo, iban en medio de su gente para animarlos, en un día que debia decidir de su existencia y de la posición de sus hogares. Entre Beaupuy y el Loira, celebraban misa en cada lugar que les quedaba, y se encomendaban al cielo por una causa tan desdichada y espuesta.

Emprenden su movimiento los vendedeanos y se acercan á la vanguardia de Beaupuy, colocada, como hemos dicho, en una llanura delante del bosque de Chollet. Parte de ellas se adelantan en columna cerrada, y carga con la mejor tropa de línea; los otros se esparcen en guerrilla para envolver la vanguardia y aun á la izquierda, penetrando en el bosque de Chollet. Estrechados los republicanos tienen que replegarse, y Beaupuy, á quien habian matado ya dos caballos, cae enredado en el estrivo. É iba á ser hecho prisionero, cuando se echa detras de una caja de municiones, toma otro

caballo y va á unirse con su columna. Al mismo tiempo llega Kleber al ala amenazada; manda al centro y á la derecha que se mantengan firmes, y á Chalbos que haga salir de Chollet una de sus columnas para ir en socorro de la izquierda; colocándose él mismo junto á Haxo: con esto reanima sus batallones y hace que vuelvan á avanzar á los que habian cedido al mayor número. Los vendedeanos rechazados á su vez, vuelven á cargar encarnizadamente, y á ser de nuevo rechazados, y al mismo tiempo se empeña el combate en el centro y en la derecha con la mismo furia, en cuya segunda posición se halla Viméux, tan bien situado, que fueron impotentes todos los esfuerzos del enemigo.

Con todo, en el centro logran los vendedeanos mas ventaja que en las dos alas, penetrando en la hondonada donde se halla el joven Marceau. Llega Kleber en apoyo de la columna de Luzon, y al mismo tiempo sale de Chollet una de las divisiones de Chalbos que habia llamado, en número de cuatro mil hombres, refuerzo muy importante á la sazón; pero esta division, mal organizada, como todas las del ejército de la Rochela, al ver tan mortífero y continuado fuego se dispersa, y entra en Chollet desordenada. Kleber y Marceau permanecen en el centro con la única columna de Luzon, cuyo gefe, el joven Marceau, no se intimida, deja acercarse al enemigo á tiro de fusil, saca luego su artillería, y con su inesperado fuego, contiene y abrasa á los vendedeanos. Estos resisten al principio estrechándose para guardarse de aquella lluvia de metralla, pero ceden luego y huyen en dispersion. Al mismo tiempo se generaliza su derrota en el

centro, en la derecha y en la izquierda; y Beaupuy con su vanguardia reunida los persigue sin descanso.

Solo las columnas de Maguncia y Leuzon, eran las que habian tomado parte en la accion, de modo que trece mil hombres habian derrotado á cuarenta mil. Por una y otra parte se presentaron pruebas del mayor valor, pero la regularidad y la disciplina dieron la ventaja á los republicanos. Marceau, Beaupuy y Merlin, que en persona apuntaban los cañones, manifestaron el mayor heroismo. Kleber probó su acierto y vigor acostumbrados en los campos de batalla. De los vendeanos, Elbée y Bonchamps fueron heridos de muerte, despues de haber hecho prodigios de valor, quedando de aquellos gefes únicamente Larrochejacquelein, aunque nada habia omitido para recibir tambien gloriosas heridas, durando la accion desde las dos hasta las seis de la tarde.

Era muy obscura la noche y los vendeanos huian aceleradamente tirando sus zuecos por el camino. Beaupuy los seguia desapoderado, uniéndosele Westermann, que no queriendo hallarse en la inaccion de las tropas de Chalbos, tomó un cuerpo de caballeria, y perseguia á todo escape á los fugitivos. Despues de haberlos seguido largo tiempo, se detuvieron para dar descanso á sus tropas; sin embargo, creyendo encontrar mejores provisiones en Beaupreau que en Chollet, se atreven á marchar sobre aquel punto, donde se suponía que se habia retirado el grueso de los vendeanos, cuya fuga habia sido tan rápida, que parte de ellos se hallaba ya en San Florencio á las orillas del Loira. Los demas al acercarse los republicanos, sa-

lieron desordenados de Beaupreau, cediendo este punto, donde hubieran podido defenderse.

Al dia siguiente 18 por la mañana, marchó todo el ejército desde Chollet á Beaupreau y las avanzadas de Beaupuy, colocadas en el camino de San Florencio, vieron acudir una multitud de personas gritando: ¡viva la república! ¡viva Bonchamps! Preguntáronles que significaba aquello, y respondieron proclamando á Bonchamps, como su libertador. Efectivamente este jóven héroe, tendido sobre un colchon, y próximo á espirar de resultas de un balazo en el bajo vientre, habia pedido y obtenido el perdon de cuatro mil prisioneros que llevaban consigo los vendeanos y que querian fusilar; prisioneros que iban á unirse con el ejército republicano.

Ochenta mil personas entre mugeres, niños, ancianos y gente armada se hallaban en este momento á orillas del Loira, con los restos de lo que les quedaba, disputando veinte barcas para pasar á la otra orilla. El consejo superior, compuesto de los gefes que podian dar todavía su dictamen, deliberaba sobre si convendria separarse ó llevar la guerra á Bretaña. Algunos hubieran querido dispersarse por la Vendée y ocultarse en ella, esperando á mejores tiempos, uno de los cuales era Larrochejacquelein, que aconsejaba dejarse matar en la orilla izquierda antes de pasar á la derecha. Prevaleció sin embargo la opinion contraria, y se decidieron á permanecer unidos, y á marchar adelante; pero acababa de espirar Bonchamps, y nadie era capaz de seguir los proyectos que respecto á Bretaña habia formado. Enviaron á d' Elbée moribundo á Noirmoutiers, y llevaban á Lescure con

una herida mortal en una camilla. Ochenta mil personas abandonaban sus campos, yendo á destruir los vecinos, y á buscar su ruina. ¿Y por qué? Por una causa absurda y desesperada, & hipócritamente defendida. Mientras estos desgraciados se esponian generosamente á tantos males, apenas pensaban ellos en la liga, y los emigrados andaban intrigando por las cortes, batiéndose solamente algunos en el Rin, pero en las filas de los estrangeros; y nadie se habia acordado de enviar un escudo ni un soldado á aquella infeliz Vendée, célebre ya en veinte combates heróicos, y á la sazón vencida, fugitiva y moribunda.

Los generales republicanos se reunieron en Beaupreau, y resolvieron allí separarse, trasladándose unos á Nantes, y otros á Angers para impedir qualquiera tentativa contra ambas plazas. La opinion de los representantes, de que Kleber no participaba sin embargo, era que la Vendée quedaba destruida. *La Vendée no existe ya*, escribieron á la Convencion; y habiendo dado de plazo al ejército para concluir con ella hasta el 20 de octubre, él lo habia conseguido el 18. El ejército del Norte habia ganado el mismo día la accion de Wattignes y terminado la campaña, alzando el sitio de Maubeuge; de modo que la Convencion parecia que no tenia mas que decretar victorias para conseguirlas. Rayó en delirio el entusiasmo de Paris y de toda la Francia, creyendo que antes de terminar la estacion, la república triunfaria de todos los soberanos conjurados contra ella.

Solo un suceso podia desvanecer esta alegría, que era la pérdida de las lineas de Wissemburgo en el Rin, atacadas en 13 y 14 de octubre. Des-

pues del contratiempo de Pirmasens hemos dejado á los prusianos y austriacos delante de las lineas del Sarre y del Lauter, amenazando acometerlas á cada momento. Los prusianos hostigando á los franceses en las orillas del Sarre, les obligaron á retroceder, y el cuerpo de los Vosgos, rechazado mas allá de Hornbach, se retiró á larga distancia á Bitche en el corazon de las montañas; el ejército del Mosela, lanzado hasta Sarreguemines, quedó separado del cuerpo de los Vosgos y del ejército del Rin. En esta posicion, los prusianos que habian pasado la linea comun del Sarre, y del Lauter en el flanco occidental, facilmente podian envolver á los del Wissemburgo por su estremidad izquierda, y entonces precisamente habian de caer en su poder estas lineas, como así sucedió el 13 de octubre. La Prusia y el Austria que hemos visto enemistadas, se reconciliaron por fin; y el rey de Prusia habia pasado á Polonia, dejando el mando á Brunswick, con orden de que se entendiera con Wurmser. Este, debia atacar las lineas del Lauter con siete columnas del 13 al 14 de octubre, mientras los prusianos marchaban paralelos á la linea de los Vosgos hasta Bitche, mucho mas allá de la altura Wissemburgo. La primera linea á las órdenes del principe de Waldeck, encargado de pasar el Rin en Seltz y de cortar á Lauterburgo, encontró en la aspereza de los sitios y en el denuevo de medio batallon de los Pirineos, invencibles obstáculos; la segunda, aunque pasó las lineas por debajo de Lauterburgo, fué rechazada; y las demas, despues de haber obtenido mas arriba de Wissemburgo, ventajas que se neutralizaron con la vigorosa resistencia de los franceses, se apodera-

ron sin embargo de Wissemburgo. Nuestras tropas se retiraron al puestode Geisberg, situado un poco detras de Wissemburgo, y mucho mas dificil de tomar. Nosopodían, pues, mirar como enteramente perdidas las líneas de Wissemburgo, pero la noticia de haber marchado los prusianos hacia el lado occidental, obligó al general francés á retroceder á Haguenau, y las líneas del Lauter, cediendo de este modo parte del territorio á los aliados. En este punto pues, se hallaba invadida la frontera, pero los triunfos del Norte y de la Vendée dejaron sin efecto esta mala noticia, enviando á la Alsacia, á Sain-Just y á Lebas, para reprimir los movimientos que suscitaban en Strasburgo la nobleza alsaciana y los emigrados. Enviáronse por esta parte numerosos alistamientos, y se consolaron con la resolucion de vencer en este punto como en todos los otros.

Quedaban, pues, disipados los grandes temores que se habian concebido en el mes de agosto antes de las victorias de Hondtschoote y de Watignies, antes de la toma de Lyon y la retirada de los piemonteses al otro lado de los Alpes y antes de los triunfos de la Vendée. Ya en aquel momento se veia libre de enemigos la frontera del Norte, que era la mas importante y la que mas riesgo corria: Lyon recobrado por la república, sometida la Vendée, y sofocadas todas las rebeliones en el interior hasta la frontera de Italia, donde si bien resistia la plaza de Tolon; resistia sola. Con un triunfo mas en los Pirineos, en Tolon, y en el Rin, quedaba enteramente victoriosa la república, sin que esta última ventaja pareciese mucho mas difícil de conseguir que las anteriores. La empresa no ha-

bia concluido sin duda, pero podia serlo muy en breve, haciendo los mismos esfuerzos, y empleando los mismos medios; y si todavía los animos no se hallaban enteramente satisfechos, tampoco se creían ya en el inminente riesgo de muerte próxima.

CAPITULO VI.

Efectos de las leyes revolucionarias, destierros á Lyon, Marsella y Burdeos.—Persecuciones contra los *sospechosos*. Interior de las cárceles de París; estado de los presos en la Consergeria. Separan á Maria-Antonieta de su familia, y la conducen á la Consergeria; tormentos que la hacen sufrir. Atroz conducta de Hebert en el proceso de la reina ante el tribunal revolucionario. Condenanla á muerte y se ejecuta la sentencia.—Por menores de la causa y suplicio de los girondinos.—Ejecucion del duque de Orleans, de Bailly y de madama Roland.—Terror general. Segunda ley del *maximun*.—Agiotage. Falsifican un decreto cuatro diputados.—Establecimiento del nuevo sistema métrico y del calendario republicano. Abolicion de los antiguos cultos; abjuracion de Gobel, obispo de Paris. Establecimiento del culto de la razon.

Llevábanse á efecto en toda su estension y con el mayor vigor las providencias revolucionarias decretadas para la salvacion de la Francia, y como concebidas por hombres tan fogosos, eran violentas en su principio y mucho mas en su aplicacion, por ser ejecutadas lejos de sus autores y en una region inferior, en que las pasiones, siendo menos ilustradas, debian ser mas feroces. Se obligaba á parte de los ciudadanos á abandonar sus casas; á otros se les encerraba como sospechosos, se apoderaban de dinero y géneros para cubrir las necesidades de los ejércitos; se imponian como servicios los tras-

portes acelerados, y en cambio de ellos ó de los objetos apresados, se daban asignados, ó un crédito contra el Estado, que no inspiraba confianza alguna. Se continuaba sin interrupcion el repartimiento del empréstito forzoso, diciendo los repartidores de los pueblos á unos: vosotros teneis diez mil libras de rentas, y á otros; vosotros veinte; y todos sin poder replicar, estaban precisados á aprontar la suma pedida. De esta escandalosa arbitrariedad resultaban inmensos perjuicios; pero los ejércitos se llenaban de hombres, y los depósitos de abundantes viveres, y empezaban á cobrarse los mil millones de asignados que debian retirarse de la circulacion. Nunca se obra con esta precipitacion, ni se salva así á un Estado que se vé en peligro sin causar los mayores perjuicios.

En los sitios donde por ser mas inminente el riesgo habian exigido la presencia de los comisionados de la Convencion, las providencias revolucionarias eran aun mas rigorosas. En la proximidad de las fronteras, y en todos los departamentos sospechosos de federalistas, estos comisionados habian hecho que se armase toda la poblacion; lo habian puesto todo en requisicion y recargado á los ricos con impuestos revolucionarios, ademas del general del empréstito forzoso, acelerando el arresto de los sospechosos, y á veces haciéndolos juzgar por comisiones revolucionarias que ellos habian creado. Laplanche, enviado del departamento del Cher, decia á los jacobinos el 29 de vendimiarío: «En todas partes está el terror á la orden del día, en todas partes he impuesto contribuciones á los ricos y aristócratas. Orleans me ha entregado cincuenta mil libras, y en dos dias que he es-

estado en Bourges he sacado dos millones. Como no podía hallarme en todas partes, me han suplido mis delegados, y habiendo uno de estos impuesto á un tal Mamin, que era dueño de siete millones, la contribucion de cuarenta mil libras, se ha quejado á la Convencion, la cual ha aplaudido mi conducta; pero si le hubiese yo mismo fijado mi cupo, hubiera pagado dos millones. En Orleans he hecho que me diesen cuenta públicamente mis delegados, y así lo han verificado en el seno de la sociedad popular, habiendo sancionado el pueblo estas cuentas. He hecho surdir las campanas en todas partes, y reunido muchas parroquias, depurando á todos los federalistas, encarcelando á los sospechosos, y apoyando á los descamisados. Algunos sacerdotes tenían muchas comodidades en sus casas de reclusion, mientras los descamisados estaban tendidos sobre paja en las prisiones; de manera que los primeros me han dado colchones para los segundos. He hecho que se casen todos los curas, y he entusiasmado por todas partes los ánimos y corazones. He organizado fabricas de armas y visitado los talleres, cárceles y hospitales. He hecho salir muchos batallones del alistamiento general, he pasado revista á infinidad de guardias nacionales para republicanizarlos y he llevado á muchos realistas á la guillotina. Finalmente, he cumplido con mi cargo imperativo, y en todas partes he procedido como ardiente montañés y representante revolucionario.

En las tres ciudades principales de los confederados, Lyon, Marsella y Burdeos, fué donde los representantes sobre todo acababan de infundir un

terror extraordinario. El formidable decreto dado contra Lyon, mandaba que fuesen juzgados los rebeldes y sus cómplices por una comision militar; que los aristócratas mantuviesen á los descamisados, que se derribasen las casas de los ricos, y se trocase el nombre de la ciudad. Encargóse la ejecucion de este decreto á Collot-d'Herbois, Marihon-Montaut y Fonché de Nantes, los cuales se dirigieron á la ciudad independiente, llevando consigo cuarenta jacobinos, para plantear un nuevo club y propagar los principios de la sociedad madre. Fué siguiéndolos Ronsin con dos mil hombres del ejército revolucionario, y pronto empezaron á descargar sus furores. Los representantes dieron el primer martillazo á una de las casas destinadas á ser demolidas, y al punto empezaron ochocientos trabajadores á destruir las calles mas hermosas. Al propio tiempo comenzaron los destierros, llevando á la guillotina ó fusilando cada dia cincuenta ó sesenta de los lyoneses que infundian sospechas de haber tomado las armas. Aterrada se hallaba esta infeliz ciudad, mientras los comisionados enviados para castigarla, altivos y ocebados en la efusion de sangre, creyendo á cada grito de dolor que iban á ver reproducirse la revolucion, escribian á la Convencion que aun no estaban subyugados los aristócratas; que esperaban ocasion para amotinarse, y que para disipar todo temor, era preciso hacer salir parte de la poblacion, y matar la restante. Como los medios empleados hasta entonces, no parecian bastante ejecutivos, Collot-d'Herbois ideó minar los edificios para destruirlos, y emplear la metralla para sacrificar á los proscritos; y así escribió á la Convencion, que en breve se valdria de

medios mas prontos y eficaces para castigar á la ciudad rebelde.

En Marsella habian espirado ya muchas victimas, pero el mayor furor de los representantes se dirigia contra Tolon, cuyo sitio continuaban.

Apurábanse en la Gironda las venganzas tambien con el mayor furor. Isabeau y Tallien se habian colocado en la Reole, donde se ocupaban en formar el núcleo de un ejército revolucionario para penetrar en Burdeos, esforzándose entretanto en desorganizar las secciones de esta ciudad. Al efecto se habian valido de una seccion toda montañesa, y que logrando intimidar á las demas, hicieron que se cerrase sucesivamente el club federalista, y que se depusiesen las autoridades departamentales. Entonces entraron en triunfo en Burdeos, y repusieron al Ayuntamiento y autoridades montañesas, dando poco despues un decreto en que se ordenaba, que el gobierno de Burdeos fuese militar, que quedasen desarmados todos los habitantes, que fuesen los aristócratas y federalistas juzgados por una comision especial, y que se impusiese al momento una contribucion extraordinaria á los ricos, para suprir los gastos del ejército revolucionario; decreto que fué puesto inmediatamente en ejecucion, quedando desarmados los ciudadanos, y muriendo una porcion de gente.

Por este tiempo fué cuando los diputados fugitivos que se habian embarcado en Bretaña para la Gironda, llegaron á Burdeos, y fueron todos á buscar un asilo en casa de un pariente de Guadet en las grutas de San Emilion. Sabiase vagamente que estaban ocultos por esta parte; y Tallien hacia los mayores esfuerzos para descubrirlos; pero

aun no lo habia logrado, hasta que por desgracia dió con Biroteau, llegado de Lyon para embarcarse en Burdeos. Con este último no hablaba la ley, y Tallien, apenas comprobó la identidad de la persona, consumó la ejecucion. Tambien fué descubierta Duchatel, y como no estaba fuera de la ley, le trasladaron á Paris para que le juzgase el tribunal revolucionario, y le agregaron los tres jóvenes amigos Rioufe, Girey-Dupré y Marchena, que como hemos visto, se habian unido á la causa de los girondinos.

De esta manera todas las grandes ciudades de Francia sufrían las venganzas de la Montaña; pero Paris, lleno de las victimas mas ilustres, iba á ser el teatro de mayores crueldades.

Entre tanto se preparaba el proceso de Maria Antonieta, de los girondinos, del duque de Orleans, de Bailly y de una multitud de generales y ministros, y se llenaban las cárceles de sospechosos. El Ayuntamiento de Paris, como hemos dicho, se habia abrogado una especie de autoridad legislativa sobre todos los objetos de policia, subsistencia, comercio y culto, y con cada decreto daba un acuerdo de esplicacion, para ampliar ó reducir la voluntad de la Convencion, cuando la requisitoria de Chaumette, amplió extraordinariamente la definicion de sospechosos, dada por la ley de 17 de setiembre, y Chaumette en una instruccion municipal habia enumerado las condiciones por las que debian ser conocidos; esta instruccion remitida á las secciones de Paris, y luego á todas las de la república, estaba concebida en los términos siguientes:

«Seran considerados como sospechosos: 1º To-

«dos aquellos que en las Asambleas del pueblo re-
 «primen su entusiasmo con discursos estudiados,
 «gritos descompasados y amenazas: 2.º, Los que
 «mas cuerdos hablan misteriosamente de los males
 «de la república, se compadecen de la suerte del
 «pueblo, y están siempre dispuestos á esparcir noti-
 «cias desagradables con fingido sentimiento: 3.º, Los
 «que han ido variando de conducta y espresio-
 «nes segun los acontecimientos, los que sin darse
 «por entendidos de los crímenes de los realistas y
 «federalistas declaman enfáticamente contra las li-
 «geras faltas de los patriotas, fingiendo para apa-
 «recer republicanos, una rigidez y severidad esta-
 «diadas, que dulcifican apenas se trata de un mo-
 «derado ó aristócrata; 4.º, Los que compadecen á
 «los arrendadores y comerciantes avaros, contra
 «quienes la ley ha tomado providencias; 5.º, los
 «que teniendo siempre en la boca las palabras li-
 «bertad, república y patria, se tratan con los ex-no-
 «bles, clérigos, contrarrevolucionarios, aristócratas,
 «fuldenses y moderados, interesándose por su suer-
 «te; 6.º, Los que ninguna parte activa han tenido en
 «lo concerniente á la revolucion y que alegan por
 «pretexto haber pagado las contribuciones, dona-
 «tivos patrióticos ó servicios en la guardia nacio-
 «nal por reemplazo ó de otro modo; 7.º, Los que
 «han recibido con indiferencia la constitucion re-
 «publicana, y han mostrado falsos temores por su
 «establecimiento y duracion 8.º, los que no ha-
 «biendo hecho nada contra la libertad, tampoco
 «han hecho nada en favor de ella: 9.º, los que no
 «asisten á sus secciones, prestando que no saben
 «hablar ó que se lo impiden sus ocupaciones; 10, los
 «que hablan con desprecio de las autoridades

«constituídas, de los signos, de la ley, de las so-
 «ciedades populares y de los defensores de la liber-
 «tad: 11, Los que han firmado peticiones contrare-
 «volucionarias, ó asistido á sociedades y clubs an-
 «ticívicos; y 12, Los que son conocidos por hom-
 «bres de mala fè, partidarios de Lafayette, ó que
 «han marchado á paso de ataque al campo de
 «Marte.»

Con definicion semejante debia ser infinito el número de sospechosos, que se elevó muy pronto en Paris desde algunos centenares hasta tres mil individuos. Pusieronse al principio en las casas consistoriales, en la Fuerza, en la Consergeria, en la Abadia, en Santa Pelagia, en las Magdeloneta, y en todas las prisiones ordinarias del Estado; pe-
 ro no siendo bastantes estos espaciosos encierros, se trató de establecer nuevas casas de reclusion, destinadas principalmente á los presos políticos. Los gastos de custodia eran de cuenta de los pre-
 sos, y así se alquilaron casas á costa suya, eligién-
 dose una en la calle del Infierno, conocida con el nombre de *Casa de Puerto Libre*, y otra en la calle de Sevres, llamada *Casa de Lázaro*. Hizose tam-
 bien cárcel el colegio Duplessis; y finalmente el palacio de Luxemburgo, destinado al principio pa-
 ra los veinte y dos girondinos, se llenó de una multi-
 tud de presos, comprendiendo mezclados á todos los que quedaban de la brillante sociedad del ar-
 mal de San German. Como estas prisiones repenti-
 nas llenaron las cárceles, los presos estuvieron al principio muy mal alojados, siendo crueles los pri-
 meros dias que pasaban en los encierros, confun-
 didos con los malhechores y tirados sobre la paja. Pero luego el tiempo fué introduciendo mas orden

y comodidades; y permitiéndoles la comunicacion con los de afuera, tuvieron el consuelo de abrazar á sus parientes, y de agenciarse algun dinero. Entonces alquilaron ó les llevaron camas, no se vieron tendidos sobre paja, y quedaron separados de los malhechores. Hasta les concedieron cuantas comodidades podian hacer llevadera su suerte, pues el decreto permitia llevar á las casas de reclusion todos lo que los presos necesitasen, y los que habitaban en las casas nuevamente establecidas, se veian mejor tratados aun. En *Puerto Libre* en la *Casa de Lázaro* y en *Luxemburgo*, donde habia presos muy ricos, se vió reinar el asco y la abundancia. Las mesas eran esquisitamente servidas, mediante los derechos de entrada que exigian los carceleros; sin embargo, habiéndose aumentado mucho la concurrencia de visitas, y pareciendo una gracia escusada el permitirles comunicar con los de afuera, se les privó de este consuelo, no pudiendo los presos hacerlo en adelante sino por escrito, y únicamente para proporcionarse lo que les hacia falta. Desde aquel momento se estrechó mas la intimidad entre aquellos infelices condenados á vivir esclusivamente juntos. Cada uno eligió compañía á su gusto, y se formaron pequeñas sociedades. Luego establecieron reglamentos, se repartieron los cuidados domésticos, y cada uno los desempeñaba cuando le correspondia. Se abrió una suscripcion para los gastos de residencia y manutencion, y de este modo contribuyeron los ricos para los pobres.

Despues de haber cumplido cada cual con sus deberes respectivos, se reunian las diferentes sociedades en las habitaciones comunes, y puestos

alrededor de una mesa, de una estufa ó chimenea, se entretenian en trabajar, leer y hablar. Los poetas encerrados, como todos los que habian infundido sospechas por su ingenio, leian versos; los músicos daban conciertos, y todos los dias se oian en estos sitios de proscripcion muy buenas músicas. El lujo siguió luego á los placeres; las mugeres empezaban á adornarse, se entablaron relaciones de amistad y de amor, y hasta la vispera de ir al cadalso, se reproducian alli todas las escenas frecuentes en la sociedad: ejemplo singular del carácter francés, de su impasibilidad, de su buen humor, y de su predisposicion al placer en todas las circunstancias de la vida.

En los tres primeros meses de prision se oyeron lindos versos, se presenciaron aventuras novelescas, actos de beneficencia, una estraña confusion de clases, opiniones y fortunas, y una especie de igualdad voluntaria que realizó en aquellos sitios la igualdad quimérica, que los obstinados reformadores querian introducir en todas partes, no logrando verla sino en las prisiones. Verdad es que el orgullo de algunos presos, no se avenia con esta igualdad de la desgracia. Mientras se veian algunos hombres muy desiguales en fortuna y educacion vivir entre sí con la mayor armonia, y alegrarse con admirable desinterés de las victorias de aquella misma república que los perseguia, habia tambien algunos ex-nobles con sus mugeres hallados casualmente en los desiertos palacios del arrabal de San German que estaban aparte, y se nombraban aun con los proscritos títulos de marqueses y condes, dando muestras de despecho, cuando oian decir que los austriacos habian huido en

Watignies, ó que los prusianos no habían podido pasar los Vosgos. Sin embargo, el dolor restituye todos los corazones á la naturaleza y á la humanidad, y de allí á poco, cuando Fouquier-Tinville, llamando todos los días á la puerta de estas tristes habitaciones, pedía sin cesar nuevas cabezas; cuando los amigos y los parientes quedaban diariamente separados por la muerte, los que restaban, lloraban, y se consolaban juntos, no teniendo mas que un mismo sentimiento en medio de las mismas desgracias.

Sin embargo, no todas las prisiones presentaban las mismas escenas; pues la Conserjería que estaba junto al palacio de justicia, y que por esta intermediación se hallaban en ella los presos destinados al tribunal revolucionario, ofrecía el doloroso espectáculo de algunos centenares de infelices, que solo les quedaban tres ó cuatro días de vida. Les trasladaban allí el día antes de sentenciarlos, y no permanecían en aquel sitio mas que el corto intervalo que mediaba entre la sentencia y la ejecución. Allí estaban los girondinos que se habían sacado del Luxemburgo, su primera cárcel; madama Roland, que después de haber hecho escapar á su marido se había dejado prender sin intentar huirse; los jacobinos Riouffe, Girey-Dupré, Boisguion, afectos á la causa de los diputados proscritos, y trasladados de Burdeos á París para ser sentenciados en unión con ellos; Bailly, á quien se había prendido en Melun; el ex-ministro de hacienda Claviere, que no había podido escaparse como Lebrun; el duque de Orleans, pasado de las prisiones de Marsella á las de París; los generales Houchard y Brunet, todos destinados á sufrir la

misma suerte; y finalmente la desdichada María Antonieta, que iba á preceder en el cadalso á todas estas ilustres víctimas. Allí ni aun se pensaba en procurarse las comodidades que hacían mas llevadera la desgracia de los encerrados en las demas prisiones, porque ocupaban sombríos y tristes calabozos donde no entraban la luz, el consuelo ni los placeres. Apenas gozaban los presos el privilegio de reposar en camas, en vez de estar echados sobre paja; y no pudiendo distraerse de la idea de la muerte como los presos por meras sospechas, que esperaban no estar encarcelados mas que hasta la paz, procuraban divertirse haciendo las mas ingeniosas parodias del tribunal revolucionario, y de la guillotina. Los girondinos improvisaban y representaban en su calabozo extraños y terribles dramas, cuyo pensamiento eran su destino y la revolución; y á media noche cuando dormían los carceleros, empezaban ellos estas fúnebres diversiones. He aquí uno de los que se les ocurrieron. Sentado cada uno sobre una cama remedaban á los jueces y jurados del tribunal revolucionario, y al mismo Fouquier-Tinville. Dos de ellos, puestos uno enfrente de otro, imitaban al acusado y su defensor, y según la costumbre del sangriento tribunal, el acusado salía condenado siempre. Tendido inmediatamente sobre una tabla de cama que sacaban al efecto, sufría el simulacro del suplicio representado con todas sus circunstancias, y después de varias ejecuciones, el acusador se convertía en acusado, y moría á su turno. Volviendo después cubierto con una sábana, imitaba los tormentos que padecía en los infiernos, profetizaba el destino que esperaba á todos aquellos inicuos jue-

ces, y apoderándose de ellos con tenebrosos alaridos, los arrastraba al abismo..... «Así, dice Riouffe, jugábamos en el seno de la muerte, y en nuestros «proféticos juegos decíamos la verdad en medio de «espías y verdugos.»

Desde la muerte de Custine empezaron á acostumbrarse á estos procesos políticos, en que las menores faltas de opinión se consideraban como crímenes de muerte. Por un hábito sangriento se habían acostumbrado á perder toda clase de escrúpulos, y á mirar como una cosa natural el enviar al cadalso á cualquiera que perteneciese al partido contrario. Los franciscanos y jacobinos habían hecho decretar la encausacion de la reina, de los girondinos, de muchos generales, y del duque de Orleans; exigiendo imperiosamente que se les guardase la promesa, y descando principalmente que empezase por la reina tan larga serie de sacrificios. Parece que una muger hubiera debido desarmar los furiosos políticos; pero con mayor odio miraban aun á María Antonieta que á Luis XVI, pues á ella se imputaban las traiciones de la corte, las dilapidaciones del tesoro, y especialmente la encarnizada guerra del Austria. Luis XVI, decían, había permitido que se hiciese todo, pero María Antonieta todo lo había hecho, y querían por lo mismo que lo pagase todo.

Ya vimos las novedades que ocurrieron en el Temple, pues María Antonieta fué separada de su hermana, de su hija é hijo, en virtud del decreto que prescribía la encausacion ó destierro de los últimos individuos de la familia de los Borbones. Habíanla trasladado á la Conserjería, donde solitaria en un oscuro calabozo, tenía que contentar-

se con lo puramente necesario, como todos los demás presos. La imprudencia de un apasionado suyo exasperó mas su situacion. Un individuo del Ayuntamiento llamado Michonis, á quien inspiraba el mas vivo interés, quiso introducir en su prision á un individuo que, segun decia, tenía deseo de verla por curiosidad. Era este un emigrado valiente, pero indiscreto, que la arrojó un clavel con estas palabras escritas en un papel muy delgado: *Vuestros amigos están dispuestos; ¡falso! esperanza, tan peligrosa para quien la recibia como para el que la daba!* Michonis y el emigrado fueron descubiertos y encerrados en un calabozo inmediatamente, y desde aquel dia se redobló la vigilancia ejercida con la encarecelada, debiendo hallarse siempre gendarmes de centinela á la puerta de su prision, que tenían órden espresa para no responder á ninguna de sus palabras.

El miserable Hebert, sustituto de Chaumette y redactor del repugnante periódico el *Padre Duchesne*, escritor del partido que tenia por corifeos á Vincent, Ronsin, Varlet y Leclerc, se había dedicado especialmente á atormentar á los desdichados restos de la familia destronada, proclamando que la familia del tirano no había de merecer mas consideraciones que la de un descamisado, y haciendo que se publicase un decreto para suprimir la especie de lujo en que se había tenido hasta entonces á los presos del Temple. En él se les prohibía comer aves y pastas, se les reducía á un solo manjar para almuerzo; á una sopa, cocido y otro plato cualquiera en la comida, y á dos platos para cena, con media botella de vino por cabeza. En lugar de velas de cera, se las dieron de sebo, en vez de

plata estaño, y en lugar de porcelana, platos ordinarios. En su habitacion no podian entrar mas que los aguadores ó leñadores, acompañados de dos comisarios, y los alimentos se los entraban con un torno. Todos sus criados se reducian á un cocinero, un pinche, dos criados y una muger para lavar la ropa blanca.

Poco despues de publicado este decreto, pasó Hebert al Temple y quitó inhumanamente á las dos desventuradas presas hasta las cosas mas insignificantes que tenian en estima, no dejando á madama Isabel ni siquiera ochenta luisos que tenia guardados, y que habia recibido de madama de Lamballe. Nadie es mas temible ni cruel, que el hombre sin principios ni educacion, que tiene de pronto autoridad; y ademas tiene un corazon vil, y si como Hebert, que repartia contraseñas á la puerta del teatro, y robaba el dinero, carece de moralidad natural; y si finalmente sube de repente desde el lodazal de su baja condicion á un ennoblecido puesto, siempre se mostrará tan villano como cruel. Tal fué Hebert por su conducta en el Temple, pues no contentándose con los ultrages que acabamos de referir, él y algunos otros idearon separar al jóven principe de su tia y de su hermana eligiendo por ayos, que le dieran la educacion de descamisado y pobre diablo, á un zapatero llamado Simon, y á su muger.

Estos se encerraron en el Temple y se quedaron presos con el desgraciado niño, encargándose de educarle á su modo. Su alimento era mejor que el de las princesas, porque comia en la misma mesa de los comisionados municipales que estaban de guardia. Simon podia bajar con los dos comisiona-

dos al patio del Temple, para acompañar al jóven principe y obligarle á que hiciese un poco de ejercicio.

Hebert conethió el infame pensamiento de arrancar al niño declaraciones contra su pobre madre; y bien porque este hombre vil sugiriese al principe falsas declaraciones, ó porque hubiese abusado de su edad y situacion para hacerle decir cuanto queria, produjo una declaracion escandalosa; y como la edad del niño no permitia conducirle al tribunal, Hebert fué á esponder en él y en su lugar las calumnias que él mismo habia dictado ó supuesto.

El 14 de octubre fué cuando Maria Antonieta se presentó ante sus jueces. Arrastrada al sangriento tribunal por la implacable venganza revolucionaria, no se presentó con ninguna esperanza de salvacion, porque los jacobinos no la llaman alli para absolverla. Sin embargo, habia que esponder algunos cargos, y Fouquier que reunió los rumores que corrían por el pueblo desde que llegó la princesa á Francia, la culpó en el acta de acusacion de que habia dilapidado el tesoro, primero para sus placeres y luego para remitir fondos al emperador su hermano. Asistió en las escenas del 3 y 6 de octubre y en el banquete de los guardias de corps, pretendiendo que por entonces habia ella tramado una conjuracion que obligó al pueblo á dirigirse á Versalles para deshacerla. La imputó despues, que se habia apoderado del ánimo de su esposo, mezclándose en la eleccion de los ministros dirigiendo por sí las intrigas con los diputados vendidos á la corte; que habia preparado el viaje á Varennes y producido la guerra, confiando ade-

mas á los generales enemigos todos nuestros planes de campaña. La acusó de haber dispuesto nueva conjuración para el 10 de agosto, haber mandado hacer fuego contra el pueblo, obligado á su esposo á defenderse culpándole de cobarde; y finalmente, de no haber dejado de maquinarse y guardar correspondencia con los de fuera del Temple desde su prision en él, tratando á su hijo como rey. De esto se deduce como se desfigura y se cambia todo en crímenes en el temible día que estalla por fin la venganza del pueblo reprimida largo tiempo, dirigiéndola contra los príncipes que están muy distantes de merecerla. De esto se deduce el colorido que en sus imaginaciones pérfidas y prácticas daban á la prodigalidad y afición á los placeres, tan naturales en una joven princesa, al amor á su patria, al influjo sobre el ánimo de su esposo, á sus recuerdos, mas indiscretos siempre en una mujer que en un hombre; y finalmente á su atrevimiento, que suele ser menos cauto.

Necesitándose testigos, se llamó á Lecointre, diputado de Versalles que habia presenciado el 5 y 6 de octubre, á Hebert que habia visitado con frecuencia el Temple, á varios empleados de los ministerios y á muchos criados del antiguo palacio. Sacaron de sus prisiones para hacerlos comparecer; al almirante d'Estaing, antiguo comandante de la guardia nacional de Versalles, á Latour-du-Pin, ministro de la guerra en 1789, al venerable Bailly, que se decia haber sido cómplice del viage á Varennes con Lafayette, y finalmente á Valazé, uno de los girondinos destinados al caldoso.

No se refirió ningún hecho determinado. Los unos habian visto alegre á la reina cuando los guardias de corps la manifestaron su afecto. Los otros la habian visto triste y colérica cuando la conducian á Paris, ó cuando la volvian de Varennes; estos habian concurrido á magnificas funciones que debian haber costado enormes sumas, y aquellos habian oido decir en los ministerios, que la reina se oponia á la sancion de los decretos. Una antigua criada de palacio habia oido decir en 1788 al duque de Coigny, que el emperador habia recibido ya doscientos millones de la Francia para hacer la guerra á los turcos.

El ciuico Hebert, presentándose delante de la desdichada reina, se atrevió á pronunciarlas acusaciones arrancadas al joven príncipe. Dijo que Carlos Capeto habia contado á Simon el viage á Varennes, y designado á Lafayette y á Bailly por cooperadores. Despues añadió que este niño tenia vicios funestos y prematuros en su edad; y que habiéndole sorprendido y preguntado Simon, dijo: que su madre tenia aquellos vicios á que se entregaba. Hebert añadió, que Maria Antonieta queria sin duda debilitar desde el principio la constitucion fisica de su hijo, para poder con mas seguridad dominarle si llegaba á ocupar el trono.

Los rumores esparcidos acerca de las maldades de palacio, durante veinte años, habian inundado en el pueblo la opinion mas contraria, respecto á las costumbres de la reina; pero sin embargo de ser jacobino todo aquel auditorio, se escandalizó con las acusaciones de Hebert. No por eso dejó este de afianzarlas mas, y la infeliz madre no respondia, hasta que invitada de nuevo para que se

esplicase, dijo con extraordinaria emocion: «Yo creia que la naturaleza me eximiria de responder á semejante cargo; pero juzguen de él los corazones de las madres que se hallen presentes.» Esta respuesta tan noble y sencilla conmovió á todos los concurrentes. No todo fué tan triste, sin embargo, para María Antonieta, en las declaraciones de los testigos. El valiente d'Estaing, de quien habia sido enemiga la reina, se negó á decir nada contra ella, hablando solo del valor que manifestó el 5 y 6 de octubre, y de la noble resolucion de morir con su esposo, antes que emprender la fuga. Manuel, á pesar de sus hostilidades con palacio durante la legislativa, declaró no poder decir nada contra la acusada; y cuando se presentó el venerable Bailly, que en otro tiempo habia tan frecuentemente predicho á la corte los males á que sus imprudencias la esponirian, pareció profundamente conmovido, y preguntándole si conocia á la muger de Capeto:—Si, dijo, inclinándose con respeto, si, he conocido á la *Señora*. Declaró que nada sabia, y sostuvo que las declaraciones arrancadas al jóven principe respecto al viage á Varennes eran falsas. En recompensa de su declaracion, recibió los mas injuriosos cargos, pudiendo por ellos figurarse la suerte que en breve le aguardaba. En la informacion solo hubo dos hechos de gravedad, atestiguados por Latour-du-Pin y Valazé, que deponian porque no podian prescindir de hacerlo. Latour-du-Pin afirmó que María Antonieta le habia pedido un estado exacto de los ejércitos, mientras fué ministro de la guerra; y Valazé, siempre apático, pero respetando la desgracia, no quiso decir nada contra la acusada, y al fin no pudo me-

nos de declarar que siendo individuo de la comision de los veinte y cuatro, y encargado por sus cólegas de examinar los papeles hallados en casa de Septeuil, tesorero de la lista civil, habia visto de Septeuil, por varias sumas con la firma de Antonieta, lo cual era muy natural; pero añadió que habia visto una carta en que el ministro suplicaba al rey trasmitiese á la reina la copia del plan de campaña que le dirigia: hechos ambos, el de la peticion del estado de los ejércitos, y el de la comunicacion del plan de campaña, que fueron inmediatamente interpretados del modo mas fatal, concluyendo que eran para enviarlos al enemigo, pues no creian que una princesa jóven, se ocupase solo por gusto de administracion y planes militares. Despues de estas declaraciones, se overon otras muchas sobre los gastos de palacio, el influjo de la reina en los negocios, la escena del 10 de agosto, y las ocurrencias del Temple, recibéndose como pruebas los rumores mas inciertos, y las mas insignificantes circunstancias.

María Antonieta repitió frecuentemente con serenidad y valor que ningun hecho determinado tenia contra sí, y que por otra parte, como esposa de Luis XVI no respondia de ninguno de los actos de su reinado; pero Fouquier no obstante la declaró convicta, y aunque Chauveau-Lagarde hizo inútiles esfuerzos para defenderla, la infeliz salió condenada al mismo suplicio de su esposo.

Vuelto que hubo á la Consergeria, pasó con bastante tranquilidad la noche que precedió á su ejecucion, y al dia siguiente 16 de octubre, fué llevada por la mañana en medio de un innumerable populacho á la plaza fatal, en que diez meses

antes habia espirado Luis XVI. Escuchaba tranquila las exhortaciones del cura que la acompañaba, y recorría con indiferentes ojos todo aquel pueblo, que tantas veces habia aplaudido su hermosura y gracias, y que celebraba hoy con la misma algazara su suplicio. Al llegar al pie del cadalso descubrió las Tullerías, y dió muestras de conmoción; pero se apresuró á subir la fatal escalera, y se entregó animosa en manos de los verdugos. El vil ejecutor enseñó la cabeza al pueblo, como lo verificaba siempre que acababa de inmolár alguna víctima ilustre.

Estremada fué la alegría de los jacobinos. «¡Comuníquese esta noticia al Austria! dijeron; los romanos vendían el terreno ocupado por Aníbal; nosotros cortamos las cabezas mas queridas de los soberanos que han invadido nuestro territorio.»

Pero esto no era mas que el principio de las venganzas. Poco despues de la sentencia de Maria Antonieta, se procedió á la de los girondinos encerrados en la Consergeria.

Antes de la insurreccion del Mediodia, solo podia hacérseles cargo de sus opiniones, porque aunque se decia, y con verdad, que eran cómplices de Dumouriez, de la Vendée y de Orleans, no era lo mismo imputar esta complicidad en la tribuna, que probarla ante un tribunal revolucionario. Por el contrario, desde el dia en que alzaron el estandarte de la guerra civil y se les pudo argüir con hechos positivos, era muy fácil condenarlos. Es cierto que los diputados presos no eran los que habian suscitado la sublevacion del Calvados y del Mediodia, pero eran los individuos del mismo partido y

los apoyos de la misma causa. Se tenia un íntimo convencimiento de que habian estado en correspondencia unos con otros; y aunque no probasen las cartas interceptadas suficiente complicidad, bastaban á un tribunal, que por su situacion debia contentarse con la verosimilitud. Toda la moderacion de los girondinos se transformó en una vasta conjuracion, cuyo desenlace habia sido la guerra civil. Su lentitud en declararse contra el trono cuando la legislativa, su oposicion al proyecto del 10 de agosto, su lucha con el Ayuntamiento desde este dia 20 de setiembre, sus enérgicas protestas contra los asesinatos, su compasion hacia Luis XVI, su odio al sistema inquisitorial que disgustaba á los generales, su oposicion al tribunal extraordinario, al *maximum*, al empréstito forzoso, y á todos los medios revolucionarios; finalmente, sus esfuerzos para crear una autoridad represiva en la comision de los doce, y su desesperacion despues de su derrota en París, desesperacion que les hizo dirigirse á las provincias, todo esto se consideró como una conspiracion, cuyas circunstancias formaban una acusacion terrible. En este sistema de acusacion, las opiniones manifestadas en la tribuna eran los sintomas. Los preparativos de la guerra civil que se manifestó luego; y todos los que habian hablado en la legislativa y en la Convencion, como los diputados reunidos en Caen, Burdeos, Lyon y Marsella, eran tan culpables como ellos. Aunque se carecia de pruebas directas de que estuviesen en inteligencia, se tenia por sabida su comunidad de opiniones, la amistad que enlazaba á casi todos ellos, y sus acostumbradas reuniones en casa de Roland y Valazé.

Los girondinos por el contrario, no creían se les pudiese condenar, si se entablaba discusion con ellos, pues sus opiniones decían, habrían podido diferir de las de los montañeses en la eleccion de medios revolucionarios, sin que fuesen por eso reos; y además, sus opiniones no probaban ni ambicion personal, ni complot premeditado; lo único que atestiguaban era no estar acordes en muchos puntos. Finalmente, su complicidad con los diputados rebeldes era supuesta, y sus cartas, su amistad, su costumbre de sentarse en los mismos bancos, no eran bastantes para demostrarlas. «Si nos dejan hablar, decían los girondinos, nos salvamos.» Idea funesta que sin proporcionarles salvacion, les hizo perder parte de aquella dignidad; única recompensa de una muerte injusta.

Si los partidos tuviesen mas franqueza, serian por lo menos mas nobles. El partido vencedor hubiera podido decir al vencido. «Habeis llevado vuestro amor al sistema de moderacion hasta el estremo de hacernos la guerra y poner á la república al borde del precipicio con una division desastrosa; habeis quedado vencidos y debeis morir.» Los girondinos hubieran podido por su parte dirigir un hermoso discurso á sus vencedores, respondiéndoles: «Nosotros os miramos como malvados que trastornais la república, deshonorándola cuando pretendeis defenderla, y hemos querido combatir y destruirla. Si, todos somos del mismo modo culpables, todos somos cómplices de Buzot y Barbaroux, de Petíot y de Guadet, grandes é irrepreensibles ciudadanos, cuyas virtudes proclamamos ante vosotros. Mientras ellos han ido á vengar la república, nosotros nos hemos quedado aquí para esclarecerla á los ojos

de los verdugos. Vosotros sois vencedores, dadnos la muerte.»

Pero el alma del hombre no está formada de modo que procure simplificarlo todo con la franqueza. El partido vencedor quiere convencer y miente; una vislumbre de esperanza obliga al partido vencido á defenderse, y se ven por eso los vergonzosos procesos, en que el mas fuerte escucha para no creer, y el mas débil habla para no persuadir, y pide la vida sin que llegue á obtener esta gracia. Despues que se ha pronunciado la sentencia, y que se han perdido todas las esperanzas, es cuando vuelve á hallarse la dignidad del hombre, viéndola otra vez aparecer sin disfraz alguno á la vista del cuchillo.

Resolvieron pues, defenderse los girondinos, y al efecto hubieron de valerse de concesiones y reticencias. Tratose de probarles sus crímenes, y para convencerlos, enviaron al tribunal revolucionario á todos sus enemigos, Pache, Hebert, Chaumette, Chabot y otros tan malos ó tan viles como estos. La concurrencia era estraordinaria, porque era nuevo todavia el espectáculo de tantos republicanos condenados por la causa de la república. Veinte y uno eran los acusados, todos en la flor de su edad, en el vigor del talento, y algunos aun, en la gracia de la juventud y de la belleza. Con solo pronunciar sus nombres y edades, habia motivos para interesarse.

Brissot, Gardien y Lasource, tenían treinta y nueve años; Vergniaud, Genssoné y Lehardy, treinta y cinco; Mainville y Ducos, veinte y ocho; Boyer-Fonfrede y Duchastel, veinte y siete; Duperret, cuarenta y seis; Carra, cincuenta; Valazé y

Lacase, cuarenta y dos; Duprat, treinta y tres; Si-
lery, cincuenta y siete; Fauchet, cuarenta y nueve;
Lesterpt Beauvais, cuarenta y tres; Boileau, cua-
renta y uno; Antiboul, cuarenta, y Vigée, treinta y
seis.

Gensonné estaba indiferente y sereno; Valacé,
indignado y altivo; Vergniaud, mas conmovido que
lo de costumbre; el jóven Ducos, se hallaba alegre;
y Fonfrede á quien perdonaron en el 2 de junio,
porque no habia votado por la prision de la comi-
sion de los doce, y que por sus reiteradas instan-
cias en favor de sus amigos, mereció despues su-
frir su misma suerte, parecia que dejaba sin senti-
miento, por tan hermosa causa, su inmensa forta-
na, su jóven esposa y su vida.

Habia redactado Amar la acusacion fiscal en
nombre de la junta de seguridad general. Pache
fué el primer testigo que entró en apoyo de ella,
y cauto y prudente como siempre lo habia sido,
dijo que hacia mucho tiempo que habia conocido
existir una faccion contraria á la revolucion, pero
ni un solo hecho citó para probar premeditados
planes. Dijo solo, que cuando Dumouriez amena-
zaba á la Convencion, pasó á la comision de ha-
cienda para obtener fondos y abastecer á Paris, y
la Convencion no se los concedió; añadiendo, que
en la junta de seguridad general le habian ultraja-
do, y que Guadet le habia amenazado con que pe-
diria el arresto de las autoridades municipales.
Chaumette refirió las reyertas del Ayuntamiento
con el lado derecho, tales como se sabian por los
periódicos, y solo añadió de particular, que Bris-
sot habia hecho nombrar á Santonax, comisionado
en las colonias, y de consiguiente, que Brissot era

el autor de las desgracias del Nuevo-Mundo. El
miserable Hebert, refirió su arresto por la comision
de los doce, y dijo, que Roland corrompia á todos
los escritores, porque madama Roland habia que-
rido comprar su periódico del padre Duchesne. Des-
tournelles, ministro de la justicia, y empleado en
otro tiempo en el Ayuntamiento, declaró con la
misma superficialidad, y repitió lo que ya se sabia;
que los acusados habian perseguido á la municipa-
lidad, clamado contra los asesinatos de setiembre,
queriendo crear una guardia departamental, etc.
El testigo que con mas prolijidad y furor habló en
su declaracion, que duró algunas horas, fué el ex-
capuchino Chabot, alma tempestuosa, cobarde y ha-
ja, á quien los girondinos habian tratado siempre
como á un estravagante. El no les perdonaba sus
desprecios; y estaba muy orgulloso por haber de-
fendido el 10 de agosto con su opinion, preten-
diendo que si ellos hubieran resuelto enviarle á la
cárcel, hubiera salvado á los presos, como salvó á
los suizos; queria pues vengarse de los girondinos
y recobrar con sus calumnias la popularidad que
empezaba á perder en los jacobinos, porque sos-
pechaban que tenia parte en los agiotages. Inven-
tó pues, una larga é infusa acusacion en que dijo
que los girondinos habian querido al principio apo-
derarse del ministro Narbonne, que despues de des-
tituido este, habian ocupado tres ministerios á la vez
suscitando el 20 de junio para reanimar á sus fa-
vorecidos, oponiéndose al 10 de agosto, porque no
querian la república, y finalmente, fijos siempre
en un plan meditado de ambicion, y lo que es aun
mas atroz, consintiendo los asesinatos de setiem-
bre, y el saqueo del guarda-muebles, para desaa-

creditar á los patriotas. «Si hubieran querido, decía Chabot, yo hubiera salvado los presos; pero Pétion daba de beber á los asesinos, y Brissot no quiso que se les prendiese porque había en las prisiones un enemigo suyo, Morandel»

Tales eran los seres viles que se encarnizaban con aquellos hombres de bien, luego que los depositarios del poder les dieron la señal de hacerlo; pues cuando los primeros gefes empiezan por tirar la primera piedra, todos los que están confundidos entre el polvo se levantan y acaban con la víctima. Frabre-d'Églantine, sospechoso como Chabot, por agitista, necesitaba también ganarse la voluntad del pueblo, y pronunció una deposición mas recatada, pero mas pérfida aun, en que insinuó, que la intención de dejar cometer los asesinatos y el robo del guarda-muebles, podía haber entrado muy bien en la política de los girondinos. — Vergniaud, no pudiendo resistir mas, exclamó indignado: «Yo no debo sincerarme; cuando me hacen cómplice de ladrones y asesinos.»

Sin embargo, ningún hecho terminante se había alegado contra los acusados. No se les imputaba mas que opiniones públicamente sostenidas, y ellos respondían que estas opiniones podían ser erróneas, pero que habían tenido el derecho de engañarse. Se les replicaba que sus doctrinas no eran el resultado de un error involuntario, y desde luego disculpable, sino de un complot urdido en casa de Roland y de Valazé. Ellos contestaban que estas doctrinas mal podían ser efecto de un mútuo convenio cuando no estaban acordes en todos los puntos. El uno decía, yo no he votado por la apelación del pueblo; el otro, yo tampoco por la guar-

dia nacional; finalmente, otro, yo no era de la opinión de la comisión, de los doce; yo no estaba por que se arrestase á Hebert ni á Chaumette. Todo esto era muy cierto, pero la defensa no era comun entonces á todos los acusados, y parecia como que se abandonaban unos á otros, y que cada uno condenaba la resolución en que no había tenido parte. El acusado Boileau por querer justificarse, incurrió en la mayor debilidad, y hasta en una defensa vergonzosa. Confesó que había existido una conspiración contra la unidad, é indivisibilidad de la república, que él se convencía ahora de ello y lo declaraba á la justicia; que no podía designar los culpables, pero que deseaba se les castigase, y se declaraba francamente montañés. Gardien tuvo la debilidad de desaprobear enteramente la comisión de los doce; pero Genoussé, Brissot, Vergniaud, y especialmente Valazé, templaron el mal efecto de la conducta de sus dos colegas, diciendo, que no siempre habían pensado del mismo modo, y que por consiguiente no se habían acomodado á sus opiniones, sin desaprobear su amistad ni sus doctrinas. Valazé confesó francamente que había tenido reuniones en su casa, sosteniendo que tenían derecho á reunirse y á explicarse sus ideas como todos los demas ciudadanos. Finalmente cuando se les culpó de inteligencia con los fugitivos, lo negaron. Hebert exclamó entonces: «Los acusados niegan la conspiración! Cuando el senado de Roma tuvo que resolver sobre la conspiración de Catilina, si hubiera preguntado á cada uno de los conjurados, y se hubieran contentado con una negación, todos se habrían libertado del suplicio que les aguardaba; pero las juntas en casa de atili-

«na, la fuga de esto, y las armas que se hallaron en casa de Lecca, eran pruebas materiales que bastaron para merecer la sentencia del senado. — «Pues bien! respondió Brissot, acepto la comparación que se hace de nosotros con Catilina. Cicerón le dijo: Se han hallado armas en tu casa. te acusan los embajadores de los Alobroges y las firmas de Lentulo, de Cétego y de Statilio, cómplices tuyos, prueban tus infames proyectos. Aquí nos acusa el Senado, es verdad, ¿pero se han hallado en nuestras casas armas? ¿Oíran contra nosotros algunos papeles?»

Por desgracia se habían descubierto las quejas que escribía Vergniaud á Burdeos, en las que se notaba la mayor indignación. Se había hallado una carta de un primo del acusado Lacase, de la que se deducía el anuncio de los preparativos de la sublevación; y finalmente se había interceptado una carta de Duperret á Madama Roland, en que la decía, que había recibido noticias de Buzot y Barbaroux, que se estaban preparando para castigar los atentados cometidos en París. Habiéndole reconvenido á Vergniaud sobre ello, replicó: «Si yo os recordase los motivos que me obligaron á escribir, tal vez os parecería mas digno de lástima que de vituperio. Según los planes del 10 de marzo, yo debí creer que se habían dejado para un mismo tiempo el proyecto de asesinarlos, y el de disolver la representación nacional. Marat lo escribió así el día 11 de marzo, y las peticiones hechas despues tan encarnizadamente contra nosotros, me ratificaron en mi opinion. En estas circunstancias, con el alma oprimida de dolor, escribí á mis conciudadanos que estaba próximo á

«perecer. Yo he reclamado contra la tiranía de Marat, que es el único á quien he nombrado, respeto la opinion del pueblo acerca de él, pero Marat era al fin un tirano!...» Al oír esto, se levantó un conjurado y dice: «Vergniaud se queja de haber sido perseguido por Marat, y yo noto que Marat ha sido asesinado y Vergniaud aun permanece aquí.» Esta necia observacion se la aplauden una multitud de espectadores; y toda la franqueza, toda la razon de Vergniaud queda oscurecida á los ojos de la ciega multitud.

Con todo, Vergniaud había logrado hacerse escuchar y recobrado toda su elocuencia al hablar de la conducta de sus amigos, de su amor y sacrificios en obsequio de la república. Todo el auditorio quedó conmovido, y ya no parecia irrevocable aquella sentencia, á pesar de que se hallaba presente. Habían durado muchos dias los debates, y los jacobinos indignados de la lentitud del tribunal dirigieron nueva petición á la Convencion para que activase los procedimientos. Robespierre hizo dar un decreto, por el cual, despues de tres dias de discusion, quedaban autorizados los jurados para declararse suficientemente instruidos, y dictar la sentencia sin escuchar nada mas. Para que el título correspondiese al objeto, hizo se decidiese además, que el nombre de tribunal extraordinario se cambiaria en el de TRIBUNAL REVOLUCIONARIO.

Dado este decreto, los jurados no se atrevieron á ponerle en práctica inmediatamente, y declararon que no estaban suficientemente instruidos; pero al día siguiente interpusieron su nuevo poder para abreviar los debates, y pidieron la conclusion. Los acusados, perdida ya toda esperanza, resolvieron

morir con dignidad, y se presentaron en la última sesión del tribunal con semblantes serenos. Mientras los registraban en la puerta de la Conserjería para quitarles las armas homicidas con que podían acabar sus días. Valazé dando un par de tigeras á su amigo Riouffe, le dijo en presencia de los gendarmes: «Ten, amigo mio, esa es una arma prohibida, y no debemos atentar contra nuestros días.»

El 30 de octubre á media noche se retiraron los jurados para pronunciar la sentencia. Antonelle su presidente, tenía el color demudado. Cuando Camilo Desmoulins oyó pronunciar la sentencia, exclama en alta voz: «Ah! ¡yo soy quien les pierdo, con mi Brissot sin máscara! * Voime de aqui.» Dijo y se marchó desesperado. Volvieron á mandar entrar á los acusados, y al oír pronunciar la fatal palabra de muerte, Brissot dejó caer los brazos, y bajó la cabeza sobre el pecho; Gensonné quiso pronunciar algunas palabras sobre la aplicación de la ley, pero no pudo lograr que le oyesen. Sillery soltando las muletas, exclamó: *este es el día mejor de mi vida.* Habían concebido alguna esperanza respecto á los dos jóvenes hermanos, Ducós y Fonfrede, que eran los que menos comprometidos parecían, y que se habían agregado á los girondinos, mas bien por la admiración que su carácter y talentos les inspiraban, que por conformidad de opiniones, y sin embargo, quedaron condenados como los demás. Fonfrede abrazó á Ducós diciéndole: «Hermano mio, yo soy quien te dá la

muerte. —Consuélate, respondió Ducós, que morimos juntos!» El abate Fauchet, con los ojos bajos, parecía que oraba al cielo; Carra conservaba su aspecto de dureza; Vergniaud conservaba su serenidad, no sin alguna mezcla de desprecio y desden; Lasource pronunció aquellas palabras de un antiguo: «Muero el día en que ha perdido el pueblo la razón, pero vosotros morireis el día que la recobré.» Ni el débil Boileau, ni el tímido Gardien, fueron tampoco perdonados. El primero arrojando al aire su sombrero, exclamó: «yo estoy inocente.» «Todos somos inocentes, repitieron los demás: «pueblo, que te engañan!» Algunos de ellos tuvieron la ocurrencia de esparcir algunos asignados que llevaban, como para escitar al pueblo á que acudiese á su socorro; pero el pueblo permaneció inmóvil y entonces les rodearon los gendarmes para conducirlos á su calabozo, y de repente cayó á sus pies uno de los reos, y al levantarle vieron que estaba anegado en sangre. Era Valazé, que al dar las tigeras á Riouffe, había guardado un puñal y se le había clavado. El tribunal decidió inmediatamente que se llevase su cadáver en una carreta, detrás de los demás reos. Al salir del tribunal empiezan á cantar todos por un movimiento espontáneo el himno de los marseleses:

Contre nous de la tyrannie
L'étendard sanglant est levé!

Su última noche fué verdaderamente sublime. Vergniaud, que tenía veneno, le tiró para morir con sus amigos. Cenaron juntos por última vez, y se mostraron en la mesa sucesivamente alegres,

* Título de un folleto que habia escrito contra los girondinos.

sérios y elocuentes. Brissot y Gensonné estaban taciturnos y reflexivos; Vergniaud habló de la libertad moribunda, con los mas nobles sentimientos, y del destino del hombre con una elocuencia encantadora. Ducós repitió los versos que habia hecho en la prision, y todos juntos entonaron himnos á la Francia y á la libertad.

Al dia siguiente, 31 de octubre, se agolpaba en la carrera un inmenso gentío. Cuando iban al cadalso repetian aquel himno de los marselleses que cantaban nuestros soldados marchando contra el enemigo; y al llegar á la plaza de la Revolucion bajaron de sus carretas y se abrazaron gritando: *Viva la república!* Sillery subió el primero al cadalso, y despues de haber saludado con dignidad al pueblo, en quien respetaba aun la humanidad débil y engañada, recibió el golpe fatal. Todos imitaron á Sillery y murieron con la misma nobleza. En treinta y un minuto derribó el verdugo aquellas insignes cabezas, destruyendo así en pocos instantes, juventud, belleza, virtudes y talentos. Tal fué el fin de estos nobles y animosos ciudadanos, víctimas de su generosa utópia. No comprendiendo ni la humanidad, ni sus vicios, ni los medios de conducirla en una revolucion, se indignaron de que no quisiese mejorarse, y consintieron en morir á sus manos empeñándose en contradecirla. ¡Honor á su memoria! En ninguna guerra civil brillaron jamás tantas virtudes y talentos; y forzoso es decirlo, sino comprendieron la necesidad que habia de medios violentos para salvar la Francia, sus contrarios los eligieron mas bien por pasion que por sabiduria. Solo hubiera sido superior á ellos el montañés que se hubiese decidido á adoptar los

medios revolucionarios, únicamente por politica y no por impulsos de ódio.

Apenas espiraron los girondinos, se trató de sacrificar nuevas víctimas. La cuchilla no reposaba un instante. El 2 de noviembre llevaron al cadalso á la desdichada Olimpia de Gouges por supuestos escritos revolucionarios, y á Adam Luxe, diputado de Maguncia, acusado del mismo crimen, traído el 6 de noviembre de Marsella á Paris. El duque de Orleans fué presentado al tribunal revolucionario, y condenado por las sospechas que habia infundido á todos los partidos. Odioso para la emigracion, y sospechoso á los girondinos y jacobinos, no inspiraba ninguno de aquellos sentimientos que consuelan en una muerte injusta. Mas enemigo de la corte que entusiasta por la república, carecia de aquel convencimiento que fortalece en los últimos momentos, y fué de todas las víctimas la menos sentida, y por lo mismo la mas digna de compasion. Sus últimos sentimientos fueron un disgusto á todo y un escepticismo absoluto, marchando al cadalso con una extraordinaria serenidad é indiferencia. Conducido por toda la calle de San Honorato, vió su palacio con tranquilo rostro, y ni un solo instante desmintió el fastidio con que miraba á los hombres y la vida. Su ayudante Coustard, diputado como él, sufrió su misma suerte, y dos dias despues le siguió á la guillotina la interesante y esforzada esposa de Roland, que á los encantos de una francesa, reunia el heroismo de una romana, llevando traspasado su corazon con todos los dolores. Respetaba y queria á su esposo como á un padre: tenia una pasion profunda á uno de los girondinos proscriptos, pero siempre habia sabido

contenerse; dejaba una niña pequeña y huérfana confiada á sus amigos, y temblando por la existencia de tan queridas personas, crecía perdida para siempre la causa de la libertad, que con tanto entusiasmo adoraba, y por la que habia hecho tantos costosos sacrificios. Perdía pues, todos sus afectos á un mismo tiempo, y condenada como cómplice de los girondinos, oyó su sentencia con una especie de entusiasmo; pareciendo que desde este momento al de la ejecucion abrigaba una inspiracion en su seno; por lo cual escitó en cuantos la vieron una admiracion religiosa. Fué al cadalso vestida de blanco, y por la carrera, iba animando á un compañero de infortunio que debia morir con ella y que no tenia su valor, logrando dos veces arrancarle una sonrisa. Al llegar al sitio del suplicio se inclinó delante de la estatua de la libertad diciendo: *¡Oh libertad! cuántos crímenes se cometen en tu nombre!* Sufrió luego la muerte con ánimo imperturbable (10 de noviembre.) Así pereció aquella muger encantadora y animosa, que era digna de la suerte de sus amigos; pero si hubiera sido mas modesta y sumisa á la condicion propia de su sexo, ya que no hubiera evitado la muerte que por su talento y virtudes merecia, á lo menos no habrian recaído sobre ella ni sobre su esposo tantos sarcasmos y calumnias.

Este se habia refugiado hácia Ruan, y al saber el trágico suceso de su muger, no quiso sobrevivirla. Salíó de la casa donde le habian acogido, y para no comprometer á nadie se dió la muerte en el camino real, donde se le halló pasado el corazon con una espada, y tendido al pié de un árbol en el que habia apoyado el arma. En su bolsillo llevaba

guardado un escrito sobre su vida y conducta en el ministerio.

De modo que en el espantoso delirio con que se sospechaba del genio, de la virtud, y del valor, todo lo mas noble y generoso que se hallaba en Francia perecia, ó suicidándose, ó á manos de los verdugos!

Entre tantas víctimas ilustres y valientes hubo una mas sublime y digna de compasion que todas las demas; y fué Bailly. Por el modo con que habia sido tratado en el proceso de la reina, se puede colegir el recibimiento que tendria en el tribunal revolucionario. La escena del Campo de Marte, la publicacion de la ley marcial, y los fusilamientos que esta produjo, eran los cargos mas frecuentes y amargos que se hacian al partido constituyente. Todos los pretendidos crimenes de la constituyente, se querian castigar en la persona de Bailly, en el amigo de Lafayette, en el magistrado que habia hecho desplegar la bandera roja; siendo condenado y debiendo ejecutarse la sentencia en el mismo Campo de Marte, que fué el teatro de lo que se llamaba su delito. Se verificó su suplicio el día 14 de noviembre con un tiempo muy frio y lluvioso. Conducido á pié, en medio de los ultrages de un populacho bárbaro, á quien habia dado de comer cuando fué corregidor, permaneció tranquilo y con una serenidad inalterable. Durante el largo tránsito que habia desde la Consergeria al Campo de Marte, le pasaban por los ojos la bandera roja que habian encontrado en el corregimiento, metida en un estuche de caoba. Al llegar al pié del cadalso, cuando ya parecia que debia terminar su suplicio, uno de aquellos furibundos mas obstinados en perseguirle

gritó que no debía mancharse con su sangre el campo de la Confederacion, y entonces se apoderan de la guillotina, y la trasportan con la misma priesa con que en otro tiempo se nivelaba aquel campo. Fueron á colocarla por fin del otro lado del Sena, sobre un monton de basura y en frente del cuartel del barrio de Chaillot; donde habia pasado su vida Bailly y escrito sus obras; operacion que duró algunas horas, en cuyo intervalo le hicieron pasear varias veces el campo de Marte con la cabeza descubierta, y los brazos atados á la espalda, de suerte que apenas podia sostenerse. Unos le tiraban todo á la cara, otros le daban puntapiés y palos, y cuando caia le volvia á levantar de nuevo. La lluvia y el frio habian dado á sus miembros un temblor involuntario. «¿Tiemblas? ¡eh!» le dijo un soldado.—Si, amigo mio, le respondió el pobre anciano, pero es de frio.» Pasadas algunas horas en esta tortura, quemaron en su presencia la bandera roja, y cogiéndole por fin el verdugo, nos privó tambien de otro ilustre sabio, y de uno de los hombres mas virtuosos que hayan honrado nuestra patria.

Desde aquellos tiempos en que Tácito le vió aplaudir los crímenes de los emperadores, no ha variado el populacho vil; siempre feroz en sus movimientos, tan pronto alza el altar de la patria, como arregla los cadalsos; solo es interesante y noble cuando incorporado con un ejército, se arroja á los batallones enemigos. No atribuya el despotismo sus crímenes á la libertad, porque en su reinado fué siempre el populacho tan feroz como en la república; anhelemos, pues, incesantemente la instruccion y luces de estos bárbaros, que vegetan

en lo mas inmundo de las sociedades, siempre dispuestos á envilecerlas con todos los crímenes, y á acudir á la voz de cualquiera que los llame para deshonorar todas las causas.

El dia 25 de noviembre se ejecutó todavía otra muerte, y fué la del desventurado Mauuel, que de procurador del Ayuntamiento, habia salido para diputado de la Convencion, de cuyo cargo hizo renuncia cuando el proceso de Luis XVI, porque se le imputaba haber falsificado el escrutinio. En el tribunal le acusaron de que habia favorecido los asesinatos de setiembre, para sublevar contra Paris los departamentos, y Fouquier-Tinville, estaba encargado de pronunciar estas pérfidas calumnias, mas atroces aun que la sentencia. En el mismo dia fué condenado el general Bruni, por no haber enviado al sitio de Tofon parte de su ejército de Niza; y al dia siguiente 26, se pronunció así mismo sentencia de muerte contra el vencedor Houchard, por no haber comprendido el plan que le presentaron, y por no haberse trasladado rápidamente á la calzada de Furnes, cogiendo todo el ejército inglés. Su falta era grave, pero no merecia la muerte.

Tantas ejecuciones empezaban á esparcir un terror general, haciendo formidable á la autoridad. No solo reinaba el espanto en las cárceles, en el salon del tribunal revolucionario y en la plaza de la Revolucion, sino en todas partes, en los mercados y en las tiendas, donde acababa de ponerse en vigor el *maximum* y las leyes contra los logreiros. Ya hemos visto que el descrédito de los asignados y la carestia de los géneros habian producido el decreto del *maximum*, con el objeto de que

hubiese proporcion entre estos y el numerario. Indecibles fueron los perjuicios que al principio causó este *maximum*, ocasionando el abandono de una porcion de tiendas. Con establecer un arancel para los articulos de primera necesidad, solo se habia conseguido envilecerlo en manos de los que las vendian por menor, de las cuales pasaban inmediatamente á las del consumidor. Pero el revendedor que los habia comprado por mayor, ó en casa del fabricante antes del *maximum*, y á un precio mucho mas alto que el del nuevo arancel, experimentaba grandes pérdidas, y se quejaba amargamente. No eran menos estas para él, aunque los hubiese comprado despues del *maximum*; pues en efecto, en el arancel de articulos llamados de primera necesidad, no se entendian sino los elaborados ya y en disposicion de consumirse, porque hasta que llegaban á este estado no se les fijaba el precio; mas no se decia el que habian de tener en el primitivo, ni lo que se habia de pagar al que lo elaborase, ni al arriero ó marinero que los trasportase; y por consiguiente el revendedor que estaba obligado á vender al consumidor segun el arancel, y que no podia tratar con el elaborador, fabricante ó almacenista, segun el mismo arancel, no podia continuar en un comercio tan desventajoso. La mayor parte de los comerciantes cerraban sus tiendas ó se sustraian de la ley, valiéndose de fraudes, y no vendian segun el *maximum* mas que lo peor que tenian, reservando lo bueno para los que de oculto querian pagar su justo precio.

El pueblo que conocia estos fraudes, y veia cerrarse una multitud de tiendas, se ponía furioso y acudia al Ayuntamiento con sus reclamaciones,

pretendiendo que se obligase á todos los mercaderes á tener abiertas sus tiendas, continuando por fuerza en su comercio. Propenso á quejarse de todo, denunciaba á los carniceros y tocineros, que compraban animales enfermos ó muertos de accidentes, y que no desangraban bien la carne para que pesase mas; á los panaderos, que por suministrar á los ricos la mejor harina, daban la mala para los pobres, no dejando cocer bastante el pan, á fin de que tuviese mas peso; á los taberneros que mezclaban con las bebidas las drogas mas perjudiciales; á los vendedores de sal, que para aumentar el peso de este consumo alteraban su calidad; á los tenderos, y por último, á todos los revendedores, que adulteraban los géneros de mil maneras.

De estos abusos, unos eran muy añejos, otros provenian de las actuales circunstancias; pero cuando se apodera de los ánimos la impaciencia del mal, de todo se quejan, y todo quieren se reforme y se castigue.

Con esta noticia pronunció el procurador general Chaumette un discurso fulminante contra los mercaderes, diciendo:

«Recuérdese, que en el año 89 y siguientes, todos estos hombres hicieron un gran comercio ¿pero con quién? con el extranjero. Sabido es que ellos son los que han desacreditado los asignados, y «que con el agiotage del papel moneda se han enriquecido. ¿Qué han hecho despues que completaron su fortuna? se han retirado del comercio y «han amenazado al pueblo con la escasez de géneros; pero si ellos tienen dinero y asignados, la «república tiene otra cosa mas preciosa, tiene bra-

«ozos; brazos, y no dinero, es lo que se necesita para dar impulso á las fábricas y manufacturas. Ahora bien, si estos individuos abandonan las fábricas, la república se apoderará de ellas y requerirá todas las materias primitivas. Sepan que de la república depende el reducir cuando le acomode á polvo y cenizas, el oro y los asignados que tienen en su poder. Es preciso que el gigante del pueblo huelle á los especuladores mercantiles.

«Nosotros sentimos los males del pueblo, porque formamos parte de él, como que todo el con-sejo está compuesto de descamisados, y él es el pueblo legislador. Poco nos importa que caigan nuestras cabezas con tal que la posteridad se digna recoger nuestros cráneos.... No invocaré al evangelio, sino á Platon. El que con hierro mata, dice este filósofo, perecerá con hierro; el que con veneno, con veneno perecerá; la hambre consumirá á aquel que quiera hacer morir de hambre al pueblo... Si llegan á faltar las subsistencias y los géneros, ¿á quién recurrirá el pueblo? ¿á las autoridades constituidas? no... ¿á la Convencion? no... acudirá á los proveedores y almacenistas. Rousseau tambien era pueblo, y decia, CUANDO EL PUEBLO NO TENGA QUE COMER, DECORARÁ AL RICO:» (sesion del Ayuntamiento del 14 de octubre).

Los medios violentos producen otros, como ya hemos dicho en otro lugar. En las primeras leyes se habia tenido presente el género elaborado, y ahora es preciso pasar á las primeras materias: la idea de apoderarse de estas y del fabricante, para elaborarlas por cuenta de la república, hacia ya tiempo que bullia en todas las cabezas. Terrible

obligacion es la de violentar la naturaleza y querer compasar todos sus movimientos, pues pronto se vé uno obligado á emplear la espontaneidad en todo, sustituyendo á la misma vida los mandatos de la ley. El Ayuntamiento y la Convencion se vieron obligados á adoptar nuevas medidas, cada uno segun su caracter.

El Ayuntamiento de Paris obligó á cada mercader á declarar la cantidad de géneros que tenia, los pedidos hechos y la época en que esperaban que llegasen. Todo mercader que hiciese un año que tenia establecido comercio, y lo abandonaba ó dejaba ir á menos, quedaba declarado sospechoso, y como tal se procedia á su prision. Para impedir la confusion y trástormo que produjese la priesa en hacer provisiones, decidió ademas el Ayuntamiento que el consumidor no podria comprar sino al revendedor, y el revendedor al almacenista, fijando las cantidades que podria exigir cada uno. El tendero no podia, pues, exigir mas de veinte y cinco libras de azúcar á la vez al almacenista, y el botillero doce; cuyas libranzas de compra las daban las juntas revolucionarias, y fijaban las cantidades. Pero no se limitaron á esto los reglamentos del Ayuntamiento, pues viendo que no disminuia la afluencia de gente á la puerta de los panaderos, ocasionando ruidosas escenas, como que muchos pasaban esperando gran parte de las noches, Chaumette dispuso que la distribucion empezase por los últimos que llegaran, lo cual no disminuyó ciertamente el tumulto ni la inquietud. Como el pueblo se quejaba de que le guardaban la peor harina, se determinó que en la ciudad de Paris no se hiciese mas que una especie de pan, compuesto de

tres cuartas partes de trigo y una de centeno, creando finalmente una comision de inspeccion de subsistencias para examinar el estado de los géneros, descubrir los fraudes y castigarlos. Estas providencias imitadas por los demas Ayuntamientos, ó aun elevadas frecuentemente á decretos, se convertian al momento en leyes generales; y asi es, segun ya hemos dicho, que el Ayuntamiento de Paris ejercia un gran influjo sobre todo lo que concernia al régimen interior y á la policia.

Siendo muchas las instancias que se hacian á la Convencion para que reformase la ley del *maximum*, inventó otra nueva que remontase desde el género á la materia primitiva y consistió en formar un estado del precio que tenian las mercancías en 1790, en el punto mismo de produccion, á cuyo precio se añadía: 1.º una tercera parte por causa de las circunstancias; 2.º un precio fijo para el transporte desde el punto de produccion al del consumo: y 3.º finalmente, una suma de cinco por ciento á favor del almacenista, y de diez al del revendedor; y de todos estos elementos debia formarse en lo sucesivo el precio de los artículos de primera necesidad. Este trabajo se encargaba á las administraciones locales, cada una segun lo que se producía y consumía en ella, ofreciendo una indemnización á todo revendedor que, teniendo menos de diez mil francos de capital, probase que habia perdido esta suma por el *maximum*. Los Ayuntamientos debian juzgar estos casos á ojo de buen cubero, como de todo se juzgaba entonces, y como se juzga en tiempos de dictadura. De este modo, la ley, sin remontar aun á la produccion, á la materia informe, ni á las hechuras,

fixaba el precio de los géneros al salir de la fabrica, el de los trasportes, la ganancia del comerciante, y revendedor; reemplazando, por lo menos en la mitad de la obra social, la movilidad de la naturaleza con reglas absolutas. Pero repetimos que todo esto provenia irremisiblemente del primer *maximum*, el primer *maximum* de los asignados, y estos de las imperiosas necesidades de la revolucion.

Para entender en este sistema de gobierno introducido en el comercio, se nombró una comision de subsistencias y provisiones, cuya autoridad se extendia á toda la república, hallándose compuesta de tres individuos elegidos por la Convencion, gozando del carácter de los mismos ministros, con voto en el consejo. Esta comision estaba encargada de llevar á efecto los aranceles, examinar la conducta de los Ayuntamientos en esta parte, los estados de los abastos y géneros en toda la Francia, mandar que el remanente de un departamento pasase á otro, y fijar las requisiciones para los ejércitos, conforme al célebre decreto que instituia el gobierno revolucionario.

No menos extraordinaria que todo lo demas era la situacion de la hacienda. Los dos empréstitos, forzoso uno, y otro voluntario, se cobraban con rapidez, apresurándose especialmente á contribuir al segundo, porque las ventajas que ofrecia le hacian preferible; y asi se acercaba el momento en que iban á quedar sin circulacion mil millones de asignados. Habia en cajas para las necesidades ordinarias cerca de cuatrocientos millones, que quedaban de las antiguas creaciones, y quinientos millones de asignados reales, cobrados por el decreto que los privaba de la representacion de mo-

neda, y convertidos en una suma igual de asignados republicanos. Quedaban, pues, para el servicio casi novecientos millones.

Lo que parecerá todavía mas extraordinario, es que el asignado que perdía tres cuartos y aun cuatro quintos, se habia puesto á la par con el dinero; pero en esta subida habia causas reales y supuestas. La supresion gradual de mil millones en circulacion, el éxito del primer alistamiento, que acababa de dar seiscientos mil hombres en un mes, y las últimas victorias de la república, que casi consolidaba su existencia, habian acelerado la venta de los bienes nacionales, dando algun crédito á los asignados, pero no el necesario para que se nivelasen con el dinero. Estas son las causas que al parecer les pusieron á la par con el numerario. Recuérdesse que se prohibia en una ley con fuertes castigos el comercio de la moneda, es decir, el cambio con pérdida del asignado contra el dinero, y que otra ley imponia tambien severas penas al que en las compras pusiese precios diferentes, segun se hiciese el pago en papel ó en metálico; de modo que el dinero cambiado, ó por el asignado ó por el género, no podia tener su valor efectivo, y no quedaba mas recurso que ocultarlo. En otra ley se mandaba últimamente que la plata, oro ó alhajas ocultas, pertenecieran parte al Estado, y parte al denunciador. Desde entonces ya no se pudo hacer uso del dinero en el comercio, ni ocultarlo; era gravoso, esponia al poseedor á pasar por sospechoso, empezaban á desconfiar de él, y preferian el asignado para el gasto diario. Esto es lo que estableció momentáneamente la igualdad, que respecto al papel, no habia existido nunca, ni aun en

el primer día de su creacion. Muchos Ayuntamientos añadiendo nuevas leyes á las de la Convencion, habian prohibido la circulacion del numerario, y mandado que se llevase á las cajas para cambiarse por asignados; y aunque es cierto que la Convencion habia abolido todas estas disposiciones de aquellos, las leyes generales dictadas por ella, no hacian menos inútil y peligroso el numerario. Muchos lo llevaban á la contribucion y al empréstito, ó bien lo daban á los estrangeros, que hacian de él un gran comercio, y que se acercaban á los pueblos de la raya para cambiarlo por géneros, trayéndonos especialmente los italianos y genoveses, mucho trigo á los puertos del Mediodía, comprando al precio mas ínfimo el oro y la plata. Así fué como el numerario volvió á aparecer por efecto de aquellas leyes terribles, y el partidario de los revolucionarios furibundos, temiendo que su aparicion fuese perjudicial otra vez al papel moneda, quiso que el numerario que hasta entonces no se habia escludido de la circulacion, se prohibiese enteramente, de modo que no permitiera transmitirle de una mano á otra, sino que se trajese á las cajas públicas para cambiarlo por asignados.

El agiotage habia casi desaparecido por el terror, las especulaciones de numerario se hacian imposibles como acabamos de verlo; el papel estrangero, altamente reprobado, no circulaba ya como dos meses antes; y los banqueros, á quienes se acusaba en todas partes de ser el conducto de los emigrados, y de entregarse al agiotage, se hallaban arredrados. Por un momento se les secuestraron sus bienes, pero como se conoció luego el peligro de interrumpir las operaciones del banco,

suspendiendo así la circulacion de todos los capitalistas, se les levantó el secuestro; sin embargo, el terror era bastante grande para que no se esperase ya en ninguna clase de especulacion.

Acababa finalmente de abolirse la compañía de las Indias, y ya hemos visto las intrigas que urdieron algunos diputados para especular en las acciones de esta compañía. El baron de Batz, que se entendia con Julien de Tolosa, Delaunay d'Angers y Chabot, querian por medio de terribles propuestas, hacer bajar las acciones, comprarlas entonces, y despues, con otras proposiciones mas templadas, hacer que volviesen á subir, revenderlas, y aprovecharse de la ganancia de esta subida fraudulenta. El abate d'Espagnac, á quien Julien favorecia en la junta de contratas, debia prestar fondos para estas especulaciones, y los miserables lograron en efecto hacer bajar las acciones desde cuatro mil y quinientas, á seiscientas y cincuenta libras, con lo que lograron considerables ganancias. Sin embargo, no podia evitarse la supresion de la compañía, y entonces empezaron á tratar con ella para calmar el decreto de estincion. Discutiendo sobre el particular Delaunay y Julien de Tolosa, con los directores, les decian: «Si dais tal suma, presentaremos tal decreto; si no, presentaremos otro.» Convinieron en una suma de quinientos mil francos, mediante la cual debian, proponiendo la supresion de la compañía que era inevitable, encargarle á ella misma de hacer la liquidacion, lo cual podia prolongar su duracion mucho tiempo todavia. La suma debia repartirse entre Delaunay, Julien de Tolosa, Chabot y Bazire, á quien su amigo Chabot habia comunicado esta intriga, pero no

quiso tomar parte en ella. Presentó Delaunay el decreto de supresion el 17 de vendimiario, proponiendo suprimir la compañía, obligarla á restituir las sumas que debia al Estado, y á hacer que pagase especialmente el derecho de traspaso que habia logrado eludir, trasformando sus acciones en inscripciones en sus libros; proponiendo finalmente, que se la encargase á ella misma de su liquidacion. Fabre-d'Eglantine, que no se hallaba aun en el secreto, y que al parecer especulaba en sentido contrario, se pronunció contra el proyecto, diciendo: que permitir á la compañía que se liquidase á si misma, era eternizarla, y que con este pretexto quedaba indefinidamente establecida. Aconsejó, pues, que se dejase al gobierno el cuidado de esta liquidacion, y Cambon pidió por via de enmienda, que al hacer el Estado la liquidacion, no fuese responsable de las deudas, si el cargo de la compañía escedia á la data. Adoptóse el decreto con ambas enmiendas, y volvió á la comision para presentar la redaccion definitiva. Inmediatamente pensaron los del complot que lo mejor era ganar á Fabre para obtener en la redaccion algunas modificaciones en el decreto, y presentándose Chabot á Fabre con cien mil francos, consiguió lo que deseaba. Veamos lo que hicieron: redactóse el decreto tal como la Convencion le habia adoptado, y se le dieron á firmar á Cambon y á los individuos de la comision, que no eran cómplices del proyecto; luego añadieron en esta copia auténtica algunas palabras que alteraban todo su sentido, pues en el artículo de los trasposos que no habian pagado los derechos, debiendo verificarlo, se añadieron estas palabras: *excepto los hechos con fraude*, lo cual reproducia

todas las pretensiones de la compañía, respecto á las exenciones de los derechos. Con respecto á la liquidacion, se añadieron tambien estas palabras: *Segun los estatutos y reglamentos de la compañía*, lo cual daba parte á esta en la liquidacion. Estas palabras intercaladas cambiaban notablemente la disposicion del decreto, que firmado que fué por Chabot, Fabre, Delaunay y Julien de Tolosa, que lo hicieron los últimos, remitieron la copia falsificada á la comision de publicacion de leyes que la hizo imprimir y promulgar como decreto auténtico. Esperaban que los individuos que habian firmado antes de esta leve alteracion, ó no se acordarian ó no lo conoceriau, y se repartieron la suma de quinientos mil francos. Unicamente Bazire fué el que se negó á tomar su parte, diciendo que no queria entrar en semejantes bajezas.

Sin embargo, Chabot, cuyo lujo empezaba ya á denunciarle, temblaba de verse comprometido, y habia puesto los cien mil francos que le habian correspondido, en el lugar escusado; mas viéndole sus cómplices dispuesto á venderlos, le amenazaban con anticiparse á él y descubrirlo todo si les abandonaba. Tal habia sido el resultado de tan vergonzosa intriga entre el baron de Batz y tres ó cuatro diputados; pero el terror general que dominaba en todos los ánimos, aun los mas inocentes, se habia tambien apoderado de ellos, y recelaban verse descubiertos y castigados. Por entonces cesaron todas las especulaciones, y nadie pensaba en dedicarse al agiotage.

En estos momentos en que no se temia ir contra el torrente de todas las ideas recibidas, y de todas las costumbres observadas, fué cuando se ejecutó

el proyecto de renovar el sistema de pesos y medidas, y de cambiar el calendario. Una revolucion filosófica y política al mismo tiempo, debía distinguirse por su amor á la regularidad y por su desprecio á todo obstáculo. La revolucion habia dividido el territorio en ochenta y tres partes iguales, habia uniformado la administracion civil, religiosa y militar, é igualado todas las partes de la deuda pública, y no podia menos de regularizar los pesos y medidas, y la division del tiempo. Esta propension á la uniformidad, degenerando en espíritu de sistema y hasta en furor, ha hecho indudablemente olvidar muy á menudo la variedad necesaria y seductora de la naturaleza; pero el espíritu humano, solo en esta especie de accesos produce las grandes y difíciles regeneraciones. El nuevo sistema de pesos y medidas, que es una de las producciones mas hermosas del siglo, fué el resultado de aquel audaz espíritu de innovacion. Imaginóse tomar por unidades de medida y peso, cantidades naturales ó invariables en todos los países; y así para unidad de peso se tomó el agua destilada, y para la de medida, una parte del Meridiano, cuyas unidades, multiplicadas ó divididas por diez hasta el infinito, formaron el bello sistema conocido con el nombre de cálculo decimal.

La misma regularidad debia aplicarse á la division del tiempo, sin que la dificultad de cambiar las costumbres mas arraigadas de un pueblo, debiese contener á unos hombres tan resueltos como los que presidian entonces el destino de la Francia. Habian ya cambiado la era Gregoriana, en era republicana, haciendo que comenzase esta en el primer año de la libertad, y que la nueva era y el

año, diesen principio en 22 de setiembre de 1792, día que por una rara casualidad era el de la creación de la república y el del equinoccio de otoño. El año, según el sistema decimal, hubiera debido dividirse en diez partes; pero tomando por base de la division de los meses las doce revoluciones de la luna alrededor de la tierra, era preciso admitir doce meses, y la naturaleza prescribía en esto la infraccion del sistema decimal. El mes fué de treinta días, y se dividió en tres decenas de días, llamadas *décadas* en lugar de las cuatro semanas. El último día de cada década, se destinó al descanso, ocupando el lugar del antiguo domingo, de modo que habia un día menos de descanso al mes. La religion católica ha multiplicado las fiestas hasta lo infinito, mas la revolucion que preconizaba el trabajo, creyó que debía reducir las cuanto posible fuese. Dióse á los meses el nombre de las estaciones á que pertenecian. Comenzando el año en otoño, y perteneciendo á esta estacion los tres primeros meses, se le llamó al primero *Vendimiario*; al segundo, *Brumario*, y al tercero, *Frimario*; los tres siguientes que correspondian al invierno, se llamaban *Nivoso*, *Pluvioso* y *Ventoso*; los otros tres que eran los de la primavera, *Germinial*, *Florealy Pradial*; y finalmente los tres últimos que formaban el estio, *Mesidor*, *Termidor* y *Fruclidor*. Estos doce meses, cada uno de treinta días, no hacian mas que trescientos sesenta en su totalidad, y quedaban cinco días para completar el año. A estos se les llamó *días complementarios*, y hubo la oportuna ocurrencia de dedicarlos á fiestas nacionales con el nombre de *Sans-culottides* (descamisadas); nombre que debe concederse al tiempo, y que no es mas

absurdo que otros usados por los pueblos. La primera fiesta se consagró al *genio*; la segunda al *trabajo*; la tercera á las *buenas acciones*; la cuarta á las *recompensas*, y la quinta, en fin, á la *opinion*. Esta última fiesta, sumamente original y en estremo acomodada al carácter francés, debía ser una especie de carnaval político de veinte y cuatro horas, durante las cuales se permitia hablar y escribir impunemente contra todo hombre público, cuanto se ocurriese á las imaginaciones del pueblo y de los escritores. La opinion debía justificarse de la opinion misma, pudiendo todos los magistrados defenderse con sus virtudes de las verdades ó calumnias de este día. Nada mas grande y moral que este pensamiento; y aunque un destino mas poderoso haya arrebatado las ideas ó instituciones de esta época, no se deben poner en ridiculo sus profundas y atrevidas concepciones. No se ha ridiculizado á los romanos, porque el soldado pudiese decir cuanto su ódio ó regocijo le sugiriese, yendo detras del carro del triunfador en el día del triunfo. El año bisiesto tenia cada cuatro años seis días complementarios en lugar de cinco, y á esta sesta descamisada debia llamársela fiesta de la *revolucion*, quedando dedicada á una funcion solemne, con que los franceses debian celebrar la época de su emancipacion é institucion de la república.

Según el sistema decimal, se dividió el día en diez partes ú horas, estas en otras diez, y así sucesivamente; mandándose hacer nuevos relojes para poner en práctica este nuevo modo de calcular el tiempo. Sin embargo, para no hacerlo todo de una vez, se dió de término un año á esta última reforma.

La última variacion, la mas difícil, y la mas vituperada como tiránica, fué la que se tomó respecto al culto. Las leyes revolucionarias relativas a la religion, habian quedado tales, como las habia arreglado la Asamblea constituyente. Recuérdese que esta primera Asamblea, deseosa de introducir en la administracion eclesiástica la uniformidad de la civil, quiso que las diócesis tuviesen los mismos límites que los departamentos; que los obispos fuesen electivos como los demas empleados; y en una palabra, que sin llegar al dogma, se regularizase la disciplina como acababan de serlo todas las partes del organismo político. Tal fué la constitucion civil del clero, que se obligó á jurar á los eclesiásticos, y desde aquel dia se recordará que se suscitó un cisma; se llamaron clérigos constitucionales ó juramentados á los que se habian avenido con esta nueva institucion; y refractarios á los que mostraron repugnancia. Estos últimos quedaban únicamente privados de su ejercicio, pero dotados con una pension; mas viendo la Asamblea legislativa que trataban de estraviar la opinion contra el nuevo sistema, los sometió á la vigilancia de las autoridades departamentales, y aun decreto que á juicio de estas, pudiesen ser expulsados del territorio de la Francia; y la Convencion, mas severa á medida que la conducta de aquellos se hacia mas rebelde, condenó á deportacion á todos los sacerdotes refractarios. Aumentándose de dia en dia el acaloramiento de los ánimos, se preguntaba por qué habiendo abolido todas las antiguas preocupaciones monárquicas, aun se conservaba aquella sombra de religion, en quien nadie ya creia, y que formaba el contraste

mas chocante con las nuevas instituciones y costumbres de la Francia republicana. Ya se habian pedido leyes para favorecer á los sacerdotes casados, defendiéndolos de ciertas administraciones locales que querian privarles de sus funciones; pero la Convencion, cauta sobre manera en este punto, no habia querido resolver nada, aunque con su silencio les habia autorizado á continuar ejerciendo sus funciones, y percibiendo sus sueldos. Se trataba ademas en varias peticiones de no dar asignaciones á ningun culto, de dejar que cada secta pagase á sus ministros, de prohibir las ceremonias exteriores, y de obligar á todas las religiones á encerrarse en sus templos. La Convencion se limitó á reducir la renta de los obispos al *maximum* de seis mil francos, puesto que habia algunos que tenian hasta setenta mil; y en cuanto á lo demas, nada quiso determinar, guardando silencio, y dejando que la Francia tomase la iniciativa en la abolicion de los cultos, pues temia que en llegando á tocar á las creencias, se indispondria con parte del pueblo, afecta aun á la religion católica. El Ayuntamiento de Paris, menos reservado, se aprovechó de esta importante ocasion para hacer una gran reforma, y se apresuró á dar el primer ejemplo, ahijando el catolicismo.

Mientras los patriotas de la Convencion y jacobinos, tales como Robespierre, Saint-Just y los demas corifeos revolucionarios se contentaban con el deísmo, Chaumette, Hebert y todos los demas del Ayuntamiento y los franciscanos, inferiores en sus funciones y su talento, debian, segun la ley general, traspasar los límites y correr hasta el ateísmo. No profesaban manifiestamente esta doc-

trina, pero bien podia atribuirseles; pues jamás pronunciaban en sus discursos ni escritos el nombre de Dios, repitiendo sin cesar que un pueblo debia únicamente gobernarse por la razon, y no admitir mas culto que el que esta dicta. Chaumette no era soez, malvado, ni ambicioso como Hebert; no queria, exagerando las actuales opiniones, sobrepajar á los corifeos existentes de la revolucion; pero esento de miras políticas, lleno de una filosofía vulgar, y dominado por una extraordinaria afición á la oratoria; predicaba con el fervor y devota altivez de un misionero, las buenas costumbres, el trabajo, las virtudes patrióticas, y finalmente la razon, absteniéndose siempre de nombrar á Dios. Se habia pronunciado imperiosamente contra el robo: agriamente habia reprendido á las mugeres que descuidaban los quehaceres de su casa por mezclarse en las cuestiones políticas, y se habia atrevido á hacer cerrar su club, suscitando la abolición de la mendicidad y el establecimiento de talleres públicos que dieran trabajo á los pobres: y pronunciándose contra la prostitucion hasta el punto de hacer que prohibiese el Ayuntamiento la profesion de ramera, tolerada en todas partes como inevitable. Estaba prohibido á estas infelices presentarse en público, y ejercer a undentro de las casas su deplorable industria. Chaumette decia que semejantes seres pertenecian á los países monárquicos y católicos, donde habia hombres ociosos y clérigos solteros, y que el trabajo y el matrimonio debian desterrarlos de las repúblicas.

Tomando pues la iniciativa Chaumette en nombre del referido sistema de la razon, se declaró en el Ayuntamiento contra la publicidad del culto ca-

tólico, y sostuvo que este culto no debia gozar de mas privilegios que ningun otro; que si cada secta tenia las mismas facultades, en breve se convertirian las calles y plazas públicas en teatro de las farsas mas ridiculas.

Encargado el Ayuntamiento de la policia local, ordenó en 23 de vendimiario (14 de octubre) que ningun ministro de cualquiera religion que fuese pudiera ejercer el culto fuera de los templos. Propuso nuevas ceremonias fúnebres para tributar á los muertos los postreros homenajes mandando que solo los amigos y parientes fuesen acompañando al féretro. Se suprimieron todos los signos religiosos en los cementerios, y fueron reemplazados por una estatua del Sueño á imitación de lo que habia hecho Fouché en el departamento del Allier. En vez de cipreses y árboles fúnebres, se adornaban los cementerios con las plantas mas agradables y olorosas. «Es preciso, decia Chaumette, que el brillo y perfume de las flores despierten en la imaginacion ideas alhagüenas; yo quisiera si fuera posible aspirar el alma de mi padre!» Quedaron enteramente abolidos todos los signos exteriores del culto, y se resolvió en un mismo decreto, siempre á propuesta de Chaumette, que no se pudiese vender en las calles ninguna clase de fruslerias, tales como Santos-Sudarios, paños de la Santa Verónica, Ecce-homos, cruces, Agnus Dei, Virgenes, cornetas y sortijas de San Huberto, ni tampoco polvos, aguas medicinales y otras drogas falsificadas. Se quitó de todas partes la imagen de la Virgen, y todas las que se hallaban en nichos en las esquinas, poniendo en su lugar los bustos de Marat y Lepelletier.

Anacarsis Clootz, aquel mismo baron prusiano que teniendo cien mil francos de renta, habia dejado su pais para venir á representar en Paris al género humano, y que habia figurado en la confederacion en 1790 á la cabeza de los supuestos enviados de todos los pueblos, siendo nombrado diputado en la Convencion nacional, predicaba incesantemente la república universal y el culto de la razon. Entregado á estas dos ideas, las desarrollaba continuamente en sus escritos, proponiéndolas á todos los pueblos, unas veces por medio de manifestos, y otras en allocuciones. El deismo le parecia tan criminal como el mismo catolicismo, y no dejaba de proponer la destruccion de los tiranos y de toda especie de dioses, pretendiendo que en la humanidad independiente y despreocupada, debia presidir la razon pura y su culto bienhechor y eterno. Decia á la Convencion: «No he podido alibrarme de los tiranos sagrados y profanos, sino con viages continuos. Estaba en Roma cuando querian prenderme en Paris, y en Londres cuando descaban quemarme en Lisboa; y andando así como lanzadera de un extremo de Europa á otro, me escapé de los alguaciles, de los espías, de los señores y de los lacayos, no descansando en mis emigraciones hasta que empezaron á emigrar los malvados. En la capital del mundo, en Paris, estaba la tribuna del orador del género humano, y yo sali de aquí desde 1789, renovando mi celo entences contra los pretendidos soberanos del cielo y de la tierra. Predicaba altamente que no habia mas Dios que la naturaleza, ni mas soberano para el género humano que el pueblo-Dios. El pueblo se basta á si mismo, y existirá siempre.

«La naturaleza no se postra ante si misma, y ved la magestad del género humano libre, en la del pueblo francés que es de aquel una fraccion pequeña. Ved la infalibilidad del todo en la sagacidad de una parte que por si sola hace temblar al mundo esclavo. La junta de vigilancia de la república universal, tendrá menos que hacer que la de la menor seccion de Paris, porque en vez de una desconfianza universal, habrá general confianza. En mi república habrá pocas oficinas, pocos impuestos y ningun verdugo; y la razon reunirá á todos los hombres en un solo haz representativo, sin mas vínculo que la correspondencia epistolar. Ciudadanos, el único obstáculo para arribar á esta perfeccion, es la religion, y ha llegado el tiempo de destruirlo. El género humano ha roto ya sus andadores. Nunca hay mayor denuedo, dijo un antiguo, que en el día siguiente á un mal reinado; aprovechémosnos de este primer día, y prolonguémoslo hasta el siguiente de la libertad del mundo.»

Las proposiciones de Chaumette reanimaron todas las esperanzas de Clootz, y así fué á buscar á Gobel, intrigante de Porentruy, que habia llegado á ser obispo constitucional del parlamento de Paris en el mismo impulso que alzó á Chaumette, á Hebert y á otros muchos á los primeros cargos municipales, y le persuadió de que habia llegado el momento de abjurar en presencia de la Francia, del culto católico, de quien él ora el primer pontífice; que su ejemplo arrastraria á todos los ministros del culto, despreocuparia á la nacion, y escitaria una abjuracion general, obligando á la Convencion á pronunciar entonces la abolicion del

cristianismo. Gobel no quiso precisamente abjurar de su creencia, ni declarar así que habia engañado á los hombres durante su vida; pero consintió en renunciar el obispado, y decidió despues á sus vicarios á seguir su ejemplo. Quedó acordado con Chaumette y los individuos del departamento, que todas las autoridades constituidas de Paris acompañarian á Gobel y harian parte de la diputacion para mayor solemnidad.

En efecto, el 17 de brumario (7 de noviembre de 1793), Momoro, Pache, Lhuillier, Chaumette y Gobel y todos sus vicarios se presentan en la Convencion. Chaumette y Lhuillier, procuradores ambos, el uno del Ayuntamiento y el otro del departamento, anuncian que el clero de Paris viene á rendir á la razon un homenaje público y sincero. Presentan entonces á Gobel. Este, cubierto con un gorro encarnado, y teniendo en la mano sumitra, báculo, cruz y anillo, toma la palabra: «Nacido plebeyo, dice, cura en Porentruy, enviado por mi clero á la primera Asamblea y promovido despues al arzobispado de Paris, nunca he dejado de obedecer al pueblo; acepté los cargos que me confió este pueblo en otro tiempo, y hoy tambien le obedezco viniendo á renunciarlos. Yo fui obispo cuando el pueblo queria obispos, y hoy que el pueblo no los quiere, dejo de serlo.» Gobel añade que todo su clero, animado de los mismos sentimientos, le pide que haga en su nombre la misma declaracion, y al acabar de pronunciar estas palabras depone su mitra, su cruz y su anillo. El clero ratifica su declaracion, y el presidente le contesta con mucho acierto, que la Convencion ha decretado la libertad de cultos, dejándola absoluta á cada

secta, que jamás se ha mezclado en sus creencias, pero que aplaude á cuantos ilustrados por la razon, abjuran de sus errores y supersticiones.

No habia abjurado Gobel el sacerdocio ni el catolicismo; ni se habia atrevido á declararse un impostor, que al fin declaraba sus mentiras; pero no faltaron otros que hiciesen por él esta declaracion. «Desengañado, dijo el cura de Vaugirard, de las preocupaciones con que el fanatismo oscurecia mi alma y entendimiento, vengo á renunciar mi titulo de presbitero.» Otros obispos y curas, individuos de la Convencion, siguieron aquel ejemplo, y abjuraron el catolicismo. Julien de Tolosa abdicó tambien su carácter de ministro protestante, y todas estas abdicaciones fueron recibidas con aplausos de la Asamblea y las tribunas. Entró al mismo tiempo Gregoire, obispo de Blois, y refiriéndole lo que acababa de suceder é instándole á que hiciese lo mismo, se negó resueltamente á hacerlo, diciendo: ¿Se trata de la renta que está asignada á las funciones de obispo? la cedo sin sentimiento alguno. ¿Se trata de mi carácter de sacerdote y obispo? no puedo despojarme de él, porque mi religion me lo prohibe. Invoco la libertad de los cultos.» Sus últimas palabras confundieron entre el alboroto, pero no contuvieron la explosion de gozo que habia escitado aquella escena. La diputacion salió de la Asamblea rodeada de una multitud inmensa y se dirigió á la casa de Ayuntamiento para recibir las felicitaciones del consejo.

No era difícil, una vez dado este ejemplo, escitar á todas las secciones de Paris y consejos de la república á que la imitasen; y así fué que reunién-

dose las primeras, declararon unas tras de otras que renunciaban á todos los errores de la supersticion, no reconociendo mas que un culto, el de la razon. La seccion del Hombre-Armado, declaró no reconocer mas culto que el de la verdad y la razon, mas fanatismo que el de la libertad y la igualdad, ni mas dogma que el de la fraternidad y leyes republicanas, decretadas en 31 de mayo de 1793. La de la Reunion anunció que haria una hoguera con todos los confesionarios y libros que servian á los católicos, haciendo cerrar la iglesia de San Mery. La de Guillermo-Tell, renunció para siempre el culto del error y la mentira. La de Murcio Scevola abjuró el catolicismo, añadiendo que en el *décadi* próximo haria en el altar mayor de San Sulpicio la inauguracion de los bustos de Marat, Lepelletier y Murcio Scevola. La de las Picas, que no adoraria mas Dios que el de la libertad y la igualdad; y la del Arsenal desechó tambien el culto católico.

Por manera que tomando las secciones la iniciativa, no solo abjuraban del catolicismo como religion pública sino que se apoderaban de sus edificios y tesoros como pertenecientes al comun. Los diputados comisionados en los departamentos, habian instado á muchos Ayuntamientos á que se apoderasen de las alhajas de las iglesias, no siendo necesarios, segun decian, á la religion; ademas de que como cualquiera otra propiedad pública, pertenecian al Estado y podian aplicarse á sus necesidades. Fouché habia enviado muchos cajones de plata del departamento de Allier, y lo mismo habian hecho de otros varios departamentos. Pronto se imitó este ejemplo en Paris y sus inmedia-

ciones, presentándose montones de riquezas en la barra de la Convencion. Quedaron despojadas todas las iglesias y los Ayuntamientos enviaron diputaciones con el oro y plata existentes en las urnas de los santos, ó en los lugares que una antigua y fanática devocion habia consagrado. Las llevaban en procesion á la Convencion y el pueblo entregándose á sus estravagantes caprichos, se burlaba del modo mas extraño de las escenas religiosas, hallando en profanarlas el mismo placer que habia encontrado en otro tiempo celebrándolas. Se presentaban en la barra de la Convencion, hombres vestidos con sobrepellices, casullas y capas pluviales, cantando aleluyas y bailando la *caramañola*; dejando por allí las custodias, los crucifijos, los copones y las estatuas de oro y plata, pronunciando discursos burlescos, y dirigiendo frecuentemente á los mismos santos las mas extrañas allocuciones. «Oh vosotros! esclama una diputacion de «San Dionisio, oh vosotros instrumentos del fanatismo! Santos bienaventurados de toda especie, «hacéos al fin patriotas, levantaos en masa, servid «á la patria yendo á fundiros á la casa de la moneda, y hacednos en este mundo el bien que queriais hacernos en el otro.» A estas escenas burlescas, seguian otras de respeto y recogimiento. Los mismos que pisoteaban los santos del cristianismo, llevaban un pábulo, y debajo de él los bustos de Marat y Lepelletier. «Estos, decian, no son dioses fabricados por los hombres, sino las imágenes de ciudadanos respetables, asesinados por los esclavos de los reyes.» Despues destilaban por delante de la Convencion cantando tambien aleluyas y bailando la *caramañola*, yendo á entregar los ri-

cos despojos de los altares, en la casa de la moneda, y á dejar los venerados bustos de Marat y Lepelletier en las iglesias, convertidas en templos del nuevo culto.

A propuesta de Chaumette, se ordenó que la iglesia metropolitana de Nuestra Señora, se convirtiese en un edificio republicano llamado *templo de la Razon*, y se instituyó una fiesta para todas las décadas, que debia reemplazar á las ceremonias católicas del domingo. El corregidor, los oficiales municipales y los funcionarios públicos iban al templo de la Razon, leian la declaracion de los derechos del hombre, y el acta constitucional, analizaban las noticias de los ejércitos, y contaban las acciones distinguidas que en la década se habian efectuado. Se habia colocado en él una especie de buzón como el del correo, á imitacion de las bocas de verdades que habia en Venecia, para echar los avisos, reconvenciones ó consejos útiles al bien público, cuyas cartas se sacaban y abrian el dia de década y se procedia á su lectura; luego un orador pronunciaba algun discurso moral, y despues se tocaban piezas de música concluyendo con cantar himnos republicanos. Habia en el templo dos tribunas, una para los ancianos, y otra para las embarazadas, con estas palabras: «respeto á la vejez, respeto y atenciones á las mugerss que están en cinta.»

Celebróse la primera fiesta de la razon con solemne pompa el 20 de brumario (10 de noviembre) á la que asistieron todas las secciones y autoridades constituidas. Una jóven hermosa representaba á la diosa de la Razon, y era la muger del impresor Momoro, uno de los amigos de Vincent, Ronsin,

Chaumette, Hebert y compañeros. Estaba vestida con una túnica blanca; pendia de sus hombros un manto azul celeste, y cubrian sus cabellos sueltos el gorro de la libertad. Estaba sentada en un sillón antiguo cubierto de yedra, y llevado por cuatro ciudadanos. Precedian y seguian á la diosa varias jóvenes vestidas de blanco y coronadas de rosas, y en seguida iban los bustos de Lepelletier y Marat, músicos, tropas y secciones armadas. Pronunciáronse discursos, y se cantaron himnos en el templo de la Razon, luego se dirijieron á la Convencion, y Chaumette tomó la palabra en estos términos:

«Legisladores, el fanatismo ha cedido el puesto á la razon, y sus turbios ojos no han podido resistir el brillo de la luz. Un pueblo inmenso se «ha trasladado hoy á las bóvedas góticas, donde «por primera vez ha resonado el eco de la verdad. «Allí han celebrado los franceses el único culto «verdadero, que es el de la libertad, el de la razon. «Allí hemos expresado nuestros votos por la prosperidad de las almas republicanas, abandonando «unos ídolos inanimados por seguir la razon, que «es una imagen animada y la obra mas sublime de «la naturaleza.» Luego que dijo estas palabras presentó Chaumette á la diosa viva de la Razon, y la hermosa jóven que la representaba bajó de su asiento y se acercó al presidente, que la dió el abrazo fraternal en medio de universales aplausos y de los gritos de *viva la república! viva la Razon! muera el fanatismo!* La Convencion que aun no se habia mezclado en estas representaciones, se vé obligada á seguir la procesion que volvía otra vez al templo de la Razon para cantar un himno pa-

triótico. La importante noticia de haber conquistado la isla de Noirmoutier á Charette que la defendia, aumentó el general regocijo con un motivo mas verdadero que el de la abolicion del fanatismo.

Causan ciertamente disgusto estas escenas falsas de conviccion y buena fé, en que un pueblo cambiaba de culto sin comprender ni el antiguo ni el reciente. Pero ¿cuándo obra el pueblo de buena fé? ¿cuándo es capaz de comprender los dogmas que se dan á su creencia? ¿qué es lo que comunmente necesita? Grandes reuniones que satisfagan su necesidad de juntarse; espectáculos simbólicos, donde incesantemente se le recuerda la idea de un poder superior al suyo; fiestas en que se rinda homenaje á los hombres que mas se han acercado á la virtud, á la perfeccion y á la sublimidad; en una palabra, templos, ceremonias y santos. Aqui habia templos: la Razon, Marat y Lepelletier. El pueblo se hallaba reunido, adoraba un poder misterioso, y celebraba á dos hombres. Todas sus necesidades estaban por lo tanto satisfechas, y obraba entonces como siempre obra.

Si se considera el cuadro que presentaba la Francia en aquella época, se verá que nunca se tiranizó tanto de una vez á la parte inerte y sufrida de la poblacion, en quien se ensayan las esperiencias politicas. Nadie se atrevia á manifestar su opinion, y temian ver á sus amigos ó parientes por no comprometerse y perder su libertad ó tal vez su vida. Cien mil prisiones y algunos centenares de ejecuciones hacian que el pensamiento de veinte y cinco millones de franceses, estuviese fijo en el calabozo y el cadalso. No sufrían impuestos

considerables; y si por una clasificacion arbitraria le colocaban á uno en la clase de los ricos, perdía en aquel año parte de sus rentas. A veces habia que dar la cosecha, ó los muebles mas preciosos de oro y plata á la menor insinuacion de cualquiera representante ó agente. Nadie se atrevia á ostentar lujo, ni á concurrir á públicas diversiones, ni podia usar de moneda metálica, sino que era preciso recibir ó dar un papel despreciado, con el cual era difícil adquirir lo que se necesitaba. Era indispensable al que tenia la profesion de comerciante, vender á un precio fingido, y al comprador, contentarse con el peor género, porque el bueno no podia acomodarse al *máximum* ni á los asignados, y á veces habia que pasarse sin ellos, porque buenos y malos se ocultaban del mismo modo. No habia mas que una clase de pan negro, comun á ricos y pobres, por el cual habia que batallar en la puerta de las tabonas, esperando algunas horas. Se habian cambiado los nombres de los pesos y medidas, de los meses y los días; no habia mas que tres domingos en vez de cuatro, y finalmente las mugeres y ancianos se veian privados de las ceremonias del culto á que habian asistido toda su vida.

Nunca, pues, hubo poder alguno que chocase mas bruscamente contra las costumbres de un pueblo: y no puede negarse que era la tirania mas atroz amenazar las vidas de todos, diezmar las fortunas, establecer por fuerza el precio de los cambios, variar los nombres de todas las cosas, y destruir las prácticas del culto; pero es menester hacerse cargo del peligro del Estado, de las inevitables crisis del comercio, y del espíritu de sistema, inseparable del de innovaciones.

CAPITULO VII.

Vuelta de Danton.—Divisiones en el partido de la Montaña; dantonistas y hebertistas.—Política de Robespierre y de la junta de salvación pública.—Acusado Danton en los jacobinos se justifica, y le defiende Robespierre.—Abolicion del culto de la Razon.—Últimas perfecciones que se añaden al gobierno dictatorial revolucionario.—Energía de la junta contra todos los partidos.—Arrestos de Ronsin, de Vincent, de los cuatro diputados autores del decreto falso, y de los supuestos agentes del extranjero.

Después de la caída de los girondinos, quedó solo y victorioso el partido de la montaña y principió á dividirse en fracciones, habiendo acabado de desunirle enteramente los escesos de la revolución, que eran cada vez mayores y anunciaban un próximo rompimiento. La suerte de los girondinos, de Bailly, de Brunet, y de Houchard, habia conmovido á muchos diputados, y otros vituperaban las violencias cometidas respecto al culto juzgándolas impolíticas y peligrosas, porque decian que á las supersticiones que intentaban destruir, habian reemplazado otras nuevas; que el pretendido culto de la razon era el del ateismo, que este no podía convenir á un pueblo, y que el extranjero era quien pagaba estos trastornos. Por el contrario, el partido que dominaba en los franciscanos, y el Ayutamiento que contaba por escritor á He-

bert, por corifeos á Ronsin y Vincent, y á Chaumette y á Cloodt por apóstoles, afirmaba que sus adversarios querian resucitar una faccion moderada, y hacer otra nueva division en la república.

Danton habia vuelto de su retiro, y aunque no decia su pensamiento, un gefe de partido en vano quiere ocultarle, porque va pasando de unos á otros, y en breve llega á ser conocido de todo el mundo. Se sabia que hubiera deseado impedir la ejecucion de los girondinos, y que habia sentido sobremanera su trágico fin; se sabia que aunque partidario é inventor de los medios revolucionarios, empezaba á condenar su ciego y feroz aplicación; que no le parecia deber usar de la violencia cuando cesaba el peligro, y que concluida la actual campaña y espulsados enteramente los enemigos, queria restablecer el imperio de las leyes, justas y pacíficas. No se atrevían á atacarle en la tribuna de los clubs, ni osaba Hebert insultarle en su papel del *Padre Duchesne*; pero verbalmente circulaban los rumores mas contrarios; ponian en duda su probidad; recordaban con mas perfidia que nunca las estafas de la Belgica, y le atribuian parte de ellas, llegando á decir que al retirarse á Arcis-sur-Aube, habia emigrado llevándose sus riquezas. Dábanle por compañeros, creyendo que no eran mejores que él, á Camilo Desmoulins, su amigo, que tambien se habia compadecido de los girondinos y defendido á Dillon, y á Philippeaux que regresaba de la Vendée, airado contra los trastornadores, y con ánimo de denunciar á Ronsin y Rossignol. Tambien agregaban á su partido á todos los que de cualquier manera habian desmerecido el aprecio de los ardientes revolucionarios.

rios, cuyo número empezaba á multiplicarse.

Julien de Tolosa, muy sospechoso ya por sus relaciones con d' Espagnac y con los proveedores, habia acabado de comprometerse en un informe sobre las administraciones federalistas, esforzándose en disculpar los errores de la mayor parte de ellas; mas apenas le pronunció, cuando los franciscanos y jacobinos amotinados, le hicieron retractarse, y averiguando su vida privada, descubrieron que vivia con agiotistas y que tenia por querida á una ex-condesa; y de este modo, todos al mismo tiempo le declararon corrompido y moderado. Fabre-d' Eglantine acababa repentinamente de variar de situacion, ostentando un lujo que no se le habia conocido antes; y Chabot, el capuchino Chabot, que al empezar la revolucion no tenia mas que su pension eclesiástica, lucia tambien hermosas alhajas, y acababa de casarse con la hermana de los dos Frey, que llevaba en dote doscientas mil libras. Este cambio tan rápido de fortuna escitó las sospechas contra los nuevos ricos, y una proposicion que hicieron á la Convencion, acabó de desconceptuarlos. Acababan de arrestar á un diputado llamado Osselin, por haber ocultado segun decian, á una emigrada. Fabre, Chabot, Julien y Delaunay, que no vivian muy sossegados interiormente, y Bazire y Thuriot, que aunque nada tenian que les remordiese, se alarmaban de que no se guardase consideraciones con los individuos de la Convencion, propusieron un decreto para que no pudiese arrestarse á diputado alguno, sin oírle antes en la barra. El decreto quedó adoptado; pero se alborotaron todos los clubs, y los jacobinos, pretendiendo que queria renovarse la inviolabili-

dad; é hicieron que se anulase, procediendo á las mas rigorosas pesquisas sobre los que le habian propuesto, y sobre su conducta y motivos de tan repentina fortuna. Desacreditados en pocos dias Julien, Fabre, Chabot, Delaunay, Bazire y Thuriot, fueron colocados en el concepto de los sospechosos y moderados. Hebert les llenó de groseros improperios en su periódico, y los entregó al bajo populacho.

Tambien tuvieron la misma suerte, aunque hasta entonces se les consideraba como excelentes patriotas, Proli, Pereira, Guzman, Dubuisson y Desfieux, casi todos estrangeros, que como los dos Frey, y como Clootz se habian lanzado á la revolucion francesa por entusiasmo, y acaso tambien por hacer fortuna. Mientras se les vió seguir el torrente de la revolucion, nadie examinó lo que serian. Proli, natural de Bruselas, fué con Pereira y Desfieux enviado á Dumouriez para descubrir sus intenciones, le obligaron á esplicarse, y volvieron, como hemos referido, á denunciarle en la Convencion y en los jacobinos. Hasta aqui todo iba bien; pero fueron empleados por Lebrun, porque siendo estrangeros é instruidos, podian ser útiles en las relaciones exteriores, y con el trato de este empezaron á apreciarle y despues abogaron en su defensa. Proli habia sido muy conocido de Dumouriez, y á pesar de la desercion de este, siguió elogiando sus talentos, y diciendo que hubiera podido conservarle la república; y finalmente, casi todos, como mas conocedores de los países vecinos, vituperaron la aplicacion del sistema jacobino á la Bélgica y á las provincias unidas á la Francia. No se perdieron sus espresiones, y ape-

nas la general desconfianza imaginó la intervencion secreta de una faccion estrangera, empezaron á sospechar de ellos, y á recordar sus discursos. Súpose luego que Proli era hijo natural de Kainisz; se supuso que era el principal conspirador, y se les creyó á todos espías de Pitt y de Coburgo. El furor no pudo contenerse mas, y la misma exageracion de su patriotismo, en que ellos juzgaban tener su mayor defensa, sirvió para comprometerlos mas, confundiéndoles con los sospechosos y moderados. De modo, que cuando Danton ó sus amigos tenian que hacer alguna observacion sobre las faltas de los agentes ministeriales, ó sobre los atropellos hechos con el culto, el partido de Hebert, Vincent y Ronsin respondia con los gritos de moderacion, corrupcion y faccion estrangera.

Los moderados, como era costumbre, rechazaban la acusacion de sus adversarios, diciéndoles: vosotros sois los cómplices de los estrangeros; pues todo os estrecha con ellos, la comun violencia en vuestro lenguaje, y los planes de trastornar lo todo, llevándolo á lo peor. Ved, añadian, ese Ayuntamiento que se toma una autoridad legislativa, y espide leyes bajo el modesto titulo de acuerdos, que todo lo arregla, policia, subsistencias y culto; que sustituye por sí una religion á otra; pone en lugar de las antiguas supersticiones otras nuevas; predica el ateismo, y se ofrece por ejemplo á todos los Ayuntamientos de la república; ved esas oficinas de la guerra, de donde salen una porcion de agentes que van á rivalizar con los representantes en las provincias, á causar las mayores tropelias, y á desacreditar la revolucion con su conducta; ved ese Ayuntamiento y esas ofici-

nas. ¿Qué otra cosa desean sino usurpar la autoridad legislativa y ejecutiva, quitándola á la Convencion y á las juntas, y disolver el gobierno? ¿quién sino los estrangeros pueden llevarlos hasta este punto?

En medio de estas inquietudes y contiendas, la autoridad debia tomar una providencia rigorosa. Robespierre pensaba con toda la junta, que estas acusaciones reciprocas eran sumamente perjudiciales, pues ya hemos visto que desde el 31 de mayo se cifraba toda su politica en impedir un nuevo desenfreno revolucionario, en conformar la opinion con la Convencion, y estas con la junta, para crear un poder enérgico, á cuyo fin se habia valido de los jacobinos que eran los que dominaban entonces en la opinion. Juzgaba oportunamente que las nuevas acusaciones contra patriotas tan acreditados como Danton y Camilo Desmoulins, no podian reportar sino graves perjuicios. Temia que aquellas imaginaciones desenfrenadas no respetasen reputacion ninguna; recelaba que las violencias cometidas contra el culto no indispusiesen parte de la Francia, teniendo á la revolucion por atea; y finalmente creia descubrir en tan inmensa confusioa la mano de los estrangeros. De modo que no desperdició la ocasion que le presentó Hebert para esplicarse en los jacobinos.

Habíase manifestado el ánimo de Robespierre, y se murmuraba sordamente de que iba á pronunciarse contra Pache, Hebert, Chaumette y Clootz, autores del movimiento contra el culto. Proli, Desfieux y Pereira comprometidos ya y amenazados, querian mezclar su causa con la de Pache, Chaumette y Hebert, y avistándose con estos últimos,

les dijeron que habia una conspiracion contra los mejores patriotas, que todos se hallaban en igual peligro, y que era necesario sostenerse y resguardarse mutuamente. Hebert va entonces á los jacobinos, el 1.º de frimario (21 de noviembre de 1793), y se queja de un proyecto de desunion que tiene por objeto dividir á los patriotas. «Por todas partes dice, encuentro gente que me felicita porque no estoy preso. Se susurra que vá á acusarme Robespierre, y tambien á Chaumette y á Pache...» «En cuanto á mí, que todos los dias defiende los intereses de la patria, y que hablo cuanto me pasa por la cabeza, no digo que no haya fundamento; pero á Pache!... Sé muy bien lo que le estima Robespierre, y no puedo dar crédito á semejante idea. Se ha dicho tambien que Danton habia emigrado, yéndose á Suiza cargado con los despojos del pueblo... Le he encontrado esta mañana en las Tullerías, y ya que está en Paris, debe venir á esplicarse francamente, pues todos los patriotas deben desmentir los ofensivos rumores que corren respecto á ellos.» Hebert refiere en seguida, que parte de estas noticias las ha adquirido de Dubuisson, el cual ha querido descubrirle una conspiracion contra los patriotas, y segun la costumbre de echar toda la culpa á los vencidos, añade, que la causa de las turbulencias, son los cómplices de Brissot que viven aun, y los Borbones que permanecen en el Templo. Robespierre sube en seguida á la tribuna: «¿Es cierto, dice, que nuestros mas perjudiciales enemigos sean los impuros restos de la raza de nuestros tiranos? Anhelo en mi corazon que desaparezca esa raza de la tierra, ¿pero puedo yo cegarme sobre la situa-

cion de mi patria hasta el punto de creer que este acontecimiento bastaria para que desapareciese el foco de las conspiraciones que nos devoran? ¿Quién ha de persuadirse de que el castigo de la despreciable hermana de Capeto impondria á nuestros enemigos mas que el de Capeto mismo, y el de su criminal esposa?

«¿Es tambien cierto que el fanatismo sea la causa de nuestros males? ¡El fanatismo!... ¡está espirando! y me atrevo á decir que ha muerto. Cuando hace dias fijamos contra él toda nuestra atencion, ¿no la separamos de nuestros verdaderos peligros? Teméis á los sacerdotes, y ellos se apresuran á hacer dimision de sus titulos, para trocarlos por los de municipales, administradores, y aun presidentes de sociedades populares... Cuando su ministerio les valia setenta mil libras de renta, estaban muy apegados á él; pero le han renunciado desde que no les vale mas que seis mil... ¡Si, no temais su fanatismo sino su ambicion! no el hábito que llevaban, sino la nueva piel con que hoy se cubren; no temais la antigua supersticion, sino la reciente y falsa que se quiere crear para perdernos.»

Aqui Robespierre, examinando con franqueza la cuestion de los cultos, añade:

«Vengan ciudadanos animados de un celo puro á dejar sobre el altar de la patria, los inútiles y pomposos monumentos de la supersticion, para convertirlos en triunfos de la libertad, pues la patria y la razon gustan de estas ofrendas; pero ¿con qué derecho vendrian la aristocracia y la hipocresia á mezclar su influjo con el de los patriotas? ¿Con qué derecho vendrán unos hombres

«desconocidos hasta ahora en la carrera de la revolución á buscar entre estos acontecimientos los medios de usurpar una falsa popularidad, de obligar á los mismos patriotas á que adopten resoluciones vanas, y á arrojar entre nosotros turbulencias y discordias? ¿Con qué derecho vendrán á trastornar la libertad de los cultos en nombre de la libertad, y á combatir el fanatismo con un fanatismo nuevo? ¿Con qué derecho pretenden que degeneren los solemnes homenajes hechos á la verdad pura, en eternas y ridículas farsas?

«Se ha supuesto que la Convencion habia proscrito el culto católico porque acogia las ofrendas públicas. No, la Convencion no ha hecho tal cosa ni la hará jamás; pues su intencion es conservar la libertad de los cultos que ha proclamado, reprimiendo al propio tiempo á cuantos abusasen de ella para perturbar el orden público; no permitirá que se persiga á los pacíficos ministros de las diferentes religiones, y les castigará severamente cuando se atrevan á prevalecer de sus funciones para engañar á los ciudadanos, y para echar mano de las preocupaciones ó del realismo contra la república.

«Hombres hay que no se contentan con esto, y que con el pretexto de destruir la supersticion, quieren hacer una especie de religion del ateísmo. Todo filósofo y todo individuo puede adoptar en esto la opinion que mas le plazca; y cualquiera que le juzgase criminal por ella, es un insensato; pero el hombre público y el legislador que adoptasen semejante sistema, serian cien veces mas insensatos. La Convencion nacional le aborrece, porque no es fabricante de libros ni sistemas, sino

«un cuerpo político y popular, y el ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Ser que vela sobre la inocencia oprimida, y castiga el crimen triunfante, es enteramente popular. El pueblo y los desgraciados me aplauden, y si yo encontrase censores, seria entre los ricos y los criminales. Desde el colegio he sido muy mal católico, pero nunca he sido ni amigo indiferente, ni defensor intiel de la humanidad. Apasionado á las ideas morales y políticas que acabo de enunciaros, opinó que si Dios no existiese, habria que inventarlo.»

Después de haber hecho Robespierre esta profesión de fé, imputa á los estrangeros las persecuciones contra el culto y las calumnias contra los mejores patriotas; pues como era en extremo desconfiado, y habia supuesto realistas á los girondinos, creia mucho en la existencia de la faccion estrangera, que como hemos dicho, estaba representada por algunos espías enviados á los ejércitos, y algunos banqueros que intervenian en el agiotaje, y estaban en relacion con los emigrados. «Los estrangeros, dice, tienen dos especies de ejércitos: uno en nuestras fronteras, impotente y próximo á perecer, gracias á nuestras victorias, y otro mas dañoso que existe entre nosotros; ejército de espías, de bribones asalariados que se introducen en todas partes, hasta en medio de las sociedades populares. Esta es la faccion que persuadió á Hebert de que yo queria prenderle con Pache, Chaumette y todo el Ayuntamiento. ¿Yo perseguir á Pache cuya sencilla y modesta virtud he admirado y defendido siempre? ¿Yo, que por él he peleado contra Brissot, y sus cómplices?» Robespierre alaba á Pache, pero nada dice de He-

bert, y solo añade que no ha olvidado los servicios del Ayuntamiento cuando peligraba la libertad. En seguida declama contra lo que llama facción estrangera, y espone á Proudhon, Dubuisson, Pereira y Deslieux á la saña de los jacobinos. Cuenta su historia, les pinta como agentes de Lebrun y el estrangero, encargados de alizar los rencores, dividir los patriotas, y encender á unos contra otros. Por el modo con que se explica, se conoce que el odio contra los antiguos amigos de Lebrun, se mezcla mucho con su desconfianza; y finalmente, les hace salir á todos cuatro de la sociedad, en medio de los mayores aplausos, proponiendo un escrutinio purificador para todos los jacobinos.

Así fulminó Robespierre su anatema contra el nuevo culto, dando una severa lección á todos los discolos, sin decir nada satisfactorio con respecto á Hebert, sin comprometerse en elogiar á este inundo escritor, y haciendo que recayese el furor en los estrangeros que tuvieron la desgracia de ser amigos de Lebrun, admirar á Dumouriez, y vituperar nuestro sistema político en los países conquistados; en fin, se había empeñado en reformar la sociedad, haciendo decidir el escrutinio de purificación.

En los dias siguientes, continuó Robespierre su sistema, y se presentó en los jacobinos á leer varias cartas anónimas y otras interceptadas, en las cuales se probaba que si el estrangero, no era el autor de las estravagancias del nuevo culto, y de las calumnias relativas á los mejores patriotas, las aprobaba por lo menos y las descaba. Hebert había en cierto modo invitado á Danton para que se aplicase; pero este no lo quiso hacer al instante por

no obedecer á la insinuacion, sino quince dias despues, aprovechándose de una circunstancia favorable para tomar la palabra. Se trataba de dar local á todas las sociedades populares, por cuenta del Estado, y presentó con este motivo varias observaciones, tomando ocasion de aqui para decir que si la constitucion se ha de adormecer mientras el pueblo hiere y espanta á los enemigos de sus operaciones revolucionarias, hay que recelarse, sin embargo, de los que quieren conducir al mismo pueblo mas allá de los limites de la revolucion. Coupé del Oise replicó á Danton, y desfiguró sus ideas al combatirlos. Danton volvió á subir á la tribuna, y oyendo algunos murmullos, retó á todos los que contra él tuviesen motivos de desconfianza á que pusiesen en claro sus operaciones para poder responder públicamente á ellas. Se quejó del desagrado que manifestaban en su presencia, y dijo: «¿He perdido yo las facciones que caracterizan el semblante de un hombre libre?» Y al proferir estas palabras agitaba aquella cabeza que tantas veces habian visto, y tantas encontrado en las tempestades de la revolucion; aquella cabeza que habia sostenido la audacia de los republicanos é infundido el terror en el alma de los aristócratas. «¿No soy yo, añadía, el mismo hombre que se ha encontrado al lado vuestro en todos los momentos de crisis? ¿No soy aquel hombre tan perseguido y tan conocido de vosotros, aquel hombre á quien tantas veces habeis abrazado como á vuestro amigo, y con quien habeis jurado morir en los mismos riesgos?» Entonces recordó que fué el defensor de Marat, teniendo que cubrirse con la sombra de aquel ser á quien habia en otro tiempo protegido

y despreciado. «Os admirareis, continuó, cuando os refiera mi conducta privada, al ver que la colossal fortuna que me han atribuido mis enemigos y los vuestros se reduce á los cortos bienes que he tenido siempre. Desafío á los malévolos á que citen una sola prueba contra mí; pues todos sus esfuerzos no bastarán á intimidarme. De pie me quedo á la faz del pueblo; vosotros me juzgareis en su presencia, y no rasgaré la página de mi historia hasta que vosotros rasguéis la vuestra...» Al concluir pidió Danton que se nombrase una comisión para examinar las acusaciones que se le habían dirigido, cuando Robespierre se arrojó á la tribuna con una celeridad extraordinaria. «Danton exclamó, os pide una comisión que examine su conducta, y accedo á ello, si juzga que esta medida ha de ser útil. Quiere que se formalicen los cargos que se le hacen: pues bien, voy á efectuarlo. Danton, te acusan de que has emigrado. Se ha dicho que te habías pasado á Suiza; que tu enfermedad era fingida para ocultar al pueblo tu fuga; se ha dicho que ambicionabas ser regente bajo Luis XVII; y que todo ha estado preparado para proclamar en cierta época á este vástago de los Capetos; que tú eras el jefe de la conspiración; que ni Pitt, ni Coburgo, ni la Inglaterra, ni el Austria, ni la Prusia, eran nuestros verdaderos enemigos, sino tú solo; que la Montaña la formaban tus cómplices; que no convenia tratar de los agentes enviados por las potencias extranjeras; que sus conspiraciones eran fábulas dignas de desprecio; en una palabra, que a ti era á quien debía degollarse, á ti solo!...» Una multitud de aplausos cubrió la voz de Robespierre, el cual continuó:

«¿No sabes tú, Danton, que cuanto mas desnudo y patriotismo tiene un hombre, mas se empeñan en perderle los enemigos de la causa pública? ¿No sabes tú, y no lo sabeis todos vosotros, ciudadanos, que este método es infalible? pues si el defensor de la libertad no fuere calumniado, sería una prueba de que ya no teníamos ni nobles ni sacerdotes contra quienes combatir!» Aludiendo entonces al periódico de Hebert, donde él era muy elogiado, añadió: «Los enemigos de la patria parecen que quieren confundirme con sus alabanzas exclusivas, pero las desprecio. ¿Se cree que al lado de estos elogios, que en ciertos periódicos se repiten, no veo yo el cuchillo con que se ha querido sacrificar á la patria? La causa de los patriotas es como la de los tiranos; todos son verdadores. Acaso me engañe respecto á Danton; pero tratado en su casa no merece mas que elogios. Yo le he observado bajo el aspecto político, pues una diferencia de opinion, me hacia estudiarle con cuidado, y á veces hasta con rabia; no se ha apresurado á sospechar de Dumouriez, es verdad; ni ha aborrecido bastante á Brissot y á sus cómplices; pero porque no haya sido siempre de mi opinion ¿he de decir que es traidor á la patria? No: yo le he visto siempre servirla con celo. Danton quiere que se le juzgue, y tiene razon. Júzguenme á mi tambien, y que se presenten los hombres que son mas patriotas que nosotros! Apuesto á que son nobles, privilegiados ó clérigos! Entre ellos encontrareis un marqués, y por aquí podreis juzgar del patriotismo de nuestros acusadores.»

Robespierre pidió despues que todos los que

tuviesen que hacer algun cargo á Danton, tomasen la palabra. Nadie se atrevió á hacerlo, y el mismo Momoro, uno de los amigos de Hebert, fué el primero á decir que no presentándose nadie, era prueba de que nada habia que decir contra Danton. Entonces propuso uno de los miembros que el presidente le diese el abrazo fraternal; accediose á ello, y acercandose Danton á la mesa, recibió el abrazo en medio de universales aplausos.

La conducta de Robespierre en esta ocasion habia sido tan hábil como generosa. El peligro común á todos los buenos patriotas, la ingratitude con que se pagaban los servicios de Danton, y finalmente, una superioridad decisiva, habian sacado á Robespierre de su acostumbrado egoismo, y lleo entonces de bellos sentimientos, habia sido mas elocuente de lo que su naturaleza le permitia. Pero el servicio que hizo á Danton fué mas útil á la causa del gobierno y de los antiguos patriotas que le compenian, que al mismo Danton, cuya popularidad habia naufragado. El entusiasmo no se rehace, ni podian presumirse todavia bastantes peligros, para que Danton hallase en su denueado, el medio de recobrar su influencia.

Prosiguiendo su obra Robespierre, no dejaba de hallarse presente en cada sesion de purificaciones. Llegó su turno á Clootz, y le acusaron de intimidar con los banqueros estrangeros Vandenberg. Procuró él justificarse, pero tomó la palabra Robespierre, y recordó las relaciones de Clootz con los girondinos, y su rompimiento con ellos por el folleto intitulado: *ni Roland ni Marat*, folleto en que lo mismo atacaba á la Montaña que á la Gironda, y á sus exageraciones-estravagantes, su obs-

tinacion en hablar de una república universal, en inspirar la sed de las conquistas, y en comprometer la Francia con la Europa toda. «Y cómo podia «M. Clootz, añadió Robespierre, interesarse tanto «en la dicha de la Francia, cuando tanto interés le «inspiraban la de la Persia y el Monomotapa? Una «crisis hay de que podrá alabarse. Voy á hablar del «movimiento del culto; movimiento que conducido «con razon y lentitud, hubiera podido ser excelente pero cuya violencia podia ocasionar los mayores males... M. Clootz tuvo una conferencia nocturna con el obispo Gobel... Gobel le dió palabra «para el siguiente dia, y vino, cambiando repentinamente de lenguaje y traje, á entregar sus despachos de sacerdote... M. Clootz pretendia engañarnos con estas farsas, pero no, no; los jacobinos jamás mirarán como amigo del pueblo á este «supuesto descamisado que es prusiano y baron, «que posee cien mil libras de renta, que come con los banqueros conspiradores, y que no es él el «orador del pueblo francés, sino el del género humano.»

Clootz quedó inmediatamente escluido de la sociedad, y la propuesta de Robespierre, se decidió que se espulsaria indistintamente á todos los nobles, clérigos, banqueros y estrangeros.

A la sesion siguiente llegó su turno á Camilo Desmoulins. Le echaban en cara su carta á Dillon, y un impulso de sensibilidad en favor de los girondinos. «Habia, dice Camilo, habia creído á Dillon, «valiente y hábil, y le defendi por eso. En cuanto «á los girondinos me veia, respecto á ellos, en una «posicion particular. Yo siempre he amado y servido á la república; pero me he equivocado fre-

«frecuentemente acerca de los que la servian. He «adorado á Mirabeau, he querido á Barnave y á los «Lameths, lo confieso; pero he sacrificado mi amis- «tad y admiracion al saber que habian dejado de «ser jacobinos. Una fatalidad muy manifesta, ha «hecho que de sesenta revolucionarios que habian «firmado mi contrato matrimonial, no me queden «mas que dos amigos, Danton y Robespierre. To- «dos los demas, ó han emigrado ó hanido á la gui- «llotina, y de este número eran siete de los veinte «y dos; paréceme disculpable en esta ocasion un «afecto de sensibilidad. He dicho, añadió Desmou- «lins, que morian como republicanos, pero como «republicanos federalistas, porque os aseguro que «no creo hubiese entre ellos muchos realistas.»

Interesaba el carácter franco y el talento sencillo y original de Camilo Desmoulins. «Camilo ha «elegido mal sus amigos, dijo un jacobino; probé- «mosle que nosotros sabemos elegir mejor los «nuestros recibiendo con afán.» Robespierre, protector siempre de sus antiguos cólegas, pero usando sin embargo de un tono de superioridad, defendió á Camilo Desmoulins, diciendo: «Es débil, y «confiado, pero siempre ha sido republicano. Ha «adorado á Mirabeau, Lameth y Dillen, pero él «mismo rompió sus idolos en cuanto palpó su des- «engaño. Siga su carrera, y sea mas cauto en lo «futuro.» Despues de este consejo quedó admitido Camilo entre aplausos; en seguida lo fué Danton sin observacion alguna. Siguió á estos Fabre d' Eglantine el cual tuvo que sufrir algunas preguntas respecto á su fortuna, que felizmente atribuyeron á sus talentos literarios. Prosiguióse esta purificacion y se hizo tan larga, que habiéndose

empezado en noviembre de 1793, duró muchos meses.

Conocida era la politica de Robespierre y del gobierno, y la energia con que se manifestó, intimidó á los intrigantes promotores del nuevo culto, y pensaron retractarse, y volver á su primer estado. Chaumette, que tenia la facundia de un orador de club ó de Ayuntamiento, pero que carecia de la ambicion y denuedo de un corifeo de partido, no pretendia rivalizar en modo alguno con la Convencion, ni hacerse el creador de un nuevo culto, y así se apresuró á buscar una ocasion para reparar su falta. Resolvió dar interpretacion al acuerdo que mandaba cerrar todos los templos, y propuso al Ayuntamiento que declarase no querer violentar la libertad religiosa, y que no prohibia á los partidarios de cada religion el derecho de reunirse en los sitios costeados y sostenidos á expensas suyas. «No se entienda, dijo, que la debilidad ó la politica son las que me hacen obrar, pues soy tan incapaz de una como de otra. El «convencimiento de que nuestros enemigos pretendan abusar de nuestro celo para propasarse y «comprometernos, y el de que si nos oponemos á «que los católicos ejerzan públicamente su culto «con la aprobacion de las leyes, se exalten algunos «genios biliosos, ó conspiren en los subterráneos es «el único que me inspira y me hace hablar.» El acuerdo propuesto por Chaumette, y resueltamente apoyado por el corregidor Pache, fué adoptado por fin, despues de algunos murmullos, confundidos en seguida entre una ininidad de aplausos. La Convencion declaró por su parte que en sus decretos no habia tratado jamás de violentar la libertad re-

ligiosa, y prohibió tocar á la plata que quedaba aun en las iglesias, puesto que el tesoro no necesitaba esta especie de recursos. Desde aquel dia cesaron en París las indecentes farsas de que habia usado el pueblo, y quedaron abolidas las pompas del culto de la razon, con que tanto se habian divertido.

La junta de salvacion pública sentia cada vez mas, en medio de tan grande confusion, la necesidad de robustecer la autoridad y hacerla mas eficaz y respetable. La esperiencia de los obstáculos la hacia diariamente mas hábil, y añadia nuevas piezas á la máquina revolucionaria, creada por la duracion de la guerra. Habia ya impedido que se trasmitiese el poder á nuevas é inesperadas manos, prorogando la Convencion, y declarando al gobierno, revolucionario hasta la paz, y al mismo tiempo habia concentrado en si este poder, poniendo bajo su dependencia el tribunal revolucionario, la policia, las operaciones militares, y hasta el reparto de las subsistencias. Dos meses de práctica, la dieron á conocer los obstáculos con que las autoridades locales, ó por exceso, ó por falta de celo, entorpecian la accion de la autoridad suprema. La remision de los decretos se interrumpia ó retardaba á veces, y su promulgacion no se verificaba en ciertos departamentos. Quedaban muchas de las administraciones federalistas que se habian sublevado, no habiéndoseles privado aun de la facultad de coligarse. Si por una parte ofrecian alguna sospecha de federalismo las administraciones departamentales, los Ayuntamientos por el contrario, obrando en opuesto sentido, ejercian, á imitacion del de París, una autoridad tiránica, daban leyes.

é imponian contribuciones; las juntas revolucionarias empleaban contra las personas un poder arbitrario é inquisitorial, completando estos pequeños gobiernos particulares, tiránicos, desunidos entre si, y embarazosos para el gobierno supremo, los ejércitos revolucionarios creados en diferentes puntos. Finalmente, la autoridad de los representantes, unida á los demás, aumentaba la confusion de los poderes soberanos, porque los representantes cargaban impuestos y promulgaban leyes penales como los Ayuntamientos y la Convencion misma.

Billaud-Varennes en un informe mal escrito, pero hábil, manifestó estos inconvenientes, é hizo dar el decreto de 14 de frimario, año II (4 de diciembre), modelo de un gobierno provisional, enérgico y absoluto. Decia en él que la anarquía amenazaba á las repúblicas en su cuna y en su decrepitud, y que era preciso preservarse de ella. Este decreto instituia el *Boletín de las leyes*, invencion nueva y excelente de que aun no se tenia noticia, porque las leyes enviadas á la Asamblea por los ministros, y por estos á las autoridades locales, sin plazos fijos, sin actas por donde constase su remision ó su recibo, se espedian frecuentemente, y pasaba mucho tiempo sin que se promulgasen ni conociesen. Segun el nuevo decreto, una comision, una imprenta y un papel particular quedaban destinados á la impresion y envío de las leyes. La comision formada de cuatro personas independientes de toda autoridad, y libres de todo otro cuidado, recibia la ley, mandaba imprimirla, y la enviaba por el correo en tiempo fijo é invariable. Las remesas y entregas se justificaban por los medios ordinarios del correo, y estos movimientos, regu-

larizados así, eran infalibles. La Convencion se declaró en seguida *centro de impulso del gobierno*; y bajo estas palabras iba encubierta la soberanía de las juntas, que todo lo hacian en lugar de la Convencion. Las autoridades de departamento quedaron abolidas en cierto modo, pues se les privaba de toda atribucion politica, sin dejarles, como al departamento de Paris en la época del 40 de agosto, mas que la reparticion de las contribuciones, el sosten de los caminos, y las atribuciones puramente económicas. Estos cuerpos intermedios, demasiado poderosos, entre el pueblo y la autoridad suprema, quedaban por lo tanto suprimidos, y no se dejaba con todas sus funciones mas que á las administraciones de distritos y Ayuntamientos. Se prohibió que toda administracion local se reuniese a otras, que variase de residencia, que enviase agentes, publicase acuerdos estensivos ó imitativos á los decretos, y que impusiese contribuciones ó levantase gente. Quedaban licenciados todos los ejércitos revolucionarios establecidos en los departamentos, y no debia subsistir para el servicio de toda la república mas que el ejército revolucionario establecido en Paris. Las juntas revolucionarias quedaban obligadas á llevar correspondencia con los distritos encargados de inspeccionarlas, y con la junta de seguridad general. Las de Paris no podian comunicarse sino con esta última, y no con el Ayuntamiento. Se prohibia á los representantes imponer contribuciones, á menos que no les autorizase al efecto la Convencion, como asimismo el promulgar leyes penales.

De esta manera quedaban todas las autoridades reunidas á su círculo, y eran imposibles sus

choques y sus coaliciones. Recibian las leyes infaliblemente, y no podian modificarlas, ni demorar su egecucion. Las dos juntas conservaban su predominio siempre, y la de *salvacion pública*, ademas de su primacia sobre la seguridad general, seguia con la diplomacia, la guerra y la inspeccion universal de todos los negocios. En adelante solo ella podia llamarse junta de *salvacion pública*, y ninguna otra en los Ayuntamientos podia tomar este título.

A pesar de que en este nuevo decreto sobre la institucion del gobierno revolucionario, se restaba tanta la autoridad de los Ayuntamientos, y solo se habia espedido para cohartar sus abusos, fué recibido por el de Paris con muestras muy expresivas de obediencia. Chaumette, que fingia á docilidad lo mismo que patriotismo, pronunció un largo discurso en honor del decreto; pero por su necia oficiosidad en adoptar el sistema de la autoridad superior, dió nueva ocasion para que se le reprendiese, acertando á desobedecer, cuando intentaba observar una ciega obediencia. El decreto ponía las juntas revolucionarias de Paris, en comunicacion directa y esclusiva con la de seguridad general; pues en un furioso entusiasmo, aquellas habian procedido á prisiones de toda especie, y se les acusaba de haber encarcelado á muchos patriotas, y hallarse en ellas algunos de aquellos á quienes se empezaba á llamar *ultra-revolucionarios*. Chaumette se quejó de su conducta al consejo general, y propuso llamarlas al Ayuntamiento para dirigirles una amonestacion severa, cuya proposicion quedó adoptada; pero él, aunque ostentaba obediencia, se habia olvidado de que, segun el nuevo decreto, las juntas revolucionarias de Paris

no podian corresponder sino con la deseguridad general; y no queriendo tolerar la de salvacion pública ni obediencias exageradas, ni desobediencias y poco dispuesta sobre todo á sufrir que el Ayuntamiento se permitiese dar lecciones, aunque fuesen buenas, á unas juntas que estaban bajo la autoridad superior, anuló el acuerdo de Chaumette y prohibió á aquellas que acudiesen al Ayuntamiento. Recibió Chaumette esta correccion con una humildad perfecta. «Todo hombre, dijo al Ayuntamiento, está sujeto al error; confieso francamente que me he equivocado, y la Convencion que ha anulado mi requisitoria y el acuerdo que propuse, me ha castigado justamente por la falta que cometí; y pues es nuestra madre comun, unámonos á ella» (19 de frimario). Solo con esta energia podía la junta lograr reprimir todos los impulsos desordenados, ya de celo, ya de oposicion, y producir en la accion del gobierno la mayor exactitud posible. Los *ultra-revolucionarios*, comprometidos y refrenados desde sus manifestaciones contra el culto, tentaron una nueva represion mas severa que las anteriores. Ronsin habia vuelto de Lyon, á donde habia acompañado á Collot-d'Herbós con un destacamento del ejército revolucionario. Habia llegado á Paris cuando los ánimos estaban compadecidos de las sangrientas ejecuciones cometidas en Lyon, y Ronsin puso un cartel que incomodó á la Convencion. Decia que de los ciento cuarenta mil lyoneses, solo mil quinientos no eran cómplices en la revolucion, y que antes del fin de frimario habrian muerto todos los culpables, y que el Ródano arrastraria hasta Tolon sus cadáveres. Otras espresiones atroces suyas se citaban,

y se hablaba mucho del despotismo de Vincent en las oficinas de la guerra, de la conducta de los agentes ministeriales en las provincias, y de su rivalidad con los representantes. Repetian las palabras que se habian escapado á algunos, anunciando otra vez el plan de organizar constitucionalmente el poder ejecutivo: pero la energia que acababan de manifestar Robespierre y la junta, animaba á declararse contra estos alborotadores. En la sesion del 27 de frimario (17 de diciembre), empezaron por quejarse de ciertas juntas revolucionarias. Lecointre denunció la prision de un correo de la junta de salvacion pública, por uno de los agentes del ministerio; y Boursault dijo, que al pasar por Longjumeau, le habia detenido el Ayuntamiento, y que á pesar de manifestar su cualidad de diputado, habia determinado aquel, que el agente del consejo ejecutivo residente allí, legalizase su pasaporte. Fabre-d'Églantine denunció á Maillard, el gefe de los asesinos de setiembre, que habia pasado á Burdeos en comision del mismo consejo ejecutivo, cuando debiera espulsársele de todas partes; tambien denunció á Ronsin y á su cartel que habia estremecido á todo el mundo, y finalmente á Vincent que habia reunido todos los poderes de las oficinas de la guerra, y decia que haria volar la Convencion, ú obligarla á organizar el poder ejecutivo, porque él no queria ser el criado de las juntas. Inmediatamente mandó la Convencion arrestar á Vincent, secretario general de la guerra, á Ronsin, general del ejército revolucionario, á Maillard comisionado en Burdeos, y á otros tres agentes del poder ejecutivo, cuyas tropelías habian sido denunciadas en Saint Girons, y

por último á un tal Mazuel, ayudante en el ejército revolucionario, por haber dicho que la Convencion conspiraba, y que escupiría á la cara á los diputados. La Convencion impuso en seguida pena de muerte á los oficiales de los ejércitos revolucionarios formados ilegalmente en las provincias, que inmediatamente no se separasen, y mandó en fin, que viniese el consejo ejecutivo á justificarse al día siguiente.

Este acto de energía produjo sumo sentimiento en los franciscanos, y fué causa de esplicaciones en los jacobinos, quienes no se pronunciaron todavía acerca de Vincent y de Ronsin, pero pidieron que se hiciese averiguacion para comprobar la naturaleza de sus faltas. El consejo ejecutivo se presentó humildemente á justificarse en la Convencion; aseguró que no habia tenido ánimo de rivalizar con la representacion nacional, y que el arresto de los correos, y las dificultades experimentadas por el representante Boursault, provenian de una orden de la misma junta de salvacion pública, orden que mandaba conprobar todos los pasaportes y despachos.

Mientras Vincent y Ronsin sufrían su prision como ultra-revolucionarios, la junta se estrellaba al mismo tiempo contra el partido de los dudosos y agiotistas. Mandó prender á Proli, Duhoisson, Desliens y Pereira, acusados de agentes del extranjero, y cómplices de todos los partidos, y finalmente hizo prender á deshora de la noche á los cuatro diputados Bazire, Chabot, Delaunay-d'Angers y Julien de Tolosa, acusados de moderados y de haber hecho una rápida fortuna.

Ya se ha visto la historia de la asociacion clan-

destina de estos representantes, y de la falsificacion que resultó de ella: se ha visto que Chabot, trastornado ya, se preparaba á denunciar á sus colegas y echarles toda la culpa. Los rumores esparcidos sobre su matrimonio, y las acusaciones que diariamente repetia Hebert, acabaron de intimidarle, y se fué á manifestarlo todo á Robespierre. Pretendió que su plan al entrar en el complot, no habia sido mas que el de enterarse de él y descubrirlo, atribuyéndolo á los extranjeros, que querian segun él, corromper á los diputados para envilecer á la representacion nacional; y que se valian en seguida de Hebert y cómplices para desordenarlos despues de haberlos corrompido. De modo que en su opinion, la conspiracion tenia dos brazos, el corruptor y el infamador, ambos acordes en deshonar y disolver la Convencion. La intervencion de los banqueros extranjeros en esta intriga, las espresiones de Julien de Tolosa y de Delaunay, que decian que la Convencion acabaria de devorarse á si misma, y que era preciso hacer fortuna lo mas pronto posible, y algunas relaciones de la muger de Hebert con las queridas de Julien de Tolosa y de Delaunay, sirvieron á Chabot de medios para dorar esta fábula de una conspiracion de dos brazos, en que los corruptores é infamadores se entendian de secreto para conseguir el mismo resultado. Tuvo Chabot sin embargo algun escrúpulo, y disculpó á Bazire: y como habia sido el corruptor de Fabre, y se esponia á una declaracion de éste acusándole, pretendió que se habian despreciado sus ofertas, y que los cien mil francos en asignados, colgados de un hilo en el lugar comun, eran los cien mil francos destinados á Fabre

y reusados por él; patrañas de Chabot que ningún viso tenían de verdad, porque mucho mas natural hubiera sido, entrando en la conspiracion para descubrirla, prevenir á algunos individuos de una ú otra comision, y depositar en sus manos el dinero. Robespierre envió á Chabot á la junta de seguridad general, que mandó prender por la noche del 17 de noviembre á los diputados referidos. Julien de Tolosa logró escaparse, y únicamente se echó mano á Bazire, á Delaunay y á Chabot.

El descubrimiento de tan vengonzosa trama, causó grandes rumores y confirmó todas las calumnias que se dirigian los partidos unos contra otros. Se dió mas crédito que nunca á la sospecha de una faccion estrangera que seducia á los patriotas, incitándolos á impedir la marcha de la revolucion, los unos con intempestiva moderacion, los otros por una exaltacion loca, por continuas infamaciones, y con una profesion odiosa de ateísmo. Y sin embargo, ¿qué realidad habia en todas estas suposiciones? Por una parte, hombres menos fanáticos, mas propensos á compadecerse de los vencidos, y mas susceptibles por esta misma razon de ceder al atractivo del placer y de la seducccion; por otra hombres mas feribundos y ciegos, escudándose con la parte baja del pueblo, persiguiendo con sus acusaciones á los que no participaban de su fanática estupidez, profanando los antiguos objetos del culto sin miramiento ni decencia, y en medio de ambos partidos unos banqueros que se aprovechaban de cualquiera crisis para sus ajotages; cuatro diputados entre setecientos cincuenta que se dejaban seducir y se hacian cómplices en cetos ajotages, finalmente, algunos

revolucionarios de buena fé, pero estrangeros, sospechosos por esta razon, y comprometiéndose con la misma exaltacion que querian lesserviese de sombra para que los demas no descubriesen su origen: hé aqui lo que en realidad habia sin que en todo ello hubiese nada de extraordinario ni necesitase una maquinacion profunda.

Queriendo sobreponerse á todos los partidos la junta de salvacion pública, resolvió intimidarlos y humillarlos, y procuró demostrar al efecto, que todos ellos eran cómplices del estrangero. Robespierre habia anunciado ya una faccion de esta especie, á la cual su ánimo desconfiado no dejaba de dar crédito, y como la faccion turbulenta hacia resistencia á la autoridad superior, y desacreditaba la revolucion, la acusó de que era cómplice de la faccion estrangera; pero nada de esto dijo contra la moderada, antes bien la defendió, como hemos visto en la persona de Danton. Pero si todavía contemporizaba con ella, era porque nada habia hecho hasta entonces que se opusiera á la marcha de la revolucion, y por que no formaba un partido tenaz y numeroso, como los antiguos girondinos, sino que se componia cuando mas de algunos individuos aislados que desaprovechaban las extravagancias *ultra-revolucionarias*.

Tal era la situacion de los partidos y la política de la junta de salvacion pública respecto de ellos en el primer año II (diciembre de 1793.) Mientras que con tanta fuerza se servia de su autoridad y acababa de completar en el interior la máquina del poder revolucionario, desplegaba igual energía por fuera, y aseguraba el triunfo de la revolucion con distinguidas victorias.

CAPITULO VIII.

Fin de la campaña de 1793.—Maniobra de Hoche en los Vosgos.—Retirada de los austriacos y prusianos. Levantamiento del sitio de Landau.—Operaciones en el ejército de Italia.—Sitio y toma de Tolon por el ejército republicano.—Últimas acciones y reveses en los Pirineos.—Eскурion de los vendeanos al otro lado del Loira. Numerosos combates: Pérdidas del ejército republicano.—Derrota de los vendeanos en el Mans, y su completa destruccion en Savenay.—Ojeada general sobre la campaña de 1793.

Terminábase la campaña de 1793 del modo mas brillante y feliz en todas las fronteras y por fin se habia adoptado en Bélgica el partido de entrar en cuarteles de invierno, á pesar del plan de la junta de salvacion pública, que habia querido aprovecharse de la victoria de Watignies para envolver al enemigo entre el Escalda y el Sambra. De modo que en este punto no habian variado los acontecimientos, quedándonos las ventajas de Watignies.

Mucho mas se habia prolongado la campaña en el Rin con motivo de la pérdida de las líneas de Wissemburgo, atacadas en 13 de octubre (22 de vendimiario). Quería la junta de salvacion pública recobrarlas á toda costa, y alzar el sitio de Landau, como se habia levantado el de Dunkerque y Maubeuge, y el estado de nuestros departamentos del Rin era un motivo para apresurarse y alejar al

enemigo. El pais de los Vosgos estaba muy impresionado aun en el sistema feudal, y los sacerdotes y los nobles conservaban en él un grande influjo; era poco comun la lengua francesa, y apenas habian penetrado allí las nuevas ideas revolucionarias; muchos Ayuntamientos ignoraban los decretos de la Convencion; algunos carecian de juntas revolucionarias, y en casi todos vagaban impunemente los emigrados. Los nobles de la Alsacia habian seguido en masa al ejército de Wurmser, esparciéndose desde Wissemburgo hasta las inmediaciones de Strasburgo, en cuyo último punto se habia formado el complet para entregar a Wurmser la plaza. La junta de salvacion pública envió allí inmediatamente á Lebas y á Saint-Just, para que ejerciesen la dictadura acostumbrada de los comisionados de la Convencion. Nombró general del ejército del Mosela al joven Hoche, que se habia distinguido tanto en el sitio de Dunkerque; saco del ocioso ejército de las Ardenas una fuerte division que se repartió entre los dos ejércitos del Mosela y del Rin, é hizo por fin que se procediese á alistamientos generales en todos los departamentos inmediatos, dirigiéndolos contra Besançon. Estos nuevos alistamientos ocuparon las plazas fuertes, y las guarniciones se trasladaron a la línea. Saint-Just desplegó en Strasburgo toda su firmeza é inteligencia, é infundiendo temor á los mal intencionados, envió á una comision militar á los sospechosos de haber querido entregar á Strasburgo, y los hizo llevar al cadalso. Comunicó nuevo vigor á generales y soldados, exigiendo diariamente ataques en toda la línea para que se ejercitasen nuestros quintos, y tan valiente como inexorable, él mismo iba

á las filas y participaba de todos los peligros de la guerra. Grande era el entusiasmo que se habia apoderado del ejército y soldados, ardiendo en la esperanza de recobrar el terreno perdido; su grito era: *Landau ó la muerte!*

La verdadera maniobra que debia ejecutarse en esta parte de la frontera, consistia como antes en reunir los dos ejércitos del Rin y del Mosela, y operar en masa por una vertiente sola de los Vosgos. Para eso era menester recobrar los pasos que cortaban la línea de las montañas, y que habiamos perdido desde que Brunswick se habia dirigido al centro de los Vosgos, y Wurmser bajo las murallas de Strasburgo. Formó la junta su proyecto de apoderarse de la misma cordillera para separar á los prusianos de los austriacos, y se encargó de llevar á efecto este plan al jóven Hoche lleno de genio y de valor, el cual hizo esperar resoluciones mas esforzadas en sus primeros movimientos á la cabeza del ejército del Mosela.

Para asegurar los prusianos su posicion, habian intentado apoderarse por sorpresa del castillo de Bitche, colocado en el mismo centro de los Vosgos; pero se frustró esta tentativa por la vigilancia de la guarnicion que acudió á tiempo á las murallas; y bien fuese porque Brunswick quedase un poco desconcertado con el mal éxito de aquella empresa, bien porque temiese la actividad y resolucion de Hoche, ó acaso tambien porque se hallase descontento de Wurmser, con quien no estaba de acuerdo, se retiró primero á Bisingen, en la línea del Erbach, y despues á Kayserlautern en el centro de los Vosgos. No habia avisado á Wurmser de su movimiento retrógrado; y mientras este se hallaba em-

peñado en la vertiente oriental, casi á la altura de Strasburgo, Brunswick en la occidental se hallaba á espaldas de Wissemburgo, y casi á la altura de Landau. Hoche habia seguido muy de cerca á Brunswick en su movimiento retrógrado, y despues de haber intentado inutilmente cercarle en Bisingen, y aun á elefantarle en Kayserlautern, formó el proyecto de atacarle en este último punto, por grande que fuese el impedimento del terreno. Hoche tenia cerca de treinta mil hombres, y se batió el 28, 29 y 30 de noviembre; pero los puntos eran tan desconocidos y poco practicables, que el primer dia se halló comprometido el general Ambert que mandaba la izquierda, mientras Hoche en el centro trataba de buscar el camino. Al siguiente dia se encontró Hoche solo á la vista del enemigo, mientras que Ambert andaba perdido por las montañas. Gracias á la aspereza de aquel sitio, á su fuerza, y á la ventaja de su posicion, obtuvo Brunswick un completo triunfo. No perdió mas que unos doce hombres, y Hoche se vió obligado á retirarse con pérdida de tres mil próximamente; pero no se desanimó, y fué á rehacerse á Pirmasens, Hornbach y á Dos Puentes. Hoche aunque desgraciado, no habia dejado de mostrar un atrevimiento y resolucion que asombraron á los representantes y al ejército. La junta de salvacion pública, que desde que entró Carnot, era bastante ilustrada para ser justa, y severa únicamente contra la falta de celo, le escribió las cartas mas satisfactorias, y elogió por primera vez á un general batido. Hoche sin intimidarse un momento por su derrota, resolvió unirse inmediatamente al ejército del Rin, para destruir á Wurmser; y este que habia quedado en Al-

sacia mientras Brunswick retrocedia hasta Kayserlautern, dejó descubierto su flanco derecho... Hoche envió sobre Werdt al general Taponnier con doce mil hombres para romper la línea de los Vosgos, y arrojarle contra el flanco de Wurmser, mientras el ejército del Rin atacaría en masa su frente.

Gracias á la presencia de Saint-Just, se habían verificado frecuentes combates en todo el fin de noviembre y principios de diciembre, entre el ejército del Rin y los austriacos. Comenzaba aquel á hacerse aguerrido, con el fuego diario que se hacía bajo el mando de Pichegru. El cuerpo enviado á los Vosgos por Hoche halló mil obstáculos que vencer para penetrar en aquel país; pero lo consiguió por fin, y molestó mucho á la derecha de Wurmser. El día 22 de diciembre (2 de nivoso) marchó Hoche en persona, atravesando las montañas, y se presentó en Werdt sobre la cumbre de la vertiente oriental; derrotó la derecha de Wurmser, le cogió muchos cañones, é hizo crecido número de prisioneros. Viéronse entonces los austriacos precisados á dejar la línea del Motter, y pasar primero á Sultz, y después el 24 de Wissemburgo, sobre las mismas líneas del Lauter. Su retirada se hacía confusa y desordenadamente, y los emigrados y nobles de la Alsacia, que habían acudido para seguir á Wurmser, huían con la mayor precipitación. Familias enteras cubrían el camino procurando escaparse; y ambos ejércitos, el prusiano y el austriaco, estaban mutuamente descontentos de sí, ayudándose muy poco contra un enemigo lleno de valor y de entusiasmo. Se habían reunido los dos ejércitos del Rin y del Mosela. Los representantes dieron el mando en jefe á Hoche, que se

preparó inmediatamente á recobrar á Wissemburgo. Los prusianos y austriacos, concentrados á la sazón por su movimiento retrógrado, se hallaban en mejor posición de sostenerse, y resolvieron tomar la ofensiva el 26 de diciembre (6 de nivoso) el mismo día en que había resuelto caer sobre ellos el general francés. Los prusianos estaban en los Vosgos y alrededor de Wissemburgo; y los austriacos se extendían por delante del Lauter desde Wissemburgo hasta el Rin. Si verdaderamente no se hubieran decidido á tomar la iniciativa, no hubieran recibido el ataque por delante de las líneas, teniendo á la espalda el Lauter; pero resolvieron atacar los primeros, y los franceses, al avanzar contra ellos, se hallaron al paso su vanguardia. El general Desaix, que mandaba la derecha del ejército del Rin, se encaminó al Lauterburgo. El general Michaud se dirigió hacia Schleithal; el centro atacó á los austriacos colocados en el Geisberg, y la izquierda penetró en los Vosgos para envolver á los prusianos. Desaix se apoderó de Lauterburgo, Michaud ocupó á Schleithal, y el centro, arrojando á los austriacos, los llevó desde Geisberg hasta el mismo Wissemburgo. La ocupación momentánea de esta última plaza podía ser fatal á los coligados, y estaba ya muy próxima; pero Brunswick, que se hallaba en el Pigeonnier, acudió allá y contuvo á los franceses con mucha firmeza. Empezaron entonces los austriacos su retirada con menos desorden; pero al día siguiente ocuparon los franceses las líneas de Wissemburgo. Los austriacos se replegaron á Gemersheim y los prusianos á Bergzabern. Los soldados franceses avanzaban siempre gritando *Landau ó la muerte!* y los austriacos

se dieron prisa á volver á pasar el Rio, sin querer mantenerse un dia en la orilla izquierda, y sin dar tiempo á los prusianos para llegar á Maguncia. Levantóse el sitio de Landau, y los franceses invernaron en el Palatinado. Poco despues los dos generales coligados se disputaron sus opuestas relaciones, y Brunswick presentó su dimision á Federico Guillermo. De modo que en esta parte del teatro de la guerra habíamos recobrado gloriosamente nuestras fronteras, á pesar de las fuerzas reunidas de Prusia y Austria.

El ejército de Italia no habia emprendido operacion alguna importante y permanecia á la defensiva desde su derrota del mes de junio. En el de setiembre, viendo los piemonteses atacado á Tolon por los ingleses, pensaron aprovecharse por fin de esa circunstancia, que podia producir la ruina del ejército francés. El mismo rey de Cerdeña se presentó al teatro de la guerra, y resolvió para el dia 8 de setiembre un ataque general contra el campamento francés. El modo mas seguro de obrar contra los franceses hubiera sido ocupar la linea del Var que separa á Niza de su territorio, porque asi se hubieran apoderado de todas las posiciones que habian tomado al otro lado de aquel rio, y se les hubiera obligado á evacuar el condado de Niza, y tal vez á deponer las armas. Prefirióse no obstante atacar inmediatamente su campamento; ataque que ejecutado con cuerpos sueltos, y por diversos valles á la vez, no salió bien; por lo cual, nada satisfecho el rey de Cerdeña se retiró inmediatamente á sus estados. Casi por la misma época resolvió el general austriaco Dewins apoderarse por fin del Var; pero no ejecutó su movimiento sino con tres

ó cuatro mil hombres, y no pasó de Isola, detenido repentinamente por un ligero contratiempo, volviendo á los Altos Alpes, sin llevar adelante esta tentativa. Tales habian sido las insignificantes operaciones del ejército de Italia.

Un interés mas grave llamaba la atencion hacia Tolon, cuya plaza ocupada por los ingleses y españoles, les aseguraba un punto de desembarco en el Mediodia, y una base para intentar una invasion. Importaba, pues, á la Francia, recobrarla cuanto antes, y al efecto habia dado la junta las órdenes mas activas, pero faltaban enteramente los materiales para el sitio. Carteaux, despues de haber rendido á Marsella, habia desembocado con siete ú ocho mil hombres por las gargantas de Ollioules, apoderándose de ellas despues de un pequeño encuentro, y fijándose en la misma desembocadura de estas gargantas á la vista de Tolon; el general Lapoype, destacado del ejército de Italia con unos cuatro mil hombres, se habia situado en el lado opuesto, hacia Solliés y Lavalette. Colocados asi ambos cuerpos franceses, el uno hacia el Oeste y al Este el otro, se hallaban tan distantes que apenas se descubrian, y no podian prestarse ningun auxilio. Con alguna mas actividad que hubieran tenido los sitiados, les habrian podido atacar aisladamente y destruirlos uno tras otro, pero felizmente solo pensaron en fortificar la plaza y guarnecerla. Hicieron desembarcar ocho mil españoles, napolitanos y piemonteses, y dos regimientos ingleses procedentes de Gibraltar, por lo que ascendia la guarnicion á catorce ó quince mil hombres. Perfeccionaron todos los puntos de defensa, armaron todos los fuertes, especialmente los

de la costa, que protegian la rada donde anclaban sus escuadras, y se dedicaron especialmente á hacer inaccesible el fuerte de Eguillette, situado en la estremidad del promontorio que cierra la rada interior ó pequeña rada, dejando su acceso tan sumamente árduo, que la llamaban en el ejército el *pequeño Gibraltar*. Los marseleses y todos los provenzales, refugiados en Tolon se emplearon en las obras, y mostraron el mayor celo; empero no podia durar la armonia en lo interior de la plaza porque la reaccion contra la Montaña habia hecho renacer en ella todas las facciones. Habia republicanos y realistas de todas clases, y los mismos aliados no estaban muy acordes. Los españoles miraban resentidos, la superioridad que afectaban los ingleses y se recelaban de sus intentos. Aprovechando el almirante Hoode aquella desunion, dijo que pues no podian entenderse, no debia por el pronto proclamarse autoridad ninguna y aun impidió la salida de una diputacion, que los de Tolon querian enviar al conde de Provenza, para decidirle á que pasase á la plaza en calidad de regente. Desde entonces pudo adivinarse la conducta que observarian los ingleses, y conocer cuán ciegos y culpables eran los que habian entregado Tolon á los mas crueles enemigos de la marina francesa.

Los republicanos no podian esperar recobrar á Tolon con las fuerzas que por entonces tenian, y en esta atencion aconsejaban los representantes que retrocediese el ejército, detras del Durance, y esperase la estacion siguiente. Pudiendo no obstante disponerse de nuevas fuerzas con la toma de Lyon, se dirigieron á Tolon tropas y materiales. Sustituyóse en lugar de Carteaux al general Dop-

pet, á quien se atribuia la toma de Lyon; mas este fué reemplazado al punto por Dugommier, que era mucho mas práctico y muy valiente. Se reunieron veinte y ocho ó treinta mil hombres, y se dió orden para terminar el sitio antes que se acabase la campaña.

Lo primero que se hizo fué estrechar la plaza, y establecer baterias contra los fuertes, hallándose el general Lapoype, siempre al levante, y el general en jefe Dugommier al poniente y delante de Ollioules como encargado del ataque principal. La junta de salvacion pública habia hecho que la de fortificaciones redactase un plan de ataque en regla, y el general reunió un consejo de guerra para discutir el plan enviado de Paris. Este plan estaba muy bien concebido, pero se presentó otro mas á propósito en aquellas circunstancias, y que debia dar resultados mas prontos.

Hallábase en el consejo de guerra un oficial jóven que mandaba la artilleria en ausencia del jefe de esta arma; se llamaba Bonaparte, y era natural de Córcega. Fiel á la Francia, en la cual recibió su educacion, se habia batido en Córcega por la causa de la Convencion contra Paoli y los ingleses, y pasó despues al ejército de Italia, sirviendo delante de Tolon. Manifestaba mucha inteligencia, suma actividad, y dormia siempre al lado de los cañones. Apenas vió aquel jóven la plaza le ocurrió una feliz idea y la propuso al consejo de guerra. El fuerte de Eguillette, llamado el *pequeño Gibraltar*, cerraba la rada en que fondeaban las escuadras coligadas, y ocupando aquel punto, ya no podian los buques permanecer sin esponerse á ser abrasados: tampoco podian evacuarla dejando

una guarnicion de quince mil hombres sin comunicaciones, sin recursos y espuestas tarde ó temprano á deponer las armas; era pues de suponer, que si llegaba á quedar el fuerte de Eguillette en poder de los republicanos, tanto las escuadras como la guarnicion se decidirian á evacuar la ciudad, de manera que aquel fuerte constituia la llave de la plaza, pero era casi inaccesible. El jóven Bonaparte sostuvo constantemente su opinion como mas acomodada á las circunstancias y logró que se adoptase.

Empezóse por estrechar la plaza: Bonaparte á favor de algunos olivos que ocultaban á sus artilleros, hizo colocar una bateria inmediata al fuerte Malbosquet, uno de los mas importantes, entre los que rodeaban á Tolon. Una mañana estalló de repente esta bateria y sorprendió á los sitiados, que no creian se pudiesen colocar piezas tan próximas al fuerte. El general inglés O' Hara, que mandaba la guarnicion, resolvió hacer una salida para destruir la bateria y clavar los cañones. En efecto, el día 30 de noviembre (10 de frimario) salió al frente de seis mil hombres; se introdujo de repente en los puestos republicanos; se apoderó de la bateria y empezó inmediatamente á clavar las piezas. Felizmente se hallaba cerca de allí con un batallon el jóven Bonaparte, y marchando por un barranco que conducia á la misma bateria, se situó sin ruido alguno en medio de los ingleses, y mandando hacer fuego de repente, los llenó de la mayor sorpresa con aquella súbita aparicion. Admirado el general O' Hara, creyó que eran sus soldados los que se engañaban y se hacian fuego unos á otros; y adelantándose entonces hacia los republicanos

para convencerse, fué herido en la mano y cogido en el barranco mismo por un sargento. En aquel instante, Dugommier, que habia mandado tocar generala en el campamento, reunia sus soldados para atacar, y se situaba entre la bateria y la plaza; entonces los ingleses, temiendo verse cortados se retiraron, despues de haber perdido á su general, y sin haber podido libertarse de aquella fatal bateria.

Este suceso alentó estrordinariamente á los sitiadores, á infundiendo nuevo desaliento en los sitiados. Llegó la desconfianza de los últimos al punto de decir que el general O' Hara se habia dejado prender para vender Tolon á los republicanos; mas estos que querian tomar la plaza y no tenian medios de conseguirlo, se preparaban al peligroso ataque de Eguillette, contra el que habian arrojado ya muchas bombas, y querian demoler las defensas con piezas de á veinte y cuatro; últimamente resolvióse el asalto el día 18 de diciembre (28 de frimario) para media noche. Debia efectuarse un ataque simultáneo por el lado del general Lapoye contra el fuerte de Faron y principiaron los republicanos á media noche en medio de una horrible tempestad. Los soldados que guardaban el fuerte estaban retirados á distancia conveniente para resguardarse de las bombas y balas y los franceses esperaban llegar antes de ser sentidos; pero se hallaron al pie del cerro con tiradores enemigos y se travó el combate. La guarnicion del fuerte acudió al ruido de la fusileria á la muralla, y abrasaba á los asaltadores; retrocedieron estos, volvieron á cargar de nuevo y un jóven capitán de artilleria llamado Muiron, aprovechándose de la desigualdad del terreno

logró tomar la altura sin haber perdido mucha gente. Llegó al pie del fuerte, se arrojó por una tronera, siguiéronle sus soldados y penetrando en la batería, se apoderaron de los cañones, é inmediatamente del fuerte mismo.

Habia presenciado esta accion y comunicado á las tropas el mayor denuedo, el general Dugommier, los representantes Salicetti y Robespierre jóven, y el comandante de artilleria Bonaparte. No fué menos dichoso el ataque por parte del general Lapoype, que tomó uno de los reductos del fuerte Faron.

Luego que se ocupó el fuerte Eguillette, se apresuraron los republicanos á colocar los cañones de modo que abrasasen la escuadra; mas los ingleses no les dieron tiempo, pues se decidieron inmediatamente á evacuar la plaza para no correr mas tiempo por el riesgo de una defensa árdua y aventurada. Antes de retirarse resolvieron quemar el arsenal, los astilleros y los navíos que no podian llevarse, y el 48 y 49, sin decir una palabra al almirante español, sin advertir siquiera á la poblacion comprometida que la iban á entregar á los vencedores montañeses, dieron orden para evacuarla. Cada navío inglés se abasteció sucesivamente en el arsenal, y despues quedaron evacuados todos los fuertes excepto el de Lamalgue, que debia ser el último. Hicieron con tal celeridad la evacuacion, que dos mil españoles, avisados muy tarde, y que se hallaron fuera de los muros, sólo se salvaron por milagro. Alfin se dió orden de incendiar el arsenal, y de repente se vieron veinte navíos ó fragatas ardiendo en medio de larada, llevando de desesperacion á los infelices habitantes,

y de indignacion á los republicanos, que veian ábrasarse la escuadra sin poder salvarla. Mas de veinte mil personas, entre hombres, mugeres, ancianos y niños, cargados con lo mas precioso que tenían, se presentaron inmediatamente en el muelle tendiendo los brazos hácia las escuadras, é implorando favor para librarse del ejército victorioso, pues todas ellas constituian las familias provenzales, que mas se habian comprometido en la asonada de las secciones en Aix, Tolon y Marsella. Ni una sola chalupa se presentaba en el mar para socorrer á estos imprudentes franceses que habian depositado su confianza en estrangeros, entregándolos el primer puerto de su patria. Sin embargo el almirante Langra, mas humano, mandó echar al mar las lanchas, y recibir en la escuadra española á todos los refugiados que cupiesen en ella. Entonces el almirante Hood, no atreviéndose á despreciar este ejemplo, ni á prescindir de las imprecaciones que contra él se lanzaban, ordenó despues aunque muy tarde, recibir á los toloneses. Precipitáronse furiosos en las lanchas aquellos infelices, y en medio de la confusion cayeron algunos al mar y otros quedaron separados de sus familias. Allí habia madres que buscaban á sus hijos, esposas ó hijos, á sus maridos ó padres, andando por el muelle al resplandor del incendio. Para mayor desgracia acudieron en aquel terrible momento varios malhechores que aprovechándose del desorden para robar, se arrojaron sobre aquellos desgraciados, é hicieron fuego, gritando: *aquí están los republicanos*: entonces aterrada toda aquella multitud se precipita, se confunde, y por huir mejor, lo abandona todo á los autores de la estratagemá.

Entraron por fin los republicanos, y encontraron la ciudad medio desierta, y con parte del material de la marina destruido. Felizmente los galeotes habian contenido el incendio, é impedido que se propagase. De cincuenta y seis buques, no quedaron mas que siete navios, y once fragatas; los demas habian sido arrebatados ó quemados por los ingleses. A los horrores del sitio y evacuacion, se siguieron muy pronto los de la venganza revolucionaria;—despues referiremos los desastres de esta ciudad criminal y desdichada. La toma de Tolon causó una alegria extraordinaria, y produjo tanta sensacion como las victorias de Watignies, la toma de Lyon, y el levantamiento del sitio de Landau. Entonces ya no se temia que los ingleses apoyados en Tolon, introdujesen en el Mediodia la destruccion y el desorden.

No con tanta felicidad se habia terminado la campaña en los Pirineos; mas á pesar de muchos reveses y de una notable impericia de parte de los generales, solo habiamos perdido la linea del Tech, quedandonos todavia la del Tet. Despues del desgraciado combate de Truillas, dado el 22 de setiembre (1.º de vindemario) contra el campamento español, en que Dagobert habia mostrado tanto valor y serenidad, Ricardos en vez de marchar avanzando, habia por el contrario retrocedido al Tech. La reconquista de Villafrauca, y el refuerzo de quince mil hombres enviado á los republicanos, le habian decidido á este movimiento retrógrado. Despues de haber levantado el bloqueo de Collioure y de Portvendre, se habia dirigido al campamento de Boulou, entre Ceret y Ville-Longue, y desde allí vigilaba sus comunicaciones,

guardando la carretera de Bellaguardia. Llenos de ardimiento los representantes Fabre y Gaston, quisieron que se atacase al campamento de los españoles, para echarlos al otro lado de los Pirineos; pero fué infructuoso el ataque, y solo produjo un inútil terramamiento de sangre.

Im aciente Fabre por intentar alguna empresa de nombre, ideaba hacia mucho tiempo, marchar al otro lado de los Pirineos para obligar á retroceder á los españoles, habiéndose persuadido de que el fuerte de Rosas podia tomarse con un ataque brusco; por lo cual, segun sus deseos, y contra la opinion de los generales, se dirigieron tres columnas, al otro lado de los Pirineos para reunirse en Espola; pero débiles y desunidas, no pudieron juntarse, y fueron batidas y arrojadas á la cordillera con pérdida considerable. Esto habia acontecido en octubre; y en noviembre, las tempestades, poco comunes en esta estacion, aumentaron los torrentes, interrumpieron las comunicaciones de los varios campamentos españoles, y los pusieron en el mayor peligro.

Ocasión era esta para vengarse de ellos por las pérdidas que nos habian causado. Para repasar el Tech, solo les quedaba el puente de Ceret, permaneciendo inundados y hambrientos en la orilla izquierda á merced de los franceses; pero nada se hizo de lo que debia hacerse. El general Turreau sucedió al general Dagobert, y al primero el general Doppet. El ejército estaba desorganizado, se batió flojamente en las inmediaciones de Ceret, se perdió el campamento de Saint-Ferreol, y Ricardos se vió de esta manera libre del peligro de su situacion. Presto supo el vengarse con mas habi-

lidad del peligro en que se había hallado, pues cayendo el 7 de noviembre (17 de brumario) sobre una columna francesa compuesta de diez mil hombres, que estaba acorralada en Villalonga á la orilla derecha del Tech, entre el río, el mar y los Pirineos, la deshielo y la puso en tal desorden, que no pudo reunirse hasta llegar á Arjetéz. Ricardo hizo atacar poco despues á la division de Delatre en Colliouvre, se apoderó de esta plaza, de Portvendre y de San-Telmo, y nos lanzó enteramente al otro lado del Tech, terminándose la campaña en los últimos días de diciembre. Los españoles se acuartelaron en la orillas del Tech; los franceses se acamparon alrededor de Perpignan y en las riberas del Tet; y aunque nosotros habíamos perdido algun terreno, no era tanto como debía temerse despues de tales desastres. Por lo demas, era la única frontera en que no se había concluido la campaña gloriosamente para las armas de la república. Por el lado de los Pirineos occidentales, se había guardado reciproca defensiva. En la Vendée había habido nuevos y terribles combates, con gran ventaja para la república, pero con gran pérdida para la Francia, que solo veia en ambos lados franceses que se degollaban unos á otros.

Batidos los vendeanos en Chollet el 17 de octubre (26 de vendimiario), se habían arrojado, como hemos visto, á la orilla del Loira en número de ochenta mil personas, hombres, mugeres, niños y ancianos. No atreviéndose á volver al pais ocupado por los republicanos, ni pudiendo sostener la campaña con un ejército victorioso, pensaron en trasladarse á Bretaña y seguir los planes de Bouchamps, cuando este jóven héroe había muerto sin

poder seguir dirigiendo su triste destino. Hemos visto que en la víspera de la batalla de Chollet envió un destacamento que ocupase el punto de Vairade sobre el Loira; punto mal guardado por los republicanos, y tomado en la noche del 16 al 17. Perdida la batalla, pudieron los vendeanos atravesar sin temor el río con el auxilio de algunos barcos dejados en la orilla y al abrigo del cañon republicano. Habiendo hasta entonces existido el riesgo en la orilla izquierda, no había pensado el gobierno en defender la derecha; de modo que todas las ciudades de Bretaña estaban mal guardadas, y los destacamentos de guardias nacionales que andaban diseminados por una y otra parte, no podian contener á los vendeanos, sinóhuir en cuanto se acercaban; avanzaron estos sin obstáculos, y atravesaron sucesivamente á Candé, á Chateau-Gonthier y á Laval, sin hallar resistencia alguna.

Entretanto el ejército republicano ignoraba la marcha que habían seguido, su número y sus proyectos, y aun hubo momentos en que los creyó destruidos, como habían escrito los representantes á la Convencion. Unicamente Kleber, que mandaba siempre el ejército bajo el nombre de Lechelle, creia lo contrario, y se esforzaba en reprimir una peligrosa confianza. Supose efectivamente luego, que los vendeanos, lejos de hallarse destruidos, formaban en la columna fugitiva el número de treinta ó cuarenta mil hombres armados, y en disposicion de combatir. Reunióse al punto un consejo de guerra, y como no se sabia si los fugitivos se dirigian á Angers ó á Nantes, si marcharian á Bretaña, ó irian por el bajo Loira á reunirse con Charette, se decidió que se dividiese el ejército;

que una parte de él, al mando del general Haxo, fuese á hacer frente á Charette, y á recobrar á Noirmoutiers; que otra parte, al mando de Kleber, ocuparia el campamento de Saint-George junto á Nantes; y finalmente, que el resto permaneceria en Angers para cubrir este punto y observar la marcha del enemigo. Sin duda, á tener mas noticias, hubieran comprendido que convenia permanecer unidos en masa, y marchar sin pérdida de tiempo persiguiendo á los vendeanos, habiéndose sido fácil dispersarlos y destruirlos enteramente en el estado de desorden y espanto en que se hallaban; pero se ignoraba la direccion que habian tomado, y en la duda, el partido que habian adoptado era sin embargo el mas prudente. En breve recibieron otras noticias, y supieron que los vendeanos habian marchado á Candé, á Chateau-Gonthier y á Laval, y se resolvió perseguirlos inmediatamente, y alcanzarlos antes de que conmoviesen la Bretaña, y se apoderasen de alguna ciudad grande, ó de algun puerto del Océano. Los generales Vimeux y Haxo quedaron en Nantes y en la baja Vendée; lo demas del ejército se dirigió hacia Candé y Chateau-Gonthier; Westermann y Beaupuy formaban la vanguardia; Chabos, Kleber y Canuel mandaban cada cual una division, mientras Lechelle, lejos del campo de batalla, dejaba que dirigiese los movimientos Kleber, que merecia la confianza y admiracion del ejército.

El 25 de octubre (4 de brumario) por la tarde, llegó á Chateau-Gonthier la vanguardia republicana, y el grueso de la fuerza llevaba una jornada de atraso. A pesar de hallarse Westermann muy fatigado y lo mismo sus tropas, de ser casi de no-

che, y de que quedaban seis leguas de camino para llegar á Laval, trató de marchar inmediatamente. En vano se esforzó Beaupuy, tan valiente como él pero mas cuerdo, en darle á conocer el peligro de atacar al ejército vendeano de noche, á tanta distancia del cuerpo del ejército, y con tropas ya cansadas; Westermann era mas antiguo en el mando é hizo que prevaleciese su opinion, poniéndose en marcha inmediatamente. Llegaron á Laval á media noche, y Westermann envió un oficial para reconocer al enemigo; mas este, llevado de su ardor, dió una carga en vez de hacer un reconocimiento y arrolló rapidamente las guerrillas. Esparcióse la alarma en Laval, tocaron á rebato, se levantaron todos los enemigos, y salieron á hacer frente á los republicanos. Beaupuy, conduciéndose con su acostumbrado denuedo, sostuvo animosamente el choque de los vendeanos; Westermann desplegó todo su valor, siendo de los mas perbiados el combate, que de suyo debía ser sangriento por la oscuridad de la noche. Lavanguardia republicana, aunque muy inferior en fuerzas, hubiera logrado, no obstante, sostenerse hasta el fin; pero la caballeria de Westermann, que no era siempre tan valiente como su jefe, se desordenó de repente, y le obligó á retirarse. Esta, sin embargo, gracias á Beaupuy, se dirigió con bastante orden hacia Chateau-Gonthier, adonde llegó al dia siguiente el cuerpo de ejército. Reunida allí el dia 26 la vanguardia, estropeada por un combate inútil y sangriento, el cuerpo del ejército cansado de un largo camino, sin víveres, sin zapatos, y atravesando los lodos del otoño, Westermann y los representantes querian avanzar de nuevo; pero Kleber se opu-

so formalmente á hacerlo, consiguiendo no pasar de Villiers, que se hallaba á la mitad del camino de Chateau-Gonthier á Laval.

Tratábase de concertar un plan para el ataque de este pueblo situado sobre el Mayena. Marchar directamente por la orilla izquierda que ocupaban, era una imprudencia, como acertadamente lo hizo observar Savary, oficial muy distinguido, que conocia perfectamente el terreno. Los vendeanos podian ocupar fácilmente el puente de Laval, y sostenerse en él contra cualquier ataque; y despues, mientras el ejército republicano estaba inútilmente amontonado en la orilla izquierda, podian desfilarse por la derecha, pasar el Mayena por su espalda, y acometerle de repente. Propuso pues, dividir el ataque, y dirigir parte del ejército á la orilla derecha, en cuyo lado no habia puente alguno que atravesar, ni presentaba la ocupacion de Laval ningun obstáculo; plan que aprobado por los generales se adoptó por Lechelle. Sin embargo, al dia siguiente, este que salia á veces de su nulidad para solo cometer desaciertos, envió una órden muy necia, y que estaba en contradiccion con la que habia aprobado el dia antes. Prescribió, segun sus acostumbradas espresiones, que marchasen *majestuosamente y en masa* hacia Laval, desfilando por la orilla izquierda. Kleber y todos los generales se irritaron; pero sin embargo les fué preciso obedecer. Salió Beaupuy el primero, y Kleber le siguió inmediatamente. Todo el ejército vendeano se hallaba formado en las alturas de Entrames. Beaupuy empezó el combate; Kleber se estendió á derecha é izquierda del camino, con objeto de ocupar el mayor terreno posible; pero conociendo sin

embargo lo desfavorable de esta posicion, envió á decir á Lechelle que mandase la division de Chalbos contra el flanco del enemigo con cuyo movimiento no podia menos de desunirlo. Pero como aquella columna, estaba compuesta de los batallones formados en Orleans y en Niort, y habia huido tantas veces, se dispersó antes de ponerse en marcha. Lechelle huyó el primero, y una gran porcion del ejército que no se batia, le siguió aceleradamente llegando en cortos momentos hasta Chateau-Gonthier, desde donde no creyéndose aun seguros se refugiaron á Angers. Los valientes maguncianos que nunca habian temido, se dispersaron por primera vez, y entonces se generalizó la derrota. Beaupuy, Kleber, Marceau y los representantes Merlin y Turreau, hicieron esfuerzos increíbles, pero inútiles para detener á los fugitivos, y Beaupuy que recibió un balazo en el pecho, exclamó cuando le llevaban á una cabaña: «Que me dejen aqui, y enseñen mi camisa ensangrentada á mis soldados.» El valiente Bloss, que mandaba los granaderos, célebre por su extraordinaria intrepidez, se dejó matar al frente de ellos; y finalmente, parte del ejército se detuvo en Lyon-d' Angers, y la otra huyó hasta el mismo Angers. Todo el mundo se hallaba indignado contra el cobarde ejemplo que habia dado Lechelle huyendo el primero. Los soldados lo decian á gritos; y al dia siguiente, mientras la revista, los pocos valientes que habian quedado en las filas, todos maguncianos, gritaron: Muera Lechelle, viva Kleber y Dubayet! *que nos vuelvan á Dubayet!* Lechelle que oyó estos gritos, se incomodó mucho mas contra el ejército de Maguncia y los generales, cuyo valor le avergonzaba.

Viendo los representantes que los soldados no querian mas á Lechelle, resolvieron suspenderle, y propusieron el mando á Kleber; el cual lo rehusó porque no le acomodaba la situacion de un general en jefe, siempre dominado por los representantes, por el ministro y por la junta de salvacion pública, y accedió solo á dirigir el ejército en nombre de otro. Dióse pues el mando á Chabos, que era uno de los generales mas antiguos del ejército; y Lechelle, anticipándose al acuerdo de los representantes, pidió su licencia diciendo que estaba enfermo y se retiró á Nantes, donde murió algun tiempo después.

Viendo Kleber el lastimoso estado en que se hallaba el ejército, disperso parte en Angers y parte en Lyon-d' Angers, propuso la reunion de todo él en el mismo Angers; darle algunos dias de descanso, suministrarle zapatos y ropa, y reorganizarle enteramente. Adoptóse esta opinion, y se reunieron en Angers todas las tropas. Lechelle no habia dejado de denunciar, al dar su dimision, al ejército de Maguncia, atribuyendo á aquellos valientes una derrota producida únicamente por su cobardía. Mucho tiempo hacia que infundia desconfianza esta tropa, por su espíritu de cuerpo, por su amor á sus generales, y por su oposicion al estado mayor de Saumur. Los últimos gritos de *viva Dubayet! muera Lechelle!*, acabaron de comprometerla con el gobierno; y en efecto, la junta de salvacion pública espidió inmediatamente un decreto mandando que se disolviese y se intercalase con los demas cuerpos. Encargaron á Kleber esta última operacion, medida que aunque se dirigia contra él y sus compañeros de armas, mereció su consenti-

miento, porque conocia lo peligroso que era el espíritu de rivalidad y ódio entre la guarnicion de Maguncia y las demas tropas, y veia especialmente cuán ventajoso era formar buenas cabezas de columnas con aquellos soldados que acertadamente distribuidos, podian comunicar á todo el ejército su propia fuerza.

Mientras sucedia esto en Angers, viéndose los de la Vendée libres de los republicanos en Laval sin que nadie se opusiese á su marcha, no sabian qué partido tomar, ni á qué teatro trasladar la guerra. Dos igualmente favorables se presentaban, y vacilaban entre el extremo de Bretaña y el de Normandia. En el primero, donde reinaba el fanatismo atizado por sacerdotes y nobles, les hubiera recibido con sumo gozo la poblacion; su suelo lleno de quiebras y montañas, les hubiera suministrado medios mas fáciles de resistencia; y por último, se hubieran hallado á orillas del mar, y en comunicacion con los ingleses. El extremo de Normandia, ó península de Cotentin, se hallaba un poco mas distante, pero era mucho mas fácil de guardar, porque apoderándose de Port-Beil y San Cosme, la cerraban enteramente. Hallábanse allí con la importante plaza de Cherburgo, muy accesible por tierra para ellos, llena de provisiones de todo género, y especialmente muy á propósito para su comunicacion con los ingleses; proyectos ambos que ofrecian grandes ventajas, y pocos obstáculos su ejecucion. Guardaba el camino de Bretaña únicamente el ejército de Brest, encomendado á Rossignol, y que constaba á lo menos de cinco ó seis mil hombres mal organizados.

El camino de Normandia estaba defendido por

el ejército de Cherburgo, compuesto de levantamientos generales que se disolverían al primer tiro, y de solo algunos miles de hombres de tropa mal disciplinada que aun no habia dejado á Caen. De modo que los vendeanos no debían temer á ninguno de estos dos ejércitos, y podían además evitar fácilmente su encuentro caminando con alguna celeridad; pero ellos ignoraban la naturaleza de los sitios y no tenían un solo oficial que pudiese decirles lo que eran la Bretaña y la Normandía, ni cuales las ventajas militares, ni las plazas fuertes, pues creían por ejemplo que Cherburgo estaba fortificado por la parte de tierra. No podían, pues, apresurarse ni instruirse en su marcha, ni hacer finalmente nada con acierto y exactitud.

Su ejército aunque numeroso, se hallaba en lastimoso estado. Todos sus principales gefes habian muerto, ó estaban heridos; Bonchamps habia espirado en la orilla izquierda. á d' Elbée le habian llevado herido á Neirmontiers, y Lescure iba moribundo detras del ejército con un balazo en la frente. Larochejacquelein era el único que quedaba, y á quien habian dado el mando general, teniendo á Stofflet, por segundo. Precisado el ejército á moverse ya, y á abandonar su país, hubiera debido desorganizarse; pero marchaba en confusion como una horda, llevando en medio á las mugeres, niños y carruages. En un ejército ordenado, los valientes, los cobardes, y los débiles, unidos unos con otros, permanecen necesariamente juntos y se sostienen mutuamente, bastando con que haya algunos hombres animosos para que infundan su energía á todos los demas; pero aquí por el contrario, ni se guardaban filas, ni se observaba la division

de compañías ó batallones, sino que cada uno iba con quien queria, y los mas valientes estaban juntos, formando un cuerpo de cinco ó seis mil hombres, dispuestos siempre á entrar en la lid los primeros. Detras iba la tropa menos fuerte, á propósito solo para decidir de una victoria acometiendo á los flancos de un enemigo, ya desordenado; y detras de estas dos masas, caminaba en pelotones la gente propuesta á huir al primer tiro. Por tanto, los treinta ó cuarenta mil hombres armados se reducían en rigor á algunos miles de valientes, inclinados siempre á batirse por temperamento. La falta de subdivisiones no dejaba formar destacamentos, destinar un cuerpo á tal ó tal punto. Seguían los unos á Larochejacquelein, los otros á Stofflet, y á nadie mas, y era imposible dar órdenes, pues lo único que podía conseguirse, era que siguiesen á una señal cualquiera. Stofflet contaba solo con algunos paisanos apasionados, que comunicaban á sus camaradas lo que él queria, y apenas se contaban doscientos malos ginetes, y unas treinta piezas de cañon mal servidas y acondicionadas. Los bagajes entorpecían la marcha; las mugeres y ancianos, procuraban resguardarse en medio de los mas valientes, y llenando sus filas, estorbaban sus movimientos. Empezaban tambien los soldados á desconfiar de los oficiales, diciendo que querían llegar al Océano para embarcarse, y abandonar á los infelices paisanos que habian salido de su país. El consejo, cuya autoridad era enteramente ilusoria, se hallaba dividido; los clérigos se mostraban descontentos de los gefes militares; finalmente nada hubiera sido mas fácil que destruir semejante ejército, si entre los republicanos hu-

biese habido menos desorden por el mando.

Era pues, imposible que los vendeanos concibiesen ni ejecutasen plan alguno. Veinte y seis dias habian trascurrido desde que dejaron el Loira, y nada absolutamente habian hecho en tanto tiempo, hasta que al fin resolvieronse á tomar una determinacion, no sin haber luchado antes con muchas y penosas incertidumbres. Decianles por una parte que Rennes y San Maló estaban guardados por considerables tropas; por otra que Cherburgo estaba muy defendido por la parte de tierra; y entonces se determinaron á sitiar á Granville, situada á orillas del Océano, entre la punta de Bretaña y la de Normandia; proyecto que tenia la ventaja de aproximarlos á esta última provincia, que les habian pintado muy fértil y abastecida. Dirigieronse por consecuencia á Fougères, y aunque en el camino se les reunieron quince ó diez y seis mil hombres del alistamiento, se dispersaron sin tirar un tiro. Los vendeanos pasaron á Dol el 10 de noviembre y el 12 á Avranches.

El 14 de noviembre (24 de brumario) se encaminaron á Granville, dejando en Avranches la mitad de su gente y todos los bagages. Quiso hacer la guarnicion una salida; pero la rechazaron, y se metieron detras de ella en el arrabal que está delante de la plaza. La guarnicion tuvo tiempo de entrar y cerrar las puertas; pero el arrabal quedó en su poder, con lo que les era mucho mas fácil el ataque. Del arrabal pasaron á las empalizadas que acababan de construirse, y sin procurar quitarlas se contentaron con dirigir algunos tiros á la muralla, mientras desde ella les contestaban con balas y metralla. Al mismo tiempo colocaron algunas pie-

zas en las alturas inmediatas, y bloquearon inútilmente la parte superior del muro y casas de la ciudad. Por la noche se esparcieron, abandonando el arrabal, donde les molestaba mucho el fuego de la plaza, y se fueron á buscar fuera del alcance de los cañones, alojamientos, víveres y lumbré principalmente, porque empezaban á sentir un frio intenso; los gefes apenas pudieron detener en el arrabal á algunos centenares de hombres para continuar el tiroteo.

Al dia siguiente conocieron mas palpablemente que no les era posible tomar una plaza cerrada: pues aunque construyeron algunas baterias no produjeron la menor utilidad. Tirotearon de nuevo las empalizadas, pero no tardaron en quedar desanimados. Uno de ellos imaginó aprovecharse de la marea, para atravesar la playa, y tomar la ciudad por la parte del puerto; y ya se estaban preparando á esta nueva tentativa, cuando los representantes encerrados en Granville incendiaron el arrabal, y los vendeanos se vieron precisados entonces á evacuarle, y á tratar de retirarse. No volvieron á acordarse de la tentativa por la parte del puerto, y al dia siguiente se volvieron todos á Avranches para reunirse con el resto de su gente y con los bagages. Desde entonces fué estrechado su desaliento, quejándose mas amargamente que nunca, de los gefes que les habian sacado de sus casas, y querian abandonarlos, pidiendo á gritos retroceder al Loira. En vano Larochejacquelein, procuró al frente de algunos valientes, hacer otra tentativa para introducirlos en Normandia; en vano se dirigió contra Ville-Dieu y se apoderó de él, pues apenas quisieron seguirle unos mil hombres. Los res-

tantos volvieron á encaminarse hácia la Bretaña, marchando á Pontorson por donde habian llegado y se apoderaron del puente de Beaux, sobre el rio Selune, cuyo paso era indispensable para llegar á Pontorson.

Mientras esto sucedia en Granville, se habia reorganizado en Angers el ejército republicano; y no bien se pasó el tiempo preciso para tomar un poco de descanso, cuando se le condujo á Rennes para reunirlo á los seis ó siete mil hombres del ejército de Brest, mandados por Rossignol. Allí acordaron en un consejo de guerra, el modo de seguir persiguiendo á la columna vendeana. Chalbos que estaba enfermo, obtuvo permiso de retirarse á la espalda para atender á su salud, y Rossignol recibió de los representantes, el mando en jefe del Oeste y del de Brest, cuyo total ascendía á veinte ó veinte y un mil hombres. Resolvióse que estos dos ejércitos pasáran inmediatamente á Antrain; que el general Tributout que se hallaba en Dol con tres ó cuatro mil hombres, se trasladase á Pontorson, y que el general Sepher, que tenia seis mil soldados del ejército de Cherburgo, siguiese por detras á la columna vendeana. De esta manera colocado entre el mar, el punto de Pontorson, el ejército de Antrain, y Sepher que llegaba á Avranches, pronto debia quedar cercada y destruida la columna.

Efectuábanse todas estas disposiciones en el momento mismo en que los vendeanos salian de Avranches, y se apoderaban del puente de Beaux para trasladarse á Pontorson: esto es el 18 de noviembre (28 de brumario). El general Tributout, charlatán sin conocimiento de la guerra, no tenia que

hacer otra cosa para guardar á Pontorson que ocupar un estrecho paso, atravesando un pantano que cubria el pueblo, y que no podia evitarse. Con tan ventajosa posicion podia hacer que los vendeanos no adelantasen un solo paso; pero apenas descubrió al enemigo, cuando abandonó el desfiladero y marchó adelante. Animados los vendeanos por la toma del puente de Beaux, le acometieron denodadamente, le obligaron á retroceder, y aprovechándose del desorden de su retirada, se lanzaron tras él, en el paso que atravesaba el pantano, y se apoderaron así de Pontorson, adonde nunca hubieran debido acercarse.

Gracias á este error imperdonable, tuvieron los vendeanos un inesperado camino. Podian marchar hácia Dol; pero desde aquí tenían que dirigirse á Antrain, y arrojar el cuerpo del grande ejército republicano; sin embargo abandonaron á Pontorson, y se adelantaron hácia Dol, perseguidos por Westermann que tan arrebatado como siempre, arastró consigo á Marigny con sus granaderos, y se atrevió á seguirlos hasta Dol con una simple vanguardia.

Les alcanza en efecto y les hace entrar precipitadamente en la ciudad; pero no tardaron en reponerse los fugitivos y saliendo de Dol cargaron con tal vigor á la vanguardia republicana, que la hicieron retirarse á gran distancia.

Kleber que dirigia siempre el ejército con sus consejos, aunque fuese otro el jefe, propuso para completar la destruccion de la columna vendeana, sitiaria y hacerla morir de hambre, de enfermedades y de miseria. Desbandábanse tan frecuentemente las tropas republicanas, que el atacar á viva fuer-

za era esponerse á un riesgo; mas por el contrario fortificando á Antrain, Pontorson y á Dinan, se cerraba á los vendeanos entre el mar y tres puntos inespugnables; y acosándoles diariamente por Westermann y Marigny, no podia menos de destruirseles. Los representantes aprueban este plan y se dan las órdenes oportunas, pero de repente llega un oficial de Westermann y dice que si quiere ayudar a su general y atacar á Dol por la parte de Antrain, mientras él acometerá por el lado de Pontorson, se concluye el *ejército católico* y queda perdido para siempre. Los representantes se entusiasman al oír esta proposición. Prieur del Marne, tan acalorado como Westermann, hace variar el plan acordado antes, y se decide que Marceau á la cabeza de una columna, marche hácia Dol en union con Westermann. Este, el 21 por la mañana se dirige á Dol, yendo con tal impaciencia que no trata de averiguar si la columna de Marceau que debía llegar de Antrain, se halla ya en el campo de batalla, y acomete con la mayor celeridad. El enemigo le recibe con sus terribles fuegos; Westermann estienda su infantería y gana terreno; pero empiezan á escasear los cartuchos, y se vé obligado á hacer un movimiento retrógrado yendo á colocarse sobre un collado. Aprovechándose de esto los vendeanos, y arrojándose sobre su columna, la dispersan. Al mismo tiempo llega por fin Marceau á la vista de Dol; reúnen contra él los vencedores vendeanos; resiste con heroico denuedo todo el día, y consigue sostenerse en el campo de batalla; pero su posición es mas arriesgada, y pide á Kleber consejos y auxilios. Llega éste y le aconseja que ocupe una posición retrógrada, á la verdad; pero muy fuer-

te, en las inmediaciones de Trans. Todavía se titubea en seguir su dictámen, cuando se presentan los tiradores vendeanos, y hacen retroceder á las tropas. Dispérsanse al momento, pero las reúnen bien pronto en la posición indicada por Kleber, que reproduce entonces el primer plan que habia propuesto, y que consistia en fortificar á Antrain. Se adopta de nuevo, pero no se quiere volver á Antrain, sino permanecer en Trans y fortificarse en él para estar mas cerca de Dol. La inconstancia que presidia á todas las resoluciones, hace que se varie otra vez repentinamente de dictámen, resolviéndose de nuevo á la ofensiva; á pesar de la experiencia del día anterior. Envían refuerzo a Westermann, mandándole que ataque por su parte mientras el grueso del ejército lo verificará por la parte de Trans.

En vano hace presente Kleber que las tropas de Westermann, desmoralizadas por el suceso de la vispera, no harán nada; los representantes insisten y se resuelve el ataque para el siguiente día. Llega este y se procede al movimiento. Westermann y Marigny son sorprendidos y atacados por el enemigo, y las tropas, aunque ayudadas con un refuerzo, se dispersan. Esfórzase los generales por contenerlas, y aunque consiguen reunirse algunos valientes á su alrededor, son inmediatamente derrotados. Los vendeanos vencedores, abandonan este punto y pasan á su derecha contra el ejército que se adelataban por la parte de Trans.

Mientras acababan de obtener esta ventaja y se preparaban á conseguir otra, los habitantes de Dol que aun no habian salido a la refriega, se alarman al ruido de los cañonazos, y las mugeres, ancian-

nos y niños, corren por todas partes y huyen hacia Dinan y hacia el mar. Los clérigos con los cristos en las manos hacian vanos esfuerzos para aquietarles; Stofflet y Larochejacquelein corrian por todos lados para conducirlos al combate. Logróse por fin reunirlos y llevarlos al camino de Trans, imitando á los valientes que les habian precedido.

No menos confusion reinaba en el ejército principal de los republicanos. Rossignol y los representantes querian mandar á un tiempo y no podian ni entenderse ni hacer nada. Kleber y Marceau, devorados de pesar, se habian adelantado para reconocer el terreno y oponerse á los esfuerzos de los vendeanos. Al llegar el primero delante del enemigo, quiere desplegar la vanguardia del ejército de Brest; pero se dispersa al primer tiro, y entonces hace avanzar á la brigada Canuel, compuesta en gran parte de batallones maguncianos, los cuales, fieles á su antiguo denuedo, resisten durante todo el dia, y permanecen solos en el campo de batalla, abandonados de las demas tropas; pero la columna vendeana que habia derrotado á Westermann, les coge por el flanco, y les obliga á retirarse. Los vendeanos se aprovechan de esta ventaja, y los persiguen hasta el mismo Antrain, y siendo preciso abandonar este punto, se retira á Rennes todo el ejército republicano.

Entonces debió conocerse lo cuerdo del dictamen de Kleber. Rossignol, en uno de aquellos generosos ímpetus de que era capaz, y á pesar de su resentimiento contra los generales maguncianos, se presentó en el consejo de guerra con un papel que contenia su dimision. «Yono soy capaz, dijo, demandar un ejército. Que me den un batallon y cum-

«pliré con mi deber; pero no soy apto para el mando en gets. Aquí está mi dimision, y el que la «rehuse es enemigo de la república.»—«Nada de «dimision! responde Prieur del Marne, tú eres el «primogénito de la junta de salvacion pública. Te «daremos generales que te aconsejen y que res- «pondan por ti de los acontecimientos de la guer- «ra.» Sin embargo, Kleber, afligido al ver tan mal conducido el ejército, propuso un plan, el único para restablecer el estado de los negocios, pero poco acomodado á las disposiciones de los representantes. Es preciso, les dice, dejar el mando general á Rossignol, nombrar un comandante general de las tropas, otro de caballeria y otro de artilleria. Adoptan su proposicion, y tiene el suficiente valor para proponer á Marceau comandante general de las tropas, á Westermann de la caballeria, y á Debilly para la artilleria; todos tres sospechosos como individuos de la faccion magunciana. Disputan un momento sobre los individuos, y despues ceden al ascendiente de este hábil y generoso militar, que amaba la república, no por exaltacion de ideas, sino por naturaleza, que servia con una fidelidad y desinterés admirables, y tenia en sumo grado el entusiasmo y el genio de su profesion. Kleber habia hecho nombrar á Marceau, porque disponia de este valiente jóven, y estaba seguro de todo su afecto, esperando ademas que si Rossignol permanecia en la nulidad, todo lo dirigiria él mismo, y terminaria felizmente la guerra.

Reunióse la division de Cherburgo, que habia llegado de Normandia, á los ejércitos de Brest y del Oeste, y se abandonó á Rennes para trasladarse á Angers, por donde los vendeanos procuraban

pasar el Loira. Estos, despues de haber hallado arbitrio para su regreso por medio de sus dos victorias en el camino de Pontorsou y en el de Antrain, determinaron volverse á su pais. Pasaron sin disparar un tiro por Fougeres y Laval, y trataron de apoderarse de Angers para atravesar el Loira por el puente de Cé; pues la última esperiencia que habian hecho en Granville no les habia persuadido aun de que no podian tomar plazas cerradas. Se introdugeron el 3 de diciembre en los arrabales de Angers, y empezaron á hacer fuego contra el frente de la plaza. Continuaron al siguiente dia, pero por mucho que fuese su denuedo para abrirse paso hácia su pais, del cual solo estaban separados por el Loira, renunciaron muy pronto á esta esperanza. Acabó de desanimarlos y hacerles abandonar su empresa la vanguardia de Westermann que llegó el mismo dia 4; por lo cual emprendieron la marcha, subiendo el Loira, sin saber por dónde podrian pasar. Unos pensaban llegar hasta Saumur, otros hasta Blois, pero mientras se resolvian, llegó Kleber con su division por la calzada de Saumur, y les obligó á internarse de nuevo en Bretaña. Otra vez se veian estos infelices faltos de víveres, de zapatos y de carruages para conducir sus familias, acometidas de una enfermedad epidémica, vagando de nuevo por Bretaña, sin encontrar un asilo ni una salida por donde salvarse. Llenaban los caminos con sus despojos, y en el campamento frente á Angers se hallaron mugeres y niños muertos de hambre y de frio. Empezaban á crecer ya que la Convencion solo aborrecia á sus gefes, y muchos arrojaban sus armas y huian en secreto atravesando los campos. Ponderáronles finalmente á

Mans, la abundancia que alli encontrarian, y la indole de sus habitantes, y se decidieron á dirigirse á aquella parte. Atravesaron La Fleche, de que se apoderaron, y entraron en Mans despues de una ligera escaramuza.

Seguiales el ejército republicano, entre cuyos generales se habian suscitado nuevas quejas. Kleber habia intimidado á los discolos con su carácter, haciendo que los representantes enviasen á Rosignol á Rennes con su division del ejército de Brest. Un acuerdo de la junta de salvacion pública dió entonces á Marceau el titulo de general en jefe destituyendo á todos los generales maguncianos, aunque dejó facultad á Marceau para servirse de Kleber interinamente. Marceau declaró que no tomaba el mando si Kleber no estaba á su lado para disponerlo todo. «Acepta este titulo, dijo Marceau á Kleber, cargo con los disgustos y la responsabilidad, y te dejo á ti el verdadero mando y los medios de salvar el ejército.—Tranquilízate, amigo mio, le contestó Kleber: nosotros nos batiremos y pararemos juntos en la guillotina.»

En consecuencia se pusieron inmediatamente en marcha, y desde entonces se condujo todo con unidad y firmeza. La vanguardia de Westermann llegó á Mans el 12 de diciembre, y al punto atacó á los vendeanos. Introdujose el desorden en ellos; pero se colocaron delante del pueblo algunos miles de valientes conducidos por Larochejacquelein, y obligaron á Westermann á retirarse hácia donde llegaba Marceau con una division. Kleber estaba aun á la espalda con el resto del ejército, y Westermann queria atacar inmediatamente, aunque fuese de noche; pero titubea Marceau, que aun-

que arrebatado por su carácter ardiente, temia le reprendiese Kleber, cuyo frio y sereno valor no le dejaba nunca precipitarse; arrastrado al fin por Westermann se resuelve y acomete a Mans. Tocan á rebato, se esparea la desesperacion por el pueblo; Westermann y Marceau, precipitándose entre las tinieblas de la noche, destruyen cuanto hallan al paso, y á pesar del terrible fuego de las casas, logran arrollar al mayor número de vendeanos en la plaza mayor del pueblo. Marceau hace tomar á derecha é izquierda las calles que daban á esta plaza, y sitia de esta manera á los vendeanos. Sin embargo, su posicion era muy peligrosa, porque metido en un pueblo enmedio de la noche, pudiera haber sido rodeado y envuelto. Envio, pues, aviso á Kleber para que acudiese cuanto antes con su division; llega este al rayar el dia, y habiendo huido la mayor parte de los vendeanos, solo quedaban los mas valientes para proteger la retirada; pero se les carga á la bayoneta, se les deshace y dispersa, y empieza en todo el pueblo una matanza horrible.

Jamás hubo derrota mas sangrienta. Un número considerable de mugeres que quedaron rezagadas, fueron hechas prisioneras. Marceau salvó á una jóven que habia perdido á sus padres, y que pedia en su desesperacion la diésen muerte. Era modesta y bella, y Marceau, lleno de atencion y delicadeza, la colocó en su carruaje, respetándola y poniéndola en un sitio seguro. Los campos estaban cubiertos á lo lejos con los restos de este terrible destrozo. Westermann infatigable, acosaba á los fugitivos, y sembraba el camino de cadáveres. No sabiendo dónde refugiarse los desgraciados,

entran en Laval por tercera vez y volvieron á salir para dirigirse de nuevo al Loira. Quisieron repararle por Ancenis, y Larochejacquelein y Stofflet pasaron á la otra orilla para ir, segun dijeron, á coger barcas y conducir las á la orilla derecha, pero no volvieron mas, aunque se asegura que les fue imposible verificarlo. No pudo, pues, efectuarse el paso, y la columna vendeana, privada de la presencia y apoyo de sus dos gefes, continuó el Loira abajo, siempre perseguida, y buscando un paso inútilmente. Desesperada al fin, y no sabiendo dónde dirigirse, resolvió huir hacia el extremo de Bretaña, en el Morbihan, y despues se trasladó á Blain, donde aun consiguió una ventaja con la retaguardia, y desde Blain á Savenay, desde cuyo punto esperaba introducirse en el Morbihan.

Siguióla sin descanso los republicanos, y llegaron á Savenay la tarde del mismo dia en que llegó aquella. Tenia Savenay el Loira á la izquierda, á la derecha unas lagunas, y un bosque por delante. Conoció Kleber lo importante que seria ocupar aquel mismo dia el bosque y posesionarse de todas las alturas para destruir al dia siguiente á los vendeanos en Savenay, antes que tuviesen tiempo de salir de este punto. Destacó, en efecto, la vanguardia contra ellos, y aprovechándose del momento en que los vendeanos salian del bosque para rechazarla, se arrojó audazmente hacia aquel punto con un cuerpo de infanteria, y los desalojó sin tardanza. Entonces huyeron á Savenay, y se encerraron alli; no cesando, sin embargo, de hacer un fuego sostenido en toda la noche. Westermann y los representantes proponian atacar inmediatamente para destruirlo todo en aquella noche

misma; pero Kleber que no queria perder una victoria segura por una falta, declaró resueltamente que no se atacaria, y despues retirándose con imperturbable sangre fria, dejó que hablasen de él sin responder á ninguna injuria. Con esto estorbó toda especie de movimiento. Al dia siguiente 23 de diciembre no habia aun rayado la aurora cuando estaba á caballo con Marceau, recorriendo su linea. Entretanto, desesperados los vendeanos, y no queriendo sobrevivir á la jornada; se arrojan los primeros á los republicanos. Marceau marcha con el centro, Canuel con la derecha, y con la izquierda Kleber, precipitándose todos y arrollando á los vendeanos. Marceau y Kleber se reunen en el pueblo, se apoderan de cuanta caballeria encuentran, y emprenden su marcha en pos de los vendeanos. El Loira y las lagunas impedian retirarse á estos infelices, una multitud de ellos quedaron inmolados en las puntas de las bayonetas, otros prisioneros, y apenas hubo quien hallase un medio para salvarse; —la columna quedó enteramente destruida y terminada en realidad la gran guerra de la Vendée.

De suerte que aquella desgraciada gente, sacada de su pais por la imprudencia de sus gefes, y reducida á buscar un puerto para refugiarse con los ingleses, tocó inútilmente á la orilla del Occéano, y no habiendo podido tomar á Granville, se dirigió al Loira; no pudo volver á pasarle; fué echada otra vez á Bretaña, y otra de aqui al Loira; hasta que al fin, no pudiendo salvar esta fatal barrera, acababa de fenecer toda entre Savenay, el Loira y unas lagunas. Se encargó á Westermann con su caballeria que persiguiese los fugitivos restos de la Vendée; Kleber y Marceau se volvieron á Nan-

tes; y recibidos por el pueblo de esta ciudad, obtuvieron una especie de triunfo, y fueron premiados por el club jacobino con una corona civica.

Si se considera en general esta memorable campaña de 93, no se podrá menos de tenerla como el mayor esfuerzo que ha podido hacer jamás una sociedad amenazada. En el año de 1792 la liga que aun no se habia completado, obró sin union y sin vigor. Los prusianos intentaron en Champaña una invasion ridicula; los austriacos se limitaron en los Países-Bajos á bombardear la plaza de Lila; y los franceses, en el primer impetu, rechazaron á los prusianos mas alla del Rin, á los austriacos al otro lado del Mosa, y conquistaron los Países-Bajos, Maguncia, la Savoya y el condado de Niza. El grande año 93 se empezó de muy distinto modo. La liga se aumentó con tres potencias que habian permanecido hasta entonces neutrales. La España, apurada por el 24 de enero, habia colocado al fin cincuenta mil hombres en los Pirineos; la Francia habia obligado á Pitt á declararse; y la Inglaterra y la Holanda entraron á un mismo tiempo en la liga, que era bastante numerosa, y que mas persuadida de los medios con que contaba el enemigo, aumentaba sus recursos y se preparaba á un esfuerzo decisivo. Asi es que la Francia, como en el reinado de Luis XIV, tenia que defenderse contra la Europa toda, y esta vez no se atrajo esta multitud de enemigos por su ambicion, sino por la justa ira que les inspiró la intervencion de las potencias en sus asuntos interiores.

Desde el mes de marzo principió Dumouriez con el rasgo temerario de querer invadir la Holanda, metiéndose en unos barcos. Coburgo sorprendió

al mismo tiempo á los subalternos de Dumouriez, los arrojó al otro lado del Mosa, y le obligó á ponerse á la cabeza de su ejército. Dumouriez se vio precisado á dar la terrible batalla de Neerwinden, la cual estuvo para ganarse, cuando cedió el ala izquierda y repasó el Gette; fué preciso batirse en retirada, y perdimos la Bélgica en pocos dias. Entonces los descalabros agriando los ánimos, se estrelló Dumouriez con su gobierno y se pasó á los austriacos. En el mismo instante balido Custine en Francfort, llevado al Rin y separado de Maguncia, dejaba sitiar esta famosa plaza á los prusianos, y comenzar el bloqueo; los piemonteses nos rechazaban en Saorgio, los españoles cubrían los Pirineos; y finalmente las provincias del Oeste, privadas de sus curas, y exasperadas con el levantamiento de trescientos mil hombres, acababan de revelarse en nombre del altar y del trono. Al mismo tiempo la Montaña furiosa por la desercion de Dumouriez, por las derrotas sufridas en los Países-Bajos, en el Rin, en los Alpes, y especialmente por la sublevacion del Oeste, no guardó consideracion ninguna y lanzó violentamente á los girondinos del seno de la Convencion, rechazando de esta manera á todos los que podian hablarla aun de moderacion. Este nuevo esceso le acarreó nuevos enemigos. Sesenta y siete departamentos de ochenta y tres que eran, se levantaron contra aquel gobierno que tuvo que luchar entonces contra la Europa, la Vendée realista, y las tres cuartas partes de la Francia confederada. En esta época fué cuando perdimos el campamento de Fawars y al valiente Dampierre, se acabó el bloqueo de Valenciennes, se estrechó obstinadamente á Maguncia, los espa-

ñoles pasaron el Tech amenazando á Perpiñan, los vendeanos tomaron á Saumur y sitiaron á Nantes, y los federalistas se prepararon, saliendo de Lyon, Marsella, Burdeos y Caen, á arrojarse sobre Paris.

Desde todos estos puntos se podia intentar una atrevida empresa contra la capital, terminar la revolucion con algunas acciones, y paralizar la civilizacion europea por largo tiempo. Felizmente se sitiaron plazas; y puede recordarse con cuánta firmeza hizo entrar la Convencion en su deber á los departamentos, probándoles solo su autoridad, y dispersando á los imprudentes que se habian adelantado hasta Vernon; y con cuán buena suerte fueron rechazados de Nantes los vendeanos, y reprimidos en su victoriosa marcha. Pero mientras la Convencion triunfaba de los confederados, sus restantes enemigos habian hecho alarmantes progresos. Valenciennes y Maguncia fueron tomados despues de memorables sitios; la guerra de la confederacion produjo dos acontecimientos desastrosos, el sitio de Lyon, y la traicion de Tolon; finalmente, la misma Vendée aunque encerrada en el círculo del Loira, el mar y Poitou, por la dichosa resistencia de Nantes, acababa de rechazar las columnas de Westermann y Laharolliere, que habian querido penetrar en su seno. Nunca fué la situacion tan crítica. Los aliados no estaban ya detenidos con sitios en el Norte ni en el Rin; Lyon y Tolon brindaban á los piemonteses con sólidos apoyos; la Vendée parecia indomable, y ofrecia un punto de descenso á los ingleses; y entonces fué cuando la Convencion reunió en Paris á los empleados de las Asambleas primarias, les hizo jurar la constitucion del año III para que la defendiesen,

y decidió con ellos que toda la Francia, sus hombres y sus propiedades, quedaban á disposicion del gobierno. Decretóse entonces el alistamiento general, dividido por generaciones y la facultad de embargar cuanto fuese necesario á la guerra; instituyóse entonces el Gran-Libro, y el empréstito forzoso contra los ricos, para sacar de la circulacion parte de los asignados, y operar la salida forzosa de los bienes nacionales; entonces se encaminaron dos grandes ejércitos á la Vendée, dirigióse á ella en posta la guarnicion de Maguncia, y se resolvió quedase asolado este desdichado pais, y toda la poblacion trasladada á otra parte. Finalmente, entró Carnot en la junta de salvacion pública, y empezó á introducir orden y concierto en las operaciones militares.

Habiamos perdido el campamento de César, y Kilmaine, merced á una gloriosa retirada, salvó los restos del ejército del Norte. Los ingleses se habian dirigido á Dunkerque, sitiando esta plaza, mientras los austriacos atacaban el Quesnoy, y se mandó aceleradamente un ejército desde Lila á la espalda del duque de York. Si Houchard, que mandaba entonces sesenta mil franceses, hubiera comprendido el plan de Carnot, y marchado sobre Furnes, no se hubiera salvado un solo inglés. En vez de colocarse entre el cuerpo de observacion y el de sitio, emprendió una marcha directa, y decidió á lo menos el levantamiento del sitio, dando la feliz batalla de Hondtschoote. Esta batalla fué nuestra primera victoria, salvó á Dunkerque, privó á los ingleses de todo el fruto de esta guerra, y nos restituyó el regocijo y la esperanza.

Empero nuevos desastres trocaron bien pronto

esta alegría en alarmas nuevas. Los austriacos tomaron el Quesnoy; el ejército de Houchard concibió en Menin un terror pánico y se dispersó; los prusianos y austriacos, á quienes nada contenia ya desde la toma de Maguncia, se adelantaron por las dos vertientes de los Vosgos, amenazaban las líneas de Wissemburgo, y nos batieron en diversos encuentros. Los lyoneses resistian vigorosamente, y los piemonteses, recobrada la Savoya, habian bajado á Lyon para poner entre dos fuegos á nuestro ejército. Ricardo habia atravesado el Tet, y traspuesto á Perpiñan, y finalmente, la division de las tropas del Oeste en dos ejércitos, el de la Rochela y el de Brest, habia frustrado el éxito del plan de campaña acordado en Saumur el 2 de setiembre. Mal apoyado Canelaux por Rossignol, se halló indefenso en el seno de la Vendée, replegándose sobre Nantes. Entonces se hicieron nuevos esfuerzos: completose y se proclamó la dictadura por creacion del gobierno revolucionario; proporcionóse al peligro el poder de la junta de salvacion pública, se hicieron los levantamientos, y se llenaron los ejércitos con multitud de quintos. Los recién llegados ocuparon las guarniciones, y dejaron llevar á las líneas las tropas organizadas. Finalmente, la Convencion mandó á los ejércitos que venciesen en un tiempo dado.

Las providencias que tomó ésta produjeron sus inevitables efectos. Reforzados los ejércitos del Norte, se concentraron en Lila y en Guisa. Los aliados habian pasado á Maubeuge para tomarle antes de terminarse la campaña. Jourdan, que salió de Guisa, trabó con los austriacos la batalla de Wagnies, é hizo levantar el sitio de Maubeuge,

como Houchard habia hecho levantar el de Dunkerque. Los piemonteses fueron arrojados por Kellermann mas allá de San Bernardo: Lyon, inundado de levantamientos generales, fué ganado por asalto; Ricardos rechazado mas allá del Tet; y finalmente, los dos ejércitos de la Rochela y Brest, reunidos bajo un solo gefe, Lechelle, que dejaba mandar á Kleber, derrotaron á los vendeanos en Chollet y les precisaron á pasar desordenadamente el Loira.

Una sola desgracia turbó el gozo que debian causar estos acontecimientos y fué la pérdida de las líneas de Wissemburgo; pero la junta de salvacion pública no quiso que se terminase la campaña antes de que se recobraran. El jóven Hoche, general del ejército del Mosela, desgraciado, pero valiente en Kayserslautern, fué recompensado, aunque batido. No habiendo podido desmembrar á Brunswick, se dirigió contra el flanco de Wurmsers, y desde entonces los dos ejércitos del Rin y del Mosela reunidos, rechazaron á los austriacos mas allá de Wissemburgo, obligando á Brunswick á seguir este movimiento retrógrado, levantando el sitio de Landau, y acampando en el Palatinado. Recobróse Tolon por una feliz ocurrencia y una prodigiosa osadía; y en fin, los vendeanos, á quienes se creia destruidos, pero que en su desesperacion habian pasado en número de ochenta mil personas mas allá del Loira, y buscaban un puerto para entregarse á los ingleses, fueron lanzados de las orillas del Océano y el Loira, y destruidos entre dos barreras que nunca pudieron salvar. Solo en los Pirineos habian sido desgraciados nuestros ejércitos; pero no habíamos perdido mas que la li-

nea del Tech, y acampábamos todavia á la vista de Perpiñan.

De esta suerte, aquel año grande y glorioso nos presenta á la Europa oprimiendo á la revolucion contodo su peso, haciéndola espiar sus primeros triunfos de 92, obligando á retroceder á sus ejércitos, penetrando por todas las fronteras á un mismo tiempo; y parte de la Francia, sublevándose y reuniendo sus esfuerzos á los de las potencias enemigas. Irritase entonces la revolucion y hace estallar su cólera el 31 de mayo, se grangea en este dia nuevos enemigos, y parece dispuesta á sucumbir á la Europa y á las tres cuartas partes de sus provincias sublevadas. Pero pronto hace que sus enemigos interiores entren en su deber; presenta un millon de hombres de una vez; derrota á los ingleses en Hondtschoote, y es nuevamente batida; pero duplicando sus esfuerzos gana una batalla en Watignies, recobra las líneas de Wissemburgo, echa á los piemonteses mas allá de los Alpes, toma á Lyon y á Tolon, y derrota dos veces á los vendeanos, la primera en la Vendée, y la segunda y última en la Bretaña. Nunca se ofreció espectáculo mas grande y digno de que le admiren é imiten los pueblos. La Francia habia recobrado todo cuanto perdió, menos Condé, Valenciennes y algunos fuertes del Rosellon. Por el contrario las potencias de Europa, habiendo batallado juntas y contra una sola, nada alcanzaron y andaban reconviniéndose mutuamente, y echándose en cara unas á otras la mengua de la campaña. La Francia acababa de organizar sus recursos, y debia aparecer mucho mas formidable al año siguiente.

CAPITULO IX.

Continuacion de la lucha de los hebertistas y de los dantonistas.—

Camilo Desmoulins publica el *antiguo franciscano*.—Colócase la junta entre los dos partidos, y se propone desde luego reprimir á los hebertistas.—Escasez en Paris.—Informes importantes de Robespierre y Saint-Just.—Movimiento intentado por los hebertistas.—Arresto y muerte de Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette, Momoro etc.—La junta de salvacion pública impone el mismo castigo á los dantonistas.—Arresto, causa y suplicio de Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux, Lacroix, Herault-Secheilles, Fabre-d'Eglantine, Chabot, etc.

Habia principiado la Convencion á ejercer algunos rigores con la faccion turbulenta de los franciscanos y con los agentes ministeriales, y daban una prueba de ello en las prisiones Ronsin y Vincent. Empero los partidarios de estos nodescansaban por fuerza, puesto que Momoro en los franciscanos y Hebert en los jacobinos se esforzaban para mover en favor de sus amigos el interés de los revolucionarios. Los franciscanos hicieron una peticion, y con tono poco respetuoso, preguntaron si se queria castigar á Vincent y á Ronsin por haber perseguido esforzadamente á Dumouriez, Custine y Brissot; declarando que miraban á estos dos ciudadanos como excelentes patriotas, y que los conservarían siempre como miembros de su sociedad. Los jacobinos presentaron otra peticion mas co-

medida, limitándose á pedir que se activase el informe sobre Vincent y Ronsin, para castigarlos si eran culpables, y si inocentes, ponerlos en libertad.

La junta de salvacion pública continuaba guardando silencio, y solo Collot-d'Herbois, aunque individuo de la junta, y partidario rendido del gobierno, manifestó el mayor celo á favor de Ronsin. El motivo era natural, pues si bien la causa de Vincent le era casi extraña, no así la de Ronsin enviado á Lyon con él, y ademas ejecutor de sus disposiciones sangrientas. Collot-d'Herbois habia sostenido con Ronsin que solo unos cien lyoneses eran patriotas; que se debían deportar ó sacrificar á los demas; cubrir el Ródano de cadáveres, estremecer á todo el Mediodia con este espectáculo, y aterrar á la ciudad rebelde de Tolon. Ronsin estaba preso por haber repetido estas terribles expresiones en un cartel. Collot-d'Herbois, llamado para dar cuenta de su comision, tenia el mayor interés en justificar la conducta de Ronsin, para que aprobasen la suya. Llegó en este tiempo una peticion firmada por varios ciudadanos lyoneses, que hacian la pintura mas espantosa de los males de su capital. Manifestaban las descargas de metralla, alternando con las ejecuciones de la guillotina; una poblacion entera amagada con el estermínio, y una ciudad rica y fabril demolida no con el pico, sino con las minas. Esta peticion, que tuvieron el valor de firmar cuatro ciudadanos, causó una impresion dolorosa en la Convencion. Collot-d'Herbois se apresuró á dar su informe, y en su embriaguez revolucionaria, presentó estas ejecuciones terribles como se ofrecian á su propia

imaginacion, es decir, como muy naturales é indispensables. «Los lyoneses, dijo, estaban vencidos, pero decian con insolencia, que pronto se desquitarian; por lo cual era necesario amedrentar á aquellos rebeldes, todavia indómitos, con un ejemplo pronto y terrible, y con ellos á todos los que quisiesen imitarlos. El instrumento ordinario de muerte, no obraba con presteza, y el pico demolió lentamente. La metralla ha destruido á los hombres, la mina á los edificios: todos los que han muerto, habían lavado sus manos en la sangre de los patriotas; una comision popular les iba cogiendo con solo clavar la vista entre los que estaban presos, y no hay por qué condolerse de ninguno de los que han perecido.» Collot-d'Herbois obligó á la Convencion, atónita, á aprobar cuanto á él le parecia tan natural; y acudió en seguida á los jacobinos para lamentarse con ellos del trabajo que le habia costado justificar su conducta, y de la compasion que habían inspirado los lyoneses. «Esta mañana, dice, he tenido necesidad de valerme de circunloquios, para que se aprobase la muerte de los traidores. Lloraban preguntando si habían muerto al primer golpe. — ¡Al primer golpe los contrarrevolucionarios! ¿Y Chahier, murió al primer golpe?... * ¡Os estais informando, decia yo á la Convencion, cómo han muerto aquellos hombres manchados con la sangre de nuestros hermanos! ¡Si no hubieran muerto, no estariis deliberando aquí!... ¡Pero qué! ¡Apenas escuchaban este lenguaje! ¡No podian oir hablar de muer-

«tos; y no acertaban á librarse de sus sombras!» Pasando luego á Ronsin, dijo Collot-d'Herbois que este general habia participado de todos los peligros de los patriotas en el Mediodia, que habia arrojado con él los puñales de los aristócratas, y desplegado la mayor firmeza para hacer respetar la autoridad de la república; y que en aquel momento todos los aristócratas se complacian con su arresto, y en él veian un motivo de esperanza para ellos. ¿Qué es lo que ha hecho Ronsin para que le arresten? Añadia Collot. Lo he preguntado á todo el mundo, pero nadie me responde. El dia siguiente, volviendo Collot á la carga, fué á anunciar la muerte del patriota Gaillard, el cual viendo que la Convencion manifestaba desaprobacion la energía desplegada en Lyon, se habia dado la muerte. «Os engañaba yo, exclamó Collot, cuando os dije que los patriotas iban á quedar reducidos á la desesperacion, si el espíritu público llegaba á debilitarse aquí?»

Así es que mientras dos gefes de los ultrarrevolucionarios estaban presos, sus partidarios se agitaban y movian en su favor. Los clubs y la Convencion estaban llenos de peticiones por ellos, y un individuo de la junta de salvacion pública, comprometido en su sistema sanguinario, los defendia para resguardarse á si mismo. Sus contrarios empezaban por su parte á emplear la mayor energía en sus ataques. Philipeaux, vuelto de la Vendée y lleno de indignacion contra el estado mayor de Saumur, queria que la junta de salvacion pública, participando de su cólera, persiguiese á Rossignol, á Ronsin y á otros, y viese una traicion en la pérdida del plan de campaña del 2 de setiembre. Ya

* Este montañés, condenado por los federalistas lyoneses, fué mal ejecutado por el verdugo, quien tuvo que repetir el golpe por tercera vez para derribarle la cabeza.

se ha visto cuántos cargos recíprocos habia, asi como equivocaciones y antipatías de carácter, en la conducta de aquella guerra. Rossignol y el estado mayor de Saumur, se habian mostrado incómodos, mas no traidores; la junta, al desaprobálos, no podia imponerles una condena que fuera injusta, y antipolitica. Robespierre hubiera querido que se esplicasen amistosamente; pero impaciente Philippeaux, escribió un folleto virulento en donde refirió toda la guerra, y mezcló muchos errores con verdades. Este escrito debia producir la sensacion mas viva, porque atacaba á los revolucionarios mas pronunciados, acusándoles de traiciones afrentosas. «¿Qué ha hecho Ronsin, decia Philippeaux, sino intrigar, robar y mentir descaradamente? Su única expedicion es la del 18 de setiembre, en que hizo que tres mil foragidos cabrumasen á cuarenta y cinco mil patriotas; aquella fatal jornada de Coron, donde despues de haber colocado nuestra artilleria en un desfiladero encabezando una columna de seis leguas de flanco, se mantuvo escondido en una caballeriza como un cobarde miserable y picaro, á dos leguas del campo de batalla, en donde sus propios cañones estaban fulminando contra nuestros infelices compañeros.» Como se está viendo, no eran muy comedidas las espresiones empleadas en el escrito de Philippeaux; pero desgraciadamente la junta de salvacion pública, á la cual hubiera debido poner de su parte, no estaba tratada con mayor miramiento. Descontento Philippeaux de ver que los demas no participaban de su indignacion, achacaba al parecer á la junta, parte de las culpas que vituperaba en Ronsin, y aun empleaba esta espresion

osensiva: *Si, solo habeis sido engañados...*

El escrito, como acabamos de decir, produjo una vivísima sensacion. Camilo Desmoulins no conocia á Philippeaux; pero satisfecho de ver que en la Vendée cometian los ultra-revolucionarios tantos desaciertos como en Paris, y no figurándose que la ira cegara á Philippeaux hasta el extremo de hacerle convertir los errores en traiciones, leyó su folleto con afan, admiró su valor, y llevado de su sencillez iba diciendo á todos: ¿habeis leído á Philippeaux?... leed á Philippeaux... Todos, segun él, debian leer aquel escrito, que probaba los peligros que habia corrido la república por el desacierto de los revolucionarios furibundos.

Mucho se querian Camilo y Danton, y entrambos opinaban que salvada ya la república con sus últimas victorias, era tiempo de poner término á crueldades inútiles en lo sucesivo, que prolongándolas mas tiempo comprometerian la revolucion, y que únicamente los estrangeros podian desear influir para que continuasen. Camilo ideó escribir un nuevo periódico con el titulo de *El Antiguo Franciscano*, porque Danton y él eran los decanos de aquel célebre club. Dirigió sus números contra todos los nuevos revolucionarios, que intentaban derribar y superar á los mas antiguos y acendrados. Nunca este escritor, el mas notable de la revolucion, y uno de los mas naturales y agudos de nuestro idioma, habia desplegado tanta gracia, originalidad, y aun elocuencia. Hé aqui como principiaba su número primero del 15 de frimario: «Oh Pitt! yo tributo homenaje á tu número! ¿Quiénes son esos nuevos franceses que acaban de desembarcar en Inglaterra para darte tan buenos con-

«sejos y medios tan seguros para perder á mi patria? Has conocido que eternamente te estrella-
«bas contra ella, si no te dedicabas á corromper la
«opinión pública, de los que cinco años hace, han
«desbaratado todos los proyectos. Has comprendi-
«do que necesitabas vencer á los que siempre te
«vencieron, y que era necesario hacer que los acu-
«sasen de corrupcion y de tibieza, por lo mismo
«que tu no has podido nunca ni entibiarlos ni cor-
«romperlos.»—«Hé abierto los ojos, añadía Des-
«moulin: he visto el número de nuestros enemigos:
«su muchedumbre me arranca del cuartel de invá-
«lidos, y me conduce á la pelea. Es menester es-
«cribir, es menester abandonarel pausado lápiz de la
«historia de la revolucion, que yo delineaba junto á
«la lumbre, para volver á tomar la pluma rápida y
«afanosa del periodista, y seguir á escape el tor-
«rente revolucionario: diputado consultante, con
«quien nadie consultaba desde el 30 de junio, salgo
«de mi gabinete y de mi asiento, en donde he te-
«nido tiempo de observar detenidamente el nuevo
«sistema de nuestros enemigos.»

Camille ensalzaba á Robespierre hasta los cie-
los por su conducta en los jacobinos, por los servi-
cios generosos que habia dispensado á los antiguos
patriotas, y en punto al culto y á las proscripcio-
nes, se espresaba del modo siguiente:

«Necesita el espíritu humano cuando se halla
«enfermo, un lecho rodeado de los sueños de la su-
«persticion: y al ver las fiestas, las procesiones que
«se instituyen, los altares y los sepulcros santos
«que se erigen, me parece que no se hace mas que
«mudar la cama al enfermo, quitándole únicamen-
«te la almohada de la esperanza de una vida veni-

«dera... En cuanto á mí, confieso que el dia en que
«vi á Gobel llegar á la barra con su doble cruz,
«que llevaban en triunfo delante del filósofo Ana-
«xágoras* dije para mis adentros: Si no fuese un
«crimen de lesa-Montaña el sospechar de un pre-
«sidente de los jacobinos y de un procurador del
«Ayuntamiento, como Clootz y Chaumette, me in-
«clinaria á creer que cuando Barrere publicó la
«gran noticia de que la Vendée ya no existia: el rey
«de Prusia esclamaría dolorosamente: todos nues-
«tros esfuerzos van á estrellarse contra la república,
«puesto que el núcleo de la Vendée está destruido; y
«que el diestro Luchisini le diria para consolarle:
«Héroe invencible, estoy ideando un recurso; déjame
«á mí. Pagaré algunos sacerdotes para que se decla-
«ren charlatanes, é inflamaré el patriotismo de los
«otros para que hagan igual declaracion. Hay en
«Paris dos patriotas famosos que serán muy propios
«por su ingenio, su exageracion y su conocido siste-
«ma religioso para secundarnos y recibir nuestros
«encargos. Solo se trata de que nuestros amigos en
«Francia, obren de acuerdo con los dos grandes filóso-
«fos Anacarsis y Anaxágoras, poniendo en movi-
«miento su bilis y destumbrando su cismo con la ri-
«ca conquista de las sacristias. (Espero que Chau-
«mette no se quejará de este número; pues el
«marques de Luchisini no puede hablar de él en
«términos mas honoríficos.) Anacarsis y Anaxágo-
«ras crearán empujar la rueda de la razon, cuando
«no será otra que la de la contrarevolucion; y luego,
«en vez de dejar morir en Francia de vejez y de
«cinaccion al papismo, muy próximo á dar el último

* Nombre que habia adoptado Chaumette.

«suspiro, os prometo que á fuerza de la persecucion y la intolerancia contra los que quisieren decir y oír misas, he de conseguir que vayan una multitud de esclavas á servir con Lescure y con Larrochejacquelein.»

Refiriendo en seguida Camilo lo que se practicaba en tiempo de los emperadores romanos, y aparentando dar un mera traduccion de Tácito, hizo una alusion terrible á la ley de los sospechosos. «Antiguamente, dice, habia en Roma, segun refiere Tácito, una ley que especificaba los delitos de estado y de lesa-magestad, é imponia pena capital. Estos delitos de lesa-magestad se reducian en tiempos de la república, á cuatro clases: si se habia abandonado un ejército en pais enemigo; si se habian provocado sediciones; si los individuos de los cuerpos constituidos habian administrado mal los negocios ó los caudales públicos, y si la magestad del pueblo romano habia quedado mancillada. Los emperadores no necesitaron mas que algunos artículos añadidos á esta ley, para envolver á ciudadanos y ciudades enteras en la proscripción. Augusto fué el primero que amplió esta ley de lesa-magestad, comprendiendo en ella los escritos que llamaba contrarevolucionarios. Muy luego estas ampliaciones no tuvieron límites; pues hasta las palabras llegaron á ser crímenes de Estado; y solo restaba un paso para convertir en crímenes las simples miradas, la tristeza, la compasion, los suspiros y el mismo silencio.»

«En breve fué un delito de lesa-magestad ó de contrarevolucion en la villa de *Nurcia*, el haber erigido un monumento á sus habitantes muertos en el sitio de Módena; delito de contrarevolucion

«fué para Libón Druso, el haber preguntado á un agitano que decia la buenaventura sillegaria algun día á poseer grandes riquezas; delito de contrarevolucion en el periodista Cremuncio Cordo, el haber llamado á Bruto y á Casio los últimos romanos; delito de contrarevolucion en uno de los descendientes de Casio, el tener en su casa un retrato de su visabuelo; crimen de contrarevolucion en Marco Scauro, el haber compuesto una tragedia donde habia cierto verso que podia tener dos sentidos: crimen de contrarevolucion en Torcuato Silano, el ser gastador; delito de contrarevolucion en Pomponio, el que un amigo de Seyano hubiese ido á buscar un asilo á una de sus casas de campo; delito de contrarevolucion, el lamentarse de las desdichas del tiempo, porque era procesar al gobierno; y delito de contrarevolucion, el no invocar al genio divino de Caligula. Por haber faltado á esto, muchos ciudadanos fueron destrazados á golpes, condenados á las minas ó á las esferas, y aun algunos fueron aserrados por medio del cuerpo. Crímenes en fin de contrarevolucion en la madre del cónsul Fusio Germino, por haber llorado la funesta muerte de su hijo.

«Si uno no queria esponerse á perecer, tenia que manifestar alegría por la muerte del pariente ó del amigo.

«Todo asustaba al tirano. ¿Llegaba un ciudadano á adquirir popularidad? Era un rival del príncipe, que podia suscitar una guerra civil. *Studium acivium in se verteret, et si multi idem audeant, bellum esse.* Sospechoso.

«¿Huian por el contrario de la popularidad, y se estaban en un rincon á la sombra? ya aquella

«vida retirada os hacia reparable y sugeto de consideracion. *Quantó metu oculiior tantó plus fama adeptus. Sospechoso.*

«¿Erais rico? habia un peligro inminente de que corrompiéseis al pueblo con vuestras dádivas. *Auri vim, atque opes Plauti, principi insensas. Sospechoso.*

«¿Erais pobre? ¿Qué es eso, emperador invitato? hay que vigilar de cerca á este hombre; pues áel que nada tiene, es de suyo emprendedor. *Syllam inopem, unde præcipuam audaciam. Sospechoso.*

«¿Erais de un carácter sombrío, melancólico y andabais desaseado? lo que os afligia era el buen estado de los negocios públicos. *Hominem publicis bonis maestum. Sospechoso.*

De este modo iba prosiguiendo Camilo Desmoulins aquella grande enumeracion de sospechosos, ó bosquejaba un cuadro horrible de lo que estaba pasando en Paris: copia de lo que se habia hecho en Roma. Si la carta de Philippeaux habia excitado una viva sensacion, el periódico de Camilo Desmoulins la produjo aun mayor. Vendiéronse en pocos dias cincuenta mil ejemplares de cada número. Las provincias los pedian en gran cantidad; los presos se los prestaban á escondidas, y leian con placer y con alguna esperanza á aquel revolucionario que antes les era tan odioso. Camilo, sin querer que se abriesen las cárceles y retrocediese la revolucion, pedia la institucion de una junta llamada de *clemencia*, que hiciese una reseña de los presos, soltase á los encarcelados sin causa suficiente, y detuviese la sangre donde habia corrido ya demasiado.

Los escritos de Philippeaux y de Desmoulins irritaron en alto grado á los revolucionarios fogosos, y quedaron reprobados en los jacobinos. Hebert, los delató con furor, propuso que se borrara á los autores de la lista de la sociedad, y señaló ademas como cómplices de Camilo Desmoulins y de Philippeaux, á Bourdon del Oise y á Fabre-d'Églantine. Ya se ha visto que Bourdon, de concierto con Goupilleau, habia querido deponer á Rossignol, se habia malquistado despues con el estado mayor de Saumur, no habia dejado en la Convencion de clamar contra el partido de Ronsin, y esto le asoció con Philippeaux. Fabre estaba acusado de haber tomado parte en la falsedad del decreto y estaban dispuestos á creerlo, aunque le hubiese justificado Chabot. Conociendo su peligrosa situacion, y temiéndolo todo de un sistema escésivamente rigoroso, habia hablado dos ó tres veces por el sistema de la indulgencia, se habia indisputado con los ultra-revolucionarios, y se le habia tratado de intrigante por el *Padre Duchesne*. Los jacobinos, sin adoptar las violentas proposiciones de Hebert, acordaron que Philippeaux, Camilo Desmoulins, Bourdon del Oise y Fabre-d'Églantine se acercasen á la barra de la sociedad para dar esplicaciones acerca de sus escritos y de sus arengas en la Convencion.

La sesion en que debian comparecer atrajo una gran concurrencia, disputándose los asientos reñidamente, y vendiéndose algunos hasta por veinte y cinco francos. Era en efecto el proceso de dos clases nuevas de patriotas, lo que iba á sentenciarse ante la autoridad omnipotente de los jacobinos. Philippeaux, aunque no era individuo de la so-

ciudad, no rehusó comparecer en la barra, y repitió los cargos que tenía consignados, ya en su correspondencia con la junta de salvacion publica, ó ya en su folleto. No guardó mas miramientos con los individuos que antes, y por dos ó tres veces desmintió formal é insultantemente á Hebert. Estas personalidades tan atrevidas de Philippeaux, empezaban á conmover la sociedad, y se iba encrepando la cuestion, cuando Danton manifestó que para sentenciar un punto tan trascendental y grave, se necesitaba de calma y atencion; que no tenia ninguna opinion anterior acerca de Philippeaux, ni de la verdad de sus asertos, y que le habia dicho á él mismo: «Es menester que pruebes tus cargos, ó que llesves tu cabeza al cadalso;» que quiza los acontecimientos eran únicamente los culpables, pero que en todo caso, era necesario escuchar y ser escuchado.

Hablando Robespierre despues de Danton, dijo que no habia leído el folleto de Philippeaux, pero que sabia únicamente que en él se hacia responsable á la junta de la pérdida de treinta mil hombres; que la junta no tenia lugar para contestar á libelos, y hacer la guerra con la pluma, pero que sin embargo, no conceptuaba á Philippeaux culpable de intenciones dañadas, sino de haberse dejado llevar de sus pasiones, y luego añadió: «No pretendo imponer silencio á la conciencia de mi compañero; pero examínese él, y juzgue si no hay dentro de «si vanidad ni pequeñas pasiones. Lo creo arrebatado por el patriotismo, no menos que por la cólera; pero reflexione, considere la lucha en que «va á empeñarse, y verá que los moderados van á «tomar su defensa, que los aristócratas se alista-

«rán con él, que la misma Convencion se dividirá, «que tal vez se levantará un partido de oposicion, «lo cual seria desastroso, y renovaria el combate «de que se ha salido, y las conspiraciones que «tanto trabajo ha costado desbaratar.» Por tanto, aconsejó á Philippeaux que examinase los motivos secretos que tenia, y á los jacobinos que le escuchasen con silencio.

No podian ser mas prudentes y oportunas las observaciones de Robespierre, dichas con aquel tono enfático y doctoral que habia adoptado, particularmente desde que dominaba en los jacobinos. Volvió Philippeaux á tomar la palabra, á repetir las mismas personalidades, y provocar el mismo alboroto. Impaciente Danton, dijo, que era menester abreviar tales contiendas, y nombrar una comision para examinar los autos. Couthon añadió, que antes de recurrir á esta medida era necesario asegurarse de si la cuestion merecia la pena, ó si era meramente personal, y propuso que se preguntase á Philippeaux si en conciencia creia que habia habido traicion. Entonces dirigiéndose directamente á Philippeaux le dijo:—¿Crees en tu alma y conciencia que ha habido traicion?—Si, respondió imprudentemente Philippeaux.—En ese caso, replicó Couthon, no hay otro medio; es menester nombrar una comision que oiga á los acusados y á los acusadores, y dé su informe á la sociedad.—Adoptóse la proposicion, y quedó encargada la comision de examinar ademas de las acusaciones de Philippeaux, la conducta de Bourdon del Oise, de Fabre-d'Églantine, y de Camilo de Desmoulins.

Ocurria todo esto el dia 3 de nivoso (23 de diciembre).
Biblioteca popular.

ciembre), y en aquel intervalo, mientras que la comision daba su informe siguieron sin interrupcion la guerra de pluma, y las continuas recriminaciones. Escluyeron los franciscanos de su sociedad á Camilo de Desmoulins; eslendieron nuevas peticiones para Vincent y Ronsin, y acudieron á comunicarlás á los jacobinos, para empeñar á estos á que las apoyasen en la Convencion. Aquella multitud de aventureros y malvados que se habia introducido en el ejército revolucionario, se manifestaba por todas partes, en los paseos, en las fondas, cafés y teatros, con charreteras de lana y vigotes, alborotando por Ronsin su general, y Vincent su ministro. Nombrábanlos los de las *charreteras*, y eran muy temidos en Paris. A consecuencia de la ley que prohibia á las secciones el reunirse mas de dos veces por semana, se habian convertido en sociedades populares demasiado turbulentas. Habia hasta dos de estas sociedades por seccion, y allí era donde dirigian sus agentes todos los partidos interesados en producir un movimiento. Los de las charreteras no dejaban de ir á ellas, y por su causa reinaba el alboroto en casi todas.

Robespierre, siempre firme en los jacobinos, hizo rechazar la peticion de los franciscanos, y retirar ademas la afiliacion en todas las sociedades populares formadas desde el 31 de mayo. Estos actos eran de una prudente y laudable energia; pero la junta al paso de hacer los mayores esfuerzos para enfrenar á la faccion turbulenta, debia dedicarse tambien á desvanecerlas apariencias que habia contra ella de flogedad y de moderacion. Necesario era, para que pudiese conservar su po-

pularidad y su fuerza, que desplegase el mismo rigor contra la faccion opuesta. Por lo tanto, el 5 de nivoso (25 de diciembre), quedó encargado Robespierre de dar un nuevo informe sobre los principios del gobierno revolucionario, y de proponer medios de severidad contra algunos presos ilustres. Persistiendo siempre, ó por politica ó por error, en atribuir todos los desórdenes á la pretendida faccion estrangera, le imputó al mismo tiempo los excesos de los moderados y de los exaltados. «Las córtés estrangeras, dijo, han inundado la «Francia de hábiles foragidos que mantienen á sueldo. Deliberan en nuestras administraciones; se «introducen en nuestras juntas de seccion y en «nuestros clubs; han residido hasta en la representación nacional, y ahora siempre dirigirán la «contrarevolucion bajo el mismo plan. Rondan en «torno nuestro, sorprenden nuestros secretos; al- «hagan nuestras pasiones y procuran influir hasta «en nuestras opiniones.» Continuando este cuadro Robespierre los manifiesta inclinándose alternativamente á la debilidad ó á la exageracion, escitando en Paris la persecucion de los cultos, y en la Vendée la resistencia del fanatismo; inmolando á Lepelletier y á Marat, y mezclándose despues en los grupos para tributarles los honores divinos, á fin de hacerlos ridiculos y odiosos; dando ó retirando el pan al pueblo, haciendo aparecer ó desaparecer el dinero, y aprovechándose en fin de todos los accidentes para dirigirlos contra la revolucion y la Francia. Despues de ir sumando de esta manera Robespierre la generalidad de nuestros males, sin querer hacerse cargo de que eran inevitables, los achacaba al estrangero, quien sin

duda podia aplaudirse de ellos, pero que para producirlos se atenia á los vicios de la naturaleza humana, y no hubiera tenido el medio de suplirlos por conspiraciones. Mirando Robespierre como cómplices de la coalicion á todos los ilustres presos y encarcelados todavia, propuso enviarlos en seguida al tribunal revolucionario; de modo que Dietrich, corregidor de Strasburgo, Custine hijo, Biron y todos los oficiales amigos de Dumouriez, de Custine y de Houchard, deberian quedar sentenciados inmediatamente. No habia necesidad sin duda de un decreto de la Convencion, para que estas victimas fuesen inmoladas por el tribunal revolucionario; pero este cuidado en acelerar su suplicio, era una prueba de que no flaqueaba el gobierno; propuso ademas Robespierre aumentar en un tercio las recompensas territoriales prometidas á los defensores de la patria.

Despues de este informe quedó Barrere encargado de presentar otro sobre los arrestos, que se decia iban siempre en aumento, y de proponer los medios para comprobar los motivos de su ejecucion. El objeto de este informe era contestar disimuladamente al *Antiguo Franciscano* de Camilo Desmoulins, y á su propuesta, de una junta de clemencia. Barrere trató con severidad las traducciones de los oradores antiguos, y propuso sin embargo nombrar una comision para revisar los arrestos, lo cual se asemejaba demasiado á la junta de clemencia ideada por Camilo. No obstante, por las observaciones de algunos de sus individuos, creyó la Convencion deber atenerse á sus anteriores decretos, que obligaban á las juntas revolucionarias á remitir á la de seguridad general los motivos de

los arrestos, y permitian á los detenidos acudir á esta última junta.

Asi proseguia el gobierno su marcha entre los dos partidos que se formaban, inclinándose secretamente por el moderado, pero siempre receloso de que se echase de ver esta inclinacion. En este tiempo publicó Camilo un número mas fuerte todavia que los anteriores, y dedicado á los jacobinos. Lo intituló: *Mi defensa*, y era la mas iracunda y terrible descarga contra sus adversarios.

Respecto á haberlo borrado de los franciscanos, decia: «Perdonad, hermanos y amigos; si me atrevo á tomar todavia el titulo de antiguo franciscano, despues del acuerdo de la sociedad que me prohíbe el adornarme con este nombre; pero es á la verdad, es una insolencia tan inaudita, la de un nieto revelándose contra su abuelo, hasta el estremo de prohibirle que lleve su nombre, que voy á hablar en esta causa contra esos hijos ingratos. Deseo saber á quién debe quedarle el nombre, si al abuelo, ó á los hijos que se le han agregado, de los cuales jamás conoció, ni conoce la décima parte, y pretenden arrojarlo de la casa paterna.»

En seguida esplica sus opiniones. «El bagel de la república voga entre dos escollos, la roca de la exageracion y el arrecife del moderantismo. Viene que el *Padre Duchesne* y casi todos los centinelas patriotas estaban sobre el alcázar con su antejo: ocupados únicamente en gritar: ¡Cuidado, que tropezais en el moderantismo! era muy conveniente que yo, antiguo franciscano y decano de los jacobinos, me encargara de desempeñar la peligrosa vigilancia, que ninguno de nues-

«tros jóvenes apetecía, por temor de perder la popularidad con el encargo de gritar: ¡Cuidado, que vais á tocar en la exageracion! Y estos son los respetos que me deben tener todos mis compañeros en la Convencion, por haber espuesto mi misma popularidad, á fin de salvar el bagel, cuando mi cargamento no era mucho mayor que el suyo.»

Justificase en seguida de la espresion que tanto le habian vituperado: *Vicente Pitt* gobierna á *Jorge Bouchotte*. «En 1787, dice, llamé lisamente á Luis XVI, muy gordo y bienaventurado rey, sin que por esto se me llevase á la Bastilla. ¿Sería *Bouchotte* un personage mas encumbrado?»

En seguida pasa revista á sus contrarios, y dice á *Collot-d' Herbois*: «Si yo tengo mi *Dillon*, tú tienes á tu *Brunet* y á tu *Proli*, á quienes has defendido.» A *Barrere*, dice: «Nadie se reconoce ya en la Montaña: si fuese un antiguo franciscano como yo, un Patriota *rectil neo*, *Billaud-Varennes*, por ejemplo, quien me hubiese atacado tan duramente. *sustinuissém ulique*; yo hubiera dicho: Este es el bofetón del colérico *San Pablo* al buen *San Pedro* que ha pecado; pero tú, mi querido *Barrere*, tú el padrino venturoso de *Pame-la*! * ¡Tú, el presidente de los *fuldenses*, que pusiste la junta de los doce! Tú, que en el 2 de junio pusiste á deliberacion en la junta de salvacion pública si se prenderia ó no á *Danton*! ¡Tú, de quien pudiera yo revelar tantas proezas si quisiera meter la mano en el *Saco Viejo* ** con-

* Alusion á la comedia de *Pamela*, cuya representacion se habia prohibido.

** *Barrere* cuando era noble se llamaba *Saco Viejo* (*Vieux-sac*).

vertirte de repente en otro *Robespierre* y reprenderme con tanta sequedad!

«Todo esto no es mas que una riña doméstica, añade *Camilo*, con mis amigos los patriotas *Collot* y *Barrere*; pero ahora voy á ponerme terriblemente colérico * contra el padre *Duchesne* que me llama un miserable intrigantillo, un canalla que deber ir á la guillotina, un conspirador que quiere que se abran las cárceles para hacer de ellas una nueva *Vendée*, un adormecedor pagado por *Pitt*, un casnillo de orejas largas. ESPERA UN POCO *HEBERT*, ¡VOY Á OCUPARME DE TI AL MOMENTO. No te voy á atacar aqui con injurias y palabras groseras, sino con hechos.

Entonces *Camilo*, acusado por *Hebert* de haberse casado con una muger rica, y de comer con aristócratas, refiere la historia de su casamiento, que le habia valido cuatro mil libras de renta, y delineá el cuadro de su vida sencilla y perezosa. Pasando luego á *Hebert*, recuerda su antiguo oficio de repartidor de contraseñas en el teatro, y los robos por los cuales tuvieron que despedirle, su fortuna repentina y conocida, y lo cubre con la mas justa infamia. Refiere y prueba que *Bouchotte* habia dado á *Hebert* de los fondos de guerra ciento veinte mil francos primero, despues diez mil, y luego sesenta mil, por los ejemplares del *Padre Duchesne* distribuidos á los ejércitos; que estos ejemplares no valian mas que diez y seis mil francos, y que por consiguiente el resto, se lo habia robado á la nacion.

* Espresiones de los ciegos vendiendo los números del *Padre Duchesne* que gritaban por las calles: Hoy esta terriblemente colérico el *Padre Duchesne*!

«¡Doseientos mil francos, esclama Camilo, á ese pobre descamisado Hebert, por sostener las mociones de Prolí y de Cloodt! ¡Doseientos mil francos por calumniar á Danton, á Lindet, á Cambron, Thuriot, Lacroix, Philippeaux, Bourdon del Oise, Barras, Freron, d' Eglantine, Legendre, Camilo Desmoulins, y á casi todos los comisionados de la Convencion! ¡Doseientos mil francos de Bouchotte por inundar á la Francia con sus escritos, tan propios para formar el espíritu y el corazón!.... Y habrá ya quien se admire de aquella filial exclamacion de Hebert en la sesion de los jacobinos: *Atreverse á atacar á Bouchotte!* ¡*Bouchotte, que ha puesto al frente de los ejércitos generales descamisados!* ¡*Bouchotte, un patriota tan puro!* Admirado estoy de que en el trasporte de su reconocimiento, no haya gritado el *Padre Duchesne*: *Bouchotte, que me ha regalado doseientos mil francos desde el mes de junio!*

«Me hablas, añade Camilo, de mis relaciones amistosas pero ¿no es bien sabido que el gran patriota Hebert, despues de haber calumniado en su periódico á los sujetos mas puros de la república rebosando de placer él y su Jacobilla, van á pasar al campo los dias apacibles del verano con el banquero Kock, íntimo amigo de Dumouriez, y con la muger de Rochechouart, agente de los emisgrados, para saborear el vino de Pitt, y brindar á la ruina de las reputaciones de los fundadores de la libertad.» Vitupera luego Camilo á Hebert el estilo de su periódico «¿No sabes tú, Hebert, que cuando los tiranos de Europa quieren hacer creer á sus esclavos que la Francia está cubierta de las tinieblas de la barbarie, y que París, esa

«ciudad tan decantada por su aticismo y su gusto, está poblada de vándalos; no sabes tú desdichado, que insertan en sus periódicos algunos trozos de lo que publicas en el tuyo?... ¡Como si el pueblo fuese tan idiota como tú intentas hacerlo creer á M. Pitt! ¡Como si se le pudiera hablar mas que en un lenguaje tan grosero y baladil! ¡Como si ese fuese el estilo de la Convencion, y de la junta de salvacion pública! ¡Como si tales suciedades fuesen propias de la nacion! ¡Como si un albañal de París fuese el Senal! Acusale en seguida de haber cooperado con sus números, á los escándalos del culto de la razon, y despues esclama:

«¡Y este vil adulador, pagado con doseientos mil francos será quien me vitupere los cuatro mil de renta de mi muger! ¡Este amigo íntimo de Kock, Rochechouart, y de una gavilla de estafadores, se atreverá á hablar de mis relaciones! ¡Este escritor insensato y pérfido, será quien tache de aristocráticos mis escritos, cuando le podré probar que él y los suyos son el embeleso de Coblenza, y la única esperanza de Pitt! ¡Este hombre borrado de la lista de los sirvientes del teatro, por robos, hará borrar de la lista de los jacobinos, por sus opiniones, á diputados, fundadores inmortales de la república! ¡Este escritor de portales será el regulador de la opinion, y el Mentor del pueblo francés!...»

«A mí no me intimidan las amenazas ni los rumores que se esparcen de mi arresto. Sabemos que los malvados meditan otro 31 de mayo contra los hombres mas enérgicos de la Montaña.... ¡Compañeros, os diré como Bruto y Ciceron: *Tememos demasiado á la muerte, al destierro, y á la*

«pobreza! *Nimium timemus mortem et exilium et paupertatem!*... ¡Y qué! Cuando todos los días «mas de un millón de franceses asaltando los re-
«ductos herizados de las baterías mortíferas, vuelan
«de victoria, en victoria nosotros, diputados en la
«Convención, que jamás podemos caer como el solda-
«do en la oscuridad de la noche, fusilado en las tene-
«bras y sin testigos de su valor, nosotros, cuya muer-
«te padecida por la libertad no puede menos de ser
«gloriosa, solemne y recibida en presencia de la na-
«ción entera, de la Europa, y la posteridad, se-
«ríamos mas cobardes que nuestros soldados! ¡Je-
«meríamos esponernos a arrostrar a Bouchotte! ¡Jo-
«nos atreveremos a contrastar esa gran cólera del
«padre Duesne para alcanzar tambien la victoria
«que el pueblo espera de nosotros; la victoria, así
«sobre los ultra-revolucionarios como sobre los
«contrarevolucionarios; la victoria sobre todos los
«intrigantes, sobre todos los bribones, sobre to-
«dos los ambiciosos, y sobre todos los enemigos del
«bien público!

«¿Podrá creerse que aun en el cadalso, soste-
«nido por aquel sentimiento íntimo con el cual he
«amado tanto a mi patria y á la republica, corona-
«do con la estimación y los recuerdos dolorosos de
«todos los verdaderos republicanos, querría yo tro-
«car mi suplicio por la fortuna de ese miserable
«Hebert, que en su periódico arroja á la desespera-
«ción y al motín á veinte clases de ciudadanos;
«que, para adormecer sus remordimientos y sus
«calumnias, tiene que procurarse una embriaguez
«mas fuerte que la del vino, y lamer sin cesar la
«sangre que inunda la guillotina? ¿Qué es el cadal-
«so para un patriota sino el pedestal de los Sidneys

«y de los Juan de Witt! ¿Qué es pues, en un mo-
«mento de guerra donde ya he perdido mis dos
«hermanos defendiendo la libertad, qué es la gui-
«llotina sino un sablazomas glorioso que todos, pa-
«ra un diputado víctima de su valor y de su re-
«publicanismo?»

Estas páginas darán una idea de las costumbres
de la época. La dureza, el cinismo y la elocuencia
de Roma y de Atenas, habian resucitado entre nos-
otros con la libertad democrática.

Este nuevo número de Camilo Desmoulins cau-
só todavía mayor agitacion que los anteriores, y
Hebert no cesó de denunciarlo en los jacobinos, y
de pedir el informe de la comision. El 16 de nivo-
so, en fin, Collot-d'Herbois tomó la palabra para
dar el informe, y la concurrencia fué tan numerosa
como el día en que se entabló la discusion, ven-
diéndose los asientos, igualmente caros. Collot ma-
nifestó mas imparcialidad de la que era de esperar
de un amigo de Ronsin. Vituperó á Philippeaux por
haber mezclado en sus acusaciones á la junta de
salvacion pública, por haber manifestado disposi-
ciones muy favorables con sujetos sospechosos, y
elogiado á Biron mientras que ultrajaba á Rossignol,
y últimamente por haber espresado las mismas
preferencias que los aristócratas. Hizole tambien
un cargo, trascendental en aquellas circunstancias,
y era el de haber retirado en su último escrito las
acusaciones hechas contra el general Fabre-Fond,
hermano de Fabre-d'Églantine. Philippeaux, con
efecto, que no conocia ni á Fabre ni á Camilo, ha-
bia delatado al hermano del primero, creyéndolo de-
linquente por la Vendée. En relacion luego con
Fabre, y acusado con él, habia quitado por un mi-

ramiento muy natural los cargos relativos á su hermano. Esto solo demostraba que ambos habian sido inspirados aisladamente y sin conocerse, á proceder como lo habian hecho, sin formar una faccion verdadera; pero el espiritu de partido opinó de otro modo, y Collot insinuó que habia una trama oculta y un convenio entre los acusados de moderantismo. Dirigióse á lo pasado, y vituperó á Philipeaux sus votos sobre Luis XVI y sobre Marat. En cuanto á Camilo trató mas favorablemente, presentándole como un buen patriota, extraviado por malas compañías, y al cual se debía perdonar, aunque apercibiéndole á que no se entregase de nuevo á los estravios de su imaginacion. Pidió pues la exclusion de Philipeaux, y la censura para y simple de Camilo.

Mas este, que se hallaba presente en la sesion, hizo pasar una carta á manos del presidente, en que declaraba que su defensa estaba consignada en su último número, y suplicaba que permitiese la sociedad la lectura de su contenido. A esta proposicion, Hebert, que temia la lectura de este número, donde se descubrian sus iniquidades tomó la palabra y exclamó, que se habia querido complicar la discusion calumniándole y que para distraer la atencion se le acusaba haber robado á la tesoreria, lo cual era una falsedad atroz...—Aqui tengo las pruebas replicó Camilo.—Estas palabras produjeron sumo alboroto y Robespierre menor dijo entonces que era necesario desechar las discusiones personales; que la sociedad no se reunia para juzgar de las reputaciones, que si Hebert habiá robado nada le importaba á ella; y que últimamente los que tuviesen reconvenções que hacerse, no

debían interrumpir la discusion general.—A estas espresiones poco satisfactorias, para Hebert, contestó este que no tenian nada de que reconvenirse.—Sin embargo, replicó Robespierre el menor, los alborotos de los departamentos son obra tuya, pues tú has contribuido á ocasionarlos atacando la libertad de los cultos.—A esta interpelacion enmudeció Hebert y tomando la palabra Robespierre el mayor, con mas moderacion que su hermano, pero sin favorecer tampoco á Hebert, dijo que Collot habia presentado la cuestion bajo su verdadero punto de vista, que un incidente desagradable habia turbado la dignidad de la discusion, y que todos andaban desacertados, asi Hebert, como sus contrarios. «Lo que voy á decir, añadió no tiene relacion con ningun individuo, pero ni debe quejarse de la calumnia el que calumnia á otros, ni de injusticia el que juzga á los demas con ligereza, precipitacion y furor. Que cada uno pregunte á su conciencia, y se vaya aplicando estas reflexiones. Habia querido yo evitar la actual discusion, deseando que en conversaciones particulares y en conferencias amistosas, cada cual se explicase y reconociese sus errores, pues entonces hubieran podido entenderse y escusar ahora este escándalo; pero lejos de eso se han empeñado en publicar folletos y en alborotar. Ahora lo que nos importa en estas contiendas personales, no es el saber si han terciado por todas partes pasiones é injusticia, sino si son fundadas las acusaciones dirigidas por Philipeaux, contra los sujetos encargados de la mas importante de nuestras guerras. Esto es lo que hay que esclarecer por el interés, no de los individuos, sino de la republica.

Efectivamente creía Robespierre, que los ataques de Camilo contra Hebert eran inútiles para la discusion, pues que todo el mundo sabia cuán fundados eran; que por otra parte no comprendian punto alguno cuya evidencia interesase á la república; y que al contrario, importaba mucho el examinar la conducta de los generales en la Vendée. Continuóse, pues, la discusion relativa á Philippeaux, y toda la sesion se dedicó á escuchar á una multitud de testigos oculares; pero en medio de estas afirmaciones contradictorias, Danton y Robespierre dijeron que nada podian deslindar, ni sabian á qué atenerse; por lo cual siendo ya muy larga la discusion, se remitió para la sesion siguiente.

Continuóse el 18, estando ausente Philippeaux, dándose todos por cansados de la discusion que ocasionaba, sin prestar el menor viso de luz. Ocupáronse entonces detenidamente de Camilo Desmoulins, y le intimaron que se explique acerca de los elogios que habia tributado á Philippeaux, y de sus relaciones con él. Camilo, aseguró, que no lo conocia, pero que los hechos afirmados por Goupilleau y por Bourdon le habian persuadido desde luego de que Philippeaux decia la verdad, y le habian llenado de indignacion; pero ahora despues de haber oido la discusion, de que resultaba que en efecto Philippeaux habia alterado la verdad, (cosa que principiaba á notarse por todas partes) retiraba sus elogios y declaraba que ya no tenia opinion fija sobre este punto.

Tomando otra vez Robespierre la palabra acerca de Camilo, repitió: que su carácter era escelente, pero que por mas conocido que fuese su interior, no le daba derecho para escribir contra

los patriotas: que sus escritos, anhelados por los aristócratas eran su delirio y volaban por todos los departamentos; que habia traducido á Tácito sin entenderle, que se le debia tratar como á un niño atolondrado, que habia tocado armas peligrosas, haciendo de ellas un funesto uso, y que se le debia amonestar para que dejase á los aristócratas, las malas compañías, y las tertulias perniciosas que lo estragan; últimamente que se le perdonase á él pero que se quemasen los números de su periódico. — Desentendiéndose entonces Camilo de los miramientos que habia que guardar con el orgulloso Robespierre, exclamó desde su asiento: Quemar no es responder. — «Pues bien! respondió irritado «Robespierre, que no se queme, sino que se responda, y que se lean al momento los números de «Camilo. Puesto que asi lo quiere, cúbrase de «ignominia; no detenga la sociedad su indignacion, «puesto que se obstina en sostener sus diatribas y «sus principios peligrosos. El hombre que se empeña en sostener escritos péfidos, está algo mas «que alucinado; si hubiese procedido de buena fé, si «hubiese escrito con la sencillez del corazon, no se «hubiera atrevido á sostener por mas tiempo obras «proscritas por los patriotas, y buscadas por los «contrarrevolucionarios. Todo ese valor es prestado «y descubre á los hombres que ocultamente le han «estado dictando su periódico; patentiza que Des- «moulins es el órgano de una faccion malvada, que «ha comprado su pluma para destilar su veneno «con mas audacia y seguridad.» En vano solicitó Camilo la palabra para serenar á Robespierre; negáronse á oírle, y se pasó inmediatamente á la lectura de sus números. Por mas miramiento que

los individuos quieran guardar entre sí en las rencillas de partido, es muy difícil, que su amor propio no se resienta. Con la susceptibilidad de Robespierre, y el sencillo atolondramiento de Camilo, la desavenencia de opiniones debía parar muy pronto en una division de amor propio y de odio. Robespierre despreciaba sobre manera á Hebert y á los suyos para indisponerse con ellos, pero podia desahucarse con un escritor tan célebre en la revolucion como Camilo Desmoulins, y este no empleó bastante maña para evitar un rompimiento.

Das sesiones enteras se ocuparon en la lectura de los números de Camilo, y despues se pasó al asunto de Fabre.—Interrogáronle, y aun se le quiso obligar á que digese qué parte habia tenido en los escritos recién publicados. Respondió que en ellos no habia puesto una coma, y que relativamente á Philippeaux y á Bourdon del Oise, podia afirmar que no les conocia. Tratóse, en fin, de tomar un partido sobre los cuatro individuos denunciados, pero Robespierre, aunque ya nada dispuesto á favorecer á Camilo, propuso que se suspendiese la discusion, y se pasase á otro objeto mas grave, mas digno de la sociedad y mas útil al espíritu público, á saber: los vicios y los crímenes del gobierno inglés. «Este gobierno atroz, dijo, con las apariencias de libertad, encubre un principio de despotismo y de maquiavelismo infernal: hay que delatarlo á su mismo pueblo, y responder á sus calumnias probando los vicios de su organizacion «y sus crímenes.» Los jacobinos deseaban tratar de aquel asunto, porque proporcionaba mas ancha carrera á su imaginacion acusadora; pero algunos querian antes de todo borrar á Philippeaux, á Cami-

lo, á Bourdon, y á Fabre. Oyóse tambien una voz que acusó á Robespierre de apropiarse una especie de dictadura. «Mi dictadura, exclamó este, es la de Marat y de Lepelletier, y consiste en estar expuesto diariamente á los puñales de los tiranos; estoy cansado de las disputas que se susitan cada dia en el recinto de la sociedad y que no conducen á ningun resultado útil. Nuestros verdaderos enemigos son los estrangeros; á ellos es necesario perseguir, y descubrir sus tramas.» Por lo tanto Robespierre renovó su proposicion, y consiguió que la sociedad, coronándole de aplausos, dejase á un lado las disputas suscitadas entre los individuos y se dedicase en las sesiones sucesivas á discutir sin interrupcion, los vicios del gobierno inglés.

Esto equivalia á distraer oportunamente la inquieta imaginacion de los jacobinos, y dirigirla á una presa que podia ocuparlos por mucho tiempo. Habíase retirado Philippeaux sin esperar decision, y Camilo y Bourdon no quedaron desechados ni confirmados; no se habló mas, y se contentaron con volver á presentarse en la sociedad. En cuanto á Fabre-d'Eglantine, por mas que Chabot lo hubiera justificado completamente, los hechos que cada dia llegaban á noticia de la junta de seguridad general, no dejaban duda acerca de su complicidad; y hubo que lanzar contra él un auto de prision, juntándole con Chabot, Bazire, Delaunay y Julien de Tolosa.

Resultaba de todas estas discusiones una impresion desventajosa para los nuevos moderados. No habia especie alguna de comercio entre ellos, pues Philippeaux, casi girondino en otro tiempo, no conocia ni á Camilo, ni á Fabre, ni á Bourdon;

solo Camilo tenia amistad con Fabre, y en cuanto á Bourdon era absolutamente desconocido á los otros tres; pero se figuraron desde entonces que habia una faccion secreta, de que eran ó cómplices ó seducidos. La facilidad de carácter, los gustos epicúreos de Camilo, y dos ó tres comidas que habia tenido con los ricos hacendistas de aquella época, la complicidad demostrada de Fabre con los agiotistas, y su reciente opulencia, hicieron suponer que estaban ligados con la supuesta faccion corruptora. Aun no se atrevian á señalar á Danton por su caudillo; pero si no le acusaban de una manera pública, si Hebert en su periódico, y si los franciscanos en su tribuna tenían miramientos con aquel revolucionario poderoso, se decian entre sí lo que no osaban publicar.

El hombre mas perjudicial al partido era Lacroix, cuyas concusiones en Bélgica estaban tan demostradas, que se le podian imputar muy bien sin ser acusado de calumnia, y sin que se atreviese á responder. Asociábanlo con los moderados, por su intimidad antigua con Danton, y hacian participar á todos de su ignominia.

Resentidos los franciscanos de que los jacobinos hubiesen pasado al órden del día sobre los delatados, declararon: 1.º que Philipeaux era un calumniador: 2.º que Bourdon, acusador encarnizado de Ronsin, de Vincent y de la secretaria de la guerra, habia perdido su confianza, y era para ellos cómplice de Philipeaux: 3.º que Fabre, participando de los sentimientos de Bourdon y de Philipeaux, no era sino un intrigante mas diestro; y 4.º que Camilo, ya escluido de su recinto, habia tambien perdido su confianza, aunque antes hu-

biese hecho grandes servicios á la revolucion.

Despues de haber tenido presos algun tiempo á Ronsin y á Vincent, les pusieron en libertad no pudiendo encausarlos por motivo alguno. No era posible procesar á Ronsin por su conducta en la Vendée, porque los acontecimientos de aquella guerra estaban cubiertos con un espeso velo; ni por lo que habia hecho en Lyon, por cuanto era suscitar una cuestion peligrosa, y acusar al mismo tiempo á Collot-d'Herbois y á todo el sistema actual del gobierno. Era igualmente imposible el perseguir á Vincent por algunos actos de despotismo en la secretaria de la guerra. A uno y á otro solo podia formárseles causa política, y no habia llegado el momento de intentarlo. Quedaron, pues, en libertad*, con sumo gozo de los franciscanos y de todos los de las *charreleras* del ejército revolucionario.

Era Vincent un jóven de poco mas de veinte años, en estremo frenético, cuyo fanatismo degeneraba en enfermedad, y en quien habia mas enajenacion de espíritu que de ambicion personal. Un día, refiriéndole su muger, que solia ir á verle á la cárcel, lo que estaba pasando, indignado con su relacion se arrojó sobre un pedazo de carne cruda, y dijo comiéndosela: «así quisiera yo devorar á todos los malvados.» Ronsin, alternativamente folletista, proveedor y general, juntaba á una suma inteligencia, un valor notable y una grande actividad. Naturalmente arrebatado y ambicioso, era el mas distinguido de cuantos aventureros se habian ofrecido para ser instrumentos del nuevo gobierno. Caudillo del ejército revoluciona-

* El 4 de pluvioso (2 de febrero).

rio, procuraba sacar partido de su posicion, ya para sí, ya para el triunfo de su sistema. Estando juntos Vincent y él en la prision del Luxemburgo, hablaban siempre en tono de dominadores, diciendo de continuo que triunfarian de la intriga, que saldrian con el auxilio de sus partidarios, que entonces volverian para soltar á los patriotas encerrados, y enviar á todos los demas presos á la guillotina. Habian estado atormentando á los desgraciados detenidos con ellos, y los dejaron llenos de espanto.

No bien se vieron en libertad, dijeron con soberbia que se vengarian, y que muy pronto se desharian de sus enemigos. No podia la junta de salvacion pública tenerlos mas tiempo en la prision; pero bien pronto conoció que habia desencadenado á unas fieras, y que era muy urgente ponerlos en la imposibilidad de poder hacer daño. Quedaban en Paris cuatro mil hombres del ejército revolucionario, entre los cuales habia aventureros, salteadores y setembristas, que tomaban la máscara del patriotismo, y preferian saquear por el interior que ir á las fronteras á pasar una vida pobre, dura y peligrosa. Estos tiranuelos con sus grandes vigotes y sus espadones arrastrando, ejercian por todos los sitios públicos el mas intolerable despotismo, y como tenian artilleria, municiones y un gefe emprendedor, podian hacerse muy peligrosos. Estaban tambien reunidos con ellos los intrigantes que Vincent habia colocado en las oficinas de guerra, de suerte que este era su corifeo civil, y Ronsin el militar. Conservaban relaciones en el Ayuntamiento por medio de Hebert, sustituto de Chaumette, y por el corregidor Pache, siempre dis-

puesto para recibir en su casa todos los partidos, y para acariciar á todos los hombres temibles. Momoro, uno de los presidentes de los franciscanos, era su fiel partidario y su abogado en los jacobinos. Así es que se ponian en la misma linea Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette y Momoro, añadiendo en la lista á Pache y á Bouchotte, como complacientes que les dejaban usurpar dos grandes autoridades.

Ya estos hombres no se contenian en sus discursos contra los representantes, que segun ellos intentaban eternizarse en el poder é indultar á los aristócratas. Un dia comiendo con Pache, hallaron á Legendre, amigo de Danton, antes imitador de su vehemencia, y ya de su reserva, y víctima de aquella imitacion, porque toleraba los ataques que se atrevian á dirigir contra el mismo Danton. Empezaron Ronsin y Vincent á hablarle irónicamente y este que habia sido su camarada, lo abrazó diciéndole que saludaba al antiguo, y no al nuevo Legendre, porque el nuevo Legendre se habia vuelto un moderado, y no era acreedor á su estimacion. Vincent le preguntó luego con el mismo tono si en sus comisiones habia hecho uso del traje de diputado. Contestóle Legendre que le llevaba en los ejércitos, y replicó Vincent que aquel traje era demasiado pomposo, pero indigno de los verdaderos republicanos; que con él vestiria á un maniquí; que llamaria al pueblo y le diria: «¡Ved aqui los representantes que habeis elegido! ¡Os predicán la igualdad y se engalanan con plumas y oro!» Y en seguida añadió que pegaria fuego al maniquí. Legendre entonces le trató de loco y de sedicioso, é iban á agarrarse con gran temor de

Pache. Quiso Legendre dirigirse á Ronsin, que parecia mas moderado, y habiéndole instado para que se sosegase á Vincent, contestó: que su amigo á la verdad era fogoso, pero que su carácter convenia á las circunstancias, y que se requerian tales hombres para el tiempo en que vivian. «Teneis, añadió Ronsin, una faccion en el seno mismo de la Asamblea, y sino la arrojaís de alli desgraciados de vosotros! Salió indignado Legendre, y repitió cuanto hubo visto y oído durante la comida; de manera que la conversacion se hizo pública y dió una nueva idea de la audacia y del frenesí de los hombres que acababan de ponerse en libertad.

Manifestaban un gran respeto á Pache y á sus virtudes, como cuando estando este en el ministerio, lo habian hecho en otro tiempo los jacobinos. El destino de Pache era agradar con sus condescendencias y su dulzura á todos los hombres violentos. Encantábanse de ver aprobadas sus pasiones por un hombre que tenia todas las apariencias del saber. Los nuevos revolucionarios decian, que pensaban hacer de él un gran personaje en su gobierno; porque sin tener un objeto preciso y aun sin tener el proyecto y el valor de una insurreccion, hablaban mucho, como hacen todos los conspiradores, que se ensayan antes, y se acaloran con sus palabras. Por todas partes iban diciendo que se necesitaban otras instituciones; pues todo lo que les agradaba en la actual forma gubernativa, era el tribunal y el ejército revolucionario. Imaginaban pues, una constitucion cifrada en un tribunal supremo, presidido por un gran juez, y en un consejo militar dirigido por un generalismo. En este gobierno, se debía sentenciar y administrar militar-

mente, siendo el generalismo y el gran juez los dos personajes principales. Debia haber en el tribunal un fiscal titulado censor, con el encargo de promover las causas; y así en este proyecto, producto de fermentacion revolucionaria, las dos funciones únicas y esenciales consistian en condenar y en batirse. No se sabe si este proyecto era de algun furioso delirante ó de varios; si tuvo mas existencia que una mera conversacion, ó si llegó á redactarse; pero es cierto que tenia su modelo en las juntas revolucionarias establecidas en Lyon, Marsella, Tolon, Burdeos y Nantes, y que la imaginacion ocupada con lo que habian hecho en estas grandes ciudades, estos terribles ejecutores, querian gobernar bajo el mismo plan á toda la Francia y hacer de la violencia momentánea el tipo de un gobierno permanente. Todavía no designaban mas que á uno solo de los grandes personajes destinados á ocupar dignidades tan altas. Pache convenia maravillosamente para el destino de gran juez, por lo cual decian los conjurados que debia serlo, y que lo seria. Sin saber lo que era el proyecto y la dignidad de gran juez, repetian mucho por via de noticia: Pache va á ser juez, y esta palabreria corria por todas partes sin que nadie la explicase ni la comprendiese. En cuanto á la dignidad de generalismo, Ronsin, aunque general del ejército revolucionario, no se atrevia á pretenderla, ni á proponerla á sus partidarios, porque se necesitaba un hombre mas eminente para tan elevada dignidad. Chaumette estaba tambien designado por algunos para censor; pero su nombre se pronunciaba poco: entre tantos rumores, solo habia uno muy esparcido, á saber, que Pache seria gran juez.

Durante todo el tiempo de la revolucion, cuando las pasiones de un partido, largo tiempo excitadas, estaban prontas á romper, el pretexto para ello era por lo comun alguna derrota, alguna traicion, y por último, alguna desgracia pública. Otro tanto sucedió en esta ocasion. Habíase expedido la segunda ley del máximum, que pasando ya de las tiendas á las fabricas, fijaba el valor primitivo de los objetos, el precio de los trasportes y los beneficios del mercader así por mayor como por menor, de modo que el comercio quedaba de mil maneras el despotismo de la ley, y se salvaba principalmente por el medio mas pernicioso, que era el de abandonarle. La ocultacion de la mercancía seguía como antes, y sino se entregaba por asignados, se quedaba detenida y sin movimiento para no llegar á los sitios del consumo. Muy grande era, pues, la rarestia ocasionada por el estancamiento general del comercio; y sin embargo, los estraordinarios esfuerzos del gobierno y los cuidados de la comision de abastos, habian logrado en parte que no escasease el trigo, y sobre todo disminuir la zozobra de la carestia tan temible como ella misma, por el trastorno y desconcierto que ocasiona á las relaciones comerciales. Pero un nuevo azote se experimentaba, y era la escasez de carnes; porque las numerosas vacadas que antes enviaba la Vendée á las provincias vecinas, no llegaban ya desde la insurreccion. Los departamentos del Rin habian cesado de suministrarlas desde que reinaba allí la guerra, resultando de todo una disminucion efectiva en la cantidad. Ademas, comprando los carniceros el ganado á un precio subido, y con la precision de vender al precio de la tasa, procu-

aban eludir la ley; y así la carne buena estaba reservada para el rico, ó para el ciudadano que la pagaba bien. Estableciáanse un sin número de mercados clandestinos, especialmente en las cercanías de Paris y por los campos, y solo el desperdicio quedaba para el pueblo y para el comprador que se presentaba en la tienda y hacia el ajuste segun la tasa. De este modo los carniceros se reintegraban por la mala calidad de su género, del infimo precio á que tenían que venderlo. Quejábase el pueblo con furor del peso, de la calidad, y de los mercados clandestinos establecidos al rededor de Paris. A falta de bueyes se tenían que matar las vacas preñadas, y el pueblo dijo al instante que los aristócratas intentaban destruir la especie; y habian pedido la pena de muerte contra los que mataban vacas ú ovejas en tal estado. Aun habia mas: las verduras, la fruta, los huevos, la manteca y el pescado, ya no se presentaban por los mercados; y una col costaba hasta cuatro reales. Salían al encuentro de las carreteras por los caminos, las rodeaban y compraban á cualquiera precio su cargamento, llegando muy poco á Paris, donde en vano el pueblo lo esperaba. Siempre que habia alguna cosa que emprender, al punto se encontraban gentes que se encargáran de ello; tratabase de andar por el campo para atajar en los caminos á los hortelanos, un sin número de hombres y mugeres se encargaban de este cuidado, y compraban los géneros por cuenta de los sujetos acomodados, pagándolos á mas de la tasa. Si habia un mercado mas bien abastecido que otros, esta clase de revendedores se agolpaba, llevando los géneros á mayor precio. El pueblo se desencade-

naba violentamente contra los que ejercian este oficio; decia que entre ellos se encontraban muchas mugeres desgraciadas convertidas en ramerías, á quienes las persecuciones de Chaumette habian privado de su deplorable industria, abrazando para vivir aquella nueva profesion.

Con el fin de precaver todos estos inconvenientes, habia acordado el Ayuntamiento por repetidas instancias de las secciones, que no pudiesen los carniceros salir al encuentro de los rebaños ni ir mas allá de los mercados ordinarios; que no pudiesen matar sino en los rastros ó mataderos autorizados; que la carne no se pudiera comprar sino en las tablas; que no les fuese licito ir por las carreteras en busca de los labradores; que cuantos llegasen se debian dirigir por la policia, repartiéndolos igualmente entre los diferentes mercados y que no se pudiera ir á ponerse en fila á las puertas de las carnicerías antes de las seis, porque frecuentemente madrugaban á las tres con este intento.

Semejantes reglamentos no podian evitar al pueblo los males que sufrían, por mas que los ultra-revolucionarios se esforzaban en inventar recursos. Ocurrióles últimamente proponer que todos los jardines de recreo, que tanto abundan en los arrabales de Paris, y particularmente en el de San German, se debian poner en cultivo, y el Ayuntamiento que nada sabia rehusarles, al instante mandó que se formara una lista de aquellos jardines y que sin demora se sembrase patatas y bortalizas. Ademas dieron por supuesto que si las legumbres, la leche y las aves no llegaban ya á la ciudad era porque los aristócratas se empeñaban

en vivir en sus casas de los alrededores; y en efecto habia muchos que asustados de lo que á cada instante ocurría en la capital, se ocultaban en sus posesiones del campo. Acudieron varias secciones á proponer al Ayuntamiento, diese un decreto ó pidiese una ley para hacerlos volver. Sin embargo Chaumette, viendo que era una violacion odiosísima de la libertad individual, se contentó con pronunciar un discurso amenazador contra los aristócratas retirados por las cercanías de Paris. Únicamente les envió una invitacion para que volviesen á la ciudad, y pasó á los Ayuntamientos de los pueblos inmediatos un aviso para vigilarlos.

Entre tanto, la impaciencia del mal habia llegado á su colmo, y el desorden se aumentaba en los mercados, resultando continuos alborotos. Se ponian en fila á la puerta de las carnicerías, y apesar de la prohibición de acudir antes de la hora establecida, habia siempre el mismo afán para coger la delautera. Habíase trasladado allí una costumbre nacida á la puerta de los panaderos, y consistia en atar una cuerda á la tienda, que cada uno tenia que ir agarrando para conservar su puesto. Pero aqui sucedia como en las tabonas, que algunos malévolos ó mal situados cortaban la cuerda, entonces se confundian las filas, se introducía el desorden en la multitud que estaba esperando, y faltaba poco para llegar á las manos.

Ya no se sabia á quien echar la culpa porque no se podia como en el 31 de mayo, quejarse de que la Convencion rehusaba la ley del *maximum*, objeto de tantas esperanzas, puesto que todo lo concedía, y así no teniendo ya que pedir, no se solicitaba nada. Sin embargo, era menester quejarse, y

los de las *charreteras*, los subalternos de Bouchotte y los franciscanos, decian, que la causa de la carestia estaba en la faccion moderada de la Convencion: que Camilo Desmoulins, Philipeaux, Bourdon del Oise y sus amigos, eran los autores de los males que se padecian: que de aquella manera no era posible existir, que habia que recurrir á medios extraordinarios añadiendo la espresion tan antigua en todas las insurrecciones: *es necesario un jefe*. Y entonces se repetian misteriosamente: *Pache va á ser gran juez*.

Sin embargo, aunque el nuevo partido dispusiese de medios bastante considerables, y aunque tuviese de su parte al ejército revolucionario y á la escasez, faltábale el gobierno y la opinion, porque los jacobinos le estaban contrapuestos. Ron-sin, Vincent y Hebert, tenian que guardar á las autoridades establecidas un respeto aparente, ocultar sus proyectos, y adoptarlos á escondidas. En la época del 10 de agosto y 31 de mayo, los conspiradores dueños del Ayuntamiento, de los franciscanos, de los jacobinos y de todos los clubs, teniendo en la Asamblea nacional y en las juntas numerosos y enérgicos partidarios, atreviéndose á conspirar á las claras, podian arrastrar públicamente al pueblo tras de sí, y servirse de las masas para la ejecucion de sus proyectos; pero no sucedia lo mismo con el partido de los ultra-revolucionarios.

La autoridad existente no rehusaba ninguno de los medios extraordinarios de defensa ni aun de venganza; las traiciones ya no culpaban á su vigilancia; victorias conseguidas por todas las fronteras acreditaban al contrario su fuerza, su destreza y su celo. Por consiguiente, cuantos atacaban á

esta autoridad, ó prometian mas inteligencia ó energia, eran intrigantes que procedian evidentemente con un objeto de desórden ó de ambicion. Tal era el público convencimiento, y los conjurados no podian lisonjearse de arrastrar al pueblo consigo; y así, aunque temibles, dejándolos obrar, lo eran poco, si á tiempo se les atajaba.

La junta los estaba observando, y por medio de una série de informes, seguia desconceptuando á los dos partidos opuestos. Veia en los ultra-revolucionarios, verdaderos conspiradores que habia que destruir; y al contrario, notaba en los moderados, antiguos amigos que participaban de sus opiniones, y cuyo patriotismo no podia ser sospechoso. Pero para acreditar que no flaqueaba, castigando á los ultra-revolucionarios, tenia que condenar á los moderados, y acudir incesantemente al terror. Estos últimos querian contestar; Camilo escribia nuevos números; Danton y sus amigos combatian en sus pláticas las razones de la junta, y desde entonces se empenó una lucha de palabras y de escritos. Sobrevino la destemplanza; y Saint-Just, Robespierre, Barrere y Billaud, que al principio habian rechazado solamente á los moderados por política, y para ser mas fuertes contra los ultra-revolucionarios, principiaban á perseguirlos por enfado y odio personal. Como hemos visto ya habia atacado Camilo á Collot y á Barrere, y en su carta á Dillon, habia lanzado contra el fanatismo dogmático de Saint-Just, y la monacal dureza de Billaud, algunos sarcasmos que les ofendieron profundamente; habia en fin irritado á Robespierre en los jacobinos, y ensañandolo demasiado, concluyó porque se indispusiese con él absolutamente. Dan-

ton desagradaba á todos por su nombradía; y extraño entonces á la conducta de los negocios, quedaba á parte censurando al gobierno, y estimulando al parecer la *chacharera* pluma de Camilo, debía serles cada día mas odiosa, y no era de suponer que Robespierre se espusiese ya por defenderlo mas.

Robespierre y Saint-Just, acostumbrados á entender en nombre de la junta las esposiciones de principios, y encargados en cierta manera de la parte moral del gobierno, mientras Barrere, Carnot, Billaud y otros, desempeñaban la parte material y administrativa, extendieron dos informes, el uno sobre los principios de moral que debian guiar al gobierno revolucionario, y el otro sobre los arrestos de que se habia lamentado Camilo en el *Antiguo Franciscano*. Vamos á ver como estos dos espíritus sombríos concebían el gobierno revolucionario, y los medios de regenerar un estado.

En la sesion del 17 de pluvioso (3 de febrero) se espresaba Robespierre en estos términos:

«El principio del gobierno democrático es la virtud, y su medio en tanto que se establece es el terror. Queremos sustituir en nuestro pais la moral al egoismo, la provida al honor, los principios á las costumbres, el deber al decoro, el imperio de la razon á la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al de la desgracia, la gravedad á la insolencia, la grandeza del alma á la vanidad, el amor de la gloria al del dinero, los hombres honrados á los disipadores, el mérito á la intriga, el genio á la agudeza, la verdad al brillo, el encanto de la felicidad á los fastidios del deleite, la grandeza del hombre á la pequenez de los grandes, un

«pueblo magnánimo, poderoso y feliz, á un pueblo complaciente, frívolo y miserable; esto es; todas las virtudes, y los milagros de la república, á todos los vicios y ridiculeces de la monarquía.»

Para conseguir este objeto, se necesitaba un gobierno austero y enérgico que arrollase todo género de resistencia. Habia por una parte ignorancia brutal y codiciosa, que no queria en la república mas que trastornos; y por otra la vil y baja corrupcion que apetecia las delicias del lujo antiguo, y que no podia avenirse á las enérgicas virtudes de la democracia. De aqui se originaban dos facciones: la una, que queria llevarlo todo al estremo, que traspasaba todos los límites, y que para atacar la supersticion, procuraba destruir al mismo Dios, y verter sangre á torrentes so color de desagruar á la república; y la otra, débil y viciosa, que no se consideraba demasiado viciosa para ser tan terrible, y se apiadaba cobardemente de todos los sacrificios necesarios que exigía el establecimiento de la virtud. Una de estas facciones, decia Saint-Just en su informe de 26 de febrero, queria TROCAR LA LIBERTAD EN VACANTE, Y LA OTRA EN PROSTITUTA.

Tanto Robespierre como Saint-Just enumeraban los desvarios de algunos agentes del gobierno revolucionario, y de dos ó tres procuradores del Ayuntamiento, que habian intentado renovar la energia de Marat; haciendo de este modo alusion á todas locuras de Hebert y de los suyos. Iban tambien señalando las faltas de debilidad, de condescendencia y sensibilidad que se imputaban á los nuevos moderados, vituperábanles el condolerse de las viudas de los generales, de los intrigantes de la antigua nobleza, y de los aristócratas; y de hablar en fin, incesante-

mente de las severidades de la república, muy inferiores á las crueldades de las monarquías. «Teneis, decia Saint Just, cien mil presos, y el tribunal revolucionario ha condenado ya á trescientos culpables; pero en tiempo de la monarquía, había cuatrocientos mil presos, se ahorcaban anualmente quince mil contrabandistas, y se descuartizaban tres mil hombres; hoy mismo hay en Europa cuatro millones de presos cuyos gritos no podeis oír, y en tanto que vuestra parricida moderacion deja triunfar á todos los enemigos de vuestro gobierno, nos estamos abrumando con insultos y reconvenções, y los reyes, mil veces mas crueles que nosotros, descansan y duermen sobre el crimen.»

Robespierre y Saint-Just, acordes con su sistema, añadian que estas dos facciones, opuestas al parecer, tenían un punto de apoyo comun, el extranjero que los ponía en movimiento para perder á la república.

Ya se echaba de ver cuanto fanatismo y odio político entraba en el sistema de la junta. Camilo, por alusiones, y aun por expresiones directas, se hallaba acometido con sus amigos, y respondia en su *Antiguo Franciscano* al sistema de la virtud con el de la felicidad. Decia que amaba la república, porque esta debia producir la felicidad general, porque el comercio, la industria y la civilizacion se habian desarrollado con mas esplendor en Atenas, en Venecia y Florencia que en todas las monarquías; y porque la república podia realizar únicamente los mentidos deseos de la monarquía, que se reducian á que cada cual pudiera echar una gallina en el puchero. «¿Qué le importaría á Pitt, esclamaba Camilo, que la Francia fuese libre, si

la libertad no condujese sino para llevarnos á la ignorancia de los antiguos galos, en una palabra á sus gregüescos, sus abarcas su báculo de encina y sus chozas de barro? En vez de entristecerse, me parece que Pitt daría muchas guineas para que semejante libertad se estableciese entre nosotros; pero lo que enfurecería al gobierno inglés seria el que se dijese de la Francia lo que decia Dicearco del Atica: *En ninguna parte del mundo se puede vivir mas agradablemente que en Atenas, tengas ó no dinero. Los que se han enriquecido con su comercio ó industria pueden procurarse en ella todos los goces imaginables; y en cuanto á aquellos que intentan enriquecerse, hay tantos talleres en donde se gana con qué divertirse en las ANTESTERIAS y ahorrar todavía, que no puede uno quejarse de su pobreza sin culparse á sí mismo de su desidia.*

«Estoy, pues, intimamente convencido de que la libertad no existe en una igualdad de privaciones, y que el elogio mas bello de la Convencion seria el que se pudiese tributar este testimonio: He hallado á la nacion desnuda y la dejo cumplidamente ataviada.»

«¡Encantadora democracia, añadía Camilo, la de Atenas! Solon, si no fué pisaverde no dejó por eso de mirarse como el modelo de los legisladores, y de ser proclamado por el oráculo, por el primero de los siete sabios, aunque no tenia reparo en confesar su inclinacion al vino, á las mugeres y á la música; y es tal la reputacion de que goza su sabiduría, que aun hoy no se pronuncia su nombre en la Convencion y en los jacobinos sino como el del mayor legislador. ¡Cuántos hay entre noso-

«tros que están en opinion de aristócratas y de Sardanápalos, que no han hecho jamás semejante profusion de fé!

«Dígalos sino aquel divino Sócrates, que encontrando un dia á Alcibiades sombrío y pensativo, «tal vez porque habria recibido alguna carta severa de Aspasia:—¿Qué teneis? le dice el mas grave de los mentores; habriais perdido acaso vuestro broquel en la batalla? ¿habeis quedado vencido en el campo, en la carrera, ó en la sala de armas? ¿Hube alguno que cantase ó tocase mejor la lira que vos en la mesa del general? Este rasgo pinta las costumbres. ¿Qué republicanos tan amables!»

Quejabase en seguida Camilo de que á las costumbres de Atenas no se quisiese añadir la libertad del language que reinaba en aquella república. Aristófanes, decia, sacaba á la escena generales, oradores, filósofos, y aun al mismo pueblo; y este pueblo de Atenas, escarnecido, ya bajo el aspecto de un anciano, ya bajo el de un jóven, lejos de incomodarse, proclamaba á Aristófanes vencedor en los juegos, y le estimulaba con aplausos y coronas. Muchas de sus comedias iban dirigidas contra los *ultra-revolucionarios* de aquel tiempo, y las burlas ocasionadas eran crueles. «Y si hoy, añadía Camilo, «se tradujese alguna de aquellas comedias ejecutadas cuatrocientos treinta años antes de Jesucristo, bajo el arconte Stenoclés, al instante sostendria Hebert en los franciscanos que la pieza era «recien compuesta, inventada tal vez por Fabre-d'Églantine contra él y Rosin, y que el traductor «era la causa de la carestia.»

«Sin embargo, continuaba Camilo con tristeza; «me engaño cuando digo que los hombres han cam-

«biado; siempre han sido los mismos, y la libertad «de hablar no ha estado mas protegida en las repúblicas antiguas que en las modernas. Sócrates «acusado de haber hablado mal de los dioses, bebió la cicuta; y Ciceron, por haber atacado á Antonio, fué proscrito.»

De esta suerte aquel desgraciado jóven parecia adivinar que no se perdonaria á él tampoco la libertad de que usaba. Aquellas agudezas y aquella elocuencia irritaban á la junta; y mientras acechaba á Rousin, á Hebert, á Vincent y á todos los alborotadores, concebía un encono funesto contra el agradable escritor que se reia de sus sistemas; contra Danton que creian le inspiraba, y en fin, contra todos los hombres que se suponian amigos ó partidarios de estos dos caudillos.

Para no apartarse de la línea que se habia trazado, presentó la junta dos decretos á continuacion de los informes de Robespierre y de Saint-Just, encaminados, decia, á labrar la dicha del pueblo á costa de sus enemigos. Por medio de estos decretos, la junta de seguridad general quedaba facultada únicamente para examinar las reclamaciones de los presos, y ponerlos en libertad si reconocia que eran patriotas. Al contrario, todos aquellos que fuesen reconocidos por enemigos de la revolucion, quedarian encarcelados hasta la paz, desterrados luego para siempre, y sus bienes secuestrados provisionalmente, debian repartirse á los patriotas é indigentes, cuyas listas formarían los ayuntamientos. Esto era en sustancia aplicar la ley agraria contra los sospechosos y en beneficio de los patriotas, y el espíritu de ambos decretos del 8 y 13 ventoso (año segundo) ideados por Saint-

Just, se encaminaba á los *ultrarevolucionarios*, y á conservar á la junta su reputacion de energia.

En este tiempo, los conjurados se agitaban con mas violencia que nunca. Nada prueba que sus proyectos estuviesen bien decididos, ni que hubiesen puesto á Pache y al Ayuntamiento en sus tramas; pero se iban preparando como el 31 de mayo, sublevaban á las sociedades populares, á los franciscanos y á las secciones; esparcian voces amenazadoras, y procuraban aprovecharse de las turbulencias que suscitaba la escasez, cada dia mayor y mas sensible.

De repente se vieron aparecer por los mercados y alhóndigas, carteles y folletos, anunciando que la Convencion era la causa de todos los males del pueblo, y que se le debía arrancar la faccion peligrosa que queria renovar á los brissotistas y á su funesto sistema. Algunos de estos escritos se atrevian á decir que debía renovarse la Convencion entera, elegirse un caudillo, y organizar la potestad ejecutiva, etc.... En una palabra, todas las ideas que habian revuelto en sus cabezas, Vincent Ronsin y Hebert, llenaban estos escritos y manifestaban su origen. Al mismo tiempo se vieron á los de las *charreteras*, mas turbulentos y ufanos que nunca, amenazando con insolencia ir á degollar en las cárceles á los enemigos que la Convencion corrompida se obstinaba en contemplar. Decian que muchos patriotas se encontraban injustamente confundidos en las prisiones con los aristócratas, y que iban á entresacarlos dándoles al mismo tiempo armas y libertad. Ronsin, vestido con gran uniforme de general del ejército revolucionario, con una banda tricolor, un gran penacho

de plumas encarnadas, y rodeado de algunos de sus oficiales, recorria las cárceles, pedia los padrones y formaba listas.

El dia 15 de ventoso se reunió la seccion de Marat, presidida por Momoro, é indignada por las maquinaciones de los enemigos del pueblo, declaró en masa que desde aquel dia se la considerase permanente y despierta, que iba á cubrir con un velo el cuadro de los derechos del hombre y que permanecería en aquel estado hasta que se asegurasen al pueblo los abastos y la libertad, y quedasen castigados sus enemigos. En la misma noche se juntan alborotadamente los franciscanos, trazan el cuadro de los padecimientos públicos, se reflejan las persecuciones que recientemente han sufrido los dos grandes patriotas Vincent y Ronsin, quienes decian, estaban enfermos en el Luxemburgo, sin poder obtener un médico que los cuidase: por consiguiente, se declara la patria en peligro, y se cubre el cuadro de los derechos del hombre. Asi habian principiado todas las insurrecciones, declarando que las leyes quedaban suspendidas, y que entraba el pueblo en el ejercicio de su soberania.

El dia siguiente 16, la seccion de Marat, y los franciscanos, se presentan en el Ayuntamiento para manifestarle sus acuerdos, y para inducirlo á los mismos pasos. Pache habia tenido cuidado de no presentarse, y un tal Lubin presidia el consejo general. Contesta á la diputacion con visible embarazo; dice que en el momento en que la Convencion toma medidas tan enérgicas contra los enemigos de la revolucion, y para socorrer á los patriotas necesitados, es muy extraño que se dé una

señal de apuro, y se cubra la declaracion de los derechos. Aparentando luego justificar al consejo general, cual si estuviese acusado, añade Lubin que se ha aplicado todo el esfuerzo posible para asegurar los abastos, y arreglar su distribucion. Contesta Chaumette tambien vagamente, recomienda la paz, requiere el informe sobre el cultivo de los jardines de recreo y sobre el abastecimiento de la capital que segun los decretos, debia quedar provista como una plaza de guerra.

De manera que los gefes del Ayuntamiento estaban vacilantes, y el movimiento aunque tumultuoso no era bastante fuerte para arrollarlos, é infundirles el valor de vender á la junta y á la Convencion. Grande era sin embargo el alboroto, y la asonada principiaba como todas las que antes habian tenido éxito, debiendo infundir los mismos temores. Por una contraria casualidad, la junta de salvacion pública estaba privada en aquel momento de sus individuos mas influyentes: Billaud-Varennes y Juan-Bon-Saint-André, estaban ausentes por negocios administrativos; Couthon y Robespierre estaban enfermos, y este no podia acudir á gobernar á sus leales jacobinos. Quedaban únicamente Saint-Just y Collot-d'Herbois; para desbaratar esta tentativa, marcháronse entrambos á la Convencion, que se reunia atropelladamente, y temblaba de pavor. A propuesta suya llaman en seguida á Fouquier-Tinville; y le encargaron que sin perder momento inquiriesen quiénes habian sido los repartidores de los escritos incendiarios esparcidos por los mercados, los alborotadores que trastornaban las sociedades populares, y en fin, á todos los conspiradores que amenazaban alterar la

tranquilidad pública, á quienes se le ordenó por un espreso decreto que los arrestara al punto, y que diese su informe á la Convencion en el término de tres dias.

Poca cosa era tener un decreto de la Convencion, porque jamás los habia rehusado esta contra los perturbadores, ni tampoco los negó á los girondinos contra el Ayuntamiento sublevado; pero habia que asegurar su ejecucion, haciéndose dueños de la opinion pública. Collot, que tenia una gran popularidad en los jacobinos y en los franciscanos, por su elocuencia de club, y especialmente por una energia de sentimientos revolucionarios bien conocida, quedó encargado de esta jornada, é inmediatamente se trasladó á los jacobinos. Apenas estuvieron reunidos, cuando les trazó el cuadro de las facciones que amenazaban á la libertad, y de las intrigas que se preparaban, diciendo: «Nueva campaña va á abrirse; los cuidados de la junta que tan felizmente ha terminado la anterior, iban á asegurar á la república nuevas victorias. Contando con vuestra confianza y aprobacion, que siempre han deseado merecer, se entregaba á sus trabajos; pero de repente han querido nuestros enemigos detener sus pasos, han alborotado en torno suyo á los patriotas para indisponerlos y hacer que se degüellen entre sí. Quieren hacer de nosotros soldados de Cadmo, quieren inmolarlos por nuestras mismas manos. ¡Pero no, no seremos nosotros los soldados de Cadmo! Gracias á vuestro buen espíritu, permaneceremos amigos y no seremos mas que soldados de la libertad! Confiada en vosotros, sabrá la junta resistir con energia, refrenar á los alborotadores, lanzarlos fuera

«de las filas de los patriotas, y despues de este sacrificio indispensable, llevar adelante sus trabajos y vuestras victorias. Peligroso es el punto en que nos habeis colocado, añade Collot, pero ninguno de nosotros se estremece á la vista del peligro. La junta de seguridad general acepta su trabajoso encargo de celar y perseguir á todos los enemigos que maquinan en secreto contra la libertad; la junta de salvacion pública nada omite para llenar su inmensa tarea, pero entrambos necesitan vuestra ayuda. Poco numerosos somos en estos dias de peligro; Billaud y Juan-Bon están ausentes, y enfermos nuestros amigos Couthon y Robespierre. Quedamos, pues, en corto número para combatir á los enemigos del bien público; y es menester que nos sostengais, ó que nos retiremos.»—No, no, gritaron á una voz los jacobinos: no os retireis, os sostendremos.—Aplausos numerosos acompañaron á estas palabras animosas, y entonces continuó Collot refiriendo cuanto habia pasado en los franciscanos. «Hay hombres, decia, que jamás han tenido valor para sufrir algunos dias de encierro, que nada han padecido en la revolucion, á quienes hemos defendido cuandolos hemos conceptuado oprimidos, y que luego han querido producir una insurreccion en Paris por haber estado detenidos algunos instantes. ¡Una insurreccion por el padecimiento de dos individuos, y porque estando algo malos no ha acudido el médico tan pronto!... Anatema contra los que promuevan una insurreccion?»—Sí! sí! caiga el anatema, exclamaron todos los jacobinos juntos. «Marat era franciscano, continuó Collot, Marat era jacobino; pues bien, fué tambien perseguido, y

«algo mas sin duda que esos hombres de un dia; lo llevaron ante el tribunal, donde no debian comparecer sino aristócratas: ¿provocó alguna insurreccion? . . no! La insurreccion sagrada, la que debe libertar á la humanidad del yugo de sus opresores, nace de sentimientos mas generosos que ese menguado impulso con que quieren arrastrarnos; pero no caeremos en él. La junta de salvacion pública no cederá á los intrigantes; toma medidas fuertes y vigorosas, y aunque perezca, no abandonará tan gloriosa tarea!»

Apenas acaba Collot, toma Momoro la palabra para justificar á la seccion de Marat y á los franciscanos. Confiesa que se ha arrojado un velo sobre la declaracion de los derechos, pero niega los demas actos, y particularmente el proyecto de insurreccion, y sostiene que la seccion de Marat y de los franciscanos está animada de los mejores sentimientos. Conspiradores que se justifican, quedan perdidos; pues en no pudiendo confesar la insurreccion, y cuando solo la espresion del objeto no hace prorumpir á la opinion en su favor, ya no pueden hacer nada. Oyese á Momoro con marcada desaprobacion, y queda Collot encargado de ir en nombre de los jacobinos á unirse con los franciscanos y á atraerse á unos hermanos estraviados por sugestiones alevosas.

La noche estaba muy ya avanzada, y Collot no podia acudir á los franciscanos sino al dia siguiente 17; pero el peligro pavoroso al principio, no era ya temible. Mostrábase hasta la evidencia que la opinion no favorecia ya á los conjurados, si puede dárseles este nombre. El Ayuntamiento habia re-trocedido; los jacobinos seguian con la junta y con

Rehespierre, aunque ausente y enfermo. Los franciscanos impetuosos, débilmente dirigidos, y sobre todo abandonados del Ayuntamiento y de los jacobinos, no podían menos que ceder á la sacundia de Collot-d'Herbois, y al honor de ver en su seno un miembro tan famoso del gobierno. Vincent, con su frenesí, Hebert con su asqueroso periódico, cuyos números se iban multiplicando, y Momoro con sus acuerdos de la seccion de Marat, no podían determinar un movimiento decisivo. Solo Ronsin, con su gente de *charreteras* y pertrechos considerables, hubiera podido tantear un golpe de mano si hubiera tenido audacia para ello; pero sea que no encontrase la misma en sus amigos, ó sea que no confiase bastante en su tropa, no se movió, y desde el 46 al 47 todo se limitó á rumores y á amenazas. Los de las *charreteras*, repartidos en las sociedades populares, las iban alborotando; pero no se atrevieron á recurrir á las armas.

El 47 por la tarde, se fué Collot á los franciscanos, donde le acogieron con victores multiplicados. Dijoles que algunos enemigos secretos de la revolucion procuraban estraviar su patriotismo; que se habia querido declarar la república en estado crítico, mientras que solo la monarquía y la aristocracia estaban enagonia; que se empeñaban en desavenir á los franciscanos con los jacobinos, pero que al contrario, debían componer una sola familia, hermanada por principios é intenciones; que aquel proyecto de insurreccion, aquel velo tendido sobre la declaracion de los derechos, regocijaban á los aristócratas; y que la víspera, imitando aquel ejemplo, habian cubierto en sus tertulias la declaracion de los derechos; y así para no llenar de sa-

tisfaccion al enemigo comun, debían apresurarse á descubrir el código sagrado de la naturaleza. Los franciscanos quedaron arrollados, aunque habia entre ellos crecido número de subalternos de Bouchotte; manifestáronse arrepentidos, quitaron la gasa tendida sobre la declaracion de los derechos, y se la entregaron á Collot encargándole que asegurase á los jacobinos, que siempre caminarían por la misma senda.

Collot-d'Herbois fué á anunciar á los jacobinos su victoria sobre los franciscanos y *ultra-revolucionarios*. Yacian, pues, los conjurados en completo abandono, sin quedarles mas arbitrio que el de un golpe de mano, que como hemos dicho, era casi imposible. La junta de salvacion pública resolvió evitar todo movimiento por aquella parte, prendiendo á los principales autores, y enviándoles al momento al tribunal revolucionario. Mandó á Fouquier que indagase los hechos de que se podia componer la conspiracion, y de disponer en seguida un auto de acusacion. Saint-Just, quedó al mismo tiempo encargado de presentar un informe á la Convencion, contra las facciones reunidas que amenazaban á la tranquilidad del Estado.

El 23 de ventoso (13 de marzo), presentó Saint-Just su informe, y segun el sistema adoptado, presentó siempre al estrangero dirigiendo á dos facciones. La una compuesta de hombres sediciosos, incendiarios, ladrones, difamadores y ateos, que trataban de acarrear el trastorno de la república con su exageracion; y la otra compuesta de viciosos, agiotistas, concussionarios y prevaricadores, los cuales seducidos con el atractivo de los delictes, querian enervar á la república y deshonorarla.

Dijo que una de estas facciones habia tomado la iniciativa, intentando levantar el estandarte de la rebelion; pero que iba á ser atajada, y que por consiguiente acudia en demanda de un decreto de muerte contra aquellos que habian meditado el trastorno de los poderes, maquinado la corrupcion del espíritu público, y de las costumbres republicanas, entorpecido la llegada de los abastos, y contribuido de cualquier modo al plan tramado por el extranjero. Luego añadió Saint-Just, que desde aquel instante se debia PONER AL ORDEN DEL DIA, LA JUSTICIA, LA PROVIDA, Y TODAS LAS VIRTDES REPUBLICANAS.

En este informe, escrito con una violencia fanática, estaban todas las facciones igualmente amenazadas; pero claramente el blanco para los tiros del tribunal revolucionario; eran los conspiradores ultra-revolucionarios, como Ronsin, Vincent, Hebert, etc., y los corrompidos Chabot, Bazire, Fabre y Julien, fraguadores del falso decreto. Guardábase una siniestra reticencia con los que llamaba Saint-Just *indulgentes y moderados*.

En la tarde del mismo dia, dirigen Robespierre y Conthon á los jacobinos, y entrambos son cubiertos de aplausos. Los rodean, les dan el parabien del restablecimiento de su salud, y prometen á Robespierre un afecto sin limites. Pide para el dia siguiente una sesion extraordinaria, á fin de aclarar el misterio de la descubierta conspiracion. Acuérdate la sesion, y no es menos grande el alfan del Ayuntamiento, pues á propuesta del mismo Chaumette, se pide el informe que Saint-Just habia pronunciado en la Convencion, y envia á la imprenta de la república por un ejemplar para

Jeerlo. Todo se somete con docilidad á la autoridad triunfadora de la junta de salvacion pública. En aquella noche del 23 al 24, Fouquier-Tinville hace arrestar á Hebert, á Vincent, á Ronsin, á Momoro y á Mazuel, uno de los oficiales de Ronsin, y por último al banquero extranjero Kock, agiotista ultra-revolucionario, con quien Hebert, Ronsin y Vincent comian frecuentemente, y formaban todos sus proyectos. De este modo la junta tenia dos banqueros extranjeros; para persuadir á todos, que ambas facciones se movian á impulsos de la coaliccion. El baron de Batz debia servir para probar este hecho contra Chabot, Julien y Fabre, y contra todos los corrompidos y moderados, mientras que Kock suministraria la misma apariencia de prueba contra Vincent, Ronsin, Hebert y los ultra-revolucionarios.

Los delatados se dejaron prender sin resistencia, y se enviaron el dia siguiente al Luxemburgo. Los presos acudieron gustosos para ver entrar á aquellos furibundos, que tanto les habian atemorizado con la amenaza de un nuevo setiembre. Ronsin manifestó mucha entereza é indiferencia, el cobarde Hebert estaba abatido y exánime, Momoro consternado, y Vincent con convulsiones. La noticia de estas prisiones se esparció al momento por Paris, y produjo una general alegría. Por desgracia añadían que no habia acabado, y que iba á atacar á los hombres de todos los partidos. Repitióse lo mismo en la sesion extraordinaria de los jacobinos; y despues que cada cual hubo referido lo que sabia de la conspiracion, de sus autores, y de sus proyectos, se añadió que ademas saldrian á la luz todas las tramas, y que se daría

un informe acerca de otros hombres que los perseguían en aquel momento.

La secretaria de la guerra, el ejército revolucionario y los franciscanos acababan de ser ofendidos en las personas de Vincent, Ronsin, Hebert, Mazuel, Momoro y consocios. Queríanse también ensañar contra el Ayuntamiento, y no se hablaba de otra cosa que de la dignidad del gran juez que estaba reservada para Pache; pero se sabía muy bien que era incapaz de mezclarse en una conspiración. Conociase su respeto hacia las autoridades, su predominio con el pueblo, y no se quiso arrollarle con los otros, prefiriendo arrestar á Chaumette, que no era tan arrojado ni tan peligroso como Pache, pero que por su vanidad y sus desvarios era autor de las determinaciones mas imprudentes del Ayuntamiento, y uno de los apóstoles mas celosos del culto de la Razon. Prendieron, pues, á Chaumette, y lo enviaron al Luxemburgo con el obispo Gobel, autor de la imponente escena de la abjuración, y con Anacarsis Clootz, excluido ya de los jacobinos y de la Convención, por su origen extranjero, su nobleza, su fortuna, su república universal y su ateísmo.

Llegado Chaumette al Luxemburgo, corrieron á él los sospechosos y le abrumaron á sarcasmos. El desgraciado, á pesar de su tendencia á la declaración, no tenía ni la audacia de Ronsin, ni los arrebatos de Vincent. Sus cabellos lacios y sus trémulas miradas le daban las apariencias de un misionero, habiéndolo sido verdaderamente del nuevo culto. Recordábanle sus requisitorias contra las rameras, contra los aristócratas, contra el hambre y contra los sospechosos. Un preso incli-

nándose le dijo:—Filósofo Anaxágoras, *yo soy sospechoso, tú eres sospechoso, nosotros somos sospechosos* » Chaumette se escusó con un tono rendido y trémulo: pero desde aquel momento no se atrevió á salir de su celdilla, ni á presentarse en el patio de los presos.

Después de haber mandado arrestar la junta á estos desdichados, hizo redactar por la de seguridad general el auto de acusación contra Chabot, Bazire, Delaunay, Julien de Tolosa y Fabre. Acusados los cinco, pasaron al tribunal revolucionario, y en aquel momento se supo que una emigrada, perseguida por una junta revolucionaria, había encontrado asilo en casa de Herault-Secheltes. Este diputado muy conocido ya por su colosal fortuna, por su noble alcurnia, su gallarda figura, su ingenio y finos modales, que era amigo de Danton, de Camilo Desmoulins, de Proli, y que aun él mismo se asombraba al verse entre las filas de aquellos terribles revolucionarios, se había hecho sospechoso, sin que nadie se acordase que él había sido el autor principal de la constitución. Apresuróse la junta á prenderlo, primero porque no gustaba de él, y luego para demostrar que castigaba igualmente á los moderados cogidos en una falta, y que no sería mas indulgente con ellos que con los demás culpables. Así es que los golpes de la temible junta descargaban á un tiempo sobre los hombres de todas clases, opinion y mérito.

El 1.º de germinal (20 de marzo), se entabló la causa de una parte de los conspiradores. Juntáronse en la misma acusación Ronsin, Vincent, Hebert, Momoro, Mazuel, el banquero Kock, el joven lionés Leclerc, hecho jefe de division en la

secretaria de Bouchotte, los llamados Ancar y Ducroquet, comisarios de abastos, y algunos otros individuos del ejército revolucionario y de las oficinas de la guerra. Para continuar la suposición de complicidad entre la facción ultra-revolucionaria y la estrangera, se confundió tambien la misma acusacion á Prolí, Dubouison, Pereira y Desseux, que nunca habian tenido relacion con los demas acusados. Reservóse á Chaumette para figurar despues con Gobel y los demas autores de las escenas del culto de la Razon: en fin, si Clootz, que debia asociarse á estos últimos, se incorporó con Prolí, fué por su calidad de estrangero. Los acusados eran diez y nueve, y Ronsin y Clootz los mas firmes y atrevidos, el primero de los cuales dijo á sus compañeros: «¿A qué traeis aquí esos papeles y esos preparativos de defensa? ¿no conocéis que este es un proceso político? Todos seréis condenados, porque cuando debiais obrar, perdisteis el tiempo charlando; ahora pues, sabed morir. Por lo que á mi hace, os juro que no volveréis temblar; procurad hacer otro tanto.» Los miserables Hebert y Momoro se lamentaban diciendo que estaba perdida la libertad.—«¿Perdida la libertad, exclamó Ronsin, porque algunos pobres diablos van á perecer? La libertad es inmortal. Nuestros enemigos sucumbirán despues de nosotros y la libertad les sobrevivirá á todos!» Como no cesaban de acusarse unos á otros, Clootz les exhortó para que no agravasen sus males con mutuas reconvenções, citandoles aquel famoso apólogo:

*Je revais cette nuit que de mal consumé
Côte à côte d'un pauvre on m'avait inhumé.*

La cita surtió su efecto, y dejaron de vituperarse sus desgracias. Clootz, lleno siempre de sus opiniones filosóficas hasta el cadalso, persiguió los últimos restos de deísmo que podia quedar en ellos, y no dejó de predicarles hasta el último momento la naturaleza y la razon, con un ardiente celo, é inconcebible menosprecio de la muerte. Condujéronles al tribunal en medio de un inmenso gentío; y ya se ha visto por la relacion de su conducta á qué venia á reducirse su conspiración. Clubistas de infame clase, intrigantes de oficina, matones del ejército revolucionario, que tenian aquella exageracion propia de los inferiores, como suelen hacer los encargados de ejecutar ordenes, que generalmente se escuden de lo que se les manda; así es que habiendo querido exagerar al gobierno revolucionario hasta hacer de él una simple comision militar, habian querido la abolicion de la supersticion de los cullos, trocar las costumbres republicanas en groseria, la libertad del lenguaje en la mas asquerosa baja, y en fin, convertir el recelo y la severidad democrática respecto de los hombres, en la difamacion mas atroz. Baktones contra la Convencion y la junta, proyectos de gobierno en las mociones presentadas en los franciscanos y en las secciones, folletos inauditos, una visita de Ronsin á las cárceles para indagar si habia patriotas encerrados, como acababa de estarlo él mismo, y en fin, algunas amenazas y la tentativa de un movimiento so pretexto de la escasez, eran todas sus tramas. En una palabra, habia en todo ello muchas faltas y hasta indecencias propias de la gente baja; pero una conspiracion profundamente urdida con el estrangero, era empu-

sa muy superior á los alcances de tales miserables. Era una pérdida suposición de la junta, que el infame Fouquier-Tinville tuvo encargo de manifestar al tribunal, y que este tuvo orden para adoptarla.

En él se alegaron aquellas palabras necias con que Vincent y Ronsin se habian propasado contra Legendre, comiendo con él en casa de Pache, con objeto de demostrar que aquellas proposiciones repetidas de que era preciso organizar el poder ejecutivo, probaban la intencion de aniquilar la representacion nacional y á la junta de salvacion pública. Sus francachelas en casa del banquero Kock se citaron como pruebas de su correspondencia con el extranjero; y á estas se añadió la de las cartas escritas de París á Londres, insertas en los periódicos ingleses, anunciando segun la agitacion que reinaba, movimientos que eran presumibles. Estas cartas, digeron á los acusados, demuestran vuestras confiancias con el extranjero, puesto que él predice de antemano vuestras maquinaciones. La escasez que habian atribuido al gobierno para sublevar al pueblo, se imputó á ellos únicamente; y pagando Fouquier una calumnia con otra, les sostuvo que eran ellos la causa de la escasez, haciendo asaltar en los caminos á los carros portadores de frutas y legumbres. Las municiones acopiadas en París para el ejército revolucionario, se pretendió que eran preparativos para conspiracion, la visita de Ronsin á las prisiones se dió como prueba del proyecto de armar á los sospechosos y de desencadenarlos en París. En fin, los escritos esparcidos por los mercados, y el velo tendido sobre la declaracion de los derechos, se consideraron

como principio de la ejecucion, y Hebert particularmente quedó cubierto de infamia, no reconviniéndole apenas sus actos políticos, ni por su diario, sino provándole sus antiguos robos de camisas y pañuelos.

Pero dejemos aparte estas discusiones vergonzosas entre reos tan rateros, y un acusador mas bajo aun de quien se valia un gobierno terrible para consumir los sacrificios que tenia dispuestos. Retraido en su elevada esfera, iba designando este gobierno á los desdichados que le ponian algun obstáculo y trasmitia á su procurador general Fouquier el cuidado de cumplir con las formalidades por medio de mentiras y patrañas. Si en medio de aquella turba vil de victimas; sacrificadas á la necesidad del sosiego público, merecen separarse algunas, son aquellos desgraciados extranjeros Proli y Anacarsis Clootz, condenados como agentes de la coligacion. Proli, segun hemos dicho, conocia muy bien las tendencias de Bélgica, su patria, y no podia menos de desaprobear la violencia ignorante de los jacobinos en aquel pais, al paso que habia admirado el talento de Dumouriez, como lo confesó en el tribunal. Su conocimiento de las cortes extranjeras habia sido útil dos ó tres veces á Lebrun, y lo confesó igualmente.—Tú has vituperado, le dijeron, el sistema revolucionario en Bélgica, has celebrado y admirado á Dumouriez, y has sido amigo de Lebrun, luego eres agente de los extranjeros. No se alegaron mas hechos. En cuanto á Clootz, su república universal, su dogma de la razon, sus cien mil libras de renta, y algunos esfuerzos empleados para poner en salvo á una emigrada, bastaron para convencerle. Al principiar el

tercer día de los debates, el jurado se declaró suficientemente enterado, y condenó en globo á aquellos intrigantes, embrollones y desdichados extranjeros á la pena de muerte. Uno solo quedó absuelto, y fué el llamado Laboureaux, quien en este negocio habia servido de espía á la junta de salvacion pública. El 4 de jerminal (24 de marzo), á las cuatro de la tarde fueron los reos conducidos al suplicio; el gentío fué tan grande como en las ejecuciones anteriores, pues se alquilaban sitios en carros y mesas colocadas alrededor del cadalso. Ni Ronsin ni Clootz dieron muestra de la menor flaqueza, pero Hebert, confundido de vergüenza y desalentado con el desprecio, no cuidaba de sobreponerse á su cobardía; se desmayaba á cada instante; y el populacho, tan vil como él, seguía á la fatal carreta, repitiendo el grito de los ciegos y revendedores: *Está terriblemente colérico el Padre Duchesne.*

Así quedaron sacrificados estos miserables á la indispensable necesidad de plantear un gobierno firme y denodado, y aquí la necesidad de orden y obediencia no era uno de esos solismas con los cuales inmolan á sus víctimas los gobiernos. Toda la Europa amenazaba á la Francia; todos los discolos intentaban apoderarse de la autoridad y comprometían la salvacion con sus contiendas. Era indispensable que algunos hombres mas enérgicos se apoderasen de esta autoridad contrastada, la ejerciesen con exclusion de todos, y pudiesen emplearla para resistir á la Europa. Si queda algun sentimiento, es ver emplear la mentira contra estos menguados, es ver entre ellos á un hombre de un valor firme, como Ronsin, á un loco inocente

como Clootz, y á un extranjero tal vez inteligente, pero no conspirador, de relevante mérito, como el desventurado Proli.

Apenas habian sufrido los hebertistas el suplicio, manifestaron suma alegría los *indulgentes*, y digeron quenose equivocaron en delatar á Hebert, á Ronsin y á Vincent, puesto que la junta de salvacion pública y el tribunal revolucionario acababa de llevarlos al cadalso. — «¿De qué nos acusan? decian. Lo único que hemos hecho ha sido patentizar que estos facciosos intentaban trastornar la república, destruir la Convencion nacional, suplantar á la junta de salvacion pública, y añadir el peligro de las guerras religiosas al de las civiles, y acarrear una confusion general. Esto es precisamente lo que les han vituperado Saint-Just, y Fouquier-Tinville enviándolos al suplicio. ¿En qué podemos nosotros ser conspiradores y enemigos de la república? Nada era mas justo que estas reflexiones, y la junta opinaba exactamente como Danton, Camilo Desmoulins, Philippeaux y Fabre acerca del peligro de esta turbulencia anárquica; y la prueba es que Robespierre, desde el 31 de mayo habia estado defendiendo á Danton y á Camilo, y acusando á los anarquistas. Pero lo repetimos, ensañándose con estos últimos la junta se esponia á pasar por moderada, y era necesario que por otra parte desplegase el mayor rigor para no comprometer su reputacion revolucionaria. Opinando idénticamente como Danton y Camilo, tenia que censurar sus opiniones, sacrificarlos en sus discursos, y manifestar que no los protegía mas que á los hebertistas. Saint-Just en su informe contra ambas facciones, la habia acusado igual-

mente, guardando un silencio amenazador respecto á los *indulgentes*. Colliot dijo en los jacobinos que no estaba todo concluido, y que se preparaba un informe contra otros individuos diferentes de los presos. A estas amenazas se habia juntado el arresto de Herault-Sechelles, amigo de Danton; y uno de los sujetos mas estimados de aquel tiempo. Hechos semejantes no manifestaban una intencion de ceder, y sin embargo por todas partes se decia que la junta iba á retroceder, á suavizar el sistema revolucionario, y á ensañarse contra los degolladores de toda especie. Cuantos anhelaban este retroceso á una política mas clemente, los arrestados, y sus familias, en una palabra, todos los ciudadanos tranquilos y perseguidos bajo el concepto de *indiferentes*, se entregaron á esperanzas indiscretas y dijeron con altanería que por último iba á terminar el régimen de las leyes de sangre. Bien pronto fué esta la opinion general, esparciéndose por los departamentos, y en especial hácia el Ródano, donde hacia meses se estaban ejerciendo venganzas espantosas, y en donde Ronsin habia causado tanto temor. Respiróse en Lyon por un momento, y ya se atrevian á presentar la cara á los opresores, como diciéndoles que sus crueldades iban á terminar. A estos rumores, á estas esperanzas de la clase media y sosegada, se indignaron los patriotas. Los jacobinos de Lyon escribieron á los de Paris que los aristócratas levantaban la cabeza, que muy pronto no se les podria tolerar y que si no enviaban fuerzas y auxilios, se verian obligados á suicidarse como el patriota Gaillard, que se dió de puñaladas en el primer encarcelamiento de Ronsin.

«Heleido dijo Robespierre en los jacobinos, algunas cartas de los patriotas lyoneses; todas manifestan la misma desesperacion, y si cuanto antes no se acude á remediar sus males, no hallarán alivio mas que en la receta de Caton y de Gaillard. La faccion pérfida, que afectando un patriotismo estravagante, intentaba sacrificar á los patriotas, ha sido esterminada, pero poco importa á los estrangeros en tanto que tengan otra. Si Hebert hubiera triunfado, hubiera sido destruida la Convencion, la república hubiera quedado sumergida en un profundo caos y satisfecha la tiranía; pero con los moderados, pierde su energia la Convencion, quedan impunes los crímenes de la aristocracia, y triunfan los tiranos. El estrangero espera tanto en una faccion como en otra, y tiene que asalariarlas á todas sin fijarse en ninguna. «¿Qué le importa que Hebert espire en el cadalso, si le quedan traidores de otra especie para llevar á cabo sus proyectos? Nada, pues, habeis hecho, interin os quede una faccion por destruir, y la Convencion está resuelta á sacrificarlas todas hasta la última.»

De esta manera habia conocido la junta la necesidad de purificarse de las reconconvenciones de moderacion, por medio de un nuevo sacrificio. Robespierre habia defendido á Danton, quando una faccion osada venia á descargar á su lado sobre uno de los mas afamados patriotas. La política entonces, el peligro comun, todo le incitaba á defender á su antiguo compañero; pero hoy no existia ya esta faccion atrevida. Defendiendo por mas tiempo á su colega rebajado en la opinion del pueblo, se comprometia él mismo; y ademas, la con-

Acta de Danton debia despertar muchas reflexiones en su alma envidiosa. ¿Qué hacia Danton lejos de la junta? Rodeado de Philippeaux y de Camilo Desmoulins, parecia como el incitador y el caudillo de aquella nueva oposicion, que perseguia al gobierno con censuras y escarnios amargos. Hacia algun tiempo que sentado frente de aquella tribuna á donde iban á descollar los miembros de la junta, manifestaba Danton cierto aire de desprecio y de amenaza a un tiempo. Su ademan, sus espresiones repetidas de boca en boca, y sus eulaces, estaban probando que despues de haberse aislado del gobierno, se habia constituido en censor, quedandose á un lado como para atacarle con su grande nombradía. Hay mas: aunque ya sin popularidad, gozaba sin embargo Danton de una reputacion de audacia, y de genio politico en sumo grado. Sacrificado una vez, no quedaba un gran nombre fuera de la junta; y en ella solo habia reputaciones secundarias, como Saint-Just, Couthon y Collot-d'Herbois. Consintiendo en este sacrificio, destruia Robespierre con el mismo golpe á su rival, devolvia al gobierno su reputacion de energia, y robustecia principalmente su opinion de virtud, atacando á un hombre acusado de haber querido el dinero y los deleites; hallábase ademas comprometido á este sacrificio por todos sus compañeros, mas celosos todavia de Danton, que él mismo. No ignoraban Couthon y Collot-d'Herbois los desprecios que debian al tan célebre tribuno; Billaud, frio, rastroero y sanguinario, hallaba en él alguna cosa de grande y dominante; y Saint-Just, dogmático austero y orgulloso, era antipático á un revolucionario ejecutivo, generoso y

franco, y veia que muerto Danton, quedaba el segundo personaje de la república. Todos sabian en fin, que Danton, en su proyecto de renovar la junta, creia no deber conservar sino á Robespierre. Rodearon, pues, á este, y no tuvieron que hacer grandes esfuerzos para arrancarle una determinacion tan placida á su orgullo. No se saben las esplicaciones que produjo esta resolucion, ni el dia en que se acordó; pero de repente se hicieron misteriosos y amenazadores. Ya no se habló mas de sus proyectos, pues en la Convencion y en los jacobinos guardaron un profundo silencio. Rumores siniestros corrian empero, diciéndose que Danton, Camilo, Philippeaux y Lacroix iban á ser inmolados á la autoridad de sus cólegas. Los amigos comunes de Danton y de Robespierre, sobresaltados con estas voces, y viendo que despues de un acto semejante no habia una sola cabeza que pudiese estar segura y que el mismo Robespierre no debia vivir tranquilo, intentaron amistar á Robespierre y á Danton, y los obligaron á esplicarse. Encerrado Robespierre en un obstinado silencio, se desentendió de toda propuesta, guardando una reserva feroz. Al hablarle de la antigua amistad que habia manifestado á Danton, respondió hipócritamente que nada podia en pro ni en contra de su compañero, que la justicia estaba presente para defender á la inocencia, que en cuanto á él, su vida entera habia sido un sacrificio continuo de sus afectos á la patria y que si su amigo era culpable, tambien le sacrificaría á su pesar, como á todos los demas ante el altar de la república.

Desde luego se conoció que la cosa estaba decidida que el hipócrita rival no queria comprometer-

se por su amigo, y que se reservaba la libertad de entregarlo a sus compañeros. Los rumores de nuevos arrestos iban adquiriendo mas consistencia; los amigos de Danton le estrechaban para que saliese de su especie de letargo, arrojara su pereza, y descollase al fin con aquella frente revolucionaria que nunca se habia mostrado inútilmente en la borrasca. «Lo sé, decía Danton, tratan de prenderme!... pero no, añadía, no se atreverán!...» Además ¿qué podía hacer? huir era imposible. ¿Qué país querría dar asilo á revolucionario tan formidable? ¿Iria á autorizar con su huida todas las calumnias de sus enemigos? Fuera de esto él amaba mucho á su país y solía decir *que no se llevaba la patria en la suela de los zapatos*. Por otra parte, permaneciendo en Francia, pocos arbitrios le quedaban de que echar mano. Los franciscanos pertenecian á los *ultra-revolucionarios*, y los jacobinos á Robespierre: la Convencion estaba trémula; ¿en quién debía apoyarse?... Esto es lo que no han considerado los que habiendo visto á aquel hombre tan poderoso incendiar el trono en el 10 de agosto, y sublevar al pueblo contralos estrangeros, no han podido concebir cómo cayó sin resistencia. El númen revolucionario no consiste en rehacer una popularidad perdida, en crear fuerzas que no existen, sino en dirigir con osadía los afectos de un pueblo cuando uno participa de ellos. La generosidad de Danton y el desvío de los negocios le habian quitado casi el favor popular, ó por lo menos no le habian dejado bastante para derribar á la autoridad reinante. En esta conviccion de su impotencia esperaba y repelia: *No se atreverán!* Era creible que ante un nombre tan grande y de servi-

cios tan eminentes titubearian sus contrarios; y con esta reflexion volvía á su pereza é indiferencia, propia de los seres fuertes, que esperan el peligro, sin azorarse mucho para libertarse de él.

Continuaba siempre la junta guardando el mayor silencio, y corrían y se esparcían rumores siniestros. A los seis dias de la muerte de Hebert, esto es, el 9 de germinal, de repente, los hombres apacibles indiscretamente alentados, viendo sucumbir el partido de los frenéticos, principian á decir que muy pronto se verían tambien libres de los dos santos, Marat y Chalier, y que se han hallado en sus vidas motivos para transformarlos tan pronto como á Hebert, de grandes patriotas en hombres infames. Este rumor, enlazado con la idea de un movimiento retrógrado, se propaga con una rapidez singular, oyéndose repetir por todas partes, que los bustos de Marat y de Chalier van á destrozarse. El torpe Legendre delata estos rumores á la Convencion y á los jacobinos, como protestando en nombre de sus amigos los moderados contra proyecto semejante. — «Tranquilizaos, esclama Collot en los jacobinos, semejantes habillitas «quedarán desmentidas. Hemos lanzado el rayo «contra los hombres infames que engañaban al «pueblo, les hemos arrancado la máscara, y no son «los únicos!... Arrancaremos todas las máscaras «posibles; no se figuren los indulgentes que hemos «peleado por ellos, y que por ellos hemos celebrado «aquí, esclarecidas sesiones! Pronto los vamos á «desengañar.»

El dia siguiente con efecto, 40 de germinal (31 de marzo), la junta de salvacion pública llama á su seno á la de seguridad general, y para dar

mas autoridad á sus providencias, convoca tambien á la de legislacion. Luego que estuvieron reunidos los vocales, toma Saint-Just la palabra, y en uno de aquellos informes p[er]fidos y violentos que con tanta destreza sabia redactar, delata á Danton, Desmoulins, Philippeaux y Lacroix, y propone su arresto. Trémulos y aterrados los individuos de las otras dos juntas, no se atreven á resistir, y creen alejar el peligro de su persona conformándose. Impónese el mayor silencio, y en la noche del 20 al 41 de germinal, quedan presos los cuatro de repente, y los llevan al Luxemburgo.

Corriendo la voz por París desde por la mañana, habia causado una especie de estupor. Reúnense los miembros de la Convencion y guardan un silencio lleno de espanto. La junta que siempre se hacia esperar, y tenia ya *toda la insolencia del poder*, aun no habia llegado. Legendre, que no tenia bastante importancia para ser preso con sus amigos, se apresura á tomar la palabra, y dice: «Ciudadanos, cuatro miembros de esta Asamblea han sido presos esta noche; sé que uno de ellos es Danton, ignoro el nombre de los demas; pero cualesquiera que sean, pido que se les oiga en la barra. Ciudadanos, lo declaro: conceptuo á Danton tan puro como yo mismo, y no creo que nadie tenga que tacharme; no atacaré á ningún individuo de las juntas de salvacion pública y de seguridad general, pero tengo derecho para temer que enconos particulares, ó individuales pasiones, priven á la libertad de los varones que la han hecho los mayores y mas útiles servicios. El hombre que en setiembre de 92, salvó la Francia con su energía, es acreedor á que se le oiga, y debe te-

ner la facultad de esplicarse cuando le acusan de haber hecho traicion á la patria.»

Proporcionar á Danton la facultad de hablar en la Asamblea era el mejor medio para salvarle y desenmascarar á sus contrarios. Muchos individuos opinaban que se le oyese; pero en aquel momento adelantándose Robespierre á la junta, sube á la tribuna y con un tono colérico y amenazador habla en estos términos: «Al ver la turbacion desconocida por tanto tiempo que reina ahora en esta Asamblea, y la agitacion que ha causado el preopinante, se echa de ver muy bien que hay aquí un grande interés, y que se trata de saber si algunos individuos han de prevalecer hoy contra su patria. Pero ¿cómo podeis olvidar vuestros principios hasta el punto de conceder hoy á ciertos individuos lo que hace poco rehusásteis á Chabot, á Delaunay y á Fabre d'Eglantine? ¿á qué viene esa diferencia en favor de algunos sujetos? ¿qué os importan á mi los elogios que se den á él ni á sus amigos?... Una continuada y grande experiencia nos ha enseñado á que desconfiemos de estas alabanzas, y ya no se trata de saber si un hombre ha cometido tal ó cual acto patriótico, sino de cual ha sido toda su carrera.

«Legendre parece que ignora los nombres de los presos, pero toda la Convencion los conoce. «Su amigo Lacroix es uno de ellos; ¿por qué aparenta ignorarlo? Porque sabe muy bien que no se puede defender á Lacroix sin desvergüenza. Ha hablado de Danton, porque cree que este nombre sin duda lleva consigo un privilegio... no, no queremos prerrogativas, no queremos idolos!...»

■ A estas últimas palabras, estallan aplausos nu-

merosos, y los cobardes, temblando en aquel momento ante un ídolo, celebran sin embargo la caída de aquel que no es ya temible. Continúa Robespierre: «¿En qué es superior Danton á Lafayette, á Dumouriez, á Fabre, á Chabot y á Hebert? ¿Qué se dirá de él, que no pueda aplicarse á aquellos? Sin embargo, ¿los habeis contemplado? Os hablan del despotismo de las juntas, como si la confianza que el pueblo os ha conferido y á ellas les habeis traspasado, no fuese un seguro garante de su patriotismo. Se aparentan temores; pero lo digo, el que en este momento tiembla es culpable, porque la inocencia jamás teme á la vigilancia pública.»

Aquí resuenan nuevos aplausos de los mismos cobardes que tiemblan, y quieren probar que no tienen miedo. «A mí tambien, añade Robespierre, han intentado infundirme temores. Han querido hacerme creer que al tocar á Danton, podía el peligro llegar hasta mí. Me han escrito; los amigos de Danton me han enviado cartas, han creído seducirme con sus discursos, han creído que el recuerdo de un enlace antiguo, que una fé inveterada en falsas virtudes me determinarían á alójjar en mi celo, y mi pasión por la libertad. Pues bien, declaro que si los peligros de Danton habian de venir á parar á mí, esta consideracion no me detendria un instante. Aquí es donde necesitamos todos algun valor y magnanimidad. Las almas vulgares, ó los hombres culpables, temen siempre ver caer á sus semejantes, porque no teniendo ante sí una barrera de otros culpables, quedan espuestos al resplandor de la verdad; pero si existen almas vulgares tambien las hay heroicas en

esta Asamblea, y sabrán arrostrar todos los terrores infundados. Por otra parte, el número de los culpables no es crecido; el crimen ha hallado pocos partidarios entre nosotros, y derribando algunas cabezas, quedará la patria libertada.»

Habia adquirido Robespierre toda la seguridad y destreza necesaria para decir cuanto queria, y nunca se mostró tan hábil y tan pérido como en esta ocasion. Hablar del sacrificio que hacia abandonando á Danton, hacer de ello un mérito, entrar á participar del peligro si lo habia, y tranquilizar á los cobardes hablando del reducido número de los culpables, era el colmo de la hipocresia y de la astucia. Asi es que todos sus compañeros decidieron por unanimidad, que los cuatro diputados presos en la noche anterior, no serian oídos en la Convencion. Llegó en aquel momento Saint-Just, y leyó su informe en el cual se desencadenaba contra las victimas, porque á la sutileza necesaria para disfrazar los hechos, dándoles una significacion que no tenían, reunia una violencia y una fuerza extraordinaria de estilo. Jamás habia sido ni tan horrorosamente persuasivo, ni tan falso; pues por grande que fuese su odio, no podia convencerle de cuanto habia espresado. Despues de haber calumniado estensamente á Philippeaux, á Camilo Desmoulins, á Herault-Sechelles, y acusado á Lacroix, llega por fin á Danton, é inventa los hechos mas falsos, ó desfigura de una manera atroz los ya conocidos. Segun él, Danton, avaro, perezoso, embustero y aun cobarde, se vendió á Mirabeau, despues á los Lameths, y redactó con Brissot la petition que produjo el tiroteo del Campo de Marte, no para derribar el sólio, sino para fusilar á los

mejores ciudadanos: Despues se fué impúnemente á descansar, y á devorar en Arcis-sur-Aube el fruto de sus perdidas. Ocultóse el 40 de agosto, y reapareció para hacerse ministro; entonces se ligó con el partido de Orleans, é hizo nombrar á este y á Fabre para la diputacion. Ligado con Dumouriez, no teniendo á los girondinos sino un ódio afectado, y sabiendo siempre entenderse con ellos, estuvo enteramente opuesto al 31 de mayo, y quiso hacer arrestar á Henriot. Cuando Dumouriez, Orleans y los girondinos fueron castigados, supo avenirse con el partido que queria restablecer á Luis XVII. Tomando dinero de todas manos, de Orleans, de los Borbones, y del estrangero, comiendo con los banqueros y los aristócratas, mezclado en todas las intrigas, pródigo de esperanza con todos los partidos, en fin, verdadero Catilina, codicioso, disoluto, perezoso, y corruptor de las costumbres públicas, fué á sepullarse por última vez en Arcis-sur-Aube, para regalarse con sus rapiñas. Ultimamente, de vuelta á la capital, se habia puesto en relacion directa con todos los enemigos del Estado, con Hebert y consortes, por el vinculo comun del estrangero para atacar á la junta, y á los sujetos que la Convencion habia revestido con su confianza.

A continuacion de este íntimo informe, la Convencion decretó la acusacion de Danton. Camilo Desmoulins, Philippeaux, Herault-Sechelles y Lacroix.

Estos desventurados habian sido conducidos al Luxemburgo, y Lacroix decia á Danton: ¡Prendernos! ¡á nosotros! ¡jamás lo hubiera soñado!—¿Jamás lo hubiera soñado? respondió Danton; pues yo lo sabia porque me lo habian avisado. ¡Con que lo

sabias, exclamó Lacroix, y no te has movido! ¡Hé ahí el efecto de tu acostumbrada pereza; ella nos ha perdido!—Yo no creia, respondió Danton, que jamás se atreviesen á ejecutar su proyecto.

Todos los presos acudieron en tropel al postigo para mirar al célebre Danton y á aquel interesante Camilo que habia hecho relucir un poco de esperanza en los calabozos. Danton estaba, como siempre, sosegado, arrogante y aun festivo; Camilo atónito y desconsolado; Philippeaux, conmovido y sublevado por el peligro; Herault-Sechelles, que les habia precedido al Luxemburgo algunos dias, corrió al encuentro de sus amigos, y los abrazó alegremente.—«Cuando los hombres, dijo Danton, hacen tonterías, es menester reirse de ellos.»—Despues, viendo á Tomas Payne, le dijo:—Lo que tú has hecho para la dicha y la libertad de tu pais, he intentado yo en vano hacerlo con el mio; no he sido tan dichoso, pero tampoco mas culpable.... me envian al cadalso, pues bien, amigo, es menester ir allá alegremente.

El dia siguiente 12, se envió el acta de acusacion al Luxemburgo, y los acusados fueron trasladados á la Consergeria para pasar de allí al tribunal revolucionario. Enfurecióse Camilo al leer aquella acta llena de odiosas mentiras; serenóse luego, y dijo con desconsuelo: «Voy al cadalso por haber derramado algunas lágrimas sobre la suerte de tantos desventurados; mi único pesar al morir es no haber podido serles provechoso.»—Todos los presos, cualquiera que fuese su gerarquía ú opinion, le manifestaban el mas vivo interés, y eran ardientes los votos de todos en su favor. Philippeaux dijo algunas palabras acerca de su muger,

y permaneció tranquilo y sereno. Herault-Sechelles conservó aquella gracia de espíritu y aquellas maneras que le distinguían aun entre los individuos de su rango; abrazó á su fiel criado que le habia seguido al Luxemburgo, y que no pudiendo acompañarle á la Conserjería, lo estuvo consolando y alentando. Trasladaron al mismo tiempo á Fabre, Chabot, Bazire y Delaunay, á quienes intentaban sentenciar juntamente con Danton para manchar su causa con apariencias de complicidad con los falsarios. Fabre estaba enfermo y casi moribundo. Chabot, que desde el fondo de su prision habia estado escribiendo á Robespierre, é implorándole con las mas bajas lisonjas, sin conseguir conmovérle, miraba ya su muerte segura, y la vergüenza no menos cierta para él que el cadalso; entonces quiso envenenarse. Tragó en efecto sublimado corrosivo, pero el dolor haciéndole prorumpir en alaridos, confesó su intento, aceptó auxilios, y fué trasladado tan enfermo como Fabre á la Conserjería. Un sentimiento un poco mas noble pareció animarle en medio de sus tormentos, y sintió amargamente haber comprometido á su amigo Bazire, que ninguna parte habia tenido en el crimen. «Bazire! esclamaba, mi pobre Bazire! ¿qué has hecho tú?»

Los reos inspiraron en la Conserjería la misma curiosidad que en el Luxemburgo. Ocuparon el mismo calabozo de los girondinos, y Danton habló con la misma energía: «Hoy hace años, dijo, que hice instituir el tribunal revolucionario; pido por ello perdon á Dios y á los hombres. Mi objeto era impedir un nuevo setiembre, y no establecer un azote contra la humanidad.»—Volviendo luego á

su desprecio para con sus compañeros que le asesinaban, dijo: Esos hermanos de Cain nada entienden de gobierno: todo lo dejo en un desorden espantoso.....»—Entonces empleó para caracterizar la impotencia del paratítico Couthon y del cobarde Robespierre, expresiones obscenas, pero originales, que denotaban una jovialidad singular. Un solo instante manifestó un ligero pesar por haber tomado parte en la revolucion.—«Mas valdria, dijo, ser un pobre pescador, que gobernar á los hombres!» Esa fué la única palabra que pronunció de aquel género.

Lacroix se quedó atónito al ver en los calabozos el número é infeliz estado de los presos. «¿Qué le dijeron, las carretas cargadas de víctimas, no os estaban anunciando lo que pasaba en París?» La admiracion de Lacroix era sincera, y sirve de lección para los hombres, que siempre en pos de un objeto político, no paran bastante su atencion en los sufrimientos individuales de las víctimas, y aparentan no creerlos, ó no los creen porque no los ven.

Al otro dia, 13 de gorminal, fueron conducidos los acusados al tribunal en número de quince. Habían reunido á los cinco caudillos moderados Danton, Herault-Sechelles, Camilo, Philippeaux y Lacroix; los cuatro acusados por falsarios, Chabot, Bazire, Delaunay y Fabre-d'Églantine, los dos cuñados de Chabot, Junio y Manuel Frey, el proveedor d'Espagnac, el desventurado Westermann acusado de terciar en los cohechos y tramas de Danton; y en fin, dos estrangeros amigos de los reos, el español Guzman, y el dinamarqués Diedrichs. El objeto de la junta al hacer esta amalgama

era confundir á los moderados con los corrompidos y los extranjeros, para probar que la moderacion provenia á un tiempo de falta de virtudes republicanas, y de la seduccion de los estrangeros. Inmensa era la multitud que acudió para ver á los reos, y algun asomo de aquel interés que habia inspirado Danton, se despertó á su presencia. Fouquier-Tinville, los jueces y los jurados, todos los revolucionarios subalternos sacados de la nada por su mano poderosa, estaban cortados en su presencia; su tranquilidad y su orgullo les intimidaba, y mas bien parecia el fiscal que el reo. El presidente Hermann y Fouquier-Tinville, en vez de sortear á los jurados, como espresaba la ley, los entresacaron, y tomaron los que ellos llamaban *los machuchos*. En tablóse el interrogatorio, y cuando se dirigieron á Danton con las preguntas de costumbre sobre su edad y domicilio, respondió con altanería que tenia treinta y cuatro años, que su nombre estaria luego en el panteon y él en la nada. Camilo respondió que tenia treinta y tres años, la edad del *descamisado Jesucristo cuando murió*. Bazire tenia veinte y nueve años, Herault-Sechelles y Philippeaux tenian cada uno treinta y cuatro. Asi es que el talento, el valor, el patriotismo y la juventud, todo se hallaba reunido en este nuevo holocausto como en el de los girondinos.

Danton, Camilo, Herault-Sechelles y los otros se quejaron de que su causa estuviese confundida con la de muchos falsarios; pero se pasó de largo. Se examinó al pronto la acusacion contra Chabot, Bazire, Delaunay y Fabre-d' Eglantine. Chabot insistió en su sistema, y sostuvo que no habia tomado parte en la conspiracion de los agiotistas si-

no para descubrirla. A nadie persuadió, por ser extraño que al entrar en ella no lo participara secretamente á algun individuo de las juntas, y que la descubriese tan tarde, teniendo el dinero en su poder. Delaunay quedó enteramente convicto. Fabre á pesar de su mañosa defensa, cifrada en decir que al multiplicar las raspaduras en la copia del decreto, habia creído no raspar mas que un proyecto, no tuvo nada que contestar á Cambon, cuya desinteresada y franca declaracion era concluyente. Prohibió con efecto á Fabre que las minutas de decretos nunca se firmaban, que la copia que habia raspado lo estaba por todos los miembros de la junta de los cinco: y que por consiguiente no habia podido creer que raspase un mero proyecto, Bazire, cuya complicidad se reducía á la reserva, apenas fué escuchado en su defensa, y quedó igualado con los otros por el tribunal. Pasaron luego á d' Espagnac, á quien se acusaba de haber corrompido á Julien de Tolosa para que apoyase sus contratas, y por haber tomado parte en la intriga de la compañía de Indias. Aqui las cartas probaban los hechos y toda la agudeza de d' Espagnac no sirvió de nada contra esta prueba. Preguntaron en seguida á Herault-Sechelles; Bazire quedó declarado reo como amigo de Chabot, y Herault lo fué por intimo de Bazire, y haber tenido algun conocimiento por él en la intriga de los agiotistas, por haber favorecido á una emigrada, por haber sido amigo de los moderados, y por haber hecho suponer con su afabilidad, su gracejo, su fortuna y sus pesares mal disfrazados, que era tambien moderado. Despues de Herault, tocó la vez á Danton, y un silencio profundo reinó en la junta al levantarse para to-

mar la palabra.—«Danton, le dijo el presidente: la Convencion os acusa de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez, con Orleans, con los girondinos, con el extranjero y con la faccion que intenta restablecer á Luis XVII.» «Mi voz, respondió Danton con un metal imponente, mi voz que tantas veces se ha dejado oír para defender la causa del pueblo, no tendrá que afanarse para rechazar la calumnia. Preséntense esos cobardes que me acusan y los cubriré con ignominia... vengan aquí esas juntas, que no quiero responder sino en su presencia: las necesito para que sean acusadores y testigos... vengan acá!... por lo demás, nada me importa de vosotros ni de vuestra sentencia... Ya os lo he dicho: la nada será bien pronto mi asilo. Me pesa la vida!... arránquenmela! quiero pronto libertarme de ella!»—Al acabar estas palabras, Danton se hallaba estremadamente indignado, y su corazon estaba airado por tener que responder á hombres semejantes. Su peticion de que compareciesen las juntas, y su terminante voluntad de no responder sino ante ellas, habia intimidado al tribunal y causado suma conmocion. Este careo efectivamente, hubiera sido cruel para ellos; hubieran quedado cubiertos de oprobio y confusion, y tal vez la condena hubiera llegado á ser imposible. «Danton, dice el presidente; la audacia es propia del crimen, la calma lo es de la inocencia.»—A esta palabra, esclama Danton: «reprensible es sin duda la osadia individual, pero aquella osadia nacional de que tantas veces di ejemplo, y con la cual he servido tantas veces á la libertad, es la mas meritoria de todas las virtudes. Si, esa audacia es la mia y de la que me valgo en defensa de la repú-

blica contra los infames y cobardes que me están acusando. ¿Puedo yo contenerme cuando me veo calumniado tan torpe y bajamente? No! no!... de un revolucionario como yo, no hay que esperar una respuesta fria!... los hombres de mi temple no tienen precio en las revoluciones!... porque sobre la frente de ellos está estampado el genio de la libertad!»—Al acabar estas palabras, agitaba su cabeza, y desafiaba al tribunal: sus facciones tan temidas producian una impresion profunda; y el pueblo á quien la fuerza conmueve, dejaba escapar un susurro aprobador.—«Yel yo acusado de haber conspirado con Mirabeau, con Dumouriez, con Orleans, y de haberme postrado á las plantas de despotas viles! ¿á mí es á quien se intima que responda á la justicia inevitable é inflexible! * Y tú... cobarde Saint-Just, tú responderás á la posteridad de tu acusacion contra el mejor apoyo de la libertad! Al recorrer esa lista de horrores, añadió Danton señalando el acta de acusacion, me estremeezco todo!»—De nuevo le recomienda el presidente que se tranquilice, y le cita el ejemplo de Marat, que respondió al tribunal con acatamiento. Danton continúa y dice, que pues que así lo desean, va á referir su vida. Entonces recuerda el trabajo que le costó el alcanzar las funciones municipales, los esfuerzos que hicieron los constituyentes para impedirselo; la resistencia que opuso á los proyectos de Mirabeau, y ante todo, lo que hizo en aquella famosa jornada, en que rodeando al régio carruage con un pueblo inmenso, atajó el viage á Saint-Cloud. Relata despues su conducta cuando condujo al pue-

* Expresiones de la acta de acusacion.

blo al Campo de Marte para firmar una peticion famosa contra el trono, y el motivo de ella: la audacia con que propuso primero que nadie la destruccion del trono en 92: el valor con que proclamó la insurreccion el 9 de agosto por la tarde, y la firmeza que desplegó en las doce horas que duró. Al llegar aqui le sofocaba la indignacion, y recordando el cargo que le hacian de haberse ocultado en los momentos del 10 de agosto, esclama: «¿En dónde están los que tuvieron que estrechar á Danton para hacer que se mostrase en aquella jornada? ¿En dónde están los seres privilegiados de quienes ha tomado su energia! Vengan acá esos acusadores!... yo se lo demando con toda la plenitud de mi razon... yo arrancaré la máscara á esos tres miserables que han cercado y perdido á Robespierre!... acudan aqui, y los hundiré en la nada de donde jamás debieron salir...»—El presidente quiere interrumpir de nuevo á Danton, y redobla su campanilla; pero Danton con su voz terrible ahogó su eco.—¿Qué? ¿no me oís? le dice el presidente.—La voz de un hombre. replica Danton, que defiende su honor y su vida, debe apagar los ecos de tu campanilla!—Sin embargo, estaba fatigado de indignacion, tenia la voz alterada, y entonces el presidente le aconseja con bastante atencion que tome algun descanso, para volver á su defensa con mas calma y tranquilidad.

Calla Danton, y se pasa á Camilo, cuyo *Antiguo Franciscano* se lee, y en vano se levanta contra la interpretacion dada á sus escritos. Llegan en seguida á Lacroix recordando amargamente su conducta en Bélgica, pero á ejemplo de Danton pide la comparecencia de varios individuos de la Con-

vencion, insistiendo formalmente para obtenerla.

Esta primera sesion causó una sensacion general, estando muy conmovida la multitud que cercaba el palacio de la justicia, y que se estendia hasta los puentes. Los jueces estaban espantados; Vadier, Vouland y Amar, los individuos mas infames de la junta de seguridad general, habian asistido á los debates, ocultos en la imprenta inmediata al salon del tribunal, y que comunicaba con él por una ventanilla. Desde alli habian visto con espanto el arrojó de Danton y las disposiciones del público, y ya empezaban á dudar de que fuese posible la condena. Hermann y Fouquier habian acudido despues de la audiencia á la junta de salvacion pública, participándole la peticion de los reos, que querian que compareciesen varios miembros de la Convencion. La junta empezaba á titubear, Robespierre se habia marchado á su casa, y Billaud y Saint-Just eran los únicos que estaban presentes. Prohiben á Fouquier que conteste, y le encargan que vaya prolongando los debates, para llegar al fin de los tres dias sin esplicarse, y hacer entonces declarar por los jurados que ya quedan enterados de todo.

Mientras sucedia esto en el tribunal, en la junta y en Paris, no era menor la conmocion en las cárceles, donde se profesaba un vivo interés por los reos y no quedaba esperanza para nadie si semejantes revolucionarios eran inmolados. En el Luxemburgo estaba el desgraciado Dillon, amigo de Desmoulins, y defendido por él, quien supo por Chaumette, que, espuesto al mismo peligro, hacia causa comun con los moderados, cuanto pasara en el tribunal. Chaumette lo sabia por su muger; y

Dillon, cuya imaginacion era ardiente; y que como antiguo militar solia distraer con vino sus quebrantos, habló inconsideradamente á un tal Laffotte, preso con él. y le dijo que ya era hora de que los buenos republicanos levantasen la cabeza contra indignos opresores; que el pueblo, al parecer, volvia en sí, que Danton podia contestar á las juntas; que su condena estaba lejos de ser positiva; que la muger de Camilo Desmoulins, derramando asignados, podria sublevar al pueblo, y que si lograba escaparse reuniria bastantes hombres arrojados para rescatar á los republicanos que iban a ser victimas del tribunal. Pero estas eran palabrerías pronunciadas en la embriaguez y el pesar. Sin embargo, parece que se trató tambien de enviar mil pesos y una carta á la muger de Camilo, pero el cobarde Laffotte, creyendo obtener la vida y la libertad delatando un complot, se presentó al alcalde del Luxemburgo y le hizo una declaracion, en la cual supuso haber una conspiracion pronta ya á abortar dentro y fuera de las cárceles, para arrebatár á los reos y asesinar á los individuos de ambas juntas;—muy pronto se verá el uso que se hizo de tan fatal declaracion.

Al dia siguiente hubo el mismo concurso en el tribunal, y Danton y sus compañeros, tan firmes y tan tenaces, piden de nuevo la presencia de varios vocales de la Convencion y de las dos juntas. Estrechado Fouquier para contestar, dice: que no se opone á que se llamen á los testigos necesarios. «Pero no basta, añaden los acusados, que no ponga obstáculo alguno, sino que es menester ademas, que él mismo los llame.» A eso replica Fouquier que llamará á cuantos se señalen, excepto á los

miembros de la Convencion, por cuanto corresponde á la misma Asamblea el decidir si sus individuos pueden ó no ser citados. Los acusados gritan de nuevo que se los priva de medios de defensa; el alboroto llega á su colmo; y preguntando todavia el presidente á algunos mas, como Westermann, los dos Frey y Guzman, se apresura á levantar la sesion.

Fouquier escribió al momento una carta á la junta, participándola cuanto habia pasado y pidiéndola medio para contestar á las demandas de los reos. Difícil era la situacion, y todos andaban titubeando. Robespierre no queria manifestar su parecer, y solo Saint-Just, mas tenaz y mas osado, opiuaba que no se debia retroceder y que era preciso tapar la boca á los reos, enviándolos al cadalso. En este momento, acababa de recibir la declaracion del preso Laffotte, dirigida á la policia por el portero de Luxemburgo. Saint-Just vé en ella el gérmen de una conspiracion tramada por los reos, y el pretexto de un decreto que termine la lucha del tribunal con ellos. Al otro dia por la mañana presentase con efecto á la Convencion, y la dice que un peligro inminente está amenazando á la patria, pero que será el postrero, que arrostrándolo con valor, quedara bien pronto destruido. Los acusados, dice, á quienes está juzgando el tribunal, se hallan en completa rebelion, y le amenazan con tal insolencia, que hasta se divierten en arrojar á las narices de los jueces bolitas de miga de pan, y escitando al pueblo pueden tambien estraviarle. Ademas, no es esto todo; han preparado una conspiracion en las prisiones. La muger de Camilo ha recibido dinero para abortar una insur-

reccion; el general Dillon debe salir de Luxemburgo, ponerse á la cabeza de algunos conspiradores, degollar á las dos juntas, y dar libertad á los culpables.» A esta hipócrita y falsa relacion, los condescendientes claman que es horroroso, y la Convencion vota unánimemente el decreto propuesto por Saint-Just. En virtud de este decreto el tribunal debe continuar sin descanso la causa de Danton y de sus cómplices, y queda autorizado para separar de los debates á los acusados que dejen de respetar á la justicia, ó quieran provocar turbulencias. Espidese sobre la marcha copia del decreto y Vouland y Vadier lo llevan al tribunal, donde se habia empezado la tercera sesion, y en donde la redoblada osadia de los reos, ponía á Fouquier en el mayor apuro.

El tercer dia, en efecto, habian resuelto los reos renovar sus intimidaciones, y levantándose todos á un tiempo, estrechan á Fouquier para que haga comparecer á los testigos que han pedido. Exigen mas todavia; quieren que la Asamblea nombre una comision para recibir las declaraciones que tienen que hacer contra el proyecto de dictadura que se está manifestando en las juntas. Turbado Fouquier, no sabe ya qué respuesta dar; pero en el momento entra un portero á llamarle. Pasa á la sala inmediata, y encuentra á Amar y á Vouland, quienes todavia jadeando, le dicen: «Cayeron los malvados, ya tenéis aquí con que salir de apuros» y le entregan el decreto que Saint-Just acababa de hacer espedir. Cógelo Fouquier con alegría, vuelve á la audiencia, pide la palabra, y lee el espantoso decreto.—Indignado Danton se levanta entonces y dice: El auditorio es testigo de que no

hemos insultado al tribunal.»—Es cierto! dicen muchas voces en el salon. Todo el público queda asombrado y aun indignado de la sinrazon cometida con los reos; y siendo la conmocion ya general, el tribunal se intimida.

«Algun dia, añade Danton, se conocerá la verdad.... ya estoy viendo las grandes desgracias que van á caer sobre la Francia.... ahí está la dictadura, ya se manifiesta á las claras y sin rebozo... Al oír hablar Camilo de Luxemburgo, de Dillon y de su muger, grita con desesperacion: «Infames! no contentos con degollarme, van á hacer otro tanto con mi esposa!»—Danton divisa en el extremo del salon en un corredor á Amar y Vouland, que se andaban ocultando para hacerse cargo del efecto que surtia el decreto. Señálos con el dedo:—«Mirálos allí! esclama, allí están esos cobardes asesinos; nos están persiguiendo, y no nos dejarán hasta la muerte!» Amar y Vouland espantados desaparecen; y el tribunal por única respuesta levanta la sesion.

El dia siguiente era el cuarto, y el jurado tenia facultad para cerrar los debates, declarándose suficientemente instruido, por consiguiente, sin dar tiempo á los acusados, pide la terminacion de los debates. Enfurécese Camilo, grita á los jurados que son unos asesinos, y toma al pueblo por testigo de aquella iniquidad. Arrebatadlo entonces sus compañeros de infortunio fuera del salon; se resiste, y lo arrastran á la fuerza. En este tiempo Vadier y Vouland hablan con presteza á los jurados, los cuales por otra parte no necesitaban de estímulos. El presidente, Hermann y Fouquier los siguen á su sala, y el primero tuvo la avilantez de manifestar-

les que se ha interceptado una carta escrita al extranjero, la cual demuestra la complicidad de Danton con los coligados. Solo tres ó cuatro jurados se atreven á proteger á los reos, pero prevalece la mayoría. Trinchard, presidente del jurado, entra con una alegría feroz, y pronuncia con ademán frenético la inícuca sentencia.

No quisieron esponerse á una nueva explosión de los condenados, haciéndolos de nuevo subir de la cárcel al tribunal para oír su condena. — Un escribano bajó y leyóla. Despidiéronlo sin dejarlo acabar, exclamando que podían conducirlos a la muerte, pronunciada ya la sentencia. Danton que se habia inflamado de indignación, se calmó de nuevo, y recobró su grande menosprecio para con sus contrarios. Serecaandose luego Camilo derramó algunas lágrimas por su esposa, y merced á su feliz imprevisión, no le ocurrió que estaba amenazada de muerte, lo cual hubiera hecho insoportables sus postreros momentos. Herault estuvo jovial como siempre; todos los reos acreditaron entereza, y Westermann se manifestó digno de su tan celebrada valentía.

Fueron conducidos al suplicio el 16 de germinal (5 de abril). Chusma indecente, y asatariada para ultrajar á las víctimas; iba en pos de las carretas: á su vista Camilo arrebatado de indignación quiso hablar á la muchedumbre, y lanzó contra el cobarde é hipócrita Robespierre las imprecaciones mas vehementes; los villanos enviados para ultrajarle, le contestaron con baldones; en su ademán violento, habia desgarrado su camisa y tenia los hombros desnudos. — Danton, empero, tendiendo sobre aquella turba una mirada tranquila y llena de

desprecio, dijo á Camilo: «Tranquilízate y deja á esa canalla vil.» — Llegados al pié del cadalso, iba Danton á abrazar á Herault Sechelles, que le tendia los brazos, y oponiéndose el sayon, le dirigió con sonrisa estas terribles espresiones, ¡Es posible que seas mas cruel aun que la misma muerte! Vamos pero no impedirás que en breve se abracen nuestras cabezas en el interior del cesto!...

Tal fué el fin de este Danton tan esclarecido en la revolucion, y á la que habia sido tan útil. Osado, ardiente, ansioso de emociones y placeres, se habia lanzado en la carrera de las turbulencias, y debió brillar particularmente en los dias de terror. Tan pronto en decidirse como en buscar lo positivo en todo, no se asombraba por lo nuevo ni lo árduo de situaciones extraordinarias, sabia dar con los medios necesarios, sin escrupulizar ni asustarse de ninguno. Juzgó que era muy urgente terminar las contiendas de la monarquía y de la revolucion y tramó el 10 de agosto. En presencia de los prusianos, opinó que convenia sujetar á la Francia, y comprometerla en el sistema de la revolucion; dispuso, segun se dice, las terribles jornadas de setiembre, y al disponerlas, salvó á una multitud de víctimas. Al principio del grandioso año de 1793, estaba la Convención desfavorida ante la Europa armada, y pronunció, concibiéndolas en toda su profundidad, estas notables palabras. «Todo pueblo en revolucion está mas próximo á conquistar á sus vecinos que á quedar conquistado.» Juzgó que veinte y cinco millones de hombres que se atreverian á mover, nada tendrian que recelar de algunos centenares de miles armados por los tronos. Propuso la sublevación del pueblo; el rein-

tegro á los ricos: é ideó en fin , cuantas medidas revolucionarias, han dejado un recuerdo tan terrible, pero que salvaron á la Francia. Este hombre tan poderoso en su accion, caía durante el intervalo de los peligros , en la indolencia y los placeres que siempre habia apetecido. Buscaba tambien los goces mas inocentes , como los que procuran las campiñas, los amigos, y mas que todo , una consorte adorada. Entonces olvidaba á los vencidos, no podia aborrecerlos, les hacia justicia , los compadecia y abogaba por ellos. Pero en estos intermedios de reposo , necesarios á su ardiente alma, iban sus rivales ganando poco á poco , con su perseverancia, la fama y el influjo que él habia adquirido en un solo dia de peligro. Vituperábanle los fanáticos su blandura , y su condescendencia, olvidando que en materia de crueldades politicas, los habia igualado á todos en las jornadas de setiembre. Mientras él confiaba en su nombradía é iba dilatando por pereza cuantos proyectos nobles giraban por su frente, con el fin de ir á parar á las leyes suaves, que limitasen el reinado de la violencia en los dias de peligro; para separar á los esterminadores empapados de sangre, de los hombres que solo habian cedido á las circunstancias, para organizar en fin á la Francia y reconciliarla con la Europa , fué sorprendido por sus compañeros, en cuyas manos habian abandonado el gobierno. Estos , descargando un golpe contra los ultra revolucionarios, debian descargarlo igualmente sobre los moderados, para manifestar que no retrocedian. La política pedia victimas , escogiolas la envidia, y sacrificó al hombre mas célebre y mas temido de aquel tiempo. Sucumbió Dan-

tan con su fama y sus servicios, ante el gobierno formidable que habia contribuido á organizar; pero al menos con su audacia hizo por un momento dudosas su caída.

Tenia Danton un entendimiento poco cultivado, pero grande , profundo y ante todo sencillo y sólido. Unicamente lo sabia emplear en las urgencias, y nunca para brillar; por esta razon hablaba poco y se desdenaba de escribir. Segun dice uno de sus contemporáneos, no tenia pretension alguna, ni aun la de adivinar lo que ignoraba; pretension tan comun en los hombres de su temple. Escuchaba á Fabre-d'Églantine, y hacia hablar continuamente á su jóven é interesante amigo Camilo Desmoulins, cuyo talento hacia todas sus delicias, y que tuvo el dolor de arrastrarlo en su caída. Acortó con su valor acostumbrado, y lo comunicó á su jóven amigo. Espiró como Mirabeau, satisfecho de su carrera y persuadido de que las faltas de su vida, quedaban bien recompensadas con sus importantes servicios y sus últimos proyectos.

Ya quedaban inmolados los corifeos de ambos partidos, y no tardaron en reunirse los restos que quedaban, mezclando y sentenciando juntos á los hombres mas apuestos, para acreditar aun el concepto de que eran cómplices de un mismo complot. Chaumette y Gobel comparecieron al lado de Arturo Dillon y Simon. Los Grammont, padre é hijo, los Lapallu y otros individuos del ejército revolucionario figuraron al lado del general Beysser; y en fin, la muger de Hebert, antes monja, compareció al lado de la jóven esposa de Camilo Desmoulins apenas de veinte y tres años, llena de hermosura, de gracia y juventud. Chaumette, á quien he-

mos visto tan dócil y sumiso, fué tachado de conspiracion en el Ayuntamiento contra el gobierno, de haber causado el hambre del pueblo, y tratado de sublevarlo con sus requisitorias extravagantes. Miróse á Gobel como cómplice de Clootz y de Chaumette. Arturo Dillon habia querido, dijeron, abrir las cárceles de Paris, degollar luego á la Convencion y al tribunal, para poner en salvo á sus amigos. Los individuos del ejército revolucionario fueron condenados como agentes de Ronsin. El general Beysser, que tan poderosamente habia contribuido para salvar á Nantes al lado de Canclaux, y que era sospechoso de federalismo, fué considerado como cómplice de los ultra-revolucionarios. Fácil es de notar la conexión que podia existir entre el estado mayor de Nantes y el de Saumur. La muger de Hebert fué condenada como cómplice de su marido. Sentada en el mismo banco que la de Camilo, la decía: «Sois muy feliz, ningun cargo hay contra vos; vais á quedar en salvo.» Con efecto, cuanto se podia vituperar en esta jóven, estaba reducido á amar á su esposo con pasion, á haber andado con sus niños alrededor de la cárcel para ver al padre y enseñárselos.—Sin embargo ambas fueron sentenciadas, y las mugeres de Hebert y de Camilo perecieron como culpables de una misma conjuracion, habiendo muerto esta última con un valor digno de su marido y de su virtud. Desde Carlota Corday, y Madama Roland, ninguna victima inspiró un interés mas tierno, ni un pesar mas doloroso.

CAPITULO X.

Resultado de las últimas ejecuciones contra los partidos enemigos del gobierno.—Decreto contra los ex-nobles.—Quedan abolidos los ministerios y reemplazados por comisiones.—Esfuerzos de la junta de salvacion publica para concentrar en su mano todos los poderes.—Abolicion de las sociedades populares, escepto la de los jacobinos.—Distribucion de la autoridad y de la administracion entre los individuos de la junta.—Despues en informe de Robespierre, declara la Convencion en nombre del pueblo francés, el reconocimiento del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

Acababa el gobierno de sacrificar dos partidos á un tiempo, de los cuales el primero, de los ultra-revolucionarios, era ó podia llegar á ser verdaderamente temible; mas el segundo, esto es, el de los nuevos moderados, no lo era ciertamente. Por tanto no era necesaria su destruccion, pero podia ser provechosa para alejar toda apariencia de moderacion. La junta lo castigó sin convencimiento, por hipocresia y envidia. Difícil era dar este golpe, vióse titubear á la junta, y encerrarse en su casa á Robespierre como en los dias de peligro; pero Saint-Just, sostenido por su valor, y su odio cecoso, permaneció firme en su puesto, alentó á Hermann y á Fouquier, atemorizó á la Convencion, arrancóla el decreto de muerte, é hizo consumar el sacrificio. El último esfuerzo que debe hacer una

autoridad para trocarse en absoluta, es siempre el mas difícil. Se requiere toda su fuerza para vencer la última resistencia; pero allanada esta, todo cede, todo se postra, y no le queda mas que reinar sin obstáculos. Entonces es cuando se despliega, sale de su caga, y se pierde. Mientras todos los labios están sellados, y la sumision pintada en los semblantes, reconcéntrase el odio en los corazones, y el auto de acusacion de los vencedores se prepara en medio de su triunfo.

Despues de haber sacrificado la junta de salvacion pública aquellas dos clases de hombres tan diversos que habian querido contrariar, ó á lo menos criticar su poderio, habia llegado á ser irresistible. El invierno habia acabado, y la campaña de 1794 (germinal año II) iba á abrirse al rayar la primavera. Ejércitos formidables iban á estenderse por todas las fronteras, y á hacer experimentar por fuera la terrible potestad, tan cruelmente padecida en el interior. Todo aquel que habia mostrado resistencia, ó algun interés á los que acababan de morir, debia apresurarse á prestar su sumision. Legendre, que el dia en que fueron presos Danton, Lacroix, y Camilo Desmoulins, habia procurado interesar la Convencion en su favor, creyó que debia correr á reparar su imprudencia, y á purificarse de todo rastro de amistad con las últimas victimas. Habianle escrito muchos anónimos en que le amonestaban á que castigase á los tiranos, quienes, decian, acababan de arrojar la máscara. Acudió Legendre á los jacobinos el 24 de germinal (10 de abril) delató los anónimos que recibia, y se quejó de que se le tomase por Seide á quien se podía armar con un puñal. «Pues bien, dijo, ya que me precisan, de-

aclaro al pueblo que me ha oido hablar de buena fé, que miro ahora como demostrado que la conspiracion cuyos caudillos han desaparecido, existia realmente, y que yo era el juguete de los traidores. He hallado la prueba en diferentes documentos depositados en la junta de salvacion pública, sobre todo en la conducta criminal de los areos, ante la justicia nacional, y en las maquinaciones de sus cómplices, que intentan armar un hombre probo con el puñal del homicidio. Antes del descubrimiento del complot, era yo amigo íntimo de Danton; hubicra respondido de sus principios y de su conducta con mi cabeza, mas hoy me hallo convencido de su delito, y estoy persuadido de que queria sumergir al pueblo en un error profundo. Tal vez hubiera yo mismo incurrido en ellos, si no hubiese sido ilustrado á tiempo. Yo les declaro á los que me dirigen esos anónimos inclinándome á dar de puñaladas á Robespierre, y á constituirme instrumento de sus maquinaciones, que he nacido en el seno del pueblo, que me glorio de permanecer en él, y que moriré antes de abandonar sus derechos. No me escribirán carta alguna, que yo no eleve á la junta de salvacion pública.

No tardó en generalizarse esta sumision de Legendre, y de todos los puntos de la Francia fueron llegando esposiciones y parabienes á la junta de salvacion pública por su energia. El número de estas felicitaciones, es incalculable, y en todos los estilos y con las formas mas burlescas, cada cual se apresuraba á adherirse á los actos del gobierno y á reconocer su justicia. La ciudad de Rhodéz envió la esposicion siguiente: «Dignos representantes de

«un pueblo libre: vanamente levantarán los hijos
«de los Titanes, su orgullosa cabeza, porque á to-
«dos los ha consumido el rayo... ¡Cómo, ciudada-
«nos! ¡vender su libertad por viles riquezas!... la
«constitucion que nos habeis dado ha conmovido á
«todos los tronos y espantado á todos los reyes.
«Adelantándose la libertad á pasos de gigante, es-
«trellado el despotismo, hundida la supersticion,
«la república recobrando su unidad, los conspira-
«dores desenmascarados y en el suplicio, manda-
«tarios infieles, funcionarios publicos, pérfidos y
«cobardes cayendo bajo la cuchilla de la ley, rotas
«las cadenas de los esclavos del Nuevo-Mundo:
«tales son vuestros trofeos!... Tiemblen! si aun
«existen intrigantes, manifieste vuestro triunfo la
«muerte de los conjurados!... En cuanto á vosotros,
«representantes, sed dichosos con las leyes que ha-
«beis hecho para la felicidad de todos los pueblos,
«y recibid el tributo de nuestro amor!» *

No se crea que fuese por horror á las providen-
cias sanguinarias por lo que la junta habia desple-
gado su severidad contra los ultra-revolucionarios,
sino para afianzar la autoridad y alejar las resis-
tencias que detenia su accion. Asi es que se la
vió despues caminar constantemente á un doble
objeto: á hacerse siempre formidable, y concentrar
sobremanera el poder en sus manos. Collot, que
era ya el orador del gobierno en los jacobinos, es-
presó de la manera mas enérgica la política de la
junta. En un discurso violento, en donde delineaba
á todas las autoridades el nuevo rumbo que de-

bían seguir, y el celo que debían desplegar en sus
funciones, dijo: «Los tiranos han perdido sus fuer-
«zas: tiemblan sus ejércitos en presencia de los
«nuestros: y ya algunos déspotas solicitan sepa-
«rarse de la coalicion. En este estado, no les que-
«da mas que un resto de esperanza, y son las cons-
«piraciones interiores; por lo tanto, ¡alerta con los
«tiranos! Al par de nuestros hermanos triunfantes
«en las fronteras, preparemos todos el arma, y ha-
«gamos fuego á un tiempo. Mientras los enemigos
«exteriores vayan cayendo á los golpes de nuestros
«soldados, caigan tambien á los del pueblo los in-
«teriores. Nuestra causa defendida por la justicia
«y la energia, quedará triunfante; y la naturaleza
«se escude este año con los republicanos, prome-
«tiéndolos doble cosecha. Las ojas que brotan
«anuncian la caída de los tiranos: y así ciudada-
«nos, os lo repito: vigilemos interiormente, mien-
«tras que nuestros guerreros combaten por fuera.
«Redoblen su anhelo y vigilancia los celadores pú-
«blicos; penétrense de que no hay una calle, ni
«una encrucijada, donde no se encuentre un trai-
«dor que esté ideando alguna nueva trama. Halle
«este traidor la muerte, y sea la mas ejecutiva!
«Si administradores y empleados publicos quieren
«hallar un lugar en la historia, este es el momen-
«to favorable para obtenerlo. El tribunal revolu-
«cionario ha conseguido ya un lugar señalado; y
«asi, sepan todas las administraciones imitar su
«celo y su inexorable energia; redoblen las jun-
«tas revolucionarias su vigilancia y actividad, y
«sepan sustraerse de las solicitudes conque las
«acosan, y que conducen á una indulgencia funes-
«ta para la libertad.»

(*) Sesion de 26 de germinal, número 208 del *Monitor* del año IX
(abril de 1794.)

Saint-Just tambien leyó en la Convencion un informe horroroso sobre la policia general de la república. Fué repitiendo la historia fabulosa de todas las conspiraciones, mostrándolas como una sublevacion general de todos los vicios contra el regimen austero de la república; dijo que el gobierno, lejos de debilitarse, debía descargar por todas partes y continuamente hasta que hubiese inmolado á todos los seres, cuya corrupcion era un obstaculo al establecimiento de la virtud. Fué elogiando como de costumbre la severidad, y procuró, como se hacia entonces, probar con figuras de toda especie, que el origen de las grandes instituciones debía ser terrible.

«¿En qué vendria á parar, dijo, una república indulgente!... Nosotros hemos opuesto el acero al cacerro, y así hemos fundado la nuestra. Ha salido del seno de las borrascas, y este origen le es común con el mundo salido del caos, y con el hombre que llora al nacer.» En consecuencia de estas máximas, propuso Saint-Just una providencia general contra los ex-nobles, y esta fué la primera de este género que se hubiera espedido. El año anterior, Danton, en un momento de arrebató, habia hecho poner fuera de la ley á todos los aristócratas y haciéndose el decreto impracticable por su extension, espidióse otro que condenaba á todos los sospechosos al arresto provisional, pero ninguna ley directa se habia promulgado aun contra los ex-nobles. Pintólos Saint-Just como enemigos irreconciliables de la revolucion. «Por mas que hagais, dijo, jamás podreis contener á los enemigos del pueblo, á no ser que establezcáis la tiranía. Es menester que vayan á otra parte á buscar es-

«clavitud y reyes. Nunca pueden hacer paz con nosotros; no habláis el mismo idioma, y así nunca os entenderéis. Arrojadlos pues. No les faltará hospitalidad en el mundo, y la salvacion pública es entre nosotros la suprema ley.» Propuso Saint-Just un decreto que desterraba á todos los ex-nobles y extranjeros de Paris, de las plazas fuertes, y de los puertos maritimos, y que ponía fuera de la ley á cuantos no obedeciesen el decreto en el término de diez dias. Otras disposiciones de este proyecto, imponian á todas las autoridades la precision de redoblar su actividad y celo. La Convencion aplaudió la propuesta como lo hacia siempre, y la voto por aclamacion. Collot d'Herbois, el relator del decreto en los jacobinos, añadió sus figuras á las de Saint-Just, diciendo: «Es menester hacer que el cuerpo político arroje el mundo sudor de la aristocracia; cuanto mas respire, mejor se concentrará.»

Ya hemos visto lo que hizo la junta, para manifestar la energia de su política; veamos ahora lo que añadió para concentrar aun mas su poder. Dispuso ante todo el licenciamento del ejército revolucionario, este ideado por Danton, fué útil al pronto para el desempeño de la voluntad de la Convencion, cuando aun existian restos de federalismo, pero habiéndose convertido en punto de reunion de todos los perturbadores y aventureros, y servido de arrimo á los últimos demagogos, era necesario dispersarlo. Por otra parte, siendo el gobierno ciegamente obedecido, no necesitaba aquellos satellites para la ejecucion de sus órdenes, y así quedó licenciado por el decreto. En seguida propuso la junta la abolicion de los varios ministerios. Los

ministros eran potestades que tenian todavia sobrada importancia al lado de los miembros de la junta de salvacion pública. O todo lo dejaban en manos de la junta, y entonces eran inútiles, ó bien intentaban obrar, y eran unos concurrentes importunos. El ejemplo de Bouchotte, que, manejado por Vincent, habia ocasionado tantos apuros á la junta, era harto instructivo; por consiguiente los ministros quedaron abolidos. En su lugar se plantearon las doce comisiones siguientes:

- 1.^a Comision de las administraciones civiles, policia y tribunales;
- 2.^a De instruccion pública.
- 3.^a De agricultura y artes.
- 4.^a De comercio y abastos.
- 5.^a De obras públicas.
- 6.^a De socorros públicos.
- 7.^a De trasportes, correos y mensagerias.
- 8.^a De hacienda.
- 9.^a De organizacion y movimiento de los ejércitos.
- 10.^a De marina y de las colonias.
- 11.^a De armas, pólvora y esplotacion de minas.
- 12.^a De relaciones estrangeras.

Todas estas comisiones, dependientes de la junta de salvacion pública, no eran otra cosa mas que las doce mesas ú oficinas, entre las cuales se habian repartido lo material de la administracion. Hermann, que presidia al tribunal revolucionario durante la causa de Danton, fué recompensado por su celo con el destino de gefe de una de estas comisiones, dándole la mas importante, como era la

de las *administraciones civiles política, y criminales*.

Tomáronse otras medidas para aumentar mas la centralizacion del poder. Segun las instituciones de las juntas revolucionarias, debia haber una en cada pueblo ú seccion de pueblo; mas como las municipalidades rurales eran numerosas, y poco pobladas, el número de las juntas era escesoivo, y sus funciones casi nulas. Ademas su composicion ofrecia un grande inconveniente, puesto que siendo los campesinos generalmente revolucionarios, pero ignorantes, las funciones municipales solian comunmente recaer en los propietarios retirados en sus posesiones, muy poco dispuestos á desempeñar su encargo en sentido del gobierno; y por lo tanto la vigilancia de los campos, y especialmente de las quintas, se hacia de muy mala manera. Para acudir á este penoso estado de cosas, se suprimieron las juntas revolucionarias de las aldeas, conservando únicamente las de distrito. Por este medio, concentrándose la policia, se hizo mas activa, y pasó á manos de los vecinos de los distritos, casi todos muy jacobinos y enclados con la antigua nobleza.

La principal sociedad y la única reconocida por el gobierno era la de los jacobinos, que constantemente habia seguido los principios é intereses de la autoridad pronunciándose como ella contra los hebertistas y dantonistas. La junta de salvacion pública hubiera querido incluir en su seno á todas las demas, concentrando de este modo el poderío de la opinion, como habia concentrado en sí el poder gubernativo. Este desco lisongeaba singularmente la ambicion de los jacobinos, é hicieron los

mayores esfuerzos para verificarlo. Desde que las juntas de secciones quedaron reducidas á dos por semana, para que el pueblo pudiese asistir á ellas y hacer que triunfasen las mociones revolucionarias, las secciones se habian convertido en sociedades populares, cuyo número era muy grande en Paris, pues las habia hasta dos y tres por seccion. Ya hemos referido las quejas que ocasionaban, pues se decia que los aristócratas, esto es, los oficinistas y pasantes de procuradores, descontentos con la requisicion, los antiguos sirvientes de la nobleza, y en fin cuantos tenian algun motivo para oponerse al sistema revolucionario, se juntaban en estas sociedades, y manifestaban la oposicion que se atrevian á hacer en los jacobinos ó en las secciones. El crecido número de estas sociedades secundarias hacia muy difícil su vigilancia emitiéndose allí muchas veces opiniones que no se hubieran atrevido á pronunciar en otra parte. Ya se habia propuesto su abolicion, y no teniendo derecho de los jacobinos para deliberarla, el gobierno no hubiera podido pasar á ejecutarla sin las apariencias de atropellar la libertad de reunirse y de deliberar en comun; libertad tan decantada entonces y que se consideraba como ilimitada. Por proposicion de Collot, decidieron los jacobinos que ya no recibirian diputaciones de parte de las sociedades formadas en Paris desde el 10 de agosto, y que se cortaria con ellas toda correspondencia. En cuanto á las anteriores á aquella fecha, y con cuya correspondencia seguian, se decidió que se informase de cada una para examinar si debian ó no conservar esta ventaja. La disposicion iba dirigida particularmente contra los franciscanos atacados ya en

sus caudillos Ronsin, Vincent y Hebert, y despues mirados como sospechosos. Asi es, que todas las sociedades subalternas, ó secciones, quedaban mancilladas con esta declaracion, y los franciscanos iban á sufrir las consecuencias de un informe.

No tardó mucho en producir su efecto aquella medida, pues todas las sociedades seccionarias, ó amedrentadas ó advertidas, acudieron una tras otra á la Convencion y á los jacobinos para manifestar su disolucion voluntaria. Todas felicitaban igualmente á la Convencion y á los jacobinos, y declaraban que reunidas por el interes público, se separaban voluntariamente, puesto que se habia conceptuado cuán perjudiciales eran sus reuniones á la causa que deseaban servir. Desde aquel instante, no quedó ya en Paris mas que la sociedad madre de los jacobinos, y sus afiliados en las provincias. Verdad es que todavia existia su rival la de los franciscanos, fundada en otro tiempo por Danton, á quien pagó con tanta ingratitude y entregada despues á Hebert, Ronsin y Vincent, por lo cual habia llegado á inquietar al gobierno y á disputar su influjo con la de los jacobinos. Juntábanse todavia en ella los restos de las oficinas de Vincent, y del ejército revolucionario, y no pudiendo disolverla, se dió el competente informe. Quedó reconocido que hacia algun tiempo no mantenía correspondencia con los jacobinos ó la hacia muy escasa, y que por consiguiente estaba demas el conservársela. Con este motivo se propuso examinar si convenia á Paris mas de una sociedad popular, y aun se llegó á decir que habia necesidad de establecer un solo centro de opinion, fijándolo en los jacobinos. La sociedad pasó al orden del dia

en cuanto á estas proposiciones, y ni siquiera acordó si se les concedería la correspondencia á los franciscanos. Sea como quiera, este club tan célebre en otro tiempo, habia dejado de existir pues enteramente abandonado, para nada se consultaba, quedando los jacobinos con el séquito de sus sociedades afiliadas, únicos dueños y reguladores de la opinion.

Despues de haber centralizado, si puede decirse así, la opinion, se trató de regularizar su expresion, y de hacerla menos estrepitosa á incómoda para el gobierno. Una continuada censura y la delacion de los empleados, generales, magistrados, administradores y diputados, habian constituido hasta entonces el principal ejercicio de los jacobinos. Aquel furor de perseguir y de atacar incesantemente á los agentes de la autoridad, habia tenido sus inconvenientes, pero tambien sus ventajas, por cuanto se habia podido dudar de su celo y de sus opiniones; pero ahora que la junta se habia apoderado briosamente del poder, y que vigilaba á sus agentes con gran cuidado, escogiéndolos en el sentido mas revolucionario, no podia permitir por mas tiempo que los jacobinos se entregasen á sus sospechas acostumbradas, inquietando á los empleados ya generalmente muy celados y escogidos; pues esto hubiera sido un peligro para el Estado. Con motivo de los generales Charbonnier y Dagoberth, calumniados ambos, mientras el uno alcanzaba ventajas contra los austriacos, y el otro espiraba en la Cerdeña cargado de años y de heridas, Collot-d'Herbois se quejó en los jacobinos de ese modo indiscreto de perseguir á los generales y á los empleados en todos ramos. Segun la costumbre de

achacarlo todo á los ya muertos, imputó este furor de delacion á los restos de la faccion de Hebert, y amonestó á los jacobinos para que no tolerasen estas públicas delaciones, que defraudaban, decia, de un tiempo precioso á la sociedad y desconceptuaban á los agentes escogidos por el gobierno. Por consiguiente, propuso é hizo formar en el seno de la sociedad, una junta encargada de recibir las delaciones, y de trasladarlas secretamente á la de salvacion pública. De este modo, las delaciones fueron menos incómodas y ruidosas, y al desconcierto demagógico iba sucediendo ya la regularidad de las formas administrativas.

De esta manera vemos que la primera atencion de la junta y los primeros frutos que sacó de su victoria sobre todos los partidos, consistieron en pronunciarse siempre del modo mas enérgico contra los enemigos de la revolucion, y reconcentrar el régimen, la policia y la opinion pública. Indudablemente principiaba entonces la ambicion á tener parte en sus determinaciones, mucho mas que en el primer momento de su existencia, pero no tanto como debiera inclinar á creerlo el grandioso conjunto de poder que se habia grangeado. Instituida al principio de la campaña de 1793, y en medio de peligros urgentes, habia recibido su existencia únicamente de la necesidad. Establecida una vez, habia ido tomando sucesivamente mayor porcion de poder, segun lo iba requiriendo el servicio del Estado; y así habia acontecido con la dictadura. Su posicion, en el centro de aquella disolucion universal de todas las autoridades, era tal, que no podia reorganizarse sin ganar en poder, ni hacer bien sin adolecer de ambicion. Sus últimas medi-

das le eran por cierto ventajosas, y al mismo tiempo prudentes y útiles. Aun la mayor parte le habían sido sujeridas, porque en una sociedad que se va reorganizando, todo viene á ofrecerse y á someterse ante la autoridad creadora. Pero se acercaba ya el momento en que la ambicion iba á reinar sola, y en que el interes de su propio poder iba á sustituir al del Estado. Asi es el hombre; no le es dado permanecer desinteresadamente largo tiempo sin que se acuerde de sí mismo en cualquier objeto que se proponga.

Lo único que faltaba ya por arreglar á la junta de salvacion pública y lo que generalmente preocupa á todos los que instituyen una nueva sociedad era la religion; porque aunque ya habia insinuado aquellas ideas morales, de *probidad, justicia, y todas las virtudes*, como base de su gobierno, necesitaba ocuparse directamente de las ideas religiosas.

Pijemos nuestra atencion en el singular progreso del sistema de aquellos sectarios. Cuando fué necesario destruir á los girondinos, vieron en ellos unos moderados y republicanos débiles, y hablando de energía y *salvacion pública*, los sacrificaron á esta ideas. Al formarse dos nuevos partidos, uno brutal y estravagante, queriendo trastornar y profanarlo todo; otro indulgente, avenible, y amigo de costumbres apacibles y de los placeres, pasaron de las ideas de energía patriótica á las de orden y virtud; ya no vieron mas que una moderacion fatal, enervando las fuerzas de la revolucion; vieron todos los vicios sublevados á un tiempo contra la severidad del régimen republicano, vieron por una parte la anarquía, desechando toda idea de ór-

deo; y por otra la malicia y la corrupcion, apartando toda idea de costumbres, y el delirio del espíritu, despojándose de todo concepto de Dios; y entonces creyeron ver atacada la república igualmente que la virtud por el concierto de las pasiones villanas. Por todas partes sonaba la palabra virtud, y en consecuencia sentaron como base del gobierno la justicia y la probidad; restábaseles proclamar á Dios, la inmortalidad del alma, y todas las creencias morales, y ademas les faltaba una solemne profesion de fé, y declarar en una palabra la religion del Estado. Resolvieron, pues, expedir un decreto sobre este punto; con lo cual contraponian el orden á los anarquistas, Dios á los atéos, las costumbre á los hombres corrompidos. De esta manera su sistema de virtud quedaba completo. Ponian sobre todo mucho esmero en purificar la república de las manchas de impiedad con que la perseguía toda la Europa; y querian decir lo que se dice siempre á los sacerdotes que acusan á otros de impíos porque no creen en sus dogmas: CREEMOS EN DIOS.

Otros motivos habia tambien para tomar una gran medida respecto al culto. Habianse abolido las ceremonias de la Razon; necesitábanse fiestas para los dias de década. é importaba, acudiendo á las urgencias morales del pueblo, pensar tambien en sus necesidades de imaginacion, proporcionándole motivos de reuniones públicas. Ademas, el momento era de los mas favorables: la república, victoriosa al fin de la campaña anterior, principiaba á serlo ahora en el principio de esta. En vez de la falta de medios en que se encontraba el año precedente, hallábase por los cuidados de su gobier-

no, surtida de poderosísimos recursos militares. Del temor de ser conquistada pasaba á la esperanza de conquistar; y en vez de insurrecciones tumultuosas, reinaba por do quiera la sumisión. En fin, si á causa de los asignados y del *maximum*, habia aun entorpecimientos en la distribución interior de los productos, la naturaleza parecia haberse complacido en colmar á la Francia de todos sus bienes, concediéndola las cosechas mas pingües. Anunciaban de todas las provincias que la mies seria duplicada, y estaria en sazón un mes antes de la temporada de costumbre. Era pues el momento de arrodillar esta república salvada, victoriosa y colmada de bienes, á los pies del Eterno. Grande y patética era la ocasión para los hombres de fé, y oportuna para los que solo obedecian á ideas políticas.

Notemos una cosa bastante singular: algunos sectarios para quienes no habia convenio humano respetable, que á causa de su menosprecio extraordinario para todos los otros pueblos, y del amor propio de que estaban llenos, no tenian opinion alguna, ni reparaban en lastimar la agena; que en punto á gobierno, lo habian reducido todo á lo absolutamente necesario; que no habian admitido otra autoridad que la de algunos ciudadanos, temporalmente elegidos; que habian desechado toda gerarquía de clases; que no habian temido abolir el mas antiguo y mejor arraigado de todos los cultos; estos mismos, se paraban delante de dos ideas; la moral y Dios. Despues de haber hollado todas aquellas que creian poder separar del hombre, quedaban dominados por el imperio de estas dos últimas, y sacrificaban un partido á cada una. Si todos no creian, se hacian cargo á lo menos de la

necesidad del orden entre los hombres, y para apoyar este orden humano, comprendian la necesidad de reconocer en el universo un orden general é inteligente. Esta es la primera vez en la historia del mundo en que la disolución de todas las autoridades dejaba á la sociedad entregada al gobierno de los espíritus puramente sistemáticos (porque los ingleses creian en tradiciones cristianas), y estos entendimientos, que habian superado á todas las ideas recibidas, adoptaban y conservaban las de la moral y de Dios. Este ejemplo es único en los anales del mundo; es grande y bello, y la historia debe detenerse para señalarlo.

Robespierre fué quien se encargó de presentar el informe en ocasión tan solemne, y á él era á quien verdaderamente correspondia, segun la distribución que se habia hecho de los cargos que cada uno de los vocales de la junta debia desempeñar. Prieur, Roberto Lindet y Carnot, se ocupaban silenciosamente de la administracion y de la guerra. Barrere estendia la mayor parte de los informes, particularmente los relativos á las operaciones de los ejércitos, y en general todos los repentinos. Enviaban á los clubs y reuniones populares al declamador Collot-d'Herbois, para llevar la voz de la junta. Couthon, aunque paralítico, acudia á todas partes, hablaba en la Convencion, en los jacobinos y al pueblo, y tenia el arte de interesar con sus dolencias y con el acento paternal que usaba al emitir las ideas mas violentas. Billaud, menos bullicioso, se ocupaba de la correspondencia y trataba algunas veces cuestiones de política general. Saint-Just, jóven osado y activo, iba y venia de los campos de batalla á la junta; y cuando

habia impreso el terror y la energía en los ejércitos, volvía á hacer informes sangrientos para los partidos que se debían enviar al cadalso. Robespierre en fin, el caudillo de todos, y consultado en todas las materias, no tomaba la palabra sino en las grandes ocasiones. Trataba las árduas cuestiones morales y políticas, y reservábanle estos asuntos de lucimiento, como mas dignos de su talento y de su virtud. El papel de informante le correspondía de derecho en la cuestion que iba á ventilarse. Ninguno se habia pronunciado mas fuertemente contra el ateísmo, nadie se hallaba tan venerado, nadie disfrutaba igual reputacion de pureza y virtud, y nadie en fin, era mas propio para esta especie de pontificado por su ascendiente y dogmatismo.

Jamás se habia presentado una ocasion mas bella para imitar á aquel Rousseau cuyas opiniones profesaba, y de cuyo estilo hacia un estudio incesante. El talento de Robespierre se habia ido desarrollando de una manera singular en las dilatadas contiendas de la revolucion. Aquel ente frio y pesado, tocaba ya en répentista, y al escribir lo hacia con castidad, gallardía y fuerza. Echábase de ver en su estilo, alguna cosa del génio áspero y sombrío de Rousseau, pero no habia podido apropiarse ni los grandes pensamientos, ni el alma apasionada y generosa del autor de *Emilio*.

Presentóse en la tribuna el 18 de floreal (7 de mayo de 1794), con un discurso cuidadosamente trabajado. Concediéronle una atencion profunda, y el comenzó de esta manera: « Ciudadanos: cuando los pueblos están en prosperidad asi como los individuos deben, por decirlo asi, recogerse para

« escuchar en el silencio de las pasiones la voz de la « sabiduría. » Entonces desenvolvió estensamente el sistema adoptado, es decir, que la república, era la virtud y que todos los adversarios que se la habian opuesto no eran mas que los vicios de todas especies, sublevados contra ella y asalariados por los reyes. Los anarquistas, los corrompidos, y los ateos, no eran mas que agentes de Pitt. « Los tiranos, añadió, satisfechos con la audacia de « sus emisarios, iban á porfia ostentando á la vista de sus vasallos las estravagancias que habian « comprado; y aparentando creer que esto era el « pueblo francés, parece que les decian: ¿qué vais « á ganar con sacudir nuestro yugo? ¡*Va lo veis, los « republicanos no son mejores que nosotros!* » Brissot, Danton, y Hebert iban saliendo á luz alternativamente en el discurso de Robespierre; y mientras se entregaba contra estos supuestos enemigos de la virtud, á las declamaciones del encono, como le sucedía frecuentemente, concibió que escitaba poco entusiasmo, y así no tardó en abandonar aquella parte del asunto, y se elevó á conceptos verdaderamente grandes y morales, espresados con habilidad, y entonces obtuvo aclamaciones universales. Manifestó con mucha razon que no como autores de sistemas debían los representantes de la nacion perseguir el ateísmo y proclamar el deísmo, sino como legisladores solícitos que buscan los principios mas adecuados al hombre reunido en sociedad. « ¿Qué os importan á vosotros, legisladores, exclamó, las varias hipótesis, con las cuales « ciertos filósofos esplican los fenómenos de la naturaleza? Podeis abandonar todos estos puntos á « sus eternas disputas; ni como metafísicos ni como

«teólogos teneis que ver con ellas, pues á los ojos
«del legislador todo lo que es útil al mundo y bueno
«en la practica, es la verdad. La idea del Ser Su-
«premo y de la inmortalidad del alma es un llama-
«miento continuo á la justicia, y por tanto es so-
«ciable y republicano... ¿Quién te ha dado, con-
«tinuo Robespierre, el encargo de anunciar al pue-
«blo que no existe la divinidad? Tú que te ena-
«moras de tan árida doctrina y no te enamoraste
«jamás de la patria ¿qué ventaja encuentras en
«persuadir al hombre que una fuerza ciega persi-
«gue a sus destinos, y descarga al acaso sobre el
«crimen y la virtud? ¿qué su alma no es mas que
«un soplo ligero que concluye en las puertas del
«sepulcro? La idea de su nada ¿le inspirará sen-
«timientos mas puros y mas elevados que la de su
«inmortalidad? ¿le infundirá mayor respeto á sus
«semejantes y á sí mismo, mayor adhesión por la
«patria, mas arrojo para arrostrar la tiranía, mas
«menosprecio á la muerte y el deleite? Vosotros
«que os condoleis de un amigo virtuoso, os com-
«placeis en imaginar que la parte mas bella de sí
«mismo ha escapado de la muerte! Vosotros, que
«llorais sobre el ataúd de un hijo ó de una esposa
«¿os consolareis con que se os diga que no queda
«de ellos mas que un polvo grosero? ¡Desventura-
«dos que espirais á los golpes de un asesino, vues-
«tro postrer suspiro es una apelación á la justicia
«sempiterna! La inocencia en el cadalso hace em-
«palidecer al tirano sobre su carroza triunfal. ¿Ten-
«dria este predominio si la tumba igualase al opre-
«sor y al oprimido?....»

Procurando luego Robespierre, tomar la cues-
tion por el lado político, añadió estas notables ob-

servaciones: «Tomemos aqui las lecciones de la
«historia, y es ruego que noteis hasta qué punto
«los hombres que han influido sobre el destino de
«los Estados, se inclinaron á uno ú otro de estos
«dos opuestos sistemas por su carácter personal y
«por la naturaleza misma de sus miras políticas.
«Ved con qué arte tan profundo abogando César
«en el senado romano por los cómplices de Catili-
«na, se estravió en una digresion contra el dogma
«de la inmortalidad del alma, pareciéndole que
«aquellas ideas eran propias para apagar en los co-
«razones de los jueces la energia de la virtud; tan
«enlazada creia la causa del crimen con la del
«ateismo! Ciceron al contrario, estaba invocando
«contra los traidores la cuchilla de la ley y el rayo
«de los dioses. Sócrates moribundo, hablaba con
«sus amigos sobre la inmortalidad del alma, y Leo-
«nidas en las Termópilas, cenando con sus com-
«pañeros de armas en el momento de ejecutar el
«designio mas heroico que jamás haya concebido
«la virtud humana, les convida para el siguiente
«día ofreciéndoles otro banquete y una vida nue-
«va... Caton no titubeó entre Cenon y Epicuro; y
«Bruto con los ilustres conjurados que participa-
«ron de sus peligros y de su gloria, pertenecía
«tambien á aquella secta sublime de los estoicos,
«que tan altas ideas tuvo de la dignidad del hom-
«bre, que tan lejos llevó el entusiasmo de la vir-
«tud, y que no se propasó sino en el heroismo. El
«estoicismo produjo émulos de Bruto y de Caton
«hasta en los siglos horribles que siguieron á la
«pérdida de la libertad romana; el estoicismo sal-
«vó el honor de la humana naturaleza, degradada
«con los vicios de los sucesores de César, y prin-

«principalmente con el sufrimiento de los pueblos.»

Con relacion al ateismo se esplicó Robespierre de una manera singular acerca de los enciclopedistas. «Esta secta, dijo, en materia de politica, se quedó siempre inferior á los derechos del pueblo; «en materia de moral fué mucho mas allá de la destrucción de las preocupaciones: sus corifeos solían declamar á veces contra el despotismo, y vivían pensionados por los déspotas. Tan pronto componían libros contra la corte, como dedicatorias á los reyes, arengas para los palacios y madrigales á las cortesanas.—Eran soberbios en sus escritos, y humildes en las antecámaras. Esta secta propagó con sobrado celo la opinion del materialismo, que prevaleció entre los bellos y grandes entendimientos; se le debe en parte esa especie de filosofia práctica, que convirtiendo el egoismo en sistema, mira á la sociedad humana como una guerra de astucia, la fortuna como la regla de lo justo y de lo injusto, la probidad como un negocio de placer ó de decoro, y el mundo como el patrimonio de los bribones mas diestros.

«Entre los que mas se señalaron en aquel tiempo en la carrera de las letras y de la filosofia, un hombre, por la elevacion de su alma y la grandeza de su carácter, se mostró acreedor al ministerio de preceptor del género humano: atacó á la tiranía con franqueza; habló con entusiasmo de la divinidad; su elocuencia varonil y honrada, retrató con rasgos de fuego los encantos de la virtud, y defendió los dogmas consoladores que la razon presenta por apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina, tomada de la naturaleza y de su profundo odio al vicio, tanto como su in-

«vencible desprecio á los sofistas intrigantes que usurpaban el dictado de filósofos, le atrajo el odio y la persecucion de sus rivales y de sus falsos amigos. ¡Ah! si presenciara esta revolucion cuyo precursor ha sido; ¿quién duda que su alma generosa hubiera abrazado con transporte la causa de la justicia y de la igualdad!»

En seguida se propuso alejar la idea de que el gobierno, al proclamar el dogma del Ser Supremo, trabaja en favor de los sacerdotes y se esplicó en estos términos: «¿Qué hay de comun entre los sacerdotes y Dios? Los sacerdotes son en la moral lo que los charlatanes en la medicina. ¡CUÁN DIVERSO ES EL DIOS DE LA NATURALEZA DEL DE LOS SACERDOTES! Nada he visto tan parecido al ateismo, como las religiones que han inventado. A fuerza de desfigurar al Ser Supremo, lo han anosadado cuanto les ha sido posible: lo han hecho ya un globo de fuego, ya un buey, ya un árbol, ya un hombre, y ya... un rey. Los sacerdotes han ideado un Dios á su imagen, y le han hecho celoso, lleno de caprichos, codicioso, cruel, implacable; le han tratado como antiguamente los mayordomos de palacio trataron á los descendientes de Clovis para reinar en su nombre y sentarse en su lugar; le han confinado en el cielo como en un palacio, y solo le han llamado á la tierra para pedir en beneficio suyo diezmos, riquezas, honores, placeres y poderío. El templo verdadero del Ser Supremo es el universo; su culto la virtud; sus festividades la alegría de un pueblo grandioso reunido á sus ojos para estrechar los lazos de la fraternidad universal, y tributarle el homenaje de los puros y sencillos corazones.»

Añadió luego Robespierre que el pueblo necesita fiestas diciendo: «El hombre, es el objeto mas grande que existe en la naturaleza; y el espectáculo mas magnifico es el de un gran pueblo reunido.» En consecuencia, propuso planes de reunion para todos los dias de década y concluyó su discurso entre los mas vivos aplausos, presentando el siguiente decreto que se adoptó por aclamacion:

Artículo 1.º El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma.

Art. 2.º Reconoce igualmente que el culto mas digno del Ser Supremo es la practica de los deberes del hombre.

Por otros articulos se instituian festividades para recordar al hombre el pensamiento de la divinidad y la grandeza de su Ser, designándose con los titulos de los acontecimientos de la revolucion ó de las virtudes mas útiles al hombre. Ademas de las funciones del 14 de julio, del 40 de agosto, del 21 de enero y 31 de mayo, celebrará la república todos los dias de décadas las fiestas siguientes:— Al Ser Supremo, al género humano, al pueblo francés, á los bienhechores de la humanidad, á los mártires de la libertad, á la libertad y á la igualdad, á la república, Á LA LIBERTAD DEL MUNDO, al amor de la patria, al odio de los tiranos y de los traidores, á la verdad, á la justicia, al pudor, á la gloria, á la amistad, á la frugalidad, al valor, á la buena fé, al heroismo, al desinterés, al estoicismo, al amor, á la fé conyugal, al amor paternal, á la ternura paternal, á la piedad filial, á la infancia, á la juventud, á la edad viril, á la vejez, á la desgracia, á la agricultura, á la industria, á nuestros abuelos, á la posteridad, á la felicidad.

Se disponia una fiesta solemne para el 20 de pradial, confiándose el plan á David, sin que olvidemos que en este decreto se proclamaba de nuevo la libertad de cultos.

Acabado el informe, se mandó imprimir inmediatamente y en el mismo dia pidieron el Ayuntamiento y los jacobinos que se leyese públicamente; aplaudieronle con entusiasmo y últimamente decidieron ir en cuerpo á la Convencion para tributarle gracias por el decreto *sublime* que acaba de expedir. Habíase notado que los jacobinos no habian tomado la palabra desde la inmolacion de los dos partidos, ni habian ido á felicitar á la junta y á la Convencion. Hizole presente un individuo, y añadió que se presentaba la ocasion de probar la union de los jacobinos con un gobierno, que desplegaba tan bella conducta. En efecto, se redactó una exposicion y se presentó á la Asamblea por una diputacion de los jacobinos. La exposicion acababa en estos términos: «Los jacobinos vienen hoy á felicitaros por el decreto solemne que habeis expedido, y acudirán á juntarse con vosotros para la celebracion del solemne dia en que la festividad del Ser Supremo reunirá de todos los puntos de la Francia á los ciudadanos virtuosos para entonar el himno de la virtud.» El presidente dió á la diputacion una respuesta pomposa, diciendo: «Es propio, de una sociedad que con su fama llena al mundo, que goza de tan grande influencia sobre la opinion pública, y que en todos tiempos se asoció con los defensores mas valientes de los derechos del hombre, el acudir al templo de las leyes para tributar homenaje al Ser Supremo.»

Continuó el presidente, y despues de un dis-

curso bastante largo sobre el mismo asunto, transmitió la palabra á Conthon, el cual hizo un discurso vehemente contra los ateos y los hombres corrompidos y un pomposo elogio de la sociedad. Propuso que en aquel día solemne de júbilo y de reconocimiento, se hiciese á los jacobinos una justicia á que desde largo tiempo se habian hecho acreedores, y era que desde el principio de la revolucion no habian cesado de ser beneméritos de la patria. Adoptóse esta proposicion en medio de estrepitosos aplausos y se separaron trasportados de alegría y en una especie de embriaguez.

Si muchas habian sido las felicitaciones dirigidas á la Convencion despues de la muerte de los hebertistas y de los dantonistas, mas numerosas fueron todavía las que recibió de resultados del decreto que proclamaba la creencia del Ser Supremo. El contagio de las ideas y de las palabras se verifica en los franceses con una rapidéz extraordinaria. En un pueblo de un carácter vivo y comunicativo, la especie que ocupa á algunos entendimientos, es en breve la que ocupa á todos, y la palabra que suena en algunas bocas, bien pronto va resonando por todas. De todas partes fueron llegando esposiciones, felicitando á la Convencion por sus decretos sublimes, dándola gracias por haber establecido la virtud, proclamado al Ser Supremo, y vuelto al hombre la esperanza. Acudieron las secciones una tras otra á espresar los mismos sentimientos. La seccion de Marat se presentó en la barra, y dirigiéndose á la Montaña la dijo: «Montaña benéfica! protector Sinai! Recibe tambien nuestra espresion de reconocimiento y de felicitacion por todos los decretos sublimes que diariamente espides en

abeneficio del género humano. De tu serviente seño ha salido el rayo saludable que destrozando el ateismo, concede á todos los verdaderos republicanos la idea consoladora de vivir libres á los ojos del Ser Supremo, y con la esperanza de la inmortalidad del alma ¡Viva la Convencion! Viva la República! ¡Viva la Montaña!» Todas las esposiciones concluian instando de nuevo á la Convencion á que conservase el poder, y aun una de ellas le aconsejaba que permaneciese hasta que estuviera bien establecido el culto de la república sobre bases incontrastables.

Desde este día no se oyeron otras palabras que *virtud* y *Ser Supremo*, y en las portadas de los templos en donde se habia escrito á la *Razon*, se escribió: *al Ser Supremo*. Trasladáronse al Panteon los restos de Rousseau, y su viuda fué presentada á la Convencion y se le señaló una pensión.

De este modo, triunfante la junta de salvacion pública de todos los partidos, dueña de toda la autoridad, colocada á la cabeza de una nacion entusiasta y victoriosa, proclamando el reino de la virtud y el dogma del Ser Supremo, se hallaba en el apogeo de su poderío y en el último término de sus sistemas.



CAPITULO XI.

Estado de la Europa al principio del año de 1794 (año II).—Preparativos universales de guerra. Política de Pitt, Planes de los aliados y de los franceses.—Estado de nuestros ejércitos y marina; actividad y energía del gobierno para buscar y utilizar los recursos.—Apertura de la campaña; ocupacion de los Pirineos y de los Alpes.—Operaciones en los Países-Bajos. Combates á orillas del Sambroy del Lys, Victoria de Turcoing.—Fin de la guerra de la Vendée y principio de la de los chuanes.—Sucesos en las Colonias. Desastres de Santo Domingo. Pérdida de la Martinica.—Batalla naval.

Todo el invierno se había empleado en Europa y en Francia en hacer los preparativos para una nueva campaña. La Inglaterra era siempre el alma de la coalicion, y estrechaba á las potencias del continente para que acudiesen á destruir en las orillas del Sena una revolucion que la atemorizaba, y una rival que la era odiosa. El hijo implacable de Chátam había hecho este año esfuerzos muy grandes para agoviar á la Francia. Sin embargo, no dejó de haber tenido obstáculos para alcanzar del Parlamento medios proporcionados á sus vastos proyectos. El lord Stanhope, en la Cámara alta, y Fox y Sheridan en la baja, estaban siempre opuestos al sistema de la guerra; rechazaban todos los sacrificios pedidos por los ministros; no querían conceder sino lo necesario al armamento

de las costas, y sobre todo no podían tolerar que se calificase á esta guerra de *justa y necesaria*; pues era, según decían, inicu, ruinosa y castigada con justos reveses. Los motivos alegados por la apertura del Escalda, de los peligros de la Holanda, y de la necesidad de defender la Constitución británica, eran demasiado falsos. La Holanda no había corrido riesgos por la apertura del Escalda, ni estaba amenazada la Constitución británica. El objeto de los ministros era, según ellos, destruir á un pueblo que había querido llegar á ser libre, y aumentar incesantemente su influencia y su autoridad personal, so pretexto de resistir á las maquinaciones de los jacobinos franceses. Esta lucha se había sostenido con medios inicuos, fomentando la guerra civil y los asesinatos; pero un pueblo valiente y generoso, había frustrado las tentativas de sus contrarios con un denuedo y empeño sin ejemplo. Stanhope, Fox y Sheridan opinaban que semejante lucha deshonraba y arruinaba á la Inglaterra, pero se engañaban en uno de estos conceptos pues la opinion inglesa puede á menudo echar en cara á su ministerio el hacer guerras injustas, mas nunca desventajosas. Si la guerra con la Francia no tenía motivos de justicia, los tenía escelentes de política, como va á verse; y la oposicion, engañada por sus sentimientos generosos, olvidaba las ventajas que de ella iban á resultar á la Inglaterra.

Fingia Pitt estar muy sobresaltado con las amenazas de desembarco hechas en la tribuna de la Convencion, afirmando que los campesinos de Kent habían dicho: Ahí están los franceses que van á traernos los derechos del hombre. Valiase de

estas y otras noticias (pagadas segun se dice por él mismo) para pretender manifestar que la Constitucion estaba amenazada; habia dilatado las sociedades constitucionales de Inglaterra, algo mas acaloradas ya con el ejemplo de los clubs de Francia, y sostenia que trataban de establecer una Convencion bajo pretexto de reforma parlamentaria. Por consiguiente, pidió la suspension del *Habeas corpus*, el embargo de los papeles de las sociedades, y la formacion de causa contra algunos de sus individuos. Pidió ademas la facultad de alistar voluntarios y sostenerlos con las *benevolencias* ó suscripciones, de aumentar el ejército y la armada, y asalariar un cuerpo de cuarenta mil estrangeros emigrados franceses, ó cualesquiera otros. La oposicion hizo una viva resistencia, afirmando que no habia motivos para suspender la mas preciosa de todas las libertades inglesas, que las sociedades acusadas deliberaban publicamente, que sus votos espresados en alta voz no podian ser conspiraciones, que estos votos eran los de toda la Inglaterra, puesto que se limitaban á la reforma parlamentaria; que el descompasado aumento del ejército era un peligro para el pueblo inglés; que si los voluntarios podian armarse por suscripcion, quedaba en mano del ministro el levantar ejércitos sin autorizacion del Parlamento; que el sueldo de tanto número de estrangeros seria arruinador, y que no tenia otro objeto que el de pagar á los franceses traidores á su patria. A pesar de los cargos de la oposicion, que jamás habia estado mas elocuente ni menos numerosa, porque no constaba mas que de treinta ó cuarenta votos, consiguió Pitt su deseo, y se sancionaron todos los bills que habia presentado.

Apenas se le concedieron sus demandas duplicó las milicias, y aumentó el ejército hasta sesenta mil hombres, y la armada hasta ochenta mil; organizó nuevos cuerpos de emigrados, y dispuso la formacion de causa contra varios individuos de las sociedades constitucionales. El jurado ingles, garantia mas fundamental que el Parlamento, absolvió á los arrestados, pero poco importaba á Pitt, teniendo ya en sus manos todos los medios para reprimir el menor movimiento politico, y desplegar en Europa un colosal poderio.

Este era el momento de sacar provecho de aquella guerra universal para agoviar á la Francia, arruinar para siempre á su marina y arrebatárle sus colonias; resultado mucho mas seguro, y deseable para Pitt que la represion de algunas doctrinas políticas y religiosas. El año anterior habia logrado armar contra la Francia las dos potencias maritimas que siempre hubieran debido ser sus aliadas, la España y la Holanda. Esforzabase en mantenerlas en su error politico, y en sacar de ellas el provecho posible contra la marina francesa. La Inglaterra podia sacar de sus puertos al menos cien navios de linea, la España cuarenta, y la Holanda veinte, sin contar una multitud de fragatas. ¿Cómo podia la Francia con los cincuenta, ó sesenta buques que le quedaban despues del incendio de Tolon, resistir á semejante fuerza? Así es que sin haberse trabado todavía un solo combate naval, dominaba el pabellon inglés sobre el Mediterráneo, el Océano atlántico y los mares indios. En el Mediterráneo, las escuadras inglesas amagaban á las potencias italianas que intentaban permanecer neutrales, bloqueaban á la Córcega para

quitárnosla, y esperaban el momento de hacer un desembarco de tropas y municiones en la Vendée. En América, cercaban nuestras Antillas, y procuraban sacar provecho de las discordias horribles que reinaban entre blancos, mulatos y negros para dominarlos. En los mares indicos estaban acabando de establecer la potestad británica y la ruina de Pondichery. Con una campaña mas quedaba destruido nuestro comercio, cualquiera que fuese la suerte de nuestras armas en el continente. Por manera que no habia cosa mas verdaderamente política que la guerra hecha por Pitt á la Francia y la oposicion andaba equivocada en criticarla bajo el concepto de su utilidad. En un solo caso podia tener razon, y este no se habia realizado todavia; si la deuda inglesa, que se habia ido aumentando sucesivamente y llegado á ser enorme, fuese realmente superior á la riqueza del pais, entonces podia decirse que la Inglaterra se habia escudado de sus medios y anduvo equivocada en pelcar por un imperio que le habia costado sus fuerzas. Pero este es un misterio del porvenir.

Pitt no omitia violencia alguna para aumentar sus medios, y agravar los quebrantos de la Francia. Venturosos los americanos con Washington, surcaban los mares libremente, y asomaban con aquel grandioso comercio de trasporte, que los ha enriquecido en las dilatadas guerras del continente. Las escuadras inglesas detenian á los navios americanos, y les arrebatában sus tripulaciones. Mas de quinientos buques habian padecido ya semejante violencia, siendo este el objeto de reclamaciones eficaces, y hasta entonces inútiles de parte del gobierno americano. Mas no es esto todo: á favor

de la neutralidad, americanos, dinamarqueses y suecos, frecuentaban nuestros puertos, aportaban auxilios en granos que la escasez hacia en extremo apreciabiles, muchos renglones necesarios para la marina, y en retorno se llevaban vinos y otros productos que el suelo de la Francia suministra al mundo. Gracias á la mediacion de los neutrales, seguia el comercio y se habia acudido á las necesidades mas indispensables del consumo. Considerando la Inglaterra á la Francia como á una plaza sitiada que se debia reducir por hambre á la desesperacion, intentaba menoscabar estos derechos de los neutrales, y acababa de pasar á las cortes del Norte notas llenas de sofismas para obtener el derecho de gentes.

Mientras la Inglaterra empleaba todos estos medios, tenia siempre cuarenta mil hombres en los Países-Bajos á las órdenes del duque de York; el lord Moira, que no habia podido llegar á tiempo hácia Granville, estaba anclado en Jersey con su escuadra y diez mil hombres de desembarco; y en fin, la tesoreria inglesa tenia fondos á la disposicion de todas las potencias beligerantes.

No era tan vivo el celo en el continente, pues las potencias que no tenian tanto interés en la guerra como la Inglaterra, y que no la hacian sino por pretendidos principios, no la seguian con el mismo ardor y actividad. La Inglaterra se esforzaba en estimularlas á todas; tenia siempre á la Holanda bajo su yugo por medio del principe de Orange, y la obligaba á suministrar su contingente en el ejército coligado del Norte; y así esta desgraciada nacion tenia sus buques y sus regimientos al servicio de su enemiga mas terrible, y contra su aliada mas

segura. La Prusia, á pesar del misticismo de su rey, estaba desengañada de las ilusiones con que por espacio de dos años la habian alimentado. La retirada de la Champaña en 1792, y la de los Vosgos en 1793 no la habian ofrecido estímulo alguno. Federico-Guillermo, que acababa de agotar su tesoro, de debilitar á su ejército con una guerra que no podia tener ningun resultado favorable á su reino, y que cuando mas, habia de favorecer á la casa de Austria, hubiera querido renunciar á ella. Por otra parte llamábale al Norte un objeto mucho mas interesante; tal era la Polonia que se ponía en movimiento; y cuyos miembros dispersos trataban de reunirse. Asaltándole la Inglaterra en medio de estas incertidumbres, le compromete á continuar la guerra con la mediacion onnipotente de su oro, concluyendo en la Ilava, en su nombre, y en el de la Holanda un tratado por el cual se obligaba la Prusia á suministrar sesenta y dos mil cuatrocientos hombres á la coalicion. Este ejército debia tener por gefe un prusiano, y sus futuras conquistas pertenecerian en comun á las dos potencias marítimas, la Inglaterra y la Holanda. En cambio, estas dos potencias prometian suministrar cincuenta mil libras esterlinas mensualmente á la Prusia, para el mantenimiento de sus tropas, y costearle además el pan y los forrages: sobre esta suma concedian tambien trescientas mil libras esterlinas, para los primeros desembolsos de la entrada de campañña, y cien mil para el regreso á los estados prusianos. Con estas condiciones continuó la Prusia la guerra antipolítica que habia principiado.

La casa de Austria nada tenia ya que impedir en Francia, puesto que la reina, esposa de Luis XVI,

habia espirado en el cadalso. Debía temer mucho menos que ningun otro pais el contagio de la revolucion, puesto que treinta años de disensiones políticas aun no han despertado allí los entendimientos. Hacíanos, pues, la guerra únicamente por venganza, compromiso y deseo de grangearse algunas plazas en los Países-Bajos; y tal vez con la esperanza loca de apropiarse alguna de nuestras provincias. Ponia en ello mas conato que la Prusia; pero no mayor actividad efectiva, porque no hizo mas que completar y reorganizar sus regimientos, sin aumentar su número. Gran parte de sus tropas se hallaban en Polonia, porque, como la Prusia, tenia motivos poderosos para mirar á la espalda, y meditar en el Vistula tanto como en el Rin: además de que las Gallitcias le llamaban la atencion como la Bélgica y la Alsacia.

La Suecia y Dinamarca, guardando siempre una cuerda neutralidad, contestaban á los sofismas de la Inglaterra que el derecho público era invariable, que no habia razon alguna para quebrantarlo con la Francia, y estender á todo un pais las leyes del bloqueo, aplicables tan solo á plazas sitiadas; que los buques dinamarqueses y suecos eran bien recibidos en Francia, donde no hallaban bárbaros como decian, sino un gobierno que accedia á las demandas de los comerciantes estrangeros, que guardaba con ellos los miramientos debidos á las naciones con quienes estaba en paz, y que no habia motivo para interrumpir tan ventajosas relaciones. Por consiguiente, aunque Catalina estuviese dispuesta en favor de los proyectos de los ingleses, y al parecer se declarase contra los derechos de las naciones neutrales, la Suecia y la Dinamarca se

aferraron en sus resoluciones, guardaron una neutralidad prudente y firme, y ajustaron un tratado, por el cual ambos paises se comprometian à mantener los derechos de los neutrales, y à hacer observar la cláusula del tratado de 1780, la cual cerraba el Báltico à los buques armados de las potencias que no poseian puerto alguno en aquel mar; y por lo tanto la Francia podia esperar que seguiria recibiendo siempre los granos del Norte, y las maderas y cáñamo necesarios para su marina.

Entretanto la Rusia, aparentando mucha indignacion contra la revolucion francesa, y dando grandes esperanzas à los emigrados, no pensaba mas que en Polonia, y abundaba en la idea política de los ingleses para lograr adherirlos à la suya. Véase aqui lo que esplica el silencio de la Inglaterra sobre un acontecimiento tan grande como la desaparicion de un reino de la esfera política. En aquel momento de espoliacion general en que la Inglaterra recogia tamaña porcion de ventajas en el Mediodia de Europa y en todos los mares, no le convenia hablar el language de la justicia a los infames compartidores de la Polonia; y asi es que la coalicion que acusaba à la Francia de haber caido en la barbarie, estaba cometiendo en el Norte la pirateria mas ratera y osada que jamás haya permitido la política, y meditaba una igual para la Francia, contribuyendo à destruir para siempre la libertad de los mares.

Los principes alemanes seguian el impulso de la casa de Austria. Protegida la Suiza por sus montañas, y dispensada por sus instituciones de terciar en la causa de los monarcas, insistia en no tomar partido alguno, y con su neutralidad cubria nues-

tras provincias del Este, las mas desamparadas de todas. Hacia en el continente lo que los americanos, suecos y dinamarqueses en los mares, proporcionando al comercio francés iguales servicios, y recogiendo la misma recompensa. Suministrábanos caballos que nuestros ejércitos necesitaban, y ganados de que escaseábamos desde que la guerra habia assolado los Vosgos y la Vendée; extraia los productos de nuestras manufacturas, y de este modo era la interventora del comercio mas ventajoso. El Piemonte continuaba la guerra, à su pesar sin duda, pero no podia consentir en dejar las armas, despues de haber perdido dos provincias, la Savoya y Niza, en este juego torpe y sangriento. Las potencias italianas querian permanecer neutrales, pero las inquietaban con este proyecto. La república de Génova habia presenciado la *accion indigna* cometida por los ingleses en su puerto, atropellando con este atentado el derecho de gentes. Habianse apoderado de una fragata francesa anclada al abrigo de la neutralidad genovesa, y hasta dieron muerte à la tripulacion. La Toscana habia tenido que despedir al encargado francés. Nápoles que habia reconocido la república cuando las escuadras francesas amenazaban sus costas, hacia grandes demostraciones contra ella desde que el pabellon inglés ondeaba en el Mediterráneo, y ofrecia diez y ocho mil hombres de socorro al Piemonte. Roma, felizmente en la impotencia, nos maldecia, y dejaba degollar en sus muros al agente francés Basseville. Venecia en fin, aunque poco lisonjeada con el language demagógico de la Francia, no trataba de empeñarse en una guerra, y à favor de su situacion lejana, esperaba conservar su neutralidad. La

Córcega se nos iba á escapar desde que Paoli se habia declarado por los ingleses, no quedandonos en la isla mas que Bastia y Calvi.

La España, que era el menos culpable de todos nuestros enemigos, continuaba una guerra antipolítica, y se empeñaba en cometer la misma falta que la Holanda. Los pretendidos deberes de los tronos, las victorias de Ricardos y el influjo inglés la decidieron á intentar todavía otra campaña, por mas exhausta que estuviera, cargando de soldados, y especialmente de dinero; y ademas el célebre Alcedia hizo caer al conde de Aranda por haber aconsejado la paz.

La política, pues, habia cambiado muy poco desde el año anterior. Intereses, errores, faltas y crímenes eran en 1794 los mismos que en 1793. Solo la Inglaterra se habia robustecido. Los coligados tenian siempre en los Países-Bajos ciento cincuenta mil hombres, austriacos, alemanes, holandeses é ingleses. Veinte y cinco ó treinta mil austriacos estaban en Luxemburgo. Sesenta mil prusianos y sajones en los alrededores de Maguncia; cincuenta mil austriacos, con algunos emigrados, costeaban el Rin desde Mannheim á Basilea. El ejército piemontés era siempre de cuarenta mil hombres, y de siete á ocho mil austriacos auxiliares. La España habia alistado algunos reclutas para restablecer sus batallones, y habia pedido recursos al clero, pero no era mas considerable su ejército que el año anterior; reduciéndose siempre á unos sesenta mil hombres, repartidos entre los Pirineos occidentales y orientales.

En donde se proponia la coalicion darnos los

golpes mas decisivos era en el Norte, apoyándose en las plazas de Condé, Valenciennes y el Quesnoy. El célebre Mack habia redactado en Londres un plan, del cual se esperaban grandes resultados, y por esta vez el táctico alemán, mostrándose un poco mas atrevido, habia hecho entrar en su proyecto una marcha contra Paris; pero por su desgracia, era demasiado tarde para desplegar arrojo, porque los franceses no podian ser ya sorprendidos, y eran sus fuerzas inmensas. Consistia el plan en tomar la plaza de Landrecies y cargando poderosamente sobre aquel punto, traer á los prusianos de los Vosgos hácia el Sambre, y marchar adelante, dejando dos cuerpos sobre las alas, el uno en Flandes y el otro en el Sambre. Al mismo tiempo debia desembarcar el lord Moira tropas en la Vendée, y agravar nuestros peligros con una marcha doble sobre Paris.

Querer ocupar á Landrecies cuando tenian á Valenciennes, á Condé y al Quesnoy, era un cuidado pueril, si bien resguardar sus comunicaciones con el Sambre era muy prudente; pero colocar un cuerpo para guardar á Flandes era infructuoso, cuando se trataba de formar una masa poderosa de invasion. Traer á los prusianos sobre el Sambre, era muy dudoso, como lo veremos, y en fin, la llamada por la Vendée era ya imposible, porque la mayor parte del pais habia perecido. Vamos á ver, por el cotejo del proyecto con el acontecimiento, la inutilidad de estos planes escritos en Londres. *

(*) Los que quieran leer la mejor discusion política y militar sobre este punto, deben buscar la memoria critica escrita por el general Jomini sobre esta campaña, la cual está inserta en su grande historia de las guerras de la revolucion.

Decimos que la coalicion no habia desplegado grandes recursos, pues solo habia á la sazón tres potencias verdaderamente activas en Europa, la Inglaterra, la Rusia y la Francia. La razon es muy sencilla porque la Inglaterra queria invadir los mares, la Rusia esclavizar á la Polonia, y la Francia salvar su existencia y su libertad. Estos tres grandes intereses eran enérgicos; solo era noble el de la Francia; y para este empleó los esfuerzos mas grandiosos que puede mencionar la historia.

La requisicion permanente, decretada en agosto del año anterior, habia ya proporcionado recursos á los ejércitos, y contribuido á los triunfos que terminaron la campaña; pero esta gran providencia no debia producir todos sus efectos hasta la campaña inmediata. Merced á este movimiento extraordinario, un millon y doscientos mil hombres habian abandonado sus hogares, y cubrian las fronteras, ó llenaban los depósitos del interior. Habíase principiado á regimantar esta nueva tropa, incorporando un batallon de linea con dos nuevos, y formando de este modo regimientos excelentes. Setecientos mil hombres se habian organizado ya por este plan, para enviarlos al momento á las fronteras y á las plazas. Constan, comprendiendo las guarniciones, de doscientos cincuenta mil en el Norte, cuarenta mil en las Ardenas, doscientos mil en el Rin y el Mosela, cien mil en los Alpes, veinte mil en los Pirineos, y ochenta mil desde Cherburgo hasta la Rochela. Los medios para equiparlos no habian sido menos prontos y extraordinarios que para reunirlos. Las fábricas de armas establecidas en Paris, y en las provincias, llegaron bien pronto al grado de actividad que se deseaba, y produjeron

admirable cantidad de cañones, fusiles y sables. La junta de salvacion pública, aprovechándose diestramente del carácter francés, habia sabido hacer de moda la fabricacion del salitre. Ya el año anterior habia ordenado la visita de las bodegas para sacar la tierra salitrosa. Luego hizo mas; redactó una instruccion, modelo de sencillez y claridad para enseñar á todos los ciudadanos á hacer legia, y colar por si mismos la tierra de las bodegas, y pagó ademas á algunos operarios quimicos que les impusiesen en la manipulacion. Cundiò luego esta aficion, trasmitianse las instrucciones que habian recibido, y cada casa suministró algunas libras de esta sal preciosa. Juntábanse barrios de Paris para llevar con pompa á la Convencion y á los jacobinos el salitre que habian fabricado. Idearon una festividad en la cual todos acudian á depositar sus ofrendas en el ara de la patria. Solian dar á aquella sal formas emblemáticas, prodigándole toda suerte de epítetos: llamábase *sal vengadora*, *sal libertadora*. De este modo se entretenia el pueblo, producía cantidades considerables, y el gobierno conseguía su objeto. Algun poco de desorden resultaba de todo esto, pues se ahondaban las bodegas, y la tierra despues de pasada por legia, se quedaba en las calles embarazándolas y afeándolas. Un acuerdo de la junta de salvacion pública puso término á este abuso; y las tierras coladas se repusieron en las bodegas. Faltaban barrillas, y la junta dispuso que toda la yerba que no se emplease en el mantenimiento del ganado, ni en los usos domésticos ó rurales, se quemara inmediatamente para emplearla en la esplotacion del salitre, ó convertirla en barrilla.

Tuvo tambien el gobierno el arte de introducir otra moda no menos ventajosa, y fué que como era mas facil levantar hombres y fabricar armas, que encontrar caballos que escaseaban en la artilleria y la caballeria porque la guerra los habia consumido, y la carestia general habia aumentado demasiado su precio, fué necesario recurrir al gran medio de las requisiciones; esto es, á arrebatár á viva fuerza lo que exijia la necesidad indispensable. Se impuso á cada canton un caballo por cada veinte y cinco, pagándolo á nuevecientos francos. Sin embargo, por mas poderosa que sea la violencia la buena voluntad es mas eficaz todavia. Ideó la junta hacerse ofrecer un ginete montado y equipado por los jacobinos; siguióse entonces el ejemplo por todas partes; y Ayuntamientos, clubs y secciones iban á porfia á ofrecer á la república lo que se llamó *ginetes jacobinos*, perfectamente montados y equipados todos.

Habia soldados, mas se necesitaban oficiales, y la junta anduvo en este punto tan ejecutiva como siempre. «La revolucion, dijo Barrero, debe arros-trarlo todo para salir de sus urgencias. La revolucion es para el entendimiento humano lo que el «sol de Africa para la vegetacion.» Restablecióse la escuela de Marte, y jóvenes escogidos en todas las provincias fueron viniendo militarmente y á pié á Paris. Acampados debajo de tiendas en medio de la llanura de los Sablons, se debian instruir rapidamente en todos los ramos del arte de la guerra y repartirse en seguida por los ejércitos.

No menores esfuerzos se hacian para el restablecimiento de la armada. En 1789 se componia de cincuenta navios y otras tantas fragatas; pero

los trastornos de la revolucion y las desgracias de Tolon la habian reducido á unos cincuenta buques de los cuales como unos treinta podrian salir á la mar, y ante todo faltaban tripulaciones y oficialidad. La marina exigia hombres experimentados, y todos los de esta clase eran incompatibles con la revolucion. La reforma ejecutada en los estados mayores del ejército, era, pues, todavia mas inevitable en los de la armada, y debia acarrear mayor desorganizacion. Los dos ministros Monce y d'Albarade habian sucumbido á estas dificultades, y quedaron despedidos. La junta resolvió tambien aqui el empleo de los medios estrordinarios. Juan Bou-Saint-André y Prieur del Marne fueron enviados á Brest con los poderes de costumbre conferidos á los comisionados de la Convencion. La escuadra de Brest, despues de un penoso crucero de cuatro meses por las costas del Oeste, para impedir las comunicaciones de los vendeanos con los ingleses, se habia revelado á causa de sus largos padecimientos. Apenas fondeó el almirante Morad de Gales, fué preso por los representantes, haciéndole responsable de los trastornos de la escuadra. Descompusieronse las tripulaciones enteramente, y se reorganizaron por el método violento y ejecutivo de los jacobinos. Campesinos que jamás habian visto el agua, fueron puestos á bordo de los navios de la república para maniobrar al frente de los marineros veteranos ingleses. Simples oficiales fueron elevados á grados superiores, y el capitan de navio Villaret-Joveuse fué promovido al mando de la escuadra. En el espacio de un mes quedó pronta para salir á la mar una escuadra de treinta navios; dió la vela llena de entusiasmo, acla-

mada por el pueblo de Brest, no á la verdad para arrostrar las escuadras formidables de Inglaterra, Holanda y España, sino para resguardar un convoy de doscientas velas que traía de América gran cantidad de granos, y para batirse hasta lo último si lo requeria el salvamento del convoy. En este tiempo era Tolon teatro de promociones igualmente ejecutivas. Careñabanse los navios salvados del incendio, y se construían otros nuevos. Costeaban los gastos los propietarios toloneses que habían contribuido á entregar su puerto á los enemigos. A falta de las grandes escuadras que estaban en carena, un sin número de corsarios cruzaban el mar y hacían presas considerables. Una nación atrevida y valiente que carece de medios para hacer la guerra en grande, puede siempre acudir á peleas en detalle y á desplegar en ellas su inteligencia y su denuedo, haciendo por tierra expediciones de guerrilla, y por mar la de corsarios. Según informe de lord Sthanhope, habíamos cogido desde 1793 á 1794, hasta cuatrocientos diez barcos, al paso que los ingleses no nos apresaron mas que trescientos diez y seis; por lo cual el gobierno no renunciaba á restablecer nuestras fuerzas aun por la mar.

Tan prodigiosos trabajos debían dar resultados ventajosos, y en 1794 íbamos á recoger los frutos de los esfuerzos hechos en 1793.

Abrióse por de pronto la campaña en los Pirineos y los Alpes. Poco activa en los Pirineos occidentales, no debía ser así en los orientales, en donde los españoles habían conquistado la línea del Tech, y ocupaban todavía el famoso campamento de Boulou. Ricardos había muerto, y este general

inteligente había sido reemplazado por uno de sus tenientes, el conde de la Union, excelente soldado, pero gefe mediano. No habiendo recibido los nuevos refuerzos que estaba esperando, la Union se ceñía á mantenerse en el Boulou. Los franceses estaban mandados por el valeroso Dugommier, vencedor de Tolon desde donde se había trasladado á Perpignan parte del material y de las tropas que les sirvieran en aquella plaza, mientras los nuevos reclutas se organizaban á su espalda. Podía Dugommier colocar treinta y cinco mil hombres en línea y aprovecharse del mal estado en que actualmente se hallaban los españoles. Dagobert, siempre fogoso á pesar de sus muchos años, proponía un plan de invasión por la Cerdania, con el cual, llevando á los franceses mas allá de los Pirineos, y por la espalda del ejército español, obligaban á este á retroceder. Se prefirió ensayar primero el ataque del campamento de Boulou, y Dagobert que se hallaba con su division en la Cerdania, tuvo que esperar el resultado de aquel ataque. El campamento de Boulou, colocado á la orilla del Tech y á espaldas del Pirineo, tenía su salida por la calzada de Bellaguardia, que es carretera de Francia y España. Dugommier en vez de arrostrar de frente las posiciones enemigas que estaban muy bien fortificadas, intentó penetrar por entre el Boulou y la calzada de Bellaguardia, para cortar de este modo el campamento español. Todo le salió maravillosamente, pues la Union había llevado el grueso de sus fuerzas á Ceret, y dejado los cerros de San Cristóbal, que dominan el Boulou, mal custodiados. Dugommier pasó el Tech, arrojó parte de sus fuerzas hacia San Cristóbal, atacó con las restau-

tes el frente de las posiciones españolas; y despues de un combate portiado, se apoderó de las alturas. Desde aquel momento ya el campo no era defendible, y habia que retirarse por la calzada de Bellaguardia, pero ocupóla Dugommier, y no dejó a los españoles mas que un paso estrecho y trabajoso por la garganta de Porteuil, y su retirada se trocó luego en derrota. Cargados con oportunidad y prontitud, huyeron en desórden, dejándonos mil quinientos prisioneros, ciento cuarenta piezas de artilleria, ochocientas acémilas cargadas, y efectos de guerra para veinte mil hombres. Esta victoria ganada a mediados de floreal (principios de mayo) nos devolvió el Tech, y nos llevó mas allá de los Pirineos. Dugommier bloqueó en seguida á Collioure, Portvendre, y Santelmo para recobrarlos de los españoles. Durante esta victoria tan considerable, el valeroso Dagobert, asaltado por una calentura, estaba terminando su larga y gloriosa carrera. Este noble anciano de setenta y seis años, mereció el duelo y el aprecio del ejército.

Nada mas brillante que nuestro preludio en los Pirineos orientales; por los occidentales nos apoderamos del valle del Bastan, y estos triunfos sobre los españoles, á quienes hasta entonces no habíamos vencido, escitaron una alegría universal.

Por el lado de los Alpes nos saltaba todavía establecer nuestra línea de defensa sobre la gran cordillera. Hacia la Saboya, habíamos arrollado el año anterior á los piamonteses en sus valles, pero nos quedaba aun que tomar los puntos del pequeño San Bernardo y del Monto-Cenis. Por la parte de Niza, el ejército de Italia acampaba siempre á la vista de Saorgio, sin poder nunca arrollar el cam-

pamento de las Forcas. El general Dugommier habia sido reemplazado por el anciano Dumerbion, valiente, pero casi siempre enfermo de la gota. Felizmente se dejaba gobernar por el jóven Bonaparte, quien como se ha visto, habia decidido la toma de Tolon, aconsejando el ataque del pequeño Gibraltar. Este servicio valió á Bonaparte el grado de general de brigada y una grande consideracion en el ejército. Despues de haber observado las posiciones enemigas y reconocido la posibilidad de arrollar el campamento de las Forcas, se le ocurrió una idea tan feliz como la que devolvió Tolon á la república. Saorgio está colocado en el valle del Roya, y paralelo á él está el de Oncille, por el cual corre el Taggea. Ideó Bonaparte trasladar la division de quince mil hombres al valle de Oncille y hacerla subir hasta las fuentes del Tanaro, llevarla luego al monte Tanarello, que ciñe el Royas superior, é interceptar de este modo la calzada de Saorgio entre el campamento de las Forcas y el collado de Tende; y por este medio, aislado dicho campamento de los grandes Alpes, se rendia necesariamente. Una sola objeccion habia que hacer á este plan, y es que se hollaba el territorio de Génova; pero la república no debia escrupulizar sobre este punto, por cuanto el año anterior dos mil piamonteses habian atravesado el territorio genovés y habian ido á embarcarse á Oncille para Tolon; por otra parte, el atentado cometido por los ingleses con la fragata la *Modesta* en el mismo puerto de Génova, era la mas terminante violacion del pais neutral. Habia ademas una gran ventaja en estender la derecha del ejército de Italia hasta Oncille, pues que se resguardaba una parte de la ribera de Génova, se

arrojaban los corsarios del pequeño puerto de Oneille, donde solian guarecerse, y se afianzaban el comercio de Génova con el Mediodía de la Francia. Este comercio, que se hacia por cabotage, padeció mucho quebranto por los corsarios y escuadras inglesas, é importaba el resguardarlo porque surtía de granos á aquellas provincias. No se debía pues titubear en la adopcion del plan de Bonaparte; y los representantes pidieron á la junta de salvacion pública la autorizacion necesaria, disponiéndose inmediatamente á la ejecucion.

El 17 de germinal (6 de abril), pasó el Roy a un cuerpo de catorce mil hombres, divididos en cinco brigadas. El general Massena se dirigió al monte Tanardo, y Bonaparte con tres brigadas marchó sobre Oneille, y arrojando á una division austriaca, verificó su entrada. Halló en Oneille doce cañones, y limpió el puerto de tantos corsarios como infestaban aquel territorio. Mientras Massena subía del Tanardo al Tanarello, Bonaparte continuó su movimiento, y marchó de Oneille hasta Ormea en el valle del Tanaro. Entró el 15 de abril (28 de germinal), halló algunos fusiles, veinte cañones y almacenes llenos de paños para vestuarios. Reunidas las brigadas francesas en el valle del Tanaro, se encaminaron al alto Roy, para ejecutar el movimiento prescrito sobre la izquierda de los piemonteses. Las posiciones de estos fueron embestidas de frente por el general Dumerbion, mientras que el Massena iba llegando por sus flancos y espaldas. Despues de muchos encuentros bastante reñidos, abandonaron los piemonteses á Saorgio, y se replegaron sobre el collado de Teade, que dejaron luego tambien para refugiarse en

Limone, mas allá de la gran cordillera. En medio de estos acontecimientos en el valle del Roy, la izquierda del ejército de Italia, harria los valles del Linea y de la Vesubia; y en seguida el ejército de los grandes Alpes, picado de emulacion, tomó á viva fuerza el San Bernardo y el Monte-Cenis. Asi es que desde mediados de floreal (principios de mayo), éramos ya victoriosos en toda la cordillera de los Alpes, y la ocupábamos desde los primeros picos del Apénino, hasta el Monte-Blanco. Nuestra derecha apoyada en Ormea, se estendia casi hasta las puertas de Génova, cubria una parte de la ribera del Poniente, y protegia de este modo el comercio contra las piraterías. Habíamos hecho tres ó cuatro mil prisioneros, y tomado cincuenta ó sesenta piezas de artilleria, muchos materiales de equipo y dos plazas fuertes. Nuestro arranque era pues tan dichoso en los Alpes, como en los Pirineos, por cuanto en ambas partes nos proporcionaba una frontera y una porcion de los recursos del enemigo.

Habíase abierto la campaña algo mas tarde en el gran teatro de la guerra es decir, en el Norte, á donde quinientos mil hombres iban á batirse desde los Vosgos hasta el mar. Los franceses tenían siempre sus fuerzas principales hacia Lila y Mauge, y Pichegrú era su general. De gefe del ejército del Rin el año anterior, habia alcanzado el honor de levantar el bloqueo de Landau, que correspondia al jóven Hoche, y se habia captado la confianza de Saint-Just, obteniendo el mando del ejército del Norte, mientras Hoche yacia encarcelado. Jourdan, apreciado como general prudente, no fué conceptuado bastante energético para seguir

con el mando superior del Norte, y reemplazó á Hoche en el ejército del Mosela, como Michaud reemplazó a Pichegrú en el del Rin. Carnot presidía siempre las operaciones militares, dirigiéndolas desde su bufete, y Saint-Just y Lebas habian sido enviados á Guisa para reanimar la energia del ejército.

Exigia la naturaleza del territorio un plan sencillo de operaciones el cual podia producir resultados prontos y muy vastos; y era dirigir la gran masa de las fuerzas francesas al Mosa, hacia Namun, y amenazar de este modo las comunicaciones de los austriacos. Allí estaba la clave del teatro de la guerra, y estará siempre mientras se haga en los Países-Bajos contra los austriacos venidos del Rin. Toda operacion por Flandes era una imprudencia, porque si el ala que maniobraba en aquel pais se hallaba bastante poderosa para hacer frente á los coligados, no servia mas que para rechazarlos de frente, sin comprometer su retirada; y sino era de bastante consideracion para obtener resultados decisivos, los coligados no tenian mas que dejarla avanzar por el Oeste de Flandes, y podian luego contenerla y estrecharla hasta el mar. Pichegrú, instruido, despejado y resuelto, pero de un génio militar adocenado, equivocó la posicion, y Carnot, preocupado en su plan del año anterior insistió en atacar directamente el centro del enemigo, y ostigarle por ambas alas; por consiguiente la masa principal tuvo que operar desde Guisa sobre el centro de los coligados, mientras dos divisiones considerables, la una sobre el Lys, y la otra sobre el Sambre, debian hacer dos llamadas; tal fué el plan contrapuesto al ofensivo de Mack.

Continuaba Coburgo á la cabeza de los coligados, y el emperador de Alemania habia pasado personalmente á los Países-Bajos para estimular á su ejército, y ante toda terminar con su presencia las muchas divisiones y querellas que á cada paso sobrevenian entre los generales aliados. Coburgo reunia una masa como de cien mil hombres en las llanuras de Cateau, para bloquear á Landrecies; y este era el primer paso, por el cual querian principiar los coligados, mientras pudiesen lograr de los prusianos la marcha del Mosela al Sambre.

Los movimientos principiaron hacia fines del germinal (marzo), y la masa enemiga despues de haber rechazado á las divisiones francesas diseminadas por delante, se estableció al rededor de Landrecies; el duque de York se colocó de observacion hacia Cambray, y Coburgo hacia Guisa. Con el movimiento que acababan de hacer los coligados, replegadas las divisiones francesas del centro, se encontraban separadas de las divisiones de Maubeuge, que formaban el ala derecha; y el 2 de floreal (21 de abril), se intentó un esfuerzo para volverse a enlazar con dichas divisiones, resultando un combate sangriento sobre el Helle. Nuestras columnas siempre muy separadas, se vieron arrolladas en todos los puntos, y reducidas á las mismas posiciones que antes tenian.

Entonces se resolvió un nuevo ataque, pero as en general, como en el centro las alas. La divisió de Desjardins, que estaba hacia Maubeuge, debin hacer un movimiento para reunirse á la de Charbonnier que llegaba de las Ardenas. En el centro debian operar siete columnas simultanea y concén-

tricamente sobre toda la masa enemiga, agolpada al rededor de Landrecies. En fin, á la izquierda, Sohuam y Moreau, saliendo de Lila con dos divisiones, que componian en todo cincuenta mil hombres, tenian órdenes de internarse por Flandes, y de apoderarse á la vista de Clerfayt, de Menin y de Courtray.

La izquierda del ejército francés operó sin obstáculos, por cuanto el príncipe de Kaunitz, con la division que tenia sobre el Sambre, no podia impedir la incorporacion de Charbonnier y Dejardins. Convinieronse las columnas del centro el 7 de floreal (26 de abril), y marcharon de siete puntos diferentes contra el ejército austriaco. Este sistema de ataques simultáneos, que tan mal efecto surtió el año anterior, tampoco salió bien en el presente. Estas columnas, demasiado separadas unas de otras, no pudieron sostenerse, ni alcanzaban sobre punto alguno ventaja decisiva. Una de ellas, la del general Chappuis, fué completamente derrotada, pues al salir de Cambray se encontró con el duque de York, quien como hemos dicho, resguardaba á Landrecies por aquella parte. Chappuis distrajo sus tropas en varios puntos, y se encontró delante de las posiciones atrincheradas de Trois-Villes con fuerzas insuficientes. Acribillado por el fuego de los ingleses, y flanqueado por la caballería, quedó derrotado, y su division dispersa volvió en pelotones á Cambray. Estos descalabros provenian mas bien de la mala direccion de las operaciones, que de la tropa, pues nuestros soldados bisoños, asombrados á veces por un fuego nuevo para ellos, se dejaban sin embargo llevar facilmente otra vez al combate, y á veces desplegaban un ardor y entusiasmo extraordinarios.

Mientras se ejecutaba esta tentativa infructuosa contra el centro, las operaciones que se hacian en Flandes contra Clerfayt, obtenian muy buen éxito. Sohuam y Moreau, saliendo de Lila, marcharon á Menin y Courtray el 7 de floreal (26 de abril). Sabido es que entrambas plazas están situadas en la misma linea sobre el Lys: Moreau cercó á la primera y Sohuam se apoderó de la segunda. Clerfayt, equivocando la marcha de los franceses, los buscó donde no se hallaban; supo luego el asalto de Menin y la toma de Courtray, y quiso ver si los podia hacer retroceder, amenazando cortar nuestras comunicaciones con Lila. El 9 de floreal (28 de abril) se dirigió en efecto á Mouscron con diez y ocho mil hombres, y vino imprudentemente á esponerse á los tiros de cincuenta mil franceses, que hubieran podido destruirlo replegándose. Moreau y Sohuam, acudiendo luego con parte de sus tropas hacia sus comunicaciones amagadas, marcharon sobre Mouscron, y resolvieron dar batalla á Clerfayt. Habíase atrincherado en una posicion inaccesible por cinco desfiladeros estrechos y defendidos por una artillería formidable. Dispúsose el ataque para el 10 de floreal (29 de abril), y nuestros soldados bisoños, que la mayor parte veian el fuego por primera vez, no resistieron al pronto; mas los generales y oficiales arrojaron todos los peligros para rehacerlos, y consiguiéndolo, se apoderaron de todas las posiciones. Clerfayt perdió mil doscientos prisioneros, entre ellos ochenta y cuatro oficiales y ademas treinta y tres cañones, cuatro banderas y quinientos fusiles. Esta era nuestra primera victoria en el Norte, y realzó singularmente el valor del ejército. En seguida se to-

mó á Menin, y una division de emigrados que allí estaba encerrada, se salvó resueltamente abriéndose paso con espada en mano.

La victoria de la izquierda y los reveses del centro, decidieron á Pichegrú y Carnot á abandonar del todo el centro, y obrar tan solo sobre las alas. Pichegrú envió al general Bonnaud con veinte mil hombres á Sainghien, junto á Lila, para asegurar las comunicaciones de Moreau y de Souham; dejó solamente en Guisa veinte mil hombres á las órdenes del general Ferrand, y destacó lo restante hácia Maubeuge, para incorporarlo con las divisiones de Charbonnier y Desjardins. Reunidas estas fuerzas, ascendia á cincuenta y seis mil hombres el ala derecha destinada á maniobrar sobre el Sambre. Juzgando Carnot con mas tino que Pichegrú de la situacion general, dió una orden que decidió el éxito de la campaña. Conociendo que los puntos donde debía descargarse sobre los coligados eran el Sambre y el Mosa, y que derrotados en esta linea, quedaban separados de su base, mandó á Jourdan que tomase quince mil hombres del ejército del Rin, dejase en la vertiente occidental de los Vosgos la tropa indispensable para cubrir aquella frontera, se desviase luego del Mosa con cuarenta y cinco mil, y acudiese sobre el Sambre á marchas forzadas. El ejército de Jourdan reunido al de Maubeuge, debía componer una masa de noventa ó cien mil hombres, y ocasionar la derrota de los coligados en el punto decisivo. Esta orden, la mas singular de la campaña, y á la cual se deben atribuir todos los resultados, salió el 14 de floreal (30 de abril) de las oficinas de la junta de salvacion pública.

Coburgo en este tiempo habia tomado á Landrecies, y no conceptuando de grande importancia la derrota de Clerfayt, se contentó con destacar al duque de York hácia Lamain, entre Tournay y Lila.

Clerfayt se habia dirigido á la Flandes occidental, entre la izquierda avanzada de los franceses y el mar; de esta manera, se desviaba mas que antes del grande ejército, y del socorro que traia el duque de York. Los franceses colocados en escalones desde Lila, Menin y Courtray formaban una columna avanzada en Flandes, Clerfayt trasladado á Thielt, se hallaba entre la mar y dicha columna, y el duque de York apostado en Lamain, delante de Tournay, estaba entre la columna y la gran masa coligada. Quiso Clerfayt hacer una tentativa contra Courtray, y fué á atacarla el 24 de floreal (10 de mayo). Souham se hallaba en aquel momento á la espalda de Courtray; dió al instante sus disposiciones, volvió á la plaza en auxilio de Vandamme, y mientras preparaba una salida, destacó á Macdonald y á Malbranck sobre Menin, para pasar el Lys y venir á cercar á Clerfayt. Empeñóse la accion el 22 de floreal (11 de mayo); Clerfayt habia tomado las mejores disposiciones sobre la calzada de Brujas y en todos los arrabales; pero nuestros jóvenes quintos arrostraron atrevidamente el fuego de las casas y de las baterias, y despues de un violento choque, obligaron á Clerfayt á retirarse. Cuatro mil hombres de entrambas partes cubrieron el campo de batalla; y si en vez de cercar al enemigo por la parte de Menin se hubiese ejecutado por el extremo opuesto, se le hubiera podido cortar la retirada á Flandes.

Esta era la segunda vez que Clerfayt quedaba

derrotado por nuestra alaiquierda victoriosa; pero la derecha no era tan feliz sobre el Sambre. Mandada por varios generales que deliberaban en consejo de guerra con los representantes Saint-Just y Lebas, no estuvo tan bien dirigida como las dos divisiones mandadas por Souham y Moreau. Kleber y Marceau, llegados de la Vendée, hubieran podido conducirla á la victoria, pero no se hacia caso de sus dictámenes. El movimiento prescrito de esta ala derecha, consistia en pasar el Sambre para dirigirse sobre Mons. Intentóse un primer tránsito el 2 de floreal (9 de mayo); pero en la orilla opuesta no se habian tomado aun las disposiciones necesarias, y no pudiendo mantenerse el ejército, tuvo que repasar desordenadamente el Sambre. El 22 quiso Saint-Just tantear un nuevo paso, no obstante el mal éxito del primero, y aunque hubiera sido mejor esperar la llegada de Jourdan, que con sus cuarenta y cinco mil hombres debia asegurar el éxito del ala derecha. Saint-Just no queria incertidumbres ni tardanzas, y hubo que obedecer á este proconsul terrible. El segundo tránsito no fué mas feliz; pasó el ejército el Sambre, pero atacado sobre la orilla opuesta, antes de haberse colocado en ella con seguridad, hubiera quedado perdido, sin la valentia de Marceau, y la firmeza de Kleber.

Asi es que se peleaba hacia un mes desde Maubeuge hasta el mar con un encarnizamiento increible, y sin triunfos decisivos. Venturosos en la izquierda, éramos desgraciados en la derecha; pero nuestras tropas se formaban, y el movimiento hábil y osado prescrito á Jourdan, preparaba resultados inmensos.

Por de pronto el plan de Mack era ya impracticable, y el general prusiano Moellendorff se negaba á acudir al Sambre, diciendo que no tenia órdenes de su corte. Los diplomáticos ingleses habian ido á pedir esplicaciones al gabinete prusiano sobre el tratado de la Haya, y entretanto Coburgo, amenazado en una de sus alas, habia tenido que disolver su centro á ejemplo de Pichegru. Habia reforzado á Kaunitz sobre el Sambre, y llevado lo principal de su ejército hácia Flandes por los alrededores de Tournay. Una accion decisiva se estaba preparando á la izquierda, porque se acercaba el momento en que las grandes masas iban á encontrarse y á pelear.

Discurrióse por entonces en el estado mayor austriaco un plan denominado *de destruccion*, que tenia por objeto cortar el ejército francés de Lila, envolverlo y esterminarlo. Esta operacion era posible, por cuanto los coligados podian disponer de cerca de cien mil hombres contra setenta mil; pero se valieron de disposiciones singulares para lograr este intento. Los franceses estaban siempre repartidos de esta manera: Souham y Moreau en Menin y Courtray con cincuenta mil hombres, y Bonnaud en las cercanias de Lila con veinte mil. Los coligados estaban siempre distribuidos sobre entrambos costados de esta linea avanzada. La division de Clerfayt á la izquierda en la Flandes occidental, y la totalidad de los coligados por la derecha hácia Tournay. Los enemigos pues resolvieron hacer un esfuerzo concentrico sobre Turcoing, que separara á Menin y á Courtray de Lila. Debia acudir Clerfayt de la Flandes occidental, pasando por Werwick y Linselles. Los generales

de Busch, Otto y el duque de York, tuvieron órden de marchar por la parte opuesta, esto es, por Tournay. De Busch debia pasar á Mouscron, Otto al mismo Turcoing, y el duque de York adelantándose sobre Roubaix y Moubeaux, debia darse la mano con Clerfayt; por cuya incorporacion Souham y Moreau quedaban cortados de Lila. El general Kinsky y el archiduque Carlos estaban encargados de hacer replegar con dos columnas poderosas á Bonnaud hacia Lila. Para que estas disposiciones tuviesen buen resultado, se requería un conjunto de movimientos imposible de conseguir; pues la mayor parte de estos cuerpos, debían salir de puntos muy lejanos, y Clerfayt tenia que atravesar el ejército frances.

Estos movimientos debían ejecutarse el 28 de floreal (17 de mayo). Pichegrú habia acudido por entonces al ala derecha del Sambre, para reparar los descalabros que allí habian sufrido. Souham y Moreau, dirigian el ejército en ausencia de Pichegrú. La primera señal de los intentos de los coligados se manifestó con la marcha de Clerfayt sobre Werwick. Acudieron luego á aquella parte, pero al saber que la masa enemiga llegaba por el lado opuesto, y amagaba sus comunicaciones, tomaron una resolucion pronta y hábil, cual fué dirigir su esfuerzo sobre Turcoing á fin de apoderarse de aquella posicion decisiva entre Menin y Lila. Moreau permaneció con la division de Vandamme delante de Clerfayt, á fin de entorpecer su marcha, y Souham se dirigió sobre Turcoing con cuarenta y cinco mil hombres. Las comunicaciones con Lila, aun no estaban interrumpidas, y así se pudo mandar á Bonnaud que acudiese por su

parte sobre Turcoing, é hiciese un esfuerzo poderoso para conservar la comunicacion de este punto con Lila. Las disposiciones de los generales franceses tuvieron un éxito completo; pues Clerfayt habia tenido que avanzar lentamente, detenido en Werwick, y no llegó á Linsalles el día prescripto. El general Busch se habia apoderado al pronto de Mouscron, pero habia experimentado un ligero descalabro; y Otto, habiéndose subdividido para socorrerle, no habia quedado con bastantes fuerzas en Turcoing; en fin el duque de York se habia adelantado hasta Roubaix y Mouveaux, sin ver llegar á Clerfayt, y sin poder unirse á él; Kinsky y el archiduque Carlos, tardaron en llegar á Lila hasta el 28 (17 de mayo). La madrugada siguiente 29 (18 de mayo), Souham se en camino prontamente sobre Turcoing, arrolló cuanto fué encontrando, y se apoderó de aquella posicion importante. Bonnaud por su parte marchando de Lila sobre el duque de York que debia interponerse entre esta plaza y Turcoing, le encontró casi destrozado en una línea dilatada. Los ingleses, aunque sorprendidos, intentaron resistir, pero nuestros jóvenes quintos, arrojándose con ardor, los obligaron á ceder, y á huir tirando sus armas. La derrota fué tal, que el duque de York, huyendo á escape, debió su salvacion á la velocidad del caballo. Desde aquel momento, la confusion se hizo general en los coligados, y el emperador de Austria estuvo viendo desde las alturas de Templeuve todo su ejército en huida. En este tiempo el archiduque Carlos, falto de avisos y mal colocado, permanecia en inaccion debajo de Lila; y Clerfayt, detenido hacia el Lys, se vió obligado á retirarse.

Tal fué el resultado de *aquel plan de destruccion*, que nos proporcionó muchos miles de prisioneros, mucho material, y el prestigio de una gran victoria ganada con setenta mil hombres contra cien mil.

Pichegrú llegó cuando estaba ya ganada la batalla, y replegándose todos los cuerpos coligados hacia Tournay, no tuvo otro arbitrio Clerfayt que volver a Flandes y recobrar su posicion de Thieft. Poco utilizó Pichegrú esta victoria importante; pues agolpándose los coligados hacia Tournay con su derecha apoyada sobre el Escalda, quiso el general francés apoderarse de algunos forrages que subian por este rio, é hizo pelear á todo el ejército por tan pueril objeto. Acercándose al rio estrechó á los coligados en su posicion semicircular de Tournay. Todos estos cuerpos se hallaron luego sucesivamente encajonados en este semicírculo, y se trabó un combate muy reñido en Pont-à-Chin, á lo largo del Escalda. Por espacio de doce horas hubo una espantosa carnicería y sin ningun resultado posible, pereciendo por ambas partes de siete á ocho mil hombres. El ejército francés retrocedió despues de haber quemado algunas barcas, y perdido parte del ascendiente que le proporcionara la batalla de Turcoing.

Sin embargo, podíamos considerarnos como victoriosos en Flandes, y la necesidad en que se hallaba Coburgo de acudir con refuerzos á otra parte, iba á hacer mas decidida nuestra superioridad. En el Sambre habia querido Saint-Just ejecutar su tercer tránsito, y acometer á Charleroy; pero Kánnitz, reforzado, habia hecho levantar el sitio en el mismo momento en que por fortuna llegaba Jourdan con todo el ejército del Mosela. Des-

de aquel instante noventa mil hombres iban á maniobrar sobre la verdadera linea de operaciones, y á terminar las incertidumbres de la victoria. Nada de importante habia pasado en el Rin, pues únicamente el general Moellendorff, aprovechándose de la escasez de nuestras fuerzas en aquel punto, nos habia quitado el apostadero de Kaiserslautern, cayendo en la inaccion despues de esta ventaja. Asi es que desde el mes de pradiel (fin de mayo), y en toda la linea del Norte, no solo habiamos resistido y triunfado de la coalicion en varios encuentros, sino que habiamos alcanzado una gran victoria, é ibamos avanzando en dos alas en Flandes y sobre el Sambre. La pérdida de Landrecies era nada respecto á estas ventajas, y á las que nos aseguraba la situacion presente.

No habia terminado enteramente la guerra de la Vendée despues de la derrota de Savenay, puesto que se habian salvado tres caudillos, Laroche-jacquelin, Stoffet y Mariny; y ademas Charette que en vez de pasar el Loira, habia tomado la isla de Noirmoutiers, permanecia en la baja Vendée, pero todo se reducía á escaramuzas, y no daba el menor cuidado á la república. El general Turreau habia recibido el mando del Oeste, dividiendo el ejército disponible en columnas móviles que recorrian el pais, dirigiéndose concéntricamente á un mismo punto; batía á las partidas fugitivas, y cuando no tenia que pelear, ejecutaba el decreto de la Convencion, esto es, quemaba bosques y aldeas, y arrebatava la poblacion para trasladarla á otra parte. Muchos encuentros habian mediado, pero sin grandes resultados. Haxo, despues de recobrar de Charette las islas de Noirmoutiers y Bouin, habia

esperado cogerlo varias veces; pero este guerrillero atrevido se le escapaba siempre para reaparecer luego en el campo de batalla con un continente tan admirable como su destreza; y así esta guerra desgraciada no era ya mas que un campo de desolacion. El general Turreau se vió obligado á tomar una medida cruel, mandando á los habitantes de las aldeas que desamparasen su pais, sopena de ser tratados como enemigos si en él permanecian. Esta disposicion los reducia, ó á dejar el terreno donde tenian todos sus medios de existencia, ó á someterse á las ejecuciones militares.—Tales son los males verdaderos de las guerras civiles.

La Bretaña servia entonces de teatro á otro género de guerra que era la de los Chuanes. Ya habia manifestado esta provincia algunas disposiciones para imitar á la Vendée; pero la propension á sublevarse, no siendo tan general, unicamente algunos individuos aprovechándose de la naturaleza del terreno, se habian dedicado á salteamientos aislados. Los restos de la columna vendeana que habian pasado á la Bretaña aumentaron luego el número de estos partidos. Su establecimiento principal estaba en el bosque del Perche, y recorrian el pais en partidas de cuarenta á cincuenta, atacando á veces á la gendarmería, haciendo contribuir á los pueblos pequeños y cometiendo todos estos desórdenes en nombre de la causa real y católica. Pero la guerra verdadera estaba acabada y no quedaba ya que deplorar sino las desdichas particulares que afligian á aquellas provincias desventuradas.

No era menos activa la guerra en las colonias y por el mar, que en el continente. El rico estable-

cimiento de Santo Domingo, habia sido teatro de las mayores atrocidades que pueda mencionar la historia. Los blancos habian abrazado con entusiasmo la causa de la revolucion, que segun ellos debia proporcionar su independencia de la metrópoli; los mulatos no la habian abrazado con menos calor, pero esperanzados en otro objeto que la independencia política de la colonia, aspiraban á los derechos de ciudadano que siempre se les habia rehusado. La Asamblea constituyente habia reconocido los derechos de los mulatos; pero los blancos, que no deseaban la revolucion sino para sí, se habian sublevado entonces, y la guerra civil habia estallado entre la casta antigua de los hombres libres y los manumisos ó libertos. Aprovechándose de esta guerra, se habian presentado luego los negros en la escena, anunciándose con furgo y sangre; degollando á sus señores, é incendiando sus propiedades. Desde aquel punto se vió la Colonia entregada á la mas horrible confusion, y cada partido reconvenia al otro por el nuevo enemigo que acababa de presentarse, acusándole de haberle puesto las armas en la mano. Los negros, sin alistarse en ninguna causa, asolaban todo el pais; pero incitados luego por los enviados de la parte española, aparentaron servir á la causa real, y para llevar al extremo el desconcierto, habian intervenido los ingleses. Les habian llamado algunos blancos en un momento de peligro, cediéndoles el fuerte importante de San Nicolás. El representante Santhonax, ayudado especialmente de los mulatos y de parte de los blancos, resistió á la invasion de los ingleses, no quedándole otro arbitrio para rechazarla sino el reconocimiento de la libertad de

los negros que se declarasen por la república. La Convencion habia confirmado esta medida, y proclamado por un decreto que eran libres los negros; desde este momento una porcion de ellos, que estaban por la causa real, se pasaron á la de los republicanos; y los ingleses atrincherados en el fuerte de San Nicolas, no tuvieron ya esperanza alguna de invadir aquella rica posesion que despues de largas asolaciones, no debia pertenecer sino á sí misma. La Guadalupe, despues de conquistada y reconquistada, nos habia quedado en fin; pero la Martinica se habia perdido definitivamente.

A esto se reducian los desórdenes de las colonias. En el Océano pasaba otro acontecimiento importante, cual era la llegada de aquel convoy de América tan impacientemente esperado en nuestros puertos. La escuadra de Brest, en número de treinta navios, se habia dado á la vela, como se ha visto, con orden de cruzar y de no pelear sino en el caso en que la salvacion del convoy lo exigiese imperiosamente. Ya hemos dicho que Juan-Bon-Saint-André iba á bordo del navio almirante, que Villaret Joyeuse, de mero capitán, habia ascendido á gefe de escuadra; que unos campesinos sin haber visto el mar, habian entrado en las tripulaciones, y que estos marineros, esta oficialidad y estos almirantes de un dia, llevaban el encargo de pelear con la antigua marina inglesa. Dió á la vela Villaret-Joyeuse el 4.º de pradiel (20 de mayo) y se dirigió hácia las islas Coves y Flores para esperar el convoy, y en su derrotero apresó varios bageles del comercio inglés, cuyos capitanes le decian: *Nos vait cogiendo en detaille, pero el almirante Howe os cogera nor mayor*. Efectivamente

cruzaba este almirante por las costas de Bretaña y Normandia con treinta y tres navios y doce fragatas. El 9 de pradiel (28 de mayo), descubrió la escuadra francesa muchas velas. Las tripulaciones impacientes veian abultarse en el horizonte aquellos puntos negros, y cuando reconocieron ser ingleses, arrojaron gritos de entusiasmo y pidieron el combate con aquel ardor patriótico que ha distinguido siempre á nuestros habitantes de las costas. Aunque las instrucciones dadas al general no le permitiesen pelear sino para salvar el convoy, sin embargo, Juan-Bon-Saint-André, arrastrado él mismo por el entusiasmo general, consintió en el combate, é hizo dar orden para prepararse á él. Por la tarde un navio de retaguardia, el *Revolucionario*, que habia acortado la vela, se empeñó con los ingleses, hizo una tenaz resistencia, perdió á su capitán, y tuvo que hacerse remolcar á Rochefort. Vino la noche y la accion no pudo ser general.

Al dia siguiente 10 (29 de mayo), se avistaron las dos escuadras, y el almirante inglés maniobró contra retaguardia. El movimiento que hicimos para protegerla, empeñó generalmente la accion. Los franceses torpes en la maniobra, pusieron dos navios suyos, el *Indomable* y el *Tirunida*, al costado de fuerzas superiores, y se batieron con un valor tenaz. Villaret-Joyeuse dió orden para socorrer á los navios empeñados, pero mal entendida y peor ejecutada, marchó solo adelante, espuesto á que nadie le siguiera. Sin embargo acudieron luego, y cayendo toda nuestra escuadra sobre la enemiga la hizo amainar. Desgraciadamente habiamos perdido la ventaja del bar-

lovento; hicimos un fuego terrible á los ingleses, pero no pudimos perseguirlos. Sin embargo nos quedamos con los navios, y enteramente dueños de los mares.

El 11 y el 12 (30 y 31 de mayo), una espesa niebla encubrió entrambas escuadras, y los franceses procuraron arrollar á los ingleses al Norte y al Oeste del rumbo que debia seguir el convoy. Disipóse el 13 la niebla, y un sol resplandeciente iluminó á las escuadras. Los franceses que ya no tenían mas de veinte y seis navios, mientras que los enemigos conservaban treinta y seis, pedían de nuevo el combate, y era forzoso ceder á su ardor para ocupar á los ingleses; y desviarlos del rumbo del convoy, que debia atravesar por las mismas aguas del encuentro del 10.

Aquel combate, uno de los mas memorables que haya presenciado el Océano, principio á las nueve de la mañana. El almirante Howe se adelantó á cortar nuestra línea, y una maniobra torpe del navio *La Montaña*, le permitió el paso, para aislar nuestra ala izquierda, y abrumarla con todas sus fuerzas. Nuestra derecha y vanguardia quedaron aisladas; y aunque el almirante intentó rehacerlas y llevarlas consigo para marchar sobre la escuadra inglesa, habiendo perdido el barlovento, estuvo cinco horas sin poder acercarse al punto de batalla. Los navios empeñados, peleaban entretanto con un heroismo extraordinario; y los ingleses, superiores en la maniobra, perdian sus ventajas en los encuentros de nave á nave, sufriendo golpes terribles, y horrendas descargas en formidables abordages. En medio de esta acción encarnizada, el *Vengador* desarbolado, casi destruido y

para irse á fondo, se negó á arriar su bandera con peligro de sumergirse en las aguas. Los ingleses suspendieron el fuego, y se retiraron asombrados de semejante resistencia. Tenian ya seis de nuestros navios, y á la mañana siguiente, habiendo Villaret-Joyeuse reunido la derecha y la vanguardia, queria arrojarse sobre ellos y arrebatarles la presa. Los ingleses muy mal parados, quiza nos hubieran cedido la victoria, pero Juan-Bon-Saint-André, se opuso á un nuevo combate á pesar del entusiasmo de las tripulaciones. Con esto pudieron los ingleses entrar sosegadamente en sus puertos, asustados de su victoria, y llenos de admiracion por la valentia de nuestros jóvenes marinos. Pero el objeto esencial de este terrible combate se habia logrado; pues el almirante Venstabel habia atravesado durante esta jornada del 13, las aguas en que se dió el combate del 10; y las habia encontrado cubiertas de astillas y de destrozos navales, entrando con toda felicidad en los puertos de Francia.

De esta manera victoriosos en los Pirineos y en los Alpes, amenazadores en los Países-Bajos, heroicos en el mar, y bastante poderosos para disputar y vender muy cara una victoria naval á los ingleses, principiábamos el año de 1794 del modo mas brillante y glorioso.

INDICE.

PÁGINAS.

CAPITULO 1. Proyectos de los jacobinos des- pues del 31 de mayo.—Renovacion de las co- misiones y del ministerio.—Disposiciones de los departamentos despues del 31 de mayo. Los girondinos proscritos, van á sublevarlos contra la Convencion.—Decretos de la Con- vencion contra los departamentos subleva- dos.—Asambleas y ejércitos insurreccionales en Bretaña y en Normandia. Acontecimientos militares en el Rin y en el Norte. Los coligados invaden las fronteras del Este; retirada de Gus- tine. Sitio de Maguncia por los prusianos.— Desastres del ejército de los Alpes. Situacion del de los Pirineos.—Los vendeanos se apoderan de Fontenay y de Saumur.—Luminentes peligros de la república en el interior y en el extranjero.—Trabajos administrativos de la Convencion; Constitucion de 1795.—Reveses de los confederados insurgentes en Eyreux. —Derrota de los vendeanos a la vista de Nan- tes.—Victoria contra los españoles en el Rose- llon.—Marat es asesinado por Carlota Corday; honores fúnebres hechos á su memoria; juicio y ejecucion de Carlota Corday.	5
CAP. II. Distribucion de los partidos despues del 31 de mayo asi en la Convencion como en	

la junta de salvacion pública y en el Ayuntamiento.—Discusiones en la Montaña. Descredito de Danton.—Política de Robespierre.—Acontecimientos de la Vendée.—Derrotas de Westermann en Châtillon y del general La-barolliere en Vihiers.—Sitio y toma de Magnacia por los prusianos y austriacos. Toma de Valenciennes.—Riesgos de la república en agosto de 1795.—Estado de la hacienda. Descredito de los asignados. Establecimiento del *maximum*. Miseria pública.—Agiotage.

78

CAP. III. Llegada y recibimiento que tuvieron en Paris los comisionados de las Asambleas primarias. — Retirada del ejército del Norte del campamento de César. Fiesta del aniversario del 10 de agosto, é inauguracion de la constitucion de 1793.—Medidas extraordinarias de salvacion pública. Decreto por el que se manda el alistamiento en masa.—Medios empleados para asegurar su ejecucion.—Institucion del Gran Libro; nueva organizacion de la deuda pública.—Empréstito forzoso.—Detalles sobre las operaciones de hacienda en aquella época.—Nuevos decretos sobre el *maximum*.—Decretos contra la Vendée, los extranjeros y los Borbones.

151

CAP. IV. Movimiento de los ejércitos en agosto y setiembre de 1795.—Sitio de Lyon por el ejército de la Convencion.—Traicion de Tolon que se entregó á los ingleses.—Derrota de cuarenta mil hombres en Luzon.—Plan general de campaña contra la Vendée.—Discusiones de los generales republicanos en este teatro de guerra. Operaciones militares en el Norte.—Cerco de Dunkerque por el duque de York.—Victoria de Hondtschoote. Gozo extraordinario que causa en Francia.—Nuevos reveses. Derrotas de Menin, Pirmasens, Perpiñan y Torfou en la

Vendée. Retirada de Canclaux sobre Nantes.—Cargos contra la comision de salvacion pública.—Establecimiento del *gobierno revolucionario*.—Decreto que organiza un ejército revolucionario de seis mil hombres.—Ley sobre los sospechosos.—Concentracion del poder dictatorial en la comision de salvacion pública.—Proceso de Custine; su sentencia y suplicio.—Decreto de acusacion contra los girondinos; prision de setenta y tres miembros de la Convencion.

178

CAP. V. Continuacion del sitio de Lyon. Toma de esta ciudad. Decreto terrible contra los lyoneses insurreccionados.—Progresos del arte de la guerra; influjo de Carnot.—Victoria de Watignies. Levántase el bloqueo de Maubeuge. Vuelven á principiár las operaciones en la Vendée. Victoria de Chollet. Fuga y dispersion de los vendeanos del otro lado del Loira. Muerte de la mayor parte de sus principales gefes.—Descalabro en el Rin. Pérdida de las líneas de Wisemburgo.

240

CAP. VI. Efectos de las leyes revolucionarias; destierros á Lyon, Marsella y Burdeos.—Persecuciones contra los sospechosos. Interior de las cárceles de Paris; estado de los presos en la Consergeria.—Separan á María Antonieta de su familia, y la conducen á la Consergeria; tormentos que la hacen sufrir. Atroz conducta de Hebert en el proceso de la reina ante el tribunal revolucionario. Condénala á muerte y se ejecuta la sentencia. Terror y suplicio de los girondinos.—Ejecucion del duque de Orleans, de Bailly y de madama Roland.—Terror general. Segunda ley del *maximum*.—Agiotage. Falsifican un decreto cuarlo diputados.—Establecimiento de un nuevo sistema métrico y del calendario republicano.—Abolicion de los an-

- tiguos cultos; abjuración de Gobel, obispo de París. Establecimiento del culto de la Razon. 280
- CAP. VII. Vuelta de Danton.—Divisiones en el partido de la Montaña; dantonistas y hebertistas.—Política de Robespierre y de la junta de salvación pública.—Acusado Danton en los jacobinos, se justifica y le defiende Robespierre. Abolición del culto de la Razon.—Últimas perfecciones que se añaden al gobierno dictatorial revolucionario.—Energía de la junta contra todos los partidos.—Prisión de Ronsin, de Vincent, de los cuatro diputados autores del decreto falso, y de los supuestos agentes del extranjero. 346
- CAP. VIII. Fin de la campaña de 1793. Manobra de Hocha en los Vosgos. Retirada de los austriacos y prusianos. Levantamiento del sitio de Landau.—Operaciones en el ejército de Italia.—Sitio y toma de Tolon por el ejército republicano. Últimas acciones y reveses en los Pirineos.—Excursión de los vendeanos al otro lado del Loira. Numerosos combates; pérdidas del ejército republicano. Derrota de los vendeanos en el Mans, y su completa destrucción en Savenay.—Ojeada general sobre la campaña de 1793. 374
- CAP. IX. Continuación de la lucha de los hebertistas y de los dantonistas.—Camilo Desmoulins publica el *Antiguo Franciscano*.—Colócase la junta entre los dos partidos, y se propone desde luego reprimir a los hebertistas.—Escasez en París.—Informes importantes de Robespierre y Saint-Just.—Movimiento intentado por los hebertistas.—Arresto y muerte de Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette, Momoro, etc.—La junta de salvación pública impone el mismo castigo a los dantonistas.—Arresto, causa y suplicio de Danton, Camilo Desmoulins, Phil-

- peaux, Lacroix, Herault Sechelles, Fabre d'Eglantine, Chabot, etc. 420
- CAP. X. Resultados de las últimas ejecuciones contra los partidos enemigos del gobierno.—Decreto contra los ex-nobles.—Quedan abolidos los ministerios y reemplazados por comisiones.—Esfuerzos de la junta de salvación pública para concentrar en su mano todos los poderes.—Abolición de las sociedades populares, excepto la de los jacobinos.—Distribución de la autoridad y de la administración entre los individuos de la junta.—Después un informe de Robespierre, declara, en nombre del pueblo francés, el reconocimiento del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. 513
- CAP. XI. Estado de la Europa al principio del año de 1794 (año II).—Preparativos universales de guerra. Política de Pitt. Planes de los coligados y de los franceses.—Estado de nuestros ejércitos y marina; actividad y energía del gobierno para buscar y utilizar los recursos.—Apertura de la campaña; ocupación de los Pirineos y de los Alpes.—Operaciones en los Países-Bajos.—Combates a orillas del Sambre y del Lys. Victoria de Turcoing.—Fin de la guerra de la Vendée. Principio de la de los chuanes.—Sucesos en las colonias. Desastres de Santo Domingo. Pérdida de la Martinica.—Batalla naval. 542